

Kate Furnivall
Sombras
sobre el **Nilo**

Una peligrosa aventura en Egipto desvelará los inquietantes enigmas del pasado...



Lectulandia

La vida de Jessie Kenton —una niña londinense de siete años, nacida en una familia de clase media alta— gira alrededor de su hermano pequeño Georgie, que padece un grave trastorno emocional.

Una noche, sin darle más explicaciones, sus padres se llevan a Georgie y lo sustituyen por Timothy, un huérfano al que acaban de adoptar. Tras el dolor inicial de la separación, Jessie se irá encariñando con Timothy, pero nunca olvidará a Georgie.

Veinte años más tarde, en 1932, Timothy se ha convertido en un prometedor egiptólogo del Museo Británico. Hasta que un día desaparece misteriosamente.

En compañía de *Sir* Montague Chamford —un hombre incapaz de resistirse a una dama en apuros ni a la posibilidad de vivir una aventura—, Jessie emprenderá la búsqueda de su hermano por Egipto, a partir de las pistas que ha ido dejando a su paso, inspiradas en los casos del famoso Sherlock Holmes. Jessie aún no sabe que Timothy ha forjado un extraño y duradero vínculo con Georgie, y que al intentar resolver la desaparición de su hermano también acabará descubriendo lo que sucedió con el otro.

Lectulandia

Kate Furnivall

Sombras sobre el Nilo

ePub r1.0
x3l3n1o 12.11.14

Título original: *Shadows on the Nile*

Kate Furnivall, 2012

Traducción: Ester Molina

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lilli, con todo mi amor

1

Inglaterra, 1912

Los ruidos nocturnos son la peor parte. Son ellos quienes te asaltan por la noche y te agarran por el cuello; son ellos quienes se deslizan por debajo de la puerta de tu habitación.

«Para. No hagas eso».

Jessica se golpeó la frente con los nudillos.

«No. Eres demasiado mayor para tener miedo de nada. Demasiado mayorcita ya. Siete años y ocho meses».

No como el pequeño Georgie, su hermano menor, al que sus padres habían recluido en una habitación diminuta al final del pasillo como si fuera algo sucio.

Pero los ruidos seguían asaltándola. Voces susurrantes y enigmáticas. Un murmullo interrumpido. Los pasos apresurados de su madre en el rellano. Otros sonidos que no conseguía identificar y que se movían con sigilo, como ladrones entre las sombras. A Jessica no le gustaba la oscuridad y no conseguía explicarse cómo el aire podía hacerse tan sólido por la noche ni por qué le pesaba tantísimo sobre el pecho que incluso tenía que darse golpes sobre los pulmones para hacerlos funcionar correctamente. Subió las rodillas hasta el pecho y se rodeó las espinillas con los brazos, aferrándose a su camisón de bombasí —el que tenía lazos azules— hasta que este quedó pegado a su piel. Incluso bajo el edredón, tenía frío.

De repente volvió a oírlo, el sonido que la había despertado, un gimoteo que hizo que se le erizaran los cabellos rubios de la nuca. Echó el edredón hacia atrás y salió de la cama de un salto. El corazón le latía frenéticamente contra las costillas mientras avanzaba entre la oscuridad, apartándola con las manos como si fuera una cortina hasta que llegó a la puerta de su habitación. Agarró el pomo de latón y lo giró rápidamente, pero la puerta no se abrió. Volvió a intentarlo, pero no lo consiguió, estaba cerrada con llave. Se le puso la piel de gallina, como cuando le cayó una araña en el brazo.

¿Por qué la encerraría su padre?

¿Por qué estaría su madre de acuerdo?

El miedo, agudo y crispado, la golpeó en el pecho. Se agachó y se puso de costado para inspeccionar el haz de luz que entraba por debajo de la puerta, pero lo

único que consiguió ver fue el borde de la alfombra al otro lado. De nuevo oyó el gimoteo desde el rellano, seguido de un grito agudo de pánico. La furia se apoderó de ella y se levantó y volvió a tirar del pomo, esta vez con violencia, sacudiendo las bisagras de la puerta.

De repente, la luz del rellano se apagó y se hizo el silencio, espeso y oleaginoso, en la casa.

—¡Georgie! —gritó.

Golpeó los paneles de madera de la puerta.

—¡Dejadme salir!

Pero solo había silencio.

—¡Mami!

Solo la oscuridad.

Aguantó la respiración y prestó tanta atención a los sonidos que le dolían los oídos. De pronto, oyó un clic en la lejanía; era la puerta principal cerrándose.

A Georgie le gustaba el parque. Le gustaba quedarse junto al gran estanque redondo, el que tenía la fuente con una estatua de un león en el centro. Alrededor de este había una verja de metal con florituras hasta la altura de la rodilla para evitar que los niños y los perros se cayeran en él. El manto de nenúfares se extendía como un verde camino de piedras y, si tenían suerte, podrían ver a una libélula posarse sobre ellos y levantar el vuelo de nuevo como un arcoíris resplandeciente.

Georgie podía pasar horas contemplando en silencio las enormes formas resbaladizas de los pececitos de colores que se movían como espectros en el agua. Su favorito era Watson, el de la raya plateada en la espalda, pero también estaban los amigos de Watson: Farintosh, Armitage y Hatherley. El más pequeño de todos, el que tenía una hendidura en su aleta dorsal, era la señora Hudson. Jessica había dejado que Georgie les pusiera nombre a todos.

Cuando los contemplaba, se calmaba, y eso mismo era lo que había ocurrido aquel día. Ella se había quedado junto a él de pie, no agarrándolo de la mano exactamente, sino manteniendo los dedos cerca de los suyos, y él había estado observando los peces mientras canturreaba. Entonces ella supo que su hermano era feliz, feliz de un modo que en casa, con gente demasiado cerca de él, no conseguía ser. Pero entonces mami lo había estropeado todo.

—Venga, niños, es hora de jugar a la pelota.

—Hoy no, mami, gracias —había dicho Jessica educadamente.

Su madre frunció el ceño y se sentó en el banco a leer su revista, pero tenía los labios apretados y no paraba de cruzar y descruzar los tobillos. Cuando ya no pudo aguantar más, dijo:

—Se está haciendo tarde, es hora de volver a casa.

Georgie negó con la cabeza y sus rizos rubios rebeldes se movieron al ritmo.

—Por Dios, Georgie —dijo su madre bruscamente, exasperada—. Ya vale de ser

un idiota todo el día mirando los peces. Ya tienes cinco años y deberías hacer otras cosas.

Jessica empezó a ponerse nerviosa. Le murmuró a Georgie que Watson quería estar solo un tiempo e intentó llevarse a su hermano con suavidad, dando pasitos muy despacio, pero, como siempre, su madre perdió la paciencia y lo agarró de la muñeca para apartarlo de la verja.

«No lo toques. No le gusta que lo t...».

Georgie había empezado a gritar. No era un grito infantil cualquiera, sino como si estuviera muriéndose, como si alguien lo hubiera cortado en dos con un hacha.

Jessica estaba pensando en aquel hecho mientras seguía pegada a la puerta retorciendo el lazo azul de su camisón. Parpadeó con fuerza para intentar apartar de su mente la visión de los labios blancos de su madre. Era el grito de Georgie en el parque lo que se había colado por debajo de su puerta y ahora se adentraba en su cabeza.

El sol de la mañana la despertó indolentemente. Levantó la cabeza del duro suelo y contempló la puerta con hostilidad. Se puso de pie con dificultad, temblando de frío, y percibió cierta cualidad grisácea en el interior de su cabeza, como si detrás de sus ojos hubiera polvo. No muy esperanzada, agarró el pomo y lo giró y, para su sorpresa, la puerta se abrió fácilmente justo cuando el reloj del abuelo del recibidor marcaba las ocho. Entró en pánico por un instante, ya que siempre se adelantaba para despertar a Georgie y convencerlo de que se duchara y vistiera antes de que llegara mami.

Corrió de puntillas por el pasillo hasta la puerta del fondo y aguantó la respiración mientras la abría con suavidad. No sabía qué esperaba encontrar, pero su joven mente estaba segura de que sería algo malo, algo caótico, algo que le provocaría un daño irreparable. Sin embargo, dibujó una enorme sonrisa de alivio en su rostro al ver que todo era completamente normal.

Sus ojos azules se abrieron más con placer al inspeccionar la pequeña habitación con sus cortinas de color verde oscuro, la cajonera llena de libros apilados y el bate de críquet que jamás habían usado apoyado contra la pared. Para ser honestos, Georgie odiaba todos los deportes sin excepción pero, para complacer a su padre, Jessica le había enseñado a atrapar y lanzar la pelota, lo cual había requerido una paciencia infinita por su parte.

Nada había cambiado. En la estrecha cama yacía el niño aún dormido con la cara enterrada en la almohada, los rizos rubios rebosantes de vida y una pierna por fuera del edredón. Jessica se fijó en que llevaba puesto su pijama de cuadros rojos y, de repente, sintió un escalofrío de alarma que se le arremolinó en la garganta. Sabía que la noche anterior le había puesto a Georgie su pijama azul favorito. A Georgie le encantaba el azul: siempre que llevara algo azul estaba mejor. Jessica había intentado explicarle esto a su madre, pero ella había respondido:

—¡Qué tontería!

Y le había comprado un abrigo rojo. El rojo era el color que peor le sentaba; cuando vestía de rojo, era imposible de tratar.

—Georgie —dijo suavemente—, soy yo.

Él murmuró algo hacia la almohada.

Ella se acercó a la cama y, entre risas, le quitó el edredón con mucho cuidado de no tocarlo.

—Despierta, dormilón.

Él se giró hacia ella y le sonrió.

No era Georgie.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Jessica.

—Soy Timothy.

—¡Tú no eres Georgie! ¡Sal de ahí! ¡Sal de su cama!

Lo agarró por el pijama, el pijama de Georgie, y sacó al impostor de un empujón de la cama. Lo sacudió mostrando en su rostro toda su ira; no le importaba en absoluto que aquel niño llorara o que le temblaran los hombros. Aún agarrándolo por el pijama, lo miró directamente a la cara.

—¿Dónde...?

Lo volvió a sacudir.

—¿... está...?

Lo levantó hasta casi ponerlo de pie.

—¿... Georgie? ¿Qué has hecho con mi hermano? ¿De dónde has salido?

Los ojos azules del niño estaban llenos de lágrimas, pero su mirada era desafiante.

—Yo soy Timothy. —Señaló con su pequeña mano la cama—. Esa es mi cama. Yo vivo aquí.

—No, tú no vives aquí —le gritó Jessica a la cara.

A ella también le temblaban las manos y sentía la boca tan seca que las palabras se le quedaban pegadas a la lengua. Sin embargo, el niño asintió apretando con fuerza los dientes en los labios, y siguió asintiendo una y otra vez.

—¿Quién eres tú? —le volvió a gritar Jessica.

—Soy tu nuevo hermano.

Aquellas palabras no tuvieron piedad; retumbaban en los oídos de Jessica mientras bajaba a toda velocidad las escaleras e irrumpía en la cocina. Su madre estaba sentada a la mesa con una taza de té delante de ella, añadiéndole azúcar con una cucharilla; nunca se echaba azúcar en el té. Su rostro era sombrío y estaba cabizbaja, y llevaba puesto el mismo vestido *beige* del día anterior. Normalmente, la apariencia de su madre era elegante y enérgica, y siempre estaba apremiando a su hija para que fuera más ordenada o se cepillara más el pelo, pero aquel día tenía el aspecto descuidado de la señora Rushton, la asistenta que iba a su casa los lunes, y Jessica pensó que quizás su madre no había dormido aquella noche.

Se acordó de los pasos en el rellano, de los susurros furtivos y, de repente, supo lo que habían hecho. La idea se hacía cada vez más grande y aterradora en su cabeza, y

tomó aire.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho? —preguntó.

Su madre la miró de un modo muy extraño. Se podía ver la ira alrededor de su boca y Jessica percibió el peso de su riguroso análisis.

—Jessica, no crees problemas.

—¿Dónde lo habéis mandado?

«No grites, no grites a mamá o...».

No quería ni pensar qué venía detrás del o...

—Se ha ido. Tienes un hermano nuevo que se llama Timothy. Quiero que lo quieras tanto como... —Hizo una pausa. Los delgados dedos de su madre abrazaron la taza en busca de calor—. Tanto como lo haremos tu padre y yo.

«No», quería gritar Jessica en medio de la cocina, pero ocultó las palabras tras los labios.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—No lo hemos encontrado en ningún sitio; lo hemos elegido de entre otros muchos niños en un orfanato.

—¿Dónde está mi Georgie?

—No es *tu* Georgie, y ya no existe. Nunca más volveremos a hablar de él.

—¡No! —En aquella ocasión se le escapó la palabra. Jessica se agarró al respaldar de madera de la silla que tenía delante, intentando evitar que sus manos se lanzaran contra el rostro de su madre—. No, mami, por favor, por favor, tráelo otra vez.

Le caían lágrimas por las mejillas y se avergonzó por ello, ya que sabía que su madre despreciaba lo que ella llamaba *histrionismo*.

—Cuidaré mejor de él, mami, lo enseñaré a comportarse, por favor, por favor... —siguió diciendo con voz implorante.

Entonces vio a su madre apartar la mirada.

—Mami, te prometo que puedo hacer que Georgie no te moleste tanto y...

—Déjalo ya, Jessica.

—Pero yo lo quiero, y él me quiere a mí. Me necesita para...

Los preciosos ojos de su madre se posaron sobre Jessica, rotundos y cansados, apagados por la tristeza.

—No seas tonta, Jessica —dijo sacudiendo la cabeza—. Ese chico es incapaz de amar.

—No, no; cuando le leo cuentos, me quiere, sé que me quiere.

—Está enfermo, enfermo de la mente.

—¡No!

—Sí, y ha ido a un lugar donde lo cuidarán debidamente personas que saben lo que es mejor para él. Será más feliz, te lo aseguro, y en una semana se habrá olvidado de nosotros.

—¡No!

—Sí, es así de egoísta. —Por un breve instante, se inclinó sobre la mesa y fijó la mirada en el rostro de su hija, y su tono se volvió inesperadamente amable—. En el fondo de tu corazón sabes que es verdad. Lo siento, lo siento mucho porque sé que lo cuidas incluso cuando sabemos que es imposible vivir con él, pero ahora debemos aceptar que ha desaparecido para siempre de nuestras vidas. —Se volvió a sentar debidamente en la silla, echó los hombros hacia atrás y dibujó una sonrisa en sus labios—. A partir de ahora, todos querremos a tu nuevo hermanito.

—¿Puedo visitarlo?

—¿A quién?

—A Georgie.

Su madre se puso de pie.

—No. —Expulsó la palabra de su boca como una corriente brusca de aire—. Olvida a ese chico; no te quiere. Ya no existe para nosotros.

El silencio se alargó hasta el infinito. La respiración de Jessica se hacía cada vez más violenta; quería gritar el nombre de Georgie, pero en lugar de eso se quedó rígida, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, en completa soledad.

—Mami —dijo en voz baja y muy suave—, si soy buena y quiero a mi nuevo hermano, ¿dejarás que Georgie vuelva a casa?

Su madre suspiró.

—Oh, Jessica, qué tozuda eres. No me estás prestando atención.

Jessica se escondió detrás de la puerta. En cuanto su padre introdujo la llave en la cerradura, ella abrió y se puso delante de él.

—Papá, tengo que hablar contigo.

Él ni siquiera había cruzado el umbral. La miró un instante y su expresión pareció apartarse de ella, aunque no movió ni un centímetro de su cuerpo. Era un hombre de aspecto normal, complexión normal, con traje gris normal y el cabello castaño claro peinado cuidadosamente hacia un lado. Llevaba gafas, algo que odiaba por interpretarlo como una debilidad, y su padre no era el tipo de persona que tolera las debilidades. Únicamente sus ojos de color azul intenso desvelaban algo de la gran inteligencia que poseía y que lo llevaba a perseguir insaciablemente la perfección, en él mismo y en los demás. Jessica siempre lo encontraba sobrecogedor.

Se apartó, le cogió el sombrero a su padre y lo dejó suavemente sobre la mesa del rellano. Él cerró la puerta al entrar, pero no se dio prisa en quitarse el abrigo.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué hace tu madre?

—Está en el salón. Con mi nuevo hermano.

—¿Y cómo está Timothy?

—Está jugando con el trenecito de Georgie.

La mirada de su padre se iluminó.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

Georgie nunca jugaba con eso, solo arrancaba las piezas.

—Papá, he escrito una carta. —Sacó un sobre azul pequeño del bolsillo de la falda—. Para despedirme de Georgie.

Su padre se subió más las gafas sobre el puente de la nariz y colgó con presteza el abrigo en el perchero. Jessica sabía que lo que su padre deseaba era apartarse de ella, pero se colocó entre él y el salón y le sonrió.

—Me gusta mi nuevo hermano. —No era capaz de pronunciar su nombre.

—Estupendo.

—Pero necesito la dirección nueva de Georgie para escribirla en el sobre. — Siguió sonriendo—. Entonces podré olvidarme de Georgie.

Su padre suspiró emitiendo un sonido largo, con tono de decepción.

—Oh, Jessica, sé perfectamente lo inteligente que eres. —Extendió la mano para que le diera la carta—. Yo escribiré la dirección y la enviaré por ti.

Jessica no discutió, simplemente se la dio, sabiendo que acabaría ardiendo en la chimenea.

—Papá, Georgie también es listo. Sabe leer casi tan bien como yo. Pregúntale a la señorita Miller.

La señorita Miller era la más reciente de la larga lista de niñeras que habían pasado por la casa.

Su padre le sostuvo la barbilla en alto, echándole la cabeza hacia atrás, y la estudió minuciosamente, analizando las líneas y los contornos de su rostro. Jessica se sentía como uno de esos spaniel a los que su tío Gus juzgaba en los concursos de perros.

—Jessica, la cruda realidad es que Georgie es un ser humano increíblemente complicado, que no puede vivir con la gente normal. Shhh, no empieces a negarlo. Sabes que es verdad y tienes que aceptarlo.

—Papá, si soy mala, ¿me enviarás al mismo sitio?

Él la soltó al instante.

—No, así que no lo intentes.

—¿Me mandarás a otro sitio distinto?

Durante unos instantes, su padre no dijo nada, y Jessica apreció una especie de tic en la comisura de su boca. La niña se dio cuenta de que su padre intentaba contenerse para no gritarle, así que volvió a poner su sonrisa.

—No seas tonta, Jessica —dijo su padre, con tono cortante—. Lo pasado, pasado está. Ya se ha acabado; olvídalo. Este es un nuevo comienzo para nosotros y tenemos que ser valientes, incluido el pequeño Timothy.

La rodeó y abrió la puerta del salón con una gran sonrisa al mirar al interior de la estancia.

—¿Cómo está mi chico? —dijo, y se desvaneció en la calidez del ambiente.

Jessica permaneció inmóvil en el rellano, asolada por la tristeza.

2

Londres, Inglaterra, 1932

Veinte años más tarde

Se oyó el gañido de un zorro. Un sonido sobrecogedor de una criatura salvaje que vagaba por las calles de Londres en medio de la noche y que hizo que la mano de Jessie Kenton se detuviera mientras comprobaba que el pestillo de la ventana estaba debidamente cerrado. El animal volvió a aullar y su voz retumbó en la soledad de la noche como la de un lunático por los jardines de Putney.

Jessie se apartó de la ventana. El apartamento estaba en la primera planta y su habitación daba a una calle al final de la cual un farol aguardaba paciente y vigilante, como si fuera su amigo. El resplandor amarillento se filtraba cada noche por la rendija que dejaban las cortinas de su habitación, así que siempre podía andar por ella sin necesidad de encender la luz. Era mejor así; no quería dar ninguna señal que desvelara que no podía dormir, que estaba nerviosa.

En definitiva, no quería molestar a Tabitha.

Entró sigilosamente en la salita. Allí todo estaba más oscuro y las cortinas estaban completamente echadas, y sintió que se le cortaba la respiración. Sin embargo, era capaz de bordear las sillas y la mesa con los ojos cerrados, así que llegó sin ningún tipo de problema hasta la gran ventana en saliente. Había tres pestillos. Jessie deslizó la mano por la cortina y comprobó cada uno de ellos; estaban todos cerrados. El corazón la recompensó recuperando levemente el ritmo normal y sonrió, negando con la cabeza en señal de reproche a ella misma. Estaba volviendo a colocar las cortinas en su sitio cuando la luz amarilla del exterior titiló y volvió a cortársele la respiración. Entonces, miró otra vez.

No se movió nada en la calle; la luz había vuelto a su estado habitual, pero algo —o alguien— se había cruzado en su camino. Desde detrás de la cortina examinó con cuidado la tranquila calle residencial, inspeccionando cada punto sólido de oscuridad y registrando minuciosamente las siluetas de las sombras.

«Puedo esperar. Puedo esperar más que tú».

—Oh, Jessie, ¿qué estás haciendo levantada a estas horas?

Tabitha encendió la lámpara y Jessie parpadeó ante la repentina fuente de luz

brillante que inundó la habitación. Después se apartó rápidamente de la ventana.

—Estaba un poco inquieta —dijo encogiéndose de hombros— y no podía dormir. Creo que he bebido demasiado vino.

—Me encanta que vengas al club a oírnos; siempre toco mejor cuando vienes.

Jessie rio.

Tabitha Mornay llevaba tres años compartiendo piso con Jessie. Tenía el cabello liso y oscuro a media melena y la piel muy clara. Esto tenía que deberse a que vivía la vida al revés: dormía durante todo el día y revivía solo cuando el sol se había ocultado, llena de energía y apasionada por su música. Tocaba el saxofón en un grupo de *jazz* llamado The Jack Rabbits que actuaba todas las noches en un club lleno de humo de Londres. Aunque rondaba ya los treinta años de edad, no aparentaba más de diecinueve y se peinaba con una trenza sobre el hombro.

—¿Quién era ese hombre tan apuesto con el que bailabas al final de la noche?

—No era nadie...

—¡Ya! A mí también me gustaría tener a un nadie así.

—No me gustaba el bigotillo ese flacucho que llevaba; era como un cordón de zapato.

—A mí me parecía elegante; tenía estilo. Eres demasiado quisquillosa con los hombres, amiga.

Jessie puso los ojos en blanco.

—La próxima vez le meteré la cabeza en tu saxofón y así podrás tocarle a su bigote tu melodía.

Tabitha rio, bostezó, se envolvió mejor en su horrible bata de satén rosa y fue hacia la cocina. Inmediatamente, Jessie entró en la habitación de su compañera y comprobó las ventanas. Aquella parte de la casa daba al jardín trasero y Jessie se quedó observando para asegurarse de que no había movimiento en la oscuridad del exterior, excepto por las ramas del lilo. Para tratarse de la habitación de una fumadora empedernida que tocaba *jazz*, estaba sorprendentemente ordenada y limpia. Volvió a la suya, pero no se acostó hasta que oyó la puerta de Tabitha cerrarse, y entonces volvió a salir. Comprobó cuidadosamente la ventana de la cocina y, aunque estaba perfectamente cerrada, la aseguró mejor. Entonces se quedó en medio de la oscuridad con la mejilla apoyada contra la puerta principal, atenta a cualquier sonido.

«Puedo esperar. Puedo esperar más que tú».

Timothy Kenton analizó a sus acompañantes en la mesa redonda con un interés que mantuvo cuidadosamente camuflado. Sin embargo, su mirada veloz captaba los movimientos rápidos de los dedos de los demás, posados sobre el mantel dorado como pequeñas volutas en tensión. Era capaz de oír su respiración, ascendente y descendente, al unísono. Percibía la esperanza en sus ojos y se preguntaba si los demás veían lo mismo en él. La sala a la que lo habían conducido tenía el techo alto y muy ornamentado, y las tupidas cortinas moradas que cubrían los grandes ventanales no conseguían mantener las ráfagas de aire a raya; deseaba haberse dejado el abrigo

puesto. Hacía un frío sepulcral y olía a alcantarilla, algo que las velas aromáticas no conseguían disimular.

Timothy contó seis clientes a la mesa, incluido él; otros cuatro hombres y una mujer de unos cuarenta años de edad que había decidido sabiamente dejarse puesto el abrigo de piel, hecho que dejó más que patente que ya había estado allí con anterioridad. Iba muy maquillada, pero tenía los labios pálidos, casi carentes de sangre, y se los mordisqueaba sin cesar. Seis clientes, a veces nueve, era el número habitual; siempre divisible por tres. Timothy solo reconocía a dos hombres: Fabian Rawlings y el gran y honorable Phillip Hyde-Mason. Al igual que él, ambos rondaban los veinte años de edad y ambos eran asiduos a aquel juego. Les asintió brevemente a modo de saludo desde el otro lado de la mesa, pero ninguno pronunció palabra alguna. Únicamente se hablaba cuando *Madame* Anastasia lo requería.

Estaba sentada a la derecha de Timothy ataviada con un magnífico pañuelo morado y dorado que la hacía parecer mucho más alta que el resto de las personas de la sala. Era una mujer de mediana edad con las facciones marcadas y duras, y aquella noche vestía un traje de color púrpura que le daba un aspecto tan intimidatorio ante sus clientes como debía serlo ante su guía espiritual. Se sentó con las manos posadas sobre la mesa y los ojos cerrados, y comenzó a murmurar palabras extrañas mientras sus clientes aguardaban. A Timothy la espera siempre se le hacía insoportable, dada su impaciencia por que comenzara la acción. Se le acumulaba la saliva en la boca y, cada vez que tragaba, le costaba mucho esfuerzo. Sin embargo, siempre intentaba que no se le notara en absoluto, puesto que no quería parecer un completo idiota. ¿Qué pensarían Rawlings y Hyde-Mason de aquella ridiculez?

¿Ridiculez?

¿Acaso no era la necesidad de establecer contacto con los que se habían marchado una muestra de la patética debilidad humana? ¿Una superstición? ¿Una ridiculez?

Frunció el ceño, irritado por su estado anímico escéptico de aquella noche, y bajó la mirada hacia las manos de *Madame* Anastasia. Sus dedos estaban estirados sobre la mesa junto a los suyos propios. Tenía unas manos bonitas, elegantes y expresivas, sin ningún anillo ni ninguna de esas ostentosas muestras de avaricia que abundaban entre la mayoría de las médiums a las que había visitado, como si estuvieran todas preparándose para atrapar a los espíritus al vuelo en un abrir y cerrar de ojos, al igual que el dinero de los bolsillos de sus clientes.

Un viento frío susurró repentinamente en la penumbra; parecía enroscarse en los recovecos del techo y consiguió que a Timothy se le erizaran los cabellos de la nuca. Cierto era que aquello mismo había ocurrido en otras ocasiones y se decía a sí mismo que no era más que un truco, pero aun así le seguía sobrecogiendo. Las velas que había cerca de las ventanas titilaron y se extinguieron, sumiendo la mayor parte de la sala en la más completa oscuridad excepto por las tres velas que seguían encendidas formando un triángulo en el centro de la mesa. Estas proyectaban sombras sobre los rostros inquietos y los hacían parecer calaveras.

—Están aquí —entonó *Madame Anastasia*, y abrió los ojos.

Timothy sintió la sacudida que ya le era familiar en el pecho, siempre igual; algo parecía cambiar de posición en su interior y colocarse para empujar hacia afuera, una figura resbaladiza que se abría paso hacia la superficie; algo que requería poseer voz.

—Os damos la bienvenida, seres queridos.

Madame Anastasia habló con el típico tono solemne que Timothy ya esperaba encontrar en las médiums, pero había algo bajo su apariencia que lo hizo estremecerse, una suavidad y una dulzura que se le presentaban como un caramelo a un niño. ¿Qué espíritu podría resistirse a un tono tan cautivador?

—Os damos la bienvenida, seres queridos —volvió a proclamar— con presentes desde el mundo de los vivos hacia el de los muertos.

Todos los ojos se concentraron en el simple ofrecimiento de pan y sopa que había en medio del triángulo de velas con el fin de atraer a los espíritus, que aún anhelaban los alimentos físicos y seguían ansiando la calidez y la luz.

—Venid y moveos entre nosotros.

El aire de los pulmones de Timothy se hizo más espeso. *Madame Anastasia* dejó caer la cabeza hacia atrás y el peso de su tocado reposó sobre el respaldar de la silla. Cerró nuevamente los ojos y su pecho envuelto en púrpura comenzó a moverse bruscamente. Aquel era el momento en el que Timothy esperaba que se produjera la magia: tirar de alguna cuerda, apretar el botón apropiado para crear el momento mágico cuando el espíritu hiciera su aparición... Para eso estaban allí.

En la mesa, las manos de sus clientes estaban apoyadas y el último dedo de cada persona tocaba el de quien estaba sentado a su lado, creando un círculo simbólico, un collar de manos. Aquello intensificó la energía de la estancia. Timothy podía sentir cómo incrementaba la tensión del hombre mayor que tenía a su izquierda; su expresión era benevolente y calmada, llevaba una perilla canosa que resplandecía entre las sombras, pero le temblaban los dedos y estos traspasaban las ondas ansiosas a la piel de Timothy. Al otro lado del hombre, la mujer del abrigo de piel tenía los ojos muy abiertos y fijos en un punto concreto justo sobre el tocado de plumas de *Madame Anastasia*.

—Los veo —susurró.

Timothy dirigió repentinamente la mirada hacia el espacio vacío sobre la médium con el corazón laténdole a un ritmo frenético.

—¿Dónde? —No veía nada.

Súbitamente, *Madame Anastasia* hundió la barbilla en el pecho y su voz se convirtió en la de alguien de no más de siete años, alguien que parecía estar claramente emocionado por encontrarse entre dos mundos.

—Soy Daisy. —La joven voz se oyó limpia y clara como la de un infante de coro—. Hay un hombre conmigo; es un caballero que está buscando a su hijo o a su hija y está nervioso por venir... por si no quiere establecer contacto con él. —Las últimas palabras se oyeron como un leve susurro, así que todos tuvieron que acercarse para

poder oírlas.

—¡Padre! —La mujer de las pieles habló con voz temblorosa—. ¿Eres tú? ¿Stephen Howe?

Al instante se percibió una sensación de ira alrededor de la mesa; Timothy sintió su calor elevarse desde el mantel y penetrarle en las yemas de los dedos. Recorrió con la mirada cada rostro entre las sombras y comprobó la angustia que los asolaba a todos. ¿Cuántos de los que estaban allí habrían perdido a sus padres? Al otro lado de *Madame Anastasia* había sentado un hombre de mediana edad, una figura menuda que vestía un traje caro y que tenía una marca de nacimiento que le recorría el cuello. Estaba observando penetrantemente a la médium, que seguía cabizbaja y con expresión de pesar, y le apretaba los dedos, pero esta no respondía a ningún estímulo.

—Bueno —dijo el hombre—, dinos, niñita, ¿es ese el espíritu del padre de esta mujer?

—Muchos de nosotros hemos perdido a nuestros padres —dijo la señora entre sollozos—. La Guerra Mundial nos robó a toda una generación.

La niña les mandó callar bruscamente mientras parecía seguir hablando con el caballero. En el silencio que siguió a aquel momento, la tensión aumentó y todos los ojos se centraron en los labios de la médium. Finalmente, el cliente de la perilla perdió la paciencia y preguntó:

—Daisy, querida, ¿puedes decirnos el nombre del hijo al que el espíritu busca?

Se oyó un golpe en la mesa que hizo que todos se sobresaltaran.

«Es un truco», se dijo Timothy a sí mismo, «un truco». Sin embargo, el corazón se le iba a salir del pecho y, de repente, sintió la necesidad de romper el círculo y salir de allí para alejarse de lo que fuera que habían conjurado entre todos. Le parecía una insolencia creer que el mundo de los vivos pudiera salir impune ante tal provocación al más allá. Los segundos pasaban y en el pecho se le congregaba una sensación de mal augurio, fría y dura como la piedra.

—Daisy —volvió a decir el hombre—, te agradecemos la señal. ¿Qué nombre busca ese caballero?

—Está triste. Dice que siente un gran pesar en el corazón. —La voz no sonaba en absoluto parecida a la de *Madame Anastasia*.

—¿Le ayudaría hablar con su hija? —preguntó el hombre.

De nuevo se produjo el golpe seco en la mesa. Timothy vio cómo las velas titilaban y percibió cómo el aire de la estancia se volvía cada vez más espeso.

—Daisy —dijo la mujer de las pieles con tono suave y eligiendo las palabras meticulosamente—, cuéntanoslo, querida. Nos hemos reunido aquí para hablar con alguien que ha pasado al mundo de los espíritus. Necesito urgentemente comunicarme con mi madre, Audrey Howe, que murió hace cuatro años. Me gustaría que le preguntaras al caballero si es mi padre, Stephen Howe.

—No —respondió la niña inmediatamente con voz cantarina—. No es Stephen.

—Oh.

—¿Quién es? —preguntó Rawlings.

—La voz se hace más débil.

—Rápido, entonces —dijo Rawlings—, pregúntaselo ya.

—Demasiadas voces, están todas en mis oídos. No paran de hablar y quieren hacerlo todas al mismo tiempo.

Las manos de Timothy se posaron con más fuerza sobre la mesa.

—¿Es la letra K? ¡Dímelo! ¿Empieza el nombre del niño por la letra K?

Se oyó un golpe decisivo en la mesa, más alto que los anteriores, justo como se esperaba que ocurriera. Sí.

—Es Kingsley, ¿verdad? —gritó—. El niño es Kingsley. Siempre dijiste que te comunicarías, siempre fuiste un defensor de la causa. —Las palabras se le arremolinaban—. Lo prometiste, y yo nunca dejé de creerte. ¿Has...?

Se oyeron dos golpes secos. Cortos. Displícetes.

—Dice que no —susurró la voz de la niña—. No es Kingsley. Pero dice que sí, es la letra K.

—Kenton empieza por K —señaló Hyde-Mason—. Quizás eres tú, Timothy Kenton. Tú podrías ser a quien busca el espíritu. Podría ser tu padre esta noche.

El corazón de Timothy se detuvo en seco. No era aquello por lo que había ido aquella noche; no para eso. Despegó las manos de la mesa rompiendo el círculo y se puso de pie bruscamente. El hombre de la perilla le gritó algo, pero los oídos de Timothy parecían haberse desconectado del cerebro, ya que no comprendió sus palabras. Se apresuró hacia la puerta, la abrió y salió al recibidor dando un portazo como para bloquear a los espíritus que lo convocaban. En su mente oía un zumbido ensordecedor, como si tuviera insectos atrapados en su interior batiendo las alas. Respiró hondo, asimilando con dificultad el aire gélido de la noche, pero no parecía que nada se le aclarara en la mente.

El recibidor era un lugar amplio con una entrada de mármol majestuosa y el escudo de armas de alguna familia noble adornando la chimenea de columnas, medio oculto por la penumbra. Era un lugar lúgubre y sombrío. La única luz procedía de un solitario candelabro que había situado sobre el alféizar de una ventana, y su llama trepidaba incesantemente, provocando la casi completa oscuridad.

Su abrigo. ¿Dónde demonios estaría su abrigo? Estaba helado.

Se dirigió dificultosamente hacia un aparador al otro lado de la sala donde parecía haber una pila de prendas de vestir, pero al inclinarse sobre ella para buscar su abrigo azul marino, su mente pareció titubear y preguntarse por qué estaría allí. Rebuscó inútilmente entre los abrigos y cogió una manga oscura. Tiró de ella, pero en lugar de sacar la prenda, esta lo absorbió a él. La prenda se movió y balanceó delante de él y la oscuridad del lugar pareció integrarse en su mente, y cerró los ojos, agradeciendo la paz que sentía mientras se deslizaba hacia el suelo.

3

Jessie Kenton caminaba bajo la lluvia por Putney Hill. Era una noche fría, húmeda y desapacible, y una ambulancia pasó rápidamente por su lado haciendo sonar la sirena. Un escalofrío le recorrió el cuerpo e hizo que apretara el paso con la cabeza hacia abajo para combatir el viento que la azotaba desde Putney Heath.

Era finales de octubre, hacía frío, humedad y la oscuridad se abría paso desde primera hora de la tarde. El invierno se había adelantado aquel año. Jessie odiaba el mes de octubre con tal intensidad que incluso ella la reconocía como desmesurada, pero no cabía duda de que su mente funcionaba mucho peor en aquella época del año. Sus dibujos se volvían simples y poco originales, como reacios a tomar forma. Los bolígrafos y los lápices parecían escurrírsele entre los dedos mientras intentaba que su cerebro volviera a funcionar a base de golpes. Siempre le ocurrían cosas malas en octubre; por eso se le aceleró el ritmo cardíaco al oír la ambulancia y por eso mismo apresuró el paso para llegar a casa cuanto antes.

A su alrededor, Londres extendía su manto nocturno. Los motores de los coches y los taxis, de los tranvías y los camiones exhalaban su humo grisáceo mientras los trabajadores salían de sus oficinas y fábricas para salvar el trayecto que los separaba de sus respectivos trenes, tranvías y autobuses. Jessie trabajaba en un estudio de diseño en la zona de Fulham, al oeste de Londres, y normalmente recorría en bicicleta los varios kilómetros que unían su casa con el trabajo pasando por Fulham Palace Road y por el puente Putney, disfrutando tanto del ejercicio como de las vistas del río Támesis. Este se deslizaba bajo el puente como un rastro oscuro de historia: el propio rey Enrique VIII había patinado sobre él cientos de años atrás, cuando aún se congelaba. El primer ministro Gladstone había conseguido escabullirse de la mirada atenta de la reina Victoria para poder merodear por los bancos pantanosos del río en busca de prostitutas a las que salvar y el mismísimo Sherlock Holmes había salido a escondidas de la neblina que emanaba de sus aguas contaminadas.

Aquel último pensamiento despertó una sonrisa en Jessie y se recordó a sí misma con tono reprobatorio que el inimitable Sherlock no era más que un personaje, fruto de la imaginación de *Sir Arthur Conan Doyle*.

Sin embargo, aquel día volvía andando a casa. Un carro de mudanzas le había doblado la rueda delantera de la bicicleta aquella misma mañana. Jessie se había quedado sentada junto a la alcantarilla curándose un rasguño que le había hecho en la barbilla y maldiciendo a todos los carros. Maldiciendo octubre. Maldiciendo su suerte. Cuando un coche que pasó por su lado le ofreció llevarla, Jessie había mirado fijamente al conductor, rechazando amablemente el ofrecimiento y continuando a pie el más de medio kilómetro que aún la separaba del estudio empujando una bicicleta destartalada. Se la había confiado a las manos aceitosas de un mecánico que había en la esquina de Fielding Road y al acabar el día de trabajo había vuelto andando a casa.

Entonces, Jessie apresuró el paso. A cada lado de la calzada se extendían hileras de casas respetables y discretas, el tipo de hogar en el que habitan los librereros y los trabajadores de las funerarias, con las cortinas echadas como armaduras contra el mundo exterior y el humo del carbón emanando de las chimeneas y adentrándose en los orificios nasales de Jessie junto con la lluvia. Al llegar a la esquina de la calle, miró hacia atrás por encima del hombro. Aquella necesidad de comprobar era automática.

Tras ella, Putney Hill descendía refulgente bajo el manto de lluvia y misteriosa en la penumbra de la noche, con las calles iluminadas por alguna que otra lámpara ocasional o los faros de algún coche furtivo. No había nadie a la vista. No es que fuera una sorpresa, dado que no era una noche precisamente apropiada para pasear por la ciudad. Un perro de orejas amarillentas y con las ijadas empapadas rebuscaba entre la basura, pero de no ser por el animal, la calle habría estado desierta. Aquella situación favoreció el humor de Jessie; sintió cómo el corazón le volvía a latir a un ritmo más o menos normal. Llevaba toda la semana percibiendo aquella necesidad de comprobar la retaguardia.

En definitiva, parecía que aquella noche estaba equivocada; allí no había nadie. Sin embargo, otras noches sí había oído pasos tras ella con tal claridad que se había girado para enfrentarse cara a cara con quien la estuviera persiguiendo por todo Londres. Aun así, nunca conseguía ver a nadie entre las sombras de la noche, y durante el día solo notaba el habitual fluir de los pasos de los peatones, el hecho de que nadie la mirara directamente a los ojos y la completa indiferencia de los moradores de la ciudad hacia quienes los rodeaban. Algunas noches dudaba si girarse o no, temerosa de que tras ella hubiera una figura delgada y desmejorada con ojos azules.

—¡Jabez!

No hubo respuesta. El apartamento estaba frío como una tumba mientras corría las cortinas. Octubre se filtraba a través de las grietas de las paredes.

—¡Jabez! —volvió a gritar al encender la luz del techo, pero no encontró señal alguna de actividad.

Dejó caer el abrigo y la bufanda sobre el sofá y desenvolvió un papel de periódico que contenía arenques. Instantáneamente, el olor del pescado fresco impregnó el aire con una cualidad densa y salada, y Jessie se alegró de que Tabitha estuviera fuera trabajando para no tener que recibir ninguna queja al respecto. Se acercó a su habitación y frunció el ceño al ver la puerta entreabierta, ya que recordaba perfectamente haberla cerrado antes de irse a trabajar aquella misma mañana. Al entrar vio que el edredón estaba manchado de barro.

—Jabez —dijo con más seriedad.

No hubo respuesta.

—¿Dónde te escondes?

Agitó en el aire un arenque por la cola y la almohada se movió. Apareció desde abajo una cara con forma de corazón y dos orejas de punta, y un par de ojos de color verde vivo parpadeó en su dirección antes de que un ronroneo sacudiera la ropa de cama.

—Jabez, no puedes entrar cuando no estoy, ya lo sabes.

El gato estiró la pata delantera de color negro carbón e hizo como si ignorara el ofrecimiento plateado que le presentaban. En lugar de dirigirse hacia la tentación, se colocó panza arriba agitando las cuatro patas en el aire e invitando a Jessie a admirar su barriga negra y lustrosa, pero esta no se dejó engatusar; dio un paso rápido hacia adelante y sacudió la almohada.

—¡Jabez! Qué bruto eres.

En el lugar que ocupaba la almohada estaba el cuerpo enrollado de una ardilla, con el pelo apagado y aplastado como sus ojos. Jessie lo apartó con el arenque; el animal estaba ya frío y tieso. Aquella visión entristeció a Jessie, que pensó en lo poco que se podía tardar en arrebatar una vida; el animal había pasado en minutos de ir dando saltitos de árbol en árbol por Putney Heath a estar más muerto que un pez en el desierto. Tocó a la criatura con un dedo, la cogió y la llevó hasta la cocina, ignorando los llantos de protesta de Jabez. Envolvió a la ardilla en una toalla vieja, rebuscó bajo el fregadero el desplantador y bajó las escaleras para salir a la lluvia y enterrar el cuerpo en el jardín trasero, bajo el arbusto de campanillas.

Fue mientras estaba allí agachada e invisible en la oscuridad de la noche, con las manos manchadas de barro y el pelo pegado a la cara por la lluvia, cuando tuvo la sensación de haber hecho aquello mismo con anterioridad, pero el recuerdo no le llegaba con la suficiente claridad ni recordaba qué era lo que había enterrado. Levantó la mirada hacia la ventana de su apartamento y vio las cortinas moverse, seguidas por la carita de Jabez en el cristal mirándola con lo que ella interpretó divertidamente como rencor. Lo había encontrado siendo aún una cría, encerrado en una lata de galletas Huntley & Palmers, el día de Nochebuena; era una bolita peluda del tamaño de la palma de la mano y se lo había llevado, lo había alimentado y había conseguido que se recuperara, y le había dado un hogar. Ahora era parte de la familia, por muy malos hábitos que tuviera el animalito.

Haber abandonado a un miembro de su familia era ya bastante carga como para perder a otro.

El teléfono comenzó a sonar y el timbre repentino sobresaltó a Jessie, pero esta hizo caso omiso. Jabez abrió un ojo, estiró una pata sobre el montón de papeles en el que se había hecho un roscó y hundió las garras en la manga mullida del suéter de Jessie.

«No te muevas. Quédate aquí».

Le pasó el dedo por las orejas, lo miró a los ojos y dejó que el teléfono sonara.

Estaba trabajando. Esparcidas a su alrededor sobre la mesa y amontonadas en el suelo como si fueran ropa interior desechada se encontraban infinidad de hojas de

papel, que se frotaban entre sí creando el sonido que tanto le gustaba. Eso significaba que sus dibujos iban bien. Cuando el fluir de ideas se detenía, no había más que el frío silencio a su alrededor; aquello la dejaba en estado catatónico y paralizaba el ritmo del bolígrafo. Sin embargo, aquella noche los diseños parecían bailar entre sus dedos mientras esbozaba imágenes para unos carteles de una nueva marca de jabón.

El teléfono sonó de nuevo.

Suspiró y decidió contestar a la llamada.

—Hola, Alistair.

—Hola, Jessie. ¿Cómo sabías que era yo?

—Tengo poderes.

Él rio, sin estar muy seguro de si lo que había dicho era o no verdad.

—Vaya noche fea —dijo animosamente.

Jessie sabía que iba a preguntarle si podía ir a verla.

—¿Puedo ir a verte?

Jessie bostezó recalcando la importunidad de la pregunta.

—Hace un tiempo de perros. ¿Qué tal el día?

Pero él consiguió burlar su táctica.

—He pensado que quizás te apetecería tener compañía.

—Lo siento, Alistair, pero estoy trabajando.

Hubo un breve silencio que transmitió todo lo necesario, como gotas de agua fría sobre sus oídos.

—Siempre estás trabajando, Jessie.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

Jessie no iba a discutir sobre eso. Llevaban viéndose unos meses de modo esporádico y al principio le gustaba su compañía. Era el encargado de la empresa de construcción de automóviles de su padre, en la que fabricaban biplazas descapotables, y la había introducido en el mundo de las carreras de coches de Brooklands. Era atento y divertido, así que ¿por qué le hacía aquello? ¿Por qué lo apartaba de su vida? Siempre le pasaba lo mismo con cada relación en la que se embarcaba. *No me agobies, no te acerques demasiado, no entres y exprimas mi corazón. Si lo haces, yo...* Negó con la cabeza.

«Yo, ¿qué? ¿Explotaré? ¿Me convertiré en sapo? ¿En una asesina?».

Nunca aguantaba lo suficiente como para ver qué ocurriría.

Jessie se quedó escuchando la respiración tensa de Alistair al otro lado de la línea y aplacó un poco los humos.

—Bueno, ¿qué me dices del domingo por la tarde? —ofreció ella—. Podríamos ir a dar un paseo por los jardines de Kew. Seguro que los invernaderos nos animan.

—O podríamos ir a cenar después de que terminaras de trabajar esta noche. —Alistair era terco como una mula; lo había heredado de su padre, que era escocés.

—No. —Hizo una pausa—. Lo siento, pero estoy muy cansada.

—Podría llevar un buen filete y cocinar para ti.

—Gracias, pero no, gracias. Te veo el domingo por la tarde.

Jessie colgó el teléfono, enfadada consigo misma por haber sido tan cortante con aquel hombre que acababa de ofrecerle generosamente cocinar para ella. Estaba segura de que nadie le habría ofrecido a Beethoven un *Apfelstrudel* cuando estaba componiendo su sinfonía Heroica.

Jabez maulló y le dedicó una mirada fría.

—Ya lo sé, glotoncillo, ya sé que prefieres el filete a los arenques.

Le acarició el lomo azabache al animal, despertando en este un ronroneo y a sabiendas de que podría estar haciéndole lo mismo a Alistair.

«No te confundas, Jessie; tú no eres Beethoven y esto no es ninguna sinfonía».

Observó la hoja de bocetos que tenía enfrente. Suspiró y la cruzó con una línea gruesa negra para que se uniera al resto de papeles del suelo. Nunca estaba lo suficientemente bien. ¿Sería eso lo que Beethoven se diría a sí mismo? ¿Le parecería que su música estaba bien alguna vez? Siempre encontraba el mismo abismo entre lo que veía en su hoja y lo que tenía en mente. Cogió una hoja limpia y se la puso delante; seguiría toda la noche hasta estar satisfecha con el resultado.

Nuevamente el teléfono cobró vida, y en aquella ocasión respondió rápidamente.

—Hola, Alistair —dijo—. Ese filete suena...

—Hola, Jessica.

—¡Papá!

—Necesito que vengas ahora mismo.

Su padre era el tipo de persona al que no le gustaba hablar de temas triviales.

—Aún no he terminado tus diseños, así que...

—Ahora mismo, Jessica.

Incluso para tratarse de su padre, sonó muy brusco. La noche era oscura y húmeda, y Beckenham estaba a una hora en coche.

—¿No puede esperar? —preguntó.

—No.

Una sola palabra, eso fue todo. Suficiente como para poder percibir el miedo que guardaba en su interior y para ponerle los vellos de punta. Su padre nunca le temía a nada.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué ha pasado?

Solo hubo silencio y Jessie sintió cómo se le acumulaba algo bajo las costillas y le presionaba el pecho.

—Tu hermano ha desaparecido.

Había ciertas cosas sobre las que Jessie no estaba dispuesta a mentir, ni siquiera a ella misma, pero por dónde se moviera su hermano no era una de ellas. Llevaba toda la vida mintiendo por Timothy; parecía imposible que no se le hubiera vuelto la lengua azul de todas las mentiras despiadadas que se habían deslizado por ella. Sus palabras eran como un punzón perfectamente afilado que se clavaba en el corazón de las chicas y, más tarde, de las mujeres jóvenes que llamaban a la puerta de su casa preguntando por su hermano con sus sonrisas dulces y sus ruegos insistentes. Jessica, por su parte, poseía todo un arsenal de excusas coherentes.

Lo siento, Isabella, pero Tim se ha ido a jugar al críquet.

Está enfermo con gripe.

Está cuidando a nuestra tía en Peterborough.

Gracias por los cigarrillos Sobraine, Amanda. Tim los apreciará, pero esta noche tiene que trabajar hasta tarde.

No, ni un cigarrillo más, Amanda. Ha dejado de fumar.

Con el paso de los años, las excusas se volvían cada vez más rebuscadas.

¿No te has enterado de que está estudiando para meterse a monje?

Lo siento, pero está cenando con Noel Coward.

No era culpa de Timothy. Las chicas revoloteaban a su alrededor como abejas en un panal, batiendo sus preciosas alas para él. Durante toda su vida, su aspecto atractivo y nórdico y su encanto natural habían sido su perdición. Siempre frustraban los intentos de su brillante mente de que lo tomaran en serio y socavaban su determinación a hacer completo uso de ella. Cada vez que se lamentaba de la persecución que sufría por parte de su harén particular, Jessie entrecerraba los ojos y lo ignoraba. ¿De qué servía? Su hermano conocía a la perfección sus propias debilidades incluso mejor que ella; aun así, seguía mintiendo por él, ya que ni siquiera ella era inmune a su sonrisa resplandeciente, por mucho que lo intentara ocultar.

Aunque solo tenía siete años cuando Timothy invadió su vida, se había mantenido fiel a su palabra y había conseguido querer a su nuevo hermano. En los primeros años, había sido como tener que masticar agujas cada vez que tenía que sonreírle o tocar obedientemente con sus labios la mejilla del crío. No obstante, había sido precisamente eso, besarlo, lo que la había ayudado a conseguir quererlo. Eso y acunarlo en su regazo, cepillarle los rizos dorados y hacerle cosquillas por todo su cuerpo regordete hasta que caía en su abrazo. Él le rodeaba el cuello con los brazos,

aprisionándola y colmándola de besos, quisiera ella o no.

Poder coger a su hermano de la mano era algo insólito para Jessie, algo que cautivó su joven corazón. El roce de su piel era suave y cálido, y hacía que algo en su interior se retorciera y le provocara dolor. Por las noches, en la soledad de su cama, lloraba con alivio mientras rellenaba el frío hueco que ocupaba su pecho. Algunas de esas veces se metía en la cama de Timothy y, bajo las sábanas, leían las aventuras de Sherlock Holmes a la luz de una linterna, únicamente por el placer de sentir su cabeza posada sobre su hombro. Le olía el pelo y enroscaba sus rizos entre los dedos al tiempo que imaginaba que se trataba de Georgie.

«Georgie».

Mientras conducía hacia el sur de Londres bajo la lluvia en dirección a la casa de sus padres en Kent, se permitió a sí misma que aquel nombre penetrara una vez más en su mente. Al fin había conseguido quitárselo de la cabeza, le había prohibido que entrara arrasando en sus pensamientos y transportándola a un mar de lágrimas al recordar todos los malos momentos. Jamás había oído hablar ni había sabido nada de Georgie desde aquella fatídica noche, pero seguía oyendo el eco de su voz en su mente.

Los limpiaparabrisas de su Austin Swallow chirriaban contra el cristal y Jessie conducía muy atenta a la oscuridad que se desplegaba ante ella. Había dejado a su izquierda el club de críquet de Dulwich Village y continuaba por la carretera A234 cuando sintió que todo el cuerpo le flaqueaba, al igual que su pie, que se deslizó por el pedal para posarse en la alfombrilla provocando que el coche aminorara la velocidad hasta parecer que iba arrastrándose por el asfalto, como si fuera reacio a adentrarse en Beckenham. Siempre le pasaba lo mismo cuando iba a casa de sus padres.

«Tu hermano ha desaparecido».

Aquellas habían sido las palabras de su padre aquella noche.

«Tenemos que encontrarlo».

Veinte años de retraso.

—Buenas noches, Jessica. Te has tomado tu tiempo.

—Está lloviendo, papá.

—Claro.

¿Claro que está lloviendo o claro que se había tomado su tiempo? ¿Qué quería decir? Daba igual. De cualquier modo, ya encontraría la forma de culparla. Había entrado a la casa por la puerta lateral que daba directamente al taller de imprenta de su padre porque había visto luz a través de los barrotes de las ventanas, luz que pintaba las gotas de lluvia de un color amarillo como el de la mantequilla. Prefería hablar con él antes de enfrentarse a su madre.

—He conducido lo más rápido posible con este tiempo horrible —remarcó, dándose cuenta de que se había podido percibir la molestia que trataba de ocultar.

—No seas insolente conmigo, jovencita.

Se posó el recipiente de tinta negra sobre la palma de la mano. Llevaba puesto su delantal de trabajo marrón para protegerse la ropa de posibles salpicaduras pero, como era habitual en él, su pelo estaba immaculado, cada mechón oscuro perfectamente engominado en su lugar, y sus elegantes zapatos de cuero, resplandecientes como si estuvieran hechos de hielo negro. Mientras se acercaba a ella, Jessie se arrepentía de sus palabras, ya que veía en los ojos de su padre la tensión tras las gafas y percibía cierta flacidez en la comisura de la boca que indicaba que sus emociones bullían bajo la superficie.

—Dime, papá, ¿qué ha pasado?

—Timothy ha desaparecido, se ha desvanecido. —Hizo un gesto con la mano hacia la ventana, como si hubiera salido volando por ahí—. No sabemos nada de él.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace siete días.

—Oh, papá, ¡una semana! Ya es un adulto —dijo con una dulce sonrisa—. Tiene veinticinco años, no quince. Seguramente estará pasando unos días de diversión con los amigos.

—Jessica, no subestimes a tu hermano. Sabes tan bien como yo que siempre llama a tu madre si va a pasar la noche fuera para que no se preocupe.

—Sí, ya lo sé.

Amable, considerado, atento..., un hijo afectuoso... Timothy era todas esas cosas juntas. Ella no. Jessie rehusaba el amor porque sabía que podía hacerle daño; aquello lo había aprendido una fría noche de octubre cuando tenía siete años. Había abandonado su hogar familiar en cuanto cumplió los dieciocho en un intento de alejarse de la sombra que proyectaba su infancia. Había conseguido ingresar en la Escuela de Arte y Diseño de Saint Martin y licenciarse, dibujando día y noche y trabajando de camarera hasta la madrugada con un traje negro y blanco en el Lyons Corner House de Tottenham Court Road. Además, todos los sábados montaba un puesto en Portobello Road para vender sus dibujos. Había sido recientemente cuando había conseguido trabajar con su padre en algún que otro proyecto ocasional que aunaba los diseños de él y sus propias iniciativas, y en el último año habían conseguido aceptarse y respetarse el uno al otro.

Jessie observó el orden que reinaba en el taller e inhaló el olor familiar de la tinta y el metal caliente de la imprenta que había en el rincón, un olor que siempre asociaba a su padre y que lo seguía allá donde fuera como un perrito faldero. Del mismo modo, asociaba el aroma de las fresas a su madre. La importante empresa de impresión Kenton Print Works, que su padre dirigía con una dedicación absoluta, tenía su sede principal en las afueras de Sydenham; sin embargo, a él le gustaba mantenerse ocupado con pequeños trabajos privados en su taller. A Jessie le pasaba lo mismo; le gustaba trabajar en la soledad de su apartamento, lejos del bullicio del estudio. La diferencia residía en que el taller de su padre estaba limpio y ordenado y cada elemento ocupaba su lugar exacto en cada momento, mientras que el de ella era

un completo desastre. Aquí, los libros y las carpetas estaban catalogados por orden alfabético, había perfectos montoncitos de panfletos y pilas de folletos pulcramente ordenadas.

Un gran montón de pósteres llamó su atención. Desde arriba, el rostro de un hombre apuesto la miraba inmensamente satisfecho de sí mismo y lo reconoció al instante. Era Oswald Mosley, el carismático fundador de la recientemente creada Unión Británica de Fascistas; era un barón poderoso que había intentado meter cabeza en el Parlamento, tanto en el Partido Conservador como en el Partido Laborista. Sin embargo, era un hombre impaciente y arrogante; se había desligado de ambos con acrimonia y había creado su propio partido político.

Jessie frunció el ceño. Sintió una sensación de disgusto ante la visión y se dio la vuelta. Fue hacia el escritorio de su padre, se sentó en un taburete alto, cruzó los brazos y dijo:

—Cuéntame qué ha pasado exactamente.

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—No ha pasado nada. Eso es lo que no comprendo.

Empezó a caminar de un lado a otro por el centro de la habitación, con el gesto contrariado. Jessie se dio cuenta de que su padre daba vueltas a un lápiz entre los dedos mientras hablaba, del mismo modo que lo hacía ella cuando le rondaba algo la cabeza. Sin embargo, las manos de su padre eran refinadas y elegantes, las manos de un pensador, mientras que las suyas eran pequeñas y planas.

—¿Cuándo viste a Timothy por última vez? —preguntó Jessie.

—El viernes pasado por la mañana. Vino a casa a por una camisa limpia antes de irse a trabajar. Había pasado la noche del jueves contigo, ¿recuerdas?

De eso no estaba al tanto Jessie y debió de haber algo en su expresión que le despertara ciertas dudas a su padre, ya que preguntó con brusquedad:

—Pasó esa noche contigo, ¿no?

—Sí, sí.

Lo de mentir sobre el paradero de su hermano le salía ya de modo natural.

—He pensado que podría haberte dicho algo a ti, Jessica, sobre todo desde que ha estado pasando tanto tiempo contigo las últimas semanas.

Jessie llevaba dos semanas sin ver a Timothy.

—No —dijo rápidamente—, no me dijo nada. ¿Habéis llamado al museo para comprobar si ha estado yendo a trabajar?

—Sí, y no lo ven desde el viernes pasado.

Jessie sintió cómo le daba un vuelco el estómago. A Timothy le encantaba su trabajo en el Museo Británico, donde se encargaba de catalogar las antigüedades egipcias, con lo que el hecho de que faltara era una mala señal, lo suficiente como para hacer que Jessie se pusiera de pie al instante, muy preocupada.

—¿Habéis hablado con la Policía? —preguntó de pronto.

—Sí.

Aquello la sorprendió.

—Y ¿qué os han dicho?

—No quisieron saber nada al respecto. —Los hombros de su padre perdieron en aquel instante la habitual postura rígida—. Insinuaron que estábamos haciendo una montaña de un grano de arena. Dijeron, como has dicho tú también, que Timothy es un adulto y que ya volvería cuando quisiera. —Su padre pareció incluso avergonzado por un momento, y apartó la mirada de Jessie—. El sargento nos sugirió la idea de que podría haberse ido con alguna chica. ¿Es así? ¿Crees que puede haber alguna chica de por medio?

—Que yo sepa, no.

Jessie permaneció en el sitio sintiéndose algo estúpida. Timothy sí que se había quedado alguna noche en su apartamento, pero no muy a menudo, y cuando lo hacía le contaba bastante poco sobre su vida. Normalmente hablaban del trabajo de ambos y terminaban yendo al cine o al club de *jazz* de Tabitha; a Timothy le gustaba Tabitha tanto o más que un buen vaso de *whisky* escocés.

—Estoy confiándote todo esto y confiando en ti, Jessica.

—Oh, vamos, papá.

—No me defraudes.

Jessie se quedó observando la expresión consternada de su padre, que le era tan familiar que casi podía dibujar cada línea y surco de su rostro. Siempre había pasado horas analizando, interpretando y calibrando el mundo que lo rodeaba con una meticulosidad concienzuda; se dejaba absorber por el detalle. Sin embargo, Jessie percibía la desesperación en su voz y el agotamiento que se filtraba por los surcos de sus mejillas, poniendo al descubierto las noches en vela esperando oír el sonido de la llave de Timothy en la cerradura. Sabía que debía acercarse a aquel hombre cuyo querido hijo había desaparecido y rodearlo con los brazos, pero no era capaz de hacerlo; antes se arrancarían los ojos de las cuencas.

—Voy a hablar con mamá.

Se giró rápidamente para apartarse del magnetismo de la mirada de su padre, quien no pronunció ni una sola sílaba más.

El salón estaba frío como un témpano. El fuego ardía en la elegante chimenea de mármol victoriano, pero era el vivo reflejo de su madre: brillante y enérgico, pero pequeño. La madre de Jessie creía que el cuerpo había que calentarlo por medio de la actividad constante, no yaciendo perezosamente frente a un fuego de carbón con los pies en alto y un libro en la mano. La sangre tenía que bombear a buen ritmo y el corazón, latir a buena velocidad. Estaba tejiendo los cuadrados de una manta, pero no como el resto de las personas solían hacerlo; no era solo que las agujas de metal se unieran y separaran con tal velocidad que desafiaban la fuerza de la gravedad, sino que además la mujer iba recorriendo la estancia de un lado a otro sin parar, con la

bola de lana blanca siguiéndola como un ratoncillo nervioso.

—¡Jessica!

Catherine Kenton se quedó paralizada cuando su hija entró en la sala y, por un breve espacio de tiempo, Jessie pudo oír la respiración agitada de ambas.

—Hola, mamá. ¿De qué va eso de que Timothy ha desaparecido? ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —dijo su madre.

Llevaba el pelo recogido en un elegante moño en la parte trasera de la cabeza e iba ataviada con un vestido de lana azul, de un tono demasiado llamativo y con demasiado vuelo en la falda, como si tuviera que demostrar algo a alguien. Detuvo su recorrido por la habitación y dijo:

—Es tu padre quien está realmente preocupado. La verdad es que no está nada bien que tu hermano no se haya puesto en contacto con nosotros.

Se intuían rastros de tono escarlata en sus mejillas, pero aparte de esto el resto de su piel era pálida y tenía los labios apretados. Para ser una mujer de casi cincuenta años, tenía una figura esbelta y ágil, siempre en movimiento, como si fuera huyendo de su propia sombra.

—Yo debería estar en una reunión esta noche —añadió con un suspiro—, no aquí.

Observó los robustos sillones con antimacasares almidonados, el armario con cajas antiguas de rapé que Jessie adoraba y el gran espejo ornamentado que dominaba la repisa de la chimenea.

—No aquí —repitió—. No aquí esperando como una...

Se fue apagando la voz.

«¿Esperando como una qué, mamá? ¿Cómo una buena madre, en lugar de una que siempre ha preferido pasar más tiempo en sus reuniones políticas, de obras de caridad, sociales, de la comunidad...?».

Daba igual por lo que fueran, mientras pudiera apoyar la causa. Siendo una persona que había comulgado con Emmeline Pankhurst a favor de la emancipación de la mujer, los mayores pecados a ojos de Catherine Kenton eran la vagancia y la indiferencia. De niños, Jessie y Timothy habían aprendido rápidamente que para leer sus historias favoritas de Sherlock Holmes en las viejas copias que conservaba su padre de la revista *Strand* tenían que limpiarse los zapatos al mismo tiempo; nadie podía tener las manos quietas mientras su madre anduviera cerca.

—Estoy segura de que está con los amigos —dijo Jessie con tono despreocupado—. Seguramente bebió de más y estará durmiendo la borrachera. Nada más... —Forzó una risa.

Su madre la miró; Jessie suspiró, se desabrochó el abrigo y se dejó caer en un sillón cercano a la chimenea. Al acercar las manos a las llamas empezó a salir vapor de las mangas del abrigo.

—Bueno, mamá, dime qué ha pasado. ¿Discutió con papá?

—Claro que no. Tu hermano y tu padre nunca discuten.

Aquello la devolvió rápidamente a su lugar inferior en la conversación.

—¿Mencionó Tim algún lugar al que iba a ir? ¿Cómo estaba últimamente?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie; durmió en tu casa esa noche, ¿no? Jessie ni siquiera dudó.

—Sí.

—¿Hablasteis de algo que tuviera pensado hacer?

—No, nada en especial. —Recorrió con la mirada las huellas de su madre en la alfombra persa, pequeñas y nítidas, pero separadas por espacios desiguales, lo que dejaba patente que su ritmo era irregular y ansioso—. Dime —dijo suavemente—, ¿qué ocurrió aquella mañana que vino a por una camisa limpia?

—Nada.

El tono de su madre era cortante; raspó con la punta de un zapato el talón del otro. Jessie se puso de pie, recogió la madeja de lana blanca de la alfombra y se enrolló la suave hebra alrededor de la muñeca, anclando así a su madre a ella. Lentamente fue tirando de su madre por medio del hilo hasta que la obligó a dejar las manos desocupadas. La lámpara que proyectaba luz sobre su piel pálida parecía arrancarle la vida cruelmente.

—¿Qué ocurrió, mamá? ¿Qué le dijiste a Tim?

—Nada.

Sin embargo, sus dedos la delataron; daban puntadas profundas y duras, triturando cual fuera la idea que tenía en su mente.

—Mamá, dime, ¿cómo voy a encontrar a Tim si no me cuentas la verdad?

Aquellas palabras acentuaron el gélido ambiente de la estancia, las mismas palabras que le había dirigido a su madre cientos de veces antes, durante su crecimiento, a excepción del nombre; eso había cambiado.

Mamá, ¿cómo voy a encontrar a Georgie si no me cuentas la verdad?

La respuesta jamás variaba:

No me vuelvas a preguntar.

No preguntes.

No.

El nombre elidido retumbó en el pequeño espacio que separaba a madre e hija hasta que los ojos azules de Catherine Kenton flaquearon y sus labios se abrieron mientras se sumía en un profundo suspiro. Volvió la mirada hacia la fotografía que coronaba la repisa de la chimenea, la que tenía un marco plateado y mostraba a un joven con una gran sonrisa y el entusiasmo de la vida refulgente en la mirada; el joven era Timothy Kenton.

—Tuvimos algunas palabras.

Palabras. Qué vocablo tan engañoso. Se adhirió a la mente de Jessie como una polilla. Tim nunca tenía *palabras* con sus padres.

—¿Sobre qué? —preguntó.

Silencio.

—¿Mamá?

Los ojos de su madre permanecían fijos en la fotografía, como si fuera a desaparecer si dejaba de mirarla. La hebra de lana que tenía entre los dedos se tensaba cada vez más, al tiempo que apretaba más la cintura de Jessie.

—Sobre su novia —dijo finalmente Catherine Kenton estirando la espalda para alcanzar su altura máxima; seguía siendo más menuda que Jessie incluso con sus inseparables tacones.

—No sabía que tuviera novia —dijo Jessie.

—Es una compañera de trabajo, una empleada del museo, me dijo. Vino a casa aquella mañana y lo esperó. Lo esperó en el escalón de la puerta.

—¿En el escalón? ¿Por qué no pasó al salón?

—Es egipcia.

Aquello cogió a Jessie desprevenida. ¿Egipcia? De repente, la noticia, despertó la curiosidad de Jessie y no pudo contenerse la sonrisa.

«Bien por Tim».

No creía que su hermano fuera tan poco convencional.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No tengo ni idea.

Le bastó una mirada al rostro de su madre para darse cuenta de que en su pecho se acumulaba la angustia. Se imaginaba a la perfección aquellas *palabras* que había tenido con el pobre Tim.

—¿Lo sabe papá?

—No. —Repentinamente, los ojos de su madre abandonaron el rostro sonriente de la fotografía y volvieron a concentrarse en Jessie—. No se lo digas —dijo con tono desafiante.

Jessie sintió una oleada de ira que consiguió refrenar.

—Haré todo lo posible por encontrarlo —prometió. Se quedó esperando las gracias o, al menos, una sonrisa difusa, pero no ocurrió nada de eso—. Voy a mirar primero en su habitación.

—¿Para qué? Allí ya no está.

—Para buscar pruebas.

—Por Dios, Jessica, ¡tómalo en serio! Este no es uno de tus estúpidos juegucitos de Sherlock Holmes; esto es real. Se trata... —Su voz se quebró y volvió a mirar con desesperanza a la fotografía—. Se trata de mi hijo —susurró.

—Lo sé, mamá —dijo Jessie en voz baja—. Lo sé.

La habitación estaba fría y desangelada. Jessie pretendía echar un vistazo rápido, nada más, ya que en realidad no esperaba encontrar ninguna prueba, aunque no le vendría mal encontrar algo que le desvelara el nombre de la nueva novia de Tim, cualquier notita o un número de teléfono.

Ojeó por encima el cajón de la mesita de noche y lo revolvió con curiosidad. Encontró pañuelos, gemelos, un montón de pasajes de autobús y su alijo secreto de

chocolatinas Fry. Dentro del armario, Jessie comprobó los bolsillos de la chaqueta, pero no encontró nada interesante aparte de una caja de preservativos. Se sentía como una intrusa, incómoda y desleal, al estar invadiendo de aquel modo las intimidades de su hermano. Era obvio que se había enfadado mucho con su madre —con razón, para Jessie— tras las *palabras* de esta. Lo que más le extrañaba era el tema del museo, que no hubiera ido a trabajar. Aquello sí la inquietaba.

Entonces se le ocurrió arrodillarse y mirar debajo de la cama, y sintió cómo cambiaba la atmósfera. Allí abajo el aire era más cálido y denso, y le acarició la mejilla como el roce de un dedo. Allí abajo, yaciendo sobre la alfombra, Georgie se acercó a ella y le despertó el llanto.

—Georgie —susurró y alargó la mano adentrándola en la oscuridad del espacio vacío.

Su aliento parecía esfumarse entre sus dedos, su tarareo le acarició los oídos y sintió un dolor punzante en las mejillas al necesitarlo de nuevo repentinamente. Ambos solían esconderse debajo de la cama de alguno de los dos, ocultos ante la mirada crítica de su madre o de una de sus niñeras. Jessie se inventaba historias sobre un perro llamado Toby que corría aventuras alocadas y apasionadas, y Georgie sacaba dos paquetes de naipes de ciento cuatro cartas cada uno, las ponía boca abajo y procedía a decirle cuál era cada una cuando Jessie las señalaba. Y nunca fallaba; era como si tuviera visión de rayos X.

Es fácil, Jessie. ¿Por qué no puedes hacerlo?

En aquel momento, con la frente posada sobre la alfombra e inspirando el olor polvoriento y húmedo de debajo de la cama, reprimió las lágrimas y consiguió incorporarse con la risa de satisfacción de Georgie aún viva en su recuerdo. Se enfadó consigo misma porque aquella ni siquiera era la antigua habitación de Georgie; era la pequeña que había al final del pasillo, que ahora había sido relegada a la condición de trastero y estaba repleta de maletas y muebles desechados. Se puso de pie de un salto.

—Esto es una estupidez. —Soltó las palabras en voz alta para que el espacio que había debajo de la cama pudiera oírlas—. En primer lugar, te imaginas que te está siguiendo por todo Londres a modo de venganza. Después, crees que está escondido debajo de la cama de Tim. —Se sonrojó—. Tú eres la que no está bien de la cabeza, chica.

Se dirigió hacia la puerta con la determinación de salir de aquella habitación lo antes posible y apartar las telarañas del pasado de su cabeza, pero cuando asió el pomo para abrir, sus ojos se dejaron caer en la gran estantería repleta de libros que cubría la pared del fondo, y dudó un instante. Fue hacia allí e inspeccionó los títulos y el estado de cada libro. Algunos de ellos eran bastante antiguos y tenían los filos de las páginas amarillentos y las esquinas y los lomos, doblados y cuarteados.

—Oh, Tim. Los has conservado todo este tiempo.

Hacía años que no entraba en la habitación de Tim. Pasó una mano por los libros, recreándose en el tacto quebradizo de los mismos, oyendo sus voces y rememorando

momentos: susurros en la oscuridad, la vela prohibida en medio de la noche, el estremecimiento por el entusiasmo que despertaban las persecuciones inteligentes de Sherlock sobre sus presas y el delicioso miedo que provocaba pasar la página por lo que la siguiente pudiera contener.

—Los has conservado —dijo sonriendo.

Quería irse de allí, pero los recuerdos se le arremolinaban en la mente, reteniéndola en aquel lugar. Los libros eran copias de las aventuras de Sherlock Holmes, de *Sir Arthur Conan Doyle*, aunque se percató de que Tim había añadido varios volúmenes nuevos a la colección, tales como la autobiografía del autor, *Memorias y aventuras*, y justo al final del mismo estante se encontraban los últimos libros que escribió: *Historia del espiritismo* y *The Edge of the Unknown*, las que escribió tras la muerte de su querido hijo Kingsley en la Primera Guerra Mundial. El ingenioso escritor había fallecido hacía dos años, en 1930, pero sus historias seguían siendo increíblemente populares.

Su mano topó con uno en concreto de un estante superior y lo sacó. Leyó el título: *El perro de los Baskerville*. Se lo llevó a la cara e inhaló su aroma; aquel olor embriagador hizo que la cabeza le diera vueltas y que sus manos no siguieran firmes cuando abrió la cubierta. Se quedó mirando a lo que sabía que encontraría en el frontispicio:

ESTE LIBRO ES PROPIEDAD DE GEORGIE AMBROSE KENTON. SI ME LO ROBAS, TE PERSEGUIRÉ.

Jessie se dio la vuelta bruscamente y salió de la habitación con el libro polvoriento metido en el bolsillo del abrigo.

5

Georgie

Inglaterra, 1932

—¿Dónde estás?

Las palabras yacen en mi habitación como el polvo.

Les grito. Atizadores ardientes en mi pecho. Es sábado, sé que es sábado, lo sé. He ido contando los días y tachándolos con un bolígrafo de color verde guisante en el calendario que yo mismo hice y que ocupa un lugar bajo mi colchón, por si acaso.

Sábado. A menos que me haya perdido algún día. A veces ocurre que tengo una mala semana y los pinchazos vienen a por mí. Rebuscan en mis muslos, mi trasero, mi brazo, igual que los sabuesos rastrean a los tejones con sus hocicos húmedos y astutos. Hincando los dientes.

Es por la tarde. Lo sé por la luz que entra por la ventana aunque hayan puesto una persiana para intentar hacerme creer que ahí fuera no hay sol, sino un crepúsculo constante y despiadado. Pero yo sé la verdad. Muevo el interruptor de la luz hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo, y otra vez lo mismo. Resplandor, oscuridad, resplandor. Si estás fuera en el jardín yendo de un lado para otro sobre el césped impoluto del remilgado jardinero, sabrás que se trata de mí. Vendrás.

Nada.

No se oyen pasos al otro lado de la puerta. El traqueteo del carrito de metal que recorre el pasillo hace que tenga que gritar más alto.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho?

No hay respuesta. Ni siquiera un Deja de hacer ruido, George. Siento que las líneas rectas del interior de mi cabeza comienzan a contorsionarse y a girar sobre sí mismas y doy un puñetazo en la puerta, en el mismo sitio en que la madera ya se ha roto muchas veces antes; la puerta y mi puño son viejos amigos. Apoyo la cabeza contra la moldura que la rodea con tanta fuerza que me deja marcas en la frente, pero las líneas rectas siguen combándose. Le susurro a la puerta. Siento cómo el pánico penetra por las rendijas.

—Por favor —ruego—. Por favor. Es sábado. Dejad que venga Timothy y prometo que me comeré esa bazofia a la que llamáis comida.

Me dan papel. Hojas blancas y sin usar de tamaño folio y sin líneas, tal y como pedí. El doctor Churchward lo deslizó por encima de su escritorio hacia mí e hizo esa cosa extraña con la boca que yo solía pensar que era un gruñido, pero que tú me explicaste que era lo que se denomina un tic nervioso. ¿Qué le pasa para estar nervioso? ¿Seguirá pensando que voy a saltar por encima de su escritorio y darle una patada en la cara con el pie descalzo como hice aquella vez con doce años, cuando me dijo que ninguna de las cartas que le escribí a Jessie le llegarían jamás? Me rompí dos dedos del pie, pero también le partí la nariz a él. No me gustó tener su sangre en mi piel.

Algunas veces, durante las entrevistas, me quedo mirándolo fijamente al puente de la nariz, que sigue sin estar recto ni siquiera trece años después. Observo cómo le engordan las venas del cuello y cómo el color de sus mejillas se torna rojo ciruela. No le gusto. Es justo, a mí tampoco me gusta él. Pero le digo gracias cada vez que me da el papel que le pido, del mismo modo que me enseñó Jessie a hacer y que durante años olvidé hasta que tú me lo volviste a recordar.

Me siento en mi escritorio. No es un escritorio propiamente dicho, sino una silla coja de madera combada y una mesa pequeña de caoba, pero para mí es un escritorio. El papel aguarda delante de mí. Junto a él está la tinta, un bote achaparrado y regordete de Quink. Azul real lavable, no permanente, en eso me mantuve firme. El azul permanente es un color horrible, ni negro ni blanco, como el color del pecado. Sin embargo, el azul lavable es el color de tus ojos. No. No quiero pensar eso. Hará que el dolor que siento en el pecho se acentúe demasiado y hoy necesito pensar con claridad. No siempre es fácil debido a las drogas que me ponen en la comida. Esta mañana no quise comerme el desayuno, así que puedo pensar con precisión y lo recuerdo todo con total claridad.

Cojo mi pluma Swan, introduzco la punta en la fuente de los deseos de tinta azul y presiono la diminuta palanca de metal para que el tubo de goma se llene de tinta. Veo que este gesto me agrada, esta acción tan simple. Me gusta su eficiencia. Su habilidad. Hago una nota mental de averiguar quién inventó la estilográfica.

He decidido empezar por el principio. Es el único modo de descubrir por qué no has venido. En un primer momento pensé empezar por el final e ir hacia atrás, pero eso sería un error. Durante la noche, cuando estaba sentado en la silla junto a la ventana esperando ver tu señal con la linterna desde el jardín, me di cuenta de que lo estaba haciendo mal, de que necesitaba estudiarlo todo en el orden correcto. En línea recta. Con lógica. De este modo, no se me escaparía ninguna pista.

Sherlock Holmes nunca pasaba por alto ninguna pista. Si sigo sus métodos, conseguiré, como diría su brillante amigo el doctor Watson, «ahondar en la diversidad de la perversidad humana».

La primera vez. Fue brusco e inesperado como un pisotón. Dos chicos de catorce años sacando información el uno del otro con sus palabras. Fue el veinticinco de julio

de 1921. Me estoy comiendo el desayuno, el mismo que llevo comiendo los últimos veinte años. Dos huevos fritos sobre una tostada, tres tomates fritos y tres champiñones fritos. Siempre me como la comida en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor del plato, dejando el brillante corazón amarillo de los huevos para el final.

Estamos doce en la habitación, doce personas, quiero decir. Al personal no lo considero personas. Sus rostros son falsos. Son perros guardianes tras esas máscaras y tienen los dientes afilados, además de verter veneno en mi sangre. Nosotros doce miramos hacia la puerta de entrada, donde tú te materializas como surgido de la nada e inesperadamente. Tus rizos rubios al viento y las largas piernas que te enmarcan te dan un aire de libertad al moverte que me hace querer aullar de ira.

Se me pone la piel de la nuca de gallina y siento unas punzadas hirientes que me indican que voy a tener otro episodio. Así lo llaman ellos cuando pierdo el control. Episodios. Como parte de una historia. Episódico. La historia de mi vida. Aparto la mirada y me concentro en mi huevo, le añado sal y corto la tostada en triángulos pequeños. Estoy sentado solo en la pequeña mesa cuadrada, tal y como me gusta, sin nadie cerca de mí. Cuando oigo que colocas una silla frente a mí y veo tus coderas posarse sobre mi mesa tengo que tragarme las palabras que se me acumulan en la lengua y meter las manos entre las rodillas para no pegarte. Si tengo un episodio en el salón delante de todos habrá algo más que agujas y pinchazos.

—Buenos días, Georgie. Soy Timothy.

Georgie, Georgie, Georgie. Solo una persona me llamaba Georgie.

—Vete. No te miro.

—Me gustaría hablar contigo.

—No. —Me echo para atrás en la silla para estar lo más lejos posible de ti.

—Por favor, Georgie. He pasado por mucho para encontrarte.

—No me has encontrado; no estaba perdido.

—Para mí sí. —Dudas—. Y para Jessie.

Saco el pañuelo del bolsillo, lo desdoble cuidadosamente y me lo pongo sobre la cara, sosteniéndolo con las yemas de los dedos.

—Vete, vete.

Alargas la mano y me quitas el pañuelo de la cara dejándome desnudo, pero yo sigo sin mirarte a la cara. Me doy cuenta de que te has manchado la manga con la yema de mi huevo. Me muerdo la lengua con tal fuerza que acaba sangrándome, mi boca es cobriza y resbaladiza, pero me fijo en tus manos. Esas manos no encajan con tus rizos perfectos ni con tu voz que me dice quiéreme cada vez que me habla; son manos que hacen cosas, construyen cosas, cavan cosas, hacen cosas. Hay una cicatriz grande con forma irregular en el pulgar de tu mano izquierda, la piel que la cubre es plateada. ¿Se te resbaló una sierra? ¿Te cortaste con una piedra afilada? Si no me voy ahora mismo te clavaré el tenedor en la muñeca, así que me pongo de pie, pero tú te inclinas hacia mí, estás muy cerca, pero no tocas. Como si supieras que no debes

tocarme.

—Georgie —dices en voz baja, suave y amorosa—, habla conmigo, por favor.

6

El Museo Británico se erige como una fortaleza imponente de la antigüedad en Bloomsbury, en pleno corazón de Londres. El edificio fue diseñado por *Sir Robert Smirke* en 1823 con el fin de albergar la mayor y más codiciada colección de antigüedades existente en el mundo. La colección original la compuso *Sir Hans Sloane* y fue adquiriendo añadidos de importantes coleccionistas como el séptimo conde de Elgin, que había trasladado las estatuas de mármol del Partenón y de la Acrópolis de Atenas.

Saqueado era la palabra que siempre se le venía a Jessie a la cabeza, no *trasladado*. Saqueado las estatuas.

Contempló el grandioso exterior neoclásico del museo, custodiado por cuarenta y cuatro colosales columnas jónicas de catorce metros cada una. La mente de Jessie estaba repleta de este tipo de datos. Robert Smirke. Hans Sloane. 1823. Cuarenta y cuatro columnas. Era culpa de Tim; no paraba de bombardearla con esos datos informativos.

Llegó por Great Russell Street, una calle bordeada por árboles, teniendo que esquivar a un carro cargado de barriles de cerveza al cruzar la carretera desde Bloomsbury Square. Un enorme frontón se erigía sobre la entrada principal del edificio e, inmediatamente, Jessie oyó la voz de Tim en su cabeza, lleno de entusiasmo y repleto de conocimientos.

—¿Ves las esculturas del frontón, hermana?

Jessie había mirado con el ceño fruncido las quince figuras alegóricas que decoraban la entrada.

—Son obra de *Sir Richard Westmacott*. Las instalaron en 1852 —le informó Tim—. Son geniales, ¿verdad? Es una pena que estén tan altas y que la gente...

—La gente estará pensando —lo cortó Jessie negando con la cabeza— que vaya monumento al orgullo desmedido y a la avaricia, británicos son.

—Bueno, Jess, no empieces con eso.

—¿Qué te parecería que vinieran los egipcios, los griegos o los italianos y se llevaran todos los restos de nuestra historia, como lo hemos hecho nosotros? Tú serías el primero en gritar: «¡Eh, aquí está fallando algo!».

Él la había mirado con sus solemnes ojos azules. Ojos reprobatorios. Ojos que la hicieron suspirar y querer tragarse las palabras. Tim era capaz de conseguir todo eso de ella.

—Jess. —Le puso las manos sobre los hombros para que no se moviera del sitio—. Si los exploradores y arqueólogos no hubieran dedicado sus vidas a rescatar estos exquisitos momentos de la historia de la arena y del mar, y de los sótanos fríos y húmedos en los que estaban pudriéndose, se habrían perdido para siempre. ¡Mira a Henry Salt! ¡Mira a Howard Carter!

Le soltó uno de los hombros e hizo un gesto con la mano hacia el edificio monolítico en el que trabajaba. Por mucha rabia que le diera, Jessie siempre se quedaba impresionada por su majestuosidad.

—Les debemos mucho —le recordó Tim.

—Ladrones —murmuró ella.

—Cuidadores del instinto creativo del mundo.

—Asaltadores.

—Tú espera a ver la cabeza de Amenhotep.

Los ojos de su hermano refulgían. El pelo, que llevaba más largo de lo que a su padre le habría complacido, brillaba bajo los rayos de sol con un tono dorado y meloso.

Jessie había deslizado la mano bajo la de su hermano con un suspiro de resignación.

—Guíame, mi íntimo amigo y socio.

Tim había echado la cabeza hacia atrás y soltado una risotada, y era imposible no reírse con él. ¿Cuántas veces aquellas mismas palabras que Sherlock Holmes le había dicho a su querido doctor Watson habían estrechado los lazos entre Jessie y su hermano cuando estos amenazaban con soltarse?

Subió la escalinata corriendo. Tim estaría allí, estaba segura de que lo estaría. De vuelta al trabajo, acariciando y enumerando los objetos de cerámica y los tiestos, hablándoles. No podía apartarse de ellos. Se le escapó una risa indulgente que el frío viento se llevó, el mismo viento que susurraba en las copas de los árboles de Great Russell Street.

«Ojalá estés aquí, Tim. Deja ya el enfado a un lado; ya les has dado un buen susto a papá y a mamá».

Cruzó la gran entrada tenebrosa con paso rápido, pero volvió a asaltarla el pasado, no con un suave toque y un murmullo adormecido, sino con las garras fuera. Los ojos lechosos y ciegos de las enormes estatuas de Roma y Grecia le crispaban los nervios y no era capaz de apreciar su belleza. Apresuró el paso; sus tacones retumbaban al pisar el suelo de piedra de York mientras sentía el aliento de la historia repentino y gélido en la nuca. Vio a otros visitantes caminando pausadamente de una sala a otra, tomándose su tiempo para admirar el pliegue de una capa de mármol o la dulce delicadeza del brazo de una doncella.

«¿Por qué no puedo hacer yo eso mismo? Quedarme de pie y mirar».

Tim estaba embelesado por aquel lugar. ¿Por qué no podía pasarle lo mismo a ella? Se obligó a detenerse frente a la siguiente obra de arte y contempló la cabeza colosal de granito rojo de tres metros de altura. Sabía quién era sin necesidad de mirar la placa: Amenhotep III, una de las piezas favoritas de Tim, inmensa y majestuosa; el gran faraón egipcio cuyo puño sostuvo en su día el poder sobre la vida y la muerte y cuya cabeza estaba rematada por una enorme corona egipcia de granito, la Corona Doble del Alto y el Bajo Egipto. Parte de la cara había desaparecido, un

signo de debilidad que agradaba a Jessie.

—La descubrió Giovanni Belzoni —le había contado Tim—. La trajo desde Lúxor en el año 1817 y les llevó ocho días transportar la cabeza de tres mil años de antigüedad junto con el brazo izquierdo, de cinco metros y medio, durante el kilómetro y medio que separaba el Templo de Mut en Karnak del río. Desde allí viajó por el Nilo hasta Alejandría y, de ahí, a Londres. ¡Imagínatelo!

Jessie no se molestó en imaginárselo. En lugar de ello, recorrió un pasillo lateral para alejarse del agarre hipnótico de aquel rostro descomunal de granito rojo. Sin embargo, cuando levantó la mano para llamar a una de las puertas, no pudo evitar plantearse qué pasaría por la cabeza de una persona que trabajaba cada día con objetos y personas que contaban miles de años de antigüedad. ¿Se convertía la muerte en más real que la propia vida?

Jessie no miró atrás; no podía soportar mirar atrás.

—¿El señor Kenton? —El hombre que ocupaba aquel pequeño despacho abarrotado de cosas movía el bigote de un modo simpático—. Debería preguntarle a Anippe Kalim. Trabaja escaleras abajo, en el sótano. Pero hoy él no está.

—¿Lo ha visto recientemente?

—Señorita Kenton —dijo riéndose entre dientes—, veo muchas cosas en este lugar; más de las que podría llegar a imaginar. —Se giró la gorra con visera hacia atrás—. Pero no, no he visto a su hermano en los últimos días. Cuando lo encuentre, dígame de mi parte, del viejo Charlie, que la última pista que me dio fue genial.

—¿Pista?

—Joven relámpago. Me gané un buen dinerillo, ¡digo! —La miró, interpretó la expresión perpleja de Jessie y añadió—: En White City.

De repente supo de qué le hablaba.

—¿Las carreras de Greyhound?

—Exacto.

¿Tim apostando? Jessie frunció el ceño; no tenía ni idea de aquello.

Intentó no sentirse como una intrusa al entrar en la sala en la que Timothy trabajaba. Era larga y de techos altos, y las paredes estaban tapadas con expositores de cristal que contenían antigüedades históricas. Los tarros de cerámica y los amuletos de plata compartían espacio con preciosos conjuntos de joyas delicadamente colocados sobre tapetes de algodón. Las estatuillas de alabastro y las esculturas de bronce miraban a Jessie con ojos ancestrales. Bajo las vitrinas había docenas de cajoneras de caoba, y se imaginó que contendrían objetos que harían a su hermano empezar a salivar como lo hacía frente a una caja de dátiles cuando era niño. La luz eléctrica era potente y rebotaba sobre las grandes mesas rectangulares que ocupaban el centro de la sala. El olor a yeso impregnaba el aire, así como un cierto regusto a productos químicos que se le hacía ceroso bajo la lengua.

Había una sola persona en la sala inclinada sobre una de las mesas. Era una mujer joven con el pelo negro recogido en un moño en la parte posterior de la cabeza y tenía la piel del tono de la cáscara de huevo moreno. Jessie la observó trabajar unos instantes antes de hablar.

—¿Señorita Anippe Kalim? —preguntó.

Fue entonces cuando la mujer levantó la mirada hacia Jessie, aunque ya debía de haber oído a alguien entrar en la sala de trabajo. Tenía los ojos negros, no el negro del carbón, sino el del cielo nocturno sin estrellas; negro sobre negro, una capa sobre otra, con un resplandor inquietante que brillaba desde el interior.

—Sí, soy Anippe Kalim.

Era el tipo de mujer que mira directamente a los ojos.

«Pero no quiere que esté aquí».

Jessie lo percibía en la habitación, aquella animosidad inesperada, como hormigas subiéndole por la piel.

—Siento interrumpirla cuando es obvio que está ocupada —dijo Jessie.

Al acercarse, las manos de Anippe Kalim se sostuvieron en el aire de manera protectora sobre los trozos de hueso que tenía delante, como para evitar que los inspeccionaran. Llevaba puesto un vestido algo pasado de moda de color marrón que le llegaba casi a los tobillos bajo una bata de color blanco abotonada. Se metió las manos en los bolsillos y se giró para mirar de frente a Jessie.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó.

—Mi nombre es...

—Sé quién es.

Jessie se quedó mirándola sorprendida. ¿Cómo podía saber aquella mujer quién era ella?

—Es Jessica Kenton.

Jessie percibió cierto titilar en el negro de sus grandes ojos, algo parecido a la diversión. El resto de sus facciones eran demasiado marcadas como para llamarlas hermosas, aunque su boca tenía una forma muy bonita y sus labios eran de un color rojo intenso; tenía el tipo de rostro que no pasaba desapercibido, con una intensidad difícil de obviar. Era alta y delgada, como uno de sus papiros egipcios, y sus movimientos eran precisos y medidos. Jessie se sentía en desventaja, inferior, pero no sabía exactamente por qué.

—Me ha hablado de usted —dijo Anippe—. La describió.

—¿Quién? ¿El viejo Charlie?

—No, Timothy. Me enseñó una fotografía.

—¿Una fotografía de mí?

—Sí. —De repente una sonrisa suavizó las facciones de Anippe y sus pobladas pestañas negras revolotearon—. Timothy... —pronunció su nombre con un énfasis marcado en la última sílaba, convirtiéndolo en algo exótico— me contó que usted es su *uraeus*.

—¿Su qué?

—Su *uraeus*.

—¿Qué es eso?

Jessie no estaba segura de si le agradaba la idea de que su hermano hablara de ella con su novia, que ahora se había girado hacia una fotografía que había en la pared que tenía a la espalda. Señaló la impresionante estatua que aparecía en ella.

—Ramsés II —le dijo a Jessie—. El faraón más importante del Antiguo Egipto. Hace tres mil años gobernó el Nuevo Reino durante sesenta y siete años, en la época de la Decimonovena Dinastía. Esta estatua está situada en el Templo de Karnak, un lugar tan magnificante e imponente que caí de rodillas en la arena, sobrecogida y apabullada, la primera vez que lo vi.

Jessie no era capaz de imaginarse a aquella orgullosa criatura postrada en la arena ante nada ni nadie.

—¿Dónde está Timothy?

Anippe ignoró la pregunta.

—¿Ve el tocado que lleva Ramsés?

—Sí.

Le caía con rectitud a ambos lados de la cabeza. Era parecido al de una monja y le llegaba por los hombros.

—A eso se le llama *nemes* —le dijo la joven—. ¿Ve lo que hay en la frente, en la parte frontal del *nemes*?

Jessie entrecerró los ojos para intentar discernir a lo que se refería Anippe. Era una cabeza de serpiente.

—Es una cobra. Únicamente se le estaba permitido al faraón lucir una cabeza de cobra en el *nemes*; era un símbolo de realeza y lo portaba para que lo protegiera de cualquier daño escupiéndole veneno a quien lo atacara. —Los carnosos labios de Anippe se estiraron para producir una amplia sonrisa que no consiguió que sus mejillas se movieran ni un milímetro—. Se llama *uraeus*.

—¿La cabeza de cobra?

—Sí. Timothy la veía como su *uraeus*. —Anippe estudió la expresión de Jessie unos instantes para añadir después con tono respetuoso—: Es un honor que lo vean a uno así.

—¡Pero eso también significa que el tipo se ve a sí mismo como un faraón! —resaltó Jessie molesta. ¿Cuánto sabía aquella persona sobre ella?

Anippe soltó una risa cristalina que recorrió las vitrinas de cristal y llegó a los oídos de Jessie. Quería sacarse el sonido de los oídos, pero no podía. Se percató de que la egipcia llevaba un pañuelo de chifón de color azul y dorado al cuello, el cual se estaba tocando en aquel momento. Tim le había contado en una ocasión que el azul y el dorado eran los colores de la vida eterna en el Antiguo Egipto, los colores de la máscara mortuoria del rey Tutankamón, la misma que descubrió Howard Carter, resplandeciente con el oro y el lapislázuli. Ahora Anippe llevaba esos mismos

colores.

—Estoy buscando a Timothy. ¿Lo ha visto, señorita Kalim?

—No. No ha venido a trabajar esta semana.

—¿Sabe dónde está?

—No, ¿y usted?

—No estaría aquí si lo supiera.

Un silencio sólido como los huesos que había sobre la mesa se estableció entre ambas y Jessie empezó a notar cómo se le secaba la boca. Estaba segura de que Tim no estaba simplemente enfadado.

—Necesito encontrar a mi hermano —dijo con rotundidad—. Estoy preocupada por él.

Dio un paso atrás y bajó la mirada a una de las vitrinas, dándole a la mujer tiempo para pensar. Se inclinó sobre el expositor y descubrió el color turquesa intenso que había en su interior, pero su mente estaba en otro lugar, intentando pensar con claridad.

—Usted fue con Tim a casa de nuestros padres, creo, la mañana que desapareció.

—Sí, así es.

—¿Por qué fue con él?

—Quería que conociera a su madre.

—Lo siento. Pido disculpas por lo de mi madre...

—No es necesario. Estoy acostumbrada.

Jessie se giró para poder mirarla de frente. Una forastera; siempre a juicio por el color de su piel. La expresión de la joven manifestaba una tranquilidad que no daba muestra de lo que le pasaba por su cabeza. O por su corazón.

—¿Lo quiere? —murmuró Jessie.

Anippe Kalim bajó los párpados hasta que no se veía más que una rendija de la oscuridad de sus ojos. De repente dio un paso adelante y se situó tan cerca de Jessie que esta pudo sentir su respiración cálida y contemplar una pequeña cicatriz en aquella fachada perfectamente esculpida. Entonces sintió un fuerte agarre en la muñeca.

—Jessie, usted es su *uraeus*. —Las palabras fueron tan solo un susurro—. Proteja a su hermano.

—¿De qué? ¿De quién?

«¿De ti? ¿A eso te refieres?».

Anippe Kalim volvió a apartarse de Jessie hacia la mesa donde yacían los huesos rotos y empezó a moverlos con sus dedos en zigzag como si fueran piezas de un rompecabezas.

—¡De las mujeres! —dijo con desprecio, como si pertenecieran a una especie distinta a la suya.

No volvió a mirar a Jessie; la conversación había concluido.

Jessie se quedó de pie sin hablar durante dos minutos completos. Lo único que

hacía surcos en el silencio polvoriento de la sala era el clic-clac de los huesos. Cuando consiguió ordenar las palabras en su mente, colocó una sonrisa en su rostro y se acercó a la mesa de nuevo. Cogió un trozo de hueso y lo sopesó sobre la palma de la mano.

—Bueno —dijo Jessie suavemente—, ya está bien. Haga el favor de contarme lo que sabe sobre lo que hacía Timothy y lo que piensa que ha podido ocurrirle.

La calma se desvaneció de los ojos oscuros de Anippe.

—¿Señorita Kalim?

Los dedos polvorientos se retorcían y enredaban en el pañuelo azul y dorado.

—Ni lo he visto ni he sabido nada de él desde aquel viernes.

—¿Qué ocurrió después de ir a casa de mis padres?

—Nada. —Encogió sus delgados hombros—. Vinimos a trabajar.

—¿Estaba Tim enfadado con mi madre?

—Sí.

—¿Y después del trabajo...?

Hubo un momento extraño, un breve instante, como si la mente inteligente de Anippe Kalim hubiera topado con un muro de ladrillo.

—Nos dimos las buenas noches.

—¿Discutieron aquel día? ¿Se fue caminando? Se enfadó por segunda vez en el mismo día... ¿Es eso lo que ocurrió?

Jessie vio caer la máscara de Anippe, igual de rígida que la de Tutankamón, cuando la egipcia contestó:

—Íbamos a ir a una conferencia que daba el profesor Bascombe sobre unos nuevos descubrimientos en la explanada de Guiza, cerca de El Cairo, pero... —Parpadeó, una sola vez—. Bueno, me dijo que tenía que ir a otro sitio.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿No le preguntó?

—No.

A Jessie no le extrañó; aquella joven parecía demasiado orgullosa como para preguntar y Tim vivía demasiado absorbido por su agitación como para darse cuenta. ¿Habría ido a Putney para buscar a su hermana mayor? Pero ella había salido aquella noche de viernes, había ido al club con Tabitha. Sintió como si una mula le hubiera dado una patada en el estómago, pero ni se incomodó; era la culpa, una vieja amiga.

—Si sabe de él o se entera de algo que pudiera darnos alguna pista de dónde está Tim, por favor, llámeme.

Jessie dejó su tarjeta de visita en la superficie de caoba de la mesa, junto a los huesos antiguos. Se veía como un objeto fuera de lugar, como si un segmento de 1932 se hubiera colado por accidente en el milenio equivocado. Anippe ni siquiera la miró.

—Adiós, señorita Kalim.

Un asentimiento difuso fue la única respuesta de la egipcia, nada más. Frustrada, Jessie salió de la sala pero, al hacerlo, sintió la extraña sensación de ir a tientas entre la oscuridad. Sus pasos retumbaban contra el suelo, como los pasos en el rellano que resonaban en su cabeza.

«Dame de comer, por favor. Dame de comer».

Las palabras eran silenciosas, cerradas bajo llave tras los ojos que miraban fijamente y con languidez a Jessie desde la alcantarilla. Una niña mugrienta como un deshollinador estaba sentada en la cuneta abrazándose las rodillas huesudas contra el pecho. Llevaba puesto un fino abrigo atado con una cuerda y los pies descalzos metidos en unos zapatos cuyas puntas había cortado para dar cabida al crecimiento natural del cuerpo. Al pasar Jessie estiró la mano sin fuerzas, pero se transformó instantáneamente en una pequeña trampa para ratones cuando esta depositó varias monedas en ella. Con un movimiento rápido y aturullado de sus miembros, la niña se fue corriendo hacia un callejón estrecho y se quedó bajo unas cuerdas de tender la ropa.

Jessie observó las piernas esqueléticas desvanecerse y sintió una oleada de ira. El Gobierno nacional era una completa vergüenza; no hacía ni de lejos lo suficiente para solucionar el desastre económico por el que pasaba Gran Bretaña y el primer ministro Ramsay MacDonald era un inútil, un inútil que había traicionado a su propia causa socialista. Día a día los titulares de los periódicos iban a peor y a diario el estómago le daba un vuelco ante la tremenda visión de las colas a las puertas de los comedores de la beneficencia. *La Gran Depresión*, lo estaban llamando. La caída. Aunque un miembro del Parlamento tuvo las agallas de llamarlo poco más que un *contratiempo*. Daba igual qué nombre le pusieran los políticos; para los hombres y las mujeres de la calle significaba lo mismo. Las fábricas cerraban, no había trabajo ni pan a la mesa. La peor parte se la habían llevado los obreros escoceses, galeses y del norte de Inglaterra, donde el desempleo era ya una plaga, pero aquí, en el este de Londres, las condiciones eran también pésimas.

Y ahora *Sir John Gilmour*, el ministro del Interior, iba a arrebatarles el techo que los cobijaba recortando las ayudas a los desempleados e imponiendo una investigación de los ingresos de cada persona para comprobar que las mereciera. El salvajismo de esta noticia había incrementado el sentimiento de malestar en el país y, en las calles desoladas y faltas de esperanza en las que las personas se apiñaban con los rostros desnudos al crudo frío, Jessie podía sentir la espesura de la tensión como una neblina amarillenta que reinaba en el ambiente. Hacía que se le erizaran los vellos del brazo y el grosor de su abrigo invernal le pareciera una deshonra.

—¡Archie, abre la maldita puerta!

Las manos de Jessie golpeaban violentamente la madera. La pintura se estaba desprendiendo de la superficie y el olor a podrido enviaba notas agrias a sus orificios nasales. El destartalado edificio era una de las numerosas casas adosadas humildes que estaban dispuestas en forma de laberinto entre las estrechas calles secundarias.

Tenía varios escalones que daban a un sótano y había sido hasta ese nivel hasta el que Jessie había descendido buscando a Archie en el piso que habitaba. En el lúgubre rellano, situado tres metros por debajo del nivel de la calle, se había acumulado basura: paquetes de cigarrillos Woodbine vacíos, papeles de periódicos de *fish and chips*, un *Sunday Pictorial* empapado y un destartado rodillo para escurrir la ropa. Jessie sabía que no hacía bien en esperar que Archie limpiara todo aquel desastre; no sería típico de él.

Con un ojo alerta a las ratas, llamó a la puerta una vez más y oyó el suave ritmo de los pasos al otro lado. Se abrió una rendija dejando ver a un joven de su edad, con ojos somnolientos y alborotado pelo cobrizo, que llevaba puesta una camisa de franela sin cuello metida por dentro de unos pantalones sin forma concreta. Parecía, erróneamente, un obrero. Jessie conocía a Archie desde que tenía trece años, cuando este le había puesto un ojo morado a Timothy.

—¡Leche, Jessie! Vaya horas de llamar.

—Por Dios, Archie, son casi las once. No es muy temprano que se diga.

Sus pequeños ojos parpadearon con dificultad para intentar verla con más claridad. Podía ocultar su buena cuna bajo prendas de segunda mano, pero se descubría al emplear las vocales de la clase alta y el vocabulario recién salido de una cajita para el almuerzo del internado.

—Tengo que hablar contigo, Archie. Es sobre Tim.

—¿Cómo? —Pero no abrió más la puerta.

—¿Puedo pasar? Hace un frío que pela aquí fuera.

No hizo ningún movimiento para dejarla pasar, así que Jessie dio un paso adelante haciendo que Archie retrocediera y volviera al gélido y húmedo vestíbulo.

—No es muy buen momento ahora mismo —dijo en voz baja e intentando, tardíamente, no perder terreno—. La semana que viene si quieres.

Jessie sonrió.

—Vamos, Archie. De lo que sea o quien sea que tengas ahí dentro, no diré nada, lo prometo. —Le besó la mejilla pecosa—. A menos que sea Tim, claro.

—No es Tim.

—Entonces vamos dentro y hablemos.

Deslizó el brazo por debajo del de Archie y giró al muchacho hacia la puerta y el salón. Siempre pasaba lo mismo con los hombres de la clase de Archie, nacidos para el privilegio y el poder: bien podían gobernar el Imperio británico, pero no tenían ni idea de cómo hacerle frente a una mujer. Ella se lo atribuía a una infancia dominada por una niñera con uniforme blanco almidonado que empleaba el canto de una cuchara con entusiasmo sobre los jóvenes nudillos. El porqué de que Archie Dashington hubiera elegido vivir en aquel deprimente tugurio de clase trabajadora mientras aún seguía percibiendo una mensualidad considerable de su padre, que era ministro en el Gobierno de coalición de Ramsay MacDonald, Jessie lo desconocía. Ciertamente Archie no parecía desempeñar ningún trabajo remunerado; de hecho,

jamás había trabajado en su vida o, hasta donde Jessie sabía, no desde que había salido de Harrow School a la vez que Tim. Jessie abrió la puerta y recibió un fuerte agarre en el brazo que le impidió seguir el avance.

El olor fue lo primero que le llegó; a calcetines sucios y al amargor de estómagos vacíos. Debía de tener a veinte hombres metidos en aquella habitación reducida, pero no se oía nada. Lo único que encontró fue unos ojos desconfiados fijos en ella y una cortina de humo gris de cigarrillos que desdibujaba las caras de pocos amigos. Todos ellos eran delgados como hurones e iban vestidos con ropa de obrero. Algunos formaban corrillos, otros estaban tirados en el suelo de linóleo y los demás se recostaban sobre las paredes húmedas. Jessie pudo percibir su hostilidad.

—Buenos días, caballeros.

—¿Quién es esa? —dijo una voz.

Venía de un hombre que llevaba puesta una gorra manchada y masticaba un pedazo de pan. De hecho, Jessie se dio cuenta de que todos aquellos hombres tenían algo de comida en la mano.

—Es la hermana de un amigo mío —explicó Archie encogiéndose de hombros exageradamente—. Está preocupada por algo, pero no es nada que os afecte. No tenéis por qué inquietaros.

Se abrió paso entre los hombres guiando a Jessie hasta la pequeña cocina que había al fondo de la habitación y cerró la puerta tras ellos, no sin antes recibir Jessie la caricia de uno de los hombres en la pantorrilla.

Diminuta era una palabra demasiado grande para definir la cocinilla; era poco mayor que una cabina de teléfonos.

—¡Archie! ¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

—No son más que unos pocos hombres.

—Eso ya lo veo. ¿Quiénes son?

—Son manifestantes, pertenecen a la Unión. —Acercó la cara a la de Jessie, dejándole ver su preocupación—. No le digas nada a nadie, ¿vale?

—¿Manifestantes?

—La manifestación contra el control de las ayudas.

—Oh, Archie, por Dios, ¿te has vuelto loco?

—No.

Una organización llamada Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados había congregado a miles de parados de todo el país para organizar una manifestación en Londres y presentar una petición al Parlamento contra el control de las ayudas. Un millón de firmas. Estaba previsto que una columna serpenteante de miles de botas y estandartes se congregara en Hyde Park el siguiente martes veintisiete de octubre. Sin embargo, los rumores se estaban difundiendo con rapidez; contaban que estaba liderada por el Partido Comunista y que en realidad lo que pretendía era destruir el Parlamento. Se decía que Londres estaba en peligro y el pánico se filtraba por debajo de las puertas de los oficiales del Gobierno por todo Londres. Allí, en la pocilga de la

zona este de la ciudad, el humor era agrio y, a aquella pequeña distancia de Archie, Jessie podía ver la ira en sus ojos. Pero también había algo más en su mirada: vergüenza, eso era; un resquicio grisáceo de vergüenza.

—La Policía los estará esperando —le advirtió Jessie en voz baja para que no la oyeran los hombres.

—Por eso no debes decírselo a nadie. Prométemelo, Jess.

Ella asintió.

—Claro que no diré nada, pero conoces el riesgo que estás asumiendo, ¿verdad?

Archie se recostó contra la puerta y apartó una colilla de cigarrillo que había en el suelo.

—Alguien tiene que hacerlo. Pobres desgraciados... Me avergüenzo de este Gobierno. —Levantó la mirada para cruzarla con la de Jessie—. Me avergüenzo de la parte que le corresponde a mi padre.

Por un instante, en la minúscula cocina de paredes mugrientas, intercambiaron una mirada, como un hilo de entendimiento entre ambos. Eso era lo que siempre los había unido como amigos, la desconexión de cada uno con sus respectivos padres. Nunca los mencionaban, nunca hablaban de ellos, como si las palabras infligieran demasiado daño y derramaran demasiada sangre.

—Lo siento, Archie. —Jessie le rozó suavemente la manga con los dedos—. Pero no te metas en problemas. Esos hombres van buscando pelea.

—¿No harías tú lo mismo en su lugar?

—No quiero que esa preciosa naricilla se meta en disputa con la porra de un policía.

Los músculos del rostro de Archie se relajaron y pareció de repente mucho más joven, volviendo a ser el niño que ganaba siempre al juego de las castañas en el colegio. Cogió la tetera de lata abollada, la llenó de agua y la puso sobre la hornilla, todo eso sin mover más que un pie.

—Bueno —dijo, echándose el pelo alborotado hacia atrás y prestándole a Jessie toda su atención—, ¿qué ha hecho ahora el idiota de tu hermanito?

—Ha desaparecido.

—¿Qué?

—Se ha esfumado.

Archie rio con tal estridencia que removió el aire gélido del diminuto espacio.

—No te rías —le dijo con seriedad—, lleva una semana desaparecido. Nadie lo ha visto desde el viernes pasado.

—¿Desde el viernes?

—Sí. ¿Sabes dónde está?

—¿Qué me dices? ¿Esfumado?

—¿Sabes adónde fue aquella noche del viernes?

—Sí, en realidad sí que lo sé. —Alargó la mano hasta la llama de la hornilla para calentarse—. Hizo lo mismo que la mayoría de los fines de semana; estaba

obsesionado con eso.

—¿Tim? ¿Obsesionado? Nunca me mencionó nada en ese tono... Aparte de la colección egipcia del museo, claro.

—Eso es porque sabía que tú no lo aprobarías. Ya sabes cómo es, siempre loco por encontrar el consentimiento de su hermana mayor.

Jessie frunció el ceño.

«¿Ah, sí?».

También le había ocultado eso.

—Bueno, ¿dónde fue? —le preguntó con urgencia.

Archie dudó un instante.

—¿Dónde? —repitió Jessie sacudiéndole el brazo—. ¿Dónde?

Él apartó la mirada, sintiéndose incómodo de repente.

—A una sesión de espiritismo.

—¿Qué clase de idiota haría eso?

—Por Dios, Jess, no es más que una estúpida sesión. No te pongas así.

Se sacó las llaves del coche del bolsillo del abrigo.

—Dime dónde era.

Una sesión de espiritismo.

La sola expresión era susurrante y resbaladiza. Le recorría la espalda y la hacía estremecerse.

«Timothy, ¿en qué estabas pensando?».

Sintió cómo el pecho se le tensaba. Quería sentarse con su hermano y hablar tranquilamente de aquella obsesión suya que había llevado en secreto, pero en lugar de eso estaba conduciendo por la carretera A40 a toda velocidad y con los nudillos blancos por la presión que ejercía sobre el volante. Su pequeño Austin Swallow rodeó bruscamente a un ómnibus de turistas y pasó junto a una señal que indicaba la dirección hacia Denham Village.

¿Con quién intentaba contactar Tim? ¿Quién merecía tanto esfuerzo?

Negó con la cabeza, exasperada.

Estaba muy de moda la idea de buscar a los espíritus de los muertos; una nación en caos tratando de encontrar el camino que seguir en el pasado, como si la generación anterior no hubiera armado ya bastante lío sin necesidad de meter las manos en el presente. Todo el mundo lo hacía; Biddy Bradshaw, una joven que trabajaba con Jessie en el estudio, siempre la andaba amenazando con llevar un tablero de güija para hacer una sesión durante el almuerzo. Se trataba de la última excentricidad de la sociedad, que atraía a los tercos intelectuales con la misma ligereza que a las frágiles y jóvenes viudas de la Guerra Mundial. Era un tema que a Jessie le preocupaba: que una nación pudiera ser tan crédula y estuviera tan dispuesta a oír las voces de los muertos cuando lo que necesitaba era oír los llantos de los que morían de hambre en sus calles.

¿Cómo podía habersele pasado por alto eso de Tim? ¿No debería haberse dado cuenta de que tenía algo tan enorme sobre sus hombros y tan opaco obstruyéndole el pensamiento?

Dio un frenazo justo cuando un ciclista y su perro giraban la esquina como si fueran los amos de la calle. Jessie tocó el claxon.

«Relájate. Piensa con claridad».

Llevó sus pensamientos hasta la última vez que había visto a su hermano. Habían ido al cine a ver a Johnny Weissmüller en *Tarzán de los monos* y había cocinado para Tim hígado con beicon, su plato favorito. Era capaz de dibujarlo perfectamente en su mente, sonriéndole desde el otro lado de la mesa con sus inocentes ojos azules. Sin neblina, ni velos, ni obsesiones.

Se sintió traicionada. Tim era la única persona en su vida con la que podía bajar la guardia, la única en la que se atrevía a confiar y a la que se atrevía a querer, ya que había aprendido a muy temprana edad que el amor era demasiado peligroso, como una bomba de relojería esperando a estallar en el pecho. Y, de nuevo, había comprobado que no debía fiarse, no debía dejarse guiar por el amor. Últimamente le iba bien en la vida así que, estúpidamente, se había relajado y había olvidado ser tan precavida. Había apartado la atención un solo momento... ¿Y qué quería decir todo aquello?

—¡Timothy!

Era el mismo tono que usaba cuando Tim era pequeño y le rompía las puntas de los lápices, que Jessie se dedicaba cuidadosamente a afilar, o cuando botaba la pelota contra el armario mientras ella intentaba leer. Nunca se le había dado demasiado bien reñirlo, pero ahora quería sacudirlo hasta que se le cayeran los ojos, justo como había hecho la primera vez que lo vio metido en la cama de Georgie.

¿Acaso se había convertido la muerte en más real que la propia vida para Tim?

Al girar a la izquierda en un callejón rural bordeado por setos y con un cartel que decía Lower Lampton, sintió la necesidad violenta e imperiosa de pegar un puñetazo al claxon y hacer añicos el maldito aire tranquilo del campo.

8

Georgie

Inglaterra, 1921

En tus primeras visitas te impacientas con facilidad. Aún no me conoces, no entiendes que mi cerebro funciona de un modo distinto al tuyo y toma senderos tortuosos. Me sugieres que nos sentemos a hablar en la sala común de la planta baja.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque es más aceptable que sentarnos aquí, en tu habitación.

—Odio la planta de abajo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Está llena de... —intento explicártelo—, llena de otros. Me río cuando alguien derrama agua o tropieza. El doctor Churchward me dice que mis respuestas son inapropiadas y que no tengo habilidades sociales.

Te sientas en mi silla de escritorio y me estudias hasta que siento que me arden las mejillas y la cabeza se me colma de rabia, aunque no sé por qué. Miro fijamente a mi pared blanca.

—No te gusta que te miren, ¿verdad?

—No.

—No te gusta que te toquen.

—No.

—No te gustan los sonidos fuertes.

—No.

—No te gustan las personas.

—Tú me gustas.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pero si nunca me miras a los ojos.

No digo nada. La pared es plana y refrescante. Intento sacar parte de la rabia que hay en mi cabeza y dejarla en la pared. Sí que me gustas, pero nunca le he dicho estas palabras a nadie antes, excepto a mi hermana, y ahora temo que desaparezcas y habértelas dicho. Me levanto sin mirarte y me quito la ropa.

—Espera un momento —dices rápidamente—, ¿qué demonios haces?

—Quiero que me veas de verdad, sin los trozos que están escondidos, porque sé que hay partes de mí que son feas y quiero que sepas que están ahí para que no salgas corriendo cuando las veas en algún momento del futuro.

Me quito los calcetines y me quedo desnudo.

—Dios, estás loco.

No me gusta que me digas eso. Es como cuando el chico de la planta de abajo, el que tiene el ojo mustio —uno de los otros—, me clavó el tenedor en la mejilla y me llegó hasta la lengua. Lo perseguí escaleras arriba con el tenedor colgándome de la cara y mi sangre manchando la alfombra. Cuando lo atrapé, yo...

—Bueno, Georgie —interrumpes mis pensamientos—, ya te he visto, así que puedes vestirte otra vez, gracias.

—¿Has visto las partes malas?

—A mí me pareces completamente normal.

Me siento mal. Me pongo el camisón.

—¿No has visto las partes malas, las partes de dentro que son feas y deformes?

—Oh, Georgie, deja que te cuente un secreto.

Te inclinas hacia mí y provocas que yo retroceda hasta la ventana por el pánico que siento, con una pierna dentro de los pantalones y la otra fuera, y me caigo de espaldas al suelo y la cabeza choca con el zócalo. Tú me miras fijamente, desconcertado, pero te vuelves a sentar en tu silla, esperas a que me levante y continúas hablando como si no hubiera ocurrido nada. Creo que ese es el momento en que empiezo a quererte.

—Mi secreto —dices— es que yo también tengo partes malas dentro que son feas y deformes, pero yo las escondo mejor que tú.

Escucho tu voz, tu voz suave y triste, y me rasco la nuca.

—Enséñame una —digo.

Te quedas pensando un momento más largo de lo normal. Te pasas la mano por los rizos y tiras de ellos con tanta fuerza que te tiene que doler.

—Te odiaba cuando era un niño, Georgie, incluso sin conocerte. Te odiaba porque Jessie te quería muchísimo y yo quería que me quisiera a mí en vez de a ti. Te maldecía por hacerme miserable cuando lo que quería era ser feliz en mi nueva familia. Dormía en tu cama y cada noche, en la oscuridad, clavaba uno de los alfileres de mamá en tu almohada, uno que le había robado. ¿Y sabes lo que me imaginaba que era?

Yo niego con la cabeza. Mi corazón está tan frío que apenas se mueve.

—Imaginaba que —continúas en un tono que nunca he oído antes salir de tu boca— era tu ojo. Quería hacerte lo peor que se me ocurría, dejarte ciego.

—Solo era una almohada.

—Sí, solo era una almohada.

—¿Por qué vienes? —Te sorprende mi pregunta aunque sea bastante obvia—.

¿Por qué te encierras en esta prisión medio día cada semana cuando tienes toda la libertad del mundo esperándote ahí fuera?

Te encoges de hombros, quitándole importancia.

—Porque me interesas.

—¿Por qué? Crees que estoy loco.

—Todos estamos un poco locos en esta vida.

No sé cuándo me mientes, no estoy seguro, así que no sé si me estás diciendo la verdad o haciendo eso a lo que tú llamas bromear.

Quiero acostarme y cubrirme la cabeza con una sábana, pero sé que si lo hago te marcharás, así que me quedo delante de ti, observando cómo das toquecitos con los dedos en el brazo de la silla. No sé por qué haces eso. ¿Es una canción? ¿O es una señal que no consigo comprender?

—Tú nunca mientes, ¿verdad, Georgie?

—No. Digo lo que hay en mi cabeza.

Sonríes.

—Ya me he dado cuenta.

Sacas otro cigarrillo y lo enciendes con una cerilla. Estoy desconcertado, pero entusiasmado por la acción y sorprendido por el olor. Nunca he olido el tabaco antes y no es agradable, pero no me preocupa y alargó la mano. Me das el cigarrillo y lo pongo entre mis labios; inhalo como tú lo haces y toso hasta que los ojos me lloran. Pero me gusta. Te ríes y yo me río contigo. Nos pasamos el cigarrillo el uno al otro hasta que se queda reducido a una pequeña colilla que aplasto con el talón de mi pie. Sonrío al mirar la colilla blanca muerta, cuando en realidad quiero sonreírte a ti.

—Ha sido divertido —dices riéndote.

—El asistente se enfadará. Aquí huele.

—¿Y qué? ¿Qué te pueden hacer? No mucho, ¿no?

Asiento. Es la primera vez que te miento. No te cuento todo lo que pueden hacerme con las agujas.

—¿Por qué vienes?

—Dios, Georgie, no desistes, ¿eh?

—¿Por qué debería?

Te ríes.

—Tienes razón. No hay duda de que aprendes rápido. No eres tan vago como yo. Bueno, te voy a contar por qué vengo aquí.

De repente te pones tan serio que me da miedo. Me quedo mirando a la pared blanca sin decir nada.

—Vengo aquí porque tú y yo somos las dos mitades de una misma persona.

—Eso es mentira. ¿Cómo vamos a ser...?

—No literalmente, Georgie. Es una forma de decir que nos necesitamos el uno al otro.

Asiento.

—Eso es verdad.

—Crecí queriendo ser tú, queriendo que mi hermana me quisiera como te quería a ti, pero sabiendo que siempre sería el segundo plato. Jamás podría hacer las cosas que tú hacías, como recordar listas y patrones y recitar las páginas de las historias de Sherlock Holmes de memoria. Jessie te admiraba más de lo que jamás me admirará a mí.

Siento un calor en el pecho, en las mejillas, en las palmas de las manos. Jessie me admiraba. No lo sabía.

—Creí que quería que me echaran —digo, y tú niegas con la cabeza.

—No. Fue por mí por lo que se deshicieron de ti. Yo fui el culpable. —Te tiras del pelo muy fuerte, demasiado fuerte—. Si nuestros padres no me hubieran encontrado, tú te habrías quedado allí con Jessie y ella te habría enseñado a comportarte correctamente. Ella sabe cómo enseñar cosas; a mí me enseñó a ser tú en muchos aspectos, a que me gustaran las cosas que a ti te gustaban, a hacer las cosas que tú hacías, pero no era tan bueno.

Es como si las manos de alguien estuvieran dentro de mi mente y la desmigaran.

—Tim, ¿hablaba de mí?

—Sí. Pero nuestros padres nunca. No dejaban que se dijera tu nombre en la casa, así que supe que tenía que conseguir que me quisieran o se desharían también de mí. Pero Jessie me contó cómo solías enfrentarte a ellos, cómo los desafiabas, y yo te envidiaba por tener ese valor. —Me sonrías y quiero darte lo que sea que te haga falta.

—Tienes valor —digo—. Vienes a este sitio todos los sábados. Yo huiría de aquí.

Te ríes y me haces feliz. Te hago reír. Te levantas, pero sabes que no debes acercarte.

—Así que ya ves, Georgie, nunca me pude permitir ser yo mismo. Para Jessie quería ser tú, y para nuestros padres, el hijo perfecto. Y sigo haciéndolo así. —Me señalas y, luego, a mi habitación—. Este es el único sitio donde puedo ser yo mismo, sin fingir y sin mentiras. Tan solo tú y yo. Con todas nuestras partes feas y deformadas a la vista.

Levanto la mirada y hago que se pose en tu rostro.

—¿Entiendes? —me preguntas.

—Vamos a echar otro cigarrillo.

Chamford Court no era lo que Jessie se esperaba: una mole victoriana pretenciosa construida por un mercante local que había hecho su fortuna gracias a la madera o a la extracción del metal en el siglo anterior; una casa imponente para impresionar al gentío de la zona, sólida y deprimente. Eso era lo que Jessie esperaba encontrarse allí, y no tenía paciencia alguna con la mala arquitectura; la ponía de los nervios, era como pasarse un papel de lija por los dientes. Sin embargo, mala arquitectura no fue exactamente lo que encontró.

Entró en el pueblo de Lower Lampton, un cúmulo de casitas de ladrillo rojo en el que las últimas rosas de la temporada donaban sus pétalos al frío viento de octubre. Preguntó en el *pub* y le indicaron que debía ir por un callejón, pasar por la iglesia y subir una cuesta.

—Está como a un kilómetro y medio de la ciudad —le dijo el encargado.

«¿Ciudad? ¿A este agujero lo llama ciudad?».

—No tiene pérdida —añadió entre risas—. Tiene portones.

Y tanto que tenía portones. De siete metros de altura, hierro forjado y pilares de piedra maciza a ambos lados. Había un arco que unía ambos lados y un enorme ciervo de piedra rampante sobre este, pero en realidad toda la entrada estaba en ruinas. El óxido y las malas hierbas se habían adueñado de ella, con lo que el ciervo parecía estar asfixiado por la hiedra, y las puertas, que estaban abiertas, pendían de un hilo en una de las bisagras. Tras ellas, un largo camino lleno de baches formaba una línea recta como una vara que atravesaba la zona de pastos y desaparecía por detrás de una arboleda de hayas que susurraba y emitía sus quejidos al viento. Se imaginó a Tim llegando a aquel lugar, oyendo los susurros y las voces de su cabeza, con el corazón latiéndole frenéticamente.

Pisó el acelerador y recorrió la entrada para coches.

La casa estaba situada sobre una colina de poca altura al otro lado de la arboleda de hayas, oculta a la vista desde la carretera. Era una refinada mansión georgiana con elegantes columnas y un frontón ornamentado y de perfectas proporciones. Era el tipo de edificio que incluso en un día gris como aquel resplandecía como el sol para Jessie; la belleza de sus líneas hacía que su piel brillara y que su corazón se apaciguara ante la satisfacción de la visión.

Sin embargo, y al igual que las puertas de entrada, la construcción estaba envuelta en un paño de deterioro y descuido, y las malas hierbas habían colonizado el tejado y caían por las canaletas. La pintura estaba descascarillada; las ventanas de la planta superior, tapiadas con un manto de musgo y hiedra que cubría la pared orientada hacia el norte. Peor, mucho peor, estaba el ala este de la casa; el fuego la había destruido por completo y lo único que quedaba de ella eran los ladrillos ennegrecidos que emergían del suelo como dientes podridos. Las ortigas y los saúcos se habían

hecho con el poder de la zona, así que el incendio no debía de ser reciente. Jessie tenía la sensación de que el tiempo se había detenido, de que todo el lugar estaba aguantando la respiración y de que los árboles y los campos aguardaban el momento apropiado para trepar y reclamar su posición en la colina.

Aun así, a medida que se acercaba a la casa se abrían ante ella prados verdes y frescos con la precisión de una mesa de billar a cada lado del camino. Un jardinero con un delantal de piel atendía un rosal immaculado, y levantó la cabeza cuando el coche pasó por su lado. Jessie aparcó frente al pórtico de columnas y subió los escalones principales mirando hacia atrás para contemplar una vez más las vistas desde aquel lugar. Chamford Estate se extendía como un resplandor de sombras rojizas y ámbar.

Levantó la mano, tocó el gran timbre de latón y esperó. Mientras tanto, inspeccionaba la pesada puerta de madera y sentía cómo el viento frío le helaba la nuca. No oía nada dentro. Suponía que el timbre sonaría en algún lugar en el corazón de la mansión, pero por si acaso llamó con el puño a la puerta.

—¿Puedo ayudarla?

La voz masculina que le habló desde detrás la sobresaltó. Se giró rápidamente y vio al jardinero con la pica en la mano.

—Estoy buscando a *Sir* Montague Chamford —dijo ella.

—Soy yo.

—¿Usted?

—Sí, pero no me llame *Sir* Montague o tendré que ir a ponerme el esmoquin y coger el reloj de bolsillo de oro. —Se rió por lo que él mismo acababa de decir y Jessie tuvo la impresión de que era el tipo de persona que solía refugiarse tras la risa.

Él, como su casa, no era lo que esperaba. No tenía una barriga oronda ni llevaba un chaleco manchado de ceniza de cigarrillo. No tenía bigote ni contaba más de treinta y cinco años, y poseía una cabellera castaña sana sobre unas facciones angulosas que portaban el semblante de generaciones de crianza selectiva. Era alto y tenía los brazos inusualmente largos, como si se los hubiera pedido prestados a otra persona, pero incluso vestido con un grueso suéter y el delantal de piel parecía desnutrido.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con cortesía.

—He venido para informarme sobre una sesión de espiritismo que creo que se organizó aquí la semana pasada. El viernes quince, concretamente.

Hasta el momento, el hombre había estado dos escalones por debajo de Jessie, apoyado sobre su pica de un modo relajado y mirándola como si estuviera a punto de realizar una voltereta o fuera a sacar un conejo del bolsillo para diversión de la joven. Sin embargo, la expresión «*sesión de espiritismo*» echó por tierra toda la educación cristalina que había estado ejerciendo. De repente sus miembros se tensaron. Subió los escalones y abrió la puerta sin mediar palabra, sino haciendo un simple gesto con la cabeza para indicarle a Jessie que pasara al interior de la casa.

Ella entró tímidamente y se encontró en un recibidor de techos altos que apestaba a ratones y a alcantarilla. Los muebles eran de roble oscuro y le conferían a la estancia un aspecto lúgubre; parecían datar de mucho antes que el edificio, pero Jessie no se fijó en ello. Estaba demasiado ocupada siguiendo al señor *no me llame Sir Montague* por un laberinto de pasillos fríos, pegada a sus talones, atravesando salas vacías con altos techos ornamentados y estatuas llamativas en las que retumbaban los pasos de ambos. Pasaron por delante de pinturas al óleo tanto de calidad como pobres, rostros que colgaban como fantasmas en las paredes, y llegaron a una amplia y cómoda cocina. Con mucha diferencia, era la única habitación cálida de la casa.

Una mesa de refectorio se extendía en el centro de la estancia hasta la chimenea, donde ardían los troncos tras una rejilla de hierro, impregnando el aire del olor a madera de manzano. Al entrar, un border collie salió de su cesta junto al fuego y apoyó la paletilla contra la pierna de su dueño, mirando a Jessie con unos ojos marrones que desprendían inteligencia y que eran mucho más amables que los de *Sir Montague Chamford*. Este había cruzado los brazos firmemente sobre el pecho y la estudiaba con aire de sospecha.

—Así que —dijo educadamente— asumo que es usted otro de los periodistas que viene a husmear de nuevo para desenterrar alguna historia. Bueno, le puedo decir ya que aquí no hay nada que encontrar. Sí, hay ciertas personas de importancia que en ocasiones vienen, pero esos son asuntos privados que...

—Estoy buscando a mi hermano.

—¿Cómo dice?

—Timothy Kenton.

El caballero frunció el ceño y el perro emitió un leve gruñido.

—Mi hermano es Timothy Kenton. Estuvo aquí el viernes pasado.

La relajación fue sutil. Sin embargo, Jessie se dio cuenta del detalle porque los miembros del hombre estaban menos rígidos y se atisbaba una sonrisa en la comisura de su boca.

—Bien, señorita Kenton, al parecer me he equivocado con usted.

—Sí, *Sir Montague*, eso parece.

Por un breve instante se percibió un pulso de poder entre ambos, el uno calculando la posición del otro, hasta que él decidió alargar la mano.

—Por favor, discúlpeme —dijo con una sonrisa embaucadora.

Jessie inclinó la cabeza y aceptó el saludo y la silla que le ofreció para sentarse junto a la mesa. Él se sentó enfrente.

—Hábleme de su hermano.

—Vino el viernes día quince para asistir a una sesión de espiritismo.

Ella esperaba que lo negara al instante. *¿Una sesión de espiritismo? ¿Aquí? Eso es absurdo.* Sin embargo, asintió.

—Es posible —dijo.

—Así que lo conoce.

—No, no he visto a su hermano en mi vida. Es cierto que de vez en cuando se realizan sesiones de espiritismo aquí, pero yo no conozco a los asistentes —dijo sin darle más importancia al asunto, como si fuera la cosa más normal del mundo que se realizara una actividad tal en la casa de uno, y acarició la oreja de su perro, consiguiendo que este le lamiera la muñeca—. Debe entender que a aquellos que buscan a los espíritus les gusta venir a este lugar. Al parecer, esta casa parece fundirse con el ectoplasma. —Movi6 una mano en el aire—. Los espíritus entran y salen de aquí como si esto fuera Charing Cross Station. Hay más espíritus que ratas en las cloacas, por lo que se ve.

Rio y le ofreció a Jessie una copa de jerez, que esta rechazó amablemente.

—No creo en los fantasmas —le dijo Jessie—. Creo en las personas tangibles, a las que uno puede conservar.

—Como su hermano, quiere decir.

—Timothy es de carne y hueso, sí. No puede desvanecerse. Sin embargo, está desaparecido desde que vino a la sesión.

El hombre se inclinó hacia ella, intrigado.

—¿Se ha desvanecido en el aire como uno de mis espectros?

—No. —Jessie dio una fuerte palmada en la mesa, provocando que el perro se sobresaltara—. No tiene nada que ver con sus espectros, así que ¿podría decirme qué ocurrió aquí aquella noche de viernes?

Sir Montague no mostró signo alguno de ofensa. Era un aristócrata de los pies a la cabeza, con pómulos prominentes y un cierto aire de tolerancia, como si estuviera acostumbrado a los gestos groseros de los campesinos. La miró con dureza y sus lánguidos ojos marrones la examinaron de un modo que no tenía nada que ver con la indiferencia. Sus largos miembros permanecían relajados y su boca seguía sosteniendo la curvatura de la diversión. Sin embargo, Jessie no se dejó impresionar; no había ni el más mínimo atisbo de diversión en aquellos ojos que tenía enfrente.

—Está realmente preocupada, ¿cierto?

—Le he dicho que he venido hasta aquí para encontrar a mi hermano.

—Ya veo.

Durante unos segundos el silencio invadió la estancia. Se quedaron mirándose el uno al otro mientras la lucha muda tenía lugar, y fue el propietario de la casa quien dio primero su brazo a torcer, llevándose la copa de jerez a los labios.

—Veamos qué podemos hacer, ¿le parece? —sugirió.

—¿Sabe qué ocurrió en la sesión?

—No tengo ni idea. Siento decepcionarla, pero ya se lo he dicho, yo no estuve aquí. No, no se desaliente; eso no significa que no pueda averiguarlo.

—¿Quién más estuvo aquí aquella noche? Los otros asistentes, quiero decir.

—Hay una sola persona que nos puede dar esa información.

—¿Quién?

—*Madame* Anastasia.

—Y ella es...

—La médium que dirigió la sesión.

Lo dijo de un modo muy formal, como si estuviera hablando de un tribunal en lugar de un grupo de personas necesitadas que buscaban fantasmas. Jessie se puso de pie.

—Ella es la persona con quien debo hablar. ¿Tiene su dirección o su número de teléfono?

Para su irritación, *Sir* Montague puso la silla sobre las dos patas traseras y se balanceó con aire indolente mientras la observaba a través del cristal de su copa.

—Vaya más despacio, señorita Kenton. *Madame* Anastasia no es una persona fácil de encontrar; es una criatura extremadamente celosa de su privacidad.

—*Sir* Montague, escúcheme. Mi hermano, Timothy, ha desaparecido. Eso puede no significar nada para usted, pero para mí sí. Necesito hablar con esa tal *Madame* Anastasia, y necesito hacerlo ahora. Por favor, dígame dónde puedo encontrarla.

Jessie percibía que *Sir* Montague era reacio a proporcionarle tal información y eso le molestó aún más. Quería arrancarle esa expresión lánguida de la cara y hacerle sentir la oscuridad que acechaba en los rincones carbonizados de su casa.

—¿Su dirección? —volvió a requerir Jessie.

Lentamente, el hombre se puso de pie.

—*Madame* Anastasia siempre está ocupada con sesiones de espiritismo los sábados —le dijo—, así que hoy no la encontrará en casa. Podría estar en Manchester o en Maidenhead, o quizás incluso podría haber viajado hasta Cornwall, por lo que sé de ella.

—¿Y los domingos? ¿Estará en casa mañana?

—Sí, mañana sí.

A Jessie le sorprendió que aquel hombre supiera tanto sobre los hábitos de la médium. ¿Cómo de cercano, se preguntaba, sería su vínculo con aquella mujer?

—Entonces iré mañana para interrogarla —dijo—. Lo único que necesito es que me dé su...

—No.

—¿Disculpe?

—Digo que no. Yo mismo la llevaré.

—No es necesario.

—Creo que descubrirá por usted misma que sí lo es.

De nuevo se hizo un silencio incómodo en la sala que levantó un muro, ladrillo a ladrillo, entre ambos. Jessie no estaba dispuesta a emplear más esfuerzos en discutir sobre aquel asunto.

—A las diez de la mañana, entonces —dijo—. Aquí estaré a esa hora.

La mano del hombre acarició las orejas lustrosas del perro con la misma naturalidad que si fueran las suyas propias.

—Mejor a las dos. *Madame* Anastasia no pone un pie fuera de la cama antes del mediodía. No olvide que habrá pasado un sábado frenético luchando contra sus espíritus y sus clientes impertinentes. Dejemos que la pobre mujer descanse antes de que usted la asedie con preguntas.

A Jessie no le gustó nada aquello último, cómo había conseguido convertirla en la mala de la película.

—A las dos, entonces. —Asintió y se dirigió a la puerta de la cocina, pero él llegó antes que ella y se la abrió con cortesía.

—¿Podría ver la sala donde tuvo lugar la sesión de espiritismo, por favor? —preguntó Jessie.

—No hay nada que ver —dijo él, pero se encogió de hombros y la condujo hacia el recibidor principal, con el escudo de armas de la familia y la escalinata serpenteante.

Abrió una pesada puerta de roble para desvelar una sala preciosa de dorados techos altos que resplandecía, llena de luz y brillo. Las elevadas ventanas que daban al camino de entrada a la casa estaban cubiertas por cortinas de color morado y dos mesas circulares ocupaban el centro de la sala, una mayor y la otra más reducida, cada una rodeada por elegantes sillas de estilo reina Ana.

—Aquí es donde tuvo lugar. Como ya le dije, no hay nada que ver.

Jessie podía imaginarse a Tim sentado en una de esas mismas sillas —¿cuál de ellas?— con el corazón deseoso de conseguir algo que no tenía. ¿Qué sería? ¿A quién estaba buscando con tanto ahínco?

—*Sir* Montague, ¿por qué hace esto?

—¿Hacer qué?

—Las sesiones.

Él le sonrió con verdadera diversión en aquella ocasión.

—¿Por qué cree usted que lo hago? Pues por dinero, claro. La gente paga grandes sumas por compartir un espíritu o dos con los ancestros de un edificio y un linaje como estos.

—¿Tan mal le van las cosas?

—Bastante mal, para ser honestos.

Ella siguió observando una de las mesas en busca de la huella que pudiera haber dejado su hermano en la seda verde de su asiento.

—¿Por eso están las habitaciones tan vacías? —preguntó.

No había muebles, ni decoración, ni elegante porcelana o plata de primera ley.

El hombre se encogió de hombros y Jessie sintió pena por él, por la delgadez de sus miembros y el vacío de sus gestos despreocupados.

—Todo vendido para reparar el tejado —le contó—. Estoy empezando ahora con los cuadros. Acabo de vender un Watteau en Sotheby's. Malvendido, pero bueno.

Jessie se giró para analizarlo.

—Tenía suerte de tenerlo. —Pensó en los hombres que había viviendo en el

apartamento de Archie, aquellos que llevaban las gorras planas y tenían las barrigas aún más—. La mayoría de las personas no han visto en su vida un Watteau, y por supuesto no lo han tenido en su poder.

Él le dedicó un educado gesto de asentimiento.

—Afortunado. Ese soy yo, un hombre afortunado en su hogar afortunado, tanto como un trébol de cuatro hojas envuelto en una pata de conejo.

Jessie no quería pasar más tiempo en la sala; no con las palabras de su acompañante meciéndose en el aire.

Salieron al camino principal, donde la gravilla crujía bajo los zapatos. Alrededor de ellos, el estado se extendía por prados ondulantes y sombrías arboledas a través de las cuales pudo contemplar la superficie plateada de un lago. Se preguntaba cómo sería crecer en un lugar así, en el que uno era el amo y dueño de todo. ¿Le haría creer que era el centro del universo? Eso opinaba Jessie. Como mínimo, el centro del universo propio.

—¿Qué desastre ocurrió aquí? —preguntó Jessie.

En un abrir y cerrar de ojos, la mirada de su acompañante se oscureció y Jessie percibió la agitación interna que el hombre estaba sufriendo. Se desvaneció al instante y, en su lugar, apareció de nuevo la sonrisa irónica mientras señalaba el ala este de la casa.

—¿Se refiere a nuestro... rediseño estructural?

Ambos contemplaron los restos ennegrecidos que tenían a la izquierda, las paredes de piedra y ladrillo carbonizadas y cubiertas de hiedra y enredadera. Ella se quedó mirando con tristeza la sección ruinoso de la mansión. Bajo la tenue luz del atardecer de octubre, se veían las cuerdas de neblina arrastrándose desde la lejanía del lago con el sigilo de un ladrón.

—¿Cuánto tiempo hace del incendio? —preguntó Jessie.

—Tres años.

—¿Qué ocurrió?

Él apartó la mirada de la deprimente visión de la belleza hecha trizas y rio desenfadado. La reacción estuvo completamente fuera de lugar, pero Jessie supo que eso formaba parte de la armadura de aquel hombre para distraer la atención de sus palabras.

—Mi padre, el anterior y deplorablemente extravagante *Sir* Montague Chamford, decidió incinerarse a sí mismo. Un poco drástico, ¿no cree? Las deudas del estado eran tan insalvables que pensó que era hora de marcharse. El tema... —su sonrisa adoptó una cualidad fija, como si la tuviera cosida a la boca— es que creyó que si moría, yo, como heredero suyo, obtendría al menos el dinero del seguro. Viejo tonto... Suicidarse quemándose vivo no paga las deudas, ¿sabe?

—Debió de ser terrible para su madre.

—Intentó salvarlo y murió entre las llamas; el pelo le ardía alrededor de la cabeza como un halo infernal. —No alteró la sonrisa, pero había algo en sus ojos que sí se

había tornado desesperado, fuera de control.

—Lo siento mucho —murmuró Jessie.

—No lo sienta. No es su problema.

No lo dijo de mal modo, sino como un hecho. Jessie caminó hasta su Austin Swallow manchado de barro y abrió la puerta. Las maneras de aquel hombre eran impecables; seguía llevando puesto el suéter grueso, pero se había desprendido del delantal de piel, así que parecía aún más delgado; sus piernas eran largas y enjutas como escaleras.

—Mañana a las dos —le recordó Jessie.

Subió al coche y, justo cuando estaba a punto de arrancar, él se acercó y le habló a través de la ventanilla.

—Espléndido. Lo estoy deseando. No se olvide de traer la tabla de güija.

—Muy gracioso.

Al salir por el camino, su risa dibujó una estela en la luz púrpura de la tarde.

Así que ya se acabó. Las mentiras y todo lo demás.

Montague Charles Gaylord Chamford inhaló aire profundamente hasta el fondo de los pulmones mientras permanecía de pie en los escalones de su casa y contemplaba cómo se alejaba el pequeño coche por el camino de entrada. El humo salía del estrecho tubo de escape como un chorro de agua, y no le sorprendió el modo que tenía aquella mujer de conducir; era igual que su modo de andar, lleno de energía y propósitos. Durante un instante se permitió fantasear con cómo sería meterse en el asiento trasero del coche y escapar de aquel lastre chamuscado que le colgaba pesadamente del cuello.

Había disfrutado de su charla con la señorita Kenton, quien había traído un nuevo aire lleno de vida a Chamford, aunque su llegada hubiera conseguido ponerle los vellos de punta en primera instancia; salió de la nada como la mala conciencia. Algo parecido a una sonrisa se dibujó en su rostro y observó cómo la neblina se arrastraba sobre su barriga para salir de entre los árboles y dirigirse a la casa mientras él seguía recordando el modo en que la señorita Kenton le había aguantado la mirada, fijamente, y cómo las motas de color azul marino salpicaban el iris de sus ojos. Recordó cómo su rostro reflejaba la concentración mientras escuchaba, cómo olvidaba parpadear cuando estaba abstraída en la conversación y se levantaba el peso del cabello de la nuca.

Con todo y con eso, lo había creído; de eso estaba seguro. Era una joven que parecía, imprudentemente, poseer tan poca astucia y malas artes en su corazón como para no poder reconocerlas en los demás. El día siguiente podría no ser tan malo como pensaba, sobre todo si Nell mantenía el turbante bien fijo sobre la cabeza.

—¡Coriolanus! —gritó repentinamente al aire húmedo.

El perro corría como un rayo por el prado tras un conejo lo suficientemente incauto como para salir de entre las sombras hacia un terreno con tréboles, pero el

collie se detuvo en seco y dio media vuelta ante el sonido de la voz de su amo.

10

Georgie

Inglaterra, 1922

Llegas vestido con lo que llamas tu equipo blanco de críquet. A mí no me parece blanco. Es del color de las perlas que recuerdo ver colgando del cuello de mi madre, pero tu equipo blanco tiene manchas verdes de césped y parece que hay restos de pintalabios en la parte del muslo. Me dices que ahí es donde limpias la bola cuando vas a lanzar.

—¿Por qué limpias la bola?

—Para que bote mejor.

Lo dejo ahí, aunque no lo entiendo. Lo dejo pasar porque me trae el recuerdo de cuando sentía las manos de mi padre sobre las mías mientras intentaba ajustar mis pequeños dedos en el mango del bate de críquet. El calor de su piel abrasándome. Su fuerza. Todo en él es poderoso. Cuando pienso en aquel momento, algo en mi interior comienza a temblar y sacudirse, y tengo que agacharme para quitarme los zapatos y que así no me veas la cara. Mi padre esperaba algo de mí, esperaba un hijo correcto. Te miro de reojo, a tus ojos azules y tu equipo blanco de críquet que no es blanco, y me aborda abruptamente la idea de que deben de quererte mucho. Tú eres un hijo correcto. Un hermano correcto.

Cuando pienso en que Jessie te quiere, te despierta, ríe contigo, te lee... siento un frío en mi interior y las palabras se alborotan en mi boca antes de poder dirigir las a la lengua.

—¿Sabe Jessie que vienes aquí? —pregunto.

—¿Quieres que lo sepa?

Tu pregunta se introduce en mi mente, desgarrando a su paso algo que estaba suelto.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Después de esto nos sentamos en el suelo, el uno frente al otro, en lados opuestos de la habitación, y nos lanzamos la pelota de críquet. Es extrañamente satisfactorio. A

veces se me cae, pero tú no paras de reír. Me enseñas cómo cerrar los dedos para agarrarla y el objeto hace un sonido sordo en la palma de mi mano. Estoy mejor, pero no me gusta tocar la pelota porque es roja.

—¿Por qué no quieres que Jessie sepa que te he encontrado?

—Es obvio —te digo—. Eres demasiado inteligente como para tener que preguntarlo.

—Dímelo de todos modos.

—No quiero que me vea. No así.

Te quedas en silencio, no me miras; bajas la mirada hacia la pelota, que está en tu mano. Aguardo unos instantes y, finalmente, hablas, y tus palabras suenan cansadas, como si hubieran realizado un largo viaje.

—Georgie, creo que le encantaría verte, estés como estés.

—No, no sabes cómo es. No se lo digas a Jessie. —Elevo la voz.

—No es justo para ella; estoy convencido de que aún te echa de menos.

El ardor que siento en el pecho es tan potente que espero ver de un momento a otro llamas derritiendo mi piel.

—No, Tim. Ella dejó que me fuera.

—No, eso no es cierto. Intentó encontrarte, pero...

—¡Shhh! Tira la pelota. No quiero que hablemos nunca más de ella.

—Pero Georgie, ella...

—¡Calla!

Me tiras la pelota, y yo te la devuelvo. Cuento mil noventa y dos veces antes de repetir la pregunta.

—¿Sabe Jessie que vienes aquí?

—No.

—Bien.

No quiero que hablemos nunca más de ella.

Esas ocho palabras me acosan toda la semana. Las vierto en papel y cubro los huecos con mi diminuta escritura, que llena las páginas como si fueran hormigas. Cientos de páginas que perforan mi mente para incluirse en ella. Cuando llamas a mi puerta el siguiente sábado, la abro y abro la boca al mismo tiempo para decirte de nuevo esas ocho palabras. Así sabrás que lo digo en serio, que lo pienso así de verdad.

—Hola, viejo —me dices con tu sonrisa cálida—. ¿Has tenido una semana decente? La mía ha sido un infierno. El viejo apestoso de Benton me tuvo retenido por...

—Tim —interrumpo. Cierro la puerta. Mi boca está abierta. Las ocho palabras están listas para salir de ella—. Tim, háblame de Jessie.

¡No! Han salido las palabras equivocadas. Nos quedamos mirándonos el uno al otro en estado de *shock*. Jessie es un asunto por el que he conseguido pasar todo este

tiempo de puntillas, temeroso de que si lo desenvolvíamos encontráramos dentro una cobra. Podría dispararnos veneno a los ojos, así que nunca más podríamos vernos el uno al otro con claridad, estaríamos ciegos. Lo sé. Pero aun así, te pido saberlo.

—Háblame de Jessie. ¿Ha pensado en mí? ¿No se ha preocupado por mí? ¿Qué te ha contado?

—Siéntate —me dices con una voz tan amable que me tapo los oídos con las manos para atrapar la amabilidad en el interior de mi cabeza—. Deja de llorar.

—¿Llorar? —Me toco la cara y está mojada. ¿Desde cuándo llevo llorando? ¿Horas? ¿Días?

Me siento en la cama y me tapo con el edredón azul para ayudarme a que deje de temblar. Coges la silla de mi escritorio, la giras para poner el respaldar mirando hacia mí y te sientas en ella cara a cara conmigo, a horcajadas. Nunca he visto a nadie sentarse en una silla así y me sorprende lo elegante y desenvuelto que pareces. Así se sentaría un príncipe o un pirata, justo así. Hasta que me doy cuenta de que las curvas del respaldar de la silla nos separan, cubren tu corazón y lo mantienen a salvo de mí.

Empiezas a hablar. Lo haces tranquilamente y durante bastante tiempo y tus ojos azules nunca se apartan de mi rostro. Yo escondo mi mirada, pero puedo sentir la calidez de la tuya, como los rayos de sol sobre mi piel. Escucho atentamente, memorizo cada palabra. Me hablas de lo enfadada y preocupada que estaba Jessie los primeros meses después de mi desaparición, cómo intentó en varias ocasiones encontrarme haciendo uso de toda su fuerza y su ingenio para sonsacarle la verdad a nuestros padres. A veces gritaba, otras lloraba e incluso rogaba de rodillas. Intentó dejar de comer, dejar de hablar, dejar de caminar. Intentó ser la hija perfecta, todo sonrisas y notas estupendas en el colegio, y justo cuando papá y mamá ya se habían olvidado, de pronto soltaba la pregunta: ¿Dónde está Georgie? Entonces todo se catapultaba instantáneamente a la casilla número uno y había que empezar de nuevo.

Porque sus respuestas siempre eran las mismas.

No vamos a hablar de él.

Se ha ido. Está enfermo de la mente.

Tienes un nuevo hermano; olvídate de George.

¡Silencio! George es una aberración y lo están cuidando con los que son como él.

¡No vuelvas a mencionar ese nombre nunca!

Haces una pausa, pero no para evitarme la verdad. Se avergüenzan de mí y temen que contagie a su hija si me ve. No soy humano. Me abrazo las rodillas contra el pecho y saboreo la palabra aberración.

—Cada Navidad y cada cumpleaños —tu voz relajada vibra ahora, como si alguien estuviera sacudiéndote—, ella les daba un regalo para que te lo enviaran, pero pasado un tiempo ya ni se molestaban en fingir. Rehusaban cogerlo y, cuando ella insistía dando zapatazos con sus jóvenes pies, ellos lo arrojaban a la basura ante sus

ojos para que dejara de hacerlo.

Me describes cómo, cuando nuestros padres no estaban en casa, Jessie rebuscaba en los armarios, abría los cajones de los escritorios con las tijeras, las cartas, y soportaba que le dieran con la palmeta cuando regresaban y descubrían lo que había estado haciendo.

Yo me quedo mirándome las manos fijamente. ¿Tienen la misma forma que las de ella? Me las imagino con verdugones rojos como las huellas de neumáticos. Los dientes me castañetean y no puedo controlarlo, pero no estoy llorando; ya hace mucho que lo de llorar con esto pasó. Me obligo a mirarte a los ojos y compruebo que han cambiado de ser azules a un tono gris acuoso, el mismo no color de las pelusas que hay debajo de mi cama. Estoy asustado por la alteración que siento y quiero pedirte que dejes de hablar, de meter el pasado en mi habitación, de hundir esas palabras en mi cabeza. Pero no lo hago, no puedo, tengo la lengua paralizada.

—A veces hacía que les preguntara yo —me dices, y puedo oír una sonrisa en tu voz—. Eso los ponía hechos unas furias y había palmeta para los dos, y esas eran las únicas veces que la oía sollozar. Decía: «Lo siento, lo siento».

—¿A ti? ¿O a nuestros padres? —susurró.

—A saber. Quizás era a ti.

Me duele. Me duele todo.

—¡Jessie! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Jessie!

—Calla, Georgie. Parece que estés herido.

—Sí que lo estoy. —Rodeo mi cuerpo huesudo con los brazos—. Lo estoy, lo estoy.

Empiezo a balancearme hacia atrás y hacia adelante.

Tú te levantas de la silla y vienes hasta mí para abrazarme y presionarme contra tu pecho con tal fuerza que no puedo respirar.

Grito:

—¡No me toques!

Pero eres increíblemente fuerte. Quince años de edad y ya con la fuerza de un hombre. Me vas a matar. Grito y te golpeo en la cara con el puño, pero cuando las gotas de sangre que salen de tu nariz llegan a mi mano, pierdo completamente el control contigo. La oscuridad emerge en forma de manchas amargas en mi mente, luces y campanas refulgen y repican tras mis ojos, así que cuando los hombres de blanco te separan de mí por la fuerza y te reducen en el suelo, no sé si esto es real o está solo en mi mente. Grito tu nombre.

—¡Tim!

—Georgie, que te den, viejo idiota.

Les ruego que te dejen quedarte. Vienen con las agujas, pero tú los golpeas y, de algún modo, ya estamos sentados otra vez, yo en la cama y tú en la silla del escritorio, y estamos a solas. Estoy temblando muchísimo y temo que la erupción haya sido uno de mis episodios, otra zona de guerra que existe únicamente en mi

mente, excepto porque puedo oler mi propio vómito y ver la sangre seca alrededor de tu nariz y por tu labio superior. Sin embargo, volvemos a estar tranquilos, bebiendo agua a sorbos como gente civilizada.

—Sigue —digo, lo cual me requiere un enorme esfuerzo de autocontrol.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bueno, lo raro fue que cuando cumplió los diez años todo paró. Ya no hacía la misma pregunta. Desistió.

El corazón se me encoge y muere en mi pecho.

—Nunca más le he oído mencionar tu nombre, no desde entonces —continúas, y te tocas pensativo la herida que tienes en la nariz hinchada.

—¿Por qué? —digo, murmurando y con miedo.

—No lo sé, chico, quizás decidió pensar que estabas muerto en lugar de encerrado; quizás era más fácil de ese modo.

«¿Muerto?».

La ira arremolina el ácido en mi garganta.

—Claro que siguió teniendo peleas con papá y mamá de puertas para adentro en los años siguientes, pero yo no preguntaba mucho sobre el tema porque lo veía como algo normal de quien está creciendo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Ahora tiene diecisiete años. —Te quitas un trozo de sangre coagulada—. Estoy seguro de que se irá de casa en breve y eso no me va a gustar nada. Estar allí sin Jessie...

No se me ha ocurrido antes visualizar el gran espacio que hay entre tu vida y la mía. La mía va en línea recta, como un trocito de cuerda. Únicamente los episodios la deshilachan y rompen por alguna parte. La tuya es como una madeja de lana entrelazada, complicada y confusa, que desaparece en varias direcciones. Solo con pensarlo se me corta la respiración.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto.

Quiero que me digas que mi padre te dio la dirección en un trozo de papel y que te dijo que ejercieras de hermano, pero sé que la respuesta no será esta.

Tú ríes; es tu risa alegre, no la triste. Se me dan mejor las voces que las caras. Te entiendo mejor cuando cierro los ojos y bloqueo las imágenes, porque las imágenes me confunden. Ahora te escucho con los ojos cerrados y percibo que estás contento contigo mismo.

—No fue tan difícil. —Te ríes—. Soy más artero que tu hermana. Esperé, año tras año, hasta que papá confió plenamente en mí.

Tu voz es cada vez más cercana. Debes de estar acercándote a mí, así que me echo hacia atrás en la cama.

—Nunca mostré interés alguno en ti, Georgie, ni en dónde te encontrabas. ¿Qué Georgie? Era mi actitud. Tu nombre nunca cruzó mis labios delante de nuestros

padres, ni siquiera cuando era pequeño y dormía en tu cama, llevaba tu ropa y leía tus libros.

Mis libros. Eso me duele. ¿Por qué me duele tanto?

—Entonces —digo—, ¿cómo me encontraste?

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

Asiento.

—Bueno —continúas—, papá estaba hablando por teléfono en el recibidor. Me llamó y me dio, por primera vez en la vida, el manojito de llaves que siempre lleva en el bolsillo. Quería que fuera a buscar un documento a su estudio, y en lugar de eso yo fui directamente a la caja fuerte que sabía que había oculta tras el espejo. Encontré la llave adecuada y la abrí y... —Te ríes—. Voilà! Aquí estoy.

—Voilà! Aquí estás... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que encontré una carta de un tal doctor Churchward. Pero no te pongas triste, Georgie.

Me dejo caer en la cama y me quedo mirando fijamente al techo gris. Hay una araña atareada en una esquina y sé, por experiencia, que estar ocupado es bueno. Empiezo a contar hasta mil en voz alta. Los números son estables; nunca cambian.

—¡Oh, Georgie, hermano! No los culpes. Era imposible convivir contigo; sinceramente, lo era. He oído de boca de Jessie tus berrinches y tus gritos, tu desobediencia y tus ataques violentos a la gente.

Cierro los ojos, pero tú te echas sobre mí y te pones tan cerca que incluso puedo oler tu aliento a chocolate.

—Fue duro para nuestros padres, y también para ti y para Jessie —dices.

Te aparto de mí y bajo rodando de la cama. Me quedo mirando a la ventana, contemplando los barrotes y dándote la espalda, y me toco el pecho con fuerza porque el dolor que siento en el interior es punzante.

—Georgie —dices con suavidad—, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Pienso en ello un buen lapso de tiempo.

—Nada. No hay nada que pueda ayudarme. El doctor Churchward cree que las agujas sirven, pero los números son más útiles.

—¿Los números?

—Cuento.

—¿Qué cuentas?

—Cuento los latidos del corazón de Jessie.

—Por Dios, Georgie, a veces me asustas de verdad.

—A veces yo también me asusto de mí mismo.

Como ahora. El dolor me asfixia, se aferra a mi garganta y me estrangula. A mis pulmones les falta el aire, me araña respirar y la visión se me nubla, y sé que hay un episodio en camino. Va bajando desde mi cabeza, es negro y sofocante. Estoy asustado. Me tiemblan las manos e intento gritar, pero no consigo emitir ningún sonido. La muerte danza con pies pesados en mis oídos. Siento el pánico. Pánico.

Pánico...

Mi mano coge uno de los pesados volúmenes de la Enciclopedia Británica que tengo apilados en el suelo y lo lanza contra el cristal de la ventana. Esta se hace añicos y estalla frente a mi cara. El aire fresco y limpio me golpea la piel, pero sigo sin poder respirar. Mis pulmones están a punto del colapso, ennegrecidos e inertes; una mina de carbón dentro de mí. Las luces refulgen y se atenúan. El silencio ruge dentro de mi cabeza.

Me estoy muriendo.

Me desplomo sobre las rodillas y siento una punzada tenue de dolor. Aturdido, me doy cuenta de los cristales, que crujen como huesos frágiles, y busco a tientas un trozo que me incomoda al clavármese en los dedos y en la rótula. Levanto un carámbano de cristal y empiezo a hacerme cortes con él en el pecho. Es para que el aire pueda entrar, para hacer un hueco por el que la vida pueda volver a entrar en mí.

Me pones las manos encima y yo intento apartarlas, pero mis miembros son pesados y lentos. Levanto los párpados y te veo al final de un túnel muy largo. Me sobrecoge la imagen tuya con el equipo blanco de críquet manchado de sangre y moviendo la boca, aunque no consigo oír nada de lo que dices.

Nada.

Únicamente los latidos del corazón de Jessie.

La música vibraba en las venas de Jessie. La llevaba a lugares nuevos que hacían que se le acelerara el pulso: acantilados desde los que podía saltar y remolinos aterciopelados en los que podía bucear. Dio un trago al *whisky* que tenía frente a ella sobre la mesa y sintió cómo este se llevaba, con su regusto ardiente, todas las imágenes del día que habían quedado impresas bajo sus párpados. Comenzó a relajarse. Estiró las piernas en el pequeño reservado, puso los codos sobre la mesa y la barbilla sobre la mano mientras se dejaba llevar por la melodía.

«Algo de Duke Ellington», pensaba, «algo agradable y suave. Algo que te rompa el corazón».

El club nocturno la envolvía en su mundo crepuscular y Jessie entrecerró los ojos para disfrutar del placer de las repentinas notas discordantes que se perseguían por la sala llena de gente. Aquello le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda, agitó la sangre que corría por sus venas y ahuyentó sus pensamientos con sus ritmos extraños y sus picos marcados. Le gustaba. Le gustaba el *jazz*. Le gustaba el club, el humo, las risotadas y el sabor salado de las lágrimas encubiertas.

Y le gustaba ver a Tabitha tocar. Su compañera de piso sabía bien cómo manejar el saxofón, como si fuera un amante, acariciándolo, balanceando su cuerpo esbelto y acercándose al suyo propio, deslizando los dedos por su superficie plateada y presionando con sus labios la boca de este. Jessie solía ir a menudo a ver a su amiga actuar para admirar el modo en que desplegaba su alma para que todos pudieran apreciarla, sin temer que nadie la arrollara. Tabitha era la única chica del escenario, el único rostro blanco de la banda. Los otros músicos —al contrabajo, al piano y a la trompeta— poseían pieles relucientes y oscuras de distintos tonos, así como muchos de los espectadores que había en las mesas y en los reservados.

—Mis hermanos negros —los llamaba siempre Tabitha mostrando sus pequeños dientes blancos.

—Los hermanos —le decía Jessie con su vaso de *whisky*— son un artículo preciado al que merece la pena aferrarse.

Dio otro sorbo a la bebida. ¿Por qué se le daba mucho mejor a Tabitha que a ella aferrarse a sus hermanos?

—¿Puedo traerle otra bebida?

Jessie levantó la mirada y vio un rostro muy cerca del suyo. Demasiado cerca. Un hombre de boca autocompasiva y ojos azules. Los ojos azules eran su debilidad, no lo podía controlar.

—No, gracias.

—No me gusta ver a una joven hermosa sola. —Los ojos azules resplandecían al mirarla.

—No estoy sola.

El hombre miró deliberadamente al banco vacío al otro lado del reservado.

—Estoy con un amigo —le dijo, y dio un toquecito al vaso—. Mi *whisky*.

Le hizo tanta gracia su ocurrencia que empezó a reírse y se dio cuenta de que no podía parar. Todo pareció desatarse en su interior y mezclarse. Rio hasta que le cayeron lágrimas por las mejillas y alejó del reservado al hombre con las manos. Un camarero mayor que caminaba balanceándose le sonrió amablemente, con el cabello completamente blanco resaltando sobre la piel negra.

—¿Estás bien, Jessie, querida?

—Estoy bien, Gideon. —Pero aceptó la servilleta que el hombre le ofreció para secarse la cara y contuvo el hipo con ella mientras el hombre le traía un vaso de agua—. Que sea una cerveza mejor —le gritó, pero el camarero negó con el dedo y rio entre dientes.

Jessie cerró los ojos y dejó que su mente vagara por la marea de la música. Sin embargo, por mucha atención que prestara al escucharla, por mucho que siguiera el ritmo de las notas con un lamento ondulante de nostalgia, nada iba a llenar el vacío que había dejado su hermano en su interior. Era demasiado profundo. Demasiado turbulento. Demasiado manchado de sangre. Cuánto tiempo estuvo así, no lo sabía, pero cuando abrió los ojos de nuevo tenía una cerveza delante y Tabitha estaba sentada en el banco de enfrente. Alguien estaba tocando *It don't Mean a Thing* y Jessie cogió la cerveza.

—Qué estilo tienes —le dijo a Tabitha—. Qué dominio con los dedos.

En medio de la oscuridad del lugar, el rostro pálido de Tabitha parecía estar nadando sobre su vestido negro ceñido como desconectado del cuerpo. La idea devolvió a Jessie a las malas sensaciones. ¿Era eso lo que quizás había visto Tim en la sesión de espiritismo, rostros sin cuerpo, fantasmas que se arremolinaban en su consciencia? Bebió cerveza para ahogar aquel pensamiento.

Tabitha alargó la mano y tocó la mejilla de Jessie con ternura.

—No te veo muy bien hoy, cariño.

—Estoy bien. —Midió cuidadosamente las palabras en su lengua al pronunciarlas—. Bien. Es sábado noche y he salido con una buena amiga.

Buscó el vaso de *whisky*, pero ya no estaba en la mesa, así que le ofreció a Tabitha un sorbo de cerveza en su lugar.

—Sí, gracias.

Tabitha se apartó hacia atrás la melena morena, dio un buche a la cerveza y sacó una pitillera esmaltada con cigarros liados a mano. Se encendió uno e inhaló el humo hasta sus pulmones con un suspiro de placer.

—Sigues en el castillo, ¿eh? —dijo entre risas.

—No era un castillo —insistió Jessie—. Era una mansión muy majestuosa, pero en ruinas.

—Estás loca, ¿lo sabes? Persiguiendo fantasmas por ahí...

—Timothy no es un fantasma.

—Oh, por Dios, cariño, se habrá ido una o dos semanas por ahí de juerga, seguro. Déjalo que disfrute.

—No, eso no le pega. De verdad, Tabitha, no es así.

—La gente cambia.

Jessie quería decir «No, no, no cambia. En el fondo, no». Pero empezaba a dudar sobre cómo de bien conocía a su hermano después de aquel día.

«¿Quién eres, Timothy? ¿Cuánto de ti me has estado ocultando?».

Alargó la mano y cogió la cerveza de nuevo.

—Dime, Tabitha, ¿crees que Tim ha cambiado?

—Déjalo estar, Jess. Por esta noche...

Jessie se recostó en el reservado.

—Tienes razón. La gente cambia. Fíjate, cuando te conocí hace tres años estabas pasando apuros. —Levantó la cerveza dedicándole un brindis a su amiga—. Y ahora, mírate, eres la sensación de los clubes.

—¡Ah! No me recuerdes los malos tiempos. No me podía permitir ni tener un instrumento decente entonces.

Era verdad. El sonido dorado que ahora conseguía extraer de su saxofón era un animal completamente distinto entonces, y ambas sabían cuánto la había ayudado Jessie. Le había dado de comer, para vestirse, la había llevado a las audiciones, había secado sus lágrimas y escondido los malditos cigarrillos que le estaban arrancando días de vida, por mucho que Tabitha le rogara que se los devolviera y la maldijera por no hacerlo.

—Aquellos malos días son ya agua pasada —dijo Jessie—. Has cambiado.

—Ambas lo hemos hecho. Tú estás mucho más... —Tabitha se quedó con la boca abierta de repente—. Ay, Dios, Alistair.

Jessie se incorporó al instante en el banco y giró la cabeza bruscamente.

—¿Dónde?

Tabitha empezó a reírse.

—¡Deberías ver tu cara! No, no está aquí ahora. Ha venido antes y me acabo de acordar.

—¿Buscándome a mí?

—Me temo que sí, cariño. Ha dejado un mensaje. Decía que te recogería mañana a las dos y algo de una cita para ir a los jardines de Kew.

Jessie puso los ojos en blanco.

—Maldita sea. Tengo que llamarlo para cancelarlo. Mañana estaré buscando a la médium. —Se levantó y cogió el monedero—. Pídeme un *whisky*, ¿vale? —dijo al salir del reservado con dificultad—. Lo voy a necesitar después de hablar con él.

Mientras esquivaba las mesas oía la risa de Tabitha por detrás.

—Lo siento, Alistair.

Jessie contó hasta diez en su mente y después añadió:

—Tengo que hacer esto mañana si quiero encontrar a mi hermano; es muy importante para mí, Alistair, pero prometo que iremos a los jardines de Kew otro fin de semana.

El silencio se extendió intentando incomodarla con sus dedos regordetes de culpa. Los apartó y se rió entre dientes.

—Venga, Alistair, que te duermes.

El silencio explotó.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

Jessie miró a su alrededor rápidamente, hacia el vestíbulo tenue y las manchas grasientas del papel de la pared, y pensó en decir «en casa».

—Estás en el club Shoes and Blues, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sabía.

—A ti no te gusta el *jazz*.

—Podrías haberme preguntado al menos.

—La próxima vez lo haré —dijo ella—. Te llamaré esta semana.

—Te echo de menos, Jessie.

—Lo sé —dijo ella dulcemente, y le lanzó un beso—. Buenas noches.

Llevada por un impulso —«demonios, ¿por qué no?»—, Jessie volvió a coger el teléfono, introdujo varios peniques más en la ranura y marcó. Se oyeron varios tonos y entonces:

—¿Diga? —La voz al otro lado de la línea no parecía amable.

—Hola, papá.

—Jessica, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Lo has encontrado?

—No.

Oyó cómo su padre cogía aire y percibió el tono de decepción. Se lo imaginó con su pijama y su bata, ambos de rayas, junto a la mesa del recibidor, subiéndose las gafas en la nariz con expresión de enfado.

—¿Y por qué llamas?

—Creí que querías saber que he averiguado dónde fue Tim el viernes por la noche. Fue a una... —Dudó un instante. Sentía la expresión *sesión de espiritismo* como si fuera un enorme globo en su boca; no le saldría.

—¿Dónde fue? ¿A una qué? —preguntó su padre con impaciencia.

—A... una reunión.

—Y entonces, ¿qué?

—No sé más.

De nuevo el silencio, espinoso como un manojo de cardos, penetró en su oído.

—Jessica, ¿sabes qué hora es?

—Umm... no exactamente. —Miró el reloj de pulsera, pero el vestíbulo estaba demasiado oscuro—. Son... —Las palabras no le salían con elocuencia—. Es un poco tarde, ¿no? —Se calló.

—Es casi la una de la madrugada.

«¡Venga ya!».

No podía ser.

—Oh, lo siento, papá. ¿Te he levantado de la cama?

—Jessica, ¿estás borracha?

—Claro que no, papá, estoy cansada. He estado buscando a Tim todo...

—Vete a la cama, Jessica —dijo su padre con dureza—. Vete a casa y duerme la borrachera.

Sin decir adiós, colgó el teléfono.

Jessie se quedó mirando el objeto de baquelita negra que sostenía en la mano como si este fuera responsable del dolor que sentía, como si tuviera un hacha clavada en la nuca.

—Buenas noches, papá —susurró al teléfono—. Que tengas dulces sueños.

Jessie lo sabía. Desde el mismo instante en que abrió la puerta de su apartamento, lo sabía.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

La habitación estaba en la más absoluta oscuridad. Se quedó atenta a los sonidos por si oía algún movimiento al otro lado de la puerta, con los vellos de la nuca erizados. Entonces accionó el interruptor, inundando así el espacio de luz y obligando a las sombras a recluirse en los rincones. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—¿Quién anda ahí? —volvió a decir.

Como si el ladrón fuera a decir «Hola, no se moleste por mí, solo estoy rebuscando en sus armarios».

Algo le rozó el tobillo y dio un respingo.

—¡Jabez! —le susurró al gato, mientras este frotaba la mejilla contra su espinilla.

El animal parecía estar ajeno a lo que pasaba y ronroneó como bienvenida al intruso.

Aquella era una buena señal, no como los cajones abiertos del aparador y los papeles y libros esparcidos por el suelo.

Alguien había estado allí. Jessie buscó en cada habitación del apartamento y encontró que quien hubiera entrado lo había hecho por la ventana de la cocina, que habían dejado abierta dando vía libre al aire frío de la noche. Los aparadores de la cocina, el baño y la habitación de Tabitha estaban intactos, pero en la suya y en el salón estaban todos los cajones abiertos y el interior, revuelto.

Extrañamente, Jessie no estaba asustada. Debería estarlo, viéndose sola a las dos de la mañana en un apartamento vacío que había sido desvalijado; sabía que debería estar asustadísima, pero no lo estaba. Estaba furiosa, enfadada y triste. Fue hacia el teléfono con determinación y comenzó a marcar el número de emergencias de la Policía, pero se detuvo tras la segunda cifra. Se quedó de pie un instante con el auricular en la oreja, el cable colgando y los pensamientos arremolinándose en su mente y, entonces, colgó.

A él no podía hacerle eso.

En su lugar, se dirigió a la habitación de Tabitha, un lugar que no había sido profanado, y se sentó en la cama. Jabez se acomodó en su regazo en una milésima de segundo, con sus ojos verdes medio abiertos por el gusto y tratando de levantar el vestido de Jessie con las zarpas para llegar a la piel. Era una mezcla de placer y dolor, lo mismo que sentía cada vez que dejaba a Georgie entrar en su mente; placer y dolor en una combinación impredecible que no era capaz de controlar. Podría haber sido cualquier ladrón, claro que sí, seguramente así sería. Pero ¿y si no? ¿Podía arriesgarse a ello? En un lugar inmutable en el centro de su cerebro estaba convencida de que había sido Georgie quien la había seguido hasta allí y había entrado en su

apartamento, examinado sus pertenencias, tirado las mismas por todos lados... Había sido él quien había traído el caos a su vida, de la misma manera que ella lo había llevado a la suya al no cuidar de él mejor cuando aún era un niño, al no abrazarlo con fuerza para que no pudiera marcharse. ¿Dónde estaba ella cuando la llamaba a gritos y entre llantos aquella noche veinte años atrás? Sollozando sobre la alfombra. ¿De qué servía eso a un niño pequeño asustado?

La respiración se volvió agitada y profunda. Se preguntaba cómo habría sido entrar mientras Georgie estuviera aún allí, contemplando uno de sus dibujos o incluso sosteniendo su almohada entre las manos. Habría querido abrazarlo, abrazarlo fuerte, presionar su cuerpo contra él para que volviera a entrar en aquel hueco sangrante con forma de Georgie que había en su interior, y a él no le gustaría eso en absoluto. Intentaba imaginarse su cara de adulto y sus manos de adulto, pero no podía. Serían las manos y el rostro de un extraño.

Se inclinó hacia abajo y acarició el pelo sedoso de su gato con la mejilla.

—¿Lo has visto? —le dijo a una oreja negra puntiaguda—. ¿Te ha tocado?

Jabez ronroneó y cerró los ojos para guardar su secreto.

«¿Tienes gato, Georgie? ¿Toleras ese tipo de contacto ahora?».

Jessie no se planteó ni por un momento que habría nubes rosas de felicidad si se reencontraban. Él debía de odiarla; lo había abandonado. Y en ocasiones ella lo odiaba a él porque... —las palabras trataban de formarse en su cabeza, pero no era fácil— porque si se hubiera comportado un poco más como un hermano normal y hubiera hecho las cosas que sus padres le decían, como dejar que mamá le tocara el pelo de vez en cuando o no decirle a papá que el aliento le olía a boñiga de vaca después de fumarse un cigarrillo, habrían dejado que se quedara. Nada de aquello tendría que haber pasado. Por eso, en ocasiones, odiaba a Georgie.

Le llevó más de una hora ordenar todo el desastre y no notó que faltara nada a simple vista. Cuando Tabitha llegó a casa con sus bostezos, el cabello moreno alborotado y la trenza suelta, el apartamento estaba de nuevo como siempre.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —le preguntó Tabitha mientras se desplomaba en el sofá, se quitaba los zapatos dándoles pataditas y estiraba los pies sobre el cojín.

En el exterior, la noche se había vuelto muy cruda y el aire era oscuro y neblinoso. Las llamas del fuego de gas murmuraban pausadamente, como si estuvieran intentando quedarse dormidas.

—No tengo mucho sueño —dijo Jessie alegremente, y entró en la cocina.

Volvió a los pocos minutos con una taza de leche con cacao para cada una y una galleta de jengibre para Tabitha.

—Gracias —dijo Tabitha; hundió la galleta en la bebida sin apartar la vista de Jessie—. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—¡Ja! —Tabitha dio un sorbo al cacao—. Dime, Jess, ¿qué hace que te brillen tanto los ojos de repente? Has conocido a alguien especial de camino a casa, ¿eh?

—No digas tonterías. —Jessie soltó una risa desenfadada que sonó casi convincente—. Es que estoy pensando en mañana. Cada día que pasa, Tim podría estar más metido en problemas y necesitado de mi ayuda.

Tabitha sonrió lánguidamente y puso los ojos en blanco al tiempo que señalaba a Jessie con la galleta.

—Estás loca, ¿lo sabes?

—Esas no son formas de hablarle a alguien que acaba de traerte una leche con cacao vigorizante.

El vapor salía de ambas tazas y se perdía entre las dos jóvenes, cálido y de dulce olor.

—Esa no es tu tarea, la de buscar a Timothy. Puede que sea tu hermano, pero tú no eres su cuidadora.

Tú no eres su cuidadora. ¿Cuán equivocada podía llegar a estar?

—Claro que es tarea mía.

—No lo es, es de tu padre y tu madre. O de la policía. Pero no tuya. —Tabitha puso repentinamente los pies en el suelo y se inclinó hacia adelante con los codos sobre las rodillas—. No quiero verte en apuros, cariño. De verdad que no. Mantente al margen.

La repentina brusquedad del tono de su amiga y la seriedad que implicaban sus ojos oscuros impactaron a Jessie.

—¿Tú sabes algo, Tabitha? ¿Algo que yo no sepa? ¿Te dijo Tim si estaba metido en algo?

Tabitha apartó la mirada y Jessie sintió que el corazón le daba un vuelco, pero aguardó pacientemente. Después de un largo silencio durante el que no apartó la vista del rostro de su amiga, Tabitha se volvió hacia ella y su expresión había cambiado por completo. A Jessie no le gustó nada, ya que era afectuosa y tierna.

—Mira, Jess —le dijo con suavidad—, te estás obsesionando demasiado con esto y odio verte así. Ni siquiera esta noche en el club te podías relajar.

Pero Jessie no iba a ser tan fácil de despistar.

—¿Sabes algo?

Tabitha suspiró.

—En realidad no.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Quiero decir eso mismo, que en realidad no sé nada. Tim me dijo la última vez que vino al club que estaba... —Dudó un instante.

—¿Que estaba qué? —presionó Jessie.

—Que estaba metido en algo con tu padre.

—¿Metido en qué con mi padre?

—No me lo dijo.

—¿No te dijo nada más?

—No. Pero estoy segura de que no es nada o, por el contrario, tu padre te lo habría mencionado. —Tabitha hizo una pausa y se fue formando una arruga en su frente—. ¿No?

Jessie dejó con firmeza la taza sobre la mesita auxiliar y se puso de pie.

—Perdóname, tengo que ir a mi habitación y darle una patada a algo.

—Son las ocho de la mañana y es domingo. Más vale que merezca la pena, Jessica.

Caía una llovizna muy fina, pero suficiente como para mojar la bata de su padre y salpicarle las gafas mientras permanecía bajo el umbral de la puerta. La abrió más y volvió a pasar al recibidor. Olía mucho a flores, el mismo aroma de los funerales; Jessie vio un enorme ramo de crisantemos de tonos dorados en un jarrón sobre la mesa del recibidor y se preguntó quién los habría mandado.

—Papá, tengo que hablarte de algo.

Se quedaron allí, sin hacer el intento de pasar al salón, como si ella fuera una extraña que acababa de irrumpir en la casa. Cada vez que entraba allí, desde el primer momento en que ponía un pie sobre la alfombra afgana del vestíbulo, se sentía transportada inmediatamente a su infancia. Allí era donde habitaba el pasado, estaba atrapado en aquel lugar; rozaba el hombro contra él cada vez que cruzaba el umbral sabiendo que su presencia era sólida y que subía y bajaba las escaleras a sus anchas con el corazón bombeando con fuerza y el aliento oliéndole a ruibarbo y a natillas. Su voz murmuraba el nombre de Georgie.

Su padre permanecía recto y sombrío, y sus ojos grises inspeccionaban el rostro de su hija con poco más de dos pies de alfombra de lana extendiéndose entre las zapatillas de él y los zapatos mojados de ella.

—¿Qué pasa ahora, Jessica? —le preguntó con tono relajado—. ¿Qué es lo que te ha tenido tan molesta este tiempo?

Jessie ignoró la pulla y simplemente la añadió al resto de burlas que escondía a buen recaudo en su interior, donde nadie pudiera verlas. Mantuvo el tono neutral y dijo:

—He oído que Tim y tú estáis metidos en algo juntos. —Vio una reacción en su padre, así que era cierto—. ¿No crees que habría estado bien contármelo antes de mandarme directa al ruedo?

—Estás exagerando —dijo él.

—Ah, ¿sí?

El hombre se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo que sacó muy bien doblado del bolsillo de la bata. Lo que hacía era ganar tiempo para pensar qué contestar. ¿Qué era lo que tenía que pensar? ¿Qué tenían entre manos su padre y su chico de ojos azules que no debía llegar a oídos de ella? Jessie aguardó y mantuvo las palabras en su mente, conocedora de que su padre nunca había sido capaz de soportar un silencio largo. De niña, aquella había sido su única arma contra él; ahora, el

recibidor comenzó a llenarse de ese mismo silencio hasta que ambos se ahogaron en él.

—No tiene nada que ver con su desaparición, Jessica, te lo aseguro.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Puedo. —Sus palabras implicaban convicción; habría sido un buen político.

—Bueno, dime, ¿en qué has metido a Tim?

Se oyeron unos pasos suaves en las escaleras y ambos levantaron la vista para observar a la madre de Jessie descender. Estaba perfectamente vestida con una falda de tablas y una blusa blanca bordada, y el pelo recogido en un elegante moño en la parte posterior de la cabeza. Obviamente había estado arreglándose desde que había oído el timbre. Tenía el rostro maquillado y las pestañas también. Catherine Kenton jamás saldría a la palestra de la vida sin su armadura, pero al ver a su hija apareció una grieta en ella. Sus ojos azules se abrieron ampliamente mostrando preocupación y sus pies se apresuraron a bajar los últimos escalones.

—¿Alguna noticia? —preguntó con urgencia—. ¿Está Timothy...?

—No, nada. Aún no.

—Oh.

—Solo he venido a preguntarle a papá varias cosas.

—¿A esta hora?

—Tengo más cosas que hacer hoy, como buscar a Tim, por ejemplo.

Hubo una pausa breve en la que sus palabras sonaron melodramáticas en una mañana de domingo en un barrio residencial de Inglaterra, lo cual no era lo que pretendía. Se volvió hacia su padre y este se dio cuenta de que su hija no iba a irse de allí hasta que le contara lo que había estado haciendo con Tim. Se ajustó el cinturón de la bata y comenzó a hablar.

—Timothy estaba ayudándome a preparar mis reuniones y la publicidad para la UBF, eso es todo.

—¿La Unión Británica de Fascistas?

—Exacto.

—¿El partido nuevo de Oswald Mosley?

—Sí.

Jessie recordó entonces los panfletos que había visto en el taller de su padre en su última visita.

—No —dijo ella suavemente y negando con la cabeza—, por favor, no metas a Tim en...

—Timothy toma sus propias decisiones, jovencita. Es capaz de reconocer el valor del partido y la fuerza de sus ideales para devolver al país a su camino.

—Jessica —interrumpió su madre bruscamente—, ¿te quedarás a desayunar?

Jessie percibió la mirada que su padre le lanzó a su madre.

—No, gracias, mamá. Tengo que volver.

La acompañaron hasta la puerta con más urgencia de la que esperaba.

—¿Qué es lo que hace Tim para la UBF? —le preguntó a su padre.

—Oh, nada en realidad, solo echa una mano.

Eso era, nada más.

Jessie sonrió a su madre y, por una vez y ya que parecía tan preocupada, le dio un beso en su mejilla empolvada. Olía a fresas.

—En cuanto averigüe algo, os lo haré saber —les prometió. Echó un último vistazo al recibidor, recordando todos los años que había pasado esperando en aquel lugar a su padre con una carta en el bolsillo. Se le fue la vista a los crisantemos—. Bonitas flores —dijo.

Su madre asintió.

—Pues son de *Sir Oswald*, precisamente, y de su esposa, *lady Cynthia*, claro.

Qué correcta. Sin embargo, todo el mundo sabía que Mosley estaba teniendo una aventura descarada con Diana Mitford, que estaba casada con alguien de la familia Guinness. Mientras Jessie caminaba hacia el coche bajo la llovizna, se preguntaba qué habría sido lo que habría impulsado a Oswald Mosley a enviar flores a su madre.

Jessie entró en el camino para coches justo a las dos y aparcó junto al elegante automóvil color crema de *Sir Montague Chamford*. Su esbelta figura estaba de pie junto al coche, puliendo el gran arco del salpicadero frontal con un pañuelo hasta que brillara bajo el sol acuoso de la tarde. Reconoció que era un Rolls-Royce por el adorno del espíritu del Éxtasis que coronaba la punta del largo capó. Le contó a Jessie que era un Silver Ghost de 1922 y que había pertenecido a su padre.

El actual *Sir Montague*, vestido con un traje de *tweed*, pasó la primera parte del viaje a través de las amplias carreteras del país hablando con gran entusiasmo sobre el coche, ensalzándolo, comentando lo silencioso que era el motor, sus enormes reservas de energía, que suministraba con lo que él llamaba *una calma asombrosa...* Su entusiasmo era contagioso. Su rostro huesudo se suavizó como si estuviera hablando de una amante que le acelerara el pulso irremediabilmente.

—Tiene un motor magnífico de siete litros y medio, y dos bujías fijadas a cada uno de los seis cilindros. —Deslizó los dedos por el volante acariciándolo intensamente. Aquel día tenía las uñas limpias—. Utilizan bronce fosforado y níquel para construir los engranajes de distribución —siguió informando a Jessie—, que están pulidos a mano. Son una belleza, se lo aseguro.

—Lo creo, lo creo.

El joven levantó la ceja oscura.

—¿La estoy aburriendo?

—No, en absoluto.

Estaba concentrado en maniobrar con la palanca de cambios mientras recorrían las calles de High Wycombe, una ciudad de fabricantes de muebles al noroeste de Londres en la que las cabezas de sus habitantes se giraban al ver el Rolls-Royce pasar.

—¿Oyes eso, Coriolanus? —gritó *Sir Montague* al perro ovejero que iba en el asiento trasero—. Tenemos aquí a una escéptica, al parecer.

El perro empujó con su hocico húmedo a su amo en la oreja desde la parte de atrás, como si le estuviera susurrando al oído algo privado. *Sir Montague* rio, pero cuando Jessie no se unió a él la miró, estudiando su expresión y la forma en que posaba las manos con firmeza sobre el regazo.

—¿Está bien? —le preguntó amablemente.

—Claro, estoy bien.

—¿No está asustada? ¿No le dan miedo las médiums?

—No.

Pero no era cierto. Jessie sí que estaba nerviosa, y no era por la médium en sí, sino por lo que podría decirle, las revelaciones que podría encontrar al abrir la caja de Pandora.

Tras unos momentos en los que la situación se enrareció, *Sir Montague* cambió de tema y empezó a contar historias sobre *picnics* en el coche con sus padres o viajes a Oxford para salir en batea.

—Nunca conseguía mantener el remo bien agarrado —dijo gesticulando— y siempre acababa en el condenado río.

Hizo una pausa para que Jessie se riera, pero esta no lo hizo. No quería que aquel hombre que iba a su lado la divirtiera, la entretuviera con historias inverosímiles sobre acabar empapado en el Isis, que pensara que era así de fácil de impresionar y encandilar. Para ella, él era el responsable. Completa e impunemente responsable. Lo culpaba de la desaparición de Tim. Podía ser injusto, podía ser muy injusto por su parte, pero de no haber sido por *Sir Montague* y aquella mansión suya calcinada, Tim estaría en ese momento paseando por Putney Heath con ella en aquella tarde de domingo, metiéndose con su hermanita y tirándole migas de pan a los patos. Aquella fría certeza había dormido sobre su almohada junto a ella toda la noche y ahora la llevaba como un puño en la garganta, bloqueándole las palabras.

Así que no, no iba a reírse con sus historietas ni a mostrar una sonrisa para complacerlo. Tampoco quería ir montada en aquel coche llamado Silver Ghost. Seguro que la ironía que aquello suponía no se le había escapado al caballero..., viajar para ver a una médium en un coche con nombre de espectro.

«Oh, Tim, ¿dónde demonios estás? Dame una pista, como en los viejos tiempos en los que nos escondíamos el uno del otro en el parque. No me dejes así».

Sir Montague tocó el claxon y adelantó a un vagón cargado de carbón con un giro repentino. Tenía las manos fuertes y expertas, al contrario que su figura larguirucha, que parecía que fuera a salir volando con el viento en cualquier momento. A ambos lados de la carretera A40 por la que conducía, los campos se extendían amplios, barrocos y baldíos, con multitud de caballones de haber sido arados.

—Vamos hacia Oxford, ¿cierto? —preguntó Jessie.

Era una pregunta sencilla, pero provocó que el hombre se quedara con la mirada

perdida en el parabrisas unos instantes, como si hubiera significado más de lo que Jessie había pretendido al hacerla.

—Ya no queda mucho —dijo vagamente, y Jessie se alegró de que volviera a hacerse el silencio.

13

Georgie

Inglaterra, 1922

—Te envidio, Georgie.

Estamos jugando al ajedrez. Yo voy ganando. Siempre gano.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque no te están esperando los deberes de matemáticas al llegar a casa.

—¿Qué te pasa con los deberes de matemáticas?

—Es como masticar cristales rotos.

—¿Qué?

—Solo es una expresión, no me hagas caso.

—Hoy estás vago. —Pero nunca te ignoro—. Enséñame cómo hacer matemáticas.

Me como tu alfil y tú gruñes.

—Es difícil —me adviertes.

Me río.

—Bueno...

Decido no retrasar más la caída del rey y pongo fin al juego. Desde aquel día, te hago los deberes de matemáticas todos los domingos mientras tú lees *El halcón maltés* y fumas cigarrillos.

Hoy no quieres trabajar. Estás cascarrabias, una palabra que sé porque tú me la has enseñado. «No seas cascarrabias», me dices cuando me siento en la cama dándote la espalda y contemplando la lluvia a través de la ventana con mis oídos cerrados a ti.

Hoy eres tú el que está cascarrabias.

Me pone nervioso. Estoy sentado en mi escritorio escribiendo el alfabeto griego en minuciosas columnas. Es muy bonito, aunque no se le acerca a los preciosos jeroglíficos egipcios que te he enseñado. Con eso es con lo que estás jugueteando con poco entusiasmo. Tengo ganas de arrebatarte el lápiz de tu mano inepta.

—Hoy estás vago —digo.

Emites un sonido y te pones de pie de un salto. Eso me sobresalta. Te quedas de pie dándome la espalda.

—¿De qué color son mis ojos? —preguntas.

—Del color del pigmento del iris.

—Y ¿qué color es ese?

Me entra el pánico. Me tapo los oídos con las manos.

—No lo sé —digo.

—Deberías saberlo. Ya te he dicho que debes mirarme cuando te hablo.

—¿Por qué?

Suspiras.

—Por Dios, Georgie, este maldito lugar está cada vez peor.

Silencio.

Me pongo de pie y voy hacia la puerta. La abro y me quedo mirando fijamente tus zapatos.

—Sal.

—Georgie, no...

—¡Sal! —Sé que estoy gritando.

Te vas.

—Maté a un pájaro —te cuento.

Dejas el libro; estás leyendo a Shakespeare y te resulta difícil.

—¿Qué?

—Que maté a un pájaro cuando tenía cinco años.

No sé por qué te lo cuento. ¿Por qué ahora? Creo que es porque veo el sol en tu pelo, tiñéndolo del tono de la cresta dorada de un pinzón. ¿O es porque, después de tantos años, ya no puedo mantener mi crimen en secreto más tiempo, encerrado en la oscuridad?

—¿Cómo ocurrió?

Te interesa, lo oigo en tu voz, ese pellizco en la garganta que se nota cuando algo te interesa de verdad. Nunca eres capaz de ocultarlo.

—¿Sigue teniendo nuestra madre pájaros cantores? —pregunto.

—No, qué va. Nunca he sabido que tuviera pájaros.

—Los tenía. Debíó de deshacerse de ellos después de que me...

Dejamos sin pronunciar el final de la oración. Pero yo juego con las posibilidades en mi cabeza. Después de que me... ¿abandonaran? ¿Encerrarán? ¿Encarcelarán? Escoge la que quieras.

—Y ¿cómo ocurrió? —vuelves a preguntar.

—Nos dejaron a Jessie y a mí con la niñera. No me acuerdo de cuál de ellas, eran todas... —Busco la palabra apropiada—. Despreciables.

Gruñes. Eso quiere decir que no estás muy seguro de que lo que digo sea correcto, pero no estabas allí para comprobarlo. Yo sí.

—Mamá nos había dejado con ella mientras salía a almorzar con una amiga. La jaula estaba en la sala de recepciones y yo solía observar a los pájaros cantar a su

hora. Me fascinaba cómo reverberaban sus gargantas y ansiaba poder descubrir cómo una criatura tan pequeña era capaz de montar tal estrépito. Así que cogí un cortaplumas que papá me había regalado por Navidad, cogí al pequeño pinzón y lo abrí en canal.

—¡Dios, Georgie! Eras un pequeño monstruo.

—¿Lo era?

—¿Qué dijo mamá?

—Nunca se enteró. Cuando vi las diminutas entrañas de la criatura, su corazón y sus pulmones diminutos, los huesos del pescuezo, que no eran más gruesos que alfileres, empecé a llorar. Jessie me encontró bajo la cama con el pajarillo diseccionado entre las manos. Me acostó, echó las cortinas y le dijo a todos que estaba enfermo.

Noto una tensión en la garganta al recordarlo. El aire no puede pasar por ella.

—¿No echó mamá en falta al pájaro?

Respiro hondo. Puedo oír el cantar del pinzón, agudo y afilado como agujas en mis oídos.

—Más tarde me enteré de que Jessie le había contado a mamá que se le había escapado el pájaro de la jaula por accidente y que había salido volando por la ventana. La castigaron.

—¿Con la palmeta?

—Sí. Seis buenas tandas.

Seis buenas tandas en su suave y joven palma de la mano.

—¿Qué hicisteis con el pájaro muerto?

—Jessie lo enterró en el jardín.

Estoy temblando incontrolablemente. Te acercas, me metes en la cama y me lees la historia de Cleopatra.

Hoy es un mal día. Tengo la cabeza llena de oscuridad. He cerrado las cortinas de mi habitación porque la luz del sol me hace daño en la piel y hace que mis manos se retuerzan. Me siento en el suelo, en el rincón más lúgubre, junto al armario, y me cubro la cabeza con una manta. Así es mejor. A solas en mi mundo de oscuridad.

No soy como los demás. Eso lo sé. Están todos ahí fuera jugando a algo que llaman vida, pero yo no entiendo las reglas del juego. Lo hago mal. Una y otra vez. Es mejor así.

—¿Georgie? Sal de debajo de esa manta.

Empiezas a cantarme canciones antiguas de niños. La de los tres ratoncitos ciegos y la del gato con el violín. Solo una persona me ha cantado en toda mi vida, y ya no tiene nada que ver conmigo. No quiere nada conmigo ya. Tengo las manos mojadas y me doy cuenta de que estoy llorando en silencio. Me seco la cara con la lana áspera y aparto la manta porque tengo muchas ganas de verte. La luz me daña la vista con la potencia de un bate de críquet.

—Hola, Tim.

Ahí estás, sentado en la silla. Visto desde aquí abajo y desde este ángulo parece que tus piernas sean más largas que la puerta, y eso me hace gracia. Me interesan los ángulos, cómo hacen que las cosas se vean diferentes, cómo alteran el modo en que las vemos. Una vez me dijiste que el único problema que hay conmigo es que yo miro el mundo desde un ángulo distinto. Quiero que sea verdad, así que muevo los pies para que el ángulo cambie y pueda ver el mundo como lo hacen los demás. Pero eso no ocurre; ya lo he intentado otras veces. Puedo decir, por el modo en que estás sentado despatarrado en la silla, que llevas ahí bastante tiempo. No es una silla cómoda. Llevas puesto un jersey de color verde vivo. Me levanto y me siento en mi lugar habitual, al borde de la cama, y aliso la ropa de cama a mi alrededor.

—Tienes que lavarte el pelo —digo.

Es verdad. Está alborotado y sucio. Pero te oigo suspirar, un suspiro que sale bruscamente desde tus pulmones.

—He estado ocupado, Georgie.

Me hablas muy despacio. Para proteger mis oídos. En el pasado me explicaste que la amabilidad es hacer cosas así por los demás. Hacerlos felices. Recuerdo ahora que me dijiste que no debía hacer lo que llamas observaciones personales a menos que estas vayan a hacer a alguien feliz. Lo intento de nuevo porque quiero que estés feliz.

—Tienes las piernas largas.

Sonrías.

—Mejor ahora.

Me aventuro y te miro fugazmente a los ojos, y me sobrecoge su tono grisáceo. ¿Adónde ha ido el azul? ¿Qué significa esto? Quiero meterme bajo tu piel y descubrir todas las cosas que no comprendo de ti.

—Georgie, he estado pensando.

—Yo pienso todo el día y todos los días.

—Lo sé, claro que lo haces. Pero quiero que me muestres el brazo. Levántate la manga.

—¿El derecho o el izquierdo?

—El derecho.

Me desabrocho el botón del puño de la manga de mi camisa y enrolló el material con dobleces cuidadosos hasta el codo.

—Mírate el brazo.

Lo miro. No veo nada extraño. Solo mi brazo. Creo que me gusta.

—Ahora mira este. —Te remangas y haces un montículo verde, y estiras el brazo para que yo lo vea—. ¿Ves la diferencia?

—El tuyo es feo.

Es verdad. El mío es pálido y se ve el entramado de venas azules bajo la piel translúcida. Es suave y elegante como el mármol. El tuyo tiene el color de la miel, pequeños vellos dorados y varias marcas que sé que son de la varicela. Es el doble de

grueso que el mío y tiene grandes huesos en la muñeca, pero de repente recuerdo ponerme la mano en la boca, como me has enseñado, y guardarme los pensamientos para mí. Te acercas a mí y yo intento contener el impulso de apartarte.

—¿Por qué crees que hay esta diferencia? —me preguntas.

—El mío es más bonito.

—El tuyo es como el brazo de una chica, Georgie.

—Y ¿eso es malo?

—Sí. —Flexionas los músculos bajo tu piel, haciendo que la carne se mueva. Es horrible—. El mío es el brazo de alguien que hace cosas. He estado cavando hoyos en la tierra toda la semana en los restos de una villa romana cerca de Cheltenham y estoy agotado, pero he trabajado al aire libre todos los días y he hecho bastante ejercicio. —Haces una pausa y me estudias lentamente desde la cabeza hasta los dedos de los pies—. Creo que necesitas hacer más ejercicio, Georgie.

—Hago ejercicio todos los días —explico—. Todos lo hacemos. Media hora cada tarde y una hora entera el domingo.

Resoplas. No sé lo que significa, pero añades una sonrisa. No es una sonrisa agradable.

—Os sacan como a ovejas al patio y os ponen a andar en círculos, sin correr por si os caéis, sin darle patadas a una pelota o saltar. Nada que provoque que se os acelere el corazón.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto.

—¿En el jardín?

—Sí.

Me quedo mirando tu pelo sucio. Me siento desnudo; me has espiado.

—Así que... —Te pones de pie—. Vamos a empezar un régimen de ejercicio. No tienes más que piel y huesos, y estás pálido como un fantasma.

—¿Que no soy más que piel y huesos? Eso no es verdad, Tim. Tengo un corazón, dos pulmones, riñones y...

—Es una forma de hablar, no lo entiendas literalmente.

—Pero es mentira.

Vuelves a suspirar.

—Vamos a concentrarnos en los ejercicios. No estés abatido; mira lo que te he traído.

Coges tu abrigo del suelo y debajo de él hay dos preciosas mazas para hacer malabares y ejercicio. Tienen más o menos el largo de mi brazo, redondeces en un extremo y están hechas de una madera bonita y suave. Me das una. Es más pesada de lo que esperaba, pero cuando te veo balancear una de ellas dibujando un amplio número ocho, te imito, con cuidado de no darle a nada.

Siento cómo mi sangre se vuelve más cálida en el interior de mis venas y mi brazo ejerce una fuerza propia, desconocida para mí hasta entonces. Me siento

poderoso por primera vez en mi vida.

Monty Chamford no soportaba la incertidumbre. Lo sacaba de quicio. Le gustaban las cosas claras. Pero allí estaba él, girando hacia una calle sin salida de casas adosadas sin la más mínima idea de quién sería Nell aquel día. Ella y sus amigos los espíritus trataban con la incertidumbre a diario y disfrutaban de ella con un placer que ponía de los nervios a Monty. Y a Nell le gustaba, de eso estaba seguro, hacer que él siguiera intentando averiguar. Por teléfono, Monty le había advertido de las reglas para aquel encuentro: «Sé discreta». Pero con Nell y sus turbantes de satén nunca se podía estar seguro. A *Madame* Anastasia le gustaba jugar.

Monty aparcó el Rolls delante del diminuto jardín frontal, que estaba plagado de malas hierbas; se moría por poder arrancarlas con los dedos. Salió del coche y se percató de que en el interior de la casa se movían los visillos, pero antes de poder abrirle la puerta a su acompañante, la señorita Kenton había salido y se dirigía con resolución hacia la puerta principal. Le gustaba cómo iba vestida, un poco bohemia con una capa amplia y suelta y colores llamativos. Llevaba el sombrero hacia un lado; parecía algo masculino, como uno de esos de fieltro que usan los hombres, y ocultaba las suaves ondulaciones de su melena rubia. Iba en serio y quería que así lo pareciera, de eso no cabía duda.

—Mi querida joven, qué encantador es conocerla. —Una voz femenina salió flotando a modo de saludo.

Monty parpadeó y convirtió la risotada que estaba a punto de salirle de manera espontánea en tos. Nell se había ajustado perfectamente a lo que le había pedido: discreción. Aquella era una nueva Nell para él. Había salido a la puerta con una falda larga de *tweed*, una rebeca marrón tejida a mano que no ayudaba a su figura regordeta y unos pesados zapatos de cuero marrón. Únicamente las perlas que llevaba al cuello desprendían un resplandor lechoso, un atisbo de los secretos ocultos y los buenos tiempos. Llevaba el pelo con tirabuzones y gafas de carey. ¿Gafas? Monty sabía que tenía cuarenta y nueve años, pero aquel día podría haber pasado por sesenta. Parecía la típica tía solterona que todo el mundo tiene, fiable y honesta, un poco aburrida y ratón de biblioteca.

«Oh, Nell, mi pícara Nell, hoy te has superado. Va a creer cada palabra que le cuentes».

Monty dio un paso adelante.

—Señorita Kenton, déjeme presentarle a *Madame* Anastasia.

Ambas mujeres se miraron con recelo y se dieron la mano.

—Pase, querida, dentro se está caliente.

Nell los invitó a pasar y los guio, dando grandes zancadas con los zapatos, que parecían estarle varios números grandes.

Monty no pudo contener la sonrisa al entrar en el salón. Habían desaparecido las

bandas de tela morada que normalmente cubrían el sofá y las sillas, así como las tiras de campanitas y cristales que pendían del techo. En lugar de estos objetos, había tapetes de encaje en cada superficie, una aspidistra, un triste canario en una jaula y, en un rincón, una horrible cabeza de ciervo disecado con las orejas comidas por el moho. ¿De dónde había salido todo aquello? En un breve instante en que Monty y ella cruzaron las miradas, este le articuló con los labios: «Perfecto», manteniéndose tras la señorita Kenton.

Las dos mujeres se sentaron una frente a la otra y los ojos juveniles de Jessie examinaron el rostro de Nell con la minuciosidad de un pintor de retratos. Monty se preguntaba a qué se dedicaría... Podía tener que ver con la medicina, o incluso podría estar relacionada con la Policía. Aquel último pensamiento lo hizo estremecerse. Era por la forma en que sus ojos azules diseccionaban las cosas con tanta precisión, como si pudiera ver bajo la piel el color de la sangre de una persona o la forma exacta de los pensamientos en su mente. Monty se apoyó en el piano, reacio a tomar asiento.

La señorita Kenton estaba sentada con actitud tranquila y atenta, y las manos posadas suavemente sobre el regazo. El sol de la tarde se filtraba por los finos visillos convirtiendo su cabello en hilos dorados mientras esperaba a que Nell dejara de ir de un lado para otro para poder hacerle la pregunta correcta.

—¿Puede ayudarme? *Madame* Anastasia, mi hermano desapareció hace diez días tras asistir a una de sus sesiones de espiritismo.

—¡No me diga!

—¿Conoce a mi hermano, Timothy Kenton?

Nell ladeó la cabeza y sus ojos oscuros y taciturnos adoptaron una expresión más maternal. Se atusó un tirabuzón y dijo:

—No, no exactamente, querida. No conozco al joven, pero creo que nuestros caminos se cruzaron a este lado del velo mientras buscábamos...

—Así que ¿lo conoce? ¿Está segura de que era uno de sus clientes?

—Yo prefiero verlo como a uno de mis compañeros buscadores en vez de como a un cliente. Juntos intentamos penetrar en la oscuridad, darle voz a esos espíritus que han pasado al otro mundo pero que tienen un mensaje que darle a algún ser querido que sigue siendo frágil aquí, en el mundo terrenal.

Nell hablaba con la voz de una profesora de clases dominicales de catequesis, amable pero con un tono que traslucía convicción.

«Bien hecho, pequeña Nell».

—Por favor, cuénteme qué ocurrió aquella noche. ¿Estaba Timothy inquieto? ¿A qué hora se marchó? ¿Estaba solo o iba acompañado?

—Querida, siempre estamos acompañados; los espíritus rondan cerca, pero las personas están demasiado ajenas a ellos.

La señorita Kenton emitió un sonido áspero al resoplar.

—Quiero decir con otra persona.

«No la provoques, Nell. Dale algo».

Sin alterarse lo más mínimo, Nell pareció captar el pensamiento de Monty.

—Su hermano vino solo —le reveló a su visita—, pero parecía conocer a varios buscadores que estaban presentes en el círculo, otros dos jóvenes.

—¿Cómo se llamaban?

Nell emitió un gruñido muy poco femenino, una señal de desaprobación que le salía sin querer cuando la irritaban.

—Oh, jovencita, eso no puedo decírselo. —Nell consiguió sacar su mejor sonrisa beatífica—. Cualquiera persona que se adentra en una de mis sesiones de espiritismo lo hace con la convicción de que encontrará total confidencialidad. No puedo romper eso. Les doy mi palabra a esas almas necesitadas que vienen a mí.

—*Madame Anastasia*, mi hermano está desaparecido. Necesito saber dónde está. Le estoy pidiendo que me ayude.

Pronunció las palabras con tal desesperación que incluso Nell flaqueó y se sorprendió por la sonrisa amable que dibujó en su rostro. La pequeña habitación se volvió de repente aún más reducida y hubo una sensación de movimiento en aquel espacio concurrido.

«Maldita Nell y sus espíritus».

Monty movió la mano en el aire, por si uno de ellos había pasado demasiado cerca. Nell pensaba que sabía todo lo que había que saber sobre la muerte y nadie iba a poder convencerla de lo contrario, pero Monty creía en la vida y no le importaban aquel tipo de paparruchas. Este dio un paso adelante, ya casi molesto por la situación.

—Dígase los.

Nell lo miró desafiante y concluyó malhumorada:

—Un solo nombre: el doctor Scott estaba presente.

—El doctor Scott —repitió la señorita Kenton, pero girando la cabeza hacia él, no hacia Nell—. ¿Quién es?

Monty ignoró la pregunta.

—Cuéntele qué ocurrió en la sesión.

Los ojos azules de la señorita Kenton se abrieron mucho más unos instantes, y después, se entrecerraron. Monty se dio cuenta de que no se fiaba de él. ¿Por qué debería hacerlo? Ella ya había cambiado su centro de atención de nuevo a Nell y Monty percibió con claridad que estaba dispuesta a sacarle toda la verdad a la médium. Sin embargo, la verdad siempre es un banquete variable y Nell era una experta en cocinar su propia versión de ella, aderezada con los susurros que la incordiaban todo el día.

—Cuénteme qué ocurrió en la sesión —dijo la señorita Kenton con las manos posadas sobre la mesa frente a las de Nell, lista para agarrar las palabras de la médium en cuanto salieran por su boca.

Nell cerró los ojos e inspiró profundamente. Entonces, se hizo el silencio. El reloj de la repisa de la chimenea dejó de marcar los segundos, la madera vieja ya no crujía y el viento no rozaba los cristales de las ventanas. Era un silencio tan vacío como su

cuenta bancaria. Monty aguardó pacientemente, acostumbrado ya a las tretas de Nell, pero la joven le lanzó una mirada urgente, repleta de descontento. Estaba dispuesta a agarrar a Nell por el cuello y arrancarle las palabras una a una si antes no salían solas. Tosió como advertencia.

—Un hombre mayor se acercó a mí por medio de mi guía espiritual —murmuró Nell de inmediato. Su voz sonaba distinta, más joven y amable—. Quería hablar con su hermano, Timothy Kenton, pero... —Abrió los ojos repentinamente y miró de frente a la joven que tenía delante—. Pero no lo consiguió. Su hermano rompió el contacto. Sentí el dolor del señor mayor, afilado como los dientes de una serpiente, y oí sus lágrimas caer.

La señorita Kenton no movió un solo músculo.

—Cuénteme, ¿qué ocurrió?

—Está todo muy borroso, querida.

«Sigue así, Nell».

—Su hermano se puso nervioso e inquieto, rompió el círculo, perdiendo así el contacto, y se dirigió hacia la puerta muy resuelto.

—¿Cree que se encontraba mal?

—No, creo que estaba asustado.

Se oyó un sonido ahogado de incredulidad.

—¿Asustado de qué?

—De lo que había en su cabeza, de lo que los espíritus le estaban contando.

El silencio volvió a abrirse paso en la estancia, esta vez crispado e implacable.

«Entonces, ¿qué pasó después, Nell?».

La señora se inclinó hacia adelante y posó sus manos sobre las de la señorita Kenton, atrapándolas bajo sus palmas.

—¿Quiere que busque a su hermano en el más allá?

—¡No! —Ira, rabia—. Timothy no está muerto.

—¿Tiene algo que le perteneciera? ¿Algo que pudiera sostener mientras...?

—¡No! —Apartó las manos con brusquedad.

Nell se encogió de hombros. Estaba penetrando bajo la piel de aquella joven, agitándola.

«¡Ya basta!».

Monty iba de un lado para otro delante del piano.

—Cuénteles a la señorita Kenton qué ocurrió después —dijo abruptamente—. ¿Volvió a verlo después de eso?

Las mejillas de Nell estaban sonrosadas y negó con la cabeza.

—Pero sí lo oí, estaba en el recibidor y se quejaba en voz alta de que aquello no era lo que esperaba, de que... —Dudó y, por un instante, Monty pensó que había olvidado su guion, pero continuó con una expresión de pesar muy convincente—. Gritó que se iba a casa.

—¿Oyó usted a Timothy, *Sir Montague*? ¿En el recibidor?

—No, no lo oí. Estaba muy a gusto en la calidez de la cocina. Pregunte a Coriolanus.

Los párpados de Nell titilaron unos segundos, revelando su inseguridad.

—Entonces oí el sonido del motor de un coche al arrancar en el camino —insistió Nell— y se marchó. Para ser honesta, me alegré de verlo marcharse, joven. Había arruinado mi sesión de espiritismo y eso no le hace ningún favor a mi reputación.

«Mejor, mucho mejor, Nell».

—¿No fue tras él —preguntó la señorita Kenton— para ver si estaba bien?

—No. Ya tenía bastante de que ocuparme con mantener la paz con mis otros buscadores. Los espíritus gemían por la casa, dirigiendo alaridos a mis oídos, hasta que ya no pude soportarlo más y tuve que dar la sesión por terminada. —Expresó la última idea con pesar, como si le provocara dolor físico.

—¿Se marcharon todos?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo después que mi hermano?

—Una media hora, supongo, sobre las diez y media.

—Y ese tal doctor Scott, ¿también se fue?

—Sí, claro.

—¿Dónde podría encontrarlo?

Nell cerró los ojos y se negó a contestar. Monty observó cómo la expresión de la señorita Kenton se volvía obstinada, aunque tranquila. No estaba yendo a ningún lado con aquello. Monty emitió un suspiro de irritación, pero fue hasta el sofá que había junto a Nell y se sentó en él.

—Señorita Kenton, yo conozco al doctor Scott. —Vio cómo la esperanza se encendía de nuevo en su rostro y cómo, por un instante, olvidaba que no debía fiarse de él—. Siempre va a Northumberland a pasar el fin de semana en esta época del año para cazar su habitual partida de urogallos, pero volverá para estar en su club el lunes por la noche.

—¿Me puede dar la dirección?

—Haré algo mejor. La llevaré a desayunar el martes por la mañana y así los presentaré yo mismo.

La sonrisa de gratitud que la señorita Kenton le dedicó no consiguió desatar los nudos que tenía en el estómago, sino que los ajustó aún más.

—Han montado un buen espectáculo para mí entre usted y su *Madame* Anastasia.

—¿Cómo dice? —Monty giró la cabeza para mirarla, y comprobó que observaba fijamente la carretera a través del parabrisas.

—Usted y *Madame* Anastasia.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo es normalmente? Supongo que más dramática e impredecible. ¿Fue idea de ella o suya que representara el papel de figura maternal? Para mantenerme tranquila, supongo.

Monty sintió algo punzante bajo la costilla: el reconocimiento de su fracaso, no una sensación que le preocupara.

—Escúcheme, señorita Kenton. Únicamente queríamos que supiera que su hermano salió de mi casa por su propio pie y que, probablemente, esté tomándose un café en un hotel de Londres con su encantadora acompañante femenina. Esa es la razón más común por la que los jóvenes desaparecen. —Hizo una pausa; volvió a contemplar su perfil, pero este no le revelaba nada—. ¿Cómo ha sabido que era un teatro? Ha estado realmente bien.

—Por los pequeños detalles —dijo, encogiéndose de hombros—. Los zapatos le quedaban grandes, la falda no era suya, ya que tenía pelos de perro, la tapicería del sofá era demasiado nueva, como si normalmente estuviera cubierta por otra tela... Me imagino algo más colorido... Y no paraba de tocarse el pelo, así que supongo que no es su peinado habitual. Y, por supuesto, las gafas.

—¿Qué le pasaba a las gafas?

—Eran de cristal normal, sin graduación.

Monty dejó escapar abiertamente una gran risotada.

—Sherlock Holmes no lo habría hecho mejor. Qué observadora es, señorita Kenton. Estoy realmente impresionado.

Por primera vez desde que habían salido de la casa, ella sonrió. No mucho, una sonrisa leve e interiorizada, pero al menos era una muestra de que era humana, no solo un perro de caza que va tras el rastro de la sangre.

Monty giró el volante y entró en el camino de Chamford Court. Como siempre, el corazón se le aceleró de placer. El día se había vuelto gris y una tanda de nubes hoscas amenazaba con descargar, pero aun así la visión de la vieja casa le provocó ese vuelco en el corazón.

«Maldito lugar, ¡al infierno!».

Lo tenía preso como un vicio inconfesable.

Apartó la vista de la casa mientras aceleraba para subir la colina y contemplar aquel rostro solemne que tenía junto a él. Apenas había hablado durante la mayor parte del viaje de vuelta y, mientras conducía, su mente divagaba sobre qué hacer con los campos del ala este; el señor Grainger, su capataz del estado, le había asegurado que se inundarían de nuevo aquel invierno si no metía las tuberías rápido. Pero salió de su ensimismamiento al darse cuenta de que las mejillas de la señorita Kenton estaban pálidas y de que llevaba las manos apretadas sobre el regazo.

—Debe de quererlo mucho —dijo Monty de repente— a ese hermano suyo.

Ella se giró hacia él con sus ojos azules colmados de una emoción oscura que no conseguía descifrar, pero su tono de voz fue comedido y tranquilo.

—Debe de quererla mucho —repitió— a esa casa suya, para hacer lo que hace.

Para hacer lo que hace. Tuvo un *flash* repentino de la visión del peso del cuerpo flácido de Timothy Kenton sobre su hombro mientras lo cargaba bajo la lluvia, con sus rizos dorados apelmazados formando manchas oscuras sobre su rostro.

—Sí —contestó Monty con tono pausado—, sí. Quiero muchísimo a este lugar.

La luz se apagaba; el día estaba llegando a su fin, ofreciendo sus últimos fragmentos antes de ser engullido por la noche. Jessie estaba sentada junto a la ventana dibujando, dejando que su lápiz hiciera las veces de su mente, pero con el peso muerto de la decepción sobre su pecho.

«¿Quién eres?».

El rostro medio formado de su papel le devolvía la mirada, pero no le daba respuestas. Con cada toque de lápiz se convertía más en una presencia en la habitación.

«Me gusta el modo en que ladeas caballerosamente la cabeza cuando me hablas; me gusta el modo en que tus largas manos sujetan el volante, como si fuerais viejos amigos».

Esbozó una oreja, delicadamente adherida a la cabeza, y un mechón de pelo cayendo sobre su elevada frente.

«No me gusta el modo en que me mientes; no me gusta el modo en que te confabulas para engañarme».

El lápiz dibujó una sombra bajo el hueco de la mejilla y los ojos, magullándolos. Era con sus ojos con lo que más problemas estaba teniendo. Eran inquisitivos, pero cautos al mismo tiempo. Reservados, pero amigables. Dos personas en una, ocultándole secretos.

«¿Quién eres? ¿Hasta qué punto estás involucrado?».

—¿Quién es ese?

La voz de su compañera la cogió por sorpresa y la devolvió al mundo real. Siempre le pasaba lo mismo cuando dibujaba; entraba en una vida distinta, una realidad alterada, y le costaba unos instantes y respirar bien hondo volver a su apartamento en Putney.

—Se supone que es *Sir* Montague Chamford.

—Ah, pues me gusta su sonrisa.

Tabitha se inclinó sobre el dibujo y recorrió la boca con el dedo, dibujando la curva de los labios que la invitaban a reírse del mundo junto a él.

—Es un hombre de muchas y muy distintas sonrisas —murmuró Jessie.

Tabitha la empujó suavemente con el codo, incordiándola a modo de broma en el brazo con el que Jessie pintaba.

—Estás leyendo demasiado en este rostro, Jess. No es más que una persona amable intentando serlo.

—¿Tú crees?

—Sí. Seguramente solo esté intentando ayudar. Es lo que le corresponde a los caballeros de su casta, socorrer a las damiselas en apuros. Los caballeros de brillante armadura y ese tipo de paparruchas... Generaciones de caballeros sobre blancos corceles.

«¿Es cierto? ¿Es eso lo que estás haciendo?».

Tabitha se apartó y se dejó caer en el sillón con un gruñido rotundo.

—Por lo menos eso es lo que pienso yo.

Jessie se subió al brazo del sillón.

—¿Qué pasa, ángel mío? ¿Qué te preocupa?

Tabitha se acarició la densa melena oscura con la mano que tenía libre, como si pudiera desenmarañar sus pensamientos, y Jessie se acercó más a ella.

—¿Algún problema con Nathan?

Nathan era un miembro de la banda con el que Tabitha solía tener algún enfrentamiento que otro de vez en cuando.

—No. —Se encogió de hombros desesperanzada—. Oh, Jess, es que a veces no me gusto a mí misma; no soporto estar en mi propia piel.

—Bueno, solo para que quede claro —dijo Jessie con firmeza—, a mí sí me gustas, Tabitha Mornay.

Pasó un minuto completo hasta que los ojos de su amiga se entreabrieron.

—¿Me dibujas? —le dijo en voz baja.

—Estaba deseando que me lo pidieras —dijo Jessie, mintiendo, pero con una sonrisa; había sido un día agotador.

Cogió el bloc de dibujo y desechó el boceto anterior mientras la joven música se colocaba artificialmente en el sillón, con la bata resbalando por un hombro, la pierna sobre el brazo del asiento y la larga melena cayéndole por el costado como un río de tinta. Jessie comenzó a pintar. Bajo la cama de Tabitha ya había un montón de retratos de ella a lápiz y carboncillo que Jessie había realizado a lo largo de los años, y este sería uno más que añadir a la ya existente pila polvorienta. Era como si Tabitha temiera dejar de existir sin esos dibujos, que pudiera olvidarse de quién era.

¿Es eso lo que le pasó a Tim? ¿Realmente se marchó por su propio deseo, olvidándose de quién era e ignorando cuánto podrían preocuparse los demás por él?

«¿Estás liberado, Tim? ¿Liberado de nosotros? ¿Era eso lo que querías?».

Jessie echó un vistazo al boceto del hombre que había sido amable con ella aquel día y de repente tuvo una idea que la hizo estremecerse. Era una idea peligrosa.

«¿Y si... —dejó que el pensamiento se expandiera en su mente— y si cogiera el lápiz y tachara todo el retrato, lo cubriera con una capa de grafito gris hasta que no pudiera respirar ninguna de las partes del dibujo...? ¿Dejaría de existir como lo hizo Georgie?».

Jessie llegó temprano; así le gustaba hacerlo, apreciaba la puntualidad. La había heredado de su padre y, aunque tuviera que admitir que no era una de sus cualidades más atractivas, no podía desprenderse de ella. Caminaba por la acera del exterior del Cockington Club mientras esperaba a que apareciera *Sir Montague Chamford*; se lo imaginaba conduciendo a toda prisa hacia la ciudad por no haber salido con tiempo, en medio del tráfico de Hammersmith y completamente indiferente al minuterero de su reloj de bolsillo de oro. Probablemente eso también había pertenecido a su padre.

Aquella parte de Londres junto al bulevar era tranquila a esas horas tan tempranas; sus residentes aún estarían engullendo su arroz con pescado y huevos duros y digiriendo el periódico *The Times*. Era una avenida de bonitos edificios color crema y plataneros moteados de hojas que se tornaban doradas y cubrían las piedras del suelo con un manto que amortiguaba el sonido de las pisadas. Pasó lentamente una furgoneta de Harrods y un señor con chistera y bigotes bajó los escalones del Cockington Club con determinación y balanceando su bastón. Una señora que paseaba a su perrito caminaba elegantemente por la acera de enfrente.

El cielo no se decidía entre tomar el tono rosado o el grisáceo, así que jugaba con vetas de ambos colores, y el aire de la mañana sabía a su habitual hollín, que se hacía arenoso entre los dientes de Jessie. Estudió la calle en ambas direcciones, deseosa de que apareciera su acompañante. El portero le había informado con condescendencia de que a las mujeres solo les estaba permitido entrar en el club si iban acompañadas por hombres, así que allí estaba, con los pies fríos en la acera en su intento por aventajar a *Sir Montague Chamford* y frustrar sus planes. Sin embargo, en la cabeza de Jessie sonaba todo el tiempo un reloj marcando los segundos; sabía que cada minuto perdido podía ser vital para Tim.

En algún lugar sonó un reloj de iglesia que marcaba las ocho.

—¿Lista para desayunar? Espero que esté hambrienta.

Jessie se giró súbitamente y vio a *Sir Montague Chamford* en el escalón superior de la entrada del club; acababa de salir del interior del lugar. Estaba impecable con un estiloso traje de raya diplomática y chaleco, el cabello castaño peinado elegantemente, la cadena del reloj asomando por el pecho y unos zapatos negros pulidos hasta parecer espejos. No era el *Sir Montague Chamford* con quien había compartido coche el día anterior, ni aquel al que había encontrado metido en faena con las malas hierbas dos días atrás. Este día su sonrisa era refinada y distinguida, y Jessie se quedó impresionada. A aquel hombre no iba a ser tan fácil reducirlo.

Alargó la mano para saludarlo.

—Buenos días.

Él la aceptó con un apretón firme pero lo alargó unos instantes más de lo normal, como si estuviera verificando su fuerza. Jessie tuvo la horrible sensación de que el

hombre llevaba observándola desde aquel escalón más tiempo del que había pensado en un principio, y al hacerlo le había ganado la mano de un modo casi siniestro.

—¿Está el doctor Scott? —le preguntó inmediatamente.

—Efectivamente. Venga y únase a nosotros en el desayuno.

«¿A nosotros? ¿Ya han estado intercambiando historias con unas tostadas y un café por delante?».

Jessie entró tras él en el club y atravesó un paisaje de oscuras paredes revestidas de roble y sillones de piel, con un aroma a cera de abeja incapaz de enmascarar el olor a humo de tabaco que emanaba de cada poro del lugar. No obstante, a Jessie le gustaba la tranquilidad de aquel sitio, la sensación de calma que impregnaba cada sala, con el único sonido de los murmullos de los caballeros y el tintineo de la porcelana que se oía al entrar en el gran salón del desayuno. Entendió por qué iban los hombres allí, con sus chalecos y sus cigarros y sus reglas de comportamiento.

—Señorita Kenton, permítame presentarle al doctor Scott.

Un hombre regordete que estaba sentado en una de las mesas se puso de pie, se quitó la servilleta que llevaba metida en el cuello de la camisa de esmoquin e inclinó la cabeza educadamente. Era de altura media y desprendía una pulcritud que inspiraba confianza al instante. Jessie se lo imaginó perfectamente como doctor, disipando los miedos de sus pacientes. Llevaba el cabello plateado peinado hacia ambos lados por medio de una raya perfecta que dejaba al descubierto el cuero cabelludo rosado, y una barba de chivo que resaltaba sus facciones suaves. Tenía las mejillas rubicundas, como si hubiera tenido que soportar fríos vientos en su fin de semana de caza, o quizás debido a un exceso de *brandies* la noche anterior. Se dieron la mano y le ofreció asiento a Jessie junto a él con una sonrisa amable.

—Así que usted es la joven que ha perdido a su hermano. Se ha desvanecido —dijo, negando con la cabeza—. Qué insólito.

Jessie sintió una inesperada sensación de alivio en el pecho porque alguien pensara que era insólito en lugar de verlo como una escapada normal de cualquier joven al que se le antoje, y sonrió a aquel doctor Scott.

—Sí, es insólito.

—Debe de estar muy preocupada.

—Lo estoy. Por eso necesito hablar con usted.

El hombre apartó el plato con los restos de huevos revueltos e inmediatamente apareció un camarero a su lado, pero Jessie rechazó la oferta de un desayuno completo.

—Solo café, por favor. —Se volvió hacia el doctor Scott—. Usted estuvo con mi hermano en la sesión de espiritismo de Chamford Court, ¿no es así?

—Sí, así es.

El caballero no parpadeó ni apartó la mirada. No estaba avergonzado de haber sido uno de los buscadores de *Madame Anastasia*.

—¿Puede contarme qué ocurrió?

—Claro. —Dio unos toquecitos con el dedo en el mantel immaculado, como organizando los pensamientos—. Nos sentamos todos en círculo tocándonos las manos y *Madame Anastasia* recibió, por medio de su joven guía espiritual, la visita de un hombre mayor que quería contactar con su hijo. Hubo la parafernalia habitual de las velas titilando, los golpes en la puerta, y resultó que el nombre del tal hijo comenzaba por la letra K.

—¿Kenton? —Jessie sintió un escalofrío por la espalda.

—Bueno, eso es lo extraño. Su hermano parecía estar convencido de que esa letra era por alguien llamado Kingsley.

—¿Kingsley?

—¿Conoce a algún Kingsley?

Jessie se reclinó en la silla impresionada. ¿De eso iba la obsesión de Tim con las sesiones de espiritismo? ¿Una búsqueda alocada del padre de Kingsley?

—Señorita Kenton, ¿se encuentra bien?

Las pausadas palabras venían de *Sir Montague*, que estaba sentado frente a ella. Daba pequeños sorbos a un Earl Grey y fumaba un cigarrillo, al tiempo que la observaba a través del humo. Nunca antes lo había visto fumar, así que supuso que debía de ser un hábito londinense.

—Sí, estoy bien. —Pero no lo estaba—. Kingsley era el hijo de *Sir Arthur Conan Doyle* —les contó—. Murió durante la guerra, tras lo cual *Sir Arthur* afirmó estar constantemente en contacto con su espíritu.

—¿No escribió Conan Doyle un libro sobre espiritismo? —preguntó *Sir Montague*.

—Sí. Era un creyente acérrimo en los espíritus y siempre aseguró que contactaría con los vivos cuando pasara al otro mundo. Murió hace unos tres años y hay muchas personas que dicen contactar con él con regularidad.

—Pero no *Madame Anastasia* —señaló *Sir Montague*.

Jessie no hizo ningún comentario, sino que miró alrededor. Era la única mujer de la sala; las mesas estaban llenas de hombres con trajes y corbatas que privaban a la estancia de color. Junto a la ventana reconoció a uno de los ministros del Gobierno de coalición de Ramsay MacDonald, enfrascado en una conversación con un hombre corpulento con actitud de hastío y un puro entre los dedos a esa hora temprana de la mañana. Un banquero, quizás, o el editor de algún periódico. Se imaginaba a hombres como aquellos en lugares parecidos por todo Londres, tomando las decisiones que más tarde se confirmarían en el Parlamento. Pero ¿dónde estaban las mujeres?

—¿Habló Timothy con usted? —preguntó Jessie, volviéndose hacia el doctor Scott.

—Sí, querida, lo hizo. —Abrió mucho los brazos, casi dejando caer la jarra de leche que había sobre la mesa—. Cuando estábamos todos unidos en el círculo de poder, pude sentir la tensión del chico. Le temblaban las manos.

Jessie intentó imaginárselo, sentir lo que Tim sintió, pero no lo consiguió. ¿Cómo

podía ser Tim tan crédulo?

—¿Qué dijo?

—Dijo algo muy raro. Murmuró que aquello era más difícil que escalar.

—¡Escalar!

El doctor Scott se mostró incómodo ante la reacción explosiva de Jessie en aquella atmósfera apagada de la sala.

—Las palabras exactas de su hermano fueron: «Esto es mucho peor que la escalada que voy a hacer mañana».

—¿Escalada? No tiene sentido. ¿Por qué haría eso? —Jessie cogió la taza y dio un sorbo con una mano que podía pasar por tranquila—. Ya he llamado a todos los hospitales de Londres —les dijo pausadamente—. Y no hay datos de él.

—Bueno, eso es buena señal —dijo *Sir* Montague, y apagó el cigarrillo.

—¿Ha hablado con la Policía? —preguntó el doctor Scott acariciándose la barba de chivo con actitud pensativa.

—Lo hizo mi padre, y no se interesaron por el tema.

—Quizás estén en lo cierto —dijo Chamford, y levantó la ceja mirando a Jessie.

—Lo siento, pero creo que la Policía debería preocuparse más de lo que lo hace —le contestó ella más educadamente.

—Claro, es comprensible que piense eso. Pero intente verlo como una buena señal por parte de la Policía, desde su experiencia, y confíe en que su hermano vuelva sano y salvo.

—Espero que esté en lo cierto.

Soltó la taza y se volvió hacia el doctor Scott.

—¿Dijo, por casualidad, dónde iba a escalar?

—No, no me lo dijo. Qué mala suerte todo este asunto, ¿verdad, amigo?

Con uno de esos desconcertantes momentos de visión interior, Jessie se dio cuenta de que aquella cita no estaba saliendo bien para ninguno de los asistentes.

—¿Oyó algún ruido de mi hermano después de que saliera de la sala?

El doctor Scott frunció el ceño.

—Creo que oí el sonido de un coche al arrancar, pero eso es todo.

—¿Nada que proviniera del recibidor?

—No.

—¿Qué ocurrió en la sala de la sesión tras todo aquello?

—La gente estaba molesta. La médium se encontraba clara y comprensivamente importunada. Intentó seguir adelante, pero no funcionó.

—¿Los demás buscadores pensaron que el comportamiento de Tim había sido extraño?

—Claro que sí. Uno de los jóvenes asistentes dijo que había visto a su hermano en sesiones anteriores y que nunca se había comportado así.

—¿Sabe su nombre?

—No, no lo había visto nunca antes.

A Jessie le extrañó lo complaciente que estaba siendo aquel desconocido y lo paciente que era con ella.

—Joven señorita, si sigue mirándome de ese modo me convertiré en una calabaza o algo por el estilo.

Jessie parpadeó; se dio cuenta de que estaba sentada en silencio como una idiota mirando a aquel hombre y se sonrojó.

—Lo siento, doctor Scott. Estaba pensando en lo que me acaba de contar.

—Siento no poder ayudarla más. Ahora —sacudió la servilleta de tela— déjeme que le ofrezca un poco de esta excelente mermelada de naranja. Es casera, la hace el club, ¿sabe?

Hubo una pausa durante la cual *Sir Montague* se inclinó con la expresión alerta y precavida.

—Creo que la señorita Kenton no está satisfecha con la cita, debo decir.

«Ya basta», pensó *Sir Montague*.

Jessie se puso repentinamente de pie y ambos hombres se quedaron mirándola, asombrados por la reacción.

—No se va, ¿verdad, señorita Kenton? —dijo el doctor Scott.

—Me temo que tengo que ir a trabajar. Gracias por su tiempo y por su ayuda. Ahora les dejo que disfruten de su desayuno en compañía.

Les sonrió y les dio la mano a ambos.

Para su sorpresa, el doctor Scott envolvió con sus manos las de Jessie con fuerza, como si intentara aferrarse a ellas. Sus ojos examinaron el rostro de la joven, su cabello, su vestido de lana de color gris pálido con botones plateados y el cuello en un tono naranja vivo.

—Ahora es mi turno de hacer una pregunta —dijo—, si me lo permite.

Ella asintió, sorprendida por la fuerza que ejercían sus dedos.

—¿Su padre está muerto?

—No, no, está vivito y coleando, vive en Kent.

—Entonces, ¿por qué su hermano pensaba que su difunto padre era quién estaba presente en la sesión de espiritismo?

Aquello no se lo había planteado Jessie. Tim era adoptado y fue como si de repente se tratara de un pequeño traidor, desvelándose como un extraño.

—Así que quiere encontrar a su padre biológico.

Jessie se estremeció ante la duda.

—No —dijo—, nunca antes lo ha mencionado.

Hubo otra pausa incómoda y entonces el leve sonido de la sala se hizo más significativo.

—Una cosa más —dijo con suavidad el doctor Scott—, algo que sigue inquietándome. Aquella noche, justo antes, la espléndida *Madame Anastasia* había hecho su gran entrada triunfal y su hermano estaba sentado con los ojos cerrados, murmurando cuatro nombres.

Se detuvo en ese punto del relato.

—McPherson, Hatherley, Hosmer y Phelps. ¿Le dicen algo? —Seguía teniendo las manos de Jessie atrapadas entre las suyas.

—No. —Jessie mantenía la mirada inocente sobre él—. No, nada en absoluto. Pero ahora debo irme. Gracias por su ayuda, doctor Scott.

El caballero permaneció sentado por un instante que se percibió incómodo antes de recomponerse, sonreírle y, finalmente, soltarle las manos.

—Le deseo lo mejor en su búsqueda de Tim, señorita Kenton. Hágame saber qué ocurre; siempre puede hacerlo dejándome una nota aquí, en el club.

—Gracias, lo haré.

Se giró para despedirse de *Sir* Montague, pero él ya estaba de pie y apartándose de la mesa.

—La acompañaré hasta la estación de metro —dijo.

En el exterior, las hojas de los árboles se esparcían por las aceras de Saint James's Square como manos húmedas que se aferraban a los tobillos de los paseantes. Jessie caminaba a paso rápido, con la cabeza baja y en medio de un remolino de ideas.

Alguien mentía.

Todo estaba mal. ¿Por qué pensaría Tim que *Sir* Arthur Conan Doyle querría contactar con su hijo en el mundo terrenal cuando sabía perfectamente que Kingsley había muerto hacía tiempo? ¿Por qué habría decidido ir a escalar? ¿Por qué murmuraría en voz alta los nombres de los cuatro personajes de las historias de Sherlock Holmes? McPherson, Hatherley, Hosmer y Phelps, como si se tratara de un conjuro. ¿Sería para invocar al espíritu de Conan Doyle? Pero entonces se había levantado mostrándose claramente incómodo y se había ido de allí.

Nada de aquello tenía sentido, por muchas vueltas que le diera.

—¿Señorita Kenton?

Esta levantó la cabeza. En aquel momento iba descendiendo los amplios escalones del paseo y las nubes se arremolinaban grises y bochornosas sobre ellos; parecían presionarla, atrapar sus pensamientos en el interior del cráneo. Fue entonces cuando volvió a percatarse repentinamente de la presencia de la figura esbelta que la acompañaba. Se detuvo abruptamente y él tuvo que retroceder varios pasos para ponerse a su altura. Jessie volvía a sentirse impactada por el cambio que había experimentado el joven en Londres, con una elegancia que lo rodeaba y cubría como su traje.

—*Sir* Montague...

—Por favor, llámeme Monty. El *Sir* no hace más que enturbiar lo demás, como los paraguas —dijo con una sonrisa afable.

Jessie apartó la mirada de *Sir* Montague para observar el tráfico incesante del bulvar, como si la visión de los taxis libres y del autobús con el anuncio de Bovril pudiera devolverle la mente a la vida normal, con la que parecía haber perdido

contacto en los últimos cinco días.

—Monty, ¿qué fue lo que ocurrió allí?

—¿Qué quiere decir?

Ella lo miró con dureza y él tuvo la delicadeza de dejar de fingir que no la comprendía.

—Señorita Kenton, estamos intentando ayudarla, no engañarla. Le aseguro que el doctor Scott es de fiar; fue honesto con usted sobre lo que ocurrió con su hermano. — Hablaba en voz baja y Jessie tenía que concentrarse mucho para conseguir oírlo entre el ruido—. ¿Por qué no iba a serlo? No ganaría nada con ello.

Jessie se acercó a él más de lo que el decoro permitía.

—¿Y usted, Monty, está siendo honesto conmigo? —le preguntó directamente—. ¿Tiene algo que ganar?

En lugar de contestarle, le cogió la mano y se la pasó por el brazo mientras bajaban los escalones, obligándola una vez más a ir a su ritmo, y Jessie amplió la zancada para poder seguirlo.

—Veo que su hermano significa mucho para usted —dijo.

«No tiene ni idea de lo que significa mi hermano para mí. No tiene ni idea de que perder a Timothy es como perder una parte de mí».

Pasaron bajo el arco que daba a Trafalgar Square y ella no hizo nada por apartar la mano del agarre de *Sir* Montague.

—Estoy siendo sincero con usted, señorita Kenton, por favor, no dude de mí. Si en algún momento pareciera... —chasqueó los dedos— dudoso, es porque siento el gran peso de la responsabilidad de esa sesión de espiritismo sobre mis hombros. Y siento mucho las payasadas con *Madame* Anastasia. Lamento... —Se le fue apagando la voz.

Jessie giró la cabeza y clavó la mirada en el fino rostro de mejillas pronunciadas de su acompañante, con la sensación de que iba a recibir algo más sólido por su parte. Sin embargo, lo que percibió fue que frunció el ceño, obviamente incómodo y alerta como un perro de caza, cuando le llamó la atención algún movimiento extraño más allá de la grandiosa piedra del Arco del Almirantazgo. Los ruidos se filtraban por él: voces altas, gritos... Desde algún lugar llegó el sonido de un fuerte crujido repentino, como si fueran huesos partiéndose, y Jessie notó cómo el corazón se le colocaba en la garganta.

Monty olía la sangre, percibía el miedo, espeso como la grasa, en medio del viento y los gritos que provenían de la plaza que los precedía, y agarró con más fuerza a Jessie con los dedos.

—Quizás deberíamos retirarnos —sugirió, como si nada—. Hombre precavido vale por dos y todo eso, ¿no cree?

Monty lo vio, vio la chispa de desacuerdo en sus ojos, y supo lo que estaba pensando: «¿Este es el hombre cuyos antepasados han ido a la batalla sin el más mínimo temor y liderando a los suyos, arrojando la precaución bajo los cascos agresivos de sus caballos? ¿Retirarse? Esa palabra no formaría parte del vocabulario de sus ancestros».

Pero volvió a decirlo, con más firmeza esta vez.

—Deberíamos retirarnos.

Era obvio que solo podía haber una razón aquel día de entre todos los demás para que hubiera sangre y miedo fuera de los tranquilos pilares de la National Gallery de Trafalgar Square, y sabía que no debía involucrarse. Sin embargo, sintió el desdén de Jessie como la fina punta de una fusta contra su piel, y se sonrojó.

Ella siguió caminando.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

—Debe de ser una manifestación, por cómo suena.

—¡Claro! Son los manifestantes. Llegaban hoy a Londres para protestar contra el control de las ayudas. Tiene que haber oído hablar de ellos; son miles y vienen desde el norte y desde Gales para proclamar su descontento. Van a presentar una petición con mil firmas para...

—Lo sé. Esos pobres diablos lo tienen realmente difícil.

Jessie apresuró el paso, tirando de él.

—Con más razón para animarlos y apoyarlos al pasar. Bien sabe Dios que lo necesitan.

—No, señorita Kenton. —La detuvo en seco.

Ella intentó liberarse de Monty, pero este tenía su brazo bien sujeto y podía sentir cómo aumentaba el calor en ella.

—Vendrán del mitin en Hyde Park —le dijo Monty con calma— y tendrán las emociones a flor de piel. No es buena idea. La policía va a...

—Venga, hasta usted debería querer mostrarle a la Policía que lo que está haciendo el Gobierno de Ramsay MacDonald con los desempleados no está bien. Tiene que revocar...

Se detuvo en seco al oír un sonido fuerte como las olas al romper en una playa de guijarros, discordante y fuera de lugar en medio de aquella avenida arbolada desde Buckingham Palace, un sonido que atravesó el gran arco.

—¡Cascos de caballos! Están cargando —gritó Monty.

Ambos salieron corriendo hacia Trafalgar Square, pero tuvieron que detenerse de repente ante la escena que se desplegó frente a ellos. Era un campo de batalla. Por Dios bendito, se había abierto un abismo en el mismísimo corazón de Londres. El jefe de la Policía Metropolitana debía de haber perdido la cabeza.

Había cientos de hombres corriendo con sus pesadas botas y finas chaquetas, con el pánico visible en los ojos y la ira en sus voces; se filtraban por los espacios abiertos y se aferraban a los plintos de los cuatro leones de piedra que hacían guardia junto a la columna de Nelson. Monty oía los llantos y gritos desesperados retumbar en la plaza mientras las oleadas de palomas grises revoloteaban sobre sus cabezas al espantarse. Usaban barras de metal como armas contra cualquier cosa que estuviera a la mano: unos tiraban las piedras de los bordillos y botellas por el aire, mientras otros hombretones hechos y derechos abandonaban sus pancartas y su protesta y se arrojaban a la fuente para intentar escapar de la batalla campal.

Todos intentaban huir, estaban desesperados por evitar el oscuro muro de uniformes de policía que los conducía desde un lado de la plaza hasta el opuesto. A Monty le latía el corazón frenéticamente en el pecho mientras los caballos de la policía cargaban contra los hombres de a pie una y otra vez, resbalando y haciendo saltar chispas con sus cascos. Las porras iban y venían también, trozos de madera sólida a la búsqueda de huesos, y atentaban contra las cabezas y espaldas e impactaban en los hombros y pechos de los hombres, que gritaban de pánico como cerdos mientras les hacían añicos los codos.

Era obsceno.

¿Cómo podía permitir *Sir John Gilmour* como ministro del Interior tal respuesta? Setenta mil agentes de la Policía de Londres convocados a controlar a los manifestantes. Aquello le revolvió las tripas a Monty y le hizo sentirse avergonzado; avergonzado de Gran Bretaña, de su maldito Gobierno y sus leyes brutales. Vio a un hombre con gabardina detenerse entre el caos y arremeter contra uno de los agentes a pie, tirándole el casco al suelo e instando al resto de los protestantes a cargar contra él con el rostro poseído por la rabia. Sin embargo, uniformes azules lo agarraron, lo derribaron y lo arrastraron hasta las furgonetas negras de la policía que había aparcadas frente a la iglesia de Saint Martin-in-the-Fields.

Otro hombre corrió hacia donde estaban Monty y Jessie con la espalda pegada contra el arco de piedra. Llevaba en las manos una pancarta con un palo de madera y las palabras que mostraba pintadas en color rojo vivo: ¡DEFENDED LA UNIÓN SOVIÉTICA! Echó un vistazo a los zapatos y el traje de Monty, cogió impulso con la pancarta y la dirigió directamente a la cabeza de este. Él, sin embargo, pudo evitar el golpe casi sin esfuerzo —gracias a los años de boxeo en la escuela— y coger a la señorita Kenton, además de arrebatarse el palo de las manos al hombre. Estaba manchado de sangre —¿la sangre de quién?— y su dueño se desvaneció entre la multitud.

—¡Maldito comunista! —le gritó Monty, pero el ruido de alrededor amortiguó sus

palabras.

Estaba preocupado por la señorita Kenton, quien permanecía a su lado con la mirada oscurecida por la angustia y el miedo, la mano temblorosa bajo el brazo de él y el cuerpo completamente rígido, quizás por la impresión del terror que estaba viviendo o por la ira inquilina de su interior, Monty no habría sabido decir a qué se debía exactamente. Definitivamente, no era el momento de detenerse a averiguarlo, así que tiró la pancarta boca abajo al suelo.

—¡Salgamos de aquí! Hay que volver al paseo —dijo con urgencia—. ¡Corra!

Pero, en aquel mismo instante, una mano apareció de entre las personas que corrían junto a ellos y agarró a la señorita Kenton del hombro, y Monty consiguió soltarla.

—Jessie, ¿qué demonios haces aquí?

Jessie. Así que ese era su nombre. Como la glamurosa Jessica Mitford, con la que había salido a cenar hacía un mes.

—¡Archie!

Abrazó a la figura con aspecto de espantapájaros que tenía delante y la observó con detenimiento. Iba vestido con un mono de obrero y llevaba puesta una boina sobre los rizos pelirrojos, ligeramente ladeada. A pesar del frío viento, estaba sudando, y casi se le veían los huesos de la cara bajo la piel tirante. Oía como un obrero y vestía como un obrero, pero Monty supo con solo mirarlo que era todo falso, y fue esa certeza en lugar de la adrenalina que bombeaba por sus venas lo que volvió a acelerar el corazón de Monty al sentir el afecto de Jessie por aquel hombre.

—Archie, ¿qué ha pasado? Ven con nosotros, rápido. —Tiró con fuerza de la manga del hombre, pero este no se movió del sitio.

—Ese maldito Trenchard, ese cabrón nos ha mandado a sus jodidos perros.

Lord Trenchard era el jefe de la Policía Metropolitana, un hombre implacable de ideas fijas. Monty vio la ira en los ojos del joven y sus pupilas como dos enormes huecos en la cabeza.

—Como si fuéramos ratas a las que exterminar.

Tenía un moretón en la mandíbula y le caía sangre desde el cuero cabelludo. En la mano llevaba medio ladrillo con el borde manchado de sangre.

—Debo sacar a la señorita Kenton de aquí —dijo Monty con tono apremiante, pero Archie no se movió del sitio. No estaba dispuesto a salir de la plaza.

Monty reconoció la extinta sed insaciable de lucha que una vez había poseído, hasta que destrozó su vida.

—No hemos sido nosotros. —Archie negó con la cabeza—. Lo único que queríamos hacer era una marcha pacífica.

—¿Y qué hay de la petición? El millón de firmas —le preguntó rápidamente Jessie mientras seguía agarrando bien a su amigo, como si temiera dejarlo ir.

—¡Nos la han robado! —Archie escupió en el suelo; la sustancia era rosácea—. La maldita Policía nos la confiscó en Charing Cross. —Alargó el brazo, señalando a

los manifestantes que aún llegaban a la plaza con sus pancartas del Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados. Aquello se había convertido en un motín—. Cien mil trabajadores de Londres han salido para animarnos, pero míralos ahora. Este traidor del socialismo, MacDonald, ha vendido su alma al demonio *tory*, ha...

A unos cien metros, un hombre de pelo canoso y gafas y expresión de ira intentaba discutir con un agente que le estaba doblando el brazo por detrás de la espalda, pero ya era demasiado tarde para las palabras, que caían al suelo desoídas. El aire soplabla y bullía con violencia; se había convertido en lo único que circulaba en la plaza. El policía golpeó al hombre en la garganta con tal fuerza que este cayó sobre las rodillas mientras se agarraba el cuello.

—¡Davies! —gritó Archie.

Se arrojó a la multitud y abrió un camino hasta el hombre.

Monty vio cómo le daba un puñetazo al policía, pero no lo hizo en el momento más adecuado, ya que estaban llegando nuevos refuerzos a Trafalgar Square. Tres de estos hombres vieron el acto de Archie y arremetieron contra él, dándole una tanda de golpes con sus porras y derribándolo al suelo.

—¡No, no!

El grito provino de Jessie. «¡Al diablo!», pensó Monty, y dio una patada a un casco abollado que tenía a los pies. Aquella no era su lucha, aquellos no eran sus trabajadores o los habitantes de su población. Aquellos hombres no significaban nada para él, así que definitivamente aquella no era su responsabilidad. Ya llevaba sobre los hombros más que suficiente peso y ahora le pasaba esto... Vio a Jessie, pálida, comenzar a andar en dirección a Archie.

Monty la agarró y la empujó contra la pared.

—¡Quieta! ¡Aquí! —Hizo un gesto de molestia y, contra todo pronóstico debido a lo sensato que creía ser, se lanzó al hervidero de muchedumbre.

Empujó, arremetió contra la multitud y se abrió paso a codazos hasta llegar a donde Archie yacía en el suelo con las manos sobre la cara. La sangre había transformado su pelo y su camisa en un disfraz de payaso. Monty se arrodilló y cargó al muchacho laxo al hombro como si fuera uno de los sacos de patatas de su granja, maldiciendo entre dientes, reprochando la estupidez de Archie y la de Ramsay MacDonald, pero sobre todo la suya propia. De sus labios salían palabras obscenas tan aberrantes que consiguieron mantenerlo de pie incluso después de recibir un golpe de una porra en el brazo, que amortiguó. Siguió avanzando aun en ese momento.

Fue el caballo lo que consiguió derribarlo. La bestia se acercó, entró en pánico y se puso a dos patas. El casco de metal impactó contra la nuca de Monty y lo tiró al suelo.

«¡Joder!».

Lo único que veía eran pies y *flashes* de luz de lo que parecían pelotas de críquet sin serlo. Sentía como si el cerebro fuera una criatura extraña que crecía poco a poco

en el interior de su cráneo, pero consiguió saltar a su pasajero en algún lugar en el suelo; era hora de salir de allí. Acababa de ponerse de rodillas para levantarse cuando recibió el primer golpe en la espalda y gritó de dolor. Algo pareció estallar entre los omóplatos y, cuando consiguió erguirse dificultosamente, sus rodillas parecían haber desaparecido y haber sido sustituidas por gachas. Se tambaleó y parecía que la columna de Nelson se le estuviera viniendo encima.

De repente, un hombro pequeño se colocó debajo de su brazo y detuvo el mundo que giraba descontroladamente a su alrededor. Parpadeó y vio un rostro de color hueso y una masa de pelo dorado junto con unos ojos azules que lo miraban fijamente.

—¡No te caigas! —le ordenó Jessie—. Agárrate a mí.

Él asintió, lo cual fue un error, porque le llevó otros diez largos segundos encontrar de nuevo sus ojos. Juntos echaron el cuerpo sin sentido de Archie sobre el hombro sano de Monty y se dirigieron dando tumbos hasta el arco, pero un agente de policía llegó antes que ellos. Tenía la cara rubicunda y respiraba con dureza, y sus pequeños ojos resplandecían por la excitación del momento. Era joven y estaba fuera de control. El agente ignoró a Monty, ignoró el cuerpo inerte de Archie y centró su mirada orgullosa en Jessie.

—Apártese de nuestro camino, agente —le ordenó Monty con su mejor tono de *Sir Montague Chamford*; el policía quedó al instante sorprendido por su tono de autoridad y se apartó.

Sin embargo, la mano que agarraba la porra no pudo resistirse y Monty vio cómo el objeto de madera impactaba contra la sien de Jessie. Oyó la resonancia ahogada del dolor y su forma de inhalar aire en un grito ahogado, y vio cómo le fallaban las rodillas. La rodeó con el brazo que le quedaba libre para que no llegara a desplomarse, pero además sacó el pie derecho y le dio una patada al agente en la espinilla, justo debajo de la rótula. El policía emitió un alarido y se inclinó para agarrarse la pierna, colocando la barbilla a una altura perfecta para que Monty pudiera golpearla con la rodilla. El muchacho fue tambaleándose hasta la calzada y cayó inconsciente.

Monty agarró con más fuerza a sus dos acompañantes.

—Vámonos de aquí antes de que se despierte.

Jessie levantó la cabeza para mirarlo; le temblaban los hombros y tenía la mirada perdida, pero intentó forzar una sonrisa; por ese tipo de cosas le gustaba a Monty.

—Gracias —murmuró—. ¿Qué eres? ¿San Jorge luchando contra el dragón?

Monty rio entre gestos de dolor y comenzó a trazar el camino que los llevaría de vuelta al paseo.

—Algo así.

Georgie

Inglaterra, 1928

Llamas a la puerta. Abro y ahí estás con una amplia sonrisa en tu rostro y tu pelo rubio más corto que de costumbre. La sangre me fluye a más velocidad cuando te veo, como si tu corazón enérgico estuviera bombeando por los dos. Así es como me siento: como si fuera un espectro translúcido seis días a la semana, pero el sábado me convirtiera en una persona. Ahora me doy cuenta de lo alto que eres.

—Feliz cumpleaños, Georgie.

—¿Es mi cumpleaños?

—Sí, hoy es el día.

—Nunca antes lo hemos celebrado.

—Pero hoy cumples veintiún años.

No paras de moverte; tus manos, tus hombros, tus cejas doradas... Estoy temeroso de que me toques, pero no lo haces. Me conoces; me conoces muy bien.

—Hoy —dices— te toca salir de tu burbuja.

—No sé qué quieres decir.

Me sonríes y dices, con ese algo en tus ojos y en tu rostro que me hace sentir como el toffee caliente por dentro:

—Lo sé, querido Georgie. Vamos a disfrutar de nuestro día. No hay clases para ti ni para mí en el día de tu cumpleaños, ¿vale?

Asiento. Me has enseñado que esa es la forma correcta de responder a una afirmación que acabe con, ¿vale?

—Mira el regalo que te he traído.

Espero una cajita con un lazo rosa como en los libros que he leído, pero abres de nuevo la puerta y metes en mi habitación dos sillones, aunque casi no caben por la puerta. Nunca jamás he visto sillas como esas; son curvas como los bordes de una bañera y están hechas de madera pálida y brillante, como el color del té con leche, y los asientos son de piel de color marfil. Los toco y son suaves como mi lengua. Son los objetos más bonitos que he visto nunca.

—Son el último modelo —me dices—. Se llama art déco. Es madera de arce. ¿Te

gustan?

—Sí.

—Pues sonrío.

Sonrío, pero mi gesto no es honesto; lo que quiero hacer es llorar porque son preciosos. Siento cómo se me acumulan las lágrimas tras los ojos. Haces un gesto hacia una de las sillas.

—Pruébala.

Me siento en una con el corazón latiéndome frenéticamente y acaricio la capa de barniz suave como la mantequilla sobre la que he reposado las manos, y me hormigean los dedos por la emoción. Esto me ha llegado al corazón.

—¿Te gusta? —me preguntas.

—Es la silla más cómoda en la que me he sentado jamás. El respaldar es demasiado recto y el asiento demasiado largo.

Pero no me importa. Me quedo sentado en silencio y envuelto por la belleza. Pasan varios minutos antes de que me dé cuenta de que algo va mal. No sé qué es, no sé por qué, pero no hablas. Me quedo sentado y espero.

—Por amor de Dios, Georgie, no tenías que haber dicho eso. Me he tomado muchas molestias, por no mencionar el dinero que tenía guardado para las vacaciones, para poder traerte esto. Al menos podrías... —Te detienes un momento y coges aire con mucha concentración—. Si sales de aquí algún día debes filtrar las palabras que salen de tu boca. Como yo, que uso un tamiz en mis excavaciones de las ruinas para deshacerme de la tierra y la arena y toda la basura que no me interesa. Solo me quedo con lo que es valioso. Debes deshacerte de esos pensamientos basura. Tienes que aprender a filtrarlos. Venga, inténtalo otra vez.

¿Qué me has enseñado? Está escrita en el gran silencio que retumba en mi cabeza:

1. Estoy bien, gracias. ¿Cómo estás tú?
2. ¿No te sientas?
3. Gracias.
4. No, gracias.
5. Qué alegría verte.
6. Qué día tan bueno hace hoy.
7. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?
8. ¿Te apetece una taza de té?
9. Hoy vas muy elegante.
10. Lo siento, no lo entiendo. No pretendía ofenderte.

Me entra el pánico. Porque estás enfadado. No sé cuál escoger. Te miro. Miro las sillas.

—¿No te sientas? —digo.

Te sientas. Esperas más.

Me pongo en el borde de la cama.

—Qué día tan bonito hace hoy.

Miras por la ventana. Está lloviendo.

La lista de frases se difumina en mi mente, como la lluvia en los cristales de la ventana. Se unen unas con otras, se amalgaman con las palabras que has dicho: Si sales de aquí algún día. Es una idea demasiado lejana, como la distancia que hay entre el sol y la tierra, ciento cincuenta millones de kilómetros, y es aterradora, pero me la has puesto en el regazo. Me quema y me atraviesa la piel, siento cómo el corazón se me expande en el pecho hasta que me cuesta respirar. Intento con todas mis fuerzas conseguir las palabras apropiadas con las que responderte.

—¿No te sientas? —ofrezco.

No, no, esa no es. Ya estás sentado.

Frunces el ceño.

Me estoy quedando sin aire.

—Georgie, por Dios bendito, ¿es que no puedes...?

Farfullo otra de la lista.

—Estoy bien, gracias. ¿Cómo estás tú?

Tu boca es una línea recta. Pero recuerdo algo, tus instrucciones, una que me has repetido cientos de veces: «No entres en pánico, respira. Si estás dudoso, ve a la número diez». Está subrayada en mi cabeza con tinta azul.

«Y, por Dios, sonríe».

No puedo respirar, pero sí puedo sonreír.

—Lo siento, no lo entiendo. No pretendía ofenderte.

Te quedas muy quieto y tranquilo. No sé qué es lo que pasa. No soy bueno con las caras. Veo una cara cambiar de ojos abiertos a ojos entrecerrados, de la boca con la curva hacia arriba a la boca con la curva hacia abajo, veo aparecer arrugas en la frente y no sé qué quieren decir. Sé leer griego y latín antiguos y egipcio antiguo también, pero no sé leer las caras. No sé decir si es sorpresa o molestia. Una vez me trajiste veinte fotografías de caras y escribiste en cada una lo que la expresión significaba: feliz o triste, enfadado o confuso, sorprendido o decepcionado, aburrido o interesado. Me estuviste haciendo pruebas con las fotografías durante semanas hasta que las acertaba siempre todas. Me enseñaste que el tamaño del iris de una persona cambia cuando está mintiendo.

Pero es mucho más difícil con personas de verdad. Quiero poner las fotografías junto a tu cara para ver qué expresión se parece más a la tuya. Para comparar ambas caras. Me acerco al cajón y las saco, pero entonces empiezas a gritarme. Me gritas palabras feas y crueles que nunca te he oído pronunciar. Me tapo los oídos con las manos porque me duele mucho la cabeza. Esto está mal, mal. Tú estás mal. Se me empieza a colmar la mente de una neblina rojiza y el pecho se me hunde en color

escarlata. Pero esas palabras sucias y asquerosas siguen saliendo de tu boca.

—¡Filtrá! —te grito—. Filtra tus sucias palabras, Timothy.

Te detienes en seco y te quedas mirándome con los ojos muy abiertos y grandes como naranjas, con la boca abierta, y recuerdo la fotografía: eso significa impactado. Empieza a salir un ruido de entre tus labios, primero es una especie de gruñido, después se convierte en risa y te ríes tanto y tan alto que te caes de tu preciosa silla cómoda. Ríes y ríes.

Voy hacia la ventana y me quedo mirando el césped del exterior. No entiendo nada.

Jessie se despertó sobresaltada. El corazón se le había desmadrado en el interior del pecho y sentía la piel caliente y tensa. Había sido un sueño. En el sueño estaba desnuda en medio de Piccadilly y la perseguían perros de caza aullando mientras frente a ella estaba el doctor Scott con una escopeta entre las manos. Sabía que su única salida era volar por encima de los tejados, pero no podía separar los pies del suelo.

Parpadeó y se dio cuenta de que estaba completamente vestida y echada sobre el sofá de su casa con una manta. Era muy extraño; no recordaba cómo había llegado allí. Respiró hondo con alivio y decidió dejar que su mente en calma desatara los nudos. Se incorporó, lo cual fue un gran error, ya que toda la habitación comenzó a darle vueltas y en el interior de su cráneo se puso manos a la obra una horda de ladrillos.

Entonces lo recordó.

La brutalidad que había vivido en Trafalgar Square, los caballos con aquellos enormes ojos desencajados, los gritos retumbándole en los oídos... ¡Archie! ¡Pobre Archie! ¿Dónde estaría? Apartó la manta y estaba a punto de intentar ponerse de pie cuando vio una figura sentada en un sillón junto a la ventana. La habitación estaba en penumbra. Afuera era de noche y solo había una lamparita encendida en un rincón que proyectaba sombras de color azul marino oscuro sobre la figura silenciosa.

—¿Archie? —dijo en voz baja.

Pero justo al pronunciar el nombre de su amigo se dio cuenta de que no era él. La figura tenía las piernas demasiado largas y los hombros demasiado anchos. Dudosa de su propio proceso mental, se quedó mirando fijamente a *Sir Montague Chamford* y, al hacerlo, sintió que algo se abría en su interior, algo dolorido e irritado, y en su lugar fluyó la gratitud hacia ese hombre al que apenas conocía. Había salvado a Archie y a ella misma, y se había llevado un buen golpe a cambio. Seguramente le habría roto la rótula a aquel agente. Al pensarlo ahora de nuevo, lo sorprendente era que no cogiera la porra del agente y le rompiera la otra rótula también.

Jessie se levantó lentamente, esperó a que las paredes dejaran de bailar un cancán y caminó en calcetines hasta el sillón para verlo desde más cerca. Estaba dormido. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y le caía un mechón de pelo castaño sobre los ojos. Sus amplias manos estaban juntas en el regazo como si hubiera estado jugueteando con los pulgares, esperando pacientemente a que ella se despertara. Miró el reloj de la repisa de la chimenea: las dos y cuarto. ¿Las dos y cuarto? ¿Adónde había ido el día? ¿Por qué estaba él allí? Sorprendentemente, Jessie no se sentía intimidada por su presencia, por estar sola con aquel hombre en su apartamento, pero sabía que Tabitha llegaría en cualquier momento. ¿Percibía algo en aquel hombre, algo decente, algo que le recordaba a san Jorge? Al girarse para mirarlo de nuevo,

visualizó un ir y venir de escenas inconexas y desordenadas: enfermeras en un hospital, Archie en un carro, un doctor apuntándola con una luz a los ojos, sangre en un taxi, vomitar en los pantalones de Monty... Las imágenes iban y venían sin control alguno.

¿Vomitara en los pantalones de Monty?

Ya lo olía, el hedor dulzón del vómito. Le ardían las mejillas solo con recordarlo. Tenía las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos, y lo que quería era quitarle los pantalones de su elegante traje y meterlos en la bañera, pero no era una idea muy factible sin despertarlo. Se había quitado la chaqueta y solo llevaba puestos la camisa, el chaleco y la corbata plateada, un símbolo de elegancia que se había visto empañado por unas motas oscuras: sangre seca, bastante cantidad de sangre seca.

Descruzó los tobillos y murmuró algo en sueños con el ceño fruncido, pero no se despertó. Entre sombras, Jessie estudió las firmes líneas de su rostro, la amplia curva de sus pestañas, el aspecto resuelto de su boca incluso estando dormido... ¿Qué tipo de hombre era aquel? ¿Qué mentiras se escapaban por su boca, disimuladas tras el encanto sedoso de su clase? ¿Hasta qué punto podía fiarse de aquel rostro calculado?

Se movió una sombra en la habitación. Era Jabez. Cuando acarició su suave pelo negro, sintió náuseas. Fue a tientas hasta el baño, encendió la luz, que la cegó instantáneamente, y se estremeció al ver el rostro en el espejo de encima del lavabo. Era feo; apenas lo reconocía como el de Jessica Kenton. El rostro del espejo estaba pálido como la tiza excepto por una hinchazón desagradable que tenía en la sien izquierda y que se extendía hasta la frente con vetas negras y moradas. Era como si alguien la hubiera pintado mientras estaba dormida. El pelo era una maraña en la que había mechones rubios en todas direcciones, como si estuvieran intentando escapar. No los culpaba, desde luego; ella misma intentaría escapar si pudiera. Los ojos eran lo que peor estaba: enormes, redondos y vigilantes, ojos que no sabían cómo confiar en las personas, ni aquel día ni ninguno a partir de entonces. Aquello la sobrecogió. Eran ojos culpables. Lo que recordamos de nuestra infancia nunca se olvida ni se perdona.

Abrió rápidamente el grifo del agua fría y se lavó la cara, haciendo hincapié en la boca y los ojos, como si pretendiera borrar aquel rostro del espejo y encontrar uno distinto bajo él. Se cepilló el pelo y se limpió los dientes; sus dientes eran la única parte de su cuerpo que le gustaba, blancos, rectos y de aspecto desenfadado.

Se despertó casi imperceptiblemente. Jessie lo estaba observando y, así como estaba dormido, al segundo siguiente estaba despierto.

—Hola —dijo en voz baja desde el sillón, sin moverse.

—Hola, Monty. ¿Está dolorido?

—No más que usted, me atrevería a decir.

Hubo una pausa durante la cual ambos se sonrieron el uno al otro, como una especie de intercambio de información compartida. Jessie percibió su sonrisa como

algo ciertamente extraño en contraste con las crudas imágenes que seguían asolando su mente.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Son las cuatro y media de la madrugada.

—Llevo mucho tiempo dormido.

—Porque lo necesitaba... y más incluso. Vuelva a dormir.

Monty se dio cuenta de que lo había arrojado con una manta y asintió en señal de gratitud, pero no hizo ningún amago de volver a dormirse.

—¿Qué tal usted? —preguntó—. ¿Cómo se encuentra?

—Me duele la cabeza, pero sobreviviré. Lo más importante, ¿dónde está Archie?

—Está en el hospital de Saint George en Hyde Park Corner.

—¿Cómo está?

—La verdad es que no muy bien, pero sobrevivirá también. Llamó usted a sus padres.

—¿Eso hice?

—Sí, eso mismo.

—Fue muy valiente lo que hizo. —Recorrió con la mirada las facciones de Monty—. Y lo que hizo usted también. Gracias.

Él levantó una mano como colocando un muro entre la gratitud de ella y él mismo.

—Lo que ocurrió hoy en Trafalgar Square es una tragedia nacional. Deben investigarlo y tendrán que rodar cabezas, preferiblemente la de Gilmour. Fue... —Detuvo repentinamente el fluir de palabras—. Bueno, no hablemos más del tema; ahora no es el momento. —Le brillaban los ojos con dureza e ira—. Ya tenemos bastante horror en nuestras cabezas por hoy, no añadamos más.

El tono de voz era triste y conmovió a Jessie. Tenía razón; si hablaba de lo ocurrido de nuevo, ella también se pondría peor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

Jessie estaba sentada a la mesa con la lámpara al lado. Se había cambiado el vestido destrozado de aquella mañana y llevaba puesta una bata de lana con cinturón.

—Estoy leyendo —contestó ella.

Monty se levantó con dificultad, apoyando todo su peso sobre el brazo del sillón e irguiéndose lentamente antes de cruzar la habitación y colocarse junto a ella. A tan corta distancia, la piel de su rostro parecía grisácea y exhausta, pero seguía teniendo la mirada vívida. Jessie sintió la urgencia de tapar la página con el brazo para que él no la viera.

—¿Qué lee?

Ella no contestó nada mientras él cogía el libro abierto y sonreía irónicamente al ver el título.

—Historias de Sherlock Holmes, ya veo...

¿Ah, sí? Lo dudaba.

—¿Quiere una aspirina? —le preguntó Jessie para desviar la atención de la hoja de papel que había sobre la mesa.

—Me vendría mejor un *whisky*.

—Hay una botella en el armario de la cocina, junto al fregadero, y vasos encima del tarro del pan. —No lo iba a dejar solo en la mesa.

Él dudó un instante, pero al final fue tranquilamente.

—Entonces me serviré yo mismo —dijo.

—Claro, claro —dijo, añadiendo una tenue sonrisa.

—Explíquemelo otra vez. —Bebía el *whisky* a sorbos.

Jessie suspiró. En realidad no quería que le volviera a contar su teoría, lo que quería era que siguiera hablando en voz alta más tiempo para poder oír lo ridículo que sonaba.

Ella seguía jugueteando con las hojas que había en la mesa, cambiándolas de sitio, doblándoles las esquinas y haciéndoles marcas en la parte inferior. Ahora era obvio, lo veía con total claridad, pero le había llevado horas descubrirlo. Hizo un esfuerzo por aparentar estar calmada y miró a Monty serena y segura.

—Ya se lo he contado. Los cuatro nombres que el doctor Scott dijo que mi hermano había murmurado en la sesión de espiritismo, McPherson, Hatherley, Hosmer y Phelps... Los reconocí inmediatamente.

—A Scott le dijo que no le decían nada aquellos nombres.

—Exacto, le mentí. —Se encogió de hombros sin poder ocultar más la impaciencia—. Están sacados de las historias de Sherlock Holmes que solíamos leer de niños.

—Leer obsesivamente, por como lo dice.

Jessie ignoró el último comentario.

—Así que he estado aquí sentada dándole vueltas a esto mientras dormía, releiendo las cuatro historias en las que aparecen los nombres. Sin embargo, no era capaz de encontrar una relación entre ellos y Tim. McPherson es el profesor de ciencias en *La aventura de la melena del león*. Victor Hatherley es la desafortunada víctima en *La aventura del dedo pulgar del ingeniero* y Hosmer Angel es el prometido escurridizo en *Un caso de identidad*. Después, Phelps es...

—... en *La aventura del tratado naval*. Sí, sí, es verdad. Ciertamente conoce a su querido Conan Doyle. —No paraba de moverse en el asiento—. Pero eso no implica que haya ninguna lógica en el enorme salto de equilibrista que ha dado. —La estaba estudiando con preocupación.

A Jessie le dolía muchísimo la cabeza. ¿Estaba haciendo mal en confiar en él? ¿Qué la había llevado a soltárselo todo? Simplemente había ocurrido como un *flash* cegador cuando él le había dejado un vaso con una cantidad generosa de *whisky* junto al codo y le había ofrecido un paño con hielo del congelador.

—Para la cabeza. —Lo presionó contra la sien, enviando oleadas de frío curativas

al corazón del dolor, y aquello le aclaró la mente.

En aquel momento, le llegó la respuesta. La conexión con Tim. Y la había dicho en voz alta sin pensarlo.

—Es el Nilo.

—¿Qué?

Movió la mano por las hojas de papel con las listas de cada personaje que aparecía en las cuatro historias, de cada línea argumental y cada posible referencia que coincidieran entre ellas.

—Este caso es un problema de tres pipas —murmuró con voz profunda.

Monty se quedó mirándola como si hubiera perdido los papeles, pero no hizo ningún comentario. Jessie se había dado cuenta ya de que Monty tenía la costumbre de dejar huecos para que las otras personas los rellenaran. Cogió el paño con el hielo y se bebió el *whisky* de un trago.

—Significa que era un caso problemático para Holmes —le explicó—. Necesitaba fumarse tres pipas de tabaco para solucionar un problema especialmente difícil.

—Puedo ofrecerle un cigarrillo en su defecto.

Ella negó con la cabeza y se arrepintió del gesto al instante.

—La solución no está en los nombres de los personajes, sino en los títulos de las historias.

A Monty le brillaron los ojos en la luz sombría de la estancia.

—Cuénteme.

Ella se lo contó todo.

—Si eliminamos *La aventura de* y *El caso de* del principio de cada título, nos quedamos con *melena del león*, *dedo pulgar del ingeniero*, *identidad* y *tratado naval*.

—¿Y bien?

—Ahora coja la primera letra de cada uno, en la lengua original en que se escribieron, claro: L de *lion*, *lion's mane*, la melena del león; E de *engineer's thumb*, el dedo pulgar del ingeniero; I de *identity*, y N de *naval*.

—L, E, I, N. Eso no significa nada.

—Ordénelas de otra forma, busque una palabra con sentido.

—N, I, L, E.

—¡Exacto! *Nilo* en inglés.

Él se había quedado en silencio y se había vuelto a dejar atrapar por el sillón con cierto aire de exasperación. Sin embargo, ninguno de sus resoplidos ni gruñidos consiguió sacarla de su convicción. Ahora, allí sentado y bebiendo a sorbos el *whisky*, las sombras lo asolaron y lo convirtieron en un extraño, una persona diferente a la que la había rodeado con el brazo en el paseo y la había arropado con una manta en el sofá. A aquella nueva persona no la conocía.

—Tiene sentido —dijo ansiosa—. Tim es arqueólogo y trabaja con antigüedades egipcias. Estoy convencida de que ha ido al Nilo.

Sus palabras cayeron en el silencio absoluto de la habitación y se hicieron pequeñas e insignificantes. Inertes e irrisorias. Pero él no estaba riéndose, sino furioso, y ella no comprendía por qué. Durante un largo lapso de tiempo ninguno de los dos habló y la sensación de desconexión que provocaron se vio rota únicamente cuando Jabez salió de entre las sombras y, haciendo uso de su persistencia felina, saltó al regazo de Monty para demandarle atención. La tensión que llenaba la habitación se deslizó por el desfiladero que marcó Monty al acariciarle la espalda oscura al gato.

—Las letras también dicen *LINE*, «línea».

—¿Y qué se supone que significa eso?

—No tengo ni idea, pero es igualmente plausible.

De nuevo el silencio se introdujo entre ambos, pero en aquella ocasión Jessie no tuvo paciencia con él.

—Creo que Tim me estaba enviando un mensaje.

—¡Pero si ni siquiera estaba allí!

—Debía de saber que iba a ocurrir algo y que yo lo buscaría.

—Querida señorita Kenton, con todos mis respetos, creo que el golpe en la cabeza le ha provocado algún daño en el cerebro. —Respiraba con nerviosismo—. Toda esta idea de Sherlock Holmes la ha confundido y llevado por un camino equivocado, y creo que no distingue bien entre la ficción y la realidad.

Su voz fue como cristalitos enterrados en jabón: perfumados en el exterior y cortantes e hirientes por dentro. Jessie se puso de pie y le pidió que se marchara, pero el movimiento repentino hizo que la cabeza le diera vueltas de nuevo, como si una apisonadora le hubiera pasado por encima. Se tambaleó y la habitación se convirtió en un diminuto círculo de luz en medio de una nube de oscuridad.

Se sostuvo con las manos mientras una voz le murmuraba palabras, pero eran como hojas otoñales que crujían bajo los pies al pisarlas. Se preguntó por qué había hojas tiradas por la alfombra.

«Jabez», se dijo a sí misma.

«Debe de haberlas traído él; gato estúpido».

Alargó la mano y lo acarició con cariño. A él podía contarle cualquier cosa sin recibir a cambio un gruñido escéptico. Lo acarició de nuevo y le rodeó la cálida cabeza con la mano, preguntándose vagamente dónde estaba el pelo del animal.

Jessie se despertó. De nuevo en el sofá, aún oscuro. Con los ojos medio abiertos y sin mover la cabeza apenas, inspeccionó la habitación. En aquella ocasión no había nadie en el sillón, y suspiró aliviada pero dándose cuenta al mismo tiempo de que se sentía desconcertantemente vacía, lo cual la enfureció, sobre todo al recordar la charla sobre la ficción y la realidad que aún retumbaba en su cabeza. Sintió cómo se le sonrojaban las mejillas y se alegró de que ya se hubiera ido; se alegró mucho.

Movió la cabeza con cuidado a modo de experimento con la apisonadora, y

estuvo a punto de caerse del sofá al ver una cara entre sombras justo a su lado. Parpadeó para ver si desaparecía, pero no fue a ningún lado.

Gruñó.

—Shhh —murmuró él—. Descanse.

Se sentía estúpida. Monty estaba sentado en el suelo junto al sofá, sonriéndole amablemente. ¿Cuánto tiempo llevaría allí observándola dormir? Y, para colmo, le estaba agarrando la mano; estaba aferrándose a ella como a la vida misma.

Volvió a gruñir y cerró los ojos.

Al despertarse de nuevo, oyó voces hablar en voz baja y reservada que provenían de la cocina. Reconoció el tono de fumadora de su compañera de piso, lo que quería decir que Tabitha ya había vuelto a casa del club.

¿Qué le estaba contando Monty? La estaría convenciendo de su teoría de que tenía algún daño en el cerebro. ¡Maldito hombre! Se lamentaba por haberle contado su descubrimiento de las palabras codificadas de Tim y no paraba de preguntarse por qué lo habría hecho. Quizás él tenía razón, quizás su pensamiento sí estaba dañado y no debía haber confiado en él.

Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Lo único que podía hacer era intentar deshacerse de él. Músculo a músculo, hueso a hueso, consiguió levantarse del sofá. Algo era algo. Aún seguía siendo de noche y la oscuridad se filtraba por las cortinas descorridas, pero Jessie consiguió reprimir el impulso de ir a cerrarlas. En lugar de eso se acercó a la puerta de la cocina, que estaba cerrada. Seguía viendo destellos desconcertantes, como si hubiera luces de Navidad reflejadas en el agua, pero consiguió dejar esa visión a un lado y abrir la puerta.

La luz era brillante y se introdujo directamente en su sien. De pie en un extremo del estrecho suelo libre de la cocina estaban Monty y Tabitha con los ojos abiertos de par en par ante la visión de Jessie. Frente a ellos había otro hombre inclinado sobre el fregadero. Incluso en medio del jaleo que la apisonadora le seguía montando en la cabeza, pudo reconocer la voz y el rostro de aquel hombre. Era el doctor Easby, el médico de su padre en Kent. ¿Qué demonios estaba haciendo allí en Putney?

—Buenos días a todos —dijo con tono jovial—. Bueno, supongo que será ya temprano por la mañana.

Tabitha fue la primera en hablar.

—Jessie, cariño, ¡gracias a Dios! —Abrazó enérgicamente a Jessie, provocando que la habitación le volviera a dar vueltas.

Por encima del hombro de su amiga, Jessie vio a Monty observarla con interés. Se metió las manos en los bolsillos y se movió sobre un pie y sobre el otro. ¿Creería que iba a echarlo de allí? Algo había cambiado en él, como si se hubiera desprendido de una capa superficial de piel mientras ella dormía y se hubiera quedado en bruto. Parecía exhausto, pero hizo un sonido que ella reconoció a la perfección como una

leve risa de bienvenida. Jessie, por su parte, estaba demasiado tensa como para reírse. Se soltó del abrazo de Tabitha y se giró hacia el otro ocupante de la estancia.

—Doctor Easby, ¿qué está haciendo aquí?

Le extendió la mano como saludo, pero el doctor aprovechó para cogerle la muñeca y tomarle el pulso al mismo tiempo que le examinaba los ojos de un modo muy profesional. Estaba llamativamente serio, algo inusual en su habitual forma de ser, desenfadada y alegre. Llevaba puesto el chaleco que su madre le había tejido antes de morir de meningitis el año anterior. Tenía las manos suaves y cálidas, a juego con la sonrisa con la que siempre dispensaba las medicinas. El padre de Jessie lo tenía en un pedestal.

—¿Qué le trae hasta Londres? —preguntó ella.

—Pues tú.

«Esto no es bueno, no es nada bueno».

—Le pedí a Tabitha que llamara a tus padres —le contó Monty.

—Creímos que era lo correcto —añadió Tabitha.

Jessie no se dio cuenta de que le cambió la expresión, pero Monty debió de percatarse, ya que reaccionó al instante.

—Llevaba demasiado tiempo dormida. Nos tenía preocupados.

Jessie retiró la mano.

—Es por la mañana, ¿no? —Dirigió la mirada hacia el cuadrado oscuro de la ventana, por el que se apreciaba un leve destello de luz en el este.

—Sí, querida, es por la mañana —dijo Easby con dulzura—, pero es jueves por la mañana. Llevas dormida veinticuatro horas y tu padre pensaba que debía venir a verte y comprobar que estuvieras bien. ¿Recuerdas haber recibido un golpe en la cabeza?

Jessie empezó a retroceder hacia la puerta.

—Estoy bien. —La idea de que la hubieran estado manipulando mientras dormía era demasiado desagradable como para planteársela en aquel momento—. Solo quiero irme a mi habitación y...

—Sí, sí, querida —dijo el doctor Easby con su tono de voz dulce—, necesitas relajarte. Te he dado algo que te calmará y te sacará del impacto que...

—Estoy perfectamente calmada.

Se detuvo en seco y se limpió las palmas de las manos en la bata.

—Me alegro de oír eso. —El doctor le dedicó su mejor sonrisa e hizo una pausa. Todos sabían que entonces vendría lo demás. Alargó la mano con la palma hacia arriba, como ofreciéndole una manzana a un caballo nervioso—. Cógelo, por si acaso. —Era una caja blanca de pastillas—. Es para calmar los nervios.

Dio un paso hacia ella, quien cogió la caja rápidamente para evitar que el doctor se le acercara más.

—Tus padres están preocupados.

—No lo suficiente como para venir a verme ellos mismos, al parecer —dijo, y salió de la cocina sin dar opción a una respuesta.

Cuando llegó a su habitación tenía la mente nublada y sentía cómo le caía el sudor por la frente. Se apoyó contra la puerta cerrada y se dejó caer lentamente hasta el suelo, abrazándose las rodillas y rodeándolas con las manos para que todo estuviera bien junto. Sabía que estaba exagerando, lo sabía, pero no quería que ningún médico le diera un informe sobre ella a su padre, fuera cual fuese el motivo. El vacío entre ambos era demasiado grande y baldío como para que aquellas semillas insignificantes pudieran brotar. Quería que su padre creyera que estaba perfectamente.

«No me pasa nada, no soy Georgie. No puedes encerrarme en un sitio para los que están mal de la cabeza. No puedes».

Estaba temblando. El dolor se le extendía desde la sien hasta la mandíbula, provocando que le dolieran los dientes, pero esa preocupación estaba muy abajo en la lista de cosas por las que inquietarse. Después de pensar largo y tendido, se levantó las mangas de la bata y se inspeccionó los brazos; encontró lo que buscaba: dos marcas de pinchazos. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué le habían inyectado? Tabitha y Monty habrían accedido dócilmente porque un médico era como un Dios terrenal y tenía el poder de la vida y la muerte en sus manos.

Sacó las pastillas del bolsillo y buscó un nombre, pero no encontró ninguno. Le temblaban las manos.

¿Se estaba comportando como una niña estúpida? ¿Estaba el doctor Easby en lo cierto y necesitaba ayuda?

Jessie tiró la caja de pastillas por la habitación y la oyó chocar contra el bloc de dibujo que estaba apoyado sobre la pared. En el bloc negro estaban sus dibujos, los que había hecho para ella misma, los que realmente le importaban, y sus imágenes le volvieron a la mente de forma inesperada. Se frotó los brazos enérgicamente al sentirse de repente congelada porque sabía que aquellas imágenes trataban su sentido de pertenencia al mundo: los dedos de un niño agarrando la mano de su padre, un gato sobre el regazo, dos enamorados durmiendo, una niña cepillándole el cabello sedoso a su madre, una perla colgando del lóbulo de una mujer... Podía seguir así mucho más. Era lo que su mano dibujaba, no podía evitarlo ni controlarlo. Pertenencias. No soledad ni desconexión, ni un niño llorando desconsoladamente en el suelo de su habitación.

Reposó la cabeza en las rodillas.

—Tim —susurró—, vuelve a casa.

19

Georgie

Inglaterra, 1929

—¿Sabes lo que es esto? —Desenvuelves un billete blanco de cinco libras y lo mueves entre los dedos.

—Claro.

—¿Qué es?

—Sé lo que es.

—Pues dímelo.

—No soy un perro adiestrado.

—Es dinero.

Aparto la mirada.

—¿Sabes lo que es el dinero?

Quiero golpearte. En lugar de esto, me tiro sobre el escritorio y empiezo a dibujar pequeñas imágenes nítidas de grafito que cubren la hoja de papel en blanco que tengo enfrente. Un búho, un águila, una mano. Repito los dibujos. Un búho, un águila, una mano, una y otra vez hasta rellenar toda la hoja. En la parte inferior esbozo una imagen más de un búho y una única pluma. Dejo el lápiz sobre el papel y, una y otra vez, repite las letras M, A y D a modo de jeroglíficos egipcios antiguos.

—¿Ya estás contento? —dices.

—Sí.

—¿Podemos continuar con nuestra conversación ahora?

—Era tu conversación, no la mía.

—De acuerdo, asumo que sabes lo que es el dinero y para qué sirve.

El billete de cinco libras sigue en tu mano, pero intento no mirarlo. El dinero es la raíz del mal. Pero no lo veo así. ¿Cómo puede ser el dinero una raíz? El ser humano posee en su interior el mal, que crece grande y amplio como las hortensias en verano, pero el dinero no tiene vida. Sin vida. Es solo papel y metal, pero posee el hedor del odio. Puedo olerlo desde mi escritorio. Es agrio y marrón.

—¿Qué bien te puede hacer el dinero a ti aquí dentro, Georgie?

Aireas el billete como si fuera un trozo de queso, como si supieras cuánto deseo

tocarlo. Nunca antes he visto dinero, por no hablar de tocarlo, pero no te lo digo. No quiero parecer un analfabeto como el hombre de la habitación de al lado, que cree que las estrellas le hablan por la noche en su cabeza y que le introducen voces e imágenes violentas. Tiene estiércol por cerebro y no entiende que los sueños son parte de su propio subconsciente. He leído La interpretación de los sueños de Sigmund Freud. No soy un analfabeto.

Quiero arrancarte el dinero de las manos, arrugarlo en mi palma y sentir su poder maligno.

—Tu habitación aquí, en este domicilio de condena, cuesta dinero, ¿lo sabes, Georgie?

Parpadeo. Parpadeo porque al fin y al cabo soy un analfabeto. El asco me quema la piel como un atizador candente. Me levanto del escritorio y me tiro en la cama, enroscado y dándote la espalda. Tu voz es delicada y está llena de plumas, pero no se marchará.

—Alimentarte, vestirme y tenerte aquí con médicos y enfermeras todos estos años cuesta mucho dinero, ¿lo has pensado alguna vez?

—¿Quién lo paga? —susurro.

—Tu padre.

Emito un alarido. El sonido sigue saliendo de mi boca, oscuro y resbaladizo como la diarrea.

Intentas hacer que pare pero no puedes. Me lees, pero yo no oigo las palabras y el alarido se hace cada vez más intenso hasta que te vas. Sigo aullando tres días más y me llevan a la sala de tratamiento. Cuando vuelves el sábado siguiente, soy como un zombi en la cama.

—No hables —digo en voz baja—. Solo lee.

Me lees La aventura de la banda moteada.

Jessie llamó al timbre. La puerta se abrió inmediatamente, como si su madre estuviera esperándola detrás. Vio a sus padres de pie en el recibidor con los abrigos puestos.

—¡Jessica! Deberías haber llamado para decir que venías; estamos a punto de salir.

Fue su padre quien habló. Su madre se quedó aferrada a la puerta, observando el rostro magullado de Jessie.

—Oh, Jessica —murmuró con tal delicadeza que apenas movió los labios.

—No pasa nada —les dijo—, solo son moretones. —No era de eso de lo que quería hablar—. ¿Tenéis unos minutos?

—¿Qué estabas haciendo en Trafalgar Square, Jessica? —le preguntó su padre con tono reprobatorio—. ¿Qué te llevó a ello? ¿No serás como el joven Dashington, espero, que estaba confabulado con esos malditos comunistas que organizaron la marcha? Fueron ellos quienes lo iniciaron todo, ese maldito joven es una desgracia para su padre.

—No, papá, no te preocupes; no soy una comunista. Pero no seas duro con el pobre Archie, solo intentaba ayudar a los trabajadores a conseguir su objetivo después de que su líder, Harrington, fuera arrestado.

—¡Ha llevado la vergüenza al distinguido nombre de su padre! *Lord* Trenchard hizo lo correcto al enviar a la Policía para que lidiara con ellos por la fuerza, para proteger la ley y el orden de esta nación.

Jessie suspiró; no quería tener esa discusión en aquel momento. Después de un largo día de trabajo, había ido a visitar a Archie al hospital y luego había conducido a toda prisa hasta Kent y, para colmo, la apisonadora había vuelto.

—Solo quería hablar un momento con vosotros —dijo.

Su padre asintió. Parecía inquieto e impaciente por irse. Tenía los pliegues de su cara perfectamente controlados y, como siempre, Jessie tuvo la impresión de que tenía cosas más importantes que hacer que hablar con ella. Se giró hacia su madre.

—Tengo noticias.

—¡Has encontrado a Timothy!

—No, no es nada definitivo, mamá, pero tengo una idea de dónde ha podido ir.

—¿Dónde? Dime, ¿dónde?

—A Egipto.

—¿Qué? No, no se iría tan lejos..., no sin decírnoslo. Cuando fue a esa excursión arqueológica a Egipto hace dos años nos lo dijo con antelación. ¿Por qué no lo iba a hacer esta vez?

—Debes de estar equivocada —le dijo su padre contundentemente, ajustándose el bombín y abrochándose el abrigo.

Era de lana gruesa de color gris oscuro, casi negro. Jessie nunca se había

percatado de lo oscuro que era el recibidor de la casa con su revestimiento de roble y aquella noche la oscuridad parecía concentrarse en el abrigo, provocando un leve repiqueteo en su cabeza. ¿O era quizás la vibración del nerviosismo de su madre? Porque los ojos de Catherine Kenton estaban congelados por el miedo y su rostro lívido parecía más pequeño, como si lo hubieran cincelado hasta dejarlo en el hueso y hubieran pintado dos manchas de color pardo bajo los ojos. La energía que siempre la había distinguido se había desvanecido por completo y su lugar lo ocupaba una sonrisa boba que no conseguía convencer a nadie. Aun así, su pequeña figura estaba elegantemente definida por un abrigo de color *beige*, guantes de piel de color terroso y un sombrero marrón chocolate con una pluma negra a uno de los lados. Un discreto velo oscurecía las arrugas de tensión de su frente y Jessie sintió una fuerte sensación de preocupación repentina por ella.

Sin embargo, se volvió hacia su padre.

—Papá, me gustaría saber si el pasaporte de Timothy está en su habitación o no. Si ha ido a Egipto, le habrá hecho falta.

Ernest Kenton estudió la pregunta y a su hija. Se quitó el sombrero y lo dejó en la mesa del recibidor de un modo calculado para que Jessie pensara que estaba mostrando paciencia con aquel pequeño gesto.

—Claro que está en su habitación. Iré a por él —dijo, y comenzó a subir las escaleras.

Llevaba la espalda muy recta y sus movimientos eran tensos.

—Papá.

El hombre se volvió expectante.

—Papá, gracias por mandar al doctor Easby a Putney para que me viera.

En el rostro de su padre se dibujó una leve sonrisa.

—Sabía que no irías a ningún médico en Londres. —Asintió casi imperceptiblemente y siguió subiendo las escaleras.

Jessie no le preguntó por qué no había ido él mismo en persona. Allí, a solas en el recibidor con su madre, el aire parecía estar menos viciado; era más tranquilo y mudo.

—Mamá, ¿estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien, Jessica? —le dijo su madre en voz baja—. ¿Cómo? —Le mostró la mano envuelta en el guante; estaba temblando—. Mírame.

Jessie tomó la pequeña mano entre la suya y se acercó a su madre, envolviéndola con un brazo y manteniéndola bien cerca de sí. Se quedaron así, en silencio, en el lúgubre recibidor.

Cuando Jessie oyó los pasos de su padre en el rellano, le dijo al oído a su madre:

—Lo encontraré, mamá, lo haré.

—Estoy segura de que sí —le susurró su madre.

Ambas se separaron cuando Ernest Kenton bajaba las escaleras y Jessie tuvo que contener las lágrimas que se le acumulaban en la garganta. Le dio el pasaporte

británico de color azul oscuro y ella no hizo ningún comentario sobre la elaborada firma de la portada ni cuando lo abrió y vio la fotografía de su atractivo rostro en el interior. Lo cerró rápidamente y dijo:

—Gracias, papá. —Respiró hondo—. Pretendo viajar a Egipto para ver si...

—¡No! —La voz de su padre retumbó por los confines del vestíbulo—. Te lo prohíbo.

Jessie no mostró ningún signo de molestia por el comentario.

—Pero papá, realmente creo que ha dejado un mensaje cifrado para indicarme que ha ido a Egipto.

—Eso es ridículo.

—Hoy, durante mi tiempo para el almuerzo, he vuelto a ir al Museo Británico. Siguen sin saber nada de él, pero hay algo aún peor... —Oyó cómo su madre inhalaba aire con dificultad—. Peor —continuó— es que su novia —dijo, aunque estuvo a punto de pronunciar las palabras *su novia egipcia* hasta que recordó que su padre seguía completamente ajeno a su existencia— ha presentado su dimisión y también ha desaparecido. Parece ser que están juntos en algún lugar.

—¿Quién es esa novia? —preguntó su padre.

—Una compañera de trabajo —dijo Catherine Kenton rápidamente.

—Nunca la has mencionado.

—No.

Hubo una pausa en la conversación repleta de palabras mudas.

Su madre señaló el pasaporte que Jessie tenía en la mano.

—Su pasaporte está aquí —dijo con una gran sonrisa—. No puede haber salido al extranjero sin él.

—Puede haber viajado con un pasaporte falso. —Jessie ya había pensado en ello—. Según me han dicho no es difícil conseguirlo. Aunque, claro, ¿por qué haría algo así...?

Su padre gruñó mostrando su impaciencia y enfado.

—Ahora, mi niña, estás viviendo en el mundo de la fantasía; deja ya esa idea infantil y afronta la realidad.

Tanto Catherine Kenton como Jessie fijaron la mirada en él y la única muestra de arrepentimiento de su salida fue una leve tensión en la comisura de la boca.

—¿Qué —preguntó Catherine Kenton— quieres decir con *realidad*, Ernest? ¿Qué crees que le ha pasado a Timothy que no me has contado?

Ernest Kenton miró a su hija.

—Creo —dijo— que mientras estaba contigo aquella noche antes de su desaparición le dijiste algo, Jessica, algo sin mala intención, me atrevo a pensar, pero algo que le molestó. Algo que le hizo decidir abandonar a su familia. —Su mirada gris era llana e inflexible como una pizarra. Se tocó con el dedo el bigote, como si estuviera sopesando las palabras—. Algo sobre Georgie, sospecho.

—¡No! Eso no es verdad.

Jessie se giró hacia su madre, pero Catherine Kenton ya se había apartado de ella como si se tratara de alguien sucio y deshonesto.

—No —dijo Jessie de nuevo—. Juro que no es verdad.

Su madre fue hacia la puerta principal y la abrió. Actividad, siempre actividad. Si te mantienes activo, la vida nunca podrá contigo. Mantente siempre un paso por delante.

—Tenemos que irnos —dijo con brusquedad—. Tenemos que asistir a una reunión.

El aire frío entraba por la abertura y se enroscaba en sus piernas.

—¿Qué reunión? —preguntó Jessie como iba.

El *shock* la había dejado atontada.

—Vamos a escuchar a Oswald Mosley hablar —anunció su padre—. Va a dar un discurso en Bromley. Ha habido una oleada de nuevos miembros en la Unión Británica de Fascistas después de las revueltas. La gente está furiosa. —Volvía a estar en territorio conocido y la tensión de su boca iba desapareciendo—. Jessica, quiero que abandones esa idea ridícula de ir a Egipto. ¿Por qué no vienes con nosotros al discurso? Te vendrá bien oír lo que Mosley tiene que decir.

A Jessie no se le ocurría una peor idea que aquella.

—No, gracias, estoy cansada.

—Claro.

Salió de la casa de sus padres con las manos apretadas dentro de los bolsillos.

—Disfrutad de la noche —dijo, mientras se dirigía hacia su coche.

—Lo haremos.

Su madre vaciló un instante en el umbral.

—Siento lo de tu cara —murmuró.

No era mucho, pero al menos era algo.

La noche era oscura como la turba cuando Jessie llegó a su calle. Las farolas de Londres lanzaban redes de ámbar, pero la oscuridad ganaba. La oscuridad siempre ganaba. Incluso allí arriba en Putney Hill, lejos de las fábricas de Bermondsey y Bethnal Green y sus emisiones, el río había propagado su niebla y esta se había mezclado con la mugre industrial que se suspendía en el aire.

Conocer tu propia oscuridad es la mejor forma de lidiar con la de los demás.

Jessie había leído esas palabras de Carl Jung y se habían almacenado en su mente como una espiral. En el camino a casa, concurrido incluso a esa hora, examinó los rincones oscuros de su interior antes de entregarse a pensar en la acusación que su padre le había hecho. Que era ella quien le había dicho algo a Tim que, intencionadamente o no, lo había alejado de su familia, una familia que se sostenía por hilos más finos que las delicadas y frágiles madejas de lana de bebé de su madre y que con un simple chasquido de dedos se romperían.

Juro que no es verdad, habían sido sus palabras hacia su padre.

Pero nadie desaparece sin ninguna razón. Durante todo el trayecto de vuelta a casa repasaba las conversaciones que había tenido con su hermano en las últimas semanas; las desgranó buscando una palabra o frase que pudiera...

Un coche hizo sonar el claxon tras ella, haciéndola salir de su ensoñación de un salto. Le lanzó ráfagas de luz y Jessie se dio cuenta de que había disminuido la velocidad e iba a paso de tortuga, como si pudiera decelerar el ritmo del mundo, desplazar el tiempo, darle marcha atrás al reloj y comenzar de nuevo la última quincena. Aparcó en el exterior de su bloque de apartamentos, bajó del Swallow y miró automáticamente hacia ambas direcciones, pero no vio ningún movimiento entre las sombras proyectadas por las farolas. Abrió la puerta y recorrió el pequeño caminito aprisa con la llave ya en la mano. La figura que emergió del rincón más oscuro justo junto a la puerta de entrada hizo que se le pusiera el corazón en la garganta. Levantó la mano como para protegerse de quien fuera y metió la llave en la cerradura al tiempo que abría la boca para emitir un grito felino y ahuyentar al acosador.

—Señorita Kenton. —Unos dedos se cerraron sobre su muñeca y la bajaron desde la altura de su cara—. Siento haberla asustado.

—¡Monty! ¿No le enseñó su madre que no debe esconderse en rincones oscuros? Va a conseguir que le abran la cabeza de un golpe.

Él, que seguía sujetándola por la muñeca, rio discretamente, y ella se dio cuenta de lo pequeños que eran sus huesos junto a los de él.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó el joven.

—Mucho mejor. —Jessie liberó su muñeca—. ¿Qué tal usted?

Monty movió los hombros como haciendo ejercicio e hizo un gesto de dolor exagerando un gruñido.

—Como diría el chófer de mi padre, me siento igual que dos caballos viejos juntos.

Ella rió y la sencillez del sonido la sorprendió.

—Venga, pase y le haré una taza de café para que entre en calor, pero le advierto que luego lo echaré.

Jessie abrió la puerta y accionó el interruptor, y el haz de luz resaltó el rostro pálido de Monty. Ella se percató de que la miraba de un modo extraño; su aspecto debía de reflejar lo mal que se sentía.

—Ha sido un día muy largo —explicó Jessie.

Lo único que quería era cerrar los ojos y anular su vida unas horas antes de lanzarse a dar el siguiente paso. La sola idea le entusiasmaba y aterraba a partes iguales, pero ahora lo que necesitaba era descansar.

No le fue nada fácil, estando ya en su apartamento, reprimir ponerse delante de su invitado con los brazos en jarra y preguntarle qué hacía allí y qué quería, pero consiguió no hacerlo, ya que eso lo ahuyentaría de allí y Jessie se dio cuenta, no sin

sorpresa, de que no estaba preparada para ello, a pesar del cansancio y de los golpes que notaba en la cabeza. Aquel hombre había decidido ayudarla, fuera por la razón que fuese, y Jessie se veía entre la sospecha y la gratitud. Aquella noche, la gratitud fue la vencedora.

Se atareó en la cocina y preparó dos tazas de cacao en vez de café, y añadió a la bandeja dos chupitos de *whisky*. Con propósito medicinal, claro. Cuando entró en el salón sintió una oleada de irritación al ver que Monty había abandonado el lugar que ella le había asignado en el sofá y estaba junto a la librería inspeccionando los libros y con una copia de *La buena tierra*, de Pearl S. Buck, en la mano. La soltó rápidamente, como si se hubiera dado cuenta de que se había extralimitado en sus privilegios. Los libros de una persona son privados, nadie los debe sacar así como así. Dicen mucho de alguien. ¿Qué conclusiones estaría sacando Monty de ella?

Él asintió al ver el *whisky*.

—Buena idea —dijo, y volvió al sofá.

Jessie comprobó que, a pesar del dolor de hombros, el hombre se movía con la seguridad propia de los de su clase, con la convicción de que allá donde fuera era siempre bienvenido. Sus huesos se asentaron en los cojines de Jessie como si pertenecieran a ellos y sus ojos marrones la observaron por encima de la taza de cacao de un modo que la hizo sentirse como la invitada en lugar de la anfitriona. Jessie se dejó caer en el sillón y se bebió el *whisky* de un trago.

«Mejor, mucho mejor ahora».

Estuvieron sentados en silencio durante todo un minuto, tomando sus bebidas calientes a sorbos mientras Jessie examinaba el rostro de su acompañante entre el vapor. Poseía una cierta austeridad que chocaba con la inclinación de su boca y la aparente predisposición de sus ojos marrones a sonreír. Sin embargo, no era muy buen actor, de eso ya se había dado cuenta, y se preguntaba cuánto de lo que estaba viendo era una máscara y cuántas máscaras distintas tenía en su poder. Aun así, le gustaba esa paz que inspiraba y el hecho de que no sintiera siempre la necesidad de hablar. El silencio que se creó en la estancia era cordial y el siseo de la cocina de gas, relajante.

—Bueno. —Jessie soltó la taza y el platillo—. He ido a ver a Archie al hospital. Está muy irritado por no poder seguir en acción, por estar perdiéndoselo todo. Me ha dicho que usted también ha ido a verlo. Ha sido un gesto muy amable por su parte.

Frunció el ceño y se encogió de hombros quitándole importancia; típico de un hombre que no lleva bien los agradecimientos.

—El Movimiento Nacional de Trabajadores Desempleados está teniendo ahora su momento de gloria —comentó él—. Siguen enfrentándose a la Policía de Londres por toda la ciudad y no paran de ocupar las páginas principales de los periódicos.

—Mi padre opina que *Sir Oswald Mosley* es quien debe tomar el control ahora; lo ve como a un líder poderoso para los tiempos de crisis.

—Mosley es ese que dijo: «El arte de la vida es seguir el ritmo de tu época». No

se le da mal percibir el humor de la gente en esta horrible depresión y saber lo que necesitan.

—Es un barón, ¿no? Está emparentado con la familia real. ¿Lo conoce?

Frunció más aún el ceño y bebió del *whisky*.

—Sí, nos hemos conocido. —Dejó el vaso sobre la mesa y se inclinó abruptamente hacia adelante—. Dígame, señorita Kenton...

—Llámeme Jessie.

Monty levantó un poco la comisura del labio.

—Un nombre encantador.

—Puedo vivir sin la galantería, gracias.

Se rió entre dientes y pareció revelar así otra mueca más de su cosecha.

—Bueno, Jessie, cuéntame qué crees que le ha ocurrido a tu hermano.

El cambio de tema, la cordialidad y lo directo de la pregunta cogieron a Jessie fuera de juego. ¿Cuánto estaba dispuesta a contarle?

—No lo sé, pero para mí hay dos posibilidades obvias. —Habló con cautela, como dándose a sí misma tiempo para pensar—. O bien ha dejado el país para huir de algo problemático en lo que se había visto involucrado... —Hizo una pausa porque el corazón le latía cada vez más rápido.

—¿O...?

—O ha dejado Inglaterra específicamente para tomar parte en alguna actividad en Egipto, de ahí el código del que te hablé. El hecho es que parece ser un secreto y que no pinta muy bien, y podría tener que ver con antigüedades egipcias.

No hizo mención alguna al pasaporte.

—¿No puede ser ninguna razón inocente? ¿Cómo escaparse unas semanas con su novia?

—¿Qué sabes de su novia? —La pregunta le salió demasiado brusca, como si le hubiera dado un bocado directo a Monty.

Él levantó las manos con las palmas hacia ella.

—Nada —dijo—. Nada de nada. Solo estaba resaltando lo obvio, eso es todo, y preguntándome por qué ignoras esa posibilidad.

Jessie no necesitaba que le resaltara lo obvio, ya lo habían hecho demasiadas veces. Incluso Archie.

—Le he preguntado a los amigos de Tim —le había dicho con la cabeza vendada en el hospital, el ojo hinchado y la mejilla amoratada—. Ya conoces a Tim, estará ganándose a alguna chica e invitándola a todo... Viejo pillín.

Esa era la cuestión, que Jessie, efectivamente, conocía a Tim. No se trataba de una chica, ni siquiera de la atractiva Anippe. Aquello iba mucho más lejos.

—¿Tienes hermana, Monty? ¿O hermano?

—No.

—Entonces quizás no lo entiendas por eso; lo obvio no es siempre el camino por el que decantarse cuando se trata de un hermano o una hermana.

Ni una palabra, ni una sonrisa, ningún gesto expresivo con la ceja... Aquella vez no hubo nada de eso, sino que se quedó mirándola y, sin apartar la vista, le dijo en voz baja:

—Veo mucha convicción y una lealtad ciega en ti. —Separó mucho las palabras, concediéndole a cada una su momento para respirar antes de pronunciarla, como si se tratara de una lengua extranjera para él.

Jabez dejó de lavarse las orejas frente al fuego y caminó hasta la alfombra que separaba a Jessie de Monty con la cola elevada como un pararrayos, como si percibiera un cambio en el aire de la habitación y previera la tormenta que se avecinaba.

—Pretendo partir hacia Egipto lo antes posible —anunció Jessie—. El viaje combina avión y tren, al parecer. Así que lo primero que tengo que hacer mañana por la mañana es comprar el billete para...

Monty se levantó repentinamente y le ofreció a Jessie un cigarrillo de su pitillera de plata. Ella negó con la cabeza, molesta por la inesperada interrupción.

—Un buen cigarrillo facilita el proceso mental —dijo él.

Después de dudar un instante, lo aceptó y él se lo encendió antes de volver a su asiento. Fue entonces cuando se le iluminaron más sus ojos grises y Jessie no tuvo la más mínima duda de que lo que estaba a punto de decir era la auténtica razón por la que había ido a su casa aquella noche. Dio una calada al cigarrillo y se quedó a la espera.

—Tengo un amigo —dijo él— que tiene una novia en París, una bailarina francesa remilgada, Giselle, todo plumas y ligas. En fin, Jack está tan embelesado con esta potra exótica que viaja cada fin de semana en su avión privado para verla, en cuanto puede librarse de las ataduras diarias del banco de su padre. Vuela cada sábado por la mañana, cruza el Canal y llega al aeropuerto de Le Bourget, y empieza entonces a ingerir grandes cantidades de absenta y de *oh là là* francés. —Soltó una risotada, pero el sonido no se correspondía con la expresión de sus ojos—. Estaría encantado de poder ayudar. Sería un saltito hasta París, después el tren a Brindisi y cruzar el Mediterráneo en hidroavión.

Jessie soltó el humo y estudió a su compañero a través de la neblinosa cortina.

—¿Por qué haría eso?

—Porque yo se lo pediría.

Así que estaba seguro de que Jessie iba a seguir con su plan de ir a Egipto.

—Gracias —dijo ella—, pero no, gracias.

Él se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la cara y Jessie pudo sentir su frustración.

—¿Por qué no, Jessie? Nos daría un comienzo mucho más ventajoso.

—¿Nos daría?

—Sí, a ti y a mí.

Jessie se levantó y miró desde arriba la cabeza girada de Monty.

—No hay tal nosotros. Viajaré sola.

Fue hasta la cocina y volvió con la botella de *whisky* para rellenar los vasos.

—Te veré a la vuelta y te contaré qué ha pasado.

Monty estiró las piernas, haciendo una buena imitación de estar relajándose, y se encogió de hombros con afectado descuido.

—No seas tonta, Jessie, está a más de tres mil kilómetros. No puedes hacer todo ese viaje tú sola. Además, la desaparición de tu hermano no se me va de la cabeza y me pesa en la conciencia... No quiero tenerte a ti también en mi pesar.

—Tu conciencia es problema tuyo, no mío. Soy perfectamente capaz de hacer el viaje hasta Egipto yo solita.

—Claro que lo eres, eso no lo he dudado ni un segundo, pero esa no es la cuestión. Es demasiado peligroso para una mujer ir sola por aquella parte del mundo.

—¿Has estado allí?

—Sí, una vez, cuando tenía dieciocho años. Fui a pasar el verano antes de empezar la universidad en Cambridge y navegué por el Mediterráneo. Donde más tiempo pasé fue en Marruecos. —Se le cambió la mirada y las líneas de expresión se le suavizaron, y Jessie no pudo evitar pensar qué recuerdo se le acababa de venir a la mente. El joven hizo un gesto con la mano para despertar de la ensoñación, como si la habitación fuera un cielo azul abierto—. Pero también viajé por Alejandría y subí hasta la costa norte de Egipto. Es una ciudad muy bonita e impactantemente británica y elegante, te encantará. Sin embargo, no llegué hasta El Cairo ni hasta Lúxor, en el sur, aunque me habría encantado ver algunas de las tumbas de los faraones y el Gran Templo de Karnak.

Sus palabras estaban formando una barrera, un muro que cruzaba la habitación.

—No —le dijo ella con firmeza. Pero la negativa no llegó a oídos de Monty—. No —repitió, y esta vez sí la escuchó—. Gracias por el ofrecimiento, pero viajaré sola.

Él la miró durante unos instantes y después se presionó las cuencas de los ojos con la parte inferior de las palmas de las manos. Lo que fuera que estaba pensando, estaba enmascarándolo.

—¿Estás cansado?

Él apartó las manos y su mirada ya no era la de un caballero ofreciendo ayuda a una damisela en apuros; la miraba con desolación, con una necesidad imperiosa, y a ella le dio un vuelco el corazón. De repente deseaba que no estuviera allí con ella, que no hubiera ido a visitarla. Estaba enredando su decisión, tan clara e irrefutable momentos antes.

—Jessie, escúchame —le dijo amablemente—. Egipto es una tierra de hombres, un país en el que las mujeres están relegadas a la cocina y la alcoba... Te irá mucho mejor al investigar sobre tu hermano y hacer preguntas si vas con un hombre al lado.

—Pero...

—Sí, lo sé, sé que esto va en contra de nuestra forma de pensar —le dijo él con

una sonrisa atribulada—; sé que es difícil para una joven moderna como tú aceptar esto en 1932, pero es así. —Suspiró levemente—. Te prometo que es así, así que déjame ir contigo. Es verdad todo lo que he dicho sobre mi conciencia, me siento responsable porque la sesión de espiritismo que pareció desencadenar la desaparición de Tim tuvo lugar en mi casa. Lo siento, lo siento sinceramente, y no quiero verte en peligro a ti también.

—¿En peligro? ¿Qué quieres decir? ¿Está Tim en peligro?

—Solo digo que si estuviera bien habría contactado contigo ya, ¿no crees?

Jessie sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. ¿Y si tenía razón? ¿Y si necesitaba a aquel hombre tanto como él parecía necesitarla a ella?

Se bebió el *whisky* de un trago y agradeció el calor que le provocó.

—Muy bien, Monty, haremos este viaje juntos.

Él le sonrió; ya estaba todo hecho.

—¿Por dónde empezaremos a buscar?

—Por El Cairo.

Monty levantó el vaso.

—Por El Cairo —dijo, ofreciendo un brindis—. Y por Tim.

Tim. El nombre de su hermano retumbó en su cabeza. ¿Era ya demasiado tarde?

21

Georgie

Inglaterra, 1929

Está nevando. Me gusta la nieve. Abro la ventana y saco el brazo desnudo a través de los barrotes de metal para sentir los copos helados posarse sobre mi piel. Sé cómo se hace la nieve, he leído cómo el agua se evapora en la atmósfera y cómo se condensa hasta crear cristales de hielo, y esos cristallitos se unen para formar copos de nieve que caen al suelo.

Sin embargo, me asusto de mi propia mente porque empiezo a preguntarme si serán naves espaciales en miniatura que vienen desde Marte, hechas para que se desvanezcan y se conviertan en líquido al entrar en contacto con lo humano. Es posible. Todo es posible. Pero pienso en las agujas que el doctor Churchward me clava en el brazo y sé que he perdido la cuenta esta semana. Odio perder la cuenta. Lo odio, lo odio.

Siento que la mente se escapa a mi control, es resbaladiza y traicionera, y las palabras salen de mi boca sin poder retenerlas.

—Cuéntame qué hace Jessie, cómo es.

Parpadeas como el gato de ojos azules que observo perseguir a los pájaros en el jardín.

—Se parece a ti —dices.

Entonces es cuando sacas una fotografía de mi hermana del bolsillo de tu chaqueta y me la enseñas.

Empiezo a llorar y no paro.

Tengo un secreto.

Tengo que esforzarme y practicar para no contártelo, igual que entreno mis músculos con las mazas cada sábado. No me permiten tener las mazas de madera porque dicen que podría ser peligroso con ellas, pero tú las metes a escondidas todos los sábados igual que metes a escondidas los periódicos. Tengo que ponerme guantes para leerlos porque no puedo soportar mancharme con la tinta negra, y solo me dejas leer ciertas páginas porque dices que las otras me impactarían demasiado. Aun así,

siempre me quedo impactado. Por la violencia, los asesinatos... Pero me gusta leerlo porque me hace darme cuenta de que no estoy solo.

Mataría al doctor Churchward si pudiera.

Ya tengo los brazos y el pecho de un hombre, me dices, no de una chica. Nunca fueron de una chica, siempre fueron míos, pero no te hago esta anotación. Estoy aprendiendo.

Tengo un secreto. Tiene que ver con el tejado de esta residencia. A veces me cuesta muchísimo esfuerzo no contártelo, pero es demasiado peligroso.

El aeropuerto de Croydon tenía estilo. La terminal era un edificio *art déco* que había sido construido cuatro años antes, en 1928. Irradiaba confianza y calmaba los nervios con su aroma distintivo a barniz de cedro. Monty estaba de pie bajo la cúpula central de cristal en su enorme recibidor de reservas, contemplando el cielo azul que los observaba desde arriba. Hacía un buen día para volar.

Vio a Jessie caminar hacia él por el suelo de parquet abriéndose camino elegantemente entre la multitud y pasando entre las columnas cuadradas, donde las motas de polvo resplandecían bajo la luz del sol alrededor de su cabeza como luciérnagas. Sintió aquella presión familiar en su pecho de cada vez que la veía, esa sensación no del todo molesta, como si algún extraño metiera la mano entre sus costillas y le sacara los pulmones; era una extraña mezcla de dolor y placer. En aquel preciso instante, se concentró en el placer. Le sonrió y ondeó su sombrero de jipijapa, y se acercó a ella para librarla de la pequeña maleta de piel. Le gustó especialmente el detalle de que viajara ligera de equipaje.

Jessie llevaba puesto un vistoso casquete y una chaqueta de color azul marino ajustada que le bajaba hasta la falda de color crema de tela suave y vaporosa que le ondeaba alrededor de las caderas mientras se acercaba a él con sus prácticos zapatos planos. La saludó con un beso en cada mejilla.

—A la francesa —le dijo riéndose—. Ya que vamos a Francia...

Ella asintió y miró a su alrededor, cautivada por las columnas de madera en las que los relojes mostraban la hora de los principales aeropuertos del mundo.

—Me gusta este sitio.

—Es el orgullo y la alegría de Purley Way. La gente se acerca hasta aquí solo para ver los aviones. Venga, vamos a registrarte en el mostrador de Imperial Airways y después déjame que te enseñe la terraza panorámica que hay escaleras arriba.

Le cogió la maleta y pasó la mano de Jessie por su brazo. Para su sorpresa, ella no se resistió.

Lo de estar en las alturas le altera a uno la percepción; que se lo digan a Amy Johnson en su *Gipsy Moth*. Te saca de corretear como un ratoncillo entre el polvo junto con los demás habitantes del suelo y hace que el viento penetre en ti para ordenar tus pensamientos. Monty se inclinó sobre la barandilla del mirador del tejado de la terminal, fumándose tranquilamente un cigarrillo, y se preguntó por primera vez en mucho tiempo por qué estaba tan empeñado en intentar mantener el patrimonio Chamford. Sería mucho más sencillo dejar que el doctor Septon Scott construyera su sucia fábrica y sus casas en él y que le dieran por saco.

—¿Qué has dicho? —Jessie seguía esperando una respuesta.

—No he dicho nada —contestó Monty, preocupado por haber pronunciado en voz

alta alguna de las palabras que le rondaban la mente.

Ella estaba de pie junto a él e inusualmente calmada. Parecía completamente libre de la tensa sensación de actividad que rodeaba a los demás pasajeros que esperaban el vuelo de las 12:30 con destino París. Estaba concentrada en los aviones que aterrizaban sobre la pista de césped como pájaros gigantes que se posaban en ella para pasar la noche. Cada vez que aterrizaba uno y llegaba hasta la pista de estacionamiento que tenía asignada, Monty le hablaba del avión: *un Imperial Airways de tres motores Argosy o un monoplano Fokker KLM, y allí aparcados un De Havilland 50 antiguo, un Nimbus y un par de LEO 21 franceses.*

—Sabes mucho sobre aviones —comentó ella.

—Demasiadas horas perdidas leyendo la revista *The Aeroplane* bajo una manta, me temo, en lugar de estar informándome sobre Herodoto. —Rio—. Siempre he sido un tipo vago.

Ella lo miró de reojo.

—¿De verdad?

Monty señaló a la multitud de espectadores que había en el recinto y que habían pagado para conseguir unas buenas vistas. Costaba tres peniques acceder al tejado.

—¿Sabes que —dijo él en voz baja— ya han pagado este año más de setenta mil personas para ver los aviones?

—No me extraña. Es como estar sentado en el borde del mundo esperando lanzarte a... —Se detuvo cuando el viento le levantó el sombrero y se lo agarró con fuerza, dedicándole a Monty su perfil y su pálida piel de color crema bajo los rayos del sol.

—¿Lanzarte a dónde? —preguntó él.

—A un trozo del futuro.

Un Puss Moth pequeño viró bajo la luz del sol y se detuvo en el césped.

—¿Es eso lo que esperas encontrar en Egipto? ¿Un trozo de futuro?

Ella se giró para mirarlo, con los ojos colmados del amplio cielo azul.

—No, quiero encontrar mi pasado y soltarle la mano.

Se sentaron el uno junto al otro. Ella no habló mucho durante el trayecto; era una cualidad que Monty apreciaba especialmente, que no hubiera necesidad de rellenar los silencios con cháchara. Según su experiencia, eso era muy poco común en una mujer. Cuando creía que nadie la estaba observando, Jessie tocaba con la palma de la mano la ventanilla como si tratara de aferrarse a un trozo de cielo.

—*Lujo en las alturas* —comentó Monty—. Ciertamente Imperial Airways cumple con las expectativas de los pasajeros con su famoso servicio Silver Wing.

Jessie había insistido en ceñirse a su plan y viajar sin la ayuda de nadie, así que Jack y su avión habían sido educadamente rechazados. Le sonrió.

—Es más elegante que mi apartamento.

—Y más acogedor que mi cocina. Con mejor comida también.

Jessie rio.

—Aunque algo más ruidoso, eso sí. —De fondo, los cuatro motores Bristol Jupiter zumbaban incesantemente.

Jessie no mostraba ningún signo de nervios por ser la primera vez que volaba, sino más bien lo contrario. Como mucho, de vez en cuando miraba la puerta del compartimento del piloto como deseosa de que acelerara.

El biplano Handley Page 42 era impresionante. Podía transportar hasta treinta y ocho pasajeros con unos niveles de comodidad que a Monty le recordaban más a los grandes transatlánticos que a un avión, con asientos acolchados de felpa y madera barnizada, mantelitos de damasco blancos y una porcelana preciosa. Tenía incluso un timbre eléctrico que había que pulsar para solicitar la atención de un auxiliar de vuelo. Por lo que no resaltaba era por la velocidad.

—Este avión es firme y seguro como la roca de Gibraltar —comentó Monty mientras un auxiliar les ponía delante una taza de café— y casi igual de rápido.

—Tardaremos tres días y medio en llegar —dijo Jessie en voz baja—. ¿Qué no podría ocurrirle en tres días y medio?

—Pasarán rápido.

—¿Sí?

Le caía un mechón de pelo por la frente, como un resplandor dorado, pero esto no le impidió a Monty percibir la tensión de los músculos de la nuca de Jessie y pensó en ponerle la mano sobre las suyas.

—Antes de que te des cuenta estaremos ya en El Cairo —le afirmó.

—Ochenta horas hasta El Cairo.

—Y después, ¿qué?

—Muy simple. Después encontraremos a Tim. —Ella no permitió que la mirara a los ojos.

Estaba lloviendo en París. Aterrizaron en el aeropuerto de Le Bourget y Monty llevó a Jessie a hacer un poco de turismo por la ciudad para matar el tiempo que tenían libre. El tren que les haría todo el recorrido completo por Francia hasta Brindisi, en el sur de Italia, no saldría de la Gare de Lyon hasta las 21:30, así que Monty llevó a Jessie a su lugar favorito de París, la basílica del Sacré Coeur. La mantuvo entretenida con historias sobre la insurrección de la Comuna de Montmartre en 1871, que condujo a la construcción de aquel gran templo blanco sobre la colina.

—La construyeron en este lugar para expiar el crimen de los rebeldes —explicó Monty.

Ella apartó la vista de la iglesia para mirarlo directamente a él.

—Expiar... Qué palabra tan apropiada.

Para sorpresa de Monty, Jessie sacó una libreta y esbozó el edificio con varios trazos ágiles del lápiz. Monty sostenía el paraguas sobre ella, pero estaba seguro de que ni era consciente de la lluvia; estaba perdida en su mundo, completamente

absorbida por lo que hacía. Cuando terminó de dibujar las cúpulas bizantinas de la obra arquitectónica, cerró la libreta antes de que él pudiera echarle un vistazo al dibujo y la tiró dentro del bolso como si fuera algo inservible. Pasó el brazo húmedo por el de él y dijo:

—Vamos a comer algo.

Él la condujo hasta Fouquet's, con su toldo rojo y dorado ofreciéndoles un refugio de la lluvia en los Campos Elíseos. En su elegante salón revestido de madera ella insistió en que no estaba hambrienta, pero Monty observó la palidez de sus mejillas y pidió para ambos: *escargots* y trucha a la *meunière*, seguido por pichón asado y sorbete de granada. Jessie paseó el tenedor por toda la comida, pero en realidad comió poco. Únicamente el café y el licor parecían producirle placer gastronómico.

—¿Cómo se mantiene el Sacré Coeur tan blanco e impoluto? —preguntó ella de repente—. ¿Por qué no está ennegrecido por la polución y el hollín de la ciudad, como le pasa al Parlamento de Londres?

—Porque se construyó con piedra Château-Landon. Cuando llueve, la piedra reacciona con el agua y segrega calcita, que actúa como blanqueador.

Jessie posó los codos sobre la mesa y le sonrió lentamente.

—Sabes un montón de cosas raras, ¿eh?

—Nada útil, al parecer. Nada como... —Se encendió un cigarrillo—. Como por qué está tu hermano en Egipto o dónde se esconde. ¿Has considerado la posibilidad de que no quiera que lo encuentren?

—¿Crees que no se me ha ocurrido? Claro que sí, es lo que me quita el sueño cada noche. Pero ¿por qué me dejaría pistas si no quisiera que lo encuentre? ¿Por qué haría eso?

—¿Estás segura de que son pistas y no algo que estás interpretando tú a partir de varios nombres casuales?

—Claro que son pistas. —Exhaló con impaciencia—. Pero son pistas que nadie más sabría reconocer, lo cual implica que quiere que mantenga en secreto que lo estoy buscando. Estoy preocupada por que pueda estar en peligro, así que tú también debes ser discreto. —Se quedó observando su reacción.

Monty estaba impresionado por esa cualidad de ella, su franqueza y su forma de hablar sin tapujos; su honestidad. Si cualquier pobre idiota —y eso lo incluía a él mismo— resultara ser lo suficientemente estúpido como para interponerse en su camino para encontrar a su hermano, lo mínimo que obtendría de ella sería ser desmembrado con sus propias manos.

—Jessie —dijo con recelo, porque eso tenía que decírselo alguien—, esta aventura es espléndida, pero una completa locura. Lo sabes, ¿verdad? No tenemos ninguna opción de encontrar a Tim. Debes estar preparada para enfrentarte a la decepción en Egipto.

Ella abrió los ojos de par en par y Monty pudo ver con claridad una chispa de ira en la profundidad de ellos antes de que se volvieran repentinamente nubosos y

acuosos, y se dio cuenta, horrorizado, de que estaba intentando reprimir las lágrimas.

«Dios, Monty, eres un estúpido».

Aquello no era una aventura para ella, sino que se trataba de una dura prueba y una experiencia mental agotadora. Apartó la mirada para recorrer el establecimiento inspeccionando a los demás clientes para darle tiempo a Jessie. Cogió su vaso de *brandy* y removió el líquido ámbar en el vaso.

—Bueno —dijo finalmente—, Jessie, no vamos a hablar de esa posibilidad nunca más.

Cuando levantó la mirada, ella seguía sentada allí, pero ahora le sonreía abiertamente.

—¡Ja! Un punto débil al fin: las lágrimas de una dama.

—¡Soy un Chamford! Los Chamford no tenemos puntos débiles.

Jessie rio despreocupadamente y él pidió la cuenta. Cuando llegó, Monty dejó varios billetes de francos en la bandejita plateada, ignorando el intento de ella de añadir su parte de la consumición, así que Jessie se volvió a recostar en la silla con los labios apretados.

—Gracias, pero creía que estabas sin blanca —murmuró—, que andabas corto de dinero en tu gran mausoleo.

—He empeñado otro cuadro. —Se dio unos golpecitos en el bolsillo—. Ahora nado en dinero.

—Creía que era para arreglar el tejado.

—Esa condenada casa puede esperar.

Le puso el abrigo a Jessie y salieron juntos de nuevo a la calle reluciente. Era de noche y seguía lloviendo, así que Monty sacó el paraguas y ella volvió a introducir el brazo en el hueco del suyo mientras las gotas de agua se posaban en sus pestañas. El tráfico de París era denso y los faros de los coches diseccionaban los Campos Elíseos, pero Monty no tenía ninguna prisa por llegar a la Gare de Lyon, donde el tren y sus pasajeros seguirían exhalando vapor de agua. Aunque solo fuera por aquel instante, podía olvidarse de Egipto, de las sesiones de espiritismo y de los tejados derruidos y los espectros nebulosos. En lugar de todo eso, pasearon como cualquier otra pareja en París y pudo sentir la calidez de Jessie penetrando en sus costillas.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿También nadas en dinero como yo?

Ella se acercó al hombro de él para que pudiera oírla por encima del sonido del organillo que había en una esquina de la calle y que interpretaba *Frère Jacques* para los viandantes.

—Llevo toda mi vida ahorrando —confesó—. Desde que era pequeña y tenía mi cerdito. Tim siempre estaba intentando meter un cuchillo por la ranura para sacar algunas monedas porque nunca tenía dinero. Siempre sentí...

Monty aguardó, pero no hubo más palabras.

—¿Sentiste qué?

—Que tenía que estar preparada.

—¿Para qué?

—Para... —Su aliento flotaba en el aire húmedo que los separaba a ambos—. Para un desastre que sabía que me ocurriría.

Monty se detuvo en seco y se giró para mirarla bajo el paraguas.

—Por amor de Dios, Jessie, ¿qué tipo de persona eres?

Ella puso los ojos en blanco como enrabiada.

—Del tipo impredecible.

Ambos rieron bajo la lluvia.

En la estación todo fue diferente. Ella pareció cerrarse de nuevo a él, meterse en sí misma y desaparecer de su alcance. Aun así, Monty sintió cómo se le agitaba la sangre ante el ruido y el ajetreo, los gritos de los mozos, los silbidos, los pañuelos ondeando al aire y el resplandor de los abrigos de piel. Los limpiabotas iban a la caza del cliente y los puestos de periódicos resonaban con el viento, mientras el mostrador de café caliente hacía el agosto atrayendo a los clientes de última hora con su aroma. Hubo un violento enfrentamiento entre dos pasajeros que tuvo que ser subsanado con la ayuda de un oficial. Allí no había nada parecido al silencio, solo voces, voces y más voces.

Pero por encima de todas ellas, los enormes motores de las locomotoras respiraban como si fueran criaturas de otro mundo. Monty poseía la pasión de un niño por aquellos seres de hierro y acero, aceite y fuego, que aguardaban pacientemente a ser liberados. Las nubes de vapor recorrían los andenes, despojándose de motas de hollín que le entraban a Monty en los ojos y los orificios nasales y le dejaban marcas en la mejilla, y sintió cómo se le aceleraba el pulso ante la inminente partida y el viaje que tenían por delante. El aire que hinchaba sus pulmones era gris y espeso. Las palomas revoloteaban hasta el suelo en busca de migas de *baguette* por debajo de sus pies y un niño que llevaba una bandeja colgada al cuello iba vendiendo cordones de zapatos, anunciándolos y vociferando en algún dialecto desconocido.

Era un mundo completamente distinto de Chamford Court.

Monty estaba de pie en el andén con Jessie, esperando mientras los demás pasajeros iban subiendo al tren; abrigos húmedos y rostros entusiastas. Les quedaban mil quinientos kilómetros de trayecto en tren hasta Brindisi, en Italia, donde cogerían un aeroplano que los llevaría hasta Atenas, y entonces cruzarían el Mediterráneo hasta el puerto de Alejandría, en Egipto. Mil quinientos kilómetros. «Eso son muchísimos kilómetros, mucho tiempo...», pensó. Monty se imaginaba todos esos minutos sentado junto a ella. Era miércoles por la noche y no llegarían a Brindisi hasta el viernes por la mañana: treinta y seis horas.

Al ayudar a Jessie a subir los escalones del tren, sus manos enguantadas rodearon las suyas y, por un instante, pudo percibir el dulce olor a lluvia en su cabello. Ahora su expresión era tensa —no como cuando subió al avión por primera vez—, como si estando en tierra firme, sin alas con las que volar lejos, fuera más vulnerable. Y tenía

razón; como los relucientes faisanes de sus tierras a los que acribillaba en el aire mientras intentaban escapar, no sabía lo que le esperaba. Y él tampoco. La idea le hizo apretar más la mano de Jessie, cuyos ojos se dirigieron a los de Monty con preguntas mudas.

—Fuera calzos —dijo él, y ella le sonrió.

La acompañó hasta su vagón cama. Las lámparas del pasillo emitían una luz tenue y creaban un ambiente somnoliento. En la puerta, Jessie se volvió hacia él para evitar que entrara en el compartimento y Monty dejó la maleta a sus pies.

—Creo que voy a descansar un rato —dijo ella—. Pero gracias por el día de hoy.

—¿No te tomas algo conmigo antes de ir a dormir?

Ella negó con la cabeza.

—Ve a pulir tu armadura. —Posó una mano en el pecho de Monty y la dejó reposar allí—. Puede que la necesites mañana.

Entonces la puerta se cerró y él se quedó mirando la elegante madera. Lentamente, se frotó la parte frontal del chaleco, sacándole el brillo digno de un caballero blanco, incluso de uno que solo montara un caballo de hierro. Acarició el lugar que su mano había ocupado segundos antes; ardía como si hubiera marcado sus dedos con hierro candente.

Estaba dispuesto a permanecer toda la noche de guardia ante la puerta de Jessie, con los brazos cruzados y ahuyentando a cualquier intruso, pero ella lo habría matado por ello. La razón por la que había sugerido viajar en primera clase no era tanto por la comodidad añadida a los viejos trenes europeos, como le había dicho a ella, sino por la propia seguridad de su damisela. Había menos pasajeros merodeando en los vagones de primera clase y, por supuesto, muchos menos extraños yendo de un lado para otro con otras cosas en la mente que viajar para ver el Partenón o las pirámides.

Se quedó delante de la puerta media hora según su reloj de bolsillo, hasta que todos se habían asentado en sus compartimentos o en sus asientos y el pasillo quedó vacío a excepción del persistente olor de los Gauloises. No había oído ningún ruido desde el otro lado de la puerta y se la imaginó tumbada sobre la manta de brocado de la cama con los zapatos quitados y leyendo un libro —seguramente otra de las ridículas historias de Conan Doyle que almacenaba— para mantenerse ocupada y no acabar vagando por aquellos pasillos lúgubres. No le gustaba imaginársela paseando por aquellos callejones oscuros, ya fueran reales o imaginarios.

Tras esa media hora se movió sigilosamente por el pasillo hasta llegar a su propio coche cama, y de ahí se dirigió al vagón restaurante. Bajo sus pies giraban sin cesar las ruedas del tren, haciéndolo tambalearse de un lado a otro mientras el paisaje llano del norte de Francia pasaba rápidamente ante sus ojos, envuelto en el sueño de la noche otoñal. La luz parpadeó un instante en medio de la oscuridad y recordó la mano de Jessie Kenton sobre su pecho.

Monty iba ya por su segundo *whisky* con soda, mientras ahuyentaba de su mente posibles lugares y situaciones en los que podría encontrarse Timothy Kenton. Jessie le había enseñado una fotografía antes de subir al avión en Croydon y se le había quedado atravesada en la garganta durante un instante en el que no pudo hablar. La fotografía estaba doblada por los bordes y caliente del bolsillo de Jessie. Salían ambos juntos, Timothy y Jessie, sentados en el suelo de su apartamento, jugando a algo y riendo. No lo hacían del modo que lo hace el resto de la gente, con un placer sencillo, sino que se miraban el uno al otro de un modo amoroso y con gran intensidad y júbilo, él con su mano posada en el hombro de ella y los dedos hundidos en su larga barba. Era como si no fueran capaces de dejarse ir el uno al otro si...

Si... ¿qué?

¿Si uno de los dos se desvanecía como ahora? ¿Si se enfrentaba a su peor pesadilla?

Le gustaría saber quién hizo la fotografía. Seguramente habría sido Tabitha, su compañera de piso. Se preguntaba si ella reaccionaría igual que él, con una envidia que le dejaba un regusto maligno en la boca. Envidia de que alguien lo quisiera de aquel modo, de poder querer de esa manera él mismo... Para ello hacía falta algo, y alguien, especial.

Había analizado detenidamente la imagen de Timothy, pero sin hacer ningún comentario. Una masa de rizos rubios, una cara interesante por estar tan bien definida y proporcionada: nariz recta, barbilla prominente... Habría sido anodino de no ser por los ojos, que estallaban en risas y rebosaban energía. Era una persona a la que resultaría fácil querer, excepto por la boca: era amplia y carnosa como la de su hermana, pero había algo alrededor de ella que indicaba debilidad, una especie de necesidad de los demás que se filtraba por la sonrisa como el *whisky* por las grietas de un vaso roto. Daba la impresión de que estuviera viviendo una vida que no le pertenecía, además de aferrarse a Jessie como a la vida misma.

—¿Podemos sentarnos aquí, joven? ¿Le importa?

Monty se apartó del *whisky* con soda y miró a la pareja que había junto a su mesa del vagón restaurante. Le parecieron un militar retirado con un generoso bigote y una esposa que parecía esculpida en tiza, con el cabello y la piel blanquísima.

—¿Le importa? —repitió la señora—. Todos los sitios están ocupados.

Tenía razón, todas las mesas estaban ocupadas con los *brandies* y los cafés de antes de irse a dormir. Monty se levantó educadamente e hizo un gesto hacia los dos sitios libres que tenía enfrente, al otro lado del impoluto mantel blanco.

—Por favor, claro, será un placer.

No era verdad, quería estar a solas, pero tampoco lo era cuando daba los buenos días en un día de lluvia torrencial en el que la bolsa había caído; no eran más que palabras, el cemento que une a la sociedad.

La pareja se sentó en las sillas y le sonrió.

—Soy el teniente coronel Forester y ella es mi esposa, la señora Forester.

Monty le dio la mano.

—Montague Chamford.

Pidieron dos vodkas con martini y Monty, otro *whisky* para él cuando comenzaron a contarle que se dirigían a Alejandría —su hija se había casado allí con un diplomático— y a criticar la nación egipcia por reclamar la autonomía de la mano guía del gobierno de su majestad, sus caciques británicos.

—Les concedimos a los egipcios el derecho a tener su propio Parlamento el año pasado —declaró la mujer de tiza— y se podría decir que ya con eso bastaba, pero no, siempre quieren más, siempre más. Después de todo lo que hemos hecho por el pueblo egipcio; mire el canal de Suez, el comercio del algodón que hemos desarrollado para ellos por todo el Imperio... Cualquiera pensaría que deberían estar agradecidos a los británicos, pero no, no es así.

—¿Sí? —La única palabra de Monty fue cortante—. Me sorprende al contarme esto.

Ella lo miró fijamente, con la mirada dura.

—Señor Chamford, estuvimos igualmente en la India y le aseguro que no hubo nada parecido a la gratitud.

—¿Es eso cierto?

El esposo de la señora era quien más atento parecía estar al tono cortante de Monty.

—No es que queramos cortarlos a todos por el mismo patrón, querida —le dijo a su esposa—. Recuerda al viejo Rajat Singh. Era genial y adoraba a los británicos.

Se tocó el bigote en un intento por animar el humor de la conversación y rio.

La mujer cogió su martini en cuanto llegó y expandió los orificios nasales sobre él.

—No son capaces de gobernarse a sí mismos —insistió—. Hay que tratarlos como a niños, ¿sabe?

—Señora Forester. —Monty se inclinó sobre la mesa, acercándose a las capas de polvos blancos que intentaban ocultar las décadas de tomar el sol en las zonas subtropicales—. Si yo entrara en su casa y le dijera cómo llevarla, ¿le gustaría? ¿Me estaría agradecida? ¿Me daría las gracias por hacerle su vida miserable?

Durante diez segundos no habló nadie. En las mejillas de la mujer, un refulgir de color rosáceo se fundió con los polvos blancos. Monty permaneció inclinado y aguardando una respuesta.

—¡Caballero! —El teniente coronel fue quien encontró su lengua en primer lugar—. ¡Esperaba más de usted! Un hombre de su casta debería saber más sobre el mundo y, más importante, joven, debería saber cómo tratar a una dama. —Las venas de ambos lados de la nariz propulsaban sangre fresca.

Monty tuvo el impulso de golpear, de hacerle ver a la mujer cómo era que alguien asumiera que tenía el derecho de usar la violencia física para imponerse.

—¡Discúlpese! —vociferó Forester.

—¿Por qué?

—Por su grosería con mi esposa.

—No, señor, no lo haré.

—Insisto.

Estaba elevando la voz y las cabezas del vagón restaurante se giraban para mirarlos. Monty apuró su bebida y en algún lugar tenue de su mente supo que aquello tenía que ver con Jessie, no con Egipto o la India, ni tampoco con las chorradas que habían soltado aquellos dos colonos arrogantes. Aquello trataba sobre castigarse a sí mismo. Volvió a mirar al rostro no tan pálido de la señora Forester; si apartara los polvos con una palita, ¿qué tipo de ser humano encontraría debajo?

—Señora —dijo con un tono lo suficientemente frío como para helarle el martini—, si yo fuera un nativo que trabajara para usted y me tratara como a un niño, lo que...

—Bueno, bueno, chicos, chicas, ¿qué sentido tiene andar a tortas por unos cuantos negros a los que no les importáis un bledo?

Los tres miraron alrededor sorprendidos. La voz poseía un acento del este de Londres que se podía cortar con un cuchillo y pertenecía a una señora de mediana edad que se había levantado de su asiento al otro lado del pasillo. Dio un golpe con la mano sobre la mesa donde estaban Monty y el matrimonio con tal fuerza que los vasos se tambalearon. Monty ya se había fijado en esa señora en el andén; no era el tipo de persona que pasa desapercibida entre la multitud, ya que era igual de alta que él y se erigía como un mástil. Llevaba las gafas colgadas al cuello por medio de un cordón azul brillante y reposaban sobre su escaso busto como un par de ojos atentos.

—Señora —dijo el teniente coronel cuando se recuperó—, esta es una conversación privada.

—¡Privada, ja! Si quiere que sea privada, no grite tanto.

—Le pido que nos deje solos, señora. —Forester se volvió hacia Monty, buscando apoyo en él por el agravio.

Sin embargo, Monty no le correspondió. En lugar de ello, hizo un gesto de deferencia con la cabeza indicándole a la mujer que se sentara en el asiento que tenía libre a su lado.

—Siento haberla molestado. ¿Querría unirse a nosotros? Puede ejercer de árbitro.

Sin dudar lo más mínimo, la esbelta figura se situó junto a él y le sonrió a Forester desde el otro lado de la mesa.

—Qué lugar tan acogedor, ¿verdad, tesoro?

—Ciertamente lo es —dijo Monty amablemente para provocar más aún al teniente coronel—. Deberíamos pedir champán para celebrar el comienzo del viaje. Señora Forester, ¿me aceptaría un champán?

La risa de la recién llegada inundó el vagón, pero el señor Forester se puso de pie instantáneamente y se dirigió a su esposa.

—Vamos, Amelia, retirémonos a dormir. —Miró a Monty con cara de pocos amigos—. Usted, señor, no es ningún caballero.

—Y usted, señor, es un intolerante.

Su esposa apuró el martini con manos expertas y fue junto a su marido. Tras muchos reajustes de guantes y adornos, miró a Monty con frialdad.

—Mi esposo luchó por su país y vio cómo morían sus amigos por la patria. ¿Qué ha hecho usted?

—Ah, pues ahí me ha cogido, señora. —Monty extendió las manos en señal de rendición.

Satisfechos, los Forester se marcharon a su coche cama y la recién llegada se deslizó hasta el otro lado de la mesa para tener a Monty de frente. Así él pudo estudiarla más detenidamente. Debía de tener unos cincuenta años al menos, a juzgar por sus ojos, pero no más de cuarenta por su piel, así que debía de estar en medio de estas cifras. No llevaba sombrero ni pañuelo en la cabeza de ningún tipo, como hacían la mayoría de las mujeres, pero su cabello castaño claro estaba recogido en un moño tan apretado que le tiraba hacia atrás de las cejas. Tenía el rostro fino y la barbilla afilada, y a Monty le recordaba en todo momento a una garza, sobre todo por su costumbre de encogerse de hombros bajo los pliegues de su largo abrigo gris, como hacen las aves con sus plumas antes de volver a sumergirse en el agua.

—Gracias —le dijo él con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Por apartar a esos invitados no deseados.

—Lo que haga falta, joven.

—¿Champán?

—Si usted invita... —Reposó los codos sobre la mesa—. Le ha molestado, ¿verdad? Esa burra altanera con el comentario final.

—Sí, me ha llegado hondo —dijo en voz baja, y levantó el vaso hacia ella.

—Me atrevo a decir que se lo merece. Ustedes, los encopetados, no hacen mucho en realidad, ¿no es así?

—Me limpio el monóculo yo solo de vez en cuando. Mi mayordomo puede dar fe de ello.

Ella rió de un modo muy natural, moviendo los hombros por la diversión del momento.

—Mi nombre es Maisie Randall. Soy de Londres y me dirijo a Egipto. ¿Qué hay de usted?

—Soy Montague Chamford, de Chamford Court. Y me dirijo al infierno, al parecer.

—¿No es ningún *lord* de esto o lo otro? Da la impresión de ser una de esas personas que llevan chistera para dormir. —Rio ante su propia salida.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Habla como si tuviera bolas de naftalina en la boca, por eso. No pretendo

ofenderlo con esto.

—No me ha ofendido, señora. —Monty le hablaba pausadamente y con complicidad, atrayéndola cada vez más a él.

Tras esa risa se percibía astucia y cierta sensación de estar siempre alerta en su mirada grisácea. Monty había visto la misma forma de mirar en un zorro una vez en sus prados, la mirada de una criatura que sabe cómo sobrevivir en tiempos difíciles. Bajó la voz y le confesó:

—Para ser honestos, es *Sir Montague*, pero no me gusta decirlo mucho porque... Demasiado tarde.

—*Sir Montague* —vociferó—. ¡*Sir Montague*!

Las cabezas se giraron y dirigieron miradas curiosas en su dirección.

—¡Lo sabía! —Le extendió la mano—. Encantada de conocerlo, *Sir Montague*. Es un gran honor.

Monty suspiró.

—Es suficiente —murmuró mientras le estrechaba la mano con un apretón firme—. Ya se ha divertido bastante. ¿O debería empezar a hablarle en *cockney* con comentarios sobre su *barnet*, en lugar de barrio, o preguntándole dónde se ha dejado su *titfa*, no su sombrero, y pidiendo para comer anguilas en gelatina?

—Ha estado genial, señor.

Monty se relajó en el asiento y sonrió. Lo más extraño de viajar era las personas con las que uno se topaba mientras el tren traqueteaba sin cesar, y aquella tal Maisie Randall era la última persona que esperaba encontrarse en el vagón restaurante de primera clase con destino a Egipto; aquel encuentro le alegró el día. Sacó su pitillera.

—¿Le importa que fume?

—Qué va. Maldito hábito.

Ella rebuscó en su bolso de mano de color azul aciano a juego con sus guantes, claramente nuevos, y sacó una cajita fina de baquelita. La abrió para revelar una fila de delgados puros negros sin punta.

—Esto es a lo que yo llamo fumar. —Le ofreció uno a Monty.

—Me quedo con los míos, gracias.

Encendió ambos y ese segundo de intimidad en que ella se inclinó sobre la llama le dio a Monty una inesperada sensación de bienestar. Había tanta calidez en aquella mujer que uno podía reconfortarse junto a ella.

—¿Viaja mucho?

—Es la primera vez que salgo al extranjero.

—¿Y lo hace sola?

—Exacto.

—¿Está nerviosa?

—Estoy muerta de miedo. —Exhaló una bocanada de humo maloliente—. Por no hablar de mi francés, señor.

—Tengo la sensación de que serán los egipcios quienes se asusten al verla llegar.

—¡Anda ya!

—¿Por qué Egipto?

—¿Por qué no? Está todo el mundo montando un alboroto tremendo en torno a ese tipo, Howard Carter, y pensé que sería buena idea alejarme una temporada y echarle un vistazo a ese tal *Tutamón*.

—Tutankamón.

—Eso mismo. —Entrecerró los ojos e hizo una pausa para inspeccionar a Monty —. ¿Y usted? ¿Por qué Egipto?

Monty miró por la ventana, a la noche que pasaba rápidamente, sólida e impenetrable. Lo que vio fue su propio rostro devolviéndole la mirada: agujeros negros en el lugar de los ojos y unas mejillas pronunciadas que amenazaban con salir desde debajo de la piel, y apartó la mirada.

—Me pareció una idea divertida —contestó él con una sonrisa.

—En eso estoy de acuerdo.

Él rio y avisó al camarero con la mano.

—Espléndido. Ahora, ¿dónde está ese maldito champán?

—Cuéntame más cosas sobre Tim, Jessie. ¿Qué tipo de persona es?

Estaban desayunando. O, para ser más exactos, Jessie estaba devorando el desayuno mientras Monty se servía otra taza más de café. Le dolía la cabeza como si un burro estuviera dando coces dentro y masticándole la parte trasera de los ojos. Frente a él, Jessie levantó la cabeza del plato, sorprendida.

Estaba fresca y juvenil aquella mañana y el cabello le brillaba y le caía en ondas del color del trigo por los hombros al mover la cabeza. Tenía un brillo matinal especial.

—¿Qué tipo de persona es? —repitió.

Jessie se quedó pensando unos instantes.

—Es el tipo de persona que te gustaría tener cuidándote las espaldas si te ves en peligro.

Vaya frase. Vaya declaración abierta de amor fraternal. Lo dejó boquiabierto. Para cubrir aquel momento, dio un sorbo a su café, aunque sabía a rayos.

—Sé que Tim está familiarizado con las antigüedades egipcias, pero...

—Él y los faraones son como esto. —Jessie entrelazó dos dedos, tomándole el pelo a Monty con la explicación.

—Pero ¿cuánto sabe sobre el Egipto actual?

—¿A qué te refieres exactamente?

Monty pulió cuidadosamente los filos puntiagudos de sus próximas palabras antes de pronunciarlas.

—Solo digo que hay cierta inestabilidad en esa zona ahora mismo.

Jessie tenía a medio camino entre el plato y sus labios el tenedor con huevos revueltos. Lo soltó en el plato y lo apartó.

—Cuéntame —dijo.

—Oh, ya sabes, están hechos una furia, y en breve todo eso estallará.

La sonrisa se desvaneció de los labios de Jessie.

—Pero en Egipto tienen su propio rey, el rey Fuad, y su propio Parlamento, al que han elegido democráticamente. Creía que todo estaba tranquilo ya en la zona.

—Lo está... Más o menos.

—¿Pero...?

—Pero ¿estarías tranquila si hubiera otro país zapateando con botas militares por tus calles?

—Pues no —dijo, encogiéndose de hombros ante la obviedad.

Monty saboreó de nuevo su café rancio y se calló; no quería que Jessie perdiera su brillo por lo que pudiera decirle él.

—Sé —dijo ella— que, como potencia colonial, estamos destinados a que se nos mire mal de vez en cuando, pero... —Movi6 los dedos hasta el centro de la mesa y esper6 así.

—Tienes que tener en cuenta la historia del país —señal6 Monty—. Invadimos Egipto en el año 1886 y llevamos siendo los amos y dueños desde entonces. Es un territorio vital para nosotros por su situación geográfica, un punto estratégico entre Gran Bretaña y la joya de la corona colonial, la India. Por esto, claro, somos despiadados e inflexibles cuando se trata de mantener nuestro control sobre el canal de Suez y nuestra presencia militar en las calles.

—Lo sé. Tim siempre estaba contándome esas historias escabrosas sobre las grandes batallas que se han librado en Egipto. No sabría decirte cuántas veces he oído la historia de la batalla de *lord* Nelson en el Nilo y su victoria sobre los franceses.

Jessie intentó que le saliera una risa, aunque fuera un sonido insignificante, pero no lo consiguió. Con solo mencionar a Tim, su mundo se venía abajo. Monty sintió cómo la invadía la tristeza y comenzó a llenar su mente con historias de Egipto para distraerla.

—Los egipcios llevan sufriendo la ocupación extranjera desde hace dos mil años. Cuando no eran los persas, eran los orgullosos griegos y los romanos, y se fueron solo porque los ingeniosos turcos mamelucos se hicieron con el poder y lo mantuvieron durante siglos hasta que llegó Napoleón y, con él, los otomanos. Ya te digo, los británicos somos los recién llegados a este juego del Medio Oriente.

Poco a poco fue dándose cuenta de que Jessie estaba observándolo más que escuchándolo, y dejó de hablar.

—Sabes muchas cosas —dijo ella.

—Y todas son completamente inútiles cuando tengo que ponerme a cavar zanjas en mi propiedad.

Ella sonrió, el tipo de sonrisa que llega hasta los ojos y se mantiene viva.

—Quizás deberías abandonar las zanjas, dejar que las consuman las malas hierbas y probar con otra cosa, y no me refiero con esto a las sesiones de espiritismo.

Adelantó la mano un poco más, adentrándose en la otra mitad de la mesa, y él la recogió. No era una mano delicada, sino amplia y cuadrada, con las uñas cortas y sin ninguna alhaja. Cerró los dedos a su alrededor.

—Gracias por venir —dijo ella con tono pausado—. Estoy muy agradecida. Sin ti, sería más duro. —La sonrisa tomó un carácter más divertido—. Estás raro esta mañana —le dijo.

Él apartó la mirada de su rostro y la bajó hasta sus manos enjauladas entre las suyas.

—Me siento raro.

El corazón humano está envuelto en un manto de oscuridad. Así es como lo veía Monty, como que el ser humano posee la capacidad infinita de infligir daño a sus iguales. Ya lo había vivido antes y había desechado sus ilusiones por la ingenuidad del hombre en tal tarea como la del amor, pero aún así albergaba esperanzas de poder estar equivocado. Esperanzas ridículas y patéticas, como las de que Timothy Kenton estuviera entretenido con algún tipo de juego, uno diseñado para incitar a su hermana por alguna razón absurda que solo él conocía.

Era posible. Poco probable, pero posible.

Monty se había sentado en la estrecha cama de su compartimento y permanecía atento al sonido de las ruedas que giraban bajo sus pies. Sería tan condenadamente simple que todo estuviera predicho, que la vida girara sobre dos hileras plateadas paralelas con alguna que otra ondulación en el camino... La imagen de las manos de Jessie entre las suyas seguía presente en su mente, le desconcertaba. No, no creía en el destino, o al menos no de aquella manera en la que se supone que todo está decidido de antemano de un modo inalterable. Eso le vendría bien a los políticos, claro, que todo estuviera perfecta e impecablemente ordenado, como cuando Adolf Hitler imponía su nuevo régimen en Alemania con su partido nazi o ese patán de Mussolini se pavoneaba por Italia con su partido fascista. Y no debemos olvidar al desgraciado de Mosly, que se veía a sí mismo como el sabio de Gran Bretaña y pretendía acercar el fascismo a las verdes costas británicas. ¡Dios nos guardara!

No. Cada uno crea su propio destino, toma sus decisiones, acertadas o no. Ellos preordinan el caos en el que cada uno se introduce más tarde. Sonrió con aspereza. Demonios, aquello era lo que hacía la vida emocionante, que cada uno pudiera tomar sus propias decisiones en cualquier momento, decisiones nuevas que lo ayudaran a salir de aquel pozo sin fondo al que estaba predestinado, y que en la sabiduría infinita residiera la decisión de saltar y salir de él. Aquel tren era la cuerda y él se impulsaba con las manos y los puños y se sujetaba a él, dirigiéndose al pequeño haz de luz de la superficie.

Casi estaba oscuro afuera; era ese preciso momento en el que el día aguanta la respiración antes de exhalar el último susurro y vestirse con las sombras de la noche. Las montañas de Suiza se veían azules y amarillentas a su alrededor, y a veces se

inclinaban tanto hacia ellos que parecía que quisieran echar un vistazo al interior del vagón. Las montañas iban pasando una tras otra, luego un pueblecito de aspecto acogedor y casitas con tejados a dos aguas, el repicar de las campanas de la iglesia y un rebaño de cabras; todo a su paso dejaba lo que estaba haciendo para observar al tren, embelesado como si de un niño curioso se tratara.

Aquel era el momento de tomar nuevas decisiones, de alterar el destino antes de que fuera demasiado tarde.

23

Georgie

Inglaterra, 1929

Los hechos giran en mi cabeza. Te ríes de mí y mis hechos, pero yo no aprendo a no darle importancia.

La Enciclopedia Británica ha sido mi Biblia durante tantos años que he leído cada volumen hasta que las cubiertas repujadas han quedado destrozadas y tienen la marca de mis manos. No puedo evitar recordar los hechos.

Nos sentamos en nuestras preciosas sillas cómodas y te cuento hechos.

—La talla lítica experimental es el proceso de dar forma al sílex, o puede ser una pieza de pedernal o cualquier otra piedra que admita la fractura concoidea para realizar herramientas de piedra. Reducción lítica es el término que se usa para desconchar segmentos de piedra para crear un borde afilado.

—Gracias por la información —dices.

Estoy complacido. Hoy te interesan mis hechos, lo cual no siempre es el caso. A veces me dices que me calle, y he aprendido que no debo aburrir a las personas, así que voy cambiando de temas para entretenerte.

—¿Sabes que usando paralajes trigonométricos es como se puede averiguar la distancia de las estrellas? —Me inclino muy emocionado—. Esta es la mejor parte..., que usando la órbita de la tierra como base se puede averiguar la distancia en pársecs desde el lado angular del paralaje. Así que $d=1/p$, asumiendo, claro, que tanto el sol como la estrella no se mueven a una velocidad transversal.

—Es realmente fascinante, Georgie.

Me siento tan bien que doy un golpe con la mano sobre el brazo de madera de arce de mi silla de cumpleaños, igual que lo haces tú cuando algo te gusta. Espero que hagas lo mismo, pero no es así. Empiezas a dar toquitos con el pie en el suelo y yo estudio la piel marrón del zapato de cuero para intentar interpretar el movimiento. Siento cómo mi ojo derecho empieza a temblar; le ha dado por hacer eso últimamente. El doctor Churchward me lo hizo ver y me dio una caja de pastillas amarilla en lugar de la azul; mientras que no sea roja, no me opongo.

Recito la teoría matemática de los agregados de Frege, pero esta vez no comentas

nada. Intento entender tu cuerpo y sus movimientos sin mirarte a la cara, pero aún no has bostezado, así que tengo que fiarme de tus manos. Están jugueteando con los botones de tu camisa; eso no es buena señal. Juguetear equivale a aburrirse, eso me dijiste.

Cambio de ciencias a arte.

—Hoy es siete de diciembre —digo.

—¿Y?

—Pues que este día en el año 1783 el emperador José II contrató a Amadeus Mozart como compositor de cámara en la corte.

—Bien por él.

—Sí, así fue. Le pagaban ochocientos florines al año, pero cuando murió el cinco de diciembre de 1791 lo hizo completamente pobre y fue enterrado al día siguiente con el enterrador como único asistente.

—Qué triste.

—¿Por qué?

Niegas lentamente con la cabeza como lo haces cuando tu equipo de críquet pierde, y sé que no vas a intentar explicármelo. Lo único que dices es:

—Fue un gran compositor.

—Lo sé, pero nunca he oído nada de su obra.

De repente me miras y se te ilumina el rostro.

—La semana que viene te traeré música. ¡Sí! Tendremos música y bailarás.

Lo intento. Por ti lo intento al máximo, pero mis pies, la música y mi forma de contar en voz alta se mezclan y acabo pisándote.

—¡Eres un burro sin coordinación ninguna! —dices, pero riéndote, riéndote mucho mientras lo dices, así que sé que no estás molesto.

Eso es lo que no entiendo. Me dices que soy un burro sin coordinación alguna cuando ambos sabemos que no soy un burro. Así que es un comentario descortés, pero te ríes, así que lo quieres decir de un modo amable. Aun así, en la planta baja, uno de los batablanca, ese que organiza un patético concurso en grupo los viernes, siempre está diciendo: «Eres un idiota listo, ¿verdad?», y me dices que eso es un insulto, aunque me está llamando listo. No lo entiendo; las palabras tienen tantos significados sin sentido...

Llegas con una caja de color azul oscuro en los brazos, del tamaño de un traje de niño, y me pides permiso para dejarla sobre mi escritorio. Quiero decir no, porque tengo todos los papeles ordenados de un modo especial, con mis bolígrafos y lápices formando una perfecta línea recta de soldaditos a la derecha y mi montón de álbumes de recortes unidos por espirales a la izquierda. Están llenos de fotografías que he recortado de los periódicos y las revistas que me traes. Lo llamas el mundo de Georgie, mi versión del mundo exterior. Me preocupa no haber entendido bien esto último, así que soy muy protector con mis libros de recortes. Si alguien los toca... dilo, dilo... tendré un episodio.

No obstante, levanto los libros de recortes y los dejo en un rincón de la habitación. Después los cubro con mi pijama de rayas. Tú pones la caja de color azul oscuro en mi escritorio y la abres. Estoy fascinado. Es un gramófono. Acaricio el brazo cromado, siento cómo se me pone la carne de gallina desde la muñeca cuando toco con el dedo el platillo giratorio de terciopelo y grito de alegría cuando me dejas activar la máquina girando la manivela que tiene en el lateral. Sacas un disco de su envoltorio de papel marrón y me lo das.

—Es el objeto más precioso que hay en toda la tierra, incluso más bonito que las sillas. Te lo digo.

—No has visto suficientes objetos —me dices con la voz enrarecida—. Ni tocado las suficientes cosas, querido hermano.

Pero apenas lo oigo. Estoy sosteniendo el disco entre las manos y sé que nunca jamás lo dejaré ir. Es perfecto. Un círculo perfecto de treinta centímetros de diámetro con otro círculo perfecto en el centro, negro y reluciente, plano pero con resaltes. Son los resaltes, las muescas, los que me traen una paz extraña a la mente. Me invade la vacuidad y mis miembros no sufren los espasmos musculares que tengo cuando estoy emocionado por algo. Me imagino que esto fue lo que sintió Bernadette cuando tuvo sus visiones en Lourdes en 1858.

Pero no es a Dios a quien venero, sino a las muescas. Giran en una espiral perfecta hasta llegar al borde exterior. Una espiral es un plano o una curva que se extiende en longitud y amplitud, pero no en altura, al girar en torno a un punto central de un modo en continuo aumento. Las toco sin dejar de sentirme intimidado.

—No lo toques —dices—. La grasa y el sudor de tus manos podrían tapar las muescas y entonces no sonaría bien. Es un setenta y ocho.

—¿Setenta y ocho qué?

—Setenta y ocho revoluciones por minuto.

Me quedo mirándolo.

Me lo quitas y lo limpias cuidadosamente con un paño amarillo. Quiero arrebatártelo y recuperarlo, pero no lo hago.

—Es Mozart —dices—. Es el Vals No. 1 de Mozart.

No puedo creer que un sonido tan perfecto pueda salir de una pequeña caja azul. Los ritmos suavizan los bordes afilados de mi interior y cuando cierro los ojos me transporto a cualquier otro lugar, a algún lugar azul y brillante en el que vuelo junto con una bandada de martines pescadores azules y chillones. Miro hacia abajo y veo un riachuelo, y en él está el doctor Churchward boca arriba con los ojos abiertos bajo el agua cristalina. Está atrapado allí y mi corazón se alegra por ello, intenta salir de mi pecho y...

—¿Te gusta Mozart? —me preguntas.

Abro los ojos.

—Sí.

Es todo lo que puedo decir. La complejidad matemática de la música me atrapa.

—¿Bailamos? —me preguntas.

Asiento.

Me extiendes las manos y una oleada de pánico me recorre porque nunca le he dado la mano a nadie, ni siquiera a Jessie, y por supuesto tampoco al doctor Churchward. Pero me has otorgado algo enorme y quiero darte algo en respuesta. Así que acepto tu mano. Mi mente da saltos, me castañetean los dientes, pero no te suelto.

—Bien —dices—, bailamos a la de tres. Uno, dos, juntos, uno, dos, juntos... Sígueme, pero yo me muevo hacia atrás y tú hacia adelante.

La piel de tus dedos está tocando la mía. ¿Cómo voy a poder contar cuando lo único en lo que puedo pensar es en tu piel contra la mía? Estás soltando todas tus células muertas en mi piel. La grasa de tu cuerpo rezuma y llega al mío. Tu sudor, tu calor... No me responden los pies.

—Vamos a empezar de nuevo —dices, y le das para atrás al gramófono.

Nos ponemos el uno frente al otro, extiendes los brazos y me coges de las manos una vez más y bailamos. En línea recta por la habitación. Otra vez. Otra vez. Y otra vez más. Cada vez lo hago mejor. Sonrío. Te miro de reojo y veo que tú también estás sonriendo, como una gran sonrisa de payaso, entonces empezamos a reírnos. Estamos bailando y riéndonos, riéndonos tanto que me duele el costado, pero no te suelto, y ahora estamos tarareando la música juntos, tarareando y riéndonos y bailando Mozart. Mis pies me desobedecen. Mi cabeza sabe los movimientos, pero mis pies van a trancas y barrancas tras los tuyos y me dices que soy un burro sin coordinación alguna, y eso hace que nos riamos más alto. Una enorme y espesa burbuja de felicidad flota en el interior de mi pecho y hace que me cueste respirar.

—¡Quita eso! ¡Para ese maldito jaleo!

Es un batablanca. Ha irrumpido en mi habitación con toda la cara arrugada como un pañuelo usado y está dando puñetazos en el marco de la puerta. Me sueltas las manos y levantas la aguja del disco del gramófono, así que Mozart se ha callado y la habitación está de repente en el más absoluto silencio.

—Le estaba enseñando a Georgie a...

Empiezo a gritar. Me dirijo al batablanca y le grito a su cara de pañuelo arrugado:

—¡Sal! ¡De! ¡Mi! ¡Habitación!

—Georgie, no te pongas así —me dices—. No...

—Él... —Me quedo con la boca abierta apuntando al batablanca en la cabeza con el dedo como si fuera una pistola—. Lo ha destrozado. —Me aprieto el pecho, me falta el aire, comienzo a notar las ráfagas de sangre colmar los vasos sanguíneos de mis orejas, así que estoy casi sordo—. Ha destrozado el momento más feliz de mi vida. —Estoy temblando, tanto que mis rodillas empiezan a combarse.

Extrañamente, el batablanca se retira. Sale de la habitación corriendo con los ojos entrecerrados, una expresión que no sé reconocer, pero te mira fijamente. Yo me doy la vuelta. Te miro directamente a los ojos y mis pies intentan, sin éxito, bailar, pero tienes el rostro contorsionado. Tu mirada azul cae al suelo y las lágrimas te recorren

las mejillas.

El hidroavión *Short Calcutta* amerizó en las aguas centelleantes del puerto de Alejandría con un rugido y una sacudida que le puso a Jessie el corazón en la garganta. Se volvió hacia Monty, que estaba en el asiento de al lado.

—Mi querido Watson —declaró—, comienza el juego.

Monty rio.

—¿Alguna sabia palabra más para desearnos buen viaje, Sherlock?

Jessie se acercó más a la ventana del aeroplano con el corazón latiéndole con vehemencia mientras analizaba sus primeras visiones de una ciudad egipcia resplandeciente bajo la luz cegadora del sol. Alejandría, una de las perlas de la corona colonial, se había plegado posesivamente alrededor de la curva de su bahía azul iridiscente, como si la estuviera abrazando y sintiera celos de los intrusos. La ciudadela de Qaitbey se erigía desamparada en un extremo de la ciudad a la que custodiaba y la cornisa se extendía como una franja de seda pálida a lo largo del borde del agua.

—«La vida es infinitamente más extraña —citó ella de *Un caso de identidad*— que todo cuanto la mente del hombre podría inventar».

Monty se inclinó hacia adelante para mirar por encima del hombro de ella. Jessie sintió su respiración en la mejilla y cómo se le aceleraba, aunque no hizo ningún comentario. Juntos observaron los minaretes de Alejandría acercarse poco a poco.

«Tim, estoy aquí. Ayúdame».

Lo primero que le llamó la atención fueron los olores y, después, un instante después, el calor. ¿Qué será lo que tiene el calor del sol que altera no solo las partes componentes de la piel, sino también del cerebro? Al bajar del avión, la mente de Jessie parecía ir desprendiéndose de la niebla de Londres que había estado ocupándola, aferrándose fría y húmeda a sus pensamientos desde que había sabido de la desaparición de su hermano.

Allí ganó una claridad mental que iba incrementando con cada golpe de aire egipcio que le llegaba a los pulmones. En aquella época del año había un clima templado y agradable como el del invierno inglés, pero ahí era donde acababan, y de manera abrupta, las similitudes. El ambiente era brillante como si lo acabaran de pulir, brillante como si hubiera fuegos artificiales a su alrededor que la hacían parpadear, y, cada vez que inspiraba, el aire estaba impregnado del olor a mar y a marisco, denso y con partículas invisibles de arena y de extrañas especias.

Era desconcertante, pero le apetecía reír, gritar, enviar su voz retumbando por el valle del Nilo para que Tim supiera que había venido.

«Tim, estoy aquí. Ayúdame».

Fue mientras los pasajeros eran dirigidos al edificio de aduanas —una construcción achaparrada y de aspecto oficial que tenían de frente— cuando una señora alta se situó justo delante de Jessie.

—¡Dios bendito! —exclamó la mujer, despertando la risa en Jessie—. Mira este sitio. Juraría que me acabo de caer por una conejera directamente a la Biblia.

Era la señora Maisie Randall. Monty las había presentado en el tren y a Jessie le había caído especialmente en gracia desde el primer momento por su risa dispuesta y sus maneras naturales; contrastaba con las formas altaneras y las caras de póquer de los demás viajeros de origen inglés. Sin embargo, aquella mujer había sido bastante reservada la mayor parte del tiempo y se mostraba como una aventurera a la que le gusta vivir de aquel modo, al parecer. Su esbelta sombra se extendía por delante de Jessie, deseosa de llegar a donde fuera que se dirigiera al compás del movimiento del vestido floreado y el enorme sombrero de paja con peonías de seda de color escarlata.

Observaba con atención el ir y venir de los trabajadores del puerto con sus uniformes largos y sueltos, que les daban un movimiento distinguido que alegraba la vista. En el azul deslumbrante del mar, una mezcla de grandes barcos y embarcaciones de recreo tenían el ancla echada, y en el muelle estaban descargando una hilera de camellos polvorientos que acarreaban ladrillos, lo que convertía a los animales en una especie de pirámides de patas largas. Jessie estuvo tentada a acercarse con su cuaderno de bocetos, pero Monty le había dado aquella mañana dos instrucciones férreas con sus ojos marrones fijos en los suyos, como si fuera a perforar su cabeza con las palabras:

—Regla número uno: No te alejes de mí.

Jessie había contestado con un suspiro, pero él aún no había terminado.

—Regla número dos: No te alejes de mí bajo ningún concepto.

No suspiró una segunda vez ni negó con la cabeza; podía sentir la importancia de aquellas palabras y se sobrecogió ante la visión de su preocupación, que llevaba como incrustada en cada arruga de su cara. Al mirar a su alrededor y ver la multitud de egipcios, no vio a ninguna mujer, solo a hombres con galabiyas, turbantes o una gorra de tela redonda en la cabeza y sandalias. Muchos llevaban barba, lo que oscurecía más sus facciones. A simple vista no podría haber distinguido a uno de entre todos si se lo pidieran.

—Esto es solo el comienzo —comentó, más para ella que para Maisie Randall.

La mujer miró a Jessie con interés.

—Se quedan aquí en Alejandría, ¿no?

—No, vamos hasta El Cairo en tren.

—¿Para ver las pirámides?

—Claro, ¿no es eso lo que todo el mundo va a ver a Egipto?

—Yo también voy hasta El Cairo. Me pregunto cómo serán los trenes de aquí. Me apuesto lo que quiera a que van a ser como esos antiguos que te sacudían todos los

huesos.

—A mi parecer, todo Egipto va a ser de ese estilo. Nos cambiará; lo que espero de este sitio...

Jessie dejó que la mirada se le perdiera en tierra firme, contemplando la parte superior de las palmeras y sus largas hojas sedosas balanceándose al ritmo de la brisa marina. Sentía cómo le llamaba la tierra, como si estuviera tirando de algo en su interior que le hacía querer salir corriendo hacia allí.

—¿Qué espera?

Jessie parpadeó y devolvió la mirada a Maisie Randall. Sus ojos grises estaban resplandecientes de curiosidad.

—Espero que las maravillas de Egipto me encandilen —concluyó Jessie.

Apresuró el paso y vio por el rabillo del ojo a uno de los camellos lanzar al aire una de sus patas traseras con tal fuerza que un par de mozos cayeron al suelo gritando de dolor. Justo en ese momento la inquietante y evocadora llamada del almuédano se elevó como las alas de los pájaros sobre los tejados.

Aquella tierra había dejado clara su posición. Debía andarse con cuidado.

El tren se detuvo. El humo gris salía de su máquina palpitante y los diez vagones que la seguían se sacudían y traqueteaban al detenerse en la concurrida Mehatta Misr, la estación principal de El Cairo. Ya había entrado la noche y la oscuridad era tan sólida que Jessie casi podía tocarla.

—Ya hemos llegado —anunció Monty cuando vio que Jessie no se levantaba de su asiento.

Sacó su pequeña maleta del compartimento para el equipaje que había sobre sus cabezas y después ayudó a Maisie Randall y a una pareja de alemanes mayores con los suyos; siempre cortés, por supuesto. Al volver a Jessie, esta comprobó la expresión de sorpresa en su rostro al verla aún sentada con las manos metidas entre las rodillas.

—¿Lista? —preguntó él.

Ella asintió. Estaba lista, más que lista, pero esperaba a que los demás pasajeros salieran al concurrido andén para quedarse con Monty en el interior del tren un momento antes de que entrara la nueva tanda de viajeros. Solo un breve instante. En su mente, Tim estaba allí, en aquel tren, llegando a El Cairo con el cuerpo dolorido por los doscientos kilómetros de traqueteo y zarandeos del viaje desde Alejandría, el pelo polvoriento como el de ella y la camisa pegada a la espalda por el sudor debido a la cantidad de pasajeros que ocupaban el compartimento.

Cerró los ojos y lo visualizó.

«¿Qué sentiste aquel día?».

¿Sintió la misma sequedad de garganta, los ojos como platos por la emoción y el corazón a punto de salirse del pecho? ¿O había alguien junto a él en el vagón, alguien que dictaba sus movimientos? ¿Alguien por quién se preocupara o a quien

detestara?

Notó una mano bajo su codo que la invitaba a levantarse del asiento y el brazo de Monty la rodeó por los hombros. En no más de lo que tardó en coger aire profundamente, se inclinó hacia él para sentir su firmeza y absorber la calma que su fuerza le proporcionaba. Monty se situó en la puerta de entrada al vagón para bloquear la oleada de humanidad que pretendía entrar, y ella le sonrió.

—Si no sales ahora —dijo, fingiendo preocupación—, me van a despiezar y echarme a los pollos.

Un hombre con barba estaba intentando meter un cajón lleno de aves de corral por una de las ventanillas y los animales batían las alas presa del pánico. Los gritos del exterior emergieron como una oleada de ruido mientras Jessie salía del vagón y saltaba al andén con su maletín en la mano.

—Ahora —le dijo a Monty elevando la voz para que la escuchara por encima del jaleo— lo que necesitamos es un taxi.

Los vendedores se arremolinaron alrededor de ella en cuanto puso un pie en tierra firme.

—Hermosa dama, ¿quiere comprar postales?

—*Shai*, beba *shai*, té, ¿quiere?

—¿Le llevo la maleta?

—*Baksheesh*?

—Collares, preciosos collares.

—¿Quiere *bastet*? ¡Buen precio! Buena calidad.

—*Min fadlik*? —Unas manos ahuecadas delante de ella—. ¿Por *fivor*? *Baksheesh*? ¿Me da? —El antiguo ruego de los mendigos.

Por un momento, Jessie se sintió abrumada. Se quedó de pie inmóvil mientras todos se movían a su alrededor, con los rostros marcados por los años de sol y pobreza y las manos hinchadas por el duro trabajo. Sin embargo, sus ojos oscuros desprendían buen humor y esperanza y el niño de las postales le sonreía con timidez.

Abrió el monedero a sabiendas de que no llevaba ninguna moneda, sino billetes grandes, pero antes de poder acabar con su dilema apareció Monty de entre la multitud con un bastón de ébano que acababa de comprar y los apartó de su lado con él. Les dio varias piastras y acercó a Jessie hacia sí entrelazando su brazo con el de ella.

—No permitas que vuelva a hacer eso —dijo ella.

—¿Hacer qué?

—No llevar monedas en el monedero.

Él rio.

—Mi querida Jessie, volverás a casa sin blanca si pretendes darle dinero a cada mendigo que te toque la fibra sensible. Los niños son especialmente proclives a ello.

Monty dio varios golpecitos con el bastón en la cabeza a un niño que andaba por delante de ellos con la mano extendida esperando más.

—*Imshi!* —gritó Monty, pero sin rencor—. ¡Vete!

—Señora Randall —Jessie llamó a su compañera de viaje, que estaba un poco más adelantada en el andén—, ¿quiere compartir un taxi con nosotros?

—No, gracias, querida. Así voy bien.

La esbelta dama se abría paso entre las filas de taxis y coches de caballos bajo el resplandor amarillento de las farolas. Tras ella iban dos mozos de sonrisa difusa con su maleta y aguantándole un gran paraguas negro sobre la cabeza, aunque ni estaba lloviendo ni era de día. El brillo plateado de la luna absorbía el color de la ciudad.

Jessie dudó un instante y, divertida por la actitud de la señora, volvió a gritarle:

—¡Señora Randall! ¿Dónde se aloja?

—En el Shepherd's.

Jessie asintió; incluso ella había oído hablar del hotel Shepherd's, el más exclusivo de El Cairo. Fue construido por un inglés en el siglo XIX y su elegante terraza, que daba a la calle Ibrahim Pachá, se había convertido en el lugar de moda para dejarse ver. Aun así, le sorprendió. El Shepherd's era donde preferían hospedarse la élite y la alta sociedad, y también los poderosos que contaban con tiempo. La señora Maisie Randall no le encajaba a Jessie en ninguno de los dos primeros grupos, pero quizás en el tercero sí. Nunca se sabe.

—Buen sitio, si puedes permitirte —murmuró Monty a su lado, y se dirigió despreocupadamente hacia un viejo Chevrolet cuyo conductor los saludó con una zalema y le abrió la abollada puerta trasera a Jessie con una mezcla incomprensible de idiomas.

—¿Dónde ir?

Jessie se quedó contemplando al hombre. Llevaba una galabiya larga de color verde caqui, un pañuelo oscuro alrededor de la cabeza y le faltaban las paletas inferiores, y la unión de todo esto le proporcionaba un aspecto enjuto y nervudo y una sonrisa amplia y amable, justo como Tim le había descrito siempre a los trabajadores egipcios. En su primera excavación en Egipto dos años atrás, Tim había estado en Medinet Habu, en el templo funerario de Ramsés III, el personaje que lo tenía completamente embaucado. Dispuesto y obediente, había trabajado innumerables horas hasta que la piel se le había vuelto del color de la arena del desierto al anochecer y sus ojos parecían tan ancestrales como los de los mismos faraones. Ellos habían sido testigos de todo, de tanto ir y venir de amos y señores; cuando se vive en una tierra tan antigua como aquella, todo es efímero, incluso la propia vida.

—¿Dónde ir? —volvió a preguntar educadamente.

—Al hotel Mena House.

El hotel Mena House era un lugar de lo más singular. Contaba con una mezcla sorpresiva de arquitectura árabe e inglesa que se expandía en todas direcciones y que hizo revivir a Jessie después de la completa oscuridad de la noche en el desierto. El taxi había dejado atrás la ciudad de El Cairo para adentrarse en la explanada de Guiza y recorría renqueando la avenida polvorienta del hotel, flanqueada por palmeras que se erguían sobre las farolas.

El coche emitió una especie de suspiro al detenerse frente al establecimiento.

—Jessie —murmuró Monty junto a ella, sujetándole la mano para que se detuviera un instante dentro del vehículo—, no esperes mucho.

Ella miró por la ventanilla los arcos árabes y la elaborada celosía, los balcones curvados y la multitud de luces titilantes que anulaban las estrellas.

—Lo que espero —dijo ella pausadamente— es encontrar algo. No sé qué, pero algo que me ponga en el camino correcto.

Monty balanceaba la mano de Jessie.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que aquí es dónde vendría Tim?

Ella se volvió hacia él y, durante ese instante en que compartían el asiento trasero del coche, el espacio entre ambos pareció menguar. Ella sintió una conexión con aquel hombre, no porque hubiera recorrido medio mundo con él, sino porque podía sentir que una parte de su ser estaba unida al de él. Desde el principio había estado allí, esa sensación de que había algo más entre ambos, algo que no se había pronunciado y del que no comprendía su porqué o de dónde provenía. Jessie lo había apartado constantemente, había negado su presencia, pero ahora, en la oscuridad de la noche egipcia, de repente ese algo estaba allí entre ellos en aquel asiento trasero del taxi, tan incorpóreo como la luz de las estrellas en el cielo negro.

—Es mi hermano —dijo ella—. Es posible que no se haya alojado aquí, en este mismo hotel, pero sabe que es por donde empezaría a buscar yo.

—¿Por qué aquí? —preguntó Monty.

Pero en aquel preciso instante el portero del hotel abrió la puerta del lado de Jessie con una floritura y una brisa helada le rozó la mejilla. Intentó moverse, pero Monty la agarró con más fuerza.

—Ten cuidado. —Se inclinó y le besó la frente—. Ten mucho cuidado ahora que estás aquí. Yo siempre estaré velando por ti.

Le soltó la mano y salió del coche.

«Pero ¿quién cuidará de ti?».

¿Cómo se le da el valor a una palabra?

Sir.

Una palabra tan pequeña pero que vale su peso en oro, al parecer, en este mundo

de sultanes y príncipes.

Sir Montague.

Abría puertas; Jessie comprendió entonces que Monty tenía razón. Los ojos masculinos la estudiaban de arriba a abajo y acababan por posarse con respeto en el esbelto señor inglés de traje pálido, en su desenfadado sombrero de jipijapa y en los hombros sobre los que reposaba el derecho nobiliario como una segunda piel. El valor de Jessie dependía completamente del de él, y este era elevado. Lo pudo comprobar gracias a las exageradas reverencias y zalemas que le dedicaban al pasar por el gran recibidor bajo la mirada emocionada del hombre que ocupaba el mostrador. Reconocían la casta de un hombre que había pisado por todo el Imperio británico y recorrido, disoluto, casi medio mundo.

—¿Ha tenido un buen viaje, señorita Kenton? —preguntó educadamente el recepcionista.

Tenía la piel suave y resplandeciente y las maneras atentas, pero Jessie no se dejó impresionar.

—Sí, gracias. Ha sido muy interesante.

No tenía sentido alguno que dejara que todo aquello le irritara. Allí en Egipto podía ser un ciudadano de tercera solo porque era mujer, pero eso también implicaba que nadie iba a centrar su atención en ella. No era más que un rayo de luna pálido junto al sol que suponía *Sir Montague Chamford*, y aquello le venía de perlas para sus propósitos. Le sonrió y miró a su alrededor con interés.

Habían entrado en un magnífico palacio árabe rematado con ventanas de *mashrabiya* con una celosía espléndida y elegantes arcos de herradura. El lugar era luminoso y resplandecía gracias a la decoración dorada y el latón pulido y prodigaba la luz, reflejada de las puertas de latón repujado, las teselas azules y los mosaicos de mármol y nácar, a sus visitantes. Al igual que el *Sir* de *Sir Montague*, todo aquello estaba allí para impresionar y, efectivamente, Jessie estaba impresionada.

No le extrañaba que *Sir Arthur Conan Doyle* hubiera llevado a su esposa, Touie, al hotel Mena House el invierno de 1859 cuando esta estaba a punto de fallecer por tuberculosis. ¿La sentó en uno de aquellos sofás de vivos colores? ¿Entretejió para ella mil y una historias de Sherlock Holmes para mantenerla con vida, como hizo Sherezade con su rey persa? ¿Reposó allí Touie contemplando las pirámides e imaginándose su propia tumba?

Jessie sabía que era hora de actuar antes de apartarse del mostrador de recepción. Se volvió rápidamente hacia Monty, que estaba firmando el registro en el hotel.

—Creo que este lugar cumplirá nuestras expectativas, *Sir Montague* —dijo sonriendo.

Sin embargo, él no contestó con su risa habitual.

—Sí, yo también lo creo. —Se dirigió al señor de recepción—. Creemos que el hermano de la señorita Kenton se ha hospedado aquí hace poco; ¿podría comprobarlo y ver cuándo estuvo aquí?

El rostro del hombre tomó un carácter afligido mientras le devolvía sus pasaportes.

—Lo siento, *Sir Montague*, lo siento mucho, pero no estamos autorizados a revelar ninguna información sobre nuestros clientes.

—Por favor, haga una excepción en este caso —dijo Monty, poniendo todo su encanto aristocrático a disposición del recepcionista egipcio—. Le estaría muy agradecido.

Deslizó un billete inglés de cinco libras por el mostrador. Pasaron tres minutos antes de que el hombre tomara una decisión y sus ojos negros recorrieran el recibidor en busca de testigos mientras arrastraba la mano por la mesa. El billete desapareció y el hombre se ajustó la corbata.

—¿Qué nombre? —preguntó.

—Timothy Kenton. Debe de haber sido en el último mes.

El recepcionista se colocó un par de gafas sin montura sobre la nariz y, con aire despreocupado, comenzó a pasar hacia atrás las últimas páginas del registro, deslizando su dedo grueso por la lista de nombres.

—No hay ningún Timothy Kenton. —Se mostró apenado de ser el portador de malas noticias.

—Oh, vamos, mire de nuevo, sea un buen tipo.

Volvió a comprobarlo.

—Sigue sin haber ningún Timothy Kenton, señor.

—Puede haber venido con otras personas. —Del bolsillo de la camisa, Monty sacó la fotografía que Jessie le había dado. En ella aparecía Timothy con un mazo de críquet en el club All England—. Quizás lo reconozca. Tiene el cabello rubio y es un joven muy amable.

El recepcionista parecía abatido.

—No, señor, no lo reconozco —dijo negando con la cabeza torvamente.

—Oh, qué mala suerte.

—¿Puedo mirar el registro? —preguntó Jessie—. Quizás aparezca en la lista el nombre de alguno de sus amigos.

—¡Señora, no! —Apartó el registro hacia un lado de la mesa—. No está permitido.

Monty se tomó su tiempo para encenderse un cigarrillo y envió la bocanada de humo hacia el dichoso libro.

—¿Ni siquiera si me muestro extremadamente generoso?

El hombre pareció estremecerse y negó con la cabeza con pesar.

—No, señor, no puedo; perdería mi trabajo. El gerente está justo aquí detrás. —Miró hacia una puerta cerrada que tenía a la espalda.

—Ah, ¿sí?

Se les agotaba el tiempo. Tenían las llaves de su habitación y el mozo estaba cargando su equipaje. Jessie tuvo la tentación de coger el registro y echar a correr.

—El estimado *Sir* Montague Chamford, supongo.

Monty sonrió al joven extraño que se les acercaba en aquel momento, como si recibiera el mismo tipo de saludo allá donde fuera. El extraño vestía una levita oscura sobre una túnica blanca y llevaba puesto el tradicional fez rojo con una borla negra.

—Mi nombre es Mohammed Sawalha —dijo, mientras saludaba respetuosamente a Monty, pero sin siquiera mirar a Jessie—. Vengo de parte del príncipe Abdul al-Hakim. Mi príncipe le envía saludos a nuestro honroso visitante y le extiende una mano amiga.

Jessie observó a Monty realizar la zalema con elegancia y señalarla con la mano a ella.

—Me gustaría presentarle a mi acompañante, la señorita Kenton.

—Buenas noches, señorita Kenton. Es un honor conocerla.

No parecía en absoluto honrado, ni siquiera un poco, pero Jessie asintió con cierta sequedad.

—¿A qué debemos este honor? —preguntó Monty.

—El príncipe Abdul ha sabido de su llegada hoy a la ciudad. Va a dar una recepción en su palacio esta noche y desea hacerle llegar su invitación al evento. Sería todo un honor para él. El embajador británico y su esposa también asistirán, así como gran parte de los mandamases franceses e ingleses; así creo que los llaman, ¿no?

Le extendió una mano perfectamente cuidada con lo que parecía una invitación oficial en un sobre con los bordes dorados. Monty la cogió, la leyó y miró expectante a Jessie.

«No, Monty».

Sintió una repentina sensación de decepción al comprobar que su acompañante era tan fácil de distraer de su propósito original, y negó enérgicamente con la cabeza.

—Adelante —dijo tranquilamente.

Comenzó a darse la vuelta para marcharse, molesta por el inesperado giro que había tomado la situación. ¿Quiénes eran esas personas que sabían que estaban allí? ¿Cómo lo habían descubierto?

—Por favor, hágale llegar mi agradecimiento al príncipe Abdul —dijo Monty cortésmente a Mohammed Sawalha—. Será un honor asistir.

—Enviaremos un coche en una hora.

El mensajero inclinó educadamente la cabeza y, satisfecho con su trabajo, se dirigió con diligencia hacia la puerta del hotel. Monty se quedó mirando pensativo a la figura mientras se alejaba y apagó el cigarrillo en el cenicero de latón del mostrador.

—Interesante —murmuró—, ¿no crees?

—Creo que ha sido un día muy largo —dijo ella.

Monty frunció el ceño.

—Aún no ha acabado.

—Espero que disfrutes de la velada.

—¿Cómo dices?

—Te veré por la mañana —concluyó Jessie.

Oyó a Monty tomar aire profundamente. Tiró de ella para alejarla del mostrador y bajó la voz.

—¿Creías que iba a asistir sin ti?

—Eres un hombre libre, Monty. Puedes hacer lo que te plazca.

Jessie empezó a caminar para alejarse de él, pero este se volvió a colocar a su lado y le posó la mano sobre el hombro para retenerla.

—No hagas esto, Jessie, no me apartes de tu lado; ahora no.

Su tono de voz era diferente. La luminosidad del tono risueño y despreocupado se había desvanecido. Aquel era el Monty Chamford de Trafalgar Square, el mismo que había luchado por mantenerse a su lado cuando estaba en peligro. Durante un instante, el momento quedó suspendido en el aire, y entonces ella sonrió.

—No he hecho todo este camino para ir a fiestas lujosas en palacios —le dijo.

—Al contrario. Esto puede ser exactamente lo que necesitamos. —Agitó la invitación en el aire y le soltó el hombro—. Piénsalo. Habrá muchas personas del clan europeo de El Cairo allí, estoy seguro. Puede que se hayan cruzado con tu hermano o que hayan oído hablar de él. Alguien tiene que saber algo.

—Tienes razón, no lo había pensado así. Claro que debemos ir. —Jessie se sintió repentinamente entusiasmada con la idea—. Incluso puede que Tim esté allí.

—No pongas tantas esperanzas en eso.

Estaba agradecida. No la había llamado ingenua, aunque la idea de que Tim asistiera aquella noche a la recepción era más que absurda, y lo sabía. Sin embargo, también sabía que no había nada predecible en aquel viaje; todo era posible.

—Qué tonta —dijo, dándose con la mano en la frente, fingiendo desesperación—. He olvidado incluir en el equipaje mi vestido de noche.

—Estarás preciosa con cualquier cosa.

—Pero en serio, necesito guantes blancos largos o no me dejarán entrar.

—No hace falta... —Se detuvo en medio de una idea con los ojos muy abiertos—. Ven —susurró.

Se dio la vuelta y fue hasta el mostrador de recepción. Le puso la invitación delante de la cara al recepcionista, quien se quitó las gafas y dio un paso atrás. Monty depositó una guinea en el mostrador.

—Mi compañera de viaje, la señorita Kenton, necesita un par de guantes blancos —declaró con su mejor tono de *Sir Montague*—. Estoy seguro de que tiene un montón de sobra por ahí; ustedes siempre tienen de eso. —Dio varios toquitos en el mostrador con el pomo de marfil del bastón—. Corbatas, guantes, paraguas... Debe de tener armarios llenos. ¡Vaya! —Señaló la puerta que había tras el recepcionista—. Vaya e informe a su gerente. Guantes blancos.

—Pero señor, no puedo ausentarme de...

—¡Vaya, hombre, vaya! Guantes.

—Por favor, yo...

—¡Venga!

—Pero...

—¡Vaya!

El hombre, finalmente, fue. Jessie no dudó un instante y, antes de que acabara de cruzar la puerta, corrió hacia el libro de registros, se lo puso de frente y empezó a leer la lista de clientes.

En menos de un minuto apareció el recepcionista con una gran sonrisa y un paquete de papel delicado entre las manos como una especie de ofrenda.

—Guantes de fiesta blancos —anunció.

—Buen tipo —le reconoció Monty.

El registro estaba de nuevo en su sitio y el corazón de Jessie latía frenéticamente.

—¿Y bien? —preguntó Monty.

Jessie esperó a que la puerta de la habitación estuviera cerrada. El mozo, con su túnica blanca anudada, había insistido en enseñarles la ornamentada habitación, tocar la cama para comprobar que fuera mullida, abrir el armario para que vieran lo espacioso que era y mostrarles el bol de alabastro con melocotones y dátiles para su disfrute. Después cerró las pesadas cortinas de color vino.

—No abran la ventana —les dijo amistosamente—. En plena noche, mosquitos horribles. —Les enseñó su brazo color ocre para revelar los ataques de los insectos—. Mi nombre es Youssif. Cualquier cosa necesiten, pídala. Yo bueno.

—Gracias, Youssif. —Jessie depositó varias piastras egipcias de Monty en la mano extendida del hombre y lo acompañó hasta la puerta.

—¿Y bien? —repitió Monty.

—Lo tengo.

Monty puso los ojos en blanco con impaciencia.

—¿A quién?

—Reginald Musgrave.

Monty bajó las cejas con expresión escéptica.

—¿Pero quién demonios es Reginald Musgrave?

Jessie tiró su chaqueta y abrió la boca para hablar, para decir por qué el nombre le había saltado a la vista, pero de pronto todo lo que tenía en la cabeza colisionó y en lugar de palabras emitió un sonido ahogado. Inmediatamente, Monty se acercó a ella y la abrazó para acariciarle suavemente la espalda. Los temblores no duraron más de un minuto, pero tenía las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—Lo siento —murmuró e intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Shhh —susurró—. Tranquilízate y respira despacio.

Ella cerró los ojos y sintió desatarse algo en su interior, algo que llevaba demasiado tiempo comprimido. Se dejó persuadir por el susurro de voz que la

envolvía y sintió el peso de la mandíbula de Monty sobre su cabeza. Poco a poco, el nudo que tenía en la garganta fue deshaciéndose.

—Lo siento —dijo ella, y levantó la cabeza de su hombro, sorprendiéndose al ver una mancha húmeda en la tela. ¿Había estado llorando?

—No lo sientas.

La soltó y le apartó varios mechones de cabello dorado de la cara. El gesto fue tan inesperado y tan íntimo que cogió a Jessie completamente desprevenida.

—Gracias —dijo ella.

—Un placer. Una suave veta en la tersa superficie de nuestros planes.

Y, precisamente, eso era.

—¿Cuáles son esos planes? —preguntó Jessie—. Aparte de curiosear el libro de registros del hotel, no sabía que tuviéramos ningún plan.

Él emitió una risa nerviosa y encendió un cigarrillo para cada uno.

—Suenan mejor —dijo— hablar de planes. Como si supiéramos lo que hacemos, no solo dejarnos guiar por el instinto.

—¿Eso te asusta?

—No, más bien al contrario, pero me preocupa que salgas corriendo cuando me dé la vuelta. —Exhaló una densa bocanada de humo—. Eso sí me asusta.

—¿No confías en mí?

La miró detenidamente, como si estuviera contando cada cabello.

—No —contestó—, no, creo que no.

—Eso me ofende.

—No te ofendas. No soy más desconfiado que tú.

—¿Qué te hace pensar que no confío en las personas?

Él se acercó a ella y dio unos suaves toquitos con los dedos índices en los párpados de Jessie, leves toquitos de mariposa.

—Estos. El modo en que miran a la gente.

—Confío en ti —insistió ella.

—No, no lo haces. —Negó con la cabeza—. Pero no te culpo lo más mínimo. Yo tampoco me fiaría de un idiota como yo en la vida.

—¡Monty! —dijo ella duramente.

—¿Sí?

—Para.

Parecía pasmado, como si lo hubieran sorprendido con los dedos en el tarro de miel, pero entonces rio.

—Ahora —dijo ella mientras se sentaba en la mesa—, vamos a hablar de *Sir Reginald Musgrave*.

—¡Ah! El nombre misterioso del registro del hotel. Un barón, supongo.

—El duodécimo barón, ni más ni menos. La casa solariega está en Hurlstone.

—No he oído hablar de él en mi vida.

—Debería estar avergonzado de sí mismo, *Sir Montague*.

—Ilústreme. —Apagó el cigarrillo.

Jessie alargó la mano, cogió un melocotón —suave y cálido entre sus dedos— y lo lanzó al otro lado de la habitación. Él lo atrapó con facilidad, lo enjuagó con agua de la botella que había en la mesa y le dio un bocado con entusiasmo. Mientras, ella no apartaba la mirada de él.

—¿Y bien? —dijo Monty finalmente con el jugo en los labios.

—*Sir Reginald Musgrave* es un personaje de la historia de Sherlock Holmes *La aventura del ritual de los Musgrave*.

Monty se quedó boquiabierto.

—¿Cómo dices?

—Tim se registró como Musgrave porque sabía que yo lo reconocería.

—¿De verdad? ¿Estás segura de eso del tal Musgrave? Diría que el tema de Conan Doyle está yendo demasiado lejos, a mi parecer.

—En absoluto es ir demasiado lejos, no para Tim. —Se sonrojó y añadió—: No para mí.

Monty dejó el melocotón.

—Esto quiere decir —señaló— que Tim debe de estar viajando con un pasaporte falso. Si se ha registrado en este hotel como Reginald Musgrave, ese es el nombre que debe de aparecer en su pasaporte.

—Claro. —Se levantó y fue hasta donde estaba sentado Monty, colocándose fuera del alcance de sus largas piernas—. ¿Cómo sabe el príncipe Abdul al-Hakim que estás aquí?

Había algo extraño en su voz. No era su intención, pero se dio cuenta de que la pregunta sonó rara, y también él; algo no estaba bien.

Monty fijó la mirada en ella.

—¿Me estás acusando de...?

—¡No!

—Los sultanes y los príncipes de este país disponen de una red de hombres que espían a quienes entran o salen del país. El mismo rey Fuad no permite que ocurra nada en su territorio sin estar al tanto de ello. Es una tierra de fuertes rivalidades y gran poder.

Ella pensó en ello y asintió. Todo tenía sentido.

—Recuerdo que Tim me contó que el embajador británico había sido acusado de permitirle al rey Fuad tener demasiado control sobre el Gobierno, y esa es una política que no debió de sentar muy bien en Westminster. Tim opina que el señor Percy tiene los días contados.

—¿Eso era lo que hacíais juntos? ¿Hablar sobre Egipto?

—A veces, sí. Hablábamos sobre su trabajo o sobre el mío, ya sabes, como hacen los hermanos.

Él no contestó nada y ella recordó que no tenía hermanos ni hermanas. Era el único heredero, con todo lo que eso suponía, y Jessie era consciente de que había

cierta sensación de aislamiento en el interior de su compañero. Llevada por un impulso, Jessie se puso en cuclillas frente a él.

—Lo has hecho muy bien con ese recepcionista —le dijo sonriendo—, muy... autoritario. No sé si debo sentirme impresionada o asustada. —Le dio un golpecito en la rodilla—. Gracias.

Monty cogió un mechón de pelo de ella y se lo enrolló entre los dedos, mirándolo como si fuera la primera vez que veía el cabello de una mujer en su vida. Jessie no se movió, no quería que parara; habló en voz lo suficientemente alta como para rellenar el silencio, pero con la suavidad justa para no importunar el fluir de pensamientos.

—Este lugar, el hotel Mena House, es donde *Sir Arthur Conan Doyle* vino con su esposa, Louise, a la que llamaba Touie, que estaba enferma de tuberculosis. La trajo hasta aquí por el aire seco, que se supone que es bueno para los pulmones, aunque yo diría que la arena del desierto podría dañarlos.

Jessie tenía la mirada fija en el rizado rítmico del mechón rubio entre los dedos. Sentía leves tirones de pelo en el cuero cabelludo, como si Monty estuviera decidiendo hacia dónde tenía que ir el mechón.

—Tim sabía que yo estaba al tanto de esa visita de *Sir Arthur*. Sabía que si venía a Egipto tras su primera pista sobre el Nilo, me dirigiría aquí. Era el lugar obvio por el que empezar. —Hizo una pausa.

—Entiendo.

—Ahora esta segunda pista. *Sir Reginald Musgrave*.

Monty parpadeó repetidamente.

—¿De qué va la historia?

—No es de las mejores, la verdad. La escribió cuando tenía en torno a veinte años para *The Strand*, cuando aún ejercía de médico. —Sonrió—. Sin embargo, el gran Sherlock Holmes siempre sorprende. La historia es sobre *Sir Reginald*, que le cuenta que su mayordomo y su ama de llaves han desaparecido en su mansión ancestral..., así como la tuya más o menos. Él la llama *laberinto*.

Monty sonrió.

—Escúchame, Monty. Esto es importante.

Él le soltó el pelo, que volvió a su sitio y, por un segundo, Jessie se sintió desolada.

—En la historia —le dijo ella—, el mayordomo aparece muerto en un sótano junto a un arcón vacío. Lo habían encerrado dentro para que muriera allí, a modo de tumba.

Monty se inclinó hacia adelante.

—Sherlock descubre el pastel con su habitual y brillante forma de hacerlo, gracias a un acertijo —continuó Jessie—. En el arcón había una corona antigua de oro del rey Carlos I, pero la había robado el ama de llaves desaparecida. —Jessie volvió a golpearle la rodilla—. Así que ya ves... —Desplegó las manos—. Es increíblemente obvio.

Monty asintió lentamente, pero reticente a moverse mucho. No tenía precisamente una expresión de alegría y júbilo.

—Venga, Monty, es muy fácil —dijo ella rápidamente—. O es la corona del rey...

—Lo cual nos lleva al museo de El Cairo, el Museo de Antigüedades Egipcias. Allí es donde se encuentran los objetos de oro del rey Tutankamón.

—¿O...?

—O las tumbas, en Lúxor.

—Exacto. Encontraremos a Tim en uno de esos dos lugares, estoy segura. — Jessie respiraba agitadamente—. Estamos tan cerca...

Monty se levantó de repente.

—Deberíamos cambiarnos para la recepción de esta noche.

Jessie se quedó desconcertada por su repentino cambio de humor y no supo qué decir.

—¿No estás contento? —le preguntó mientras él se dirigía hacia la puerta—. ¿No puedes alegrarte? ¿Por mí? ¿Por Tim?

Monty se detuvo al llegar a la puerta y se volvió para mirarla.

—No, Jessie, parece que no lo estoy.

La brusquedad del comentario le dolió.

—¿Por qué? —dijo en voz baja.

—Porque... —dijo él— no quiero verte nunca junto a un arcón vacío, encerrada dentro hasta que mueras.

Georgie

Inglaterra, 1930

Algunos días solo nos sentamos a leer. Después, hablamos de lo que hemos leído. Esos son los días fáciles. Me gustan los días en los que no intentas cambiarme.

Hablamos sobre astronomía, la Revolución francesa y el ojo de Horus. Leemos juntos las sagas sobre los vikingos y deseo tener un semental pardo azul como el Freyfaxi de Hrafnkell y atar al doctor Churchward por sus tendones de Aquiles desde las vigas del tejado, un castigo típico de la antigua Islandia.

No obstante, sobre lo que más leemos es sobre el Antiguo Egipto. Me encanta el Antiguo Egipto. Puedo recitar los nombres y las fechas de todos los faraones y enumerar a todos los dioses. Tú me dices que estoy obsesionado con eso, pero yo lo llamo estar centrado. He aprendido yo solo a leer el alfabeto del Antiguo Egipto y algunos jeroglíficos, y después te he enseñado a ti.

Cuando Howard Carter —un brillante arqueólogo y egiptólogo, aunque estudió para ser artista— descubre y abre en 1922 la tumba de Tutankamón, me traes artículos de periódicos sobre las maravillas que ha encontrado y me cuentas que el mundo entero se ha vuelto loco con Egipto. Juntos leemos la historia de Carter en primera persona sobre la excavación en su libro *El descubrimiento de la tumba del rey Tutankamón*. Lo leo veintiuna veces.

Me traes una lupa para que pueda observar los descubrimientos con más detalle en las fotografías. Hay un canapé con cabeza de león, un trono de oro con los cartuchos del rey y las serpientes aladas, un coselete con incrustaciones de oro y el escarabajo Jepri sujetando el disco solar... Jepri es uno de mis dioses favoritos. Imagina el poder que tiene que poseer para hacer girar el sol por el cielo. Hace que se me pongan los vellos de la nuca de punta cada vez que veo la fotografía. Los egipcios eran gente muy inteligente y cualificada. Los admiro por ello. Pero también eran muy creativos. Admiro incluso más esta parte porque yo no lo soy.

Vieron al escarabajo pelotero —*Scarabaeus sacer*— hacer una bolita de estiércol sosteniendo la pelota con las antenas y la imaginación hizo el resto: la pelota se convirtió en el sol y cada día sin falta en el clima cálido de Egipto el dios Jepri, en

forma de escarabajo, lo mueve por el cielo.

Eso es lo que yo no tengo, imaginación. Eso es por lo que me gusta un día soleado, para poder sentarme junto a la ventana e intentar imaginarme a Jepri trabajando.

Sin embargo, el coselete de Jepri no es el mejor artículo del libro, y tanto que no. Howard Carter tiene más guardado para mí; el mejor objeto es aquel por el que me cortaría un dedo por conseguirlo, o solo por sostenerlo entre mis manos. Es un objeto real bajo el título A en el Plato LXXI. Está decorado con cortezas ornamentales e incrustaciones de élitros de escarabajos iridiscentes.

«Élitros. De escarabajos iridiscentes».

Se me acelera el pulso al pensarlo.

Un élitro es la diminuta ala anterior de un escarabajo modificada por endurecimiento. Su función es la de actuar como ala protectora de las posteriores, que son las que utilizan para volar. Si Howard Carter no explicara esto como una verdad absoluta, no lo creería. Los observo con la lupa durante horas y maldigo el blanco y negro de la fotografía, cuando deberían ser iridiscentes.

Pero los batablanca me quitan la lupa. Cuando la encuentran me dicen que podría usarla contra mí, para herirme a mí mismo, y cuando te lo digo te enfadas tanto que tus mejillas se sonrojan y empiezas a gritarles. No me gusta eso. Te pido que pares pero tú bajas las escaleras poseído por la ira hasta el despacho del doctor Churchward y yo me meto en el armario.

Sé que el doctor Churchward te lo va a contar.

Me quedo sentado en la oscuridad y te oigo regresar. Abres de golpe la puerta del armario y yo escondo la cabeza entre las rodillas.

—¿Por qué no me lo contaste?

Me aprieto con tanta fuerza los ojos contra las rodillas que veo ráfagas de luz. Me concentro en los colores de las luces y me pregunto si la aurora boreal se parecerá a esto.

—¿Por qué no me lo has contado, Georgie? ¿Por qué no me contaste que ya te habías cortado queriendo antes?

Tu voz es grande, lo suficientemente grande para los dos, así que no digo nada. Te quedas ahí un buen rato, muy quieto. No te veo, pero puedo oír tu respiración. Suena como creo que sonaría un tren. Oigo otro sonido, una especie de gemido ahogado, y lo odio, porque sé que proviene de mi propia garganta. Cierras la puerta del armario y me dejas en la comodidad de mi oscuridad. Pasa mucho tiempo hasta que salgo, pero cuando lo hago tú sigues ahí.

—Bueno —dices, como si estuviéramos en medio de una conversación—, me traeré la lupa cada vez que venga.

Y así lo haces.

YO SOY AQUEL QUE CRUZA EL CIELO, SOY EL LEÓN DE RA. SOY EL ASESINO.

No era exactamente el recibimiento que Monty esperaba encontrar. Las palabras, de unos treinta centímetros, estaban grabadas en el enorme arco de entrada de mármol que daba al impresionante recibidor del palacio. Estaba claro que el príncipe Abdul no se quedaba atrás cuando se trataba de revelar su mensaje, reforzado con los dos leones de bronce a tamaño natural que ocupaban ambos extremos de la inscripción.

—Es del *Libro de los muertos* —le dijo en voz baja Jessie—. Forma parte de la lista de invocaciones usadas en el Antiguo Egipto para ayudar a los muertos a sobrevivir en el largo viaje por el inframundo para llegar a la vida después de la muerte. Era muy importante para ellos.

Monty se quedó mirándola sorprendido.

—Así que no soy el único que alberga conocimiento inútil, por lo que veo.

—Esto pasa cuando tienes un hermano egiptólogo, que algo se acaba pegando.

A Monty le costaba mirarla, y no mirarla también. No mostraba ningún signo de fatiga a pesar del largo viaje de los tres días anteriores. Llevaba puesto un vestido sencillo veraniego, un diseño simple que dejaba ver su cintura delgada y la hacía parecer fresca y jovial. Se había envuelto un chal de elegante encaje alrededor de los hombros que provocó que otras mujeres se volvieran para contemplarlo. Los hombres también se volvían a mirar, pero no por el encaje.

—El dios león Aker custodia las puertas del averno, la Duat —le amplió Jessie—. El sol debe atravesarlo cada día; es todo ese asunto de la muerte y el renacer.

Monty levantó la ceja.

—Esperemos que esta noche vaya solo sobre el renacer, ¿no? Eran tremendamente horripilantes estos egipcios antiguos.

Contempló cómo Jessie sonreía a su comentario. Observó la postura de su cabeza, con la garganta bien colocada y casi tan pálida como el encaje. Se recreó en su pelo —recogido hacia un lado con una horquilla de nácar—, el modo en que lo movía, como si cada mechón poseyera energía y vida propias. Estaban en una fila recta de invitados que iban avanzando poco a poco, esperando a ser recibidos y debidamente presentados a su anfitrión, el príncipe Abdul al-Hakim, así que Monty se tomó su tiempo para contemplar lo que lo rodeaba y apartar la vista de ella.

«No hay una sola palabra que sea capaz de describir un palacio árabe», pensó. *Suntuoso, resplandeciente, dorado, luminoso...* Ni siquiera todas ellas juntas servirían a menos que se combinaran con *desmedido, ostentoso y completamente idiosincrásico*. Treinta y cuatro enormes columnas revestidas de una compleja filigrana de oro se elevaban sobre los invitados, mientras que las paredes de mármol que los envolvían estaban recubiertas de telares dorados. En el suelo se extendían

innumerables alfombras persas y, cubriendo los enormes sofás, había materiales deslumbrantes adornados con piedras preciosas de color rojo y cuentas de color azul eléctrico. Las cobras de latón levantaban la cabeza en los rincones y las pieles de los guepardos yacían ajenas a todo en el suelo.

Era un mundo construido con colores vibrantes, como si tratara de desprenderse de la insaciable desolación del árido desierto que lo rodeaba tan solo unos metros más allá. ¿De eso se trataba? ¿Sería que la gente de El Cairo, mientras rondaba por sus calles de noche, oía el susurro y el suspiro de la arena al moverse incesantemente con el viento?

Alrededor de la enorme sala había unas cien sillas de ébano tallado con reposabrazos con forma de esfinges y enormes zarpas de león en las patas que le recordaron a Monty a Coriolanus, en casa, frente a la chimenea de su amo. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la multitud de invitados. Hizo una mueca sardónica ante la visión de la flor y nata de El Cairo; los nobles colonos habían salido para lucir sus mejores prendas: elegantes vestidos, chaquetas de fiesta y uniformes militares de Savile Row, en Londres, de todos los colores y naciones posibles; olor a brillantina para el pelo y a cigarrillos, a perfume caro; sonrisas fingidas que se dirigían sin ton ni son hacia el arco de entrada y llevaban con ellas el sonido de la falsedad y las risas.

—Llamo la atención sin el uniforme apropiado —le dijo Jessie en voz baja.

—Te van a colocar en un rincón y a echar los dátiles podridos, creo.

Ella rió y se adelantaron, colocándose junto a un hombre con uniforme militar italiano que le sonrió a Jessie de un modo que a Monty no le gustó en absoluto, y le dijo: «*Buona sera*». Sí que llamaba la atención, estaba en lo cierto, pero no porque no fuera de gala. De repente, Monty se encontró dándole la mano al príncipe Abdul, una costumbre occidental que, obviamente habría adoptado por cortesía hacia los dirigentes de los países.

—Bienvenido, *Sir Montague* —dijo el príncipe amablemente con un acento impecable—. Es un honor para El Cairo recibir a un visitante tan distinguido.

—Gracias, alteza. Es mi primera visita a El Cairo y he agradecido mucho la invitación de esta noche.

El príncipe era un hombre bien alimentado de unos cuarenta años, con una amplia túnica blanca y una kufiya, ambas prendas bordadas por el dobladillo con motivos tradicionales del Antiguo Egipto. Recorrió con la mano —los nudillos le pesaban por las piedras de oro que llevaba— la habitación concurrida, aireando la túnica como una bandada de gacetas sobre el Nilo.

—Disfrute de la velada —dijo con voz resonante tras la espesa barba—. Que Alá bendiga su primera noche en el precioso corazón de Egipto, *Sir Montague*.

—Gracias, sois muy generoso. Me gustaría presentaros a mi compañera de viaje, la señorita Jessica Kenton.

Para tranquilidad de Monty, Jessie estuvo atenta a las circunstancias y no le

ofreció la mano a un hombre musulmán, sino que se tocó con la mano el corazón y dijo:

—Es un honor conoceros, alteza.

El príncipe mostró sus espléndidos dientes al contestar con una sonrisa:

—El placer es mío, señorita Kenton.

Debían seguir andando, ya que el siguiente invitado esperaba tras ellos, pero Jessie se quedó pasmada en el sitio hasta que Monty le tocó el codo.

—Alteza —dijo ella con sus enormes ojos azules fijos en su anfitrión y los labios curvados en una sonrisa respetuosa mientras se inclinaba unos centímetros más de lo apropiado—, poseéis un gran conocimiento de vuestro país, de sus costumbres y problemas. Estáis bien informado. —Hizo una pausa.

Monty sintió que el corazón se le salía del pecho y se colocaba en algún lugar detrás de los dientes.

«¡No, Jessie!», pensó, y le apretó más el codo.

El príncipe inclinó su cabeza real.

—Conoce sus secretos —añadió Jessie con suavidad.

Los ojos negros del príncipe se estrecharon.

—¿Qué quiere decir?

—Sabíais que *Sir Montague* estaba aquí casi antes de que llegara.

—Mi estimada señorita Kenton —dijo, con una sonrisa ensayada que desvelaba de nuevo sus dientes impolutos, pero sin sufrir ningún cambio en la mirada—, sobrestima mi presciencia, se lo aseguro.

—Lo dudo mucho —le contestó Jessie sonriente, y se echó hacia atrás el cabello rubio. Al instante, los ojos de lobo del desierto del príncipe se hundieron hasta la garganta de Jessie—. Estoy buscando a alguien.

«No, Jessie, no sabemos nada de este hombre».

—Estoy buscando a un amigo muy querido que ha venido a El Cairo hace poco, *Sir Reginald Musgrave*.

—Espero que encuentre a su amigo, señorita Kenton, *inshallah*. ¿Qué le hace pensar que puedo saber algo sobre ese tal Musgrave?

—Pensé que quizás lo habría invitado a una de sus recepciones. Un joven tan noble y distinguido como él estaría muy honrado de conocer al reciente y respetado príncipe Abdul al-Hakim.

El anfitrión se rió entre dientes.

—Nada me agradaría más, señorita Kenton, que poder serle de ayuda, pero Alá todopoderoso no me ha bendecido con ojos para ser testigo de todo lo que ocurre en esta gran ciudad, así que lo siento, pero no puedo ayudarla.

Jessie volvió a tocarse el pecho con la mano.

—Muchas gracias por su tiempo. —Se hundió en una reverencia y, finalmente, permitió a Monty tirar de ella.

—¿Qué demonios intentabas? —le preguntó Monty mientras entraban en la sala

concurrida—. Creía que la idea era mantener en secreto la búsqueda.

—Él sabe quién entra y sale de su país perfectamente.

—Mi dulce Jessie, de eso no podemos estar seguros.

—¿Un barón de decimosegunda generación? ¿El famoso *Sir Reginald*? Claro que lo sabe, al igual que sabía que tú estabas aquí.

—Aunque eso sea así, no quiere decir que sepa dónde está Tim ahora mismo, ¿no?

—No.

Pero Monty supo en ese momento que ese no era el objetivo de su actuación con el príncipe.

—Empezaré a hacer indagaciones, ¿verdad?

Ella asintió.

Monty recordó el modo en que el príncipe Abdul había mirado a su encantadora joven visitante de Inglaterra. Había conseguido tensarle la mandíbula y que estudiara su rostro anguloso y elegante con ojos recelosos. ¿Hasta dónde estaba Jessie dispuesta a llegar para encontrar a su hermano Tim? Mientras maldecía entre dientes, Monty cogió dos copas de champán de una bandeja que pasó por su lado.

—Entonces —dijo él con una mueca—, ¿qué esperas encontrar?

Ella aceptó la bebida con los ojos brillantes.

—Espero descubrir bajo qué piedra se esconde la serpiente.

—Las serpientes —le dijo él a modo de recordatorio— muerden.

Monty se aseguró de ser amable con todo aquel que se le acercara para descubrir quién era el recién llegado con un título pegado a su nombre y la chica llamativa de su brazo.

Mientras la música egipcia sonaba de fondo, él se encargaba de sonreírle a los generales y capitanes del ejército, asentir a los aburridos diplomáticos británicos y escuchar atentamente a un apasionado *Herr Zimmermann*, de la delegación alemana, hablar sobre la inminente subida al poder de *Herr Adolf Hitler* en lugar del ya senil mariscal de campo *Hindenburg*. Sin embargo, lo que Monty quería era relacionarse con los egipcios. La mayoría de ellos iban vestidos con ropas occidentales y cuellos altos, pero algunos sí mantenían sus túnicas tradicionales, que hacían que los europeos parecieran gorriones sosos a su lado.

Se movía elegante y discretamente entre los grupos de invitados, dejando caer de vez en cuando el nombre de *Musgrave* en la conversación, pero sin obtener nada a cambio. Aquello sí le pareció muy raro a Monty; los informantes deberían haberlo detectado, ya fuera por parte de las autoridades británicas o egipcias, pero parecía haberse colado por alguna rendija de la red. Aquello le provocó una corriente fría que le recorrió la espalda y, con la excusa de ir a buscar otro *brandy*, consiguió zafarse de la cháchara. Ya era suficiente, demonios. Se dirigió a un hombre calvo que estaba cerca de una de las ventanas con forma de arco y que lo observaba cuidadosamente

tras el borde de un vaso de *whisky*. Para horror de Monty, ya se habían encargado de apartar a Jessie de su lado un par de los dos vestidos más glamurosos de la fiesta y apenas podía verla con claridad al estar retenida por un puñado de chaquetas de fiesta blancas muy atentas. Una visión fugaz del encaje y el resplandor del nácar era lo único que tenía de ella de vez en cuando.

—Buenas noches, embajador —dijo, ofreciéndole la mano—. Nos conocimos en Londres la pasada primavera.

—Refrésqueme la memoria, joven. —El acento americano era suave como la miel, y se dio unos toquecitos en la sien con el vaso—. Tengo la mente abarrotada de nombres.

Monty sonrió amablemente.

—No me extraña. El mío es Montague Chamford.

—Ah, sí, usted es el nuevo tipo que hace a las mujeres airear sus ridículos abanicos. Un *lord* o un caballero del reino, ¿no es así? Algún maldito título de esos, ¿no?

—Algo así. Dígame, señor, ¿qué tal están las cosas por aquí ahora mismo?

El embajador William Jardine era un hombre poco común. Era increíblemente pragmático, así como muy académico; un chico de granja de Idaho venido a más. Sus pasiones eran la agricultura y la educación, y había hecho un buen trabajo como secretario de Agricultura bajo el mandato del presidente Calvin Coolidge. Sin embargo, la política siempre es un juego sucio y dos años atrás, bajo la administración de Herbert Hoover, le habían asignado el puesto de embajador americano en Egipto, donde su amplia experiencia en el ámbito de la agricultura podía ser de gran utilidad. Monty sentía respeto por el juicio de aquel hombre.

Jardine se rascó una de sus grandes orejas antes de decir:

—Estamos en un momento de frágil estabilidad en este triángulo de poder, Montague, eso puedo asegurárselo. —Levantó tres dedos—. El poder británico, el rey Fuad y el partido nacionalista Wafd. —Entrelazó los dedos—. Ustedes los británicos deberían andarse con mucho ojo. No paro de repetírselo al presuntuoso de Percy, pero ¿me hace caso? Bah...

—¿Al presuntuoso de Percy?

Jardine apuró la copa de *bourbon* y dijo gruñendo:

—Demonios, chico, ese al que llamamos su embajador, el señor de todo lo que controla, el mismísimo *Sir Percy Loraine*.

El hombre hizo un gesto con la cabeza en la dirección de un caballero de aspecto distinguido que ocupaba el centro de la sala, con el cabello reluciente y oleaginoso peinado hacia atrás y un hoyuelo en su prominente barbilla. Para sorpresa de Monty, una esbelta figura con vestido blanco y una horquilla de nácar estaba a su lado, hablando atentamente con él.

—Pero yo había oído que estaba trabajando junto con el rey Fuad para otorgarle más control sobre el Gobierno, para darle Egipto a los egipcios —señaló Monty.

—A los egipcios ricos, querrá decir. El hombre es un zopenco, un burro, y no crea que le estoy contando nada oculto a sus espaldas, porque esto mismo se lo digo directamente a él a la cara. Se está buscando problemas en casa; en realidad nos los busca a todos al meterse con los nacionalistas.

—¿Con el partido Wafd?

—Exacto.

Un sirviente mudo con túnica de color rojo vivo, un fajín blanco y gorro se situó sigilosamente junto al embajador y le ofreció una bandeja con vasos de *whisky*. Era obvio que los gustos del embajador eran bien conocidos por todos.

—¿*Bourbon*? —preguntó Jardine para asegurarse.

—Claro, *efendi*.

—Coja uno, joven —le dijo Jardine a Monty—. Lo necesitará, se lo aseguro. Ayuda a lubricar la garganta en este maldito país de arena.

Monty aceptó la bebida. Mientras daba un sorbo, se preguntó cuán cerca del suelo tenían los americanos los oídos.

—¿Se ha cruzado, por casualidad, con un joven inglés amigo mío? *Sir Reginald Musgrave* es su nombre.

—¡Otro encopetado inglés! Por Dios bendito, El Cairo se llena todos los años por esta misma fecha de personajes como usted que huyen de su horrible tiempo. —Miró a Monty con más detenimiento—. ¿Cómo es ese amigo suyo?

—Es rubio, ojos azules, arqueólogo...

—Ah, uno de esos... No, no puedo ayudarlo con eso. Bueno, quizás ha ido río arriba hasta Lúxor. Allí es donde hay más excavaciones. Yo no soy de los que hurgan en el pasado. —Dio un buen sorbo al licor—. El futuro es lo único que cuenta.

Monty levantó el vaso.

—Brindo por eso.

—Ahora discúlpeme, es hora de que vaya a importunar a nuestro ilustre y poderoso anfitrión. Estoy intentando que financie un sistema de riego para los granjeros de la zona.

—Claro. Ha sido un placer verlo de nuevo.

Cuando Jardine estaba a punto de echar a andar, colocó la mano sobre el hombro de Monty con la mirada repentinamente seria y libre de *whisky*.

—Me parece un hombre inteligente, así que le daré un consejo. El Wafd no es lo que debe preocuparle. El descontento es lo que está surgiendo en las calles; quizás no esté al nivel de la revuelta ocurrida en 1919, cuando el arrebató anticolonial se llevó a ochocientos pobres rebeldes por delante, pero está ahí, y se acerca.

Monty lo escuchó con atención.

—Si no es el Wafd, ¿quién es el culpable?

—Al-Ijwan. Los Hermanos Musulmanes. Son nuevos en el panorama, pero mortíferos. Hassan al-Banna es quien los dirige e incita. A él es a quien hay que observar. Un maldito profesor de escuela, fíjese. Ese es el tipo al que tienen que

temerle ustedes los británicos y su enorme ego imperial.

—Gracias por la advertencia, señor.

—De nada. Solo es un consejo amigo. —Se dio un toquecito en el lateral de la nariz—. He oído incluso que están asociados con los nazis. Están distribuyendo traducciones del *Mein Kampf*, el tratado triunfal de Adolf Hitler.

—¿Para provocar y avivar los problemas con los judíos?

—Exacto, a la primera.

—Otro fracaso para el poder colonial en su camino hacia la derrota.

—Que Dios nos asista. Tome, coja un cigarrillo. Tenemos que disfrutar de las cosas buenas de la vida mientras podamos.

Le metió un cigarro ancho en el bolsillo de la chaqueta y se marchó, perdiéndose entre la multitud.

Monty salió a fumarse el cigarro al balcón. Flanqueado por monstruosas esfinges doradas y negras y por imponentes estatuas de faraones con la mirada perdida — todas con su distintiva frente alta y los ojos almendrados— sintió cómo Egipto le tendía la mano y lo atrapaba, cómo se le aceleraba el pulso. Solo llevaba unas horas allí, por amor de Dios, pero ya se había visto atrapado por la sensación de atemporalidad. Era como si nada hubiera cambiado en miles de años; las ancestrales dinastías habían luchado y matado para conseguir poseer el país, al igual que ese tal Hassan al-Banna y sus seguidores planeaban hacer.

Cuando reposó los codos en la barandilla, observando desde la altura el fragante jardín que se extendía a sus pies, la oscuridad se elevó para saludarlo como el aliento de los dioses ancestrales. Inspiró profundamente, a sabiendas de su poder para manipular la mente, y de repente se le vino a la memoria la imagen de Timothy Kenton con un hilo de sangre saliéndole de la nariz y cayendo a las piedras, con la mano lacia e inerte entre los dedos de Monty.

—¡Timothy! —gritó, con el corazón luchando por salir de entre las costillas—. ¿Me oyes?

Tenía los párpados cerrados como la tapa de un sarcófago.

—Cuidaremos de él —anunció Scott—. Vamos a meterlo en el coche. Ve y lidia con lo demás.

Y Monty así lo había hecho.

El recuerdo lo cogió por sorpresa y dio una calada profunda al grueso cigarro, recreándose en el humo aromático que recorría los senderos de su cerebro. Había tomado la decisión equivocada, pero aún no era demasiado tarde. Rogaba que no lo fuera. Tendría que contárselo a Jessie, eso lo sabía. Exhaló una densa bocanada de humo en medio de la oscuridad, como si pudiera trazar sus pasos hacia el pasado. Tenía que contárselo, y tenía que hacerlo pronto.

—Hola, extraño. Me desterraste.

Era Jessie. Había salido a pasear entre las sombras, los arbustos y las palmeras, huyendo de las luces cegadoras del palacio. Monty acababa de sentarse en un banco de piedra tallado con forma de escarabajo cuando ella lo encontró. Se sentó junto a él y le rodeó con el brazo la cintura, cálida y segura. Se inclinó y reposó el hombro sobre el suyo.

—¿No te lo estás pasando bien? —le preguntó suavemente.

—Solo necesito despejarme la mente un poco. De hecho, ha sido muy interesante. ¿Qué tal tú?

—Sí. Estoy embelesada.

—¿Qué tal con el embajador? —le preguntó Monty—. El señor Percy.

Monty percibió un leve temblor en Jessie y se quedó pensativo.

—Era agradable.

—Pero...

—Pero parece que a los recién llegados normalmente los controla la Policía.

—Oh. —Echó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada hacia la red de hojas de palmeras que se elevaba al cielo lleno de estrellas—. No son buenas noticias.

—No. Tim está viajando con pasaporte falso, pero al menos sabemos que llegó hasta el hotel Mena House.

—Sí, eso ya es algo, supongo. Pero ¿qué hacemos ahora?

Ella siguió la mirada de Monty hacia arriba, paseando la mejilla por la curva de su hombro. El cielo nocturno se desplegaba sobre ellos como una capa de terciopelo; parecía sólido y palpable, como la historia de Egipto, que poco a poco iba desvelando sus secretos a los dedos instigadores del hombre.

—¿Por qué el cielo parece mucho mayor en Egipto? —murmuró Jessie.

Monty sonrió y sintió cómo el cuerpo de ella se relajaba contra el suyo.

—Quizás porque es más antiguo.

Jessie rozó el dorso de la mano de Monty con las puntas de sus dedos enfundados en los guantes prestados, y Monty percibió su calor sobre la piel.

—Gracias, Monty, por venir conmigo. —Levantó la cabeza y, con una mano, le giró suavemente la cara a él para estar el uno frente al otro. Entre las sombras, los ojos de Jessie eran apenas visibles, pero Monty sí pudo trazar la línea de sus pómulos y el resplandor de su cabello bajo la luz de las estrellas—. ¿Por qué viniste? —le preguntó.

Así era más fácil; aquella conversación era más sencilla en la oscuridad.

—Ya te lo dije. —Hablabla lentamente para que Jessie pudiera pensar en sus palabras—. Soy responsable de la sesión de espiritismo y esta fue la responsable de la desaparición de Tim, por lo menos así lo veo yo. Estoy intentando arreglarlo.

—Crees que está muerto, ¿verdad?

No se oyó ninguna palabra como respuesta. Se quedaron sentados con las rodillas juntas y mirándose el uno al otro en medio de la penumbra perfumada, incapaces de desenmascarar las sombras para ver la verdad que se escondía en ellas. Monty oía la respiración de Jessie, sus suspiros, y en lugar de contestar a la pregunta, se inclinó y la besó en la boca. Fue un beso firme y decisivo, y el sabor de sus labios fue algo completamente nuevo para él. El momento detuvo todo el fluir de sus pensamientos. Jessie sabía a cielo y a la brisa fresca del Nilo, a melocotones y vino especiado, a secretos ocultos que habitaban en sus labios suaves. Se sorprendió al darse cuenta de que sabía a Egipto.

Se retiró. Jessie respiró profundamente y él sintió su muslo contra el suyo.

—Jessie —murmuró.

La cogió de la mano y le desabrochó los botones de perlas del guante, apartándolo después para dejar al descubierto su piel. Lentamente bajó la cabeza y hundió los labios en la palma de la mano de Jessie. Al mismo tiempo, la otra mano de Jessie tomó su pelo y lo acarició hasta llegar a los músculos del cuello. Monty la tomó entre sus brazos y ella se sintió menuda y ligera, encajando a la perfección en su pecho como si estuviera hecho a medida. Su respuesta fue contundente y ansiosa, y sus manos recorrieron cada facción del rostro de Monty mientras este la besaba y ella hundía los pulgares en la piel de las sienes de él. Sus dedos se retorcían entre el cabello, la chaqueta y el cuello de Monty; era apasionada al besar. Él acariciaba la larga línea de su espalda, y cuando sus labios encontraron la suave ondulación de su cuello y la delicada inclinación de su clavícula, Jessie emitió un leve grito ahogado.

Monty inhaló su aroma y se vio consumido por él, pues abría nuevos y profundos senderos en su ser. Podía sentir los fuertes latidos del corazón en la base de la garganta, y con un gran esfuerzo la apartó de su agarre. Con delicadeza, la tomó por los hombros desnudos tras desechar el chal, que yacía en el suelo, y aun a esa distancia seguía sintiendo el calor de su respiración en los labios.

—Jessie, deberíamos entrar.

—¿Tú crees?

Incluso en la penumbra, Monty podía contemplar la inmensidad de sus ojos. Ella emitió un sonido parecido a un suspiro y él sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se obligó a ponerse en pie, cogió el chal de encaje del suelo y lo sostuvo abierto para que se envolviera en él. Ella respiró hondo y se puso de pie frente a él, pero en lugar de darse la vuelta para que pudiera cubrirla con la prenda, se quedó en la misma posición, le atusó el pelo y le recolocó la corbata con toques suaves y cariñosos.

No estaba bien acercarse tanto. No podría resistirse a abrazarla de nuevo, a rodearla por la cintura con los brazos y atraerla hacia él.

—Hueles a Egipto —le susurró entre el cabello.

—¿Qué? ¿A burros, camellos y mal alcantarillado? Gracias.

Ambos rieron y la tensión fluyó y se apartó de su lado. Él la besó una vez más y

la liberó del abrazo. Después de ponerle el chal, la tomó de la mano y ambos caminaron hacia las luces, pero nada parecía tener el mismo aspecto de antes.

Monty le estaba pidiendo un zumo fresco de granadas.

—No tardo nada —le había dicho.

La expresión del rostro de Jessie había cambiado por completo. Ahora su boca estaba plena y repleta de suavidad, una suavidad que antes no estaba allí.

—Esperaré aquí —le dijo ella mientras contemplaba el suelo de mosaicos y sonreía.

Tras haber tomado el fresco en el jardín, el aire del interior del palacio era denso a pesar de los enormes ventiladores de techo de latón, que mezclaban el olor a tabaco con el del perfume. Mientras volvía con las bebidas, Monty fue abordado por un elegante señor egipcio con corbata Eton, deseoso de hablar sobre las recientes revueltas de los trabajadores desempleados en Londres y su huelga de hambre. Monty consiguió quitárselo de encima rápidamente, pero cuando llegó a donde había dejado a Jessie, esta se había desvanecido. ¿Dónde estaba? La buscó rápidamente con la vista y la vio junto a una fuente interior con una estatua de bronce de un león en el centro. Tenía los ojos medio cerrados y movía lánguidamente la cabeza al ritmo de la música. Estaba como hipnotizada contemplando las carpas doradas que resplandecían en el agua, en el fondo de la fuente. Monty abrió la boca para decir su nombre al aproximarse a ella, pero un señor regordete con chaqueta de fiesta blanca y una pipa de madera de brezo se le adelantó.

—La señorita Kenton, ¿no es así? ¡Qué sorpresa! ¿Qué está haciendo aquí en la tierra de los faraones?

Monty vio cómo Jessie se giraba.

—¡Doctor Scott! —exclamó.

En un segundo, Monty se colocó junto a ambos.

—Scott, buenas noches. No sabía que estuviera en El Cairo.

—Querido mío, vengo todos los años, ¿no lo sabe? —Sonrió con gusto a Jessie—. No estoy muy bien de los pulmones, me temo, después del gas mostaza de la guerra.

Jessie parecía encantada de volver a verlo.

—Qué coincidencia que nos hayamos encontrado aquí.

—¿Verdad? —dijo Monty con cierta sequedad.

El doctor Septon Scott le guiñó el ojo a Jessie con picardía y Monty sintió un vuelco en el estómago al comprobar que estaba sonrojado a causa de la bebida.

—Si no se anda con cuidado —le dijo a Jessie bromeando— creeré que me está siguiendo, señorita Kenton. ¿Cuándo han llegado?

—Hoy mismo.

—¿Ve? —dijo haciendo un movimiento exagerado con la pipa—. Yo vine hace unos días. Esto demuestra mi hipótesis —añadió riéndose entre dientes—. Es un país

maravilloso Egipto, ¿verdad? Le encantarán las pirámides; es como viajar atrás en el tiempo a través de la historia, ¿verdad, Monty?

—Efectivamente, así es —contestó fríamente—. ¿Conoce bien al príncipe Abdul?

—Bueno, nuestros caminos se han cruzado en varias ocasiones; de vez en cuando le gusta viajar por Europa. Y hablando de caminos que se cruzan, señorita Kenton. — La miró amablemente mientras fumaba de la pipa—. ¿Sabemos algo nuevo de su hermano?

Ella se movió para ponerse al lado de Monty y negó con la cabeza. Lo único que le apetecía a Monty era darle una patada al doctor y meterle la pipa por la garganta, pero en lugar de esto le dio a Jessie su vaso de zumo y fue consciente de cómo esta le rozaba los dedos con los suyos intencionadamente y lo miraba de manera íntima. Entonces, Monty dijo con tono neutro:

—Jessie, la esposa del embajador mencionó que le gustaría hablar contigo.

Se dio cuenta de que a Jessie le sonó brusca la forma de apartarla de su lado, pero esta no parpadeó, sino que simplemente mostró una leve tensión en los labios antes de asentir elegantemente y decir:

—Claro, iré a buscarla.

Tras su partida, Monty no se movió ni un centímetro. Durante un instante permaneció observándola y después se volvió hacia el doctor Scott.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

Scott pareció sorprendido.

—Ya se lo he dicho, Monty, siempre vengo hasta aquí en busca del aire seco. Le viene de perlas a mis pulmones.

—Scott, ambos sabemos que no va a ningún lado a menos que pueda sacar algún provecho de ello.

—Oh, bueno, bueno, querido amigo, no hace faltar ser tan...

—Timothy Kenton no ha aparecido.

—Ya veo... Es bastante raro. —Se quedó mirando pensativamente la cazoleta de la pipa—. No imagino por qué. Cuando lo dejamos estaba perfectamente.

—Eso es lo que me dijo en Londres, pero estoy empezando a dudarle. —Monty miraba inquisitivamente a Septon Scott—. Lo llevó de vuelta a Londres, me dijo, y se recuperó completamente del *accidente*, lo suficiente como para poder irse en su propio coche. ¿Qué pasó después?

Parecía que poco a poco se iba disipando parte del buen humor de Scott.

—Ahí me ha cogido. No he sabido nada de él desde entonces, justo como le conté a su hermana en Londres. —Miró a su alrededor en busca de alguna bandeja con bebida, pero no había ninguna a su alcance—. De cualquier modo, ¿qué demonios hace trayendo a esta potra preciosa hasta aquí? No es lugar para las mujeres ahora mismo, no con todo el alboroto político del momento. Ha sido un desacierto, en mi opinión.

—En ningún momento le he pedido su opinión.

Se hizo el silencio entre ambos y ninguno miró al otro durante unos instantes. Monty sabía que si miraba a aquel hombre demasiado tiempo se vería tentado a acabar con esa cortesía tensa que hacía las veces de educación.

—Deme su palabra —dijo Monty con la expresión dura— de que Timothy Kenton no se ha puesto en contacto con usted desde entonces.

Scott se quitó la pipa de la boca.

—Es usted un tipo desconfiado, ¿eh?

—¿Me da su palabra?

Scott se irguió en toda su altura y sus mejillas, ya sonrojadas, fueron tomando un tono más apagado.

—Tiene mi palabra.

«Si es que tiene valor alguno».

Monty se dio la vuelta, deseoso de dejar de respirar el humo de aquel hombre, y se encaminó a buscar a Jessie.

—¿Ha tomado ya una decisión, Monty? —le dijo Scott.

Monty miró atrás y contestó:

—No.

—Bueno, no esperaré eternamente. Si no me vende esas tierras me veré obligado a extinguir el derecho a redimir el pago.

Monty tomó la decisión más sabia y se marchó sin decir una palabra.

En medio del palacio había un patio interior. La palabra *patio* era demasiado escueta para describir la zona exuberantemente adornada y plagada de todo tipo de entretenimientos. Monty se detuvo un momento para observar la escena desde fuera. Era el tipo de espectáculo que hacía que el niño que llevaba dentro vociferara con entusiasmo; había tragafuegos, encantadores de serpientes, acróbatas y hombres bailando tanoura, todo ello envuelto en colores caleidoscópicos y un ruido ensordecedor que lo transportó a los circos de su juventud. Las bailarinas de la danza del vientre llevaban los ojos exageradamente pintados y faldas de color escarlata, y mecían los velos hacia Monty y ondeaban las barrigas al pasar. Monty le dio una moneda a una bailarina y esta le dedicó en respuesta varios giros con un pie a una velocidad que hizo que se le nublara la vista mientras la observaba.

La multitud se agolpaba en otro extremo del patio, donde un hombre con el tono de piel más oscuro —típico de los nubios— y una túnica negra ofrecía una espléndida muestra de habilidad en el manejo del caballo subido a lomos de un magnífico semental árabe blanco. A Monty le dio un vuelco el corazón ante la visión del caballo y su hermosa y orgullosa melena blanca, y sintió el impulso de cruzar el ruedo para tocar al animal. Sus caballos habían desaparecido todos, incluso su querido Jezebel. Se acercó lo suficiente como para admirar las líneas elegantes y las potentes patas traseras del animal, uniéndose a la oleada de aplausos por la belleza de la exhibición cuando el caballo dobló sus patas anteriores para permitir que su jinete cogiera una

moneda de plata del suelo con su espada.

Ese fue el momento de la explosión.

Fue como el sonido de un golpe amortiguado que reverberó en sus tímpanos y le golpeó las costillas. Por un segundo vio chispas blancas tras los párpados. Una bomba. Bien sabe Dios que había oído suficientes artilugios del demonio como ese como para reconocer el sonido al instante. Sin embargo, la explosión no tuvo lugar en el patio. El pulso se le aceleró mientras la gente a su alrededor gritaba sin parar a pesar de que, al parecer, no había ningún herido, y Monty se dio la vuelta y empezó a correr. Un único pensamiento ocupaba su mente: Jessie.

La gente había entrado en pánico y no sabía qué dirección tomar para ponerse a salvo. Ya no había música sonando, solo los gritos y los llantos y una mujer francesa que sufría un ataque de histeria. Monty gritaba el nombre de Jessie mientras se abría paso a codazos entre la multitud, pero se dio cuenta rápidamente de que la bomba debía de haber explotado en el jardín, ya que por aquella zona los cristales de las ventanas habían estallado hacia dentro. Por suerte estaba la celosía para protegerlos, que había absorbido la mayor parte del impacto, pero aun así se podían ver rastros de sangre en los rostros de algunas personas y una mujer se quitaba un trozo de cristal del pelo.

—¡Jessie!

No la veía. La buscó desesperadamente. ¿Estaría en el jardín? ¿Habría salido de nuevo allí? ¿Estaba de vuelta en el banco con forma de escarabajo cuando la explosión tuvo lugar? Le asolaban imágenes de ella con el cabello rubio ensangrentado.

—¡Jessie! ¡Jessie!

—¡Monty! ¡Aquí!

Se giró para mirar en la dirección de donde provenía el sonido y la vio rápidamente. Estaba encima del león. Se había subido a la fuente y trepado hasta la espalda del animal de bronce para tener un punto de vista ventajoso y poder encontrarlo.

—¡Monty!

Movió los brazos en el aire y él levantó la mano. Intentó acercarse, pero tenía el camino obstruido por los sirvientes que corrían de un lado para otro con montañas de mantas en los brazos y vio a Jessie resbalar del león y caer de espaldas al agua; todo pasó tan rápido que desapareció de su vista en cuanto cayó.

«Cielos, Jessie».

Se sumergió en un grupo de túnicas blancas, donde las cabezas se unían entre sí en una discusión acalorada, y consiguió abrirse paso entre ellas. ¿Dónde estaba Jessie? ¿Dónde demonios había...? Ella se deslizó en el hueco que había abierto Monty y él alargó el brazo para agarrarla, pero algo hizo que la mano de Jessie se detuviera a medio camino. Estaba allí de pie con los ojos muy abiertos y los hombros

caídos, temblores en el pecho y todo el cuerpo como el de una muñeca a la que le hubieran sacado el relleno. Llevaba el vestido blanco empapado hasta los muslos, y se le pegaba a las piernas como si fueran algas; parecía tan vulnerable que a Monty incluso le parecía indecente mirarla. Lo peor eran las manos, que le colgaban a ambos lados del cuerpo y le temblaban compulsivamente.

—Jessie —le dijo él con toda la suavidad que consiguió fingir, y abrió los brazos hacia ella.

Durante un segundo, Jessie no se movió. Después se lanzó hacia Monty y este cerró los brazos a su alrededor con tanta fuerza que ella emitió un leve gemido. Jessie se aferró a él con las manos juntas alrededor de su cuello y el cuerpo pegado al suyo, como si estuviera intentando trepar y adentrarse en él. Monty, por su parte, hundió la cara en su cuello e inhaló el dulce olor de saber que seguía con vida.

—Vamos —dijo con urgencia—, debemos salir de aquí.

Sin embargo, Jessie no lo soltaba. Se echó hacia atrás lo justo para poder mirarlo a la cara. Impactado, Monty se dio cuenta de que sus ojos ya no eran de color azul, sino que tenían vetas negras como el hollín que desprende un tren; pero este hollín había emergido desde algún lugar de su interior.

—Monty, creía que estabas muerto. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo—. Creí que te había perdido.

No hablaron. En el taxi de vuelta al hotel había demasiadas palabras en sus cabezas como para dejarlas salir. Iban en el asiento trasero del vehículo con un espacio que cada vez se hacía más amplio entre ellos, las manos reposadas en este, sus dedos apenas tocándose.

La ruta para salir de la ciudad estaba intrincada debido al caos que se había formado en torno al palacio, pero el coche consiguió salir del oscuro abismo en que se había convertido el Nilo y, una vez se hubieron encaminado hacia Guiza, el aire del desierto entró por la ventana abierta y Monty sintió cómo por fin la mente se le despejaba un poco. Fue entonces capaz de unir todos los fragmentos de la noche y buscarle sentido. Lo que había ocurrido había cambiado las cosas por completo.

La luna había salido y su luz rasa cubría el negro paisaje, creando la ilusión de sombras y formas extraordinarias que no existían. Al acercarse al Mena House, el complejo hotelero sobresalía, aislado, entre la penumbra como un oasis resplandeciente en el que poder recuperar el aliento. El coche cruzó las puertas de entrada y avanzó por la avenida de palmeras, rodeado del inquietante sonido de sus hojas al ondear en el aire. Odiaba aquella situación incómoda entre Jessie y él, como si la noche hubiera ido demasiado lejos y demasiado rápido y se hubieran visto demasiado en profundidad el uno al otro. Ella parecía haber vuelto a meterse en su cascarón, y él solo pensaba en hacerla reír y que ella le volviera a deleitar con una de sus miradas burlonas con los párpados medio cerrados.

En lugar de esto, Monty bajó más la ventana y dijo:

—Jessie, debemos alegrarnos de estar bien. No hay muchos heridos; está claro que la intención era asustar más que matar.

—Pero ¿por qué querrían ponerle una bomba al príncipe? Seguro que es un ciudadano egipcio, uno de ellos. No tiene sentido. Es a los británicos a los que se nos ve como el ente opresor.

—Sí, pero los nacionalistas ven al príncipe Abdul como colaborador nuestro. Tú solo mira la flor y nata de esta noche, todos cargados de insignias militares o tratándose de *Sir*. Es como ponerle la zanahoria delante al burro.

Monty sintió, más que ver, el movimiento que Jessie hizo con la cabeza para girarse a mirarlo.

—¿No crees que es una coincidencia muy extraña que el doctor Scott estuviera también allí? —preguntó.

—No.

Estaban hablando; ya era un avance.

Monty le dio las buenas noches en la puerta de su habitación.

—¿Estarás bien? —le preguntó; Jessie tenía la piel blanca del agotamiento.

—Claro. Que duermas bien.

—Gracias.

Todo muy formal. Monty se inclinó y le dio un beso breve en la frente. Ella le sonrió a medias y, antes de tener tiempo de hacer algo estúpido, Monty decidió marcharse.

—Mañana, al museo —le dijo ella mientras se marchaba.

—Sí. Los secretos del tesoro del rey. —Le hizo un gesto de despedida con la mano sin mirar atrás.

Había llegado a ser un experto en no mirar nunca atrás.

Cuando llamaron con suavidad a su puerta, Monty se sobresaltó. Había estado pensando en Scott y los pensamientos se habían vuelto amargos. Fue descalzo hasta la puerta, esperando que fuera el mozo, aunque por qué llamaría el mozo del hotel a su puerta a medianoche, no lo sabía. Pero cuando abrió la puerta, no era el mozo quien estaba tras ella; no había acertado en nada.

—¡Jessie!

—He olvidado decirte algo.

Estaba de pie bajo la tenue luz del pasillo, con el pelo suelto y enredado en las sombras y envuelta en una bata de seda azul con motivos orientales.

—¿Puedo pasar?

Monty dio un paso atrás.

—Claro.

Tras un momento de duda, Jessie entró. Miró a su alrededor, a las camisas blancas e impolutas que colgaban en el armario abierto, el vaso medio vacío de *whisky* que

había junto a la cama..., pero no hizo ningún comentario.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Monty.

—Como he dicho, he olvidado decirte algo antes y he visto luz por debajo de tu puerta, así que...

Él extendió las manos.

—Como puedes ver, no es que esté precisamente ocupado.

—Siento haber... —cogió aire profundamente, como si las palabras se le hubieran hecho una bola en la garganta— reaccionado exageradamente. Fue una tontería.

Monty vio cómo se sonrojaba y le sorprendió la posibilidad de que quizás estuviera hablando del momento en el jardín, y no de después de la explosión.

—Jessie —dijo él con tono dulce, mientras se acercaba a ella con el mismo cuidado con que lo hacía a una hembra de gamo para cuidarla en sus terrenos—, por favor, no te disculpes. No es necesario. No hace falta más que añadir un poco de sangre y destrucción a la escena y cualquiera puede acabar reaccionando exageradamente.

Ella asintió, pero aun así seguían sin disiparse las pintas rojizas de sus mejillas.

—¿Te apetece tomar algo? —Monty señaló con la mano la botella que había en la cómoda.

—Eso no era lo que venía a decir.

—Ah. —Había más.

Jessie lo miró directa y contundentemente a los ojos.

—Quiero darte las gracias. Por antes.

«¿Antes? ¿Antes de qué?».

—No es necesario que me des las gracias —le aseguró—. Ni pedir perdón. Estoy aquí para cuidar de ti, ¿recuerdas?

—Pero ¿quién cuida de ti?

—No pasa nada, tengo ojos en la nuca. —Se tocó un punto detrás de la cabeza—. Justo aquí —le dijo.

Jessie soltó una risilla y Monty percibió cómo la tensión que había en ella se deslizaba por una rendija. Fue hacia su bebida, la apuró y sirvió otra.

—Toma —le dijo—. Bébetelo. Ahora que estamos en Egipto, vamos a hablar en serio de qué demonios puede estar haciendo ese hermanito tuyo aquí.

Ella cogió la bebida y la soltó en la mesa. Afuera, el viento recorría las áridas llanuras de arena y pedregal, formando remolinos junto a la ventana. Rápidamente Monty miró hacia el lugar de donde venía el sonido y, cuando volvió a dirigir la mirada a Jessie, esta estaba tan cerca de él que pudo oler el perfume del jabón que usaba para la piel. No pudo evitar tocarla; era superior a él. El dorso de la mano acarició suavemente su esbelto cuello al tiempo que ella levantaba levemente la barbilla como una gata en busca de más.

—Jessie, vamos a hablar de Tim. He preguntado en recepción y nadie consigue

recordar con certeza si iba solo o con alguien más. Es esa posibilidad de que fuera acompañado la que debemos considerar. Si está...

Dos dedos de Jessie se posaron en sus labios para silenciarlos. Sus ojos eran enormes.

—Esta noche —murmuró— Tim no está aquí; solo tú y yo.

Sus brazos le rodearon el cuello y acercaron su cabeza a la de ella. Él la abrazó sin olvidar la facilidad con la que aquellos delicados huesos podrían haberse hecho añicos esa misma noche. Monty sintió el calor de su cuerpo bajo la seda china, la elevación del hueso de la cadera y la caída de sus finas costillas entre sus dedos, y se la acercó más. El cuerpo de Jessie parecía derretirse y fundirse con el suyo al encontrarse los labios de ambos, y unos sonidos íntimos y susurrantes se escaparon de los de Jessie. Él la besó suavemente al principio, pero la necesidad de tenerla hizo que los besos se volvieran más intensos y ansiosos, al tiempo que la boca de ella se entregaba a la de él. Monty saboreó su lengua de fruta madura, el delicado interior de sus mejillas, más suave que la miel y el doble de dulce que esta.

Ella se abrió a él, dejando que explorara las curvas intrincadas de su cuerpo. No solo físicamente; era más que eso, mucho más. Monty sentía cómo las puertas cerradas de su mente le permitían la entrada, exactamente del mismo modo que lo hacían sus labios, y aquello lo conmovió enormemente.

La acarició con las manos, recorrió la curva tersa de sus nalgas y volvió a subir por las angulosas caderas. Oyó cómo Jessie contenía la respiración cuando abarcaba su pecho con la mano y cómo emitía seguidamente un suspiro ahogado cuando sus besos se deslizaron por el valle de los pliegues de la tela. Al apartar la cabeza para contemplarla, para estudiar a aquella Jessie distinta, ella ya no lo miraba desde su posición recelosa, temerosa de ser mordida, sino que sus ojos resplandecían y sus mejillas se sonrojaban. Monty le besó la nariz, una curva suave con los orificios amplios que le daba la apariencia engañosa de arrogante; lo único que Jessie no era arrogante. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Estamos vivos —le dijo él pausadamente—. Eso es lo importante. Con el resto, podemos.

Ella abrió más los ojos.

—Esto no es por el *shock*, si es lo que piensas. —Sus labios parecían más carnosos y suaves, como si el sello que los mantenía cerrados se hubiera roto—. No estoy trastornada por las cosas terribles que han pasado esta noche —dijo, empezando a reírse; pero el sonido se quedó enganchado a su garganta.

Monty posó los labios en su frente y los mantuvo allí, consciente de los pensamientos agazapados al otro lado de la piel y los huesos.

—Vivamos el momento.

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una de sus sonrisas burlonas.

—Tenía entendido que ustedes, los Chamford, al igual que los faraones, se preocupaban únicamente por la gran dinastía, por el pasado y el futuro de su nombre.

El presente no dura más que un abrir y cerrar de ojos.

Él frunció el ceño.

—Tendré que demostrarte que no es así, ¿no? —dijo, y la levantó en el aire.

Jessie rio y le deslizó la mano por debajo de la camisa mientras él la llevaba hasta la cama.

Georgie

Inglaterra, 1930

El tema es que tenemos un problema. El problema es Flinders Petrie.

Te sientas hacia el lado en una de las sillas art déco, con tus largas piernas sobre los brazos del asiento, y das pataditas con el talón a la preciosa madera de arce. Hace el mismo sonido que la lluvia en el tejado. Te digo que pares. Tú gruñes. No estás contento con Flinders Petrie.

W. M. Flinders Petrie es el mayor arqueólogo que ha existido jamás. Eso es lo que yo creo. Eso es lo que tú crees. Lo defines como un portento de la naturaleza, aunque esa frase para mí no tiene sentido ninguno. Esto es lo que es: el padre fundador de los métodos modernos de excavación; introdujo nuevas formas de hacerlo.

Se pasea por las arenas de Egipto con su densa barba, la pala en la mano, su joven esposa Hilda a su lado, y dirige las excavaciones más asombrosas que se han realizado jamás, recogiendo todo en fotografías e informes y estudiando cada aspecto del lugar y de los objetos antiguos que encuentra en él. Él fue quien instruyó a Howard Carter y el mismo que cosecha varios descubrimientos realmente sorprendentes, como el origen del Templo de Merenptah y el descubrimiento de la Estela de Israel. Ha abastecido a los museos de El Cairo y de Londres de numerosos objetos históricos, incluyendo momias.

Cuando está en Inglaterra, en lugar de en Jerusalén, que es donde pasa la mayor parte del tiempo, el señor Flanders Petrie da clase en el University College de Londres; es profesor.

Este es el problema: tú estás estudiando Arqueología en el University College de Londres. A veces me dejas que te haga los trabajos; el último que hice fue sobre las técnicas de conservación *in situ* en Egipto. Los egipcios eran muy dados a aplicar una capa de yeso sobre la madera antes de pintar las escenas en ella o de emplear el pan de oro. Pero con el paso de los siglos la madera encoge y el yeso se combe. La respuesta es, sorprendentemente, aplicar inicialmente parafina caliente para fijar cada cosa en su lugar y después rociarlo con una mezcla de celuloide con acetato de amilo. Las cuentas son otra pesadilla para los excavadores. A los egipcios les encantaban las

cuentas, todo tenía que llevar cuentas de colores llamativos. Una sola momia podía llevar tantos collares, pulseras y cinturones que hay miles de cuentas que recuperar de todas esas cuerdas que se han podrido. ¿Respuesta? Una fina capa de plastilina para mantenerlas juntas antes de poder volverlas a unir en el laboratorio de un museo. Los papiros hay que envolverlos en tela húmeda durante horas antes de desenrollarlos, los objetos de piedra caliza han perdido la sal, mientras que la cerámica vidriada y decorada necesita...

—Ven conmigo —me dices—. A clase de Petrie la semana que viene.

Aquí está el problema. Se me para el corazón. Literalmente. Siento cómo se para.

—No puedo salir de aquí —digo.

Como si no lo supieras de sobra.

—Podría intentar sacarte a escondidas.

Ya has estado aquí antes. Deberías saber que no es buena idea.

—Ven conmigo, Georgie, te encantará.

Lo odiaré. Ambos lo odiamos. Pero se te ve tan entusiasmado que pareces un globo a punto de estallar.

—No puedo —digo.

—Quieres decir que no podrás.

—Habrá demasiada gente demasiado cerca de mí.

—Yo los mantendré alejados de ti.

—¿Cómo?

—Te llevaré en taxi. La clase es por la noche, así que estará oscuro y nadie te verá.

—Pero yo sí los veré a ellos.

—No, si llevas una venda.

—¿Una venda?

—Sí.

—No.

—Es lo mismo que estar dentro del armario.

—No es lo mismo ni mucho menos. No llueve dentro de mi armario. No hay otras personas dentro de mi armario.

—Quiero que lo intentes, Georgie. Quiero que pruebes el mundo de fuera.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que vaya?

—Porque sé que te gustará y porque... —Te mueves en la silla y puedo sentir cómo fijas tu mirada en mí, aunque yo estoy mirándote los zapatos—. Porque quiero que veas el mundo exterior.

Casi te lo cuento en ese momento. Mi secreto. El secreto sobre el tejado. Quiero que lo sepas, pero me asusta lo que vayas a decirme. Me tapo la boca con la mano.

—Por favor, Georgie —me dices, tan cálidamente que las palabras se derriten entre nosotros—, hazlo por mí.

«Por mí».

Quiero odiarte por esto, pero no puedo. Me pongo el jersey sobre la cabeza para no ver nada.

—Georgie.

—Sí.

—¿Sí vendrás?

—Sí.

La palabra está ahí, en la habitación, inmutable.

Me obligo a pensar en Petrie en lugar de en ti. Es más fácil. Me interesan sus ideas.

Además de crear la primera licenciatura en Arqueología y establecerla como una ciencia profesional, este asombroso hombre es un creyente acérrimo en la eugenesia.

Eugenesia.

Lo definen como una ciencia matemática capaz de predecir el comportamiento y los rasgos humanos. Quienes creen en ella están convencidos de que podemos mejorar la especie humana por medio de la reproducción controlada, como toros o calabazas, para que solo se reproduzcan los mejores genes.

Es una teoría fascinante.

La Sociedad Americana de Eugenesia se fundó en 1923 y sigue desarrollándose. Afirman que se ha demostrado científicamente que ciertas razas son superiores a otras, que poseen los rasgos dominantes de la inteligencia, diligencia, pureza y todas las cualidades buenas, mientras que otras son inferiores. ¿Se pueden eliminar de la raza humana las cosas malas como los crímenes, el alcoholismo, la pauperización, la epilepsia... y las enfermedades mentales?

¿Enfermedades mentales como la mía?

Sé que estoy enfermo. El doctor Churchward me lo ha contado.

En 1924 América aprobó la Ley de Inmigración, que establecía estrictas cuotas sobre la inmigración desde otros países. Incluso el presidente Coolidge afirmó: «América debe seguir siendo americana. Las leyes biológicas muestran que los nórdicos se deterioran cuando se mezclan con otras razas».

Con otras razas los eugenésicos como Petrie —y *Sir Francis Galton*, primo segundo de Charles Darwin, y *Winston Churchill*, *George Bernard Shaw*, *John Maynard Keynes*, *Marie Stopes*, *H. G. Wells* y muchas, muchas más personas prominentemente inteligentes— se refieren en concreto a las del sur de Europa, África y Asia. Esos son muchísimos países.

Sí, lo entiendo. Se trata de arrancar las malas hierbas humanas y echarlas a un lado. Deshacernos de las enfermedades sociales, purificar la herencia, eliminar defectos... Es el sueño del avance humano.

Y ¿qué viene después, profesor Flinders Petrie? ¿La esterilización?

Sé que el doctor Churchward me esterilizaría si pudiera. La idea de tal manipulación me llena de horror. No es probable que tenga hijos jamás, pero yo soy yo; esterilizarme sería dejarme completamente inútil como ser humano. Golpeo con

la cabeza la puerta de mi habitación para hacerles saber que no soy inútil.

No en mi opinión.

Puedo rebatirles toda su ciencia. La eugenesia no funciona. Si funcionara, ¿por qué mis padres, dos personas inteligentes y mentalmente sanas, con una hija inteligente y mentalmente sana, me habrían producido a mí, una aberración? Algo se agita tras mis ojos. Es el suave aleteo de algo que me recorre la mente, el conocimiento de que no estoy seguro. ¿Y si mi padre deja de pagarle al doctor Churchward y este deja de medicarme? ¿Y si se cansan y deciden deshacerse de mí como de una mala hierba?

¿Qué pasaría?

Tengo que esforzarme más en ser normal. En engañarlos a todos, incluso a ti, Tim. Para engañarte a ti iré a la clase de Petrie.

Me paso todo el día temblando. Los batablanca me obligan a comer, pero vomito en la mesa una pasta de patatas aplastadas y pescado al vapor sin sabor. Corro a mi habitación y me escondo bajo la mesa, pero a las cinco en punto llegas tú y me encuentras.

—¿Listo?

—No.

—Lo prometiste.

—No puedo hacerlo.

—Sí, Georgie, sí puedes.

Me sacas de debajo de la cama, donde he contado el número de muelles tres mil sesenta veces esta tarde. Me quedo ahí, lánguido, mientras tú me inspeccionas. Me has traído un chubasquero negro con un gran cuello que colocas alrededor del mío, una capa amplia, como la que llevan los granjeros en los libros, con una capucha que bajas hasta que me cubre los ojos, y un par de guantes negros. Me gustan los guantes.

—Pareces un espía —dices.

Quiero sonreír, pero tengo los músculos de las mejillas rígidos.

—Tienes que dejar de hacer ese ruido.

—¿Qué ruido? —pregunto.

—Ese ruido.

Es como una especie de clic. Viene de mi lengua. Hago que pare.

—Ahora vamos a comprobar que el rellano está libre —dices. Echas un vistazo y me haces una señal para que vaya. Tengo los pies pegados al suelo, pero me tiras de la manga hacia la puerta.

Todos están durmiendo la siesta antes de la cena, por eso elegiste esta hora, pero sé que la puerta principal estará cerrada con llave. Ahí es donde nos quedamos parados la última vez. Solo se abre cuando llega o sale un visitante —lo cual no sucede muy a menudo— o cuando salimos al exterior para hacer los ejercicios en el jardín. Nos quedaremos otra vez en el mismo sitio. El doctor Churchward me llevará

a la sala de tratamiento y me atará a la silla y me pondrá los alambres en la cabeza que hacen que mi cerebro implusione, así no tendré pensamientos y ni sabré decir mi propio nombre.

El corazón se me va a partir en dos; late con mucha fuerza y cuando se me escapa un gímoteo por la boca me miras con mala cara. Cierro los ojos pero me choco con una pared.

—¡Shhh!

Al final de las escaleras, en lugar de cruzar el enorme recibidor con su retumbante suelo de roble y sus imponentes óleos, que están ahí puestos para impresionar a los visitantes, y en lugar de girar a la derecha, hacia el comedor y la sala de estancia diurna, giramos a la izquierda.

Nunca antes había girado a la izquierda.

Empiezan a constituirse los gritos en el interior de mi cabeza, unos pegados a otros como una baraja de cartas, pero me tapo la boca con la mano.

Nunca antes había girado a la izquierda.

Me llevas por una puerta de tela verde destinada al personal y llegamos a un pasillo estrecho. Las paredes son amarillas y se inclinan hacia mí, y percibo el olor a col en ellas, años y años de col aguada. Mi aliento impregna todo el lugar y el aire se hace denso en mi garganta.

Te giras hacia mí.

—Esto es para que sea más fácil —dices, y antes de poder apartarte me pones un collar de perro de piel en la muñeca izquierda y, de repente, estoy atado a ti por medio de una cuerda fina.

Parpadeo. No soy un perro. Soy un ser humano. Siento cómo las lágrimas se me acumulan en los ojos.

—Venga, Georgie, lo estás haciendo muy bien —me dices susurrando.

Pero no lo estoy haciendo muy bien.

Tiras de la cuerda y obligo a mis pies a seguirte porque tú me lo pides, pero siento el pánico acumulármeme en las entrañas con mandíbulas de quince centímetros. Pasamos por otra puerta y llegamos a una cocina vacía. Tiene el techo alto y las paredes de color crema, pero aquí hay más aire y lo inhalo con fuerza para que se me desate el nudo que tengo en la garganta.

—Rápido, Georgie, rápido. Solo tenemos un minuto antes de que venga alguien.

Sigo a mi muñeca hasta una puerta trasera. Giras el picaporte pero está cerrado con llave. Me asalta el alivio como un ángel, brillante y cálido, porque ahora puedo correr a mi habitación de nuevo. Intento deshacer el collar con mi otra mano pero me riñes.

—No, Georgie, no.

Sacas una llave del bolsillo. Me quedo mirándola. Voy a morir. Lo sé.

—¿Cómo? —pregunto.

—¡No grites! Qué más da cómo tengo la llave, la cuestión es que la tengo. —La

metes en la cerradura y la giras.

—¿Cómo?

No me moveré hasta que me lo expliques, y lo sabes.

Suspiras.

—He estado tonteando con una de las empleadas, así que he podido hacer una copia. —Te encoges de hombros como si no tuviera importancia.

Pero sí que tiene importancia. Tus palabras impactan contra los gritos de mi cabeza y abro la boca para dejar salir todo el dolor, pero en ese mismo momento abres la puerta de par en par y la oscuridad me envuelve la cara. Me sacas fuera y la misma oscuridad me engulle.

Voy a morir.

—Vamos bien, Georgie, vamos bien. Intenta no hacer ese ruido.

¿Qué ruido? El único ruido que oigo es el de la oscuridad caminando a rastras por el suelo de gravilla para llegar hasta mí. Nunca he salido de noche. La oscuridad siempre ha existido de manera segura al otro lado del cristal de mi ventana, pero ahora estoy respirándola e introduciéndola en mis pulmones, y ya nunca más se irá.

—Bien hecho, Georgie. —La cuerda me tira de la muñeca—. La puerta trasera está al final de este camino y tengo un taxi esperándonos al girar la esquina. —Otro tirón, esta vez más fuerte—. Venga.

No me muevo.

—¿Quieres que te vende los ojos? —me dices en voz baja.

Mi mente se escinde. No. Venda no. Una pequeña esquirla de mi cerebro sigue funcionando. Camina. Si camino, no habrá venda.

Un pie, el otro pie, un pie, el otro pie. Los observo a través del aire oscuro. Estoy caminando. Una puerta que no había visto nunca antes se materializa frente a mí.

—Georgie Kenton, ¿qué estás haciendo ahí fuera?

La voz retumba en la oscuridad. Siento un tirón fuerte en la muñeca. El corazón me explota en el pecho y algo frío, duro e inerte ocupa su lugar.

—¡Georgie! ¿Qué estás haciendo ahí fuera?

Es el doctor Churchward.

—Voy a sacarlo un rato esta noche —le dices—. Estará de vuelta en unas horas, no se preocupe.

Estás tan calmado y muestras tan poco temor... Te quiero tantísimo...

—No está permitido, señor Kenton, como muy bien sabe. —La mano del doctor Churchward está agarrando el centro de la cuerda—. Venga, Georgie, vuelve dentro.

Su rostro es blanco, flota en la oscuridad, y su voz es suave, pero ya he oído esa suavidad antes. Antes de las agujas, antes de la sala de tratamiento. Es la suavidad del hielo antes de romperse y hacerte caer en las aguas gélidas que hay bajo esa superficie. Me acerco a él y le golpeo el pecho con el puño derecho. Él emite un sonido extraño. Sus rodillas se tambalean y cae al suelo doblado como un trozo de papel. Golpea el suelo.

Me vitoreas bulliciosamente y me llevas hasta la puerta. Me haces correr. Nunca he corrido, al menos no lo recuerdo, pero mis piernas lo hacen realmente bien y me sorprenden. Mientras estoy corriendo noto un dolor punzante en el puño y me gusta, pero entras en el asiento trasero de un coche y me metes a mí después.

Inmediatamente sé que aquí es donde voy a morir. Es pequeño y apretado, y me comprime. Todos los gritos que había en mi cabeza se liberan con un gran rugido. El coche se resiente. Grito más fuerte. Mis miembros se chocan con todas las partes del coche, con los asientos malolientes, con el cristal, contigo, y no puedo hacer nada por evitarlo.

—Para, Georgie. Venga, venga, estás a salvo conmigo.

Intentas mantenerme quieto, pero soy más fuerte que tú. Me agito violentamente y de mi boca salen sonidos estridentes.

—Demonios, jefe, no voy a llevar a esa cosa a ningún sitio, está loco —grita un hombre desde el asiento del conductor—. Sáquelo de mi coche.

No soy una cosa.

La puerta que hay junto a mí se abre repentinamente desde fuera y hay una figura en el exterior. Estoy atrapado entre el interior contigo y el exterior con él. La oscuridad va ganando y le grito.

—Venga, vamos, Georgie, ya está bien.

La figura es el doctor Churchward. Creía que lo había matado. Me coge por la muñeca y siento esa punzada familiar en mi piel.

La aguja es siempre mi muerte.

El grito se desvanece. Espero. Sé lo que viene después. La parte superior de mi cabeza se abre y me sacan el cerebro, así que mi cráneo se queda frío y vacío. La oscuridad húmeda se introduce en él.

—¿Te gustaría volver a tu habitación ahora, Georgie? —me pregunta el doctor Churchward, pronunciando cada palabra muy lenta y educadamente.

Asiento.

—Bien, vamos, entonces.

—No, Georgie, no vayas, quédate con...

Pero me miras a la cara y las palabras se detienen. Miras la aguja que tiene en la mano.

—¿Qué le ha hecho?

El doctor Churchward me quita el collar de la muñeca.

—Joven —te dice—, no entiende su condición si cree que puede sacarlo a pasear por la noche sin causar el menor trauma. Esperaba más de usted.

Me saca del coche y volvemos a la puerta. Tú nos sigues. Hay algo que quiero decirte, pero no encuentro mi lengua en ningún lugar de mi cabeza. Cruzo la puerta tambaleándome, pero se cierra delante de ti, obstruyéndote el camino. He perdido la capa.

—Señor Kenton —te dice—, si vuelve a ocurrir algo parecido voy a tener que

prohibirle las visitas. Y ambos sabemos lo que eso le supondría a él, ¿verdad?

No dices nada. Tienes los hombros caídos y pareces más pequeño, como si la oscuridad se hubiera comido un trozo de ti. Tienes la mirada fija en mí y, por un breve instante, se cruza con la mía.

Me sonríes y me lanzas un beso.

—Buenas noches, Georgie. Que duermas bien.

Nunca volvemos a hablar de esto.

Jessie se despertó. Se quedó muy quieta boca arriba en la oscuridad con los ojos cerrados. Había entrelazados con su cuerpo unos miembros cálidos y el olor de Monty se desprendía de la almohada y de su piel. El peso sólido de la felicidad estaba sentado sobre su pecho como un gato.

Movió un pie, lo suficiente como para asegurarse de que los largos huesos que la acompañaban eran reales y no formaban parte de un sueño. Porque había estado soñando con él. Había sido un sueño agradable en el que navegaban el río Nilo en un pequeño barco, ella con la cabeza reposada en el regazo de él, pero el barco estaba rodeado de pilluelos callejeros que luchaban por salir de las aguas marrones del río y subir al barco. Elevaban sus bracitos finos como palillos y gritaban: «*Baksheesh!*». Monty los estaba apartando del barco uno a uno como si fueran peces no deseados cuando Jessie se despertó.

Estaba sonriendo sin siquiera darse cuenta de ello. Estaba sonriendo en el sueño porque el recuerdo de la noche seguía vivo en su mente. El tacto de sus dedos grabado en su piel, el sabor de sus labios marcado en su lengua, la sensación de él en su interior creando un ardor tan intenso que parecía derretirle los huesos. Ahora los mismos huesos parecían dúctiles, maleables y deformes sobre la cama, con una sensación de letargo que era completamente nueva para ella. De hecho, cayó en la cuenta de que ella era nueva para sí misma. Una persona que no se despertaba alerta y vigilante, una persona que no llevaba el miedo a que la hirieran en el bolsillo como otra gente lleva un reloj. Una persona que no se planteaba el riesgo que conllevaba acercarse demasiado. Era una nueva Jessie, una Jessie que la hacía sonreír.

Claro que había tenido a otros amantes en el pasado. A los veintisiete años, la mayoría de sus amigos —excepto Tabitha— ya estaban casados y rodeados de pañales, para gran disgusto de su madre, pero aquello no le llamaba la atención a Jessie en absoluto. Cuando alguien, como por ejemplo Alistair en Londres —que seguía esperando su paseo por los jardines de Kew— intentaba meterse bajo su piel, ella sacaba el cartel de *Cerrado por reformas* y se apartaba. Lo sabía. No le gustaba, pero no podía evitarlo.

Hasta ahora. Hasta aquel momento de felicidad que reposaba sobre su pecho. Cuando creía que lo había perdido la noche anterior, pensaba que iba a abrirse en dos por el dolor y cubrir el suelo de mármol de sangre. Algo le había ocurrido en el momento en que había puesto un pie en Egipto, como si sus vientos cálidos y sus arenas cambiantes le hubieran quitado la cáscara. Sentía una palpitación bajo las costillas cada vez que pensaba en él, en su piel contra la suya y su tobillo alrededor del de él, ambos balanceándose al unísono.

Abrió los ojos. Él la estaba observando en la oscuridad; Jessie pudo ver el resplandor de sus ojos, pero no atisbaba la expresión concreta entre las sombras.

—Hola —susurró.

—Hola.

—¿No puedes dormir?

—He estado pensando.

Ella se giró en la cama para ponerse frente a él.

—Suenas serio.

—Lo es. Creo que deberías volver a Inglaterra y dejarme seguir con la búsqueda a mí solo.

—No. —Le rodeó la cadera con su pierna—. No voy a irme de Egipto y no voy a dejarte a ti aquí.

Monty le acarició el cuello con los dedos y ella apenas pudo tragar.

—Es demasiado peligroso —dijo él.

—No quiero que te hagan daño. Me necesitas.

—¿Ahora necesito que me cuides tú a mí?

—Exacto.

Los dedos de Monty descendían poco a poco.

—Te necesito mucho más allá de eso que dices —murmuró tan bajito que las palabras apenas cruzaron el espacio entre ambos—. Pero quiero que estés en algún lugar seguro.

—Lo estoy.

«En Egipto, en tu cama, contigo».

Su aliento se posó en los labios de Jessie, pero no discutió más.

—Lo que tenemos que descubrir —prosiguió él— es qué es lo que está haciendo Tim aquí.

—No me importa lo que esté haciendo, lo que necesito es encontrarlo.

Sus manos recorrían el pecho de Jessie con caricias suaves.

—La respuesta más obvia es que está metido en algo de antigüedades egipcias, dada su experiencia —dijo Monty.

—Estoy de acuerdo. —El pulgar de Monty acarició su pezón, enviando ráfagas de fuego hasta su ingle—. Que sea legal o no, no me importa. Me ha dejado un rastro para que lo siga y eso solo puede significar que quiere que esté aquí, que necesita mi ayuda. Así que mañana empezaremos por el Museo de Antigüedades Egipcias, donde se encuentra la corona del rey y donde la máscara mortuoria de Tutankamón está...

—Shhh, no pienses en mañana —le dijo él, y le besó los párpados.

Su mano comenzó a descender más abajo formando suaves y delicados círculos, y Jessie pudo sentir el progresivo arrebató de la determinación y el deseo de su amante. Se sorprendió al emitir un grito ahogado de placer que nunca antes había escuchado de sí misma. Sus caderas luchaban contra él mientras entregaba su lengua al sabor salado de la sal de su pecho. Todo su cuerpo estaba hambriento de él, como si hubiera estado agonizando toda su vida. De nuevo hicieron el amor, concediéndose todo el tiempo del mundo mientras la oscuridad se extendía a su alrededor. Sus manos y sus

bocas se tocaban y exploraban para aprender las curvas y las ondulaciones más íntimas del otro. Descubrieron lugares secretos que revelaban espasmos deliciosos y un ansia feroz.

En el momento de ardor final en el que él se arqueaba sobre ella y todo su mundo se restringía a ese preciso fragmento de tiempo, Jessie sintió cómo el escudo que había estado construyendo tan minuciosamente en torno a ella misma se desvanecía convertido en cenizas. Mientras yacía tranquilamente en sus brazos después, los cuerpos de ambos cubiertos de sudor y el corazón desatado contra las costillas, Jessie supo que algo poderoso y vital se había forjado entre ambos. Quería llamarlo *amor*. Quería llamarlo *verdadero*. Pero aquellas palabras eran demasiado grandes. Demasiado sólidas. Seguían asustándola. Así que decidió llamarlo *creencia*. Creía en aquel hombre. Eso serviría por el momento.

Jessie regresó a su habitación justo antes del amanecer y se dejó caer en la cama. Estiró los brazos y las piernas y sonrió al techo, en el que había una mosquitera colgada de un aro de metal. Por una vez se permitió que su mente viajara sola, sin esfuerzo alguno, como una de las falúas del Nilo, hacia las posibilidades que se le presentaban.

Cerró los ojos y dejó las manos reposar como pájaros sobre las sábanas. La inmensidad del amor era algo contra lo que había estado luchando toda su vida, pero no ahora; no esta vez. Intentó comprender qué había pasado, qué había sido diferente, pero no lo consiguió. Excepto, quizás, que Monty había hecho que dejara de querer salir corriendo.

¿Sería Egipto? ¿Por qué sería que la basura y los escombros habían desaparecido completamente de su mente de modo repentino, como si hubieran quedado atrapados en el tamiz de malla metálica de Tim? ¿Yacía aún allí enterrado el poder de los dioses ancestrales? ¿O se debía a que la cualidad del tiempo era diferente? De algún modo, se trataba de una dimensión distinta que levantaba un velo entre el entonces y el ahora, entre el pasado y el presente. Sin previo aviso, había sacudido los cimientos de Jessie.

La gran pirámide de Keops se elevaba hacia el intenso cielo azul. Jessie retrocedió tras la ventana, impresionada. La Gran Pirámide, la más antigua de las siete maravillas del mundo, parecía estar a un tiro de piedra de su balcón. Era desconcertante e incomprensible. Era inmensa. Durante miles de años había sido el objeto de mayor altura hecho por el hombre en todo el mundo, hasta que se erigió la Torre Eiffel en 1889.

Consistía en una masa casi completamente sólida de piedra caliza que cubría unas seis hectáreas y se elevaba sobre la llanura de Guiza, a un paseo del hotel, sobre una ladera de pedregal. Se trataba de una construcción majestuosa blanqueada por el sol, que desafiaba la razón humana y denigraba todo lo demás. A aquella hora en la que el

aire era más fresco, los humanos la recorrían como hormigas escalando el Everest, como diminutas criaturas insignificantes. Únicamente el desierto, con sus infinitas extensiones de arena y roca chamuscadas al sol hasta el horizonte y más allá, podía hacer sombra al inmenso monolito.

No obstante, fue el aroma del desierto más que la visión de la pirámide lo que cautivó a Jessie. Era un olor que la perseguiría en sueños y le susurraría secretos ancestrales al oído por las noches. El aire de la llanura era claro y chispeante al entrar en sus pulmones, y se detuvo a observar los dedos del sol de la mañana bañar lo que parecía un lateral de la pirámide pintado de oro. En el lado opuesto, una enorme sombra de color morado yacía encorvada a los pies de la pendiente como un perro guardián dormido. Durante un segundo, Jessie se estremeció ante la visión.

«Desayuno» —se dijo a sí misma.

—Bien, joven señorita, ¿decidida a salir ahí fuera y oler las rosas por fin?

Era la señora de Londres, la alta del tren que se hospedaba en el Shepherd's, pero aquí estaba, en el Mena House, desayunando con Monty.

—Qué agradable sorpresa, señora Randall.

—Llámeme Maisie, querida. Ya no hay ningún señor Randall, Dios guarde en su gloria su alma deslustrada, pero no voy a permitir que eso se interponga en mi camino. —Se rió entre dientes y dio un sorbo al café, con el dedo meñique extendido como un mástil de un modo muy femenino—. Aquí estoy con su *Sir Montague* debatiendo qué ver primero. Parece que estuvieran invitando a algo allí. —Señaló las pirámides.

Pero Jessie miró a Monty, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Has dormido bien? —le preguntó con calma.

—Muy bien, ¿y tú?

—Estaba un poco inquieta.

—¿Y qué te apetece?

—¿Cómo?

—Para desayunar, me refiero.

Jessie se sonrojó al instante.

—Claro.

Pidió té y sandía con yogur y miel. Estaban sentados en la terraza descubierta del hotel junto a otros tantos huéspedes. Era un establecimiento popular entre los turistas que visitaban las pirámides cada temporada desde que Howard Carter desencadenó la pasión por el tema egipcio y la agencia de viajes Thomas Cook comenzó a ofertar viajes regulares a Oriente Medio, convirtiendo así El Cairo en un destino de moda.

—Un bonito lugar este —observó Maisie, contemplando los lujosos jardines del hotel y el incongruente curso de golf que tenía lugar en medio del desierto.

Allá donde mirara aparecían egipcios con sus turbantes y sus túnicas de rayas dirigiendo mangueras hacia los arbustos de acacias y las abundantes plantaciones de

buganvilla y mimosa. Era un islote de verdor en medio de un gran mar ocre.

—Sí, es muy bonito —confirmó Jessie.

Tenía que controlarse mucho para no quedarse embobada mirando a Monty mientras este se fumaba pausadamente un cigarrillo, respondiéndole con el pelo cobrizo al sol. Quería alargar la mano y desabrocharle los botones de la camisa.

—Creo que este hotel comenzó como el pabellón de caza Khedive Ismail Pachá en el siglo XIX y recibe su nombre gracias al rey Menes de Menfis. —Las palabras ocupaban el aire cristalino que se interponía entre ella y Monty—. Fue el fundador de la Primera Dinastía Egipcia. —Señaló hacia un lado, más allá de los enormes eucaliptos—. Esta piscina es la primera y la más grande construida en Egipto.

Hizo una pausa, y sus mejillas seguían ardientes.

Maisie soltó la taza.

—¡Qué me aspen! Cuántas cosas raras sabe.

Jessie se encogió de hombros con timidez.

—Mi hermano es arqueólogo y me cuenta cosas. Algunas de ellas se me quedan.

—Debe de ser muy inteligente, entonces.

—Lo es.

—Qué bien por usted.

Jessie cambió de tema de conversación.

—¿Va a ir a ver las pirámides esta mañana?

—¡Por Dios! Eso ya lo he hecho. Soy muy madrugadora, la verdad. Siempre estoy lista para la acción, por eso estoy flaca como un insecto palo. —Rio de un modo muy natural ante su propia ocurrencia y dirigió la mirada a la pirámide—. ¡Caramba! Es monstruosa, ¿eh? —Su expresión se volvió más seria—. No me gustaría que me enterraran ahí..., atrapada durante miles de años bajo esa gran piedra. —Se estremeció exageradamente—. Ese tal faraón Keops debía de ser un masoquista de la oscuridad.

—Se suponía que era una puerta de entrada a la vida del más allá —señaló Jessie.

—¡Uf! La vida del más allá... Más de cuatro mil años más tarde seguimos sin saber nada sobre eso. —Miró a Jessie—. Somos unos inútiles cuando se trata de aprender del pasado.

Monty se animó de inmediato.

—No estoy de acuerdo. Mire mis ancestros Chamford; iban por ahí a caballo cortando las cabezas de sus enemigos como si nada durante las Cruzadas o la Guerra Civil.

—¿Y qué hace usted ahora? —le preguntó Maisie con una sonrisa—. ¿Qué hace con esos pobres diablos que se buscan un enemigo en un Chamford?

Monty levantó la ceja ante el comentario.

—Al menos soy más civilizado en ese sentido.

—¿Qué? ¿Quieres decir que les pides permiso antes de cortarles la cabeza? —dijo Jessie bromeando.

Monty desvió la mirada hacia la sombra que proyectaba la pirámide, bajo la cual incluso en el calor asfixiante del día la temperatura debía de ser gélida.

—No —dijo—. Me siento y discuto cualquier desacuerdo con calma primero. Solo si eso no sirve, les corto la cabeza.

Hicieron el recorrido hasta El Cairo en tranvía.

Habían construido una línea especial que cruzaba los más de diez kilómetros de pirámides, con el fin de transportar a los turistas de un lado a otro desde la llanura de Guiza. En el extremo de Guiza había una fila de camellos taciturnos y burros de largas pestañas extremadamente decorados esperando a transportar ellos mismos a los visitantes a las pirámides. Los tranvías pasaban cada cuarenta minutos e iban desde el exterior del hotel Mena House hasta el Pont des Anglais de la ciudad, y el suyo iba lleno de una mezcla multicultural y de idiomas de franceses, ingleses y alemanes con las caras quemadas por las excursiones al aire libre. Muchos se habían atrevido a intentar subir por la rampa en zigzag hasta el punto más alto de la pirámide, pero no todos lo conseguían. Los guías turísticos egipcios —dragomanes, así se les llamaba— se arremolinaban como cabras montesas sobre las laderas de la pirámide de modo que pareciera fácil subir y el viento les aireaba las galabiyas como si fueran velas de barcos mientras animaban a los turistas más aventureros a seguirlos, escalón a escalón de piedra de metro y medio. El señor francés con sobrepeso que iba sentado junto a Jessie parecía menos entusiasta con la experiencia.

—Las vistas desde la cumbre son... ¡bah! —Chasqueó los dedos—. *C'est très décevant*. Muy decepcionantes. Más arena hacia el oeste y la ciudad al este. —Se encogió de hombros de un modo muy francés.

—¡Por Dios bendito! —dijo Maisie levantando mucho la voz—. ¿Qué espera en el desierto? ¿Rosas y madreselva? —Dio un toque al asiento del francés con su paraguas negro—. Vio el Nilo y los minaretes, ¿no? De todos modos, un poco más de escalada y un poco menos de su maravillosa comida francesa le ayudaría a deshacerse de esos...

Jessie dejó de escuchar. Estaba impaciente. Tenía la mente completamente concentrada en el Museo de Antigüedades Egipcias. En la historia de Conan Doyle *La aventura del ritual de los Musgrave* lo que encontraron fue la corona del rey Carlos I. Bueno, en El Cairo no hay Carlos I, pero hay muchos reyes, incluyendo sus restos momificados.

«En algún lugar debe de haber algo, algún rastro de Tim».

Contempló por la ventana moteada de polvo el paisaje que avanzaba a su ritmo, los verdes campos de cultivo regados por el río Nilo, que parecían dibujados en contraste con la explanada árida y lóbrega, y se le ocurrió la idea de definirla como una tierra de tres colores: el intenso azul zafiro del cielo que encandilaba a la mirada, el verde resplandeciente de los campos de cultivo de caña de azúcar y bersín, el trébol egipcio que se cultivaba en todo el país para forraje. Sin embargo, lo más

sobrecogedor de todo eran las sombras suaves y tenues de la arena y las rocas, del polvo y las casas de ladrillos de adobe, de las galabiyas de los hombres y sus pieles tostadas al sol. Incluso las ropas occidentales tendían a los tonos crema y tostado, así como al blanco o al caqui, todos ellos colores que se veían absorbidos por el paisaje que los rodeaba.

Se fijó en una garceta que salía del río y la observó extender sus alas blancas para subir hasta una rama. Un movimiento atemporal, como el corazón de su país. El girar de una rueda de molino, el susurrante ruido sordo de un *shaduf* vaciando el contenido de su cubo en la zanja de riego, el subir y bajar de las azadas en los campos o del trabajar la masa para hacer *eesh baladi*. Nada de aquello había cambiado desde tiempos de los faraones. No le extrañaba que Egipto hubiera embrujado a su hermano, pero ella no iba a permitir que se lo quedara.

Su objetivo era encontrar a Tim y llevarlo a casa, aunque tuviera que arrancárselo de las manos al mismísimo Osiris.

El centro de El Cairo se vanagloriaba de su elegancia. Amplias avenidas arboladas exhibían grandiosas mansiones de estilo francés con balcones de hierro forjado y rebosantes buganvillas, ardientes proteas con sus formas cambiantes y achiras.

A Jessie todo aquello le parecía perfectamente europeo, pero ninguna capital europea veía burros por sus calles principales cediendo sobre sus rodillas vencidas por el peso del forraje o la madera. París no estaba plagada de *gharries*, los carros de caballos que se gritaban y llamaban la atención entre sí para hacer negocios. Londres también estaba a salvo de las hileras de camellos malhumorados, y nadie se paseaba por Berlín con un fez de color escarlata, un elegante traje de tres piezas y un pollo muerto bajo el brazo.

El Cairo le aceleraba el corazón a Jessie. A pesar de sus pretensiones europeas, la ciudad le despertaba los sentidos con sus ruidos y olores, sus calles atestadas de paseantes y vehículos... Los comerciantes no paraban de gritar, el estruendo de los carros tirados por burros obstruía la calzada, los hombres se ponían en cuclillas para que los afeitaran en la calle y Jessie no podía apartar la mirada de un cliente que estaba sentado en un taburete bajo el quicio de una puerta mientras le sacaban una muela. Los jóvenes limpiabotas arrojaban polvo a los viandantes en los pies para asegurarse el pan del día y había hordas de pilluelos vagabundeando por las calles, asaltando a los turistas más descuidados con sus sonrisas encantadoras y sus pezuñas prestas. Sin embargo, Jessie estaba preparada aquella vez; llevaba los bolsillos llenos de piastras. No había nada parecido a la seguridad vial o a la observación de normas ni orden. Era tan llamativo que la hizo reír en voz alta. Era obvio que se jugaba la vida al cruzar la calle, pero al mismo tiempo, en medio de todo aquel caos, el flujo y reflujo del ritmo de la ciudad era tan natural como las subidas y bajadas del río Nilo.

—¿Lista? —preguntó Monty.

—Sí.

Él le había pasado el brazo a Jessie por el hueco del suyo y la llevaba muy pegada a sí, como si temiera que algún conductor de camellos se la pudiera arrebatarse en cualquier momento. Iban caminando desde el Pont des Anglais con Maisie Randall a la cabeza abriendo paso con el parasol. Lo que a Jessie le apetecía era deslizar la mano por debajo de la manga de la camisa de Monty para volver a sentir el calor de su piel, para decirle *No te preocupes, yo tengo fe en ti. Tengo fe en Tim. Juntos lo encontraremos. Creo, aunque suene a locura y lo sé, que es eso lo que va a ocurrir, porque nosotros conseguiremos que ocurra*. Transmitió todo esto por medio de un aumento de la presión donde se tocaban sus hombros. Oyó a Monty decir algo en voz baja pero no consiguió descifrar lo que era, ya que en aquel momento comenzó la llamada al rezo con su aullido ondulante que recorría la ciudad. Se lanzaba con las alas abiertas desde los minaretes puntiagudos, cinco veces al día, como un recordatorio para los arrogantes occidentales de que aquel no era su país, y nunca lo sería.

El museo era rosa como una peonía. Estaba situado en una plaza arbolada, Midan Ismailia, en el corazón de El Cairo, y a Jessie le gustó la visión. Gracias a sus esfinges y al estanque de lilas era menos intimidante que el Museo Británico.

—Me imagino a Tim aquí —le dijo a Monty mientras pasaban por la gran entrada de piedra con forma de arco— como un niño en una tienda de dulces, salivando al ver todo esto.

Lo podía visualizar con total claridad. Sus ojos azules resplandecientes, las manos deseosas de palpar, acariciar..., la mente almacenando dato tras dato al examinar los objetos en exhibición... Allí podía invocarlo y obligarlo a materializarse frente a ella.

—¿Por dónde queréis empezar? —dijo Maisie, mirando a Jessie de cerca.

Monty escaneó el atrio en que estaban, bajo la gran cúpula y rodeado de enormes estatuas de faraones antiguos y extravagantes dioses egipcios.

—Primero queríamos ver al rey Tutankamón —dijo Monty.

—Yo no. Quiero reservar lo mejor para el final. —Maisie sonrió, sin darse cuenta de la sorprendente similitud que presentaba con una figura de basalto que había justo detrás de ella con la cabeza sobre una ibis. Ambas eran altas y delgadas, con la nariz aguileña o como un pico y los ojos rasgados.

—Hay mucho que ver —le dijo Jessie—. Ciento siete salones. Las estatuas grandes y los sarcófagos están en la planta baja y los tesoros menores, arriba.

—¿Por qué no nos vemos aquí en una hora? —le sugirió Monty a Maisie—. Ya decidiremos cuánto tiempo más necesitamos.

—Buena idea.

—Nos vemos luego —confirmó Jessie, y se encaminó hacia el primer salón a toda prisa.

—¡Jessie!

Se detuvo y se dio la vuelta. Maisie seguía en medio del atrio con los brazos

cruzados, el sombrero en una mano y el parasol colgado en la otra muñeca.

—Jessie, mi niña, sea lo que sea lo que te ha infundido este entusiasmo esta mañana, ten cuidado. Me apuesto cualquier cosa a que este sitio está plagado de serpientes.

Jessie negó con la cabeza, pero sus ojos se posaron de inmediato en una estatua de piedra de Ramsés II con el cetro y el flagelo, los símbolos de autoridad. En la parte frontal de su tocado estaba el *uraeus*, la cobra real, lista para atacar.

—Más despacio.

Jessie iba a toda prisa por la galería del Imperio Antiguo, casi corriendo.

—Más despacio —dijo Monty de nuevo—. Estás llamando la atención.

Ella aminoró el paso, pero no demasiado.

—Tutankamón no va a ir a ningún lado —le recordó Monty—. No hay prisa. Echa un vistazo a algunas de estas cosas; son impresionantes... Cómo hacían...

—No me interesan.

—¡Jessie! —La agarró por el brazo, obligándola a aminorar el paso hasta parecer de nuevo una turista—. El rey de tu historia puede no ser Tutankamón. Míralas. — Señaló una enorme estatua gris de Amenhotep III y la cabeza cortada de otra que portaba la esbelta corona con la punta redonda, lo que significaba que era rey del Alto Egipto—. Podría ser cualquiera de estas.

—No. Si hay aquí algo que tenga que ver con Tim, eso es el rey Tutankamón.

—¿Por qué? ¿Cómo estás tan segura?

Ella dudó. Quería contárselo, pero se le secó la boca al instante. Sintió el calor de sus dedos a través de la manga y percibió la preocupación en su voz al preguntarle aquello. *¿Cómo estás tan segura?* Pero no lo hizo; no podría soportar ver en los ojos de Monty la idea de que estaba loca, que era lo que pasaría si le contaba que lo había visto en un sueño. Quizás conseguiría no reírse de ella, pero no eliminar el tono de pesar de su voz.

—Simplemente lo sé —contestó Jessie.

Se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras. El sueño había tenido lugar en cuanto había posado la cabeza en la almohada de su habitación. Estaba en la cripta abovedada de una iglesia parecida a la de Saint Martin-in-the-Fields, pero claro, seguramente todas se parecerían entre sí. Tim también estaba allí con unos pantalones cortos negros y una camisa negra, sentado encima de un enorme sarcófago de mármol, tan grande como un tren completo, con las piernas colgando por el borde y balanceándolas como un niño.

—Mírame —le había dicho riéndose. Tenía los rizos rubios sucios como si hubiera estado excavando bajo tierra—. Mira, Jessie.

Sacó de detrás una máscara y se la puso en la cara. No era cualquier máscara antigua, sino la de oro macizo del rey niño, Tutankamón. Sabía que era muy pesada porque le temblaban las manos al sostenerla.

—Tutankamón igual a mí —dijo Tim en voz baja, y ella corrió hacia él, llorando de alivio.

Se despertó con lágrimas en la cara.

Tutankamón igual a mí.

T. I. M. Incluso para Jessie sonaba a locura.

Georgie

Inglaterra, 1930

—¿Cómo estás hoy? —me preguntas.

—Bien, gracias —contesto rápido como una bala.

¡Ajá! Ya nunca me coges fuera de juego. He aprendido demasiado bien. Pero estás de pie y en silencio, y me doy cuenta de que esperas algo, y siento el aleteo familiar en mi pecho de haber cometido un fallo.

—¿Qué tal tú? —digo rápido, aunque demasiado tarde.

—Estoy bien —dices.

No entiendo. Ambos estamos mintiendo, así que ¿por qué tenemos que decir esas palabras? Me has explicado cientos de veces que cuando alguien pregunta *¿Cómo estás?*, no espera escuchar como respuesta que cada uno de los latidos de tu corazón provoca un ruido en tu cabeza como si fuera un globo explotando o que los dedos de los pies empiezan a olerte a bolas de naftalina, ni que crees que todo esto viene provocado por el doctor Churchward y sus numerosas nuevas drogas. Entonces, ¿de qué sirve mentir? Si no quieres saber cómo me siento, ¿por qué preguntas?

Me has dicho que estás bien, pero no lo parece. No sé decir por qué lo creo, pero así es. Sé que no soy muy bueno a la hora de comprender las expresiones faciales humanas, pero con los pies sí doy la talla. Hoy tus pies parecen pesados; quiero quitarte los zapatos y hacerlos más ligeros. Pisan fuerte en el suelo de mi habitación y dejan marcas en el zócalo mientras miras al jardín por la ventana. Por lo menos prefiero esto a cuando te quedas mirándome fijamente a mí, como si pudieras darme la vuelta y dejarme con la piel por dentro y las entrañas por fuera. ¿O es que me ves así, con todas las piezas y los órganos a la vista? No lo sé y me da demasiado miedo preguntar por si me dices que sí. Así que me quedo mirando tu espalda. Es un triángulo perfecto; amplio por los hombros, musculado gracias a los años de practicar deporte y a los ejercicios con las mazas que hacemos juntos. Ya voy poniéndome a tu altura. Desde atrás parecemos hermanos de verdad, me dices, y eso me gusta. Me gusta mucho.

—Georgie. —Le hablas al cristal de la ventana—. Tengo que ir a Egipto, a una

excavación en Medinet Habu para trabajar con un equipo de la Universidad de Chicago.

Empiezo a temblar.

—Partiré en tres semanas.

Estoy gimoteando.

—Terminaré allí rápido y volveré para visitarte...

—¡No, no, no, no, no!

—Para, Georgie.

—¡No, no, no, no, no!

Te giras para mirarme y tu boca está apretada y tiene una cualidad extraña. Te oigo suspirar mientras me hago un ovillo en la cama y empiezo a gemir. Coges la silla, la acercas a la cama y empiezas a hablarme con un tono de voz firme y tranquilo que no quiero oír, pero que me golpea los tímpanos. Lloro. Me das un pañuelo, un perfecto cuadrado blanco que siempre llevas especialmente para mí. Me lo paso por la nariz y por la boca, pero algunas de tus palabras penetran en mi cabeza a través de los pasadizos de mis oídos.

—Es una gran oportunidad para mi carrera —me dices—. Imagínatelo, Georgie, ver el gran Templo de Ramsés III y la fortaleza con mis propios ojos, los grabados de sus cruentas guerras contra los Pueblos Líbicos y los Pueblos del Mar...

»La estatua colosal de Ramsés como el dios Osiris...

»En la orilla del Nilo, en Lúxor...

»Te traeré fotos de la columnata de figuras de Osiris rotas con...

Babeas como un perro frente a un banquete. Me pongo la almohada sobre la cabeza y grito. El tiempo se detiene. Mi mundo se detiene porque tú lo abandonas.

—Vale, ¿lo has entendido?

Asiento. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Volveré.

Vuelvo a asentir. Sigues diciéndomelo. Durante los últimos tres sábados hemos estado teniendo la misma conversación. Te vas, no importa cuántas veces te ruegue que no lo hagas. Es importante, dices. ¿Cómo puede uno llegar a ser egiptólogo sin haber estado en Egipto? Te digo que puedes estudiar arqueología anglosajona en su lugar para que nunca tengas que salir del país, pero tú niegas con la cabeza y aprietas la boca. Ambos somos víctimas del embrujo egipcio y ambos sabemos que no tienes elección.

—¿Tienes mi itinerario?

Asiento.

—Te he escrito un diario adelantando lo que espero hacer cada día en Lúxor.

Asiento.

—Tienes que imaginarme de rodillas con mis pinceles y mis palitas entre la arena y el polvo del suelo, yendo hacia atrás en el tiempo según excavo el contorno de una

mano o la curva de un *shabti* en Medinet Habu.

—O la corona de un rey.

Me sonrías.

—Gracias.

—Mirar a un dios a la cara debe de ser un momento enorme.

Sobre todo a Osiris, el dios verde del más allá, con sus piernas envueltas en vendas y la gran corona inconfundible con las plumas de avestruz. Me gustaría tener una corona como esa; una que imponga respeto. Siempre se le representa con el cetro y el flagelo, como si su existencia dependiera de estos dos objetos. Igual que la mía depende de ti. Osiris también tenía un hermano, Set, el dios de las tormentas y del desierto, pero la rivalidad entre ambos era inmensa. Se dice que se trata del símbolo de la eterna lucha de las tierras fructíferas del valle del Nilo y los terrenos baldíos del desierto, pero yo creo que Set no soportaba que su esbelto hermano se paseara por todos lados pavoneándose. Tú no me haces eso. Sé que debo oír tus palabras y dejar que te vayas, pero no puedo.

—Aquí está el calendario —dices—. Ya sabes qué hacer.

Asiento.

—Tienes que ir tachando los días, Georgie.

Lo sé.

Dejas que el silencio invada la habitación. Estoy agazapado en el suelo, en mi rincón favorito, abrazándome las piernas y haciendo rebotar mi barbilla en ellas para que mis dientes hagan un sonido similar al de un reloj, restando segundos a mi vida. Tú estás apoyado contra el armario fumando un cigarrillo, como si hubieras venido aquí para descansar. Sin embargo sé, y tú también lo sabes, que lo que haces es impedir que me retire y me entregue a la oscuridad.

—Di algo, Georgie, lo que sea.

Quizás el silencio se ha alargado más de lo que soy consciente.

—Leerás jeroglíficos grabados en la piedra —digo— y verás las marcas de los cinceles de los mamposteros. Tocarás la estela de Ramsés, el signo del nombre real, de tres mil años de antigüedad. Es increíble.

—¿Estás celoso?

Entonces hago algo por ti. Algo importante.

Asiento.

—Sí.

Pero no es verdad. Lo digo por ti. Miento. Echo un vistazo rápido y furtivo a tu rostro y veo que aún tienes la boca apretada, pero te brillan los ojos. El sol de Egipto ya se aloja en tu interior.

—Te traeré alguna reliquia —me prometes.

Recuerdo mantener las formas.

—Gracias.

—Estarás bien.

—No, no estaré bien.

—Quizás no te guste, vale, pero sobrevivirás, Georgie. Son solo tres semanas; a lo mejor incluso te vienen bien.

—No, no me vendrán bien.

—Vamos a jugar una última partida de ajedrez.

—No.

Te acercas. Te agachas y puedo sentir la energía que emana de ti.

—Alégrate por mí, Georgie, por favor.

—Me alegro. —Otra mentira—. Pero estoy triste por mí.

—Yo también.

—¿Y si muero mientras tú no estás?

—No vas a morir.

—Podría pasar. —Otro pensamiento me golpea el cerebro como un martillo—. ¿Y si mueres tú en Egipto? Hay serpientes venenosas: cobras, víboras cornudas... Hay escorpiones, tormentas de arena, mosquitos portadores de malaria... ¿Y si el avión se estrella al aterrizar o te caes de un barco en el Nilo y te ahogas? ¿Y si...?

—¡Georgie, deja de gritar!

Por primera vez te agarro la mano y aprieto fuerte.

—No te vayas —te ruego—. No me dejes.

—Oh, Georgie, tengo que hacerlo.

Te odio en este momento. El pánico me asola y te odio.

No puedo hablar de ello. De esas tres semanas. Nada de lo que te imagines se acerca a lo malas que son.

Al final pongo la mano en el fuego del carbón para paliar el dolor, pero me la vendan y no me queda otra opción que romper la ventana y utilizar el cristal. Me hago cortes profundos en la barriga, el muslo, la garganta... No quiero morir, solo dejar que el dolor salga, es la única manera de conseguirlo. Hay tanta sangre, todo está cubierto de rojo, que lo que me queda en la mente se hace añicos. El doctor Churchward está gritando como un niño.

Vienes a verme al hospital. Estoy solo en una habitación privada que es toda blanca y me gusta, pero estoy al borde de la muerte. Te pones junto a mi cama y lloras. Me traes un *anj*, la cruz ansada, que es el jeroglífico egipcio para representar la vida. Lo atas al cabecero de mi cama.

—Es impresionante. —Monty estaba estudiando los objetos expuestos. Tenía delante un trono majestuoso, que resplandecía gracias al revestimiento de oro, ricamente adornado con cabezas de leones, serpientes aladas y las estelas del rey—. Realmente impresionante. No hay otra palabra.

Jessie estaba embelesada con la máscara de oro maciza del rey Tutankamón, decorada con lapislázuli. Pesaba unos doce kilos; no le extrañaba que pareciera tan pesada en su sueño, claro. Tenía una larga barba falsa ceremonial y los ojos negros de obsidiana y cuarzo, que le devolvían la mirada con una fría indiferencia.

«Háblame. Déjame oírte».

A su alrededor se congregaban muchos turistas deseosos de ver el exuberante equipamiento funerario del rey niño y se pegaban a Jessie con nerviosismo, pero ella no se inmutó. Ya había examinado el delicado canapé de Hathor con sus cuernos de oro y el disco solar, y admirado la belleza de las estatuillas y los anillos, sobre todo del elaborado collar pectoral con el escarabajo. Sin embargo, nada la había preparado para el templete canópico, casi tan alto como un hombre y completamente recubierto de oro macizo. La esmerada decoración y los grabados de las diosas y los dioses egipcios la sobrecogieron por la idea de que alguien se preocupara tanto por los muertos como para crear una obra de arte tan sublime que pudiera cautivar a los mismos dioses.

Pero era en los vasos canopes, que yacían en su baúl de alabastro, donde se contenían los objetos de vital importancia: las vísceras del rey. Había imágenes grabadas en ellos en las que se representaba a los hijos de Horus custodiando cada vaso: Amset guardaba el hígado real, Kebehsenuf protegía los intestinos, Duamutef, el estómago, y los tan importantes pulmones estaban bajo la custodia de Hapi, con su cabeza de mono. Eran obras de arte sobrecogedoras, perfectas para un rey; sus guardianes.

Jessie había sentido su poder, tan fresco y fuerte como cuando salieron de las manos de su artista. Sus pensamientos la llamaban y asediaban. En lugar de oír las voces del museo, oía el suspiro de la arena sobre la tumba al viento, el aullido de los chacales del desierto por la noche, el trinar del milano de cola roja en las alturas del cielo azul, custodiando la entrada oculta. Cerró los ojos y los murmullos se hicieron más presentes en su cabeza, envolviéndose como una espiral en los entresijos de su cerebro y estrechándose y cerrándose cada vez más. Se sintió aturdida... Extendió la mano y esta recibió el toque cálido de la piel humana.

—Jessie, ¿estás bien? —Era la voz de Monty, cercana y preocupada.

Había abierto los ojos con mucho esfuerzo y percibió la sala en penumbra y opresiva. Le llegó un olor extraño y desconocido a incienso que despertó sus orificios nasales.

—Estoy bien.

Sin embargo, tuvo que esperar unos instantes a que el corazón retomara su ritmo normal. Con suavidad, Monty la apartó de los objetos destinados al uso del faraón en la vida del más allá y el olor extraño se disipó, los ruidos de su cabeza se ensordecieron y, finalmente, desaparecieron.

—Creo que estás demasiado nerviosa —murmuró Monty— por lo de tu hermano y por la explosión de anoche. Necesitas sentarte un rato y descansar.

—No, pero gracias. —Mantenía el brazo estirado—. Tengo que examinar la máscara.

Y allí estaba Jessie, segundos más tarde, frente al rey Tutankamón, y Monty a su lado contemplando el trono dorado, digno de un dios.

—Es impresionante —concluyó Jessie, mostrando así su acuerdo con Monty—. No hay otra palabra.

«Háblame. Déjame oírte».

Cuando oyó el susurro, sintió como si el corazón se le hubiera subido hasta la garganta. Una cobra real se elevó de entre la oscuridad con la capucha acampanada, lista para atacar a una velocidad fuera del alcance del ojo mortal. Inclino la cabeza, adormeciendo los pensamientos de Jessie que, aunque quería salir de allí corriendo y gritar para advertir a Monty, se dio cuenta de que no podía moverse, ni hablar, ni respirar.

—Ya has tenido bastante —dijo Monty en aquel mismo momento a su lado—. Si no encuentras nada fuera de lo normal —le dijo rodeándola por la cintura—, creo que deberíamos seguir adelante, ¿no?

Jessie parpadeó y reposó la mano en la de él. El susurro se hizo silencio y la cobra volvió a convertirse en el símbolo de la realeza que ocupaba la posición frontal de la máscara, el *uraeus*, el protector.

Timothy me contó que usted es su uraeus. Aquello era lo que Anippe Kalim le había dicho en el Museo Británico. Era su protectora, así que ¿por qué no lo estaba protegiendo?

Recorrieron rápidamente el resto de las salas. A Jessie no le apetecía demasiado merodear por aquel lugar.

—Es una colección sobrecogedora —comentó Monty mientras pasaban junto a una losa con jeroglíficos—. Realmente impactante. ¿Quién la ha creado, lo sabes?

—El Departamento de Antigüedades Egipto. La colección la inició Auguste Mariette, el arqueólogo francés. Ismail Pachá estaba decidido a detener el saqueo de las obras de arte de su país, de valor incalculable, y tuvo una buena idea, de hecho. Retuvo a Mariette para que estableciera un hogar para alojarlas e introdujo leyes que penaban a los saqueadores de antigüedades.

—Así que este lugar se construyó específicamente para la colección, asumo. —Se dirigían a las escaleras de bajada para encontrarse con Maisie Randall en la entrada principal—. Hicieron un buen trabajo, ciertamente.

—Sí. —Volvía a tener el control sobre sí misma y había conseguido mostrar una sonrisa—. Aunque es un poco laberíntico, ¿no?

Había tantas estatuas enormes que habían sido cuidadosamente transportadas para su conservación lejos de las ruinas de los templos y las fortalezas del valle del Nilo que era como pasear por un bosque lúgubre de piedra. Todo estaba hecho a escala gigante, aunque el detalle de la ejecución era increíblemente cuidado e imaginativo. Jessie se detuvo un momento para inspeccionar más de cerca un relieve de la cabeza de Amón-Ra, representado con su esbelta corona de plumas grabada en la piedra y una serie de jeroglíficos desconcertantes tras él.

Por el rabillo del ojo Jessie vio un movimiento fuera de lo normal. No se trataba del ir y venir pausado de los turistas, ni del sacudir rítmico del plumero de las limpiadoras, que iban todas vestidas de negro desde la cabeza hasta los dedos de los pies, sino de un resplandor azul fugaz. Un segundo y al siguiente había desaparecido, rápido como un martín pescador. Había sido el resplandor de un pañuelo azul y dorado, y la última vez que había visto un pañuelo azul y dorado había sido en el Museo Británico, adornando el cuello de Anippe Kalim.

Jessie se dirigió rápidamente al lugar donde había percibido el movimiento, esquivando los objetos en exposición, mirando entre los turistas y comprobando cada rincón. Las salas se sucedían hasta el infinito y cuando, finalmente, se estaba maldiciendo a sí misma por haber sido demasiado lenta en reaccionar, estar demasiado poco alerta y descentrada como para creer que se iba a topar con la novia de Tim en el Museo de Antigüedades Egipcias, Jessie volvió a ver el azul fugaz, pero en aquella ocasión este se detuvo. Se encontraba en un rincón más allá de donde estaba Jessie, a punto de desaparecer por una puerta medio abierta. Esta vez el pañuelo se giró, como si su propietaria no pudiera evitar echar un último vistazo, y ahí fue cuando sus miradas se encontraron. Sí que era Anippe Kalim, el mismo rostro orgulloso y los mismos enormes ojos oscuros, pero ahora los rasgos exóticos se veían depreciados por un gesto de descontento.

—¡Anippe! —gritó Jessie—. Espera, tengo que...

El pañuelo se desvaneció, la puerta se cerró y Anippe Kalim desapareció de su vista.

Jessie corrió, como lo haría un perro tras la presa: sin sopesarlo, sin distracciones, ciega, sorda y muda a todo lo demás excepto al olor. Irrumpió a través de la puerta que rezaba PRIVADO. SOLO PERSONAL tras la que Anippe había desaparecido, y dio a un laberinto de pasillos. Ni siquiera veía a las personas que se acercaban a ella ni oía a los miembros del personal que cuestionaban su presencia allí; simplemente corría.

El pañuelo azul se mecía y serpenteaba con el viento, desapareciendo y reapareciendo, acercándose y alejándose. Cambió de dirección, primero hacia un lado, después hacia el otro, y ahí ganó terreno Jessie, pero finalmente se desvaneció.

Durante no más de medio segundo, Jessie sintió la impotencia de haber fallado antes de oler la cálida ráfaga de aire del exterior con su aroma a fruta madura y su

hedor a estiércol de animales. Entonces vio una puerta trasera abrirse y fue corriendo hacia ella, quedando cegada por el potente resplandor del sol, y entrecerró los ojos. Al final de la calle, Anippe corría, envuelta en su largo vestido marrón y con su innata cortesía hacia los viandantes; Jessie no tuvo tal muestra de civilidad.

Corrió tras ella, pero Anippe conocía las calles y justo cuando Jessie volvía a ganar terreno, Anippe se adentró en un callejón apenas visible y Jessie lo sobrepasó, teniendo que volver sobre sus pasos para encontrar la entrada. Perdió a Anippe de vista una y otra vez, pero en un momento concreto estuvo tan cerca de ella que pudo ver la expresión de asombro en el rostro de la egipcia al mirar esta hacia atrás. Jessie no tenía ni idea de cuán rápido había corrido ni durante cuánto tiempo, pero poco a poco fue percatándose de que las calles se hacían cada vez más estrechas, los edificios más achaparrados y con los techos planos y el asfalto iba dando paso a caminos de tierra. Los rostros indoeuropeos desaparecieron también y ocuparon su lugar las mujeres con vestidos negros y jarros de agua sobre las cabezas y niños a la cadera, que se detenían a observarla con recelo cuando la veían pasar a esa velocidad.

—¡Anippe! —gritó, casi sin aliento.

En aquella ocasión, la joven se detuvo en una esquina. Miró hacia atrás a su persecutora y negó con la cabeza lentamente. Jessie no sabía si era a modo de reprimenda o porque estaba estupefacta, pero comprobó que el pecho de Anippe se agitaba frenéticamente y supo que ninguna de las dos podría seguir con aquello mucho más tiempo, así que dejó de correr. Se quedó donde estaba y le hizo señas a Anippe, que estaba a unos treinta metros de ella, para que se acercara. ¿Por qué iba a ir a su encuentro una mujer que se había pasado huyendo de ella tanto tiempo? Jessie no podía estar segura de nada, pero de repente le pareció una buena alternativa, como atraer a un caballo nervioso hacia uno mismo en lugar de correr tras él.

—Anippe —volvió a gritar desde el otro extremo de la calle—. ¿Está Tim en El Cairo?

¿La habría oído? ¿Era ese negar con la cabeza un rechazo a contestar? ¿O era la respuesta en sí?

Jessie supo que jamás lo sabría porque Anippe giró la esquina y, cuando Jessie llegó al lugar, la joven había desaparecido de la faz de la tierra. Fue entonces cuando Jessie se dejó caer contra la pared, exhausta y respirando hondo el aire con olor a leña para recuperar los sentidos.

Estaba perdida en algún lugar profundo de El Cairo. Había perdido el sombrero y llevaba el pelo pegado al cuello por el sudor, con lo que atraía a las moscas pegajosas que revoloteaban por todos lados. Le caía sangre de la palma de la mano y recordó que se había cortado al parar junto a un puesto de fruta durante la persecución. Tenía la boca seca como la arena del desierto y la garganta, inflamada.

Pensó en Monty y supo que estaría furioso.

«Monty, lo siento, pero...».

Pero ¿qué? ¿Cómo le explicaría lo que había hecho y por qué? Sintió una fría

oleada de vergüenza por cómo había actuado ante Monty. ¿Qué la había poseído? Se pasó la mano sana por la frente y sintió su calor. Era como si se hubiera vuelto loca, como si los objetos del museo la hubieran poseído y hubieran invadido su mente con sus carros de guerra y sus escarabajos, apartando cualquier señal de cordura de ella.

Estaba perdida. Como lo estaba Tim.

Cerró los ojos y fue como si allí afuera, ante el calor y el polvo y con los pilares de su vida hechos añicos, todo se desentramara. Todo estaba cambiando. Se recompuso apoyándose sobre un muro de ladrillos que tenía a la espalda y respiró hondo. Si todo estaba cambiando, entonces era hora de cambiar con el entorno. Inspiró, espiró y miró a su alrededor. La calle era estrecha y daba sombra; ya era algo. Las casas eran de dos plantas, estaban descuidadas y daban directamente al camino de tierra. Tenían postigos en las ventanas para mantener el calor a raya y las puertas principales estaban abiertas, con lo que se podía ver el interior en penumbra. Más allá, dos mujeres con vestidos negros estaban agachadas en el umbral desenvainando guisantes. Jessie pensó en preguntarles por Anippe, pero supo que iba a ser inútil. Era una extranjera, una infiel que no hablaba su lengua. Aunque Anippe estuviera respirando tras los postigos de una de las vecinas, ¿por qué iban a traicionar a uno de los suyos por Jessie?

Se vació los zapatos de piedrecillas y se recompuso el vestido y el pelo con los dedos mientras avanzaba por la calle. Las dos mujeres la observaron sin dejar sus labores, pero era como si supieran algo más. En la siguiente calle, más angosta aún, Jessie sintió las miradas tras los postigos y oyó voces de alguien llamando a otra persona desde una habitación a la otra, atravesando el sonido el pasillo lúgubre que las separaba. El olor a cebollas fritas y a leña penetraba en el ambiente; las cáscaras de maíz yacían secas y arrugadas en una pila que consiguió esquivar cuidadosamente, pero intentando no apresurarse, no inmiscuirse ni desequilibrar el ritmo pausado de la vida allí. Moría por un vaso de agua, pero no se detuvo a pedirlo, sino que siguió caminando en la misma dirección con la esperanza de llegar finalmente a una calle principal en la que pudiera parar a un carro de caballos.

Fueron los niños quienes la alertaron. Los pequeños pilluelos mugrientos, con sus vestidos harapientos y los pies descalzos, la seguían como una hilera de pollitos tras su madre, riendo y chillando, poniéndole ojitos y enseñándole sus dientes blancos. Les dio un puñado de piastras sobre las que se abalanzaron gritando, empujándose y pellizcándose unos a otros, pero en lugar de acercarse a ella, de modo que pudiera preguntarles el camino, se dieron la vuelta y salieron corriendo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había un grupo de cuatro jóvenes de tez morena delante de ella.

Jessie no se inquietó, simplemente asintió educadamente y siguió andando. «No corras, por favor. No hagas ninguna estupidez, Jessie».

Cuando pasó junto a ellos, sus miradas se volvieron más hostiles, y Jessie supo que la habían identificado como una extranjera, una intrusa en su calle, con la cabeza descubierta y la falda no más abajo de la rodilla.

«Sigue andando».

Pero entonces lo vio. Entre los voluminosos pliegues de las galabiyas de los hombres había una cabecita oscura y unos ojos infantiles asustados. Era un niño con las mejillas sucias y la boca grande, y le caía un hilo de sangre desde la nariz.

Jessie se detuvo y los hombres le dijeron algo cortante y con mal tono que ella no comprendió. Sin embargo, no le cabía la menor duda de lo que le estaban queriendo decir: *Vete. No eres bien recibida aquí*. La calle, de repente, parecía estrecharse cada vez más.

—Buenos días —dijo educadamente a los hombres, que se habían cerrado más alrededor del niño, y sonrió—. ¿Hay algún problema?

—No. —El que respondió tenía la voz grave y una espesa barba, pero no contaba mucho más de veinte años—. Váyase. —Hizo un gesto con la mano dirigido a Jessie, como si intentara apartar de una patada a un perro sarnoso.

—El chico parece incómodo.

—¡Váyase!

Otro de los hombres dio dos pasos hacia Jessie. Le caían gotas de sudor por la espalda y tenía la boca seca, y podía oler el fuerte tabaco en el hombre por lo cerca que estaba de ella.

—Quiero hablar con el chico —dijo ella.

Se oyó una voz joven desde detrás del hombre, seguida por un tortazo y un quejido de dolor.

—Disculpe, por favor —dijo ella bruscamente; intentó rodear al hombre, pero este le obstruyó el camino con su cuerpo enjuto engrandecido por la túnica.

Durante unos instantes se mantuvieron la mirada, la de él furiosa, y Jessie estuvo a punto de apartarse, pero entonces, deliberadamente, hizo lo imperdonable: lo tocó. Posó su mano impía en el brazo del hombre y lo empujó. Este dio un paso atrás como si Jessie tuviera la peste y emitió una sarta de insultos guturales, pero Jessie consiguió tener una visión más clara del niño, que estaba petrificado por el miedo. Alargó la mano, lo cogió por la manga mugrienta de la túnica y tiró de él para arrebatárselo al hombre que le había contestado antes. El chico se lanzó hacia ella, mostrando alivio en su carita, y enredó sus dedos ennegrecidos en la falda de Jessie.

—Buenos días, amable mujer —le dijo, y le tiró de la falda—. La llevaré a casa ahora este momento. Venga, por favor, ahora venga, sí.

—Sí —contestó Jessie, sin apartar la mirada de los jóvenes.

Uno de los del grupo le gritó algo al niño, pero este ni siquiera miró en su dirección.

—Venga, venga, venga —dijo el niño—, amable mujer.

Se alejaron juntos; la pequeña mano del niño tiraba de la falda de Jessie para que apresurara el paso, pero ella no quería correr. Sabía lo que hacían los lobos cuando veían el miedo en su presa. Sin embargo, cuando llegaron a la esquina de la calle se atrevió a mirar atrás y vio que las cuatro figuras seguían apoyadas contra el muro.

—Rápido, rápido —la apremiaba el niño.

Ahora que estaba fuera de su vista, sí aceleró el ritmo, pero sin correr aún.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la criatura.

—Malak.

—¿Estás bien?

—Yo muy bien.

—Bien, Malak, necesito volver al Museo de Antigüedades Egipcias.

—Sí, sí, yo llevo. Yo buen dragomán. Venga ahora aquí, sí.

La condujo por un laberinto de callejuelas y callejones. El hedor a vegetación putrefacta y a suciedad humana era muy fuerte, pero al mismo tiempo había filas de ropa recién lavada colgando de un lado a otro de los callejones, lo que obligaba a Jessie a agachar la cabeza. Pasaron junto a una niña que estaba sentada en un taburete de tres patas lavando diligentemente los platos en un cubo de agua. La niña le sonrió tímidamente al niño, pero este la ignoró.

—Malak, ¿qué estaba pasando antes con esos hombres?

El niño giró su joven rostro hacia ella. Tenía los ojos enormes y redondos y las pestañas tupidas y largas, y le brillaban expectantes, no solo por Jessie, sino por la vida misma. Era como si supieran que la vida tenía una gran cantidad de cosas buenas que ofrecer que estaban esperando a ser desenterradas. Sus mejillas eran delgadas y del color del café claro, suaves como la seda y apetecibles al tacto como un albaricoque. Tenía el pelo moreno, denso y falto de un buen lavado. A Jessie le dio un vuelco el corazón con aquel niño y le cogió la mano instintivamente. Él no se la rechazó y el brillo de sus ojos se intensificó.

—Los hombres malos. Muy malos. —Pero se encogió de hombros y se limpió la sangre de la nariz animosamente—. Quieren venderme.

—¿Venderte?

—Oh, sí, sí. Yo buen precio. —Se dio varios golpes en el pecho.

—¿Venderte? —dijo Jessie como para sí misma—. No.

—Oh, sí, sí. Hombres vienen de tu país. Inglaterra buena.

—¿A por niños?

—Oh, sí, sí. Muchos niños.

—Malak, lo siento.

El chico ladeó la cabeza.

—No sienta. Tú buena. Gracias, mujer amable.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

Ella le sonrió. ¿Doce? Estaba mintiendo. Parecía que tenía unos ocho o nueve como mucho.

—Hablas muy bien mi idioma, Malak. ¿Dónde aprendiste? ¿En el cole?

Estaban girando en una calle más deslucida aún, donde la suciedad se acumulaba todavía más y había un hombre desollando una cabra en un palo. Por primera vez se

vio un rastro de congoja en el rostro del niño, breve como el batir de las alas de un cuervo.

—No, no cole. Tengo que trabajar. Pulir. Pulir mucho.

—¿Pulir qué?

—Ollas. Ollas de latón. Turistas quieren brillantes. Muchas ollas y serpientes, cuencos y mucho mucho pulir. —Hizo con mímica el gesto de pulir con la mano que le quedaba libre, mientras que la otra seguía agarrada a ella.

—¿Dónde aprendiste entonces mi idioma?

El chico dudó.

—De un hombre.

Jessie lo agarró con más fuerza, al tiempo que sentía rabia.

—Él bueno, muy bueno y amable. —Le sonrió a Jessie—. Amable, como tú. Dijo que yo listo. —Se dio un toquecito en la sien—. Aquí arriba. Yo seré abogado un día. Me quiere mucho, pero... —Suspiró con el hastío de un anciano—. Pero ir. Tuvo que ir. Muy mal.

Jessie tenía ganas de llorar.

—Y ¿dónde vives? —le preguntó ella.

Él le soltó la mano y saltó al interior de una casa aún más derruida que las demás.

—Aquí casa. Mi madre y muchas hermanas.

Lo dijo con un orgullo que a Jessie le enterneció. Saludó formalmente con una zalema y la invitó a pasar.

Una habitación. Seis personas vivían allí: Malak, sus padres y tres hermanas menores. Su padre trabajaba en un barco en el Nilo, cargando y descargando sacos de cereales o cajas con maquinaria, o cualquier otra cosa que hubiera que cargar aquel día. Largas horas de duro trabajo y seguían viviendo en aquellas condiciones.

Aquello no estaba bien.

—Hola. *Salaam*.

Jessie saludó a la madre, una mujer de complexión delgada y con la misma sonrisa que su hijo, que estaba sentada con las piernas cruzadas en un trozo de alfombra mientras enrollaba algodón en un huso que pendía de su mano. Frente a ella, tres niñas preciosas de menos de cinco años la observaban sentadas, embobadas con los dedos de su madre. Jessie estaba impaciente por volver al museo con Monty, pero se vio obligada a sentarse y comer varios bocados de pan de pita con sus nuevos amigos. Mientras hablaba con la madre y le hacía preguntas, tenía la sensación de que lo que Malak le traducía no tenía nada que ver con lo que quería transmitir su madre. Aquello los hizo reír a todos, pero en cuanto Jessie se terminó su té de menta, se levantó para marcharse. Dio las gracias inclinándose y le puso en la mano a cada una de las niñas un billete de cinco libras egipcias. La madre besó el dobladillo de la falda de Jessie, algo que la abochornó terriblemente.

—¿Qué hace mañana? —le preguntó Malak mientras la acompañaba hasta la calle principal. La madre le había lavado las manos a Jessie con hierbas y se las había

envuelto en muselina—. Yo buen dragomán. Mucho barato. Yo enseño pirámide grande grande, sí, por favor.

—Lo siento, Malak. Viajo mañana al sur, a Lúxor, en tren.

—¡Sí! —vociferó el chico—. Yo conozco Lúxor mucho bien. Mi tío hombre rico en Lúxor. Casa grande grande. ¡Grifo con agua en la casa! Voy muchos días a Lúxor. Yo enseño bien Lúxor a ti, guía barato, sí, por favor, mujer amable.

Jessie rio. Le daba muchísima pena decepcionar a aquel niño.

—Tengo que trabajar allí, pero gracias por la oferta. La próxima vez, quizás.

Malak le sonrió con su enorme sonrisa embaucadora.

—Muchas próxima vez, sí, por favor.

—Sí, por favor.

Jessie le dio un billete de veinte libras egipcias y el chico bajó la cabeza un instante con las manos juntas para recibirlo.

—*Allahu akbar* —murmuró—. Dios es grande. —Y cuando volvió a levantar la mirada, le temblaba la barbilla y le caían lágrimas de los ojos—. *Shukran*, mujer amable. Gracias. Guardo para educación de mis hermanas. No quiero que ellas ignorante, *inshallah*.

Se quedaron juntos a ese lado de la calle bajo el ávido sol y Jessie se conmovió por el amor tan leal que aquel chico les profesaba a sus hermanas. Jamás permitiría que le arrebataran a una de ellas, antes moriría. ¿Por qué no se había cortado el cuello ella cuando se llevaron a Georgie?

Cuando pasó un carro junto a ellos, Jessie se agachó y le dio un beso al chico en su pelo mugriento.

—Eres un jovencito estupendo, Malak. Gracias por tu ayuda. Estoy segura de que nos volveremos a ver. —Le acarició la mejilla—. Que la paz y la bendición de Alá te acompañen, siempre.

Cuando se está esperando a alguien a quien se ama, parte de uno mismo deja de existir; no se es una persona completa. Jessie sentía el tumulto que le provocaba aquello con cada giro que daban las ruedas del carro.

«Monty, espérame».

En su interior había huecos y ahora era consciente de todos ellos. Huecos vacíos en los que la persona a la que esperaba, el amado, encajaba perfectamente. Llevaba casi toda su vida esperando a Georgie y el hueco se había extendido cuando Tim desapareció, dejando partes desconocidas de su ser al descubierto. Ahora esperaba ver a Monty, pero el tráfico asfixiante, las calles abarrotadas, los carros agónicamente lentos..., todo aquello bloqueaba las ruedas de su carro de alquiler.

«¿Estará allí? ¿Me habrá esperado?».

Lo vio en cuanto se acercó, dando grandes zancadas de un lado a otro en el escalón superior del museo. Tenía la expresión adusta, había perdido el sombrero y abandonado su chaqueta. Al girarse vio a Jessie con la espalda manchada de sudor y,

antes de poder pagarle al conductor, antes incluso de haberse bajado del carro, su mirada felina la había reconocido entre la multitud y ya iba empujando y apartando a la gente para llegar a ella. Jessie se lanzó a sus brazos abiertos, sintiendo el calor de sus labios y el sonido sordo de su pecho, pero ninguno de los dos dijo nada.

Era suficiente con saber que se habían esperado el uno al otro.

Georgie

Inglaterra, 1931

Me estás mirando fijamente la nariz. Me la toco de manera consciente.

—Georgie, venga, descubre ya el pastel. No me mientas, se te da fatal.

No te entiendo. ¿Qué tiene que ver un pastel con nuestra conversación? Pero al contrario de lo que piensas, estoy aprendiendo a fingir y no se me da mal. Ahora finjo que te entiendo.

—Caminamos en el jardín para hacer ejercicio —digo.

—Eso es verdad.

—Ayer hacía calor.

—Eso es verdad.

—Me quemé mientras estaba fuera.

—Eso no es verdad.

¿Cómo lo sabes? ¿Qué estoy haciendo mal? Me saca de quicio no saberlo.

—No te enfurruñes, Georgie; no es agradable. Sacas el labio inferior y cierras los ojos como un niño de dos años.

Reformulo mi cara.

—No es importante —digo.

El pie empieza a torcérseme. Ambos lo miramos. Está realizando su propio baile privado. Te levantas de la silla y caminas por la habitación en silencio un rato mientras yo solo espero que te hayas desviado a otra línea de pensamiento, pero sé que no.

—Vamos, mi querido Watson —empiezas diciendo—, examine los hechos. Porque los hechos no mienten. Solo las personas mienten.

Siento un escalofrío por la emoción de la búsqueda, aunque sea yo la presa.

—Hecho número uno: tu frente y tu nariz están quemadas. ¿Correcto?

—Correcto —digo.

—Lo suficientemente quemadas como para que la piel se esté despellejando. Correcto.

—La piel no se despelleja tan rápido. Tan rápido después de quemarse, no.

—Lleva toda la semana haciendo mucho sol. Salimos al jardín cada día.

—Sí, pero solo una hora y nunca cuando el sol está arriba.

No hago ningún comentario al respecto. Te enciendes un cigarrillo, pero no me ofreces uno a mí.

—Hecho número dos.

Haces una pausa. Espero.

—Hecho número dos: la piel de tu cuello en la zona que deja libre el cuello de la camisa haciendo una V está morena. Más morena que tu cara. Eso solo puede significar una cosa, que has estado al sol con regularidad, pero te has cubierto la cara. Me pregunto por qué.

Sigues caminando, ahora de nuevo en silencio. Recuerdo respirar y hago presión en la rodilla para detener la torsión del pie. De repente, te paras en seco y me miras.

—Tienes el pelo más claro —comentas.

¿El pelo?

—Está decolorado por el sol —añades—. Esto me lleva a sospechar que si te has quitado la camisa, podré ver que también tienes el torso más moreno.

Me quedo mirándome el dorso de las manos y me doy cuenta por primera vez de que se han vuelto del color de la miel. Me avergüenzo y las escondo rápidamente bajo las piernas.

—Como las puertas trasera y delantera están siempre cerradas —continúas—, solo puedo concluir que sales de aquí de algún otro modo. Déjame pensar...

Das una larga calada al cigarrillo y exhalas dos círculos de humo perfectos.

Me miro el pie. Sigue torciéndose. Me traiciona. Me lo piso fuerte con el otro pie.

—La opción más obvia sería la ventana, pero abajo las ventanas están todas cerradas con clavos, como comprobé una vez que pedí que abrieran una para que entrara aire fresco; el ambiente era muy desagradable. Pero entiendo ahora por qué el doctor Churchward insiste en ello.

Después te pasas un buen rato andando como antes por la habitación, envuelto en tabaco y en tus pensamientos.

—Pero esta primera planta no —te dices a ti mismo en voz baja, más que a mí—. Podrías bajar usando sábanas y mantas, pero ¿cómo volverías a subir? No hay salida de incendios y eso solo te deja el tejado.

En mi garganta se acumula un lamento de desesperación y tengo que tragar saliva fuerte para conseguir devolverlo adentro. Miro tus dedos, posados con impaciencia sobre el cigarrillo como las antenas de un insecto. Me has arrinconado. Cuando, finalmente, acabas el cigarrillo, sé que ya estoy perdido.

Juntas las yemas de los dedos y dejas escapar un suspiro de resignación.

—El tejado.

—Holmes —digo—, eres un hombre de hierro.

El viento es fresco y tira de tu ropa.

—«Este —anuncias— es uno de los momentos dramáticos del destino, cuando oyes pasos por las escaleras que se acercan a tu vida y no sabes si es para bien o para mal».

Es una cita. Del principio de *El perro de los Baskerville*. No creo que sea apropiada porque no hay ningún paso ni ninguna escalera a la vista aquí arriba y sé sin duda alguna que es para mal, no para bien.

Hemos subido al tejado. Te he llevado por las escaleras en espiral que solían ser las del servicio de esta enorme casa, esos pobres despreciados. En la planta superior hay un baño bajo los aleros que ahora está lleno de maletas vacías. Las he ido examinando a lo largo de los años, en busca de alguna señal de mi nombre en alguna de ellas, pero no he encontrado nada parecido. Intento recordar algo que me trajera de casa, lo intento, pero no consigo acordarme. Simplemente hay un vacío. Quizás por eso no hay maleta, porque vine con lo puesto, o quizás en mi furia destruí todo lo que tenía que ver con casa. No lo sé, pero me niego a preguntarle al doctor Churchward.

Nos metemos en el baño y aparto las cuatro maletas que tapan la ventana. Una es muy bonita, de mimbre, y en ella guardo cosas que no quiero que encuentre nadie, como mis anteriores diarios hechos por mí, los que no leo porque me hacen llorar. Y la pelota de *ping-pong* que encontré un día en el jardín. Sé que los batablanca me la quitarían por si decidiera asfixiarme tragándomela. No creas que no he pensado en ello.

La ventana está fija con clavos, pero te enseñó los dos que están oxidados y la madera podrida. Los aflojé hace mucho tiempo y soy capaz de sacarlos y meterlos de su agujero con bastante facilidad, así abro la ventana. Ahora viene lo más peliagudo. Tenemos que subirnos al alféizar de la estrecha ventana de una vez. Te enseñó cómo es y te quedas boquiabierto cuando me quedo pegado a la pared por fuera, a más de doce metros del patio de cemento, y me pongo de lado. Te oigo coger aire, sorprendido por mi hazaña, y eso me divierte.

Me agarro a una cañería de hierro resistente de la época de las buenas construcciones victorianas. Con varios movimientos ágiles de mis pies, subo hasta el borde del tejado, que tiene un pretil de piedra alrededor del edificio. Engancho la mano entre la obra decorativa y me impulso hacia arriba. Es fácil.

Ahora tú.

Me giro para mirarte en el alféizar de la ventana y el pecho se me endurece. Pareces tan pequeño... Y el descenso tan enorme... Morirás si no lo haces bien en la cañería. Vomito. El viento sopla fuerte sobre ti mientras saltas y entonces sé que te he matado. Me agacho tras el pretil y cierro los ojos. Empiezo a pensar en tragarme la bola de *ping-pong* y, entonces, ahí estás, a mi lado.

—¡Ha sido muy emocionante, Georgie! —Me das una palmada en la espalda—. Estoy impresionado. No creía que tuvieras todo eso dentro de ti.

¿Que tenía qué dentro? No sé a qué te refieres ni me importa. Estás vivo. Juro al cielo que nunca te volveré a subir al tejado..., eso suponiendo que consiga que

llegues sano y salvo abajo. Bajar es más difícil. Me apoyo contra la pendiente de la pizarra del tejado e intento que el corazón deje de latirme frenéticamente como un caballo desbocado.

—Vamos, enséñame este sitio. —Me levantas—. Desde aquí se puede ver a kilómetros de distancia.

No quiero ver a kilómetros de distancia. Quiero sentarme tranquilamente como hago siempre en el centro con forma de V de las dos secciones paralelas del tejado. Allí no puede verme nadie y yo tampoco veo a nadie; solo el cielo y los pájaros. Pero tú vas dando saltos por el tejado y eso me asusta. En la parte interior del pretil hay un camino estrecho que se usa para el mantenimiento y tú te paseas por él como si fuera el sendero de un jardín en lugar de una cuerda floja en las alturas.

Te ruego que te sientes conmigo y lo haces a regañadientes.

—Esto es maravilloso —dices—. No me extraña que te quemaras. ¿Por qué me lo has mantenido en secreto?

—Porque pensaba que se lo dirías al doctor Churchward.

—¿Por qué haría eso?

—Para que no subiera más aquí; es peligroso.

—Georgie, chico, nunca te culparía por poner un poco de peligro en tu vida. ¿Con qué frecuencia subes aquí?

—Solo cuando me siento bien.

Asientes.

—Tiene sentido, claro. El aire fresco se lleva las telarañas.

—Yo no tengo telarañas.

—Es una forma de hablar, Georgie. —Te estiras en las losas cálidas y yo hago lo mismo.

Nos quedamos allí mucho tiempo, más del que normalmente me arriesgaría a ausentarme de mi habitación, pero los batablanca no suelen interrumpirme cuando saben que estoy contigo. Además, los sábados por la tarde hay menos personal. Nos quedamos allí incluso cuando el sol se oculta y las nubes se hacen más espesas sobre nosotros, nos quedamos porque es la primera vez que estamos así juntos, en el exterior y relajados.

Cuando empieza a llover, me vuelve el pánico. No me he dado cuenta de que las nubes se han vuelto de color violeta. Nunca he estado aquí arriba cuando llovía. En segundos, las losas del tejado están mojadas y resbaladizas y el viento intenta tirarnos al suelo.

—No te preocupes —dices.

Pero sí que lo hago.

—Tenemos que ir con mucho cuidado —dices.

La lluvia te golpea en la cara y te obliga a entrecerrar los ojos. Se te pega el pelo a la cabeza. Un sonido sale de mi interior y provoca que te sobresaltes.

—Calla, Georgie. Por amor de Dios, deja de armar jaleo.

Me tapo la boca con la mano, pero así no puedo trepar, así que la dejo caer de nuevo. Salimos de la sección en V del tejado.

—Yo iré primero —dices.

—¡No!

Si vamos a caernos, quiero ser el primero en hacerlo.

Me deslizo hasta el pretil oyendo tus pasos detrás de mí. No te espero, por si te pones delante de mí. Me inclino para colocarme en la parte exterior del pretil y empiezo a bajar hasta la cañería, pero oigo un borboteo extraño que sale de ella y no quiero tocarla.

—Georgie, déjame...

Te ignoro y me agarro a la cañería. Está tan mojada y escurridiza que bajo más de dos metros de golpe. Desde arriba, gritas mi nombre. Me aseguro poniendo los pies en la pared y voy subiendo poco a poco hasta ponerme al nivel de la ventana, que está a algo más de un metro de mí hacia la izquierda. Aquí viene lo peligroso. Normalmente me agarro con las manos y balanceo el cuerpo hacia el lado para que los pies lleguen al borde. Tengo que soltar las manos en ese preciso momento si no quiero quedarme con los pies por un lado, las manos aún en la cañería y el cuerpo suspendido en el vacío. Lo he hecho muchas veces y el corazón normalmente ni se me acelera, pero nunca lloviendo, nunca contigo mirándome desde arriba con miedo en tus atónitos ojos.

El miedo mata; el miedo conlleva errores.

Estoy temblando, pero tengo la boca bien cerrada y los dientes apretados contra el labio y no hago ningún sonido mientras me impulso hacia el lado. Los pies entran en contacto; suelto las manos, suave como la seda. Ya estoy en el alféizar de la ventana, sano y salvo, vivo y lleno de júbilo. Incluso abro la boca para llenarla de lluvia.

—¡Mi turno! —gritas.

Todo se evacua de mi ser excepto el miedo. Las rodillas me fallan y acabo agachándome, así que tengo las piernas en el baño y el trasero en el alféizar. Miro hacia arriba y la lluvia me golpea con fuerza en la cara. En medio de la confusión, veo cómo bajas por la cañería y te colocas al nivel de la ventana. Alargo la mano, pero no llego.

—¡No mueras! —grito—. Puedes morir.

—Gracias, Georgie, por esa idea tan reconfortante.

—Quédate ahí. Iré a por el doctor Churchward.

—No seas ridículo —dices salpicando gotas de lluvia—. Es un salto pequeño; lo haré bien.

Te abrazas a ti mismo con la cañería de por medio y los pies contra la pared, sacando el trasero hacia afuera, como me has visto hacer a mí. No puedo respirar. Me doy cuenta de que me he orinado en los pantalones.

—Te quiero —grito contra el viento.

—Ahora no, Georgie.

Saltas. Tus pies llegan con facilidad a la ventana. Primero los dedos, después el talón. Pero sueltas las manos una fracción de segundo más tarde. Durante un desgarrador instante, parece que lo consigues, pero la mitad superior de tu cuerpo pierde el equilibrio y empieza a caer hacia atrás, agitando los brazos en el aire.

Grito y te agarro las piernas. Te abrazo las rodillas con la fuerza de un pulpo y sé que nunca te soltaré, aunque eso signifique que me arrastres a la muerte contigo. Entierro la cara en tus muslos y agarro tus pantalones con los dientes para tirar de ti, sintiendo cómo mis pies se van despegando del suelo del baño.

Nos quedamos así lo que me parece toda una vida. Siento una extraña oleada de paz recorrerme y, de nuevo, puedo respirar y oler el tabaco impregnado en tus pantalones. Porque vamos a morir juntos. Abrazados el uno al otro. Unidos en nuestro último aliento. Tu mano me agarra el pelo y tira tan fuerte que grito, pero con esa sujeción y conmigo pegado a tus piernas te impulsas hacia arriba y consigues agarrarte al marco de la ventana. Sin prisa ninguna te sientas y vuelves adentro con las maletas.

—Bueno —me dices, sonriendo burlonamente—, ha sido toda una aventura, ¿eh?

Estamos empapados. Tienes los nudillos pelados y me tiembla tanto la piel que me temo que se abra en cualquier momento y que manche el viejo suelo de linóleo con mis despojos. Mi respiración se emite en grandes chillidos y tengo los pantalones pegados a las piernas de un modo vergonzoso.

—¡Qué divertido, Georgie!

—Divertido —repito mientras me castañetean los dientes.

—Vamos a tu habitación para ponernos ropa seca.

Mientras vuelves a colocar los clavos en la madera del marco de la ventana, ríes como para ti mismo y dices:

—La próxima vez creo que traeré un trozo de cuerda para atarla de la cañería a la ventana. No queremos tener ningún accidente, ¿verdad, Georgie?

—No, no queremos accidentes.

—Me voy a estar preocupando por ti hasta que traiga la cuerda.

Después de irte pienso en lo que has dicho. Esa noche me quedo despierto en la cama sonriendo. Contento. Porque sé que te estás preocupando por mí.

El polvo y la ceniza de la máquina a vapor se les metía en los ojos. Jessie estaba impaciente por subir al tren, pero le conmovió que Maisie Randall se hubiera tomado la molestia de ir a esa hora tan temprana a despedirlos en el andén de la estación, así que se quedó un poco más con ella en lugar de coger asiento en el compartimento de primera clase.

—Espero verla de nuevo pronto —le dijo a la mujer con una sonrisa—. ¿Va a ir a Lúxor?

—Puede estar segura de que iré. En uno o dos días estaré de camino.

El tren emitió un silbido chirriante que los sobresaltó.

—Por Dios bendito —dijo Maisie—, ¿es que esta ciudad nunca se calla?

Estaban rodeados de ruido y bullicio. Los mozos se abrían paso empujando con las maletas, los vendedores ambulantes gritaban sus productos y precios mientras les ponían en las narices a los viajeros copias baratas de escarabajos y gatos de basalto o pulseras de cuentas de cristal, los niños se colaban en el andén en un intento por vender sus dátiles e higos, mientras que los pasajeros nativos subían ellos mismos y a sus animales al tren con una determinación tal que Jessie temía que los vagones estallaran incluso antes de partir.

Abrazó a Maisie, sus caderas huesudas y sus costillas, y su olor a melisa. Iba a echar de menos su sonrisa dispuesta y su ingenio vivo, y le preocupaba que viajara sola, pero Maisie parecía vivir con total indiferencia al peligro.

—Vaya con cuidado, mi niña —dijo Maisie, tapándose del sol con el paraguas—. He oído que hace un calor de mil demonios allí abajo en las tumbas, y cuidado también con la maldita agua.

—Lo haré.

—Y procuren mantenerse alejados de las bombas.

La idea estremeció a Jessie; la resonancia tenue de aquel sonido había estado toda la noche retumbando en su mente, reacia a disiparse. Seguía allí, un sonido apagado y con eco, como un trueno lejano en las montañas.

—Estaremos seguros —le dijo a Maisie—. Al parecer el malestar está concentrado aquí, en El Cairo.

Maisie miró a su alrededor y negó con la cabeza ante la visión de los mendigos, sus pies descalzos y las mejillas escurridas.

—No se los puede culpar, ¿eh? Nosotros los occidentales somos demasiado avariciosos y egoístas. Queremos absorber todo lo valioso del mundo. —Su fino rostro se estremeció por el disgusto—. Les dejamos el desierto porque no nos sirve para nada. —Hizo una pausa y miró directamente a Jessie—. Me dan pena estos pobres mendigos. Recuerdo que hubo un tiempo en el que yo tampoco tenía zapatos ni nada que llevarme a la boca.

A Jessie le sorprendió mucho aquel repentino acto de sinceridad. Le tocó el brazo a Maisie y se dio cuenta de cómo la chaqueta suelta ocultaba la ausencia de carne.

—Me alegro de que esté aquí —le dijo con dulzura— con zapatos en los pies y café en la barriga.

La mujer sonrió.

—Pues no es ni la mitad de lo contentos que se van a poner esos mendigos cuando yo llegue a Lúxor. Me van a desplumar. —Maisie rio entre dientes.

El tren dio una sacudida y todos empezaron a airear pañuelos blancos. Monty, que estaba de pie en los escalones de subida al vagón, llamó a Jessie.

—Vaya con él —le dijo Maisie con urgencia—. Ahí tiene a un buen tipo esperándola.

Jessie la abrazó una vez más.

—La veo en Lúxor. No se meta en ningún lío.

—Ni ustedes tampoco.

Al girarse Jessie para subir al tren, miró a Monty detenidamente. La máquina a vapor ondeaba los mechones de su cabellera parda y estaba estirando sus largos brazos para abarcar el mundo, como si perteneciera a aquel mismo lugar, como un gato al sol. Tenía ese don de parecer naturalmente aceptado allá donde fuera. Aquello despertó en Jessie la necesidad de reposar su mejilla en la de él para respirar su mismo aire y pisar el mismo suelo que él pisaba. Quizás así también ella acabaría perteneciendo a aquel lugar.

Quinientos kilómetros. Doce horas muertas de traqueteo y vibraciones en las que Jessie sentía cómo se le adhería a la piel el aire asfixiante que desprendía el ventilador. El vagón de primera clase estaba bastante bien, pero iba lleno de turistas alemanes con pantalones cortos y de hombres de negocios egipcios con sus sombríos trajes y corbatas. El aire sofocante olía a ajo y cuando Monty le ofreció una tajada de melón, Jessie estuvo a punto de llorar de alivio.

El tren se movía a su ritmo. Aceleraba y deceleraba sin motivo aparente, crujiendo como los huesos de un anciano. Paraba en estaciones con nombres que parecían más bien dibujos gracias a las tan ornamentadas letras árabes y aumentaba la velocidad cuando había pasos a nivel sin barreras, con lo que el hecho de ver a las cabras y a los niños caminar por las vías del tren con total indiferencia era más que alarmante.

Jessie se quedó embelesada con los colores cálidos del paisaje, que se desplegaba hacia las colinas del otro extremo del valle del Nilo. Esperaba de antemano que aquel viaje de doce horas fuera tedioso, pero no resultó serlo. En primer lugar, por la cualidad hipnótica del paisaje que recorría el tren, que apenas variaba en kilómetros. Los raíles estaban colocados sobre un terraplén que recorría el lateral del canal Ibrahimiya, una extensión de agua ocre de unos doce metros de ancho, uno de los canales artificiales más grandes del mundo. Había sido una obra enorme de Ismail

Pachá en el siglo XIX, ideada para abastecer de agua del Nilo los campos entre el Alto y el Bajo Egipto.

La llanura del valle del Nilo, excepto por los llamativos minaretes que anunciaban cada torre, habría sido repetitiva y aburrida, pero a cada lado del canal había dos o tres kilómetros de campos de cultivo. Era como un río verde a ambos lados del tren, increíblemente intenso frente a los colores apagados del distante desierto y el blanco lechoso del cielo. Salpicando el mosaico de campos se podían observar las diminutas espaldas agachadas de los *fellahin*, los campesinos, cortando el maíz y los grandes tallos de la caña de azúcar, trabajando sus zanjas e hileras de verduras y contribuyendo con el marrón de sus galabiyas al paisaje.

En las ciudades y los pueblos durmientes, Jessie veía en ocasiones el negro y blanco de alguna vaca o un rebaño de cabras huesudas y, por todos lados, pequeños burros. Los burros y las mujeres eran, con total seguridad, las bestias de carga en Egipto, pero la visión de algún camello que otro era motivo de celebración por romper con la monotonía.

Según pasaban las horas, el cielo se iba tornando de un azul más brillante que parecía quemar las tierras y que disimulaba las montañas de basura acumulada en ambos bancos del canal. Jessie era consciente de que aquella agua era una arteria vital; los hombres pescaban en ella en largas barcas afiladas a remos, las mujeres, con sus túnicas negras, lavaban la ropa y los cacharros allí y los pilluelos orinaban en la misma agua a la que después se lanzaban gritando de júbilo. Aquello era más que fascinante para Jessie.

Lo único que echaba de menos eran los árboles. No es que no hubiera ninguno, porque los había, y proyectaban sombras alargadas sobre el borde del canal, pero no había variedad; solo palmeras datileras altas y elegantes cuyos delicados ventiladores de verdor se inclinaban hacia el agua como mujeres intentando obtener su propio reflejo. Junto a ellas, los plataneros batían sus grandes hojas succulentas en competición directa, pero sus troncos eran raquíuticos y los hacían parecer los hermanos feos de las datileras.

Los hombres se congregaban en grupos de tres o cuatro en la orilla del canal o apoyados contra los muros de las casas, fumando y tomándose su tiempo para poner el mundo en orden mientras las figuras de negro labraban la tierra. Era un mundo que consiguió absorber a Jessie. Y durante todo el trayecto, a lo lejos, de vez en cuando aparecía inesperadamente alguna que otra escarpadura o una hilera de viejas colinas de un tono rosa palo que no conseguía hacer olvidar el desierto que se extendía a su alrededor, despiadado, implacable y cruel.

La segunda razón de la ausencia de aburrimiento era Monty, el roce de su cadera contra la de ella y su elocuente ceja levantada cuando se divertía escuchando cómo dos hombres de negocios egipcios se enfrascaban en una discusión por un caballo concreto que correría en la carrera del club Gezirah el siguiente día. Sus voces eran más graves que las de los europeos, sus gestos más amplios y sus ojos más severos.

Jessie se imaginó a Tim en medio de aquellas personas, tan rubio y fino, el Tim de los buenos modales, y sintió un vuelco en el estómago al experimentar el miedo por él.

Monty debió de notarlo, ya que le dijo en voz baja:

—Cuéntame una de tus historias sobre Egipto, uno de los mitos de los dioses.

Y Jessie le contó la historia sobre la guerra entre los dos hermanos Osiris y Set.

—Osiris era el dios sabio del más allá, gobernador de la muerte y la fertilidad, el hijo mayor del dios de la tierra, Geb, y de la diosa del cielo, Nut. Set, su hermano menor, estaba celoso de él; era el dios del desierto y las tormentas.

—Uh, esto tiene mala pinta —dijo Monty sonriendo.

—Sé cuán irritantes pueden ser los hermanos menores —murmuró Jessie, y Monty rio.

—Y ¿qué hizo Set al respecto?

—Nada bueno. Quería el trono de su hermano, así que hizo lo que todos los hermanos malos hacen en las historias: mató a Osiris.

—Qué mal hermano.

—Pues sí, muy triste, pero no acaba aquí. Cortó al pobre Osiris en catorce trozos y los esparció por todo Egipto.

—¡Qué horror!

—Ah, pero no podemos olvidar los poderes de la esposa devota de Osiris, Isis, que también era su hermana, por cierto.

—Cuéntame.

—Pues que fue a buscar las piezas, pero solo encontró trece de las catorce. Un pez se había tragado la última.

Monty abrió los ojos con horror.

—No me digas más, me imagino qué pieza.

—¡Exacto!

—Pobre Osiris.

—Pero Isis era una diosa con recursos. Creó un nuevo... —Jessie bajó la voz— falo para Osiris, un falo de oro, y utilizó un conjuro para conseguir unir a su esposo y poder tener un último encuentro marital.

Monty rio, encantado con el tono de la historia, y uno de los alemanes lo miró con cara de pocos amigos.

—Sigue, sigue —le dijo a Jessie con impaciencia.

—Ocurrió lo inevitable, claro. Se quedó embarazada y dio a luz al precioso Horus, a quien tuvo que proteger desesperadamente del malvado Set, que ahora quería matarlo a él. Pero Horus consiguió crecer y convertirse en el poderoso dios con cabeza de halcón, el dios del sol y de la guerra.

—No es de extrañar, me imagino, pero no me tengas así en ascuas. ¿Consiguió el viejo Set matar a Horus también?

—Pues estuvo la cosa disputada, ¿eh? Tuvieron muchos enfrentamientos durante ochenta largos años. Uno de ellos tiene que ver con —dijo misteriosamente, y acercó

los labios al oído de Monty— semen y lechuga, pero vamos a pasar de largo.

Monty resopló.

—Para no liarme más —declaró Jessie—, en una carrera en barco Horus hizo un poco de trampas y ganó el trono de Egipto. Le arrancó los testículos a Set, dejándolo igual de infecundo que el mismo desierto.

—¡Ay!

—Pero Set se tomó la venganza sacándole un ojo, el famoso ojo de Horus.

—Y después, ¿qué pasó?

—Pues en realidad ya está.

—¿Cómo? ¿Me dices que después de esto vivieron felices y comieron perdices?

—No, pero Horus ganó; el bien sobre el mal.

—De eso trata el asunto, ¿no? —La expresión de Monty se tornó más severa de repente.

Jessie negó con la cabeza, sintiendo de pronto una tirantez en el pecho.

—¿Cómo podemos saber quién es el bien y quién es el mal? —dijo ella.

En medio del calor y el jaleo del vagón, la pregunta quedó suspendida en el aire sin respuesta.

—Tenemos que confiar en nuestro propio juicio —dijo Monty finalmente—. Es lo único que nos queda.

—Sí, pero ¿podemos fiarnos de él?

Monty suspiró.

—¡Ay, mujeres!

—¿Cómo dices?

—Vosotras las mujeres, Isis... Decididas a arriesgarlo todo por salvar a vuestros amados hermanos.

No se le había ocurrido a Jessie hacer tal asociación de ideas. Allí estaba ella, en Egipto, removiendo cielo y tierra para encontrar cualquier rastro de su hermano. De algún modo, inexplicablemente, aquello marcó la diferencia. Reposó la mano en la muñeca de Monty y giró la cabeza para mirar por la ventana el esquivo desierto en el que Set vivía, con su nariz torcida y su cola bífida, con la única compañía de los escorpiones.

La solidez de la carne y los huesos de Monty bajo sus dedos ayudó a Jessie a mantener la mente alejada de la idea de que Set era también el dios de las tormentas.

La tercera razón de que el viaje desde El Cairo hasta Lúxor fuera entretenido fue más inesperada. Monty estaba leyendo la revista *Egyptian Gazette* mientras Jessie se planteaba preguntarle al señor egipcio que tenía sentado enfrente si conocía algún hotel bueno en Lúxor cuando el revisor entró en el vagón con su uniforme de color escarlata y su fajín dorado, con expresión de disculpa.

—¿Señorita Kenton? —preguntó.

—Sí.

—¿Tiene a algún amigo viajando en el mismo tren?

—Sí, está sentado junto a mí.

—No. —El señor se inclinó educadamente hacia Monty. Era el tipo de hombre de mirada amable que parecía que viviera con demasiadas mujeres. Tenía ese aspecto de estar siempre intimidado y ser una persona sin pretensiones—. Siento molestarla, señorita Kenton, pero me refiero a un amigo de nacionalidad egipcia.

—Pues, que yo sepa, no —dijo Jessie sorprendida.

—Ah, ya me imaginaba. Afirma que usted pagará su billete.

—¿Quién es esa persona? —preguntó.

—No es nadie. No se preocupe, señorita.

Hubo un resplandor blanco, seguido de un pequeño rostro joven que salió de debajo del brazo del hombre, y unos ojos negros y brillantes la miraron con una amplia sonrisa.

—Soy yo, *sita* Kenton, Malak.

Georgie

Inglaterra, 1932

Aquí estás. Pero no estás aquí. No oyes lo que digo. Apenas hablas. Te pasas las manos por el pelo con tal brusquedad que te caen hebras doradas hasta los hombros. Le das una patada a mi maza, haciéndola rodar por el suelo.

—Quiero que te vayas —digo.

—¿Que me vaya?

—Sí.

Cuando estás así, me pones de mal humor. Me hace sentir mal por dentro. Me pongo nervioso y me altero porque no quieres estar aquí.

—Tengo un problema —dices.

No te miro. Abro la puerta del armario una rendija y miro la oscuridad que hay en el interior. ¿Te darías cuenta si me metiera un rato ahí? Algunas personas son adictas al alcohol, otras al chocolate o a la cocaína. Yo, cuando estoy molesto, soy adicto a la oscuridad.

No sé qué decir. No sé qué hacer.

—Ve a mirar —me dices en voz baja.

—¿Cómo?

—En la lista, la lista de respuestas.

—Quiero que te vayas —vuelvo a decirte.

—Bueno, mala suerte.

Estás jugando con el mechero, abriéndolo y cerrándolo una y otra vez, y me estás volviendo loco.

—¡Mírala! —me gritas.

Dejo la puerta del armario medio abierta y saco la lista del mueble de al lado de mi cama. La leo lentamente, probando con cada posibilidad en mi cabeza. Rechazo el por favor y el gracias, y bajo hasta las dos últimas: Lo siento si te he ofendido y la nueva: Pareces preocupado. ¿Qué ha pasado? Las observo con recelo; no sé cómo he podido ofenderte, ya que has llegado así y no ha podido ser por nada que haya hecho yo. Pero eso no quiere decir que yo no tenga la culpa de alguna manera. Fausta

ignorancia, lo llamas. Ignorancia, sí. Fausta, no.

La pregunta ¿Qué ha pasado?, es peor.

No quiero saber qué ha pasado, solo quiero que vuelvas a estar como antes, normal. He probado con varios temas de conversación, como los últimos hallazgos en Medinet Habu o si la nueva construcción de Broadcasting House —la nueva oficina central de la BBC en Portland Place, de estilo art déco— expandirá los horizontes de la BBC de un modo que te entusiasme, pero que a mí no me afectará en absoluto. Ese tipo de preguntas siempre te anima, pero hoy te quedas mirándome fijamente los pies y ni siquiera parece oír nada de lo que te digo.

Sea lo que sea lo que ha pasado, es malo, así que no quiero saber nada sobre eso.

—Pareces preocupado —digo de manera lamentable—. ¿Qué ha pasado?

Por primera vez, me miras. Miro fugazmente tu rostro y me acerco a la puerta del armario. Noto cómo la inquietud me va pellizcando los globos oculares y necesito tenerlos a oscuras.

—Georgie, ven aquí.

Me acerco un paso a ti. Empiezas a hablar de nuestro padre, de las reuniones a las que estás asistiendo con él para oír a *Sir Oswald Mosley* hablar sobre el fascismo y lo que hará por nuestro país. Observo cómo mis dedos arrancan un botón de mi camisa porque estoy asustado. Nunca antes has hecho esto de contarme cosas sobre papá.

—Ya hemos hablado sobre *Sir Francis Galton* antes, ¿recuerdas? —me dices con cautela.

—Claro que lo recuerdo.

—Dime.

—Era primo de Charles Darwin e inventó la ciencia de la eugenesia. Defiende la idea de que es posible producir una raza perfeccionada de hombres gracias a la reproducción selectiva.

—¿Y?

—Y evitar la reproducción de los no deseables para la sociedad. —Me alejo de ti y cojo mi pesada maza—. Sé que soy un no deseable.

—Papá también lo sabe.

Balanceo la maza.

—No voy a reproducirme.

Observas la maza.

—Papá me habló anoche sobre las ideas de Adolf Hitler sobre mantener la pureza de la raza entre los arios y sobre la gran cantidad de seguidores de Galton que hay en América y aquí en Gran Bretaña también, en el Centro de Eugenesia de Lambeth.

Levanto la maza de madera y la balanceo para dejarla sobre la cama y los muelles gimen.

—Papá está completamente a favor de esta idea —me dices.

Vuelvo a balancear la maza.

—Georgie, escúchame. Estoy preocupado.

—Quiero que te vayas ahora. Vuelve cuando estés...

—Maldita sea, Georgie, no me voy a ir.

Estás gritando. Me tapo el oído con la mano izquierda para bloquear el sonido, pero no suelto la maza con la derecha.

—Estoy preocupado —me dices más calmado— porque esté planeando...

Dejas de hablar. Empiezas a emitir unos sonidos extraños que haces con la parte posterior de la garganta. Me echo más hacia atrás.

—Estoy preocupado —vuelves a decir— porque no vaya a...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—Para —me dices—. Vendrán los batablanca.

Levanto la maza con ambas manos y la tiro contra la puerta del armario, que se rompe en miles de pedazos, y el ruido me perfora los tímpanos.

Los batablanca vienen y te echan.

Tengo serpientes en la cabeza. No ha sido una buena semana para mí, no desde que viniste a hablarme sobre papá. Las serpientes están ahí, se deslizan por los huecos de mi cráneo. Las oigo todo el tiempo. Su silbido y su zigzag, el roce de sus escamas secas contra las curvas y volutas húmedas de mi cerebro.

Son tan escandalosas que a veces me meto un dedo en la oreja, bien adentro, para intentar sacarme una. Estoy tan desesperado que le pido al doctor Churchward que me examine los oídos con un otoscopio para comprobar qué están haciendo las serpientes ahí dentro, pero se ríe y me pincha con una aguja. Incluso le digo que debe utilizar sus horribles alambres eléctricos y ponérmelos en el cráneo porque es el único modo de matar a las serpientes, horrorizándolas hasta la muerte, pero se niega y me mete una pastilla en la boca. Pienso en lo que me contaste sobre que papá aprueba la eugenesia y vomito la pastilla dentro de mi armario sin puerta. Cuando vienes estoy sentado en la penumbra del armario mirando fijamente la pastilla sobre su charco de remolacha, más rojo e intenso que la sangre. Sé que es remolacha, pero aun así me asusta.

Caminas. Tus pasos son cortantes e inculpadores. Cojo una camisa de la percha y me la envuelvo alrededor de la cara.

—Georgie —dices—, sal de ahí.

Silbo al ritmo de las serpientes para no oírte. Esperas unos instantes y te sientas en mi cama. Nunca te sientas en mi cama a menos que esté yo también en ella. Silbo más alto.

Dices:

—Vamos a hacer un trato. Tú te vas de aquí y yo te doy esto.

No me dices lo que esto es.

Me veo obligado a quitarme la camisa de la cara. En la mano tienes un disco nuevo para mi gramófono. Salgo del armario a rastras y te lo quito de la mano para ver de quién es. Es Louis Armstrong. Grito de alegría y lo saco de su carátula de

color marrón pardo y lo pongo sobre el plato. Giro la manivela y coloco la aguja sobre el surco y, cuando las notas de la trompeta inundan la habitación, las serpientes se callan. Doy zapatazos en el suelo triunfalmente, reduciéndolas a polvo bajo mis pies.

Me siento desprovisto de todo cuando la música se detiene. Empiezo a mover otra vez la manivela, pero me dices que no.

—Siéntate y escúchame, Georgie. Este era el trato.

—No había ningún trato.

—Siéntate. Ya.

Me siento. Estoy asustado, pero las serpientes no han vuelto, así que sonrío.

—No —dices.

—¿No qué?

—No me pongas caras.

Estoy desilusionado. Me encojo de hombros y quito la sonrisa.

—Hoy —dices— van a pasar cosas importantes.

Miro el armario.

—No —dices—, quédate dónde estás.

Me quedo.

—Vas a tener que confiar en mí, Georgie. ¿Confías en mí?

Asiento.

—Bien —dices.

Pero no lo hago. Vas a hacerme algo malo. Lo sé, pero no sé cómo lo sé.

—Escúchame bien, Georgie. Voy a sacarte de aquí hoy mismo.

El aire se escapa de mis pulmones cuando te miro a la cara y veo que hablas completamente en serio. Esta no es una de tus bromas. Me tiro al suelo de rodillas y me golpeo la frente contra el suelo para despertar a las serpientes. Quiero que su ruido ahogue el sonido sepulcral de tu voz.

—No me fío de ellos. —Tus palabras son tranquilas y me das un golpecito con el pie—. Levántate.

Me quedo abajo.

—Georgie, no lo pongas más difícil. Tenemos que irnos. No he tenido mucho tiempo. Anoche fui a una sesión de espiritismo y...

—¿Una sesión de espiritismo?

—Sí. Eso no es lo importante. Algunas personas quieren que vaya a Egipto inmediatamente.

Levanto la cabeza.

—¿A Egipto?

—Sí, pero en secreto.

—¿Por qué?

—El porqué no importa. —Tus palabras salen como una corriente y me golpean los oídos—. Esto es lo importante. Les he dicho que no puedo dejarte aquí porque no

sé cuándo podré estar de vuelta. Recuerda lo que te pasó la última vez que fui a Egipto hace dos años...

No quiero recordarlo.

—Así que esta vez, Georgie, te vienes conmigo.

Se me abre la boca. Estoy demasiado impactado como para gritar. Lentamente, empiezo a arrastrarme por el suelo hasta el armario.

—¡No! —Tus piernas de franela gris se ponen delante de mí—. Es esto o...

—O morir —concluyo—. Prefiero morir.

A sabiendas de que no debes tocarme, me agarras por los hombros y me pones de pie. Me zarandeas hasta que me castañetean los dientes.

—Bueno, pues mala suerte, hermanito. Yo soy quien toma las decisiones aquí. — Levantas la pesada mochila de lona que hay junto a la puerta y sacas un antifaz negro —. ¿Con o sin?

—No iré.

Del bolsillo de la mochila sacas una caja y la abres hacia mí. Contiene una jeringuilla.

—¿Con o sin? —vuelves a preguntarme.

Te miro atónito y acongojado. Te has convertido en el doctor Churchward. Me tiemblan las piernas. De mi boca sale un aullido agudo.

Me coges del brazo y me levantas la manga. Yo no me muevo, como uno de los perros de Pavlov. Me clavas la aguja como si fuera un acerico.

Estamos en el tejado.

No recuerdo cómo hemos llegado aquí, cómo he subido por la cañería, cómo has conseguido detener mi aullido. Lo único que recuerdo es que me has cogido las mejillas entre las manos con tu nariz tan cerca de la mía que es como si el sol se hubiera caído del cielo y estuviera emitiendo todo su calor sobre mi cara. Tienes la boca torcida.

—No me dejes ahora, Georgie —dices.

Creo que te refieres a que no me vaya del tejado, así que niego con la cabeza. Ahora que ya estamos allí sacas de la mochila una escalera de sogas. Me quedo mirándola sin saber para qué es y cuando me llevas hasta el otro extremo del tejado, donde nunca antes he estado, empiezo a tambalearme de un lado a otro, como si el viento me estuviera golpeando. Las serpientes siguen calladas, así que cierro los ojos con alivio y me doy cuenta de que me estoy quedando dormido de pie como un caballo.

—Por Dios, Georgie, ¡muévete!

Me esfuerzo por abrir los párpados y los mantengo así con los dedos. No recuerdo por qué estamos aquí, pero es agradable. La difusa luz del sol del otoño me acaricia la nuca. Intento sentarme.

—¡Aquí, Georgie!

Me coges las manos y las pones sobre una tubería de ventilación que sale hacia arriba desde detrás de la balaustrada. Has atado la escalera de soga a ella.

—¿Cómo sabías que estaba esto aquí? —te pregunto plácidamente.

—Lo he preparado para esta ocasión.

Estás cortante. Incluso grosero, diría, pero mi lengua se ha pegado a la parte trasera de mi boca y allí yace inerte. Lentamente voy cayendo en la cuenta de que has tenido que estar aquí arriba sin mí y me pongo celoso.

—Ahora baja por la escalera —me ordenas.

—No.

—Hazlo.

—No.

—Por favor, Georgie.

—No.

Antes de poder oponerme de nuevo me pones el antifaz negro en la cabeza, me subes al pretil y me colocas los pies sobre la escalera. Es poco firme. Grito. Me metes un caramelo marrón muy grande en la boca y es de sabores que nunca antes había probado. Le doy vueltas con la lengua.

—Baja —me susurras como las serpientes.

Bajo. No muy convencido, lentamente, una mano tras otra, un pie tras otro... El sabor dulce en mi lengua suelta... Me sigues desde arriba y, cuando llego al suelo, saltas la última parte, me quitas el antifaz y me haces correr por una parte del jardín que nunca antes había visto.

—Bien hecho, Georgie. Serías un muy buen ladrón.

—Pero el ladrón eres tú, Tim —digo. Mis palabras son densas e inertes—. Me estás robando.

—Es verdad. No te pares, sigue corriendo.

No puedo correr. Hay partes de mí que se paralizan.

—Ahora hay que saltar el muro.

Hay una escalera de madera delante de nosotros apoyada contra el alto muro del jardín junto a dos hombres que no he visto nunca. Es obvio que te conocen. Me dan miedo. Asustan a mis miembros, que se ponen rígidos. No puedo moverme.

Me miras desde muy cerca y te oigo maldecir muy bajito. Lentamente, como si yo fuera un gatito, me rodeas la cintura con tu brazo y me invitas a seguir hacia adelante, un paso tras otro. Tengo que mirarme los pies para conseguir que sigan moviéndose. Quiero apartar tu brazo de mí, quiero correr otra vez dentro de la casa y golpear la puerta principal para rogarles que me dejen volver.

—Sube —me dices bajito al oído.

Y yo subo.

Tebas.
La reina de las ciudades.

Ciudad del rey de reyes, el grande y glorioso Amón-Ra. Capital legendaria del Antiguo Egipto. La punta de lanza de su poder militar.

Centro de aprendizaje y gran sabiduría, pináculo del poder político mil doscientos años antes de que Cristo pusiera un pie en este mundo.

Todas esas cosas era Tebas.

Waset era su nombre en egipcio según fue encontrado en textos antiguos, que significa «ciudad del sepulcro». Que todos aquellos que contemplen el lugar se inclinen ante el gran dios Amón-Ra. El nombre de *Thebai* se lo pusieron los griegos antiguos y de ahí pasó a ser Tebas para los egipcios. Es una ciudad que ha mirado directamente a Ra a los ojos, compitiendo con el mismo sol por el brillo de su oro y la inmensidad de su poder. Sin embargo, es una ciudad que también fue engullida por la arena del desierto y reducida a ruinas cuando su orgullo desmedido la llevó a la humillación y la misma destrucción.

Tebas desapareció y, en su lugar, aparecieron dos poblaciones pequeñas: Lúxor y Karnak, que viven de aprovechar el turismo de la muerte.

Lúxor.

Allí era donde Jessie tenía depositadas todas sus esperanzas.

El calor de Lúxor era asfixiante incluso a esa hora de la noche. Jessie se quitó los guantes y el sombrero para abanicarse con él, intimidada por Monty, que tenía la habilidad especial del caballero inglés de ver el calor como un simple invitado no deseado a una fiesta e ignorarlo por completo. Caminaba con paso firme bajo la luz de la luna a la par que recogía el equipaje, apartaba a los golfillos callejeros, pedía un carro taxi y sacaba de a saber dónde un matamoscas para Jessie, todo ello sin expulsar una gota de sudor ni perder la sonrisa.

Encontró un hotel cómodo, el Blue Nile. Era pequeño, discreto y estaba limpio. Monty inspeccionó sus habitaciones en busca de cucarachas antes de registrarse y las declaró habitables, no sin antes exigir que remendaran la mosquitera y pedir agua hervida y limas frescas para hacer una bebida. Los miembros del personal del hotel, con sus galabiyas blancas, accedieron obedientemente y se escabulleron a hacer cada uno sus tareas.

El problema, según lo veía Jessie, no era el hotel, sino Malak. El chico egipcio le pesaba en la conciencia. Se había colado en el tren solo para viajar con ella hasta Lúxor, así que ahora no tenía más opción que sentirse responsable de él. ¿Qué dirían

su madre y sus hermanitas de ojos enormes? Viajar en tren por Egipto resultó ser increíblemente económico, así que el coste del billete del chico había sido insignificante, pero Monty y ella no estaban allí para que un pequeño guía les enseñara los emplazamientos históricos; no necesitaban un cachorro que los siguiera a todas partes.

—Toma, Malak, coge esto —le dijo fuera del hotel—. Toma el primer tren de vuelta a El Cairo por la mañana.

El chico había dejado caer la vista sobre el dinero que le ofrecía y su joven rostro era ahora una mezcla de emociones. El deseo de meterse en el bolsillo las libras egipcias luchaba contra la decepción de que lo obligaran a irse. Se secó las palmas de las manos en su túnica de rayas mugrienta como si estuviera limpiándose la codicia, negó con la cabeza dramáticamente y añadió una conmovedora caída de ojos.

—Sita Kenton, yo la ayudo. Yo quedo. —Asintió con tal entusiasmo que su cabeza amenazaba con salir disparada de un bote—. Yo quedo, sí.

—No —dijo Monty contundentemente al tiempo que agitaba el matamoscas hacia el niño—. ¡Largo! ¡Vete! Fuera de aquí.

Malak empezó a hacer lo que le decían, pero con los hombros caídos y andando de espaldas, con la mirada triste fija en Jessie.

—Oh, vale —dijo suspirando, y el chico volvió de un salto a su lado con una amplia sonrisa—. Pero solo un día, eso es todo. Puedes quedarte con nosotros mañana, pero después —le dijo advirtiéndole con el dedo índice mientras le ponía el dinero en la mano— vuelves en tren con tu familia.

El chico bailó alrededor de Jessie.

—Yo mucha ayuda. Buen chico. Tú amable y guapa. Tú ángel diosa del sol. Tú mujer amable. Tú...

—Ya vale —le dijo Monty al chico con un gruñido—. ¡Vete!

—Yo encuentro mi tío y vuelvo.

Se desvaneció en la oscuridad y Monty la miró con cara de pocos amigos.

—Sí, sí, ya lo sé. —Jessie se encogió de hombros—. Soy idiota.

—No —le dijo Monty con una sonrisa—. Creo que el chico tiene razón, te ha calado, *ángel diosa del sol*.

—¡Calla!

—No me culpes a mí —dijo Monty riéndose— de que el pequeño pillo te estafe y se pasee por El Cairo con tu sombrero nuevo.

—Nunca se sabe, quizás nos sea útil; conoce Lúxor.

De repente, las risas se acabaron. La frescura de Jessie se ensombreció al pensar en qué pasaría al día siguiente cuando volvieran a la realidad.

La realidad era Tim.

Monty fue a su habitación aquella noche. Su piel la envolvió, cálida y tentadora, y sus manos exploraron su cuerpo, provocando en ella nuevos sonidos que se desprendían

de su garganta y la sorprendían.

Se tomaron su tiempo recreándose en los besos y en descubrir el momento y el gesto más placenteros, lo que los excitó y los condujo a un frenesí de mutua necesidad. En aquella ocasión, él pedía más; Jessie percibió cómo Monty tiraba de ella desde dentro y se encontró soltando las cadenas que llevaba años amoldando a su ser, abriéndole puertas y aferrándose al corazón de aquel hombre. Sin aliento y consumida por el calor que los abrasaba. Ambos alargaron el tiempo y se desplegaron en él en lo que parecieron ser horas de lujuria, y no existía ningún otro momento para ambos. Así que se sorprendieron al oír al muecín llamar al rezo a los fieles de Lúxor al amanecer.

Jessie se quedó con la cabeza reposada en el hueco del hombro de Monty, saciada y con el cuerpo entrelazado con el de él. Los corazones redujeron el ritmo poco a poco hasta llegar a un latido regular mientras finos haces de luz solar llegaban a la cama desde la ventana y empezaban a trepar por sus piernas desnudas.

Los labios de Monty tocaron la frente de Jessie.

—Dime una cosa sobre ti que todavía no sepa.

Aquello era ir un paso más allá, abrir un poco más la puerta. Jessie sonrió y abrió los labios para hablarle del día en que, siendo una niña, había ido a robar manzanas a una vecina y, estando subida en el árbol con la boca llena del jugoso fruto, perdió el equilibrio al resbalar en una rama cubierta de líquenes. Entró en el jardín en ese momento una mamá zorra con sus tres crías detrás. La zorra empezó a jugar, no había otra forma de llamarlo. Jessie saltó y retozó con ellos, persiguió a las crías, les lavó las orejas y la cola... En aquel momento, lo que Jessie más quería en el mundo era ser para siempre una de esas crías.

Abrió la boca para contarle todo esto a Monty, para abrirle esa puerta, pero esas no fueron las palabras que salieron.

—Tenía otro hermano —le dijo—. Se llamaba Georgie. Desapareció.

Pudo oír la respiración pausada de Monty.

—¿Cuándo desapareció? —Su voz era tranquila, lisa como el cristal.

—Cuando yo tenía siete años y él, cinco.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Era un niño complicado. Creo que mis padres no podían tratar con él y lo llevaron a un hogar de algún tipo. Nunca me lo dijeron.

—¿No volviste a verlo?

—No.

—¿Sigue vivo?

—No tengo ni idea.

—Oh, Jessie.

—Nunca se lo he contado a nadie.

Él la abrazó con más fuerza y la acercó a su pecho desnudo, como si pudiera introducirla debajo de sus costillas para tenerla a salvo. Estuvieron así un buen lapso

de tiempo, en silencio, con la excepción de la llamada al rezo del muecín.

—Bueno —dijo ella con firmeza—, vamos a hablar de por dónde vamos a empezar hoy.

Monty se incorporó, apoyándose en el codo y estudiándola delicadamente, como si quisiera retener en la memoria cada línea de su rostro y su cuerpo.

—¿Por dónde empezamos?

—Bueno —dijo ella—, eso no es difícil de saber.

—¿La tumba del rey? Donde reposan los restos del rey Tutankamón.

Ella se estiró y le besó la barbilla, notando la barba de la mañana en sus labios.

—¡A la primera! No se te escapa nada. —Sonrió, demostrando que, de nuevo, ella estaba al mando.

—Prométeme una cosa —dijo Monty.

—¿Qué?

—Que no te apartarás de mi lado.

Ella reposó la mejilla en su pecho, oyendo la calma de sus latidos.

—Lo prometo.

El Valle de los Reyes no era como Jessie se lo esperaba. Era un infierno rocoso y baldío en el que la vida no era bienvenida y el calor abrasador del sol rugía sobre las grandes rocas y chocaba implacable contra la piel al descubierto. El cielo era una inmensidad de color azul intenso que cegaba la vista. Allí no vivía nada; incluso los escorpiones y los lagartos se lo pensaban dos veces. Sin embargo, las moscas sí colonizaban el lugar; multitud de ellas se congregaban alrededor del sudor de los hombres y mujeres que eran lo suficientemente atrevidos como para adentrarse en el valle de la muerte, atraídas también por el hedor de los burros y camellos que llevaban a los valientes hasta allí.

Malak esperaba en el exterior del hotel, agazapado en una zona arenosa con sombra con una paciencia tal que a Jessie le sorprendió al compararlo con la forma de ser de los niños ingleses.

—Buenos días, Malak. —Le llevaba un trozo de pan de pita relleno de queso de cabra de la mesa del desayuno.

—*Ahlan*, amable mujer, hola. —Aceptó el desayuno con agradecimiento, no con gula, y miró a Monty de modo respetuoso—. Buen señor —le dijo, saludándolo educadamente—. Tengo barco para ustedes, mejor falúa del Nilo, sí señor, sí. —Agitó el pan en la dirección del río—. Mi primo navega, primo Akil, muy bien navega, sí.

Monty le dio una moneda.

—Buen chico. Queremos visitar las tumbas de la orilla oeste, así que...

—Akil, él navega a ustedes por el río.

Monty le sonrió de pasada y le lanzó una segunda moneda, que Malak atrapó en el aire.

—Mi tío hombre rico rico. Tiene barco y muchos muchos caballos. ¿Camello? ¿Quiere camello?

—No, gracias —dijo Jessie—. Los caballos valdrán.

Jessie vio cómo se le iluminaba la mirada a Monty ante la idea de cabalgar y, sorprendentemente, Malak lo había hecho todo perfecto. La falúa extendió su cola triangular como un gran cisne blanco y Akil los condujo hasta la orilla opuesta del Nilo. El caudal marrón del río se extendía turbulento bajo ellos en aquella época del año. No hacía mucho de la inundación del Nilo, en la que el río se desborda y despliega su gran cieno negro sobre la tierra. Esperándolos en la orilla oeste había dos yeguas zainas con las crines y colas negras, en apenas mejores condiciones que las escuálidas criaturas que deambulaban sin rumbo por las calles empujando los carros y las carretas. Monty les acarició las orejas y les rascó sus cuellos polvorientos, y sacó de los bolsillos una manzana para cada una que había birlado del desayuno. Los animales las masticaron con satisfacción, pero Malak puso mala cara al ver la indulgencia de desperdiciar una manzana con un caballo.

Se montaron en las bastas sillas y cabalgaron desde la orilla a través de las verdes extensiones de los campos fértiles de caña de azúcar y coles, después subieron por un camino polvoriento flanqueado por casas de adobe y llegaron a las inhóspitas colinas del desierto. El carácter implacable del paisaje estaba salpicado de valles secos que dividían la colina Tebana; se adentraron en el valle este, el Valle de los Reyes —*Wabi Biban el-Muluk*—, donde se ocultaban las tumbas de los faraones.

Jessie estaba sobrecogida por el paisaje, que parecía vibrar con el calor y el silencio. Sobre este se erigía una enorme escarpadura de piedra caliza cuyas colinas estaban bañadas por el tono rosáceo de la mañana.

—Mira —señaló Jessie, pero con el tono de voz que se usa en las iglesias—. Allí está el-Qurn.

Era una pirámide natural formada en una de las cimas de la escarpa y dedicada a la diosa Hathor.

—Buf, me pone los pelos de punta —murmuró—. Es siniestra.

—No te dejes llevar —le dijo Monty a modo de reprimenda.

Pero cuando dos milanos batieron sus alas y sobrevolaron la cima, Jessie se dio cuenta de que Monty le dio la espalda a sus gritos agudos inquietantes. Ya había un buen número de turistas paseando por el valle, todos ellos molestos por los dragomanes de las poblaciones vecinas, pero Monty apartó a los guías con facilidad y se dirigió decididamente a la tumba de Tutankamón. En aquel valle se habían excavado las sepulturas de muchos faraones y sus entradas estaban claramente delimitadas por unas puertas cuadradas resaltadas en las laderas de las colinas de caliza; algunas estaban abiertas al público, pero otras tenían barrotes de metal que impedían el acceso.

Al acercarse a la pequeña entrada de la tumba del rey Tutankamón, Jessie se quedó desconcertada al sentir que el pulso se le aceleraba repentinamente. Estaba nerviosa, aunque no veía ninguna razón para ello. No era más que un agujero en la tierra decorado con frescos, por amor de Dios; era absurdo estar nerviosa. Sin

embargo, aquel lugar tenía algo, un carácter irreal y desconcertantemente poderoso.

—¿Lista? —le preguntó Monty.

—Claro —dijo, y forzó una sonrisa.

Al adentrarse en la oscuridad se quedó cegada por el contraste con el brillo del exterior. La entrada era de poca altura y descendía inmediatamente en el interior de la roca por medio de unos escalones empinados. El túnel de bajada a la tumba estaba iluminado de modo muy tenue y era tan estrecho y cerrado que Jessie sintió de repente claustrofobia. Fue como si las paredes se le vinieran encima, preparándose para extirparle el aire de los pulmones bajo toneladas de roca, pero fijó la mirada en la figura de Monty, que iba delante de ella, se encorvó para evitar el bajo techo y continuó andando. Jessie colocaba cada pie donde Monty lo había hecho antes en el camino cubierto de arena, y se encontró de pronto adentrándose en la sala funeraria.

Se quedó boquiabierta. Cada miedo e incertidumbre que la había estado acosando desde que había puesto el primer pie en aquel valle de la muerte se desprendió de ella como hojas muertas. El corazón le latía frenéticamente y tenía la boca seca, pero en esta ocasión por la emoción y el entusiasmo del momento. El interior de la cámara era lo más hermoso que había visto jamás; la decoraban colores vivos e imágenes a tamaño real desde el suelo hasta el techo, todo pintado sobre un fondo de color oro vibrante. Incluso a la tenue luz, la tumba era imponente.

Al contrario de lo que esperaba, la tumba era cálida, no como las frías grutas de Gran Bretaña. Era como sentir el aliento de los muertos, que convertía el aire en denso y pesado, pero el silencio era tan profundo que le provocó extraños pensamientos. Penetró en su mente y se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración, reticente a influir en la tersa superficie del silencio al mover el aire. El tiempo parecía haberse detenido en el interior de la tumba; se volvió irrelevante, superfluo y desoído. El reloj que llevaba en la muñeca había pasado a ser una obscenidad.

Se quedó embobada frente a la pared oeste, donde los frescos de doce babuinos agachados parecían aguardar el momento de saltar sobre ella. Apenas se percató de la entrada de un guía con turistas charlatanes a los que su dragomán deleitaba con la historia del muro de los babuinos. Juntos representaban las doce horas de la noche que Tutankamón debía pasar antes de llegar al más allá. Sin embargo, el rey niño había sido debidamente representado junto con un barco en la parte superior del rincón derecho para que le sirviera de ayuda en su viaje.

Jessie se quedó unos instantes pensando en el barco. Había en él un escarabajo, con su gran cuerpo cornudo sostenido sobre las finas piernas, y se le ocurrió pensar cuánto podría transportar un barco pequeño, incluso uno como la falúa del Nilo. Cómo de fácil sería para alguien sortear a los babuinos por la noche.

—Discúlpeme, señora.

Jessie vio a un hombre de complexión media junto a ella en el rincón de la tumba,

vestido con una galabiya gris que lo cubría por completo y un turbante blanco alrededor de la cabeza. El aroma a canela lo rodeaba, sus ojos oscuros proyectaban una mirada seria y sus formas eran deferentes. No parecía ser uno de los persistentes mendigos, pero sí se acercó mucho, como estos solían hacer, y Jessie tuvo la sensación de que también quería algo de ella.

—¿Sí?

—¿Le interesa la tumba?

—Claro.

—Mi hermano es un hombre culto. Sabe mucho sobre tumbas. Estaría encantado de ofrecerle una visita guiada por...

Ella se apartó de él.

—No, gracias. —Se giró para continuar andando, pero él la agarró de la tiranta del bolso que llevaba al hombro, impidiéndole que se marchara.

—Mi nombre es Ahmed —le dijo en voz baja—. Puedo ayudarla.

Jessie buscó a Monty con la mirada, pero estaba embelesado escuchando a un guía que les hablaba de la representación de Tutankamón con la forma de Osiris y de su visir, Ay, vestido como un sacerdote. El guía les describía en detalle la ceremonia de la apertura de la boca para devolver al rey muerto a la vida.

—No quiero su ayuda —dijo con educación, y le apartó la mano del bolso.

El hombre dijo algo en árabe. Ella se detuvo, esperando que se lo tradujera, pero este no lo hizo, así que Jessie siguió su camino para inspeccionar otra parte de la tumba. Al quedarse mirando la pared este, la representación del cuerpo momificado del rey bajo un dosel parecía flotar en el aire ante sus ojos, pero lo único en lo que podía centrarse era en la mirada seria y en las palabras en tono grave del hombre: «Puedo ayudarla».

¿Podría ayudarla? ¿Podría querer implicar algo más que hacer de guía turístico?

Se dejó llevar por un impulso y se giró rápidamente. Quería volver a hablar con él, pero sus ojos buscaron en vano el turbante blanco entre las sombras de la tumba. Se había ido. No lo había visto ni oído moverse, pero ya no estaba allí. A pesar del calor del lugar, se le quedó la piel helada.

Buscó la espalda cálida de Monty y reposó la mano en ella, y este se volvió al instante.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Aire fresco, supongo.

Monty entrecerró los ojos y escaneó a las personas que compartían la tumba con ellos. Después de considerarlo un instante, dijo:

—Vamos.

Y la condujo hasta la salida.

Pero ya era demasiado tarde. Jessie había percibido un cambio muy sutil que apenas alcanzaba a comprender. Sentía el aire denso en los pulmones, el olor

empalagoso de la canela que perfumaba a Ahmed, y experimentó un extraño rechazo a tocar el bolso, por haberlo hecho él antes.

Al subir los escalones excavados en la roca, agachando la cabeza para no golpearse con el techo bajo del túnel, supo que algo había ocurrido dentro de la tumba dorada, pero no sabía de qué se trataba exactamente.

—¿Y bien?

—Nada. —Jessie dio un sorbo a su zumo de lima.

—¿Estás segura?

—Sí.

No miró a Monty al hablarle. No sabía cómo explicarle lo que había ocurrido esa misma mañana en la tumba; sería como intentar explicar los detalles de un sueño, demasiado insustanciales como para representarlos con palabras.

Estaban sentados junto a una mesa de bambú en el pequeño jardín trasero perfumado de su hotel de Lúxor. Las palmeras les ofrecían una sombra fresca y una profusión de olores de las adelfas y cinias que rebosaban de las macetas y de sus arriates perfectamente regados y mantenidos, y que otorgaban a aquel apagado lugar un despliegue de rosas y rojos. Aquello satisfizo el deseo innato por los colores que Jessie poseía como la artista que era, y le encantó el detalle de que Monty tomara un brote de color escarlata y se lo colocara a ella detrás de la oreja. Malak, después de devolverle los caballos sudorosos a su tío, estaba agachado junto a una de las mesas comiéndose un *falafel* con pan de pita y lamiéndose la grasa de los dedos con fruición.

Monty sacó dos cigarrillos, los encendió y le dio uno a Jessie. No apartó la mirada del niño cuando dijo, despreocupadamente:

—Pero ha habido algo allí dentro que te ha incomodado. Dices que no encontraste en la tumba nada que te diera una pista sobre Tim, ningún rastro de él, y entiendo que eso debe de haber sido muy decepcionante. —Exhaló una bocanada de humo hacia una mariposa que pasaba—. Pero había algo más. —La miró—. ¿Me equivoco?

Se hizo el silencio en la mesa. Durante unos segundos, ambos lo dejaron regodearse entre ellos, pero cuando el gruñido gutural de un camello rompió el momento, Jessie dio un buen sorbo al zumo y asintió.

—Sí, sí que había algo más, tienes razón. Pero ha sido demasiado insignificante como para implicar algo en realidad, y soy una idiota por haberme incomodado.

—Cuéntamelo.

Jessie se lo narró todo: Ahmed, la mano en el bolso y que había murmurado «¿Puedo ayudarla?». Lo que no mencionó fue la sensación intangible de que había ocurrido algo más.

—¿Lo viste al salir de la tumba? —le preguntó Monty—. Quizás buscando hacer negocio con otros turistas.

—No.

Monty movió la mirada de Jessie a su bolso, que colgaba del respaldo de la silla.

—¿Te importa? —preguntó, refiriéndose al bolso.

Sin contestar, Jessie lo cogió y se lo dio a Monty con el mismo cuidado que si contuviera una granada de mano. Era un bolso de piel de buen tamaño en el que siempre llevaba el cuaderno de bocetos y los lápices, un juego de carboncillos, un bolígrafo y el monedero, así como los complementos típicos de las mujeres como los polvos compactos, la barra de labios, un pañuelo de tela y un cepillo para el pelo. Además, había introducido un cortaplumas y un pañuelo de seda para cubrirse el pelo si fuera necesario. Monty inspeccionó el broche de cierre; el bolso tenía una solapa que se doblaba sobre la parte superior y que estaba asegurada con un broche de presión. Lo abrió y miró a Jessie, levantando la ceja con expresión de pedir permiso.

—Con total tranquilidad —le dijo ella.

Monty volcó el contenido del bolso en la mesa de golpe. El ruido hizo al niño levantar la vista. Alertado por la posibilidad de encontrar lo que para él podría ser un tesoro, se metió en la boca lo que le quedaba de la comida y corrió al lado de ellos. Monty inspeccionó la montaña de objetos y miró a Jessie, que observaba con la mandíbula rígida la maraña de utensilios.

—¿Qué pasa? —le preguntó Monty—. ¿Qué ves?

—El reloj —dijo Jessie, respirando hondo y señalando el objeto que se podía ver bajo el pañuelo de seda—. Es el reloj de Tim.

Jessie no tocó el reloj; no le hacía falta. Había oído el mensaje alto y claro, y el tiempo corría en su contra, se le escapaba como la arena entre los dedos y si no hacía algo rápido, sería demasiado tarde.

Demasiado tarde, ¿para qué? No se atrevía a plantárselo.

Monty levantó el reloj de debajo del pañuelo y lo examinó, con el ceño fruncido por la concentración. Era una pieza bonita, un Dunhill con la esfera rectangular y elegante y grandes números dorados. Tocó la correa de piel con expresión especulativa y preguntó:

—¿Cómo puedes estar segura de que es de Tim?

—Dale la vuelta.

Así lo hizo. Jessie sabía perfectamente lo que habría grabado en la parte trasera de la esfera.

1928. Ahora eres un hombre, hijo. Papá.

Típico de su padre: una cita de Rudyard Kipling, junto con el omnipresente melodrama victoriano.

—Fue un regalo por su vigésimo primer cumpleaños. Nunca se separaría de él por voluntad propia —le contó Jessie.

El rostro de Monty seguía cuidadosamente neutral.

—Puede ser un mensaje de Tim para ti. El reloj es ese objeto que sabe que reconocerías sin duda, pero si lo usa como señal para que confíes en ese hombre, ¿por qué no te lo enseñó directamente Ahmed y te dio el mensaje?

Jessie no contestó; no sabía qué decir. La respuesta que Jessie barajaba para la pregunta era demasiado impensable para convertirla en palabras. Sobre ellos, el cielo era claro como el cristal, y los ruidos que llegaban desde la calle —el traqueteo de los carros, los gritos graves de los hombres— ponían fin a otro día ajetreado. Malak, que seguía junto a ellos, hizo un comentario:

—Muy bonito reloj, sí.

Monty lo devolvió a la pila de pertenencias. Las manos de Jessie estaban deseosas de cogerlo, acercárselo al oído y pasar el dedo por la correa y la inscripción que habían tocado su piel. Querían encontrar rastros de Tim en el reloj, de su piel, de su sudor, pero no se lo permitió. Si cogía el reloj sería como decir que ya era suyo, no de su hermano.

—La otra cuestión es —dijo Monty, todavía con su tono neutral—, ¿cómo sabe ese tal Ahmed que tú eres la hermana de Tim?

Aquello estremeció a Jessie, que miró instintivamente a su alrededor en el jardín en busca de ojos que la observaran, aunque sabía de sobra que estaban solos.

—Creo que deberíamos volver allí —dijo ella—. A la tumba.

—¿Estás segura?

No quería volver a aquel lugar fúnebre, pero no le quedaba otra opción.

—Sí.

—Vale, estoy de acuerdo. Si están a saber quiénes observándonos, es una buena oportunidad para volver a establecer contacto con Ahmed. —Miró al niño—. Esta vez creo que iremos solos.

Jessie parpadeó.

—¿Malak?

—Toda precaución es poca.

—No —dijo Jessie firmemente—. Malak no.

Al oír el chico su nombre, empezó a intentar seguir la conversación entre ambos con sus ojos negros como el tizón, pero no era capaz de captar el sentido.

—Espera aquí —dijo Monty, y se levantó.

Volvió a meter sus pertenencias en el bolso, deteniéndose un instante sobre el cuaderno de bocetos como tentado a abrirlo. Dejó el reloj cuidadosamente en un bolsillo interior del bolso y cerró el broche. Ambos parecían respirar mejor ahora que el reloj estaba fuera de la vista.

—Voy a subir a mi habitación para coger un mapa. Vuelvo enseguida. Es mejor conocer el terreno sobre el que pisamos.

—Buena idea.

Ninguno de los dos dio voz a los pensamientos que les hostigaban la mente. Monty volvió a colgar el bolso en la silla y, mientras, reposó la mano sobre el hombro de Jessie, presionando un poco con el pulgar en la clavícula.

—Comienza el juego, mi querido amigo —dijo Monty.

Jessie echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, perfilado contra el azul del cielo.

—La vida —añadió—, como nos dijo Sherlock, es de una osadía infinitamente mayor que cualquier esfuerzo de la imaginación.

Él consiguió esbozar una sonrisa. Le acarició la clavícula una fracción de segundo y se marchó. El jardín era más frío sin él.

—¿Señorita Kenton?

—Sí.

—Una señora quiere verla.

Jessie seguía en el jardín con el bolso en el regazo y la imagen del reloj en su interior. Estaba esperando a que volviera Monty en cualquier momento con el mapa y miró sorprendida al mozo con su túnica blanca.

—Pero no conozco a ninguna mujer en Lúxor, así que... —Entonces cayó en la cuenta—. Maisie Randall. Debe de haber llegado antes de tiempo.

Jessie se puso de pie de un salto con una sonrisa en la cara y se apresuró a llegar a la recepción del hotel, donde la esbelta figura intimidatoria de Maisie Randall estaría causando sensación entre los miembros del personal, pero allí no había nadie; estaba vacío. Se giró hacia el mozo y este le indicó con un gesto la puerta delantera.

—Afuera —le dijo animosamente.

Jessie salió a la calurosa calle y la sonrisa de bienvenida se derritió en su rostro. No era Maisie. En la plácida sombra del arco de entrada estaba Anippe Kalim. Iba vestida de negro de la cabeza a los pies, y dio un paso adelante para saludar, pero Jessie estaba demasiado encolerizada con ella como para molestarse en eso.

—¿Por qué saliste corriendo? —le preguntó—. ¿Por qué me hiciste perseguirte por todo El Cairo?

—Lo siento —dijo la joven a media voz, pero su rostro seguía mostrando el orgullo de siempre y su pose recordaba a la de la diosa Nefertiti; la disculpa no tenía ningún valor.

—¿Por qué no te paraste para hablar conmigo?

Anippe bajó la mirada.

—No quería meter a la hermana de Timothy en problemas.

—¿Meterme en problemas?

Dos elegantes egipcios pasaron junto a ellas vestidos con traje y fez, y le dijeron algo reprobatorio a Jessie en egipcio antes de seguir caminando.

—No les gusta que las mujeres griten en la calle —le dijo Anippe—. Es indecoroso e impropio.

—Pues igual que perderme a propósito por las calles de El Cairo.

Anippe asintió, sin poder negarlo.

—¿Dónde está Tim? —exigió saber Jessie, agarrando a Anippe por un pliegue del vestido; aquella vez no se le escaparía.

El rostro conmocionado de la joven egipcia era lo único visible de ella y Jessie lo inspeccionó ansiosamente en busca de signos de angustia, pero no encontró ninguno. Se vio tentada entonces de entender aquello como una buena señal, una señal de que Tim estaba bien.

—¿Dónde está Tim? —volvió a demandar.

Los ojos negros la observaban con solemnidad.

—Ven conmigo. Tengo que enseñarte algo.

—¿Es Tim?

—Ya lo verás. —Se giró y empezó a caminar por la polvorienta calle de casas bajas.

—¡Espera! Primero debo avisar a mi compañero de que...

Pero la figura negra no esperó, no se detuvo ni miró atrás, sino que apresuró el paso.

—¡Anippe!

La ira le ardía en el pecho. ¿Qué estaba haciendo Anippe? Jessie no quería salir del hotel sin informar a Monty, se lo había prometido, pero el mozo había desaparecido y no había nadie más a la vista.

Anippe giró la esquina, y eso la ayudó a decidirse. Maldiciendo entre dientes, Jessie empezó a correr. En aquella ocasión alcanzó a la joven egipcia rápidamente y

juntas recorrieron la ciudad. Dejaron atrás las elegantes casas de Lúxor con sus vistosos arcos, fuentes y columnas y sus enrevesadas celosías, y se adentraron en la ciudad vieja, adonde los europeos no llegaban. Los hombres, con la piel del color del cuero y largos cuellos sobre sus amplias túnicas, inspeccionaban a Jessie con mirada hostil al pasar como una intrusa por sus inhóspitas y empobrecidas callejuelas. Las calles se fueron estrechando lo suficiente como para poder ofrecer sombra casi todo el día, y los perros del color del desierto se abrían paso entre las montañas de basura que se amontonaban en las esquinas.

Jessie deseaba haber llevado a Malak con ella para que el chico pudiera volver con Monty y contarle lo que había pasado o, al menos, hablar con la mujer que cosía bajo el umbral de una puerta o la que molía maíz mientras sus críos descalzos le quitaban a un perro las pulgas. Quería que aquellas mujeres la recordaran, por si Monty llegaba hasta allí buscándola.

—¡Anippe! —Jessie se detuvo en seco—. Anippe, ya estamos bastante lejos. Cuéntame qué pasa si quieres que siga andando.

Anippe no se detuvo, sino que siguió caminando rápido.

—¡Anippe! ¿Dónde está Tim?

A regañadientes, la mujer de negro aminoró el paso y miró atrás.

—¿Dónde está? No me moveré un paso más hasta que me lo digas.

Se encontraban en un callejón en el que un hombre estaba destrozando muebles con un hacha. Los golpeaba con tal furia que Jessie estaba convencida de que la mesa y los armarios no eran suyos. Anippe volvió atrás unos pasos hasta que estuvo a la altura de Jessie y, a pesar del bochorno, del calor y del paso rápido, no mostraba señal alguna de incomodidad bajo sus ropajes; su rostro reflejaba calma y su respiración era regular.

—¿Quieres ver a Tim? —le preguntó.

—Ya sabes que sí.

—No haces un buen trabajo como su *uraeus*.

A Jessie le dio un vuelvo el estómago. Su *uraeus*. La cobra que lo protege.

—Deja de jugar a esto —le dijo Jessie de un modo muy cortante—. Cuéntame ahora mismo qué ha pasado y dónde está.

La boca de la joven egipcia dibujó una línea silenciosa, pero Jessie no sabía si reflejaba molestia o pesar. Sintió cómo se extendía el vacío entre ambas.

—Anippe, cuéntamelo.

La mujer asintió. Sin el pelo o el cuello a la vista, parecía una persona distinta a la del Museo Británico, una completa extraña.

—Vale —dijo Anippe—. Timothy está herido. Una herida de bala.

El corazón de Jessie se detuvo.

—¿Cómo de grave es?

—Bastante. Ven —volvió a decir, más amablemente esta vez.

Otro callejón en el laberinto, otra hilera de postigos ruinosos e interiores secretos

y oscuros antes de que Anippe girara bruscamente a la derecha y abriera una puerta. Al instante, estaban en una pequeña habitación en la que no había más que una alfombra raída en el suelo. El lugar olía a carbón.

—Por aquí.

Jessie la siguió.

—Está aquí dentro. —La joven egipcia señaló una puerta baja en la parte trasera de la casa. Estaba abierta y un resplandor titilante indicaba que había una vela encendida dentro.

—¡Tim! —gritó Jessie.

Fue corriendo hacia la puerta tras la que estaría su hermano. La habitación no tenía ventanas y el suelo era de tierra y tacto áspero. A excepción de la vela que había enterrada en un hueco en una esquina, estaba vacía, completamente vacía e inhóspita. Se giró para mirar a Anippe justo cuando la puerta maciza se cerró de golpe y oyó el sonido de un cerrojo de metal cerrándose al otro lado. Jessie estaba totalmente sola.

—¿Dónde está?

El chico parecía nervioso.

—Fue, señor bey.

Monty se quedó paralizado y empezó a observar el jardín como si esperara que Jessie estuviera escondida tras uno de los arbustos.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—No lo sé, señor bey. La señorita Kenton salió corriendo. Yo espero aquí pero no vuelve, no. Fue.

—No digas tonterías, niño —dijo, levantando la voz más de lo normal. Se lo había prometido—. ¿Cómo se va a ir? ¿Ha ido a su habitación?

—No, señor bey. Fue delante. —Parecía completamente abatido y se tiraba de unos hilos sueltos de la túnica—. Lo vi.

—Si fue hacia la parte frontal del hotel, ¿hacia dónde luego?

—No vi.

—Chico, no me sirves de nada.

Estaba asustado por Jessie y furioso con ella al mismo tiempo. Se lo había dicho una y otra vez: «No te alejes de mí». ¿En qué estaría pensando? ¿Es que no era consciente de lo importante que era que se mantuvieran juntos en ese momento? Se tragó la explosión de enfado con mucho esfuerzo, agarró al niño por el cuello de la túnica cuando este empezaba a alejarse y lo sacudió.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha ido la señorita Kenton?

El niño puso los ojos en blanco como rogando piedad.

—No tengo culpa, señor. Yo sentado. Espero. Yo buen chico.

Monty se relajó un poco e hizo lo mismo con el agarre. Después, le sacudió al niño los hombros.

—Bueno, buen Malak, dime qué ha pasado. Solo he estado fuera unos minutos.

Maldecía su suerte; un hombre de negocios egipcio estaba teniendo problemas con la llave de su habitación y le había pedido ayuda a Monty. Aquello lo había retrasado.

Los ojos del niño eran amplios y dramáticos.

—Mujer vino.

—¿Qué? Habla con sentido, chico.

—Sí, sí, verdad, sí. Pregunte Hamdi.

—¿Quién o qué es Hamdi?

—Trabaja este hotel.

—¿Quieres decir que uno de los hombres que trabajan en este hotel vino y vio a una mujer hablando con la señorita Kenton?

—No, bey.

—¡Malak! Cuéntamelo, por amor de Dios. —El chico parecía estar a punto de salir corriendo, así que Monty lo agarró por la túnica—. ¿Qué le ha pasado a la señorita Kenton?

—Hamdi viene. Dice que mujer quiere ver señorita Kenton. —Estaba intentando escapar mientras hablaba, pero Monty ni le dio importancia—. *Sita* pareció muy contenta. Dice: *Mi sandal*. —Estaba absolutamente apabullado, pero lo enmascaró con una amplia sonrisa que habría sido convincente si no hubiera estado mirando la puerta de salida del jardín al mismo tiempo—. Quiere más zapatos, ¿no cree, señor bey?

—Idiota, claro que no quiere más zapatos... —Dejó de hablar de repente y observó a su cautivo—. ¿*Mi sandal*? ¿No diría Maisie Randall?

El chico asintió como si le fuera la vida en ello.

—Eso he dicho, *mi sandal*.

Monty soltó la túnica mugrienta.

—Espera aquí, chico. No muevas ni un músculo, ¿me entiendes?

Volvió a asentir del mismo modo y Monty entrecerró los ojos.

—Te buscaré y te azotaré si sales de este jardín.

Otra sonrisa de terror.

—Yo aquí.

—¡Bien! —Monty entró dando grandes zancadas en el hotel—. ¡Hamdi! —gritó—. ¿Dónde demonios está Hamdi?

Un hombre afable apareció como de la nada. Transmitía una serenidad y una paz que Monty envidió en el mismo momento en que lo vio. El hombre saludó educadamente a Monty.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Ha venido alguien pidiendo ver a la señorita Kenton?

El hombre señaló los escalones del otro lado de la puerta de entrada.

—Sí, señor. Una mujer estuvo ahí fuera y me pidió que le diera el mensaje a la señorita Kenton de que quería hablar con ella. No me dijo su nombre.

Por fin. Alguien que pensaba con claridad. Monty exhaló con alivio, pero aquello no cambiaba el hecho de que Jessie se hubiera desvanecido. Si estaba con Maisie, sin embargo, estaría bien. Empezó a calmarse y la rabia comenzó a convertirse en molestia.

—¿Dijeron dónde iban?

—No, señor.

Monty le dio las gracias con un gesto y una propina, que desapareció con presteza en el bolsillo de la galabiya. No se esperaba que Jessie se fuera por ahí con Maisie sin decirle nada antes. Apostaría dinero a que había vuelto a las tumbas. Maldita sea, algo había pasado allí aquella mañana que la había conmocionado verdaderamente. Después de pensar unos instantes, decidió que tendría que ir a buscar a las mujeres y, con suerte, las alcanzaría en la otra orilla del río antes de que se alejaran más. Estaba

ya casi fuera del hotel cuando se acordó de Malak. Pobre mequetrefe. Empezó a caminar hacia el jardín cuando se dio cuenta de que Hamdi seguía esperando pacientemente a que le dijera que se podía marchar.

—Gracias —le dijo Monty cortésmente. Después añadió algo más—: ¿Era la mujer alta y llevaba un sombrero grande y un parasol negro? ¿Era inglesa?

Hamdi sonrió educadamente.

—No, señor. Era egipcia.

Monty se quedó boquiabierto.

—¿Egipcia?

Había una sola mujer egipcia en aquel maldito país que supiera el nombre de Jessie: Anippe Kalim.

—¿Hacia dónde fueron?

—Giraron a la derecha.

Monty salió a la calle corriendo, chocándose con los carros y esquivando a un grupo de mujeres con velos negros, pero era imposible. Había demasiados giros y puertas posibles en aquel laberinto de callejones. Los recorrió, se chocó con una caja de pollos, pero al final, sudoroso y frustrado, asumió la derrota. Los pulmones se le iban a salir del pecho, llevaba la camisa pegada al cuerpo por el sudor y le palpitaba la cabeza. Corrió hacia el hotel y entró bruscamente en el jardín. El niño estaba en el mismo sitio en que lo había dejado.

—Malak —dijo con urgencia—, eres un buen chico. Llévame con tu tío.

Monty caminaba y hablaba como una persona cuerda cualquiera: conversó con el niño, le preguntó el nombre de su tío..., todo con la naturalidad de un ser humano, de un ser racional. No lo tiró al Nilo, ni arrancó el sol cegador del cielo, que era lo que realmente quería hacer.

El único signo que dio de su agitación fue al pisar a un lagarto dormilón que tomaba el sol en el sendero arenoso por el que Malak lo llevaba. Sabía que Jessie no se iría sin decirle nada ni dejarle una nota; no lo haría de nuevo, no en aquella ocasión. Si se había ido, había sido por no tener otra opción, de eso estaba seguro. Sentía como si le estrujaran las entrañas cada vez que pensaba en el problema en que podría estar Jessie en aquel mismo momento.

—Anippe Kalim —murmuró mientras seguía al chico, que iba corriendo con sus pasitos cortos delante de él, como si al decir su nombre pudiera sacarla del cesto de serpientes y hacerla aparecer frente a él—. ¿Cuánto queda, Malak?

—Aquí, es aquí.

—Llevas diciendo lo mismo diez minutos, diablillo.

Malak forzó una sonrisa nerviosa por encima del hombro a Monty, y algo veía en el rostro de su jefe que le hizo cambiar por completo de actitud y que su sonrisa desapareciera de golpe.

—Encontraremos, bey —dijo—. Usted y yo. Encontramos mucho pronto.

Después volvió a apresurar el paso, con las suelas despegadas de los zapatos levantándose del suelo, y a Monty lo alivió seguir el camino corriendo.

—Señor, disculpe mi humilde casa. Sea bienvenido. Me siento muy honrado de recibir a un caballero tan distinguido, bendito sea Alá.

—Gracias, Yasser. El placer es mío. Su sobrino me ha contado que es un hombre de recursos.

Yasser el Rahim miró a su joven sobrino y le asintió; Monty estaba seguro de que el chico vería algo de dinero más tarde.

Fue precisamente el tío quien le sorprendió. Para empezar, era mucho más joven de lo que se esperaba, de veinticinco años como mucho. Era alto y atractivo, y tenía una gran melena morena. Irradiaba tal energía y vigor que iluminaba la estancia lúgubre en la que estaban sentados. Sus grandes ojos redondos brillaban expectantes, como si cada aliento pudiera ser el bendecido por Alá y consiguiera hacer fortuna.

La casa era pequeña y estaba hecha de adobe. Había una cuerda para tender la ropa en el tejado plano y los marcos de las ventanas y los postigos estaban impecablemente pintados. Parecía contener tres habitaciones además de la cocina, donde había una figura de negro que se movía cuidadosa y silenciosamente. La habitación estaba iluminada con numerosos faroles de latón, como si a Yasser le provocara un inmenso placer emitir luz, y había una mesa baja de bronce con una jarra de zumo de limón en el centro. Cuando Monty llegó sin previo aviso con el chico, Yasser estaba hojeando una revista colorida sobre estrellas de cine egipcias y fumando de un narguile de latón cuyo olor a carbón y a tabaco para pipa embriagaba el aire. Fue amable y cercano al saludar a sus visitantes y sus blancos dientes resplandecían en contraste con el color oscuro de su piel cuando reía, gesto que hacía bastante a menudo. Tenía la misma risa contagiosa de su sobrino.

Yasser dio una palmada imperiosa y gritó:

—Té de menta para mis invitados, Souad. —Se apartó la galabiya de color verde oliva como un mago a punto de realizar su truco final para indicarle a Monty que se sentara en un lugar cubierto de telas rojas, azules y verdes con diseños que recordaban a las volutas y curvas de la escritura árabe—. Señor, por favor, siéntese y dígame qué puedo hacer por usted.

Monty tomó asiento con recelo; no tenía tiempo para cortesías, pero sabía que no iría a ningún lado en los negocios al estilo egipcio sin ellas.

—Gracias, Yasser. Y gracias por ayudarnos esta mañana con la falúa y los caballos.

—Bueno. ¿Fue todo bien? ¿Le gustaron las tumbas?

—El valle es verdaderamente interesante. Mi compañera, la señorita Kenton, y yo estamos especialmente interesados en la tumba del rey Tutankamón.

El hombre rio ruidosamente.

—¡Ustedes y medio mundo!

—Es verdad. Hay muchas personas que vienen a Egipto para admirar sus antigüedades.

Los ojos de Yasser se hicieron más brillantes.

—Muchísimas personas.

—Personas que necesitan que alguien como usted haga algo por ellas.

—Sí, efectivamente. Si mi humilde ayuda puede serle útil, siempre estoy dispuesto a ofrecerla.

«Ya me imagino».

En aquel momento apareció la sombra negra de la cocina con una bandeja que dejó sobre la mesa. Monty sabía que no debía mirarla, pero tenía la impresión de que era una mujer de piel clara con unas manos suaves y hermosas. Una vez se hubo retirado de nuevo a la cocina, aceptó el vaso de té y se puso manos a la obra. Malak había recibido un trozo de caña de azúcar y la estaba masticando sentado sobre los talones en un rincón, disfrutando del sabor dulce y fibroso de su corazón blanco.

—Estoy buscando a alguien —anunció Monty—. Esperaba que pudiera ayudarme.

—Ah. —Los grandes ojos negros de Yasser lo observaban con astucia por encima del borde humeante del vasito de té—. Pondré mis habilidades a su servicio, señor. ¿De quién se trata esa persona a la que busca?

—Mi compañera. Una mujer inglesa, la señorita Jessica Kenton.

—¿De verdad? ¿La joven con la que fue a las tumbas esta misma mañana?

—La misma.

—Bien. —Dejó el vaso en la mesa y se desprendió también de la sonrisa—. Cuénteme.

Monty le hizo un resumen rápido de la desaparición de Jessie después de haber vuelto al hotel aquella misma mañana.

—Tengo que encontrar a esa mujer egipcia para descubrir quién es en realidad y dónde está mi compañera —le dijo Monty—. Debe de haber llegado ayer desde El Cairo y haber persuadido de algún modo a la señorita Kenton para que la acompañara.

Monty no era tonto. Sabía que el único cebo que le podían poner a Jessie era Tim, aunque aquello no quería decir que su hermano siguiera en Lúxor. Jessie podía estar ya de camino a cualquier desierto egipcio cubierto de maleza en el que creyera que Tim la esperaba.

—La señorita Anippe Kalim —murmuró Yasser mientras retomaba su pipa y jugueteaba con la boquilla entre los dedos; el agua borboteaba en el recipiente con cada calada—. Me interesa saber exactamente por qué se ha llevado a su señorita Kenton.

—Le aseguro que yo tengo la misma inquietud.

—¿No han pedido aún rescate?

—No. Déjeme eso a mí. Lo que quiero es que averigüe quién es esa tal Anippe

Kalim. —Monty se encendió un cigarrillo, sacó un sobre con billetes egipcios del bolsillo y lo depositó en la mesa frente a Yasser—. Ahora —dijo con la mirada fija en el hombre—, hablemos de negocios.

En menos de un segundo, el joven egipcio había apartado el narguile y recuperado su sonrisa al alargar la mano hacia el sobre, pero Monty posó la palma de su mano sobre la de él antes de que pudiera retirarlo.

—Una cosa más.

La mirada de Yasser se desvió del sobre a Monty de mala gana.

—¿Sí?

—Estoy buscando a alguien más. Un hombre que se hace llamar Timothy Kenton o *Sir Reginald Musgrave*. —Le enseñó la fotografía—. Este hombre.

El egipcio observó la imagen con detenimiento. Después asintió solemnemente y se encogió de hombros.

—Lo intentaré.

—Por él le pagaré el doble.

Sus dientes blancos resplandecieron.

—Entonces lo intentaré más aún.

—Creo que nos entendemos.

—Sí, bey. Trabajaré rápido.

Monty apuró el té de menta y se levantó.

—Vamos, Malak, tenemos trabajo que hacer.

Buscaron en cada hotel de Lúxor por si acaso. Era una posibilidad muy remota, pero no podía quedarse sentado en el Blue Nile de brazos cruzados, atormentado por las imágenes que se le venían a la mente de lo que podría estar ocurriéndole a Jessie. Por suerte, no había muchos hoteles en Lúxor, solo dos grandes para los turistas y dignatarios que esperaban algo más de lo que ofrecían los otros cuantos pequeños que solían elegir los egipcios que querían visitar las tumbas de sus faraones. Monty preguntó en todos sin éxito: ni Anippe Kalim, ni Jessica Kenton, ni Timothy Kenton ni *Sir Reginald Musgrave*. ¿En qué estaría metido el hermano de Jessie? ¿En qué lío habría metido a Anippe Kalim para que esta involucrara a Jessie?

Cuando salió a una calle mayor, con casas elegantemente decoradas que daban a la extensión plateada del Nilo, y estaba a punto de regresar al hotel Blue Nile para comprobar si Jessie había vuelto, oyó una voz de mujer que lo llamaba.

—¡*Sir Montague!*

Miró atrás, con el corazón a punto de salirse del pecho, pero no era Jessie.

—Que me golpeen con un siluro del Nilo si estoy viendo a su mismísima señoría.

—Buenas tardes, Maisie, no esperaba encontrarla aún en Lúxor.

Maisie Randall iba caminando por la orilla del Nilo bajo su parasol, levantando con cada paso una nube de polvo, y con una blusa de gasa gris que la hacía parecer una garza real al acecho de un pez despistado, incluso más poderosa de lo habitual.

—He tomado el tren nocturno —explicó alegremente—. Ha sido una pesadilla que no volveré a repetir, se lo aseguro. Tantos ronquidos y cimbronazos... Ni se lo imagina. Ha parado en cada una de las estaciones de cabras y... —Se detuvo en seco, plegó el parasol y miró atentamente a Monty—. ¿Qué ocurre?

Jessie estaba de pie en la oscuridad. Lo único que la hacía soportable era la rendija de luz que se veía por el borde de la puerta, pero no era suficiente como para que pudiera hacerse una idea de su prisión, aunque el resto de sus sentidos sí la ayudaban. Bajo sus pies, el suelo era frío y áspero y, desde algún lugar, oía el ruido de un generador. Olía a madera y a algo que se estaba cocinando. Lo ordinario de aquello último le dio esperanza. ¿Cómo iba a estar el mundo a su alrededor fuera de control mientras olía a cebolla frita?

Quería gritar y desgañitarse, y tirar la puerta abajo. Anippe la había encerrado allí. ¿Por qué? ¿Por qué querría encerrarla?

Pero sus pensamientos eran confusos y no conseguía ir más allá. ¿Qué esperaba Anippe ganar con aquello? No tenía sentido.

Aporreó la puerta, gritó. Primero lo hizo enfadada, pero después más calmada y, finalmente, sin esperanza. Al otro lado de la puerta el silencio hacía de guardián con órdenes de mantenerla encerrada en aquel reducido espacio gobernado por la oscuridad. Caminó, y comprobó que había cuatro pasos para un lado y tres para el otro, tocando con la punta de los dedos las paredes de ladrillo vacías y sintiendo el desamparo de la oscuridad como lo más terrorífico que pudiera imaginar. Todo apuntaba a que alguien había preparado aquella prisión para ella, que alguien lo había planeado todo.

¿Por qué?

La barra de metal salió de su soporte. Jessie ya estaba de pie antes de que la rendija de luz se convirtiera en un rectángulo brillante que la cegó al instante. Consiguió distinguir a dos siluetas masculinas en el umbral de la puerta.

—¿Tim?

Pronunció su nombre sin ninguna esperanza. Si fuera Tim, habría entrado corriendo en la habitación y la habría abrazado con tal fuerza que la habría dejado sin respiración. *Hermanita, diría, vaya si eres un Watson astuto; me has seguido la pista hasta aquí. ¿Estás herida? Yo estoy perfectamente, era Anippe, que te ha dicho esa tontería para...*

Una voz gutural dijo algo en árabe, haciendo añicos la fantasía que Jessie acababa de construirse. Parpadeó con fuerza para conseguir una mejor visión en la penumbra y aclararse la mente al mismo tiempo. ¿Cuánto tiempo llevaría allí tirada en el suelo, sola, en medio de aquella oscuridad? ¿Una hora? ¿Tres? No mucho más, seguro; le iban y venían las ideas como si fueran ratas por las cloacas.

La voz gutural volvió a hablar, con un tono impaciente esta vez.

—Quiero hablar con... —empezó a decir Jessie, pero una mano fornida la agarró por la muñeca y se la dobló por la espalda—. Con Anippe Kalim —añadió rápidamente— o con mi hermano, Timothy Kenton.

Le cayó un saco en la cabeza. Gritó y dio una patada, dando con la espinilla de alguien y provocando un quejido de dolor. Pero era como luchar contra un buey de tiro con los músculos endurecidos tras años de labranza y, antes de poder plantearse la posibilidad de escapar por la puerta abierta, le ataron las muñecas a la espalda, ajustaron el saco alrededor del cuello y se encontró de rodillas, de nuevo en la oscuridad. El pánico se le acumuló en la garganta, bloqueándole las vías respiratorias y provocándole un leve silbido agudo en algún lugar del interior de su cabeza. No podía respirar y era como tener un tambor en el pecho. Percibía la oscuridad tanto dentro como fuera de su cuerpo, expandiéndose como tinta en su cerebro.

De nuevo la voz, sin sentido para ella. La barbilla se le fue para adelante, pero una mano masculina se la levantó y abrió la parte inferior del saco. El aire entró por el hueco y Jessie lo impulsó dentro de sus pulmones hasta que el silbido desapareció. Dos manos la levantaron y la condujeron hasta la salida, manos que no eran bruscas, pero tampoco amables. Veía un poco de suelo por la abertura del saco y atisbó los bajos de las galabiyas que la rodeaban.

—¡Esperad! —gritó. Enterró los talones en la tierra—. ¡Parad esto! Me niego a seguir andando hasta que...

Ni siquiera se detuvieron. Entre los dos hombres la levantaron unos centímetros del suelo y siguieron caminando. Era como si hubiera dejado de existir como persona y se hubiera convertido en un simple paquete que entregar. La barbaridad la azotó por lo indefensa que se encontraba y lo inútil que era resistirse. Cuán vanos se habían vuelto, en aquella enorme tierra desconocida de faraones, todos sus arteros indicios y todas sus pistas secretas. Habían quedado reducidos a la nada al entrar en aquel lugar.

—Monty —susurró—, ten cuidado.

El olor a petróleo, el chirriar de los engranajes, los tumbos y las sacudidas de la camioneta al resbalar y derrapar las ruedas en su lucha por adherirse al terreno arenoso, los bordes duros de las cajas de embalaje que le golpeaban la espalda y la cabeza cuando se zarandeaba de un lado a otro en la parte trasera del vehículo... Jessie intentaba coger aire fresco dentro del saco, pero el miedo se había asentado en su garganta, impasible y categórico, implacable contra su mente racional. Luchó con él, razonó con él, lo intimidó y atormentó con todas las objeciones que su furibundo fluir de ideas le otorgaba.

Si su intención fuera matarla, ya lo habrían hecho.

Si pretendieran hacerle daño, no se habrían molestado en llevarla a kilómetros de distancia en medio del desierto en aquella camioneta.

Si querían que abandonara Egipto, aquella era la forma más lógica de conseguirlo *a priori*.

Si lo que iban a hacer era retenerla en algún lugar oculto, eso significaba que habría un rescate y vida después de aquello.

Eran buenas razones, argumentos válidos de una lógica aplastante, así que ¿por

qué el miedo seguía asentado cómodamente en su garganta?

La sacaron de la camioneta y le quitaron el saco de la cabeza. El calor del desierto se irguió y, por un momento, se sintió paralizada, tanto sus pies como sus pensamientos. Uno de los hombres de las galabiyas negras, el que tenía un bigote denso y el rostro joven y serio, dijo algo que no comprendió hasta que se dio cuenta de que le estaba ofreciendo una bota hecha de pellejo de cabra con agua. Vertió el líquido caliente en su garganta seca y ese simple gesto de amabilidad por parte de su captor la tranquilizó.

—*Shukran* —dijo—. Gracias.

A su alrededor, el desierto se extendía sin límite aparente como una enorme masa de arena *beige*, salpicada de los marrones y amarillos de barrancos rocosos y de *uadis* secos. Intentó fijar la vista, ya que las cosas cambiaban de cualidades cuando las miraba fijamente. Las rocas estaban en un momento, y en el siguiente ya habían desaparecido. Las sombras de color púrpura parecían moverse incesantemente de un afloramiento a otro, el aire parecía brillar al calor del lugar y Jessie notaba cómo el sol caía implacable sobre su piel.

Aún tenía las manos atadas a la espalda, con lo que no podía levantar el brazo para hacerse sombra sobre los ojos al girarse para contemplar la pared rocosa de piedra amarilla que se elevaba junto a un resalto del terreno. Colocado sobre unos caminos pedregosos había una especie de panal de lo que parecían ser, en un principio, manchas grises pero que, cuando consiguió enfocar la vista, descubrió que eran pequeñas oquedades. Se dio cuenta con un escalofrío de que lo que estaba viendo podía tratarse de una red de grutas excavadas en la roca.

—Por favor, señorita Kenton, no se aflija. No queremos hacerle daño.

—Si no quieren hacerme daño, ¿por qué estoy atada y me llevan por el país como a una cabra inútil contra mi voluntad?

Jessie hizo la pregunta con brío, ya que no quería que percibieran su miedo ni olieran la sangre que tenía en la boca tras morderse demasiado fuerte la lengua para dejar de temblar.

—Si no quieren hacerme daño, llévenme de vuelta a Lúxor y allí podremos discutir lo que sea que quieran con una taza de té de menta, como gente civilizada.

El hombre que estaba sentado en una alfombra frente a Jessie parecía decepcionado, como si esperara más de ella. Era esbelto y anguloso, con las facciones afiladas en las mejillas, la mandíbula, los hombros y los codos. No tendría más de treinta, treinta y cinco años como mucho, y desprendía una sensación de intensidad que incomodaba aún más a Jessie. Le parecía el tipo de hombre que andaría descalzo sobre el fuego sin parpadear si creyera que era lo correcto. La habían metido en una de las grutas, una cavidad estrecha de roca amarilla que se abría a una mayor con alfombras sobre el suelo de caliza y viejas cajas de embalaje apiladas contra una

pared. No sabía qué contenían las cajas, pero podía imaginárselo. Dos lámparas de aceite aportaban una luz titilante al lugar.

—Por favor, siéntese, señorita Kenton.

Jessie se sentó con recelo con las piernas cruzadas en una alfombra frente al hombre. Llevaba puesto un pañuelo negro alrededor de la cabeza a modo de turbante y una túnica negra con una daga sencilla bien visible en la cintura. Junto a él, a plena vista, había un revólver Enfield y lo que en un principio le pareció un huevo gris junto a su rodilla, hasta que descubrió con terror que se trataba de una granada de mano.

—Soy Fareed —dijo con voz suave mientras se inclinaba con la daga en la mano y giraba el cuerpo alrededor de ella para cortarle las cuerdas.

—Supongo que no será su nombre verdadero.

El hombre sonrió vagamente.

—Es el nombre que mis seguidores decidieron ponerme. Significa «extraño».

Jessie miró al despliegue de hombres de ojos negros sentados detrás de él contra la pared; todos la miraban con sospecha y el corazón se le volvió a descontrolar, pero se recordó a sí misma que la habían llevado a aquel escondite viva, y eso debía de ser porque querían algo de ella.

—Hay un tema que me gustaría discutir con usted, señorita Kenton.

—Podría haber ido a Lúxor para hablar allí.

—Mis disculpas. —De nuevo la sonrisa difusa que no era realmente una sonrisa —. No soy bienvenido en Lúxor. Si la hubiera invitado a venir aquí, creo que no habría aceptado la oferta.

—¿Y Anippe? ¿Qué pinta ella en todo esto?

—Ah, Anippe es una guerrera entregada a la causa.

«¿Guerrera?». La palabra trajo el olor de la muerte y la matanza a la cueva.

—Ya estoy aquí —dijo Jessie, congregando toda la actitud prepotente de Monty que pudo—. Cuanto antes tengamos esa discusión, mejor.

—Exacto.

—Bien, pues ¿qué quiere?

Fareed frunció el ceño sobre los párpados caídos.

—Quiero hablarle de su hermano, Timothy Kenton.

A Jessie se le detuvo la respiración.

—Sabemos —continuó en voz baja— que está aquí.

—Eso no es ningún crimen.

—No, pero lo que está haciendo sí lo es.

Jessie no contestó a esto último.

—Tenemos información acerca de que... —dijo con misterio, e hizo una pausa mientras sus ojos negros la miraban con intriga— está colaborando con un equipo de traficantes de antigüedades egipcias para sacarlas ilegalmente del país. —Fareed no intentó ocultar la indignación—. Por eso enviamos a Anippe al Museo Británico para

que trabajara junto a él.

—¿La enviaron ustedes?

—Sí.

—¿Ha estado espiando a mi hermano para ustedes?

Una ínfima señal de diversión suavizó las duras líneas de su boca.

—Es una buena mujer musulmana. Nunca elegiría estar con un infiel por voluntad propia, pero ustedes los occidentales creen que nadie puede resistirse a su dinero y sus encantos. Le pasa a usted también, ¿verdad? Creyó que la joven Anippe era afortunada por haber atraído el interés de su hermano rubio de ojos azules. ¿No es así? Ni se paró a preguntarse por qué se habría fijado ella en él.

Jessie sintió cómo se ruborizaba.

—Sí —admitió—, no me lo planteé. Pero hay una cosa que quiero saber. Ella me contó que Tim estaba herido. ¿Es cierto?

—No.

El hombre se quedó observándola un momento, evaluando el impacto que su respuesta había tenido, ya que Jessie fue incapaz de ocultar el alivio que la recorrió.

—Y ¿dónde está?

—Pues esa es la cuestión. No puedo decírselo —dijo, y extendió las manos en señal de disculpa—. No puedo decírselo porque si lo hago ya no tendrá razón para contarme lo que quiero saber.

Si lo hago. Esas tres palabras lo significaban todo.

Si lo hago. Significaban que Fareed sabía exactamente dónde estaba Tim. Jessie se dio cuenta de que estaba empezando a apretar la mano y se la guardó rápidamente debajo de la otra.

—¿Qué es eso que quiere saber?

«Pregúnteme lo que quiera. Cualquier cosa. Le contaré mis secretos más íntimos, si hace falta».

—Está claro que su hermano le ha revelado sus planes; de otro modo, no estaría aquí. Le diré dónde está escondido a cambio de información sobre el equipo con el que trabaja y lo que han descubierto en las colinas.

La garganta de Jessie estaba como si le hubieran echado un puñado de arena dentro. Estaba tan cerca, tan cerca que casi podía tocar a Tim, pero de repente estaba lejísimos de él, tan lejos como la luna. Estudió a su interrogador y se esforzó mucho por pensar cuidadosamente. En silencio, pensó en los hombres con túnicas negras que merodeaban por la cueva, en sus rostros adustos y concienzudos. Desde el exterior oía el viento levantándose, la arena haciendo remolinos y una camioneta forzando el motor para subir la ladera de pedregal.

—¿Quién es usted? —preguntó Jessie—. ¿Qué es lo que buscan usted y sus seguidores?

Fareed dio una orden, una ráfaga rápida en árabe, y la fila de hombres se levantó silenciosamente. Cada uno llevaba una daga curva en la mano, apuntándose al

corazón. Jessie tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantenerse sentada y no salir corriendo. Empezó a oír un sonido ondulante de voces masculinas y no le cupo duda alguna de que se trataba de una especie de cántico de dedicación a la causa que le indicaba que aquellos hombres la aplastarían como a un mosquito si se interponía en su camino.

—¿Quiénes son? —volvió a preguntar.

A Fareed le había cambiado la expresión. Se había vuelto ansiosa. Las mejillas parecían oquedades y los ojos se le hundían más en el cráneo, como si tuviera algo dentro que lo consumiera.

Levantó la daga hasta la altura de su garganta y le tradujo:

—Alá es nuestro objetivo; el Profeta nuestro líder. El Corán es nuestra ley y la yihad nuestro camino. Morir en el sendero de Alá es nuestra máxima realización. — Fijó la mirada en ella—. Somos partidarios de Hassan al-Banna.

Hassan al-Banna. Jessie recordaba ese nombre; Monty lo había mencionado en El Cairo. El embajador americano le había contado que un profesor de escuela había creado una organización llamada los Hermanos Musulmanes con el objetivo de que la sociedad regresara a los preceptos del Corán. Uno de sus principales objetivos era expulsar a los británicos del país y retomar el control militar y político de Egipto. Esta última idea la puso ante su propia vulnerabilidad en aquel momento por ser uno de los odiados occidentales.

Querían información, pero Jessie no tenía nada con lo que negociar.

—¿Así que no saben dónde está su descubrimiento en la colina? —Actuó como si estuviera sorprendida, como si eso fuera lo mínimo que debieran saber.

El hombre frunció el ceño.

—No. Borran habilidosamente su rastro y apostan centinelas en el desierto. Han matado a dos de nuestros hombres que intentaban seguirlos.

«¿Matado? ¿Tim trabaja con personas que matan?».

Jessie volvió a mirar a su alrededor para camuflar lo impactada que estaba, recorriendo con la mirada la cueva y a los hombres silenciosos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—Está haciendo preguntas —dijo el hombre con calma—, no contestándolas.

Ella asintió y volvió a preguntar.

—¿Qué es este lugar?

Fareed se tomó un minuto completo para pensar si contestar o no a la pregunta, pero finalmente hizo un gesto con la mano hacia la entrada de la cueva.

—Muchos hombres vienen aquí buscando divulgar la palabra del munificente Alá de nuevo entre las gentes de nuestro pueblo. Están furiosos con la situación que vivimos con los extranjeros. —Hizo una pausa y entrecerró sus ojos hundidos—. Especialmente con ustedes, los británicos, que nos han arrebatado el poder sobre nuestro país. Hassan al-Banna trabaja duro para educar a los analfabetos y construir hospitales para los pobres, pero esos hombres valientes de ahí —dijo, señalando a las

figuras de negro— vienen aquí buscando algo más que palabras para luchar contra los británicos.

—¿Es esto un campamento de entrenamiento? ¿Un centro militar?

Fareed no dijo que sí, pero tampoco lo negó.

—Vienen aquí para intensificar su devoción personal, pero es la naturaleza del islam dominar, no ser dominado.

Jessie no podía mirarlo. Se quedó contemplando las marcas de la cuerda de sus muñecas porque si miraba a aquel hombre implacable un segundo más, abandonaría la esperanza, y eso no podía permitírselo.

—¿Té? —preguntó Fareed educadamente.

Jessie estuvo a punto de soltar una risotada. ¿Té? ¿En una cueva? ¿Con un hombre con una pistola, preparado y dispuesto a matarla —de esto último estaba más que segura— sin pensárselo más que si estuviera aplastando a una cucaracha? ¿Té?

—Sí, por favor —dijo.

Fareed dijo algo en árabe y uno de los hombres, que no era más que un niño en realidad, desapareció por un túnel que había en la parte trasera. Durante unos instantes nadie habló, concediéndole tiempo a Jessie para pensar su próxima respuesta, pero la cogió completamente desprevenida que Anippe Kalim entrara en la cueva portando una bandeja con dos vasos de té verde y un tarro pequeño de miel.

La joven no dio señal alguna de reconocerla. Miró fríamente a Jessie antes de dirigir la vista a Fareed. Le sirvió a este primero y bajó la mirada respetuosamente. El hombre asintió sin decir nada y Anippe se marchó sigilosamente.

—Bien —dijo Fareed disolviendo la miel en el té—, cuénteme lo que sabe sobre ese grupo de ladrones con el que su hermano trabaja.

Jessie tenía la opción de confesar la verdad y decir que no sabía nada, o también podía mentir. La elección era sencilla.

—No sé mucho. —Miró a Fareed y comprobó su desagrado y su cara de pocos amigos—. Pero —añadió rápidamente— estoy dispuesta a darle cualquier información que tenga a cambio de saber dónde se encuentra Tim ahora.

—Miente. —La rabia se sobrepuso a sus buenas maneras por primera vez en toda la conversación—. Le mintió a Anippe en Londres fingiendo que no sabía dónde había ido su hermano, pero supo perfectamente que debía seguirlo hasta Egipto. Hasta El Cairo, el hotel Mena House, después hasta Lúxor... Es obvio que sabe más de lo que dice.

Jessie no lo negó. Si aquel hombre descubría que no sabía nada, ¿qué utilidad tendría para él? Se desharía de ella como de la basura. Le atemorizó comprobar que habían vigilado sus pasos tan de cerca mientras estaba completamente ajena a ello. ¿Eran ellos quienes la habían seguido por las calles de Londres y entrado en su piso? Se terminó el té en silencio, un silencio que parecía hacer eco en la cueva, y solo cuando volvió a dejar el vasito en la bandeja de latón miró directamente a Fareed.

—Están robando antigüedades, creo —le dijo con frialdad—. Es una organización

que compra a los granjeros locales a cambio de información sobre dónde se encuentran los nuevos hallazgos en el desierto.

No hubo ninguna reacción por parte de Fareed.

Jessie aguantó la respiración unos instantes para recomponerse.

—Utilizan los conocimientos expertos de mi hermano para seleccionar qué llevarse y qué dejar atrás. Tim sabe datar objetos, elegir las piezas más valiosas... Cuanto más antiguo, mejor, claro.

—Todo eso ya lo sabemos nosotros.

Así que sus suposiciones eran ciertas.

—Excavan por la noche —añadió— en las cuevas.

—¿Y qué hay del nuevo descubrimiento que han hecho?

—No sé el nombre real, pero es una reina.

—¿Su tumba?

—Sí.

La mano de Fareed se cerró en un puño apretado y Jessie pudo percibir su rabia como una presencia añadida a la cueva.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo transportan los tesoros? —exigió saber—. ¿Qué rutas toman por el desierto?

Jessie abrió la boca como para responder, pero la volvió a cerrar y se volvió a hacer el silencio.

—Dígame dónde está viviendo mi hermano.

En esta ocasión, Fareed no dudó ni un instante.

—En una casa más allá de los campos, junto a la curva del río corriente abajo. Lo vigilamos con cuatro hombres apostados allí, y uno que va y viene.

—¿Cómo puedo reconocer la casa?

—Es vieja y está pintada de verde. Delante hay una fábrica de alabastro con una torre derruida en uno de los lados. Se puede ver desde el río.

—Si sabe que ese grupo está robando antigüedades egipcias, ¿por qué no informa a la Policía? ¿No es su trabajo...?

Fareed emitió un sonido cortante que la piedra caliza que los rodeaba absorbió rápidamente.

—El dinero pasa de unas manos a otras para que los ojos miren en otra dirección.

—¿Corrupción?

Él la miró con desagrado.

—¿Sabe lo poco que gana un policía en Lúxor?

Jessie se sintió avergonzada por su ignorancia y, por primera vez, apartó la mirada. Los hombres con las galabiyas negras estaban alerta y observaban atentamente a Fareed, como deseosos de ver una señal que les permitiera atacarla con sus dagas. Tenía que darle algo más, algo que mantuviera las armas en los cinturones.

—Fareed —dijo Jessie rápidamente a través de sus labios secos—, si consigo encontrar a mi hermano le podré decir más sobre esa actividad ilegal y...

Con un movimiento rápido, Fareed se levantó y su larga figura se posicionó delante de ella.

—¡Sabe más! —La ira parecía alimentarse de sus palabras.

Algo, tenía que darle algo más.

—Lo transportan todo en barco —mintió—. No es a través del desierto, sino en barco hasta El Cairo por la noche.

Sus ojos negros brillaron con más fulgor a la luz amarillenta de la lámpara de aceite, y entonces Jessie supo que lo había sorprendido, pero no estaba preparada para su respuesta.

—No puedo confiar en usted. Me miente.

—¡No!

—Sí. Conoce al líder de esos ladrones.

—No lo conozco.

—Sí, claro que sí. La han visto con él.

—¡No! ¡Eso es mentira!

Jessie no lo anticipó, pero dos de las galabiyas negras se acercaron a ella y el corazón se le puso en la garganta mientras se ponía de pie.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Quién es?

Fareed apenas la podía mirar.

—Ya lo sabe.

—Dígame su nombre.

Mientras unas manos le retorcían las muñecas por la espalda, oyó la respuesta de Fareed.

—El hombre gordo —dijo—. Su líder es el hombre gordo.

Georgie

Egipto, 1932

El calor.

La arena.

Los gritos.

Lo peor son los gritos. Me hacen daño en los oídos y me hacen vomitar los huevos fritos. El sabor en mi boca. Apesto. Puedo oler mi sudor y sentir la arena como excrementos de ratón en mi pelo. Te lo cuento y te ríes. Aquí eres diferente. Estás ocupado. No solo tus manos, sino tu mente también, y yo quedo relegado a un rincón de ella. Ya no escribo mis pensamientos, pero siguen en mi cabeza y cada vez son mayores y más pesados, hasta que caen a mi boca en el momento equivocado.

—Por favor, Georgie —dices—. ¡Por favor! Intenta comportarte.

Lo estoy intentando.

Por ti.

Lo estoy intentando por ti. Y porque me da miedo el hombre gordo.

Estoy en mi tienda de campaña. Hace calor. Pero la luz en el interior no es tan potente y los demás no me ven. Lo que es más importante para mí: no veo el desierto. Me saca los ojos de las cuencas y me deja ciego. Tengo que taparme los ojos con las manos para protegerlos y me has dado un pañuelo de seda blanco para que me lo ponga alrededor de la cara, pero aun así veo a través de él. No entiendo por qué te gusta esta tierra vacía tanto como para pasear por ella cada noche.

—Te tragaré —te advierto, pero me das un golpecito en el hombro y te ríes.

El aspecto del desierto cambia. A veces es rosa, sonriente y suave, pero otras frunce su ceño rocoso y todo se vuelve marrón y gris, y entiendo entonces que está hambriento. Desde mi tienda lo oigo bramar. Odio el desierto. Odio sus colinas inertes, el cielo... Hay demasiado como para que me quepa en la cabeza. Necesito mi habitación, mi techo con sus grietas, los rincones oscuros de mi armario, mis preciosas sillas cómodas.

Te digo estas cosas.

—No quiero oír eso, Georgie.

—¿Por qué no?

—Porque ahora estamos aquí. Intenta aprovecharlo.

Lo intento. Lo intento. Pero me siento mal y sudo. Me pongo el pañuelo alrededor de la boca y las orejas para evitar que los sonidos sigan saliendo o entrando, y colocas una galabiya negra sobre la lona de mi tienda para que esté más oscura.

Odio muchas cosas. Tiemblo todo el rato. Excepto...

Excepto...

Mi mente no es capaz de pronunciar la palabra. En su lugar, sostengo un ushebti de alabastro y el temblor para. Cuando cojo estos objetos que estuvieron en las manos de los constructores de las tumbas hace tres mil años, me siento un miembro de la raza humana, parte de un proceso continuo de nacimiento y muerte, no cualquier aberración sucia que meter debajo de la alfombra y olvidar. Soy una de las gotitas del Nilo, igual de insignificante que cualquier otra gotita. Esta idea me calma. No tiemblo. No sudo.

Te lo cuento y dices:

—Georgie, tu mente crece.

Me toco la cabeza.

—No, tiene el mismo tamaño.

Sonrías, pero entonces el hombre gordo grita y desapareces. Estoy de rodillas en la arena de mi tienda con treinta y un shabtis polvorientos en una fila perfecta delante de mí. ¿Los cuido yo a ellos o ellos a mí?

Un shabti es una figura humana; la mayoría de ellos tienen el tamaño de la palma de mi mano, pero otros son como mi dedo pulgar. Otros pueden ser mucho mayores. Los shabtis normalmente están hechos de madera o piedra, alabastro o cuarzo, de cerámica decorada, de barro cocido vidriado. Son trabajadores, hombres o mujeres, que se colocaban en las tumbas de los antiguos egipcios para que realizaran las tareas manuales que el difunto requeriría en la otra vida. Me sorprende ver que los egipcios eran tan vagos como para necesitar esas figuras para que hicieran el trabajo por ellos.

Analizo la que tengo en la mano y siento la misma tirantez en el pecho que cuando miro las sillas que me regalaste. Me dices que es una respuesta normal ante la belleza, pero yo creo que estás equivocado. Es más que eso. Es ser consciente de mí mismo, es saber que nunca seré capaz de crear una belleza como esa. El sentimiento es de profunda tristeza mezclada con admiración. No te cuento esto y no sé por qué. Quizás sea porque quiero ser como tú, no un sustituto como el hombre de quince centímetros que tengo en la mano.

Este está hecho de cerámica vidriada y decorada de color azul verdoso, un color precioso del que me imagino que debe de ser el mar. Tiene las piernas momificadas y delante tiene inscritos unos jeroglíficos con el conjuro 472 de los Textos de los Sarcófagos, que se encuentra en el capítulo seis del Libro de los muertos. Ya se sabe, creían en la magia. El conjuro daba vida al shabti para que trabajara durante toda la eternidad como sustituto de Osiris en los campos.

Yo quiero creer en la magia.

Odio muchas cosas. Tiemblo todo el tiempo. Excepto...

Quiero creer que hay un conjuro en Egipto que me cure.

—¿Dónde está el retrasado?

—Georgie no es retrasado, es mi hermano, y muy inteligente, así que espero ver algo más de respeto hacia él.

—Es un bufón, Timothy, no te engañes pensando que vale para algo solo porque sea capaz de recitar la Enciclopedia Británica.

—También se le da bien catalogar lo que estamos sacando. Es muy meticuloso y está haciendo un trabajo muy útil para...

—Date un descanso, Timothy. Es como una chinche molesta y ambos lo sabemos. Está aquí únicamente porque insististe en traerlo contigo. Si se hubiera hecho a mi manera...

—Sé perfectamente lo que harías tú, sí.

—Es un maldito estorbo.

—Sabe mucho más que tú sobre datar objetos antiguos egipcios.

—Por amor de Dios, Timothy, mira lo que hizo ayer.

—Admito que no fue muy afortunado, pero no era su intención; no fue su culpa.

—¿No pretendía matar a un burro golpeándole la cabeza con una piedra? Pues si eso crees, debes de estar igual de loco que él.

—Fue por culpa del ruido que estaba haciendo el burro. Él solo intentaba acallararlo.

—Recuérdame que haga lo mismo la próxima vez que el retrasado empiece a gritar.

—No te atrevas a bromear con eso.

—¿Qué te hace pensar que estoy bromeando?

Las voces se alejan de mi tienda. Sin embargo, la risa del hombre gordo se queda junto a mí y se enrosca en los amarres de la tienda, como si quisiera aflojarlos para que el toldo se me caiga encima.

Retrasado.

Suelto mi cuaderno, en el que estoy recogiendo minuciosamente cada detalle de los shabtis, la descripción de su decoración y de los jeroglíficos. Me hago una bola, mientras sigo sintiendo cómo las moscas se congregan sobre mi piel como lo hacen en los muertos, y entierro la cara en la arena.

Retrasado.

El hombre gordo viene con sus agujas. Me muerden los brazos, el culo, el muslo... Al igual que el doctor Churchward, quiere erradicar la persona que soy y poner a otra nueva en mi lugar. Solo viene cuando tú estás ocupado en la tumba. Hoy estaba derritiendo cera para mantener la cerámica vidriada en un baúl canopo de madera cuando entró en mi tienda y me dijo que dejara de reírme como una maldita

hiena.

—¿Estaba riéndome?

—Sí —dice—, pero eres demasiado idiota como para saberlo.

—Estaba disfrutando de mi trabajo —le explico—. Nunca antes he tenido trabajo que hacer.

Se quita las gafas y las limpia. Cuando se las vuelve a poner, sus ojos han cambiado, como si los hubiera limpiado también. Hay una fotografía en un libro que está en mi habitación de la clínica de un águila aterrizando en la espalda de un cordero, con los ojos hambrientos de sangre. Así son los ojos del hombre gordo. Yo me miro las sandalias.

—Lo siento, no pretendía ofenderlo —le digo rápidamente, tirando de una de mis frases.

Me pega.

—Te aganto —dice— solo porque necesito a Timothy.

Me vuelve a golpear. El roce de su mano es desagradable pero yo me quedo muy quieto, con los brazos temblándome.

—Podría deshacerme de Tim —me dice con un gruñido.

—No.

—¿Por qué no?

—Le encanta su trabajo en la tumba.

—Entonces compórtate.

—Sí, sí.

Mansamente, estiro el brazo y la aguja me muerde. Cuando vuelves al anochecer estás tan entusiasmado con el descubrimiento del recipiente de calcita para perfume con incrustaciones de oro que ni siquiera te das cuenta de que no hay nada en mi cabeza excepto el zumbido de las moscas de la arena.

La camioneta no se detuvo. Aminoró la velocidad, salpicando arena mientras las enormes ruedas intentaban aferrarse al suelo y sortear las subidas del terreno. La puerta trasera se abrió de golpe. Solo un tonto intentaría escapar en aquel entorno inerte, y sabían que Jessie no era ninguna tonta.

¿No era ninguna tonta? ¿Y qué estaba haciendo atada en la parte trasera de una furgoneta conducida por hombres que tenían obvias instrucciones de deshacerse de ella? Una bala en la cabeza, enterrar el cuerpo en el desierto, lejos de toda señal de vida... Fareed había terminado con ella. En su escondite en la cueva seguiría luchando para proteger la herencia de su país de los ladrones y levantar el yugo del gobierno británico que reposaba, amenazante, sobre el cuello de Egipto, y ella no lo culpaba por ello. Le había sacado todo lo posible y, cuando ya no le era de más utilidad, cuando ya no servía más que para unirse al montón de desechos de la ciudad, había dado la orden.

Ella no lo culpaba, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con él. Incluso con más urgencia que antes, debía encontrar a Tim. Debía advertirlo.

El amanecer había pintado el suelo del desierto de un color rojo vivo como el de la sangre y la calidez del sol tentaba a las serpientes y los escorpiones a salir de sus agujeros para disfrutar de otro día abrasador. No hacía nada de viento, a excepción del que provocaban las ruedas al derrapar por la arena y el esquisto.

Jessie se acercó más a la puerta trasera. El polvo le golpeaba la cara y deseó poder usar las manos para cubrirse, pero desear algo era un esfuerzo inútil. Respiró hondo, relajó los hombros, eligió un momento y saltó.

Estar sola en medio del desierto no era como se lo había imaginado.

El vacío se lo esperaba. Las rocas áridas y la increíble soledad eran parte de las imágenes del desierto que tenía en la cabeza, las mismas que había ido extrayendo de las fotografías y dibujos de las caravanas de camellos y de Lawrence de Arabia recorriendo aquellas mismas arenas.

Para lo que no estaba preparada era para el silencio que la aplastaba; el incesante silencio sobrecogedor que le reducía la mente a polvo y le nublaba cualquier intento de pensamiento. Le sorprendió la facilidad con que la había privado de lo que la conformaba, lo que la hacía ser la persona que era: su mente racional y su habilidad para pensar. El silencio reptaba por los recovecos de su mente y extendía sus tentáculos hasta que el solo acto de parpadear suponía un gran esfuerzo.

Y con el silencio, llegó el miedo. Frío, irracional, implacable.

Miedo a nadie y a la nada; miedo a todos y a todo. La acechaba, subía por la piel desnuda de sus piernas, le clavaba sus astillas en el corazón y le arañaba la lengua. El miedo se agarraba a su mano y no la dejaba ir.

Aquello no se lo esperaba.

A medida que el sol se deslizaba por el horizonte y se elevaba, las sombras se acortaban y los colores del desierto iban cambiando. Los rojos se volvían marrones, los amarillos se mezclaban con los *beige* apagados que empujaban a los violetas y grises hacia las oscuras grietas de debajo de las rocas.

Vio el rastro en zigzag de una serpiente.

«Concéntrate. Tú concéntrate en salir de aquí».

Con mucho esfuerzo, fue cavilando que los valles de las tumbas debían de estar situados al oeste del Nilo, así que seguramente el sistema de cuevas de Fareed estaría más al oeste incluso. Concluyó, pues, que debía caminar hacia el este. Si seguía en esa dirección, tendría que toparse en algún momento con el Nilo y sabía en qué dirección estaba el este, ya que era por donde el sol estaba saliendo.

Lo que no sabía era cómo estaba de lejos ni cuánto tardaría.

Fue poniendo un pie delante del otro y caminando.

La arena le irritaba los pies. Era imposible mantenerla fuera de los zapatos y de la mente. Había perdido el sombrero en las cuevas, pero seguía conservando el bolso, que llevaba en bandolera. Decidió perder algo de tiempo en buscar el cortaplumas para cortar la soga que le ataba las muñecas; fue difícil y le costó un buen tajo en el pulgar, pero cuando finalmente consiguió romper la cuerda, fue todo un logro.

Ya tenía el control.

Sacudió los brazos doloridos y entrecerró los ojos para conseguir ver mejor ante el resplandor que la cegaba. Solo veía salientes de roca virgen que no parecían acabar jamás; se extendían y extendían hasta la eternidad.

«No. Ni lo pienses».

Negó con la cabeza y se arrepintió inmediatamente. Empezó a dolerle muchísimo y supo que el sol le freiría el cerebro si no hacía nada para evitarlo. Se tocó con los dedos el pelo y se sorprendió al comprobar el calor que desprendía. Sintió también cómo le ardían las mejillas, y sacó el pañuelo de seda del bolso y se lo ató alrededor de la cabeza.

El sol abrasador le absorbía la humedad del cuerpo a un ritmo alarmante, desecando y deshidratándole los órganos vitales, pero Jessie no se detuvo. Un paso, otro paso, subir una colina de gravilla, bajar por la ladera de pedregal. Entró en un *uadi* seco al que habían llegado enormes rocas por la corriente del río y se agachó unos instantes allí aprovechando la sombra de una gran piedra erosionada. Se quitó la enagua y se la envolvió también alrededor de la cabeza, justo encima de los ojos, para atenuar el resplandor.

Tenía la garganta reseca y la lengua se le hacía cada vez más grande en el interior de la boca, igual de pesada y difícil de manejar que una almohada. Cogió un guijarro redondeado y se lo metió en la boca, sintiendo en un principio arcadas por su sabor amargo como si un camello hubiera orinado encima, pero era justo el sabor del

desierto, lóbrego y amargo en su lengua. Chupar el guijarro le dio un poco de humedad en la boca.

«Monty».

Su nombre fue como una ráfaga de aire en su mente. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué estaría haciendo? Estaría poniendo patas arriba Lúxor, irrumpiendo en cada casa intentando encontrarla. *No te alejes de mí*, le había dicho.

«Monty, lo siento, ya voy de vuelta».

Al pensar en él, apresuró el paso. Sobre ella, el cielo era una inmensidad de azul intenso que parecía abarcar todo el mundo, excepto por una fina capa de arena sobre la que Jessie intentaba sobrevivir. No le extrañaba que Fareed hubiera establecido su centro de operaciones allí, donde solo los escorpiones se aventuraban a adentrarse. Mientras caminaba, repasaba en su cabeza la conversación que había tenido en la cueva estudiando minuciosamente todas las palabras del hombre; le atemorizaban. Solo era cuestión de tiempo que soltara a los galabiyas negras de la casa que estaban vigilando.

Subió con gran esfuerzo un montículo empinado de arena resbaladiza y no pudo contener la esperanza de ver desde la cumbre algo distinto en la distancia. El corazón se le vino abajo cuando vio que no había más que desierto; este la había absorbido y no estaba dispuesto a dejarla escapar jamás.

Pasaba por encima de serpientes, montones de ella, y cuando parpadeaba veía que no eran más que ondas en la arena. El corazón le latía ruidosamente; estaba viendo cosas. Árboles que movían sus ramas al viento, un apetecible lago de agua fresca flotando en el cielo, escarabajos escabulléndose entre los dedos de sus pies y subiéndole por las piernas... Lo peor era la cabeza de Tim; seguía flotando aislada del cuerpo sobre las cimas y riscos, girando como una pelota de fútbol por los barrancos o medio enterrada entre las olas de arena. Siempre con los ojos muy abiertos.

Intentó ser racional. ¿Cuánto podría la deshidratación deformar el cerebro?

No lo sabía. El paisaje parecía vibrar con el calor y el desierto se desdibujó a su alrededor. Perdió la noción del tiempo y pasó horas sin pensar en nada más que en colocar un pie delante del otro. Sintió que algo comenzaba a crecer en su interior, algo cálido y rígido en su pecho, y le costó darse cuenta de que se trataba de odio. Odio al sol que le martilleaba la cabeza, al desierto que no cesaba, a cada grano de arena y polvo que le arañaba la piel, a Fareed, a su fervor moral y su pasión por su país... Lo odiaba por tratar de ser justo en ese aspecto.

Se aferró a ese mismo odio, lo sostuvo contra su pecho y empleó su fuerza para continuar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cielo comenzaba a oscurecerse y, tras las horas que había estado siguiendo al sol, se derrumbó y cayó sobre las rodillas en el cauce de un *uadi* rocoso, y gritó para liberar su ira. Levantó una piedra para arrojársela al sol burlón e incisivo del oeste.

De pronto notó un pinchazo en la mano. Tiró la piedra al suelo y vio a una criatura oscura con forma parecida a la de un cangrejo alejarse de ella; era un escorpión.

—Montague, para. Acabarás matándote.

Monty no iba a matarse, ni tampoco a parar. Estaba buscando por la orilla del río en cada cabaña, casa de adobe y barco. Había una hilera de casas barco a lo largo del Nilo y entró en cada una de ellas haciendo uso de todo su encanto inglés y de una buena cantidad de dinero cuando este atractivo no funcionaba. Se había convencido a sí mismo de que el Nilo era la clave, así que la acción lógica era buscar por la ribera.

—¡Jessie, Jessie!

Gritaba su nombre, pero no encontraba respuesta.

Se dirigía a una casa de adobe con el tejado de estera que estaba aislada del resto y le parecía prometedora.

—Montague, maldito idiota. Lo que estás haciendo es peligroso, estás buscando problemas.

—¡Jessie! —gritó.

—¿Me escuchas o es que estás sordo?

—Te escucho, Maisie.

—Esto no sirve de nada.

Por primera vez desde la desaparición de Jessie, algo lo hizo reaccionar y se detuvo en seco. Maisie tenía razón, aquello no estaba ayudando en absoluto. Lo único que estaba haciendo era bloquear la realidad, reemplazar el dolor con actividad en un intento por olvidar que la había dejado sola cuando más lo necesitaba. Aquella búsqueda a ciegas no era el modo de encontrarla; incluso él sabía esto.

—Montague —dijo Maisie tomándolo por la solapa—, ¿qué harías si fueras persiguiendo a un zorro?

Monty frunció el ceño a su figura esbelta.

—Seguiría a los perros de caza.

—Bien —dijo, y lo sacudió—, hagamos eso.

Jessie oía a la figura junto a ella como un suave murmullo en la arena. Su propia sombra se alargaba mientras el sol suspiraba y se hundía en el horizonte que se dibujaba a su espalda, así que le sorprendió que la figura no proyectara sombra.

Cuando giró la cabeza se dio cuenta de por qué. Serket había ido hasta ella. Le llevó un gran esfuerzo decidir si aquello era bueno o malo. Le dolía muchísimo la mano y el veneno se le estaba extendiendo por el brazo y le quemaba la piel. Se la había atado con la blusa alrededor del pecho, manteniendo la mano por encima del corazón. Se repetía sin cesar que la mayoría de las picaduras de escorpiones no eran fatales, pero su mente seguía argumentándole que ¿y si ese era uno de los escorpiones egipcios de veneno mortal? ¿Qué pasaría? No debería estar bombeando el veneno por

todo el cuerpo al caminar, sino descansando.

Si descansaba, moriría.

Le habían salido verdugones en la piel del brazo que parecían quemaduras. Se le nublaban la visión, con lo que tropezaba entre las piedras y perdía el equilibrio en las dunas de arena, así que estaba constantemente cayéndose de rodillas, siendo absorbida por el paisaje distorsionado de su alrededor mientras oía un sonido sibilante que le emanaba de la boca seca.

Y allí estaba Serket.

Diosa e hija de Ra, era hermosa e iba vestida de rojo, con el pelo oscuro y un *anj* en la mano, el símbolo egipcio de la vida, porque Serket puede matar, pero también puede curar. En la corona lleva un enorme escorpión y su nombre se puede traducir por «la que facilita la respiración en la garganta» o «la que hace a la garganta respirar». Es portadora de vida o de muerte. Serket había venido a por ella.

—*Sir* Montague Chamford, señor, tengo buenas noticias para usted. He descubierto quién es Anippe Kalim.

—Yasser, es usted un hombre de gran habilidad.

—Alá es poderoso y bondadoso en otorgar su bendición —vociferó Yasser, pero tenía la mirada aguda y más ansiosa que antes.

—¿Sabe entonces dónde vive esa mujer? —preguntó Maisie Randall, y rechazó el té de menta con cara de pocos amigos—. Vamos, suéltelo, ¿dónde podemos encontrar a la chica?

El joven y atractivo egipcio centró su atención en Monty.

—No son todas buenas noticias, bey.

—¡Sigo esperando!

—El precio ha subido.

—¿Qué?

—No me contó que Anippe Kalim está tratando con gente peligrosa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es una estudiante de Arqueología de la Universidad de El Cairo. Cuando estudiaba allí, formaba parte de un grupo revolucionario conocido por los métodos violentos que utiliza para conseguir sus objetivos.

—Y ¿cuáles son sus objetivos?

—Expulsar de Egipto a las fuerzas invasoras y devolverle el poder a los egipcios. —Pronunció las palabras con un tono de voz apagado que no mostraba ni un ápice de su opinión personal al respecto—. No es gente a la que se deba importunar, bey.

—¿Por qué estarían interesados en Jessie Kenton?

—Eso no lo sé, lo siento.

—Y ¿dónde tiene esa organización revolucionaria su centro de actividades?

—Nadie lo sabe con certeza, pero hay rumores.

Monty suspiró con teatralidad; Yasser estaba jugando bien. Se metió la mano en

el bolsillo y sacó la cartera, pero fue Maisie quien se cruzó de brazos y se dirigió a Yasser con firmeza.

—Escuche, hijo. Estamos hablando de la vida de una joven. Quiero que se meta eso bien en la cabeza. Esto no es un juego para ganar más dinero, soltando migajas de información hasta que el señor Montague rebusque más en el bolsillo. Es la vida de una joven, Yasser. ¡No lo olvide! Imagine que fuera su hija.

El egipcio se quedó atónito ante la explosión de Maisie y, por primera vez, Monty se acercó más de lo que la prudencia observaba. Estaba una cabeza por encima de la de Yasser y podía oler el aceite para el pelo de este.

—¿Cuáles son esos rumores? —exigió saber.

Yasser miró rápidamente de Monty a Maisie y viceversa, y sonrió.

—Se habla de unas cuevas en algún lugar alejado al oeste. —Inclinó la cabeza respetuosamente hacia Maisie—. Señora Randall, tengo una hija, mi pequeña Rabiah. Es mi tesoro; que Alá la bendiga.

—Pues ayúdenos.

—Les advierto que hay historias que hablan de camionetas que el desierto se traga si se aventuran en él. Incluso caravanas enteras de camellos han desaparecido. La gente lo teme; algunos dicen que Set, el dios del desierto, se venga de los no creyentes que le roban sus secretos.

—Eso son paparruchas, y lo sabe tan bien como yo —afirmó Monty.

Yasser se encogió de hombros.

—Aun así, es peligroso, bey.

—Si conseguimos rastrear a Anippe —insistió Monty—, encontraremos a Jessie.

—Ojalá sea así.

—Y si encontramos a Jessie —añadió Maisie—, pronto daremos con su hermano.

Monty tuvo la sensación de que algo se había colado en la estancia. Se giró hacia ella y la expresión de la mujer había cambiado y se había suavizado bajo la luz difusa que entraba por las rendijas de la ventana, pareciendo por primera vez más humana que garza.

—¿Cómo sabe lo de su hermano? —preguntó Monty.

—Me habló de él en El Cairo.

—¿De verdad?

—Sí, la pobre estaba muy preocupada por haberlo perdido. Pero yo le decía todo el tiempo que todos perdemos cosas, cariño, así es la vida. Lo que tenemos que hacer es aprender a vivir sin ellas.

Monty volvió a dirigirse a Yasser.

—¿Alguna información acerca del paradero de Timothy Kenton?

—No, señor. Creo que debe de estar equivocado; no está en Lúxor, o yo lo sabría.

Parecía sincero, pero Monty no lo creyó en ningún momento. Algo le había dado mala espina y un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras contemplaba la calle en el exterior y a un burro masticando hierba sobre la arena.

—Yasser —dijo con firmeza—, la naturaleza del hombre es querer sobrevivir, ¿no es así?

—Ciertamente, señor. —Sus palabras reflejaban turbación.

—Entonces asumamos que la señorita Kenton está sobreviviendo. Puede que usted haya dado por perdidas sus oportunidades, pero no así yo, y pretendo encontrarla.

—No es una decisión sabia, *Sir Montague*. —Negó con la cabeza afectadamente. Monty perdió la paciencia.

—¡Usted encuéntreme un maldito camello!

Maisie descruzó los brazos.

—Y otro para mí.

La luna se cernía sobre Jessie. Era tan amplia y brillante que temía que se le cayera encima. Su luz se adentraba y emanaba de los recovecos del desierto, convirtiéndolos en suaves pliegues plateados que la invitaban a tumbarse y descansar.

Tenía frío, tanto que no se sentía los pies ni podía eliminar la neblina de la mente, y sus oídos estaban repletos del murmullo ahogado del desierto. Las vibraciones de este recorrían su cuerpo y las viejas rocas que pisaba. A veces miraba a su alrededor, sobresaltada, convencida de que esa vibración provenía de los cascos de los caballos, pero nunca había nada más que rocas y riscos y el sabor de la arena entre los dientes.

Le quemaba el brazo, pero no fue hasta que se derrumbó cuando sintió que Serket la había abandonado. La diosa se había ido; la había dejado sola. Entonces empezó a sospechar que podría haber muerto ya. Si Serket había desaparecido, era porque había completado su tarea con el veneno y el agujón, y ahora Jessie vagaba en la oscuridad de la Duat, el averno plagado de monstruos y demonios, a la espera de que su alma fuera contrastada en la balanza con la pluma de la diosa Maat.

Echó la cabeza hacia atrás y emitió un alarido al manto nocturno y, por respuesta, encontró una estrella fugaz que cruzó los cielos a tal velocidad que la habría perdido en un parpadeo. Aquello la hizo ponerse de pie de nuevo y continuar su camino. Mientras tuviera algo de aliento en el cuerpo, seguiría caminando, porque en la Duat no había estrellas fugaces.

Algo le tocó el brazo infectado. Jessie respiró hondo, pero no se atrevió a apartar la vista del terreno sombrío por el que pisaba por si volvía a perder el equilibrio. Las caídas se sucedían, y la aturdían y desconcertaban.

—¡Jessie!

No se detuvo a asimilarlo.

«Sigue caminando».

Había oído un millar de veces en las últimas horas a Monty susurrarle su nombre al oído y ya se había convencido de ignorarlo.

—Jessie.

Le caían lágrimas por las mejillas, cálidas sobre el rostro helado. Podía sentir su respiración, el roce de su hombro, y fue consciente de la calidez de su pecho al acercarla a él. Supo entonces que había perdido la cabeza por completo y que la realidad se había convertido en algo que ella misma fabricaba.

—Monty —dijo casi sin aliento.

De nuevo oyó el suave susurro.

—Jessie.

Pero no era Monty. Olió la galabiya que llevaba aquella persona y el gruñido de un camello. No podía ser Monty. Cuando la levantaron unos brazos fornidos, alargó con fuerza el brazo sano y oyó un quejido de dolor. Quería ver otra estrella fugaz que le demostrara que no había muerto, pero la oscuridad se extendía desde ella, gélida como la noche del desierto en su cabeza.

Monty no podía apartar los ojos de ella. Su rostro sobre la almohada estaba convulsionado, su piel cremosa, quemada por el sol y sus labios, secos y cuarteados, pero el doctor le había dado algo para que durmiera y le aliviara el dolor. Ahora yacía en calma. El terrible quejido cesó y su cabeza se quedó en paz, reposada, en lugar de seguir moviéndose de un lado a otro.

—El doctor ha dicho que ha sido una picadura de escorpión, pero que se recuperará en unos días, así que no estés tan abatido. —Maisie le dio un toquecito en el hombro—. Te aventuraste en el desierto corriendo a lomos de un maldito camello, ¿no es así? Ya tienes una buena historia de Lawrence de Arabia para contarle cuando despierte.

—Lo sé. Es fuerte. —Pero no podía apartar la mirada de ella. Le aplicó delicadamente un ungüento en los labios—. Pero el brazo está muy mal.

—Como una maldita tabla; pobrecilla.

—Maisie.

—¿Qué?

—Gracias.

—No seas idiota. —Le volvió a dar un empujoncito amigable—. Fuiste tú quien salió de cacería.

—Siento que no te dejaran venir conmigo, pero habría sido demasiado arduo para ti.

Maisie sonrió.

—Lo que usted, *Sir Montague bey*, sea capaz de hacer, también lo haré yo, eso seguro.

—Te creo.

—¡Estúpidos conductores de camellos con toallas en la cabeza! ¿Por qué dirían que yo les traería mala suerte?

—Supongo que era una excusa, Maisie. No querían ir con una mujer.

Maisie resopló molesta, pero Monty supo que era más teatro que otra cosa.

—Aún no sé cómo la encontraste ahí fuera en mitad de la noche.

—Hice lo que me dijiste, seguir a los perros de caza. Le pagué bien a Yasser y encontré a un hombre de la zona lo suficientemente atrevido como para llevarme a la zona de las cuevas. Era un experto rastreador, incluso a la luz de la luna.

—Suerte que estaba llena.

—Sí. —Tomó la mano vendada de Jessie en la suya—. Tuve mucha suerte. Bicho malo nunca muere.

Maisie rio.

—Estos encopetados... Tienen más descaros que sentido común. Podrías haber muerto.

Monty acariciaba los dedos hinchados de Jessie.

—Tuve suerte.

No quería contarle la verdad: que se había quedado de pie en el doloroso silencio del desierto, esperando oír y seguir los latidos del corazón de su amada.

Georgie

Egipto, 1932

Ruego. Suplico. Suspiras y aceptas.

Me llevas arriba a ver la tumba. No se me da muy bien escalar, me resbalo y pierdo el equilibrio y me entra el pánico cuando la gravilla de debajo de mis pies empieza a rodar hacia abajo, llevándome a mí con ella, así que me atas una cuerda alrededor de la cintura.

—Ve despacio —me dices.

Pero me da tanto miedo la colina que corro y casi consigo que nos caigamos ambos.

—Trabajo en equipo —dices, y me vuelves a levantar.

No tengo ni idea de lo que eso significa.

Me adentro en la colina parda por una abertura estrecha y me alegro de escapar a la penumbra. Afuera, todo es demasiado grande. Hay demasiado cielo, desierto y aire para mí. Se me mete reptando en los pulmones y se queda allí pegado. Me dices que respire más hondo, pero parece que no entiendes la imposibilidad de respirar hondo si se te están llenando los pulmones de capas de arena. Sé que si me quedo aquí lo suficiente, la arena ganará la partida. Cuando miro las colinas y el extraño e inquietante desierto sé que la arena siempre gana.

Dentro todo es diferente. Dentro de la roca la arena no puede ganar. Un paso es lo único que hace falta y el sol ya no abrasa, su luz tiene el acceso denegado a los pasadizos que descienden por la roca. El túnel es tan estrecho que tengo que agachar la cabeza y al principio me daba miedo, pero ahora ya he estado aquí cinco veces. Me prometes que la roca caliza que hay sobre mi cabeza no se me caerá encima y, a pesar de que sé de desprendimientos de los techos de las minas, como el de la cantera de Easthouses el catorce de enero de 1930 o el de Deans, en Bathgate, el quince de octubre del mismo año, decido creerte. Si no lo hago, nunca conseguiré ver la tumba.

—¿Listo? —me gritas.

—Sí.

—Ten cuidado con dónde pones los pies.

Lo hago.

—No corras —me dices.

Siempre corro.

El suelo desciende por medio de una escalera muy empinada e inquietante excavada en la roca, pero tú no estás asustado. Tú nunca te asustas. Me doy cuenta aquí en Egipto de lo valiente que eres y eso me hace quererte más aún porque tienes la suficiente valentía para ambos. Por eso bajo las escaleras.

—Si te caes —me dices todas las veces mientras bajas delante de mí y mi haz de luz cabecea en tus rizos rubios—, cáete encima de mí, no en las rocas. No quiero que rompas nada.

Pero ¿y si te rompo a ti?

—Tienes treinta minutos —dices.

No es suficiente. Nunca es suficiente.

Hemos pasado por una enorme cámara exterior con pilares de piedra maciza con forma de flor de papiro. Veintidós columnas, una por cada año que Wahankh fue general del ejército bajo el reinado del rey Tutmosis III durante el siglo xv antes de Cristo. Vivió en la época del Nuevo Reino, el periodo más importante de la historia de Egipto, y debió de pasar la mayor parte de su vida preparando la tumba para su propia muerte.

Estamos en la cámara funeraria. Podría vivir aquí. El silencio es tan intenso que lo hace todo añicos y lo único que queda es una claridad en mi cabeza que me permite pensar con precisión. Quiero pasar la noche aquí, pero no me dejas. Dices que es malo para mis pulmones. Puede ser. Pero es bueno para mi cerebro, y mi cerebro es más importante que mis pulmones.

La cámara es tan colorida desde el suelo al techo que me alegro de que no hayamos encendido las antorchas esta vez. Me gusta estudiar las decoraciones de una en una con mi linterna, así mi mente no se siente como si Wahankh estuviera acechando mi cabeza con su ejército. Pero me gusta su vida. Las pinturas de las paredes me la muestran. Veo a Wahankh de niño en una granja, sembrando cereales en los campos donde los cuervos andan al acecho de lo que puedan robar. Creo que me podría gustar esa vida. Pero él no está satisfecho y le hace ofrendas a Horus con su cabeza de halcón, el dios de la guerra, y Horus le concede su deseo: se convierte en un gran general con el ojo de Horus, el Udyat, pintado en su carro para protegerlo.

Me gustaría que nos pintaran el ojo de Horus a ti y a mí.

Me siento en el suelo de piedra en el centro de la cámara. El rayo de luz de mi linterna rodea el carro de Wahankh, donde está él, de pie con la lanza levantada para derrotar a su enemigo. Me intento imaginar cómo sería matar a alguien, pero no puedo. ¿Le hace daño a uno mismo o es como pisar a un escarabajo? Me dices que no pise los escarabajos en el desierto, que ese es su territorio, no el nuestro, pero no los quiero en mi tienda y, además, me gusta el sonido que hacen al reventar. Empiezo a

leer los jeroglíficos que hablan de las grandes victorias del general.

—Georgie.

Sigo leyendo.

—Georgie, escúchame. Quiero hablar contigo.

—Estás hablando conmigo.

—Quiero decir sobre algo importante. Quiero que me prestes atención.

No me gusta cuando dices eso porque significa que viene algo malo. Me acerco más a las decoraciones de la pared para alejarme de donde tú estás entre las sombras.

—¿Me oyes?

—Sí.

Te oigo respirar hondo.

—Te gusta estar aquí, ¿verdad? —dices.

—Sí.

—Hemos creado una rutina para ti.

—Sí.

Cada mañana en la casa me frías dos huevos y un trozo de pan de mijo. No es lo mismo que en la clínica, pero me gusta. Siempre lo pones en mi plato especial, el que nadie más usa, y me siento a la mesa a solas para comérmelo. Duermo en una habitación sin muebles para mí solo, lo que significa que tú tienes que dormir en el suelo del salón porque los dos egipcios comparten la otra habitación. Huelen diferente, lo cual me llama la atención, pero no son muy habladores. Uno es arqueólogo, creo, pero no sé a qué se dedica el otro. Sospecho que es un guardia porque lleva una pistola bajo la chaqueta. No lo miro.

Lo peor es el viaje hasta el desierto. Me escondo bajo una manta en la parte trasera de la camioneta; es asfixiante, pero seguro. Es un trayecto largo y el vehículo circula con brusquedad pero, cuando acaba, lo peor está aún por llegar. La subida por las colinas. Ni siquiera ahora quiero pensar en ello.

—Estamos trabajando rápido —dices.

—El hombre gordo dice que no lo suficiente.

—Lo sé. Tenemos que ir más rápido.

—¿Por qué?

—Es complicado.

Odio esa palabra. Siempre me molesta. No pregunto más.

—La cuestión es, Georgie...

Me concentro más aún en la pintura, en el caballo con la lanza atravesada en el pecho. Se aproxima algo malo.

—... puede que tengamos que irnos muy pronto.

La boca del caballo está abierta; está gritando.

—No quiero irme —digo.

—Lo sé. Te gusta este sitio y te gusta el trabajo.

—Y tú, me gustas tú todos los días, no solo los sábados.

No dices nada, pero te oigo tragar saliva con fuerza y suspirar.

—Bueno, lo siento, Georgie, pero es posible que tengamos que irnos pronto.

—¿Hoy?

—No, hoy no.

—¿Mañana?

—No, mañana tampoco.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero quiero que estés preparado para ello. Prepara tu mente.

Quiero ser el caballo para poder quedarme en esta tumba para siempre.

—Por favor, Georgie, para.

Estoy aullando. El sonido es penetrante en medio de este silencio. Me tapo la boca con la mano pero no cesa. Te acercas a mí y te sientas con las piernas cruzadas en el suelo junto a mí, pero sin tocarme. Diriges tu linterna hacia el caballo.

—Lo siento, Georgie, no llores. Siento ponerte en estas situaciones.

Evito pensar en el viaje de vuelta a Inglaterra; me devolverá al infierno. Me darás drogas para que me duerma, pero me provocarán pesadillas. Me dices que mi comportamiento en el avión de ida fue bochornoso, pero a mí me da igual. Es mejor ser bochornoso que verse atrapado en un tormento infernal.

—Quiero quedarme —digo.

—Lo sé.

—Podríamos abandonar al hombre gordo y quedarnos aquí juntos. Solos tú y yo.

—Giro la cabeza para apartarla del caballo y mirarte a ti, lleno de esperanza.

—Oh, Georgie, la vida no es tan simple.

—¿Por qué no?

Pero, antes de que contestes, ya sé lo que vas a decir.

—Es complicado.

Estaba allí. Cada vez que Jessie conseguía abrir los ojos, estaba allí, junto a su cama. El rostro de Monty. Era tan desconcertante que no sabía si estaba dentro o fuera de su cabeza. Había algo que quería preguntarle, pero su mandíbula no se movía y la neblina de su cerebro se interponía en su camino. Alguien le estaba cortando el brazo.

«Pare, por favor, pare».

El dolor le humedecía los ojos y la sangre atrapaba el fuego en sus venas, y en la lejanía oía la voz de Monty entre murmullos:

—No llores, mi amor.

Mi amor.

El tiempo parecía haberse quebrado. Iba muy rápido o lento, tan lento que podía oír los crujidos de los engranajes. Después, se detenía repentinamente. En un punto fue hacia atrás y Jessie se volvió a encontrar bajo el brillo cegador del desierto. Gritó pidiendo agua y, en aquella ocasión, el agua sí llegó, fresca y vivificadora en sus labios, pero siempre había algo que no iba bien, algo que la acosaba. Había algo que tenía que hacer, pero su cerebro reseco no conseguía traerlo a la memoria. Lo único que sí recordaba era que tenía que ver con la superficie brillante y acerada del Nilo. Sombras de color púrpura recorrían su mente y la enturbiaban, y ella no dejaba de luchar por apartarlas.

—Tranquila, mi vida, tranquila.

Oía su voz, sentía sus manos acunando su rostro y sosteniéndolo para evitar que se sacudiera de un lado a otro. Sentía la dulzura de sus labios en su frente.

—¿Cómo está? —Era la voz de una mujer.

—No muy bien.

—No va a morir, ¿verdad?

—No.

El *no* sonó tremendamente certero, como si Monty fuera a arrancársela de los brazos al mismísimo Anubis si era necesario. Aquello la complació. Durante una milésima de segundo, la persona que le estaba cortando el brazo se detuvo, permitiéndole dedicarle una sonrisa antes de volver a introducir los dientes de la sierra en su carne.

Él le contó cosas; cosas sobre su vida.

Era su voz lo que le estaba otorgando, incluso en su estado de profunda confusión lo comprendió. Lo que le contaba no era lo importante, sino el sonido constante de su voz. La mantenía en aquel lugar, en la habitación, en la cama, y no la dejaba marchar.

Se le cerraron los ojos y, por mucho que lo intentó, no pudo abrirlos, pero él siguió hablándole de Chamford House y de cuánto amaba aquel lugar. Le habló de su pasión por los ladrillos y el cemento, de su gusto por los enormes pináculos de piedra y de su deseo de ver cada casa del estado reformada y la gloria de sus propietarios

restaurada. Jessie se enteró de que había construido una escuela en el pueblo y dado empleo a dos solteras locales como profesoras en una época en que las escuelas estaban cerrando ya que, tras el crac bursátil, no había trabajo. Si no había trabajo eso significaba que no había dinero en los hogares, así que los niños se veían obligados a trabajar. Monty les daba comida caliente para tentar a los niños a volver a las escuelas y, cuando acababan las clases, les daba tareas que hacer en el estado arreglando las verjas, sacando patatas o metiendo manzanas en cajas para venderlas en el mercado.

Con la caza hacía la vista gorda, pero no tenía piedad con los ladrones. Le reconfortaba tirar a los faisanes en un gélido día de invierno, pero odiaba con inquina el ejército de chimeneas de fábricas que cada vez se acercaba más a las frágiles fronteras de Chamford Estate.

Ella intentó decirle que vivía en el siglo equivocado, que era un patrón de la vida rural cuando en los tiempos que corrían la vida rural iba en retroceso. Sin embargo, las palabras le salían como murmullos ahogados mientras él le mojaba la mejilla abrasada, le ponía compresas frescas sobre la frente y acunaba los dedos de su mano herida entre los suyos.

No podía evitar dejarse llevar a otros lugares y otras épocas; se despertaba pensando que estaba tirándose bolas de nieve con Tim en el bosque y, una vez, pensando que estaba dándole de comer a los peces de colores del parque con Georgie, lanzándole trocitos de pan a Farintosh, Armitage y Hatherley, todos bautizados por Georgie con nombres de los personajes de las historias de Conan Doyle. Intentó quedarse allí junto al estanque de lilas y empezó a explicarle a su hermano pequeño cómo había luchado para conseguir sacarle su dirección a sus padres porque lo echaba mucho de menos, pero...

Se despertó en la cama. Los párpados le pesaban mucho, pero sus oídos captaron la voz de Monty, suave y arrepentida.

—Lo siento —dijo él.

«¿Por qué?», quería preguntarle ella.

«¿Por qué me pides perdón?».

¿Qué había dicho antes? ¿Qué se había perdido?

Monty le levantó la mano vendada y le besó los dedos hinchados.

—No me odies —dijo.

—Insisto —dijo Monty imperiosamente— en que vuelvas a tu habitación ahora mismo.

Jessie estaba tomándose un café mañanero bajo un parasol en el jardín del hotel. Le sonrió a Monty y dijo:

—Ven conmigo.

—No deberías estar fuera de la cama, jovencita.

—Ya me he metido bastante en el papel de flor marchita; ahora tenemos que...

—Lo único que tienes que hacer es descansar. Ya oíste al doctor.

—No, Monty.

—Un día más, Jessie. Por favor, quédate en la cama un día más...

—Vamos a concentrarnos en encontrar a Tim. Ya he tenido bastante cama como para toda una vida.

Se había quedado sorprendida al despertarse a las cinco y media de la mañana y ver a Monty dormido en una silla junto a su cama. Tenía su rostro huesudo ensombrecido por el agotamiento y a falta de un buen afeitado, y junto a él estaba el periódico del día anterior, el *Egyptian Gazette*, y Jessie había conseguido leer la fecha. Se había perdido un día; un día completo. Veinticuatro horas habían volado. Echó para atrás la ropa de cama de un tirón y se sentó, pero no estaba preparada para el impacto que este movimiento tendría en su cabeza. Le llevó cierto tiempo, pero se vistió con el brazo en cabestrillo y allí estaba, tomándose un café, con la apariencia de un ser humano común.

—Suficiente cama, Monty.

Él la observó con detenimiento, estrechando los ojos como lo hacía cuando estaba disgustado, pero cogió aire profundamente y lo dejó salir con resignación.

—Está bien, Jessie. ¿Qué quieres hacer?

—Necesitamos un barco.

El río se movía bajo ellos, oscuro y reservado. El Nilo era amplio e, incluso a aquella hora temprana, estaba lleno de barcos de todas las formas y tamaños que se encargaban de sus respectivos negocios, de pescar o transportar mercancías y personas de una orilla a otra. Una pequeña barca a remo maniobró para salir de su camino y Monty tensó la prominente vela triangular de su barco cuando el viento cambió hacia el oeste. Era un buen navegante, algo que sorprendió a Jessie. Que se le diera bien montar a caballo y cazar, de acuerdo; seguramente también jugar al tenis y al polo, pero ¿navegar? Eso no se lo esperaba.

—Solía ir en barco cuando pasé aquel tiempo en Alejandría hace años —le dijo él mientras le echaba un vistazo a las jarcias—. Las falúas no son rápidas, pero sí muy estables.

Jessie quería rapidez, la máxima posible. Monty estaba agarrado al timón en la popa, con los pies descalzos contra el asiento, mientras que ella iba más cerca de la proa, a la sombra de la vela, recorriendo con la mirada las tierras que se extendían más allá de los bancos del río.

—Toma, usa esto. —Monty le ofreció unos prismáticos que parecieron salir de la nada.

Ella le sonrió como agradecimiento y los ajustó con la mano sana. Era muy extraño, pero hablar hacía que le doliera más el brazo, como si su lengua estuviera conectada con los tendones de la muñeca de algún modo ilógico. Monty parecía comprender perfectamente su necesidad de silencio, así que no la presionaba para que hablara, pero Jessie no dejaba de sentir su mirada fija en ella cuando debería estar en

las casas que se veían desde el río. Iban buscando la torre en ruinas de una fábrica de alabastro y una casa pintada de verde. Ah, sí, y una curva en el río.

Incluso Jessie tenía que admitir que no era mucho.

Ella iba examinando la orilla oeste del río mientras navegaban a favor de la corriente, incapaz de ignorar las colinas del desierto. Aquel día resplandecían pardas como la piel de un león, inhóspitas y desnudas bajo el cielo azul vivo. Jessie estaba concentrada en las casas. Ya había tenido bastante desierto, con su habilidad nata para ganar. Los vívidos campos de caña de azúcar y pastos para los animales se extendían a lo largo del río, cruzados por canales de irrigación controlados por compuertas. Los *fellahin*, los labradores del campo, se quedaban mirándola, asombrados por los prismáticos; las mujeres, vestidas de negro, caminaban con dificultad por los caminos polvorientos con pesadas cajas de melones amarillos sobre las cabezas.

No había casas verdes ni torres en ruinas. Jessie parpadeaba, impaciente por invocar alguna de la nada.

—Jessie.

Ella asintió, pero no apartó la vista de los prismáticos, intentando ver a través de las hojas de las palmeras.

—Jessie, si ese Fareed está custodiando la casa donde afirma que está tu hermano, es muy probable que también nos esté vigilando a nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

Ella volvió a asentir.

—A menos que piense que ya no tiene que preocuparse más por mí.

El brazo le daba punzadas.

—Pudo mentir sobre la casa verde.

Jessie bajó los prismáticos.

—Es lo único que tengo para seguir adelante, Monty.

Monty giró el timón y el viento le alborotó el pelo.

—Lo sé.

—¡Allí!

Monty lo vio primero. La curva en el curso del Nilo era tan leve que apenas podía llamarse curva; era poco más que una onda en el banco del río donde los árboles colgaban más cerca del agua.

—¡Allí! —dijo Monty de nuevo, con el brazo estirado.

—¿Dónde?

—Allí, detrás de esos campos. Donde la tierra empieza a elevarse entre esos pliegues. Mira ese edificio blanco con una torre achaparrada. ¿Lo ves? Se cae hacia un lado.

Ella lo vio. Un edificio bajo de aspecto destartado. Esa debía de ser la fábrica de alabastro que Fareed mencionó. Rápidamente, Jessie miró tras la fábrica y lo que se veía era una porción de tierra baldía que se extendía hasta las elevaciones menores de las colinas tebanas, pero en medio de esta y como hundida en una especie de valle

había una casa de color verde apagado rodeada por un muro bajo de piedra.

—Esa es —dijo Jessie—. Esa es la casa.

—No te hagas muchas ilusiones, Jessie. Puede que Tim no esté ahí.

—Ya, claro, lo sé.

Pero también era posible que estuviera.

Monty decidió navegar hasta más allá de la casa para poner cierta distancia entre el barco y la fábrica de alabastro antes de echar amarras y soltar la extensión de madera que le servía como plancha para llegar a la orilla. Estaba preocupado por Jessie, pero no quería que se le notara. Le alargó la mano para ayudarla a caminar por la plancha y bajar a la orilla rocosa, teniendo cuidado con el brazo en cabestrillo. Una bandada de ibises alzó el vuelo ante su intrusión y se dirigió tierra adentro como una nube lechosa.

—Espera aquí —dijo Monty— mientras yo voy a inspeccionar la casa.

Ella no le soltó los dedos; su agarre era firme, lo cual reconfortó a Monty, pero sus pasos eran imprecisos y no mantenía muy bien el equilibrio.

—¡Monty! No me mimes más ni me sobreprotejas. Estoy bien.

Las palabras sonaron bruscas, pero sus ojos le sonreían, claros y azules como el amplio cielo egipcio, y Monty le mantuvo la mano agarrada mientras caminaban por los caminos polvorientos y cruzaban los campos de caña de azúcar. Allí, entre los tallos altos de las plantas, eran menos visibles y menos sospechosos en contraste con el paisaje, hasta que llegaron a un punto en que los canales de irrigación desaparecieron y lo que había por delante era únicamente desierto.

A Monty se le pasó por la cabeza usar el cabestrillo para atarla a un árbol.

La casa consistía en una mezcla extraña de estilos colonial y egipcio con una barandilla que recorría la parte frontal, el tejado plano y ventanas en forma de arco. La pintura verde se descascarillaba y el lugar parecía completamente desierto, con los postigos de las ventanas cerrados. Estaba ruinoso y aislado, y no parecía haber vida en ella. Monty permanecía escondido en las sombras de un conjunto de palmeras datileras a unos veinte metros de la casa y tenía a Jessie muy bien agarrada de la mano.

—¿Qué te parece? —le susurró Jessie.

—Parece que está vacía.

—Vamos a echar un vistazo.

—Espera.

La obligó a quedarse escondida diez minutos más con los ojos fijos en la casa hasta que hubieron asimilado cada grieta y postigo desvencijado, pero no oyeron nada ni vieron ningún movimiento.

—Haremos esto juntos —le dijo Jessie.

Él asintió. Sabía que no conseguiría que se quedara en las sombras bajo los

árboles.

—Mantente cerca de mí —le dijo Monty en voz baja, y comenzó a caminar.

Se dirigió primero a la parte trasera de la casa, sorteando el pequeño muro por una esquina a la que no daba ninguna ventana desde la que pudieran verlos, y se acercaron sigilosamente a los postigos traseros.

—¿Lista? —dijo.

—Sí.

Podía ver la esperanza en ella y cómo tragaba saliva con dificultad porque tenía la boca seca y para evitar irrumpir en la casa y gritar el nombre de Tim. Quería decirle: «No, Jessie, no te hagas esto ahora», pero en su lugar probó a abrir uno de los postigos. Estaba podrido y dos de las bisagras se vencieron con facilidad, permitiéndole mirar por una rendija al interior del edificio.

—¿Qué ves? —le susurró Jessie.

—No mucho; está oscuro. Hay dos sacos de dormir en el suelo y una alfombra de oración polvorienta en una esquina. No es muy halagüeño.

Ella permanecía muy quieta a su lado mientras se movían juntos hasta el siguiente postigo. En aquella parte de la casa daba la sombra y un par de pollos famélicos aletearon y correataron al verlos llegar, sobresaltándolos.

Entonces fue cuando Monty oyó el motor.

Ambos se percataron del rodaje de los engranajes de la camioneta mientras esta bajaba la colina que había delante de la casa. Monty agarró a Jessie por la muñeca sana y empezó a correr por la parte trasera de la casa. Saltaron el muro y se agacharon, y así fueron hasta un cauce estrecho que rodeaba la casa hasta la parte frontal, pero que acababa más abajo en la colina. Por el camino que tenían encima vieron una furgoneta mugrienta con el rótulo MERIOT FISHERY escrito en el lateral. Se detuvo en seco al cruzar el muro de piedra de la casa y se abrió la puerta del vehículo del lado de la furgoneta opuesto a ellos, con lo que Monty no consiguió ver a la persona que bajó de ella.

—¿Ves? —le preguntó a Jessie.

Ella negó con la cabeza.

—Vamos hasta esos árboles de allí.

El grupo de datileras en que se habían escondido al principio estaba a unos cinco metros de ellos, más cerca de la casa. No era una gran distancia, siempre y cuando el conductor no mirara en su dirección cuando echaran a correr. Monty sopesaba sus posibilidades.

—Siempre podemos ir caminando tranquilamente hasta la puerta y saludar como cualquier pareja de turistas —sugirió.

Ella se giró para mirarlo con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¿Por qué no? Podemos preguntar por el camino porque nos hemos perdido.

—Venga, vamos.

Monty salió del surco, ayudó cuidadosamente a Jessie y sacudió el polvo de la

ropa de ambos antes de comenzar a andar en dirección a la furgoneta. El motor seguía haciendo ruido y provocando que el polvo del capó no dejara de vibrar sobre la superficie, y ambos pudieron ver entonces al conductor, un hombre egipcio que trataba de encenderse un cigarrillo. Justo cuando estaban llegando a las datileras, el otro hombre rodeó la furgoneta hasta las puertas traseras para abrirlas y, al hacerlo, se quedó paralizado por el brillo cegador del sol. Era un occidental y llevaba puesto un sombrero de jipijapa y unos pantalones de algodón del color de la arena con una chaqueta de lino crema. Incluso entre la nube de polvo se podía observar que parecía astuto. Del bolsillo de la chaqueta le asomaba la parte ancha de una pipa de fumar y una barba plateada brillaba en su barbilla.

Monty se adentró rápidamente en las sombras y tiró de Jessie. La agarró allí abajo en la penumbra, percibiendo su urgencia por salir corriendo hacia los hombres. Ella abrió la boca para gritarle algo al hombre de la chaqueta de lino, pero Monty consiguió impedirselo tapándole la boca con la mano y sintiendo el vaho de su respiración. Jessie sacudió la cabeza para intentar apartar la mano de Monty, pero él frunció el ceño y le murmuró:

—Shhh, Jessie. ¡Quieta!

Sus ojos azules lo cuestionaban con asombro y, finalmente, levantó la mano con más calma y se apartó los dedos de Monty de los labios.

—¿Qué pasa, Monty? Es tu amigo, el doctor Scott.

«¿Amigo?».

De buena gana le habría arrancado Monty a Jessie la palabra de la lengua.

—No sabemos qué estará haciendo aquí, Jessie. Es un sitio extraño para encontrárnoslo. Vamos a comprobarlo primero.

De nuevo, la expresión de asombro y desconcierto ocupó el rostro de Jessie.

—No creerás que está involucrado, ¿no?

—El doctor Septon Scott y los de su clase siempre acuden donde está el dinero.

—Si conoce esa casa, quizás pueda saber dónde está Tim.

Jessie empezó a caminar, pero Monty la agarró del brazo.

—Si descubre que estás aquí y que sabes de su conexión con esa casa, seguramente no le agrade la idea.

Ella miró la casa, la furgoneta y después a Monty de nuevo, ya sin estar convencida de si fiarse de Scott o no.

—Jessie —le dijo él en voz baja—, no es el tipo de hombre al que querrías ver enfadado.

—Creía que era tu amigo.

—Creíste mal. Lo siento si no te informé bien.

—¿Qué demonios podría hacerme? Esto no es una cueva en medio del desierto —susurró.

En aquel momento, el conductor se dirigía a la parte trasera del vehículo, donde después habló con el doctor Scott en un tono de voz demasiado bajo como para poder

oírlo. No obstante, ni Monty ni Jessie pasaron por alto la pistola que llevaba en una funda en el pecho cuando tiró la chaqueta dentro de la furgoneta, y ambos se escondieron de nuevo tras los árboles.

Hombres que matan. Eso era lo que le había advertido Fareed. Scott podía ser un traficante astuto, pero ¿un asesino? Había una enorme diferencia. La idea despertó en Monty la ira que había sido su fiel compañera en las trincheras de Flandes. Había visto a hombres que disfrutaban matando, que poseían el gusto por la sangre que les hacía ser soldados aguerridos e intrépidos. Por supuesto que Monty había matado, pero solo cuando había sido estrictamente necesario. Su único objetivo ahora era sacar a Jessie de aquel lugar.

La llevó tras el amplio tronco de la datilera y se agachó allí con ella, pero el corazón le dio un vuelco cuando contempló su perfil, la actitud decidida con que se abría paso entre la maleza. Le recordó a sus perros de caza cuando sus hocicos captaban el olor a sangre. Le puso la mano sobre el hombro para retenerla junto a él y devolverla al mundo. Lo que fuera que se le estuviera pasando por la cabeza, no era seguro.

Jessie se giró hacia Monty entre las sombras.

—Creo que debería ir y hablar con Scott, pedirle que me lleve donde está Tim, si es que lo sabe.

—¿Y luego qué?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y luego qué? —volvió a preguntar Monty—. Luego te encuentras con Tim y ¿crees que el doctor Scott te dejará marchar tranquilamente si están involucrados en algo ilegal? —Dirigió la mirada al cabestrillo para resaltar lo vulnerable que era Jessie—. Pues claro que no.

Ella sacudió la cabeza. Los dos hombres se dirigieron al interior de la casa, abrieron la puerta y entraron con movimientos apresurados.

—Ahora —dijo Monty—. Vámonos.

Debería haber sospechado cuando Jessie no opuso resistencia a marcharse. Ambos se levantaron en silencio y, justo cuando estaban a punto de salir de las sombras para volver al canal, Jessie fue directa hacia la furgoneta y se situó detrás de ella. Estuvo allí unos segundos, lo suficiente como para poder inspeccionar el interior del vehículo y garabatear algo en el guardabarros trasero. En cuanto regresó, corrieron a la hondonada, ocultándose en ella justo a tiempo. Las voces de los dos hombres volvieron a rodear el coche y Monty levantó la cabeza lo justo para verlos soltar la ropa de cama y una caja de cartón en la parte trasera de la furgoneta.

—Día de mudanza —murmuró Monty.

Jessie se inclinó hacia él.

—En la furgoneta no había nada; estaba vacía.

—Probablemente no quieran arriesgarse a transportar sus ganancias ilegales por ahí a plena luz del día. —La abrazó para sostenerla y ella le besó la mejilla, pero

Monty no se distrajo ni un instante—. ¿Qué has escrito en el coche?

—Era un dibujo.

—¿Crees que era momento de ejercer de artista?

—No te enfades.

El sonido de las puertas al cerrarse interrumpió el silencio y el motor impulsó a la chatarra por el camino de bajada de la colina. Esperaron allí hasta que los cuervos volvieron a posarse en las palmeras para poder respirar con tranquilidad.

—Ahora —dijo Monty.

La casa estaba vacía y ni siquiera habían cerrado la puerta con llave. El interior estaba oscuro y polvoriento, y los postigos cerrados mantenían alejado el calor del sol, pero hacían que el aire fuera denso y estuviera viciado. Monty miró a su alrededor. Ciertamente, Scott había hecho un buen trabajo limpiando aquel lugar de cualquier rastro, excepto alguna que otra huella de zapatos en el polvo y varias velas consumidas en el alféizar de una de las ventanas. No había rastro de los sacos de dormir que había visto por la rendija ni de la alfombra para rezar pero, curiosamente, una de las habitaciones parecía estar impoluta y recién pintada de blanco.

—Jessie, mira eso.

Estaba apoyada contra el marco de la puerta con los ojos medio cerrados y apenas fuerzas para mantenerse en pie.

—¿Qué pasa?

Monty se dio cuenta por primera vez de que tenía la falda sucia y la blusa de color verde pálido rota por el codo, pero aún así parecía... —buscaba en su mente la palabra exacta— parecía irrompible, como si nada ni nadie pudiera detenerla. Ni el brazo, ni las quemaduras del sol, ni las pastillas del médico... y, por supuesto, tampoco el doctor Scott.

Monty fue hasta ella y le besó suavemente los labios; sabía salada.

—He encontrado esto estrujado tras los postigos.

Sacó un paquete de cigarrillos aplastado. Ella lo abrió y desplegó sus colores azul y blanco.

—Senior Service —dijo pausadamente, y miró a Monty—. Tim fuma Senior Service. Tim ha estado aquí.

—Estamos cerca —dijo Monty—. Muy cerca.

En el hotel Blue Nile, Malak aguardaba; la enorme sonrisa que les dedicó al regresar los hizo reír, y esto les vino bien. Monty sentó a Jessie con cuidado en el fresco interior bajo el ventilador, que chirriaba, y pidió limonada recién hecha para ella y para el chico, y un *whisky* escocés para él mismo. Después lo pensó mejor y añadió al pedido un plato de *kushari* para el niño y unos entremeses árabes para Jessie y él. Ella se bebió la limonada pero no tocó la comida. En su lugar, sacó su libreta de dibujo del bolso y se quedó sentada en silencio unos minutos mientras esbozaba algo en ella. Malak la observaba atónito, como si estuviera sacando conejos de una chistera.

—¿Quién es este pilluelo desaliñado?

Era Maisie, que acababa de entrar señalando al chico con el paraguas plegado.

—Parece algo que el gato haya traído de la calle.

—Este es Malak —lo presentó Monty—. Es nuestro dragomán en Lúxor, nuestro hombre de confianza aquí, y está resultando ser muy útil. —Asintió hacia Malak—. Muy eficiente.

Maisie inspeccionó al chico, que miraba con recelo la figura desconcertante de la esbelta señora.

—¿Y esto habla? —preguntó finalmente Maisie.

—Claro que hablo, bien sí, muy bien. Yo muy excelente amigo de *sita* Kenton y señor bey, tú pide, yo doy, y bien con mi tío. Camellos y caballos, sí, espaldas muy fuertes y yo muy buen *migo*, sí, y...

—¿Y también se calla?

—Si se le pide educadamente...

Maisie dio un golpecito a Malak en su melena morena con el paraguas.

—No necesito un caballo, lo que quiero es una silla.

Al instante, Malak puso un sillón tras Maisie y esta se dejó caer en él, plegando sus largas piernas para acomodarse lo mejor que pudo.

—Bueno, ahora bien. —Miró a Jessie fijamente—. ¿Qué noticias tenemos? ¿Te sientes ya mejor?

Monty negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Estoy mucho mejor, Maisie, gracias.

—Y ¿qué estás dibujando ahí?

—Mira, Malak —dijo Jessie pausadamente.

Levantó el dibujo para que el chico lo pudiera ver y este se quedó asombrado y boquiabierto, enseñando las lentejas y los tomates que masticaba.

—¿Cómo hace, señorita Kenton? Muy lista, sí.

Ella le sonrió abiertamente.

—Fui a la escuela de arte.

—¿En ciudad grande y bonita?

—Sí, en Londres.

—Yo ir a Londres un día, sí, por favor, ciudad muy bonita.

—Espero que sí, Malak, pero El Cairo también es una ciudad muy bonita.

El niño arrugó la nariz.

—El Cairo lleno de egipcios.

—Me gustaría que hicieras algo por mí, Malak.

—Sí, *sita*, yo hago muy bien. Yo muy eficiente. —Le brillaban los ojos oscuros —. Pide.

—¿Ves a este hombre? —Arrancó la hoja de la libreta y la giró para que la viera.

Con un escalofrío de desasosiego, Monty comprobó que se trataba de un boceto bastante fiel de la cara del doctor Scott que incluso reflejaba el lunar que tenía junto a la oreja izquierda y una protuberancia de piel áspera encima de sus cejas plateadas.

—Quiero que lo cojas y veas si puedes encontrarlo en algún lugar de Lúxor. Se llama doctor Scott, pero esto es importante, Malak, podría ser peligroso, así que no quiero que te acerques a él. ¿Lo has entendido?

—Sí, *sita*.

—No hables con él.

—No, *sita*.

—Solo dime si lo ves en algún sitio. Me gustaría saber adónde va.

—Yo hago fácil.

—No te acerques a él, recuérdalo.

—Yo muy rápido para hombre mayor —dijo riéndose.

Monty se fijó en cómo el chico sostenía el dibujo contra el pecho, como si fuera algo muypreciado. Probablemente no poseía muchas cosas.

—Toma, Malak. —Monty le dio varias monedas—. Cuando vuelvas, habrá más, pero presta atención a lo que te ha dicho la señorita Kenton y no hables con ese hombre. No queremos que te pase nada.

Malak engulló el último trozo de *kushari*.

—Yo presto atención, bien —dijo solemnemente, y se dirigió a la puerta—. ¿Tiene cigarrillo para mí, señor bey?

—No, Malak —dijo Maisie, negando enérgicamente con la cabeza—. No eres más que un mocoso.

Monty sacó un cigarrillo, se lo encendió y le dio el resto del paquete a Malak, que lo atrapó en el aire.

—Si es lo suficientemente mayor como para trabajar para nosotros, también lo es para fumar.

—Muchas gracias, señor bey, muchas. Hombre excelente, sí.

—¡Venga, vete ya!

Malak sonrió y salió rápidamente del hotel.

—El chico necesita zapatos nuevos —dijo Monty—. Por la mañana se los compraremos.

Pero por la mañana, los zapatos serían lo último en lo que pensaría.

Monty llevó a Jessie a dormir. Le limpió la arena de la piel, evitando mojarle la zona del vendaje, y le cepilló el pelo. La había llevado casi a rastras hasta la habitación y le había quitado la ropa, levantándole la blusa rasgada con mucha delicadeza por los hombros. Los moretones y las heridas que tenía en las caderas y en las rodillas le hicieron volver a preguntarse qué calamidades habría sufrido Jessie en el desierto. Allí, desnuda en el baño, se inclinó hacia él y reposó la cabeza en el hombro de Monty y, a pesar de la ducha, aún podía oler el aroma del Nilo en su pelo. Con el brazo alrededor de la cintura, Monty la llevó a la cama; su piel era cálida.

—Monty, lo siento, yo...

—Shhh, no hables. Ahora descansa. Lo que necesitas es dormir.

Ella dejó que sus labios le rozaran el cuello para sentir la sangre acumularse en ese punto. Él la abrazó y fue consciente de la calidez de sus pechos, el tacto sedoso de su piel, los delicados huesos de su espalda, pero fue la inseguridad con la que había caminado hasta la cama lo que más le sobrecogió. La debilidad que sabía que Jessie jamás mostraría cuando estaba sana era lo que le rondaba la mente y le preocupaba mientras la metía en la cama y la arropaba. Su rostro sobre la almohada se veía magullado y frágil, con manchas violáceas bajo los ojos.

Monty se inclinó y le besó los párpados.

—Duerme —le dijo, y sus labios intentaron, inútilmente, dibujar una sonrisa.

Se quedó dormida casi al instante y respiraba regularmente, pero demasiado rápido. Incluso en sueños, lo agarró de la mano y no lo soltaba, así que Monty se metió con mucho cuidado en la cama junto a ella y la abrazó, y el cuerpo de Jessie se amoldó perfectamente al suyo. Sus dedos encontraron los de Monty y se entrelazaron con ellos, y su necesidad mutua se le aferró al corazón.

Se quedó allí en silencio una hora tras otra, oyendo el ritmo de su respiración. Ella se despertó en una ocasión, acalorada, asustada y dolorida, así que Monty le dio varias pastillas de las que el doctor le había recomendado y le acercó el vaso a los labios para que bebiera un poco de agua. Sus ojos azules cristalinos lo miraron por encima del borde del recipiente, examinando su rostro como si debiera encontrar en él alguna llave perdida.

Cuando la volvió a colocar en la almohada, ella le murmuró:

—Háblame de ti y el doctor Scott.

No era el mejor momento, pero no se opuso.

—No hay mucho que contar. Mi padre le pidió dinero prestado cuando el estado iba mal económicamente. Fue un gran préstamo. Scott posee la hipoteca de la mayor parte de las tierras, incluyendo el pueblo de Chamford, pero mi padre creyó que podía confiar en él. Estaba equivocado.

El dedo de Jessie acarició el músculo tenso de su mejilla.

—¿Y ahora?

—Amenaza con exigir el pago inmediato de toda la deuda. Quiere dividir la propiedad, echar a los aldeanos de las casas en las que han vivido desde hace generaciones y construir fábricas en su lugar. —Dijo las palabras con calma, sin ningún tinte de la ira que se le arremolinaba en el pecho al mencionar el tema.

—Las fábricas traen puestos de trabajo —murmuró Jessie, a quien se le volvían a cerrar los ojos sin remedio.

—Tienes razón —le confirmó él.

Pero sus párpados se levantaron de nuevo y acercó la cabeza a la de Monty lentamente hasta que sus labios se tocaron. Monty se quedó junto a ella hasta que la luz comenzó a oscurecerse a medida que el sol se escondía tras las colinas del desierto. El aire de la habitación se volvió más frío, y sabía que tenía que irse ya.

—Gracias por venir —dijo Monty en voz baja para no despertar a Jessie.

—Oh, estoy encantada de estar aquí con ella. Ya sabes que siempre me gusta echar una mano —dijo Maisie alegremente—. Pobrecita, parece... —Sus palabras se detuvieron de golpe.

—¿Qué pasa, Maisie?

—Tiene mucho brío esta chica.

—Demasiado, a veces.

Ella asintió y se posó la mano en la garganta como para ralentizarse el pulso.

—Es muy hermosa.

Fue una expresión inesperada para aquel momento. Ambos estudiaron el rostro que yacía en la cama, sus líneas delicadas liberadas en el sueño, el pelo como hebras de oro entrelazadas sobre la almohada, las mejillas aún sonrojadas por el sol del desierto y la piel de la nariz pelada. Todo aquello enfatizaba la vulnerabilidad que tanto se esforzaba por ocultar.

—¿Tanto merece la pena ese hermano suyo? —preguntó Maisie.

Tenía el ceño fruncido y parecía estar molesta por algo.

—Eso espero. No lo conozco.

—Si me preguntaran, debo decir que me parece... —Las palabras volvieron a detenerse. Se giró y se encogió de hombros, sus hombros enjutos—. Una maldita carga para ella —concluyó.

—No creo que Jessie lo vea así ni de lejos.

—Pues entonces es un tipo con suerte.

—Sí —asintió Monty—. Yo también creo que lo es.

Georgie

Egipto, 1932

—Contrólalo.

—Lo intento —dices—, pero está molesto por la mudanza.

Estáis discutiendo sobre mí otra vez, tú y el hombre gordo. Lo odio. El calor es insoportable hoy, ya que el viento cálido lo empeora y arrastra la arena, que me pica en la piel. Estoy trabajando bajo un entoldado esta mañana. Tiene el techo y tres lados de lona, pero el frontal está abierto a los elementos y los moradores del desierto. Una lagartija de color beige entra y se esconde detrás de uno de mis cajones.

Corto uno de los tamices de Tim por la mitad y atrapo a la criatura ahí para poder tocarla y estudiar sus interesantes dedos ganchudos. Son púas salientes, una modificación de los dedos de los lagartos de arena para mejorar su movimiento por la arena inestable y ayudarlos a escarbar en ella. Es un ejemplo fascinante de la teoría de la evolución de Darwin que tengo ahora mismo en la mano. Hace dos semanas la tenía escondida en mi armario. Mi mente burbujea ante la velocidad de estos cambios.

Tú y el hombre gordo estáis en un lateral, así que no os veo, pero sí os oigo. Hay algo en este aire seco que hace que el sonido se transporte mejor, un fenómeno que quiero investigar cuando pueda. Cuando pueda. Pero no tengo ni idea de cuándo ocurrirá eso. No tengo ni idea de nada más y ese pensamiento hace que me empiecen a temblar las manos con tanta violencia que tengo que soltar la estatuilla de bronce que estoy envolviendo. Es la hermosa diosa Isis, la primera hija de Geb, dios de la tierra, y de Nut, diosa de los cielos, y cada vez que envuelvo una pieza en papel y algodón lo hago muy despacio porque las aprecio. Mis dedos no las abandonarán.

—Venga, venga —me murmuro a mí mismo, pero me tiemblan tanto las manos que tengo que metérmelas debajo de las axilas para que se calmen. No quiero que las veas así.

—La mudanza nos ha importunado a todos —gruñe el hombre gordo—, pero no vamos por ahí aullando y golpeándonos la cabeza contra el suelo.

—Se está adaptando mejor ahora que lo he puesto a trabajar de nuevo.

—Dile que se dé más prisa.

No dices nada en respuesta.

No lejos de mi entoldado están los dos hombres egipcios con los que compartimos casa y también están trabajando sacando los objetos más pesados, y los oigo reír.

¿Se ríen de mí?

Empiezo a encontrarme mal.

—Nos vamos mañana por la noche —te dice el hombre gordo, y yo te oigo boquear.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Tan pronto? Todavía queda mucho por sacar de la tumba.

—Extraed lo más valioso y metedlo en las cajas. Mañana por la noche nos iremos de aquí.

—¿Por qué tan pronto? —preguntas, y percibo el enfado en tu voz.

—Es por Fareed y sus malditos nacionalistas. Anoche volvieron a dar problemas. Tenemos que movernos más rápido y salir de aquí antes de que nos encuentren.

—¿Está el transporte listo?

—Claro que sí. Estamos todos esperándoos a ti y a ese hermano tuyo. Mira, te he traído un par de manos extra. —Levantó la voz—. Malak, ven aquí.

—Sí, señor bey, voy ya.

La voz joven se acerca y yo me siento en la arena cubriéndome la cara con las manos para cerrarles el paso a todos.

—Buenos días. Una mañana preciosa, señor Timothy, señor, muy encantado de ayudar de mucha mucha forma, sí.

Gruñes como lo haces cuando estás enfadado.

—Un poco joven, ¿no?

—No, señor Timothy, no, yo muy fuerte.

—Coge una pala de ese montón, Malak.

—Inmediatamente, señor, sí.

Después de una pausa, preguntas con un tono de voz más bajo:

—¿Qué bien me hará este chico?

—Tú ponlo a trabajar, por amor de Dios, Timothy. Tú y tu retrasado nunca estáis satisfechos. Vacíad la tumba rápidamente y asegúrate de controlarlo, joder.

Oigo una fuerte ráfaga de aire, como el viento invernal, pero sé que ha salido de tu boca.

—Georgie no es un perro ni tampoco un niño, ni mucho menos un retrasado. ¡Es mi hermano! —le gritas las últimas tres palabras y yo me envuelvo la cabeza con papel.

Observo al chico subir con facilidad las colinas, incluso las partes escarpadas, con un

palo de madera sobre los hombros. Es demasiado grande para él, pero lo hace sin esfuerzo aparente. Es mucho más de lo que yo puedo hacer; yo necesito tu ayuda incluso para subir las colinas. Me alegro cuando las sombras de color púrpura lo engullen.

—No lo mires así, Georgie, es solo un niño.

Estás conmigo en mi entoldado.

—Que no lo mire ¿cómo?

—Como si quisieras matarlo.

Me giro y empiezo a envolver con cuidado un conjunto de amuletos de oro y esmalte en papel.

—¿De dónde ha salido?

—¿El chico? Ah, no sé, lo encontró el doctor Scott en Lúxor anoche. Un par de manos extra y una lengua que no haga preguntas.

—¿Por qué eligió un niño?

—Porque hace lo que le ordenas. —Echas un vistazo a las siluetas que desaparecen sobre el risco de arena en la colina baldía y sonrías—. Y porque ese chico es encantador.

Quiero que apartes la mirada de la colina.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tiene facilidad para gustarle a la gente.

Pienso en eso último mientras coloco una capa de algodón sobre el papel.

—Tú eres encantador.

—Ah —dices.

Eso es todo.

Pero te acercas a mí hasta que me doy cuenta de que me estás mirando, aunque no levanto la mirada de mi tarea. Vas contra las reglas y me pones el brazo alrededor de los hombros. Tanto tú como yo sabemos que me pone nervioso y que me puede llevar a tener un episodio, pero ambos lo dejamos pasar así.

—Gracias, Georgie.

—De nada.

—Tus maneras hoy son impecables. —Me aprietas el hombro y me cuesta mucho no rogarte que pares.

Te miro de reojo. Tienes el sol a la espalda y crea un halo de luz alrededor de tu pelo. Llevas puestos los pantalones cortos de siempre y una camiseta de manga corta. Yo siempre me visto con pantalones largos y mangas largas por mucho calor que haga porque no puedo soportar el sol abrasador en mi piel; me hace estremecerme por dentro. Quiero decirte algo, darte las gracias por decirle al hombre gordo que no soy un retrasado.

—Estoy orgulloso —digo, sin levantar la vista de la figura de plata de Anubis con su cabeza de chacal que tengo en la mano—. Estoy orgulloso de que seas mi hermano.

Apartas el brazo bruscamente. Intento que no se me note el alivio que siento al fin. Vuelvo a mirarte; tus ojos se han vuelto pequeños y tu boca tiene una forma extraña, y sacudes la cabeza de un lado a otro. No tengo ni idea de lo que significa y empiezo a sentir la amenaza del pánico. Abrazo con más fuerza a Anubis.

—Georgie —me dices con un tono de voz poco común—, ¿cómo tienes ese poder de anularme?

—Sé que no soy encantador.

Empiezas a reírte, grandes oleadas del sonido que sacuden la lona de mi entoldado, y no sé por qué, pero río contigo.

La camioneta está sucia. No me gusta. Me niego a subir. Se supone que debemos cargar las cajas en ella, pero yo me aparto y me agacho en la sombra que proyecta sobre la arena y respiro el aire fresco que produce. Me vuelvo a sentir mal.

Sé por qué. Es porque el hombre gordo no me quiere dejar solo. Me provoca con insultos y me da patadas cada vez que no lo ves, del mismo modo que lo hace un torero con un toro herido y estúpido. Tengo ganas de tirarlo a la arena y abrirle su oronda barriga con unos cuernos afilados. Quizás la bella Isis me preste los suyos.

Delante de él siempre me mantengo en silencio y aparento ser estúpido.

Tú estás junto a mí fumando un cigarrillo. No me ofreces uno, así que sé que estás molesto conmigo.

—¿No nos ayudas? —preguntas.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

No quiero discutir, pero suspiras enfadado. No hablamos. Estoy pensando en la tienda en la que tendré que dormir esta noche y en los insectos que la compartirán conmigo. Aprieto los dientes para que no se me escape ningún sonido por la boca. De repente, me agarras por el hombro y me pones de pie de un tirón tan fuerte que siento que me flaquean las rodillas.

—¡Mira! —me dices.

Miro tu mano.

—No. —Señalas un punto—. Mira el lateral de la furgoneta.

Me quedo mirándolo pero no veo más que polvo.

—Mira allí.

Me indicas un trozo polvoriento junto al guardabarros en el que se nota que alguien ha tocado. Me esfuerzo por ver qué hay: alguien ha dibujado una serpiente corta en la suciedad del vehículo. Se me abre la boca al instante y noto que emito un sonido convulsivo. Me das un golpe en las costillas y consigo cerrar la mandíbula de golpe.

—¡Calla, Georgie!

Pero estás sonriendo. Ambos sonreímos. Lo hacemos porque en los jeroglíficos

egipcios antiguos la serpiente significaba la letra J, y la J solo puede referirse a una persona: Jessie.

Monty estaba de pie en el umbral de una puerta en una calle oscura. Esperaba.

Nada.

Prestaba atención a los sonidos suaves de las pisadas.

Nada.

Los minutos iban pasando y el aire de la noche se hacía más fresco. Sin embargo, aún no oía nada, ni siquiera una cerilla encenderse o una simple tos. Nada. Quien fuera que lo estuviera siguiendo, tenía una paciencia infinita.

Monty se había movido por las calles con cautela porque había pocas lámparas que alumbraran el camino, poco más que la luz difusa de la luna, y nunca se sabe lo que puede estar esperando a la vuelta de la esquina. Se había dirigido a la ciudad hasta llegar a la plaza frente al Templo de Lúxor, donde las ruinas de las columnas con sus formas de flor de papiro se elevaban imponentes y como venidas de otro mundo en la oscuridad. El zoco cercano estaba cerrado a aquella hora, pero Monty había distinguido un bar más allá de la carretera, y la luz amarillenta que proyectaba resaltaba las ratas que corrían junto al muro.

Las cafeterías de las calles de Lúxor a las que iban los egipcios, no los cafés elegantes frecuentados por los occidentales, no tenían muy mal aspecto, pero tampoco eran de lo más atractivos. En cuanto puso el pie en una de ellas, se convirtió en el foco de atención. Rostros y ojos oscuros se centraron en él con interés y curiosidad, pero no percibió demasiada hostilidad, así que se tomó su tiempo yendo de un establecimiento a otro, pidiendo un café aquí, una *shisha* allí, hasta que la cabeza le daba vueltas. Mantuvo varias conversaciones; una, con un hombre mayor tuerto que había luchado cincuenta años atrás en la batalla de Tel el-Kebir, cuando la victoria británica liderada por el general Sir Garnet Wolseley había conseguido abrir todo Egipto a la ocupación británica.

—Algunos de ellos luchaban con faldas —le contó el hombre mayor entre risas mientras se limpiaba el ojo sano en la manga de la galabiya—. Soldados con faldas cortas, como chicas.

—Serían soldados *highlanders* —remarcó Monty.

—Uno se llevó mi ojo con su bayoneta como *souvenir*.

Monty le compró una carga de *shisha* mientras charlaban.

—Era la guerra, amigo, y en la guerra ocurren cosas desagradables.

Camaradas con la cabeza abierta, caballos ciegos gritando, hombres colgando de alambres de espino y su sangre goteando para que las ratas la devoraran. Un infierno para todos en tierra de nadie. Sí, ocurren cosas desagradables.

Con otro de los hombres discutió sobre el precio del algodón y la enfermedad de la brucelosis, que se había llevado por delante a su rebaño de cabras, mientras que otro se mostraba entusiasmado hablando sobre las películas de Mary Pickford y la

grandeza del rey Fuad. Cada cafetería le ayudaba más a comprender y cada bar le ofrecía una perspectiva más cercana de la vida en Egipto, pero nadie quería hablar con él sobre las cuevas de las colinas y todos negaban conocer a un hombre llamado Fareed que vestía de negro. Al menos eso decían.

Al entrar en el bar más cercano al zoco fue cuando lo vio en un espejo grande de la pared de enfrente, picado y vetado, pero que ofrecía una perfecta imagen de un hombre en la acera opuesta al establecimiento. Estaba vigilando la espalda de Monty fijamente y con la expresión adusta. Se pidió una cerveza e intentó volver a ver al hombre, que era una figura vestida con una galabiya blanca y una chaqueta oscura, de expresión concienzuda y movimientos felinos.

En aquella ocasión no se lo pensó dos veces. Le dio la cerveza al hombre de la puerta al que estaban cortando el pelo y salió a la calle, pasó por las tiendas cerradas del zoco y giró en la siguiente esquina. Había un pequeño establecimiento de fabricación de tiendas de campaña abierto y el propietario estaba sentado en el suelo cosiendo un toldo entre sus pies descalzos, pero un poco más allá había una entrada oscura medio oculta.

Monty entró. Cualquiera que lo fuera siguiendo tendría que pasar por la rendija de luz amarilla de la tienda de toldos, así que allí estaba, pensando y aguardando. Prestaba atención a todos los sonidos, por muy leves que fueran. Desde allí, podía oler el hedor del Nilo y oyó el resoplido contundente de un barco de vapor al maniobrar para atracar y reposar hasta que llegara una nueva carga de turistas la mañana siguiente. Sentía la necesidad de moverse, la curiosidad de sacar la cabeza y mirar al girar la esquina, pero consiguió reprimirse. Tenía los músculos en tensión y la mano colocada sobre la pierna, sosteniendo un cuchillo.

Ocurren cosas desagradables.

La galabiya blanca no fue difícil de distinguir cuando pasó por su campo de visión. Le llevó apenas un segundo salir de su sombra y colocarle la hoja del cuchillo al hombre en la garganta, quien se quedó paralizado al instante y fue astuto al no ofrecer resistencia.

Monty lo llevó hasta el umbral bajo el que había estado esperándolo.

—¿Quién eres?

—No soy nadie, señor.

—¿Por qué me estas siguiendo?

—No lo estoy siguiendo. Voy a casa. No pretendo hacerle nada, señor.

Monty dudó.

—Gírate.

Lentamente, el egipcio dio la vuelta y Monty se puso detrás para cachearlo. Era un hombre de complexión enjuta, piel oscura y unos ojos negros que transmitían calma de una manera inofensiva.

—No pretendo hacerle nada, señor —repitió.

Giró las palmas de las manos hacia arriba para mostrarle que no llevaba ninguna arma.

Monty estuvo a punto de pedirle perdón, a punto de apartar el cuchillo con una zalema respetuosa, pero en las milésimas de segundo que las palabras tardaron en viajar desde su cerebro hasta su lengua percibió el olor cálido y amaderado de la canela. Parecía emanar de las ropas del hombre, como si se dedicara a rayar la corteza de la rama cada día y el polvo se le adhiriera a la tela de su galabiya y a los poros de su piel. Al instante, se le vino a la memoria el recuerdo; por un momento, la idea le rondaba la mente recelosa de ser identificada, pero Monty sacudió la cabeza para desatarla y, de repente, le llegó con claridad.

—La tumba —dijo de modo cortante—. La tumba del rey Tutankamón. Estaba allí. Metió el reloj de pulsera en el bolso de la señorita Kenton.

Los ojos oscuros del hombre lo miraron con detenimiento y seriedad.

—Sí, eso hice. El reloj era para hacerle ver que podía confiar en mí, aunque no me arriesgué a decirle mi nombre allí.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí con el reloj del hermano de la señorita Kenton?

El hombre asintió mientras parecía que se debatía consigo mismo.

—Vamos, tomemos un té.

—Soy Ahmed Rashid. Vivo en El Cairo, aunque he viajado a Lúxor porque estoy interesado en usted y en la señorita Kenton.

En cuando se sentaron en el pequeño café de ajedrez en un callejón, donde los clientes estaban demasiado absortos en sus fervorosas partidas como para percatarse de la llegada de un desconocido, Monty se dio cuenta de que Ahmed Rashid había dejado ya a un lado su inicial forma de ser insegura y tímida. Aunque seguía siendo educado, se volvió mucho más participativo y ávido, y los ángulos de su cara parecieron afilarse. Monty tenía la horrible sensación de que la situación iba de mal en peor, y no quitó el ojo de encima a la puerta de entrada al establecimiento.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros? —preguntó Monty.

El hombre le sonrió amablemente y dio un sorbo a su té de menta, rehusando así dejarse llevar por la prisa del occidental.

Monty entonces probó con otro enfoque.

—¿Quién es usted y a qué se dedica?

En esta ocasión tuvo más éxito. Ahmed Rashid se inclinó hacia adelante en la mesa de madera para que su voz no tuviera que ser más que un susurro para que Monty lo oyera, así que también consiguió oler el aliento a menta del hombre.

—Soy un agente del Departamento de Antigüedades Egipcias. —Hizo una pausa—. Agente de policía.

Monty sintió el mundo derrumbarse bajo sus pies. Agarró con más fuerza el vasito de té, pero no reaccionó con más que un leve levantamiento de ceja.

—¿Es eso cierto, señor Rashid?

—Capitán Rashid.

—Y ¿qué hace aquí?

Rashid volvió a recostarse en el asiento sin apartar la mirada de Monty, en busca de algún tic o gesto extraño que lo delatara.

—Vamos, señor Chamford. —Monty fue consciente del error al dirigirse a él; o aquel hombre no sabía tanto como afirmaba saber o aquello había sido un insulto en toda regla—. Ambos sabemos por qué estoy aquí.

—Ilústreme.

—Estoy aquí por Timothy Kenton.

¡Por Dios bendito! Tim estaba a punto de ser arrestado y metido en la cárcel. Había estado excavando tesoros egipcios sin licencia, robando antigüedades, exportándolas de manera ilegal, viajando con pasaporte falso... La lista era horriblemente impresionante.

Monty sonrió de un modo encantador.

—Bueno, pues ya somos dos. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

Rashid empezó a negar con la cabeza. Abrió la boca para hablar justo cuando se oyó el sonido ensordecedor de un disparo en la pequeña sala que dejó un rastro rojo en la manga de la galabiya de Rashid. Monty se lanzó al suelo y tiró de su compañero egipcio, que estaba sangrando, mientras los demás gritaban y un hombre se arrodillaba rezando a Alá a gritos.

Fue entonces cuando Monty vio a los cuatro hombres alrededor de la puerta. Llevaban túnicas negras y el que iba al frente tenía una pistola en la mano. Era una semiautomática Browning muy antigua, pero Monty sabía que no por ello era menos letal. Giró la mesa y la tiró al suelo para protegerse él y Rashid. No era mucho, pero menos era nada. Tenía el cuchillo en la mano y estaba listo para salir corriendo. Si tenía que morir, lo haría luchando.

«Jessie».

Esa era la única palabra que le ocupaba la mente.

Los cuatro hombres se le acercaron. Solo a él, no a Rashid ni a nadie más del café. Agitó el cuchillo dos veces y vio sangre brotar, pero los hombres lo superaban en número y lo sacaron a rastras a la calle, y el que llevaba un palo empezó a golpearlo en la espalda. Eran golpes calculados y lo dejaron allí en el suelo, con vida.

—Abra puerta, abra puerta, por favor, señor Monty, señor bey. Rápido, por favor, sí.

Monty se estremeció. Estaba bajo la ducha recibiendo la vitalidad del agua fría sobre la espalda. Sintió escalofríos al pararse a coger una toalla y envolverla alrededor de la cintura. El puño de Malak seguía aporreando la puerta, despertando a todo el pasillo. De no haber sido por eso, Monty habría ignorado al chico y se habría quedado bajo el agua.

—Vale, tranquilo. —Abrió la puerta. Afuera, en el pasillo, Malak parecía aún más pequeño que antes y muy asustado—. Entra, chico.

—Lo hice, señor bey, lo hice, sí.

—¿Qué has hecho?

—Encontré sitio especial de muerte, grande secreto, lo hice.

Se le aturullaban las palabras en la lengua y miraba a todos lados por la habitación como temeroso de encontrar a alguien inesperado allí.

Monty se quedó de pie asombrado. Miraba al chico con incredulidad.

—¿Has encontrado la tumba?

Malak se dio un golpe fuerte en el pecho esquelético.

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Encontré a su doctor Scott, yo mucho listo.

—¿Hablaste con él?

Asintió en respuesta.

—Te dijimos que no lo hicieras porque...

—Oh, sí, pero yo mucho listo, yo ayudé a doctor Scott a cargar barco. Lo conozco por fotografía de *sita* y yo cargo mucho, mucho fuerte. —Le enseñó a Monty el bracito como prueba—. Yo dije que trabajar duro. Él rio a mí, señor bey.

Sonrió mirando a la habitación de su habitual modo encantador, pero se le veía claramente nervioso.

—¿Qué pasa, Malak? ¿Cuál es el problema?

El rostro del chico se arrugó al instante y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo voy con doctor Scott, sí bey, acampar esta noche y él mata a un hombre. Yo veo, sí, lo veo.

—Oh, Malak. —Le rodeó los hombros temblorosos al chico con el brazo—. Eres un jovencito muy valiente. Muy muy valiente como para meterte en la boca del lobo.

El niño echó la cabeza atrás y lo miró desde abajo.

—No había lobos, señor bey. El hombre disparó. —Hizo el gesto de tener una pistola en la mano—. Él enemigo, yo sé que muy malo. Doctor Scott disparó. En cabeza. Yo veo. —Le caían lágrimas por las mejillas mugrientas.

«Que no fuera Tim».

Monty abrazó a Malak hasta que el chico dejó de temblar, y después fue hasta el vaso de *whisky* que tenía junto a la cama. Sin embargo, cuando se giró para cogerlo, el niño chilló alarmantemente.

—¿Qué es lo que...? —empezó a decir Monty, y se detuvo en seco. Cogió rápidamente la camisa de la cama y, maldiciendo, se la puso rápidamente—. No es nada, Malak.

—Eso no nada, señor bey. Eso malo, sí, mucho malo.

—Olvídalo, Malak. —Se agachó en el borde de la cama y dio un buen trago al *whisky*—. Ven aquí.

Malak fue corriendo a su lado.

—Vamos a aclararlo, Malak. Fuiste al campamento de Scott.

—Sí, señor bey.

—¿Viajaste en su camioneta? ¿Anoche?

—Sí, señor bey.

—¿Con más personas?

—Dos hombres. Dos charlatanes egipcios, señor bey.

—¿Pasaste el día trabajando en el campamento?

Asintió.

—Yo cargo mucho de sitio de muerte.

—¿La tumba?

—Sí, señor bey.

Monty le alborotó el pelo al niño.

—Tú, jovencito, eres impresionante. Cuéntame, ¿había un inglés rubio allí?

—Oh, sí, oh bey. Él raro.

Monty sonrió.

—Bueno, ¿qué esperabas? Es inglés. ¿Hablaste con él?

—No, señor, no.

—Tenemos que ir a contárselo a la señorita Kenton.

No quería hacer la siguiente pregunta, pero no tuvo más opción que lanzarla.

—¿Puedes llevarnos al campamento?

Monty vio al chico dudar, vio la lucha interna entre el miedo y el orgullo en su joven rostro. No quería presionarlo, solo le dejó hacer su propia elección personal.

—Sí, bey.

Monty se puso de pie con la respiración agitada. Apenas soportaba el esfuerzo de tener que hacer funcionar los pulmones.

—Vamos a ver a la señorita Kenton.

Era la una de la madrugada.

—¿Le cuenta usted vuelve mal, sí?

—No, Malak. Definitivamente no *sí*. —Hizo el gesto de cerrarse una cremallera en la boca—. No *vuelve mal*. Solo la tumba y el inglés rubio.

El chico puso los ojos en blanco.

—Yo enseño.

—Gracias, Malak. Eres un joven muy valiente.

Jessie estaba mirando por la ventana del hotel la inmensa noche y se imaginaba a Tim ahí fuera en algún lugar, contemplando las mismas estrellas y la misma luna que ella. ¿Sabría que su hermana estaba allí? ¿Estaría sintiendo en su piel el mismo frío de la brisa nocturna del Nilo?

Se había despertado de repente no mucho después de la medianoche, sintiéndose mucho mejor. Doce horas de sueño. Monty tenía razón. Su cuerpo necesitaba descansar del todo para eliminar las toxinas. Aún le dolía la mano, pero la hinchazón del brazo se había reducido bastante, así que parecía casi normal y ya podía moverlo,

ya no estaba tieso. Seguía notando los golpes en la cabeza, pero en cuanto abrió los ojos se dio cuenta de que Monty se había marchado. Donde su mano había estado tocando la sábana, la tela ya estaba fría.

—De vuelta al mundo de los vivos, ya veo.

—¡Maisie!

Estaba sentada en una silla junto a su cama. Tenía el pelo suelto, liberado de la tensión del moño que siempre llevaba, y le caía en suaves ondulaciones a ambos lados de su rostro fino, con lo que parecía mucho más intrépida incluso que de costumbre. Iba envuelta en los pliegues de color camello de su vestido, con el paraguas al lado y los ojos somnolientos; parecía preocupada.

Al instante, Jessie se incorporó.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Me pidió que cuidara de ti y dijo que no tardaría mucho.

—¿Cuánto lleva fuera?

—Unas dos horas.

Jessie sacó las piernas de la cama.

—Y ¿dónde crees que ha ido, joven? —dijo Maisie con seriedad.

—Tengo que vestirme.

—¿Ahora? Te advierto, jovencita, que no vas a ir a ningún sitio.

Pero Jessie insistió en vestirse y beber un vaso tras otro de agua para rehidratarse. Se tomó dos pastillas y se sentó junto a la ventana. Estaba lista y a la espera.

Fue Maisie quien contestó a la puerta. Jessie pudo oír las palabras retumbar por la habitación, palabras sobre Tim y la tumba, sobre Scott y una pistola, sobre Malak recorriendo las colinas del desierto solo hora tras hora, interpretando lo mejor que sabía las estrellas para encontrar el camino de vuelta a Lúxor, sobre hablar con la Policía... Palabras que eran importantes.

Pero lo único que veía era el rostro de Monty. En los ojos de Jessie había oscuridad y, alrededor de su boca, tensión. Cuando preguntó qué pasaba, él le dedicó una risa que en realidad no lo era y dijo:

—De todo.

Algo había ocurrido en esas dos horas, algo que lo había herido y, fuera lo que fuese, le revolvía las tripas que no se lo estuviera contando directamente a ella. Se dio cuenta de que Monty tenía los nudillos desgarrados y, cuando se acercó a la puerta para coger el abrigo de su habitación y una de sus chaquetas para Malak, se movió como si tuviera los huesos atados con alambre de espino.

Lo que hubiera pasado, era malo.

Viajaron en mitad de la noche con camellos que les dio Yasser, ellos tres: Monty, Malak y Jessie. Maisie maldijo a Monty repetidamente por no dejarla que fuera con ellos, pero él no estaba dispuesto a ceder lo más mínimo.

—Es un riesgo demasiado grande —aseveró.

—El riesgo que yo asuma es elección mía y solo mía, ¡don encopetado con cerebro de camello! —le gritó Maisie.

Pero Monty ni siquiera miró atrás. Avanzaban en silencio excepto por el siseo del viento al rozar con la arena y los gruñidos de los camellos al moverse sobre sus patas almohadilladas por el suelo rocoso. Jessie llevaba la cabeza y el cuello envueltos en un gran chal, así como una túnica árabe para resguardarse del aire gélido de la noche del desierto. Le costó trabajo acomodarse al ritmo extraño y las idas y venidas del animal al caminar, pero ella no paraba de apremiarlo, sin prestar atención al cabestrillo. Fue cuando las luces de Lúxor se hubieron desvanecido tras ello y el gran mar de oscuridad del desierto se extendió a su alrededor cuando Jessie se estremeció y acercó su camello al de Monty. El chico iba delante, gorjeando alegremente y pateando el lateral del camello con los talones mientras lo guiaba bajo la luz de la luna.

—Monty —dijo Jessie pausadamente—, ¿qué ha ocurrido esta noche? Con la Policía.

Distinguía la silueta de su cabeza, abultada por el pañuelo, y la vio levantarse desde el pecho, donde había estado refugiada.

—No mucho. Un policía de paisano me interrogó sobre Tim, pero le dije que no sabía nada.

—¿Qué pasó después?

—Tuve que dejarlo solo unos minutos y, cuando volví, se había ido. No tengo ni idea de cómo me conocía.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

—Sí.

—Me estás mintiendo.

Jessie oyó un chasquido gutural de Monty.

—Es mejor así.

Ahí lo dejaron.

El desierto brillaba con las primeras luces del alba y parecía suspirar como si respirara. Madejas de neblina plateadas entraban y salían en zigzag del *uadi*, deslizándose por las suaves olas de arena y retorciéndose a su paso entre los estrechos cauces. Jessie estaba tendida boca abajo junto a Monty, sobre una loma de poca altura, observando cómo las dunas se alejaban ondeando hacia donde la arena y las rocas se desdibujaban en la oscuridad.

—El desierto engaña a la vista —murmuró.

No se fiaba de aquel lugar.

Ambos yacían inmóviles, aprovechando la calma y esperando que las tres tiendas de los bancos de arena salieran de la oscuridad. El silencio era intenso. Habían dejado a los camellos echando espuma por la boca, al cuidado de Malak, algo más de mil quinientos metros atrás, al abrigo de una abrupta pendiente que ahogaba el balbuceo de los animales. Al chico le había costado un buen paseo volver a encontrar la ubicación exacta del campamento y a ratos tuvieron que retroceder y volver sobre sus pasos en la arena para reconducir su rumbo. Pero llegaron a tiempo para ver cómo los primeros rayos de sol coloreaban el desierto de rojo sangre.

Yacían juntos, hombro con hombro, cadera con cadera, compartiendo su calor, manteniendo el uno la calidez del otro. Ella se daba cuenta de que algo lo estaba haciendo sufrir, pero sabía que se lo diría cuando estuviera preparado y, hasta entonces, enlazaría su mano con la de él, manteniéndolo a salvo. Tuvo la sensación de que Monty había cambiado. Ya no era el amable caballero inglés. Ya no rebosaba encanto y aquellas sonrisas que la desarmaban. Algo más oscuro yacía a su lado ahora; alguien que tenía sus propios tormentos y problemas privados sobre los que ella solo podía hacer conjeturas.

Pero él confiaba en ella, así como ella en él. Jessie valoraba eso; era algo de lo que jamás antes había sido capaz. Allí tendida al frío del amanecer del desierto, estaba dispuesta a arriesgar más que el pellejo con él en aquellas pendientes rocosas. Pero cuando se volvió a mirarla de un modo tan tenaz y penetrante, supo exactamente lo que venía a continuación.

—No —dijo antes de que él preguntara.

—No sabes lo que voy a decir.

—Entonces dilo.

—Por favor, Jessie, ¿te quedas aquí? Déjame bajar solo.

—La respuesta sigue siendo no.

Él emitió un sonido de desesperación entre dientes.

—No tiene sentido que nos metamos en líos los dos.

—Estoy de acuerdo, Monty, así que ¿por qué no bajo yo sola? No van a hacer mucho caso de una niña tonta que llega buscando a su hermano. Deja que...

—Olvídalo. No pienso dejar que bajas a esas tiendas tú sola, así que no gastes saliva discutiendo. —La rodeó con un brazo y la atrajo tan cerca de él que Jessie podía oler el tufo rancio de su túnica y verle el pulso en el ángulo de la mandíbula. Colocado contra las costillas, bajo la túnica, rozó el contorno de algo metálico.

—¿Una pistola? Monty, no. Si te ven con una pistola podrían...

—Shhh. Es de adorno, no para usarla. Era de mi padre.

Jessie empezó a temblar y enterró la cara en la tela húmeda del hombro de Monty.

—Muy bien, lo haremos como teníamos pensado —dijo al fin—. No te preocupes tanto.

Soltó una risilla que casi sonó real.

—Tim no les dejará hacer daño a su hermana mayor.

La neblina empezaba a disiparse y las parhileras de las tres tiendas emergieron entre ella, creando una escena incorpórea y fantasmal. En ese momento, la portezuela de una de las tiendas se abrió de una sacudida y por ella salió un egipcio alto y musculoso, rascándose la barba y escudriñando el horizonte. Jessie lo reconoció inmediatamente como el conductor de la camioneta y notó que Monty la empujaba contra las rocas. El hombre no llevaba más que una camiseta interior larga y una pistolera. Con un bostezo que se oyó hasta en lo más alto del risco, se alejó de las tiendas, orinó y luego se puso en cuclillas para defecar en la arena vigilando en todo momento las pendientes sobre él.

El campamento estaba bien situado, en una pequeña explanada al pie de un grupo de colinas de rocas esparcidas haciendo una curva hacia el norte, estéril y desolado, mientras que al oeste se extendía hacia el horizonte un mar de arena y grava que ondeaba arriba y abajo como olas abrasadas por el sol. Jessie solo podía intuir las en la luz tenue y apartó la vista de ellas enseguida. Sorprendió a Monty observándola.

—¿Sabes qué? —susurró, señalando la bóveda de estrellas suspendida sobre ellos—. En el Antiguo Egipto se creía que las estrellas eran las almas de los muertos.

Él le sonrió y negó con la cabeza.

—Las almas —siguió— aguardan en la oscuridad el regreso de Ra, dios del sol.

Acarició la mejilla de Monty deslizando los dedos por el contorno de su mandíbula.

—Eso es lo que yo he estado haciendo todos estos años: esperar en la oscuridad.

Monty la besó en la boca y ella notó el sabor amargo del desierto en sus labios. De pronto, otros dos hombres salieron de la tienda medio a oscuras, uno con una gran barriga bajo su galabiya, y los tres se lavaron enérgicamente en un barreño de agua y empezaron a rezar la oración del alba. Mirando hacia el este, las tres figuras comenzaron entre las sombras su ritual de devoción, poniéndose de pie y arrodillándose sobre sus esteras, dando con la frente en el suelo y recitando sus oraciones.

A Jessie todo aquel proceso le pareció atrayente de un modo extraño. Transmitía tanta calma que quiso gritarles, decirles «*Salaam*, miradnos, somos parte de la

creación también. No nos disparéis. Solo dejadme que hable con mi hermano. Y que la paz sea con vosotros».

Incluso abrió la boca, pero no dejó escapar un solo sonido. Allí no eran los vivos los que importaban, sino los muertos y los tesoros enterrados con ellos.

Georgie

Egipto, 1932

Hoy no es un buen día. Mal empiezas. No te estás concentrando. Rompes las yemas cuando me fríes los huevos y se juntan todas de forma que parece diarrea.

—Los huevos saben igual —dices tú—. No me ha dado tiempo de cocinar más. Cómetelos y ya está, Georgie, por favor.

Preferiría comer vómito de gato.

No entiendo tu expresión, pero noto en tu voz que algo va mal.

Normalmente tus movimientos son pausados y calmados, como queriendo compensar los míos, torpes y estúpidos, pero hoy son rápidos e impacientes. Entrás y sales de mi tienda apresuradamente, todo monosílabos y piernas largas, y afuera hay más gente corriendo de acá para allá. Oigo sus voces profundas. Siento pequeñas pompas de pánico burbujeándome en la sangre y estallando en mi cerebro. Lucho con fuerza por respirar despacio. Me quedo en mi tienda, sentado en mi silla de lona. Me gusta. Y cuento en silencio en mi cabeza. Es de la única forma que consigo bloquear tus palabras. Llego hasta dos mil ochenta y cuatro antes de que te des cuenta.

—Georgie, no me estás escuchando.

Caminas de un lado a otro en el centro de la tienda, donde el techo es más alto. Aun así, roza con tus rizos rubios. Busco las palabras correctas que decirte, pero ninguna de las frases que he aprendido parece ser apropiada y entonces recuerdo lo que me dices tú a mí.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te preocupa? —pregunto.

Te paras y me miras. Reconozco esa expresión. Es de sorpresa. Te arrodillas frente a mí y me hablas despacio.

—Perdona, Georgie. No quería asustarte.

Miras lo que llevo puesto. Una camisa, dos jerséis, una chaqueta, una bufanda y una manta. No es el frío. Cuando estoy preocupado me pongo más y más ropa encima. El peso de las prendas me calma.

—Georgie, nos vamos hoy. El hombre del que te hablé, el que quiere quitarnos las cosas de las tumbas, Fareed, está ya demasiado cerca, así que estamos embalándolo

todo y subiéndolo a unos camellos para llevarlo hasta la camioneta. Tenemos que movernos rápido.

—¿Eso es lo que te preocupa?

Te agarras las manos con fuerza. Nunca te había visto así.

—Georgie, no.

Me doy cuenta de que estoy gimiendo. Me tapo la boca con la manta.

—Necesito que me ayudes —dices con voz ahora firme y calmada—. Tengo que subir a la tumba una vez más...

—Llévame contigo.

—No, Georgie, tengo que hacerlo rápido y, además, necesito que trabajes aquí hasta que vuelva.

—No quiero que te vayas.

—Lo sé, pero no será mucho tiempo. Todavía hay unos vasos canopos y joyas que tienes que empaquetar. Yo mismo prepararé la silla de oro cuando vuelva.

—¿Eso es lo que te preocupa?

En vez de responder, te clavas los dedos en el pelo y aprietas con fuerza la base de las manos contra tus ojos. Un gruñido extraño sale de tu boca.

Quiero volver atrás. Volver de puntillas a antes de que empezara esta conversación, a antes de que pareciera que tus piezas se estaban desmoronando. No sé qué decirte. No tengo palabras. Así que me quito la manta y te la pongo sobre los hombros. Luego espero. Cuento mentalmente para no gritar. Cuando llego a ciento sesenta y nueve, te quitas las manos de la cara.

—Gracias, Georgie.

—De nada.

Sonríes, pero con la boca torcida.

—Te diré qué es lo que me preocupa —dices.

No digo nada. No quiero saberlo. Seguro que es malo.

—Lo que me preocupa es que... —Respiras hondo—. El disparo que oíste ayer era el doctor Scott matando a uno de los hombres de Fareed. Yo lo vi, Georgie, fue horrible. Una bala en la cabeza. Un asesinato a sangre fría. No tenía ni idea de que...

Te detienes. Te tiembla el labio. Por un segundo, cierras los ojos y cuando los abres, eres de nuevo tú.

—Hola —digo.

Sueltas una especie de extraña risilla y te pones de pie. Tiras la manta sobre mi catre.

—Ahora tienes que ir a ese toldo tuyo y ponerte a trabajar.

Asiento.

—Volveré pronto —dices, y te diriges hacia la portezuela de la tienda.

Cuando la levantas, te pregunto, porque sé que a veces no entiendo bien las cosas:

—¿Ahora odias al doctor Scott?

Miras la arena y la tierra de fuera y vuelves a producir ese gruñido extraño. Luego

te vas.

¿Eso es un sí? ¿O un no?

Hoy, en particular, no me gusta el cielo. Es demasiado grande y demasiado brillante. Ha desmenuzado el desierto en partículas de polvo y temo que haga lo mismo conmigo. Trabajo bajo el toldo, de espaldas a él, y llevo puesta tu chaqueta de pana incluso aunque hace calor. Me produce un placer inesperado vestir una prenda tuya.

Tu episodio de esta mañana me ha asustado, de modo que me esmero en hacerlo todo como me has dicho. Trabajo deprisa. Clasificando, envolviendo, empaquetando. Nadie se me acerca —nunca lo hacen— a pesar de que hoy hay muchos más hombres con camellos para cargar las cajas de embalaje de madera. Solo el hombre gordo, al que tú llamas doctor Scott, se queda junto al toldo y me echa un vistazo de vez en cuando. Tiene la piel muy suave y brillante; parece que la engrasara y la puliera cada mañana y que se recortara su horrible barbita con tijeras para las uñas. Yo no lo miro.

—¿Te ha contado tu hermano?

No respondo.

—Nos largamos hoy de este pozo de polvo —sigue.

Si no digo nada, se irá. Separo un precioso colgante de oro de la pulsera que va a juego, anoto una descripción y sus medidas en mi libreta y lo envuelvo en un pliego de papel.

—Podríamos dejarte aquí.

Me tiembla la mano.

—Para que te encuentre Fareed.

Casi tiro el colgante.

Se ríe.

Me vuelvo y lo miro.

—Doctor Scott, ¿por qué me odia?

—Porque eres un retrasado.

—No, no lo soy. Soy sumamente inteligente.

Vuelve a reírse y veo algo de baba saliéndole de la boca; pequeños dardos envenenados. Lleva un sombrero de jipijapa y un traje claro de lino y está sudando bajo el sol, pero no se mueve a la sombra debajo del toldo. Eso sería acercarse mucho. Para él. Y para mí. Detrás de él se extienden las rocosas pendientes de las colinas y veo que hay movimiento allí.

—Eres un retrasado —me dice Scott, y su risa gotea en la arena, dejándole una expresión que no sé descifrar pero que me hace desviar la mirada rápidamente—, por eso te tenían encerrado. No te sorprendas tanto, conozco a tu padre. Es un buen tipo y se merece un hijo mejor. Y Timothy se merece un hermano mejor.

No puedo retener las lágrimas. Caen sobre la pulsera de oro con su grabado de Hathor con el disco solar.

No puedo detener mi lengua.

—¿Se avergüenza de mí? —pregunto.

—Pues claro. ¿No te avergonzarías tú?

Asiento.

Satisfecho, se aleja.

—¡Tim!

La palabra sisea a través de la arena.

—¡Tim! Soy yo.

El desierto distorsiona los sonidos. No sé decir de qué lado viene. Agacho la cabeza, sosteniendo un anillo de oro forjado en forma de cabeza de carnero. Acaricio su exquisita ejecución para calmar el retemblar de mi pecho.

—¡Tim!

Una silueta aparece tras el brillo del sol y se mete bajo mi refugio de tela tan rápido que pego un salto hacia atrás, alarmado. Lleva una túnica egipcia gris y un pañuelo en la cabeza, pero cuando me vuelvo a mirarla, se queda paralizada, con una mano medio extendida.

—¡Tú no eres Tim!

La miro a la cara. No es un hombre, a pesar de su indumentaria. Es el rostro de finas facciones, pómulos pronunciados y ojos azules y asustados que jamás pensé que volvería a ver. Lo sé instantáneamente.

—Jessie.

Su expresión se desbloquea. Sacude la cabeza adelante y atrás. Tiene los ojos como platos.

—No —susurra—, no puedes ser tú.

Asiento. Sonrío. No puedo hablar.

—¿Georgie?

—Sí.

Se quita el pañuelo de la cabeza, como si no pudiera respirar, y se acerca a abrazarme, pero hay algo en mi cara que la hace detenerse. Tiene los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Me traje Tim.

—¿Tim?

Rompo mis propias reglas y la miro a la cara, a los ojos y a la boca, a su preciosa y recta nariz y al rizo de sus pestañas doradas, al movimiento de su gruesa melena rubia. Algo me ahoga en mi interior y me hace daño en el centro del esternón. Trato de librarme tosiendo pero no se mueve. Ella sigue hablando y no puedo oírla porque mi sangre bombea y me martillea los tímpanos. Grito su nombre.

—¡Jessie!

Ella deja de hablar. Lo entiende. Su mirada baila por toda mi cara, mi pelo y mi ropa, y de vuelta a mis ojos. Sonríe tanto que temo que su cara preciosa se agriete y

no me escondo de su escrutinio. Tenemos veinte años de miradas que recuperar.

La toco. Tiene la mano vendada.

—Georgie —susurra, y levanta los dedos tentativamente.

Dejo que me toque la cara.

Una sombra aparece en la entrada.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Es el hombre gordo. Abro la boca para decirle a Jessie que tenga cuidado, pero él le pega una pistola a la cara, la agarra del brazo y la saca a rastras a la cruda luz del sol. Yo cojo uno de los altos y antiguos vasos canopos hechos de durísimo alabastro y se lo estampo en la cabeza. La vasija se rompe en pedazos, pero su cara también.

Monty escuchó el estrépito y los ruidos. Inmediatamente, estaba en marcha. Se había quedado haciendo guardia a la sombra de la tienda más grande, sin perder de vista a los centinelas, que ahora eran cuatro y patrullaban las inmediaciones del campamento con el fusil Lee-Enfield preparado, mientras Jessie entraba en el refugio donde habían divisado a Tim trabajando.

Habían entrado al campamento arrastrando los pies, enganchándose a la cola del cortejo de camellos, camuflados en sus atuendos egipcios. Todo el mundo corría y gritaba; el campamento bullía con la frenética actividad del embalaje. Pero Monty era consciente de que solo tenían unos minutos. Eso era todo antes de que los descubrieran. Así que siguió la trayectoria de cada guardia, sin quitarles ojo de encima, mientras Jessie hablaba con Tim.

Todo dependía de lo que su hermano tuviera que decir.

Cuando el campamento dio las primeras señales de vida al alba, las patrullas los habían obligado a él y a Jessie a retirarse, adentrándose en las colinas unas horas, aunque eran las pilas de cajas de madera del centro del campamento lo que había llamado la atención de los guardias, como polillas atraídas por una llama dorada. Pero no todos acudían corriendo a los gritos.

Monty se bajó el pañuelo de la cara a medida que se apresuraba hacia la parte delantera del refugio, pero lo que vio no fue lo que esperaba. Scott se retorció en el suelo. Tenía en la cara y en las manos una máscara de sangre. Sobre él estaba el hermano de Jessie, con la cara rígida, en un rictus de sonrisa. Agarraba con fuerza en una mano la base de la vasija hecha añicos y Jessie lo miraba horrorizada.

—Podrías haberlo matado —dijo jadeando.

—Tim —dijo Monty bruscamente—, salgamos de aquí mientras...

—No soy Tim. Soy Georgie.

Monty agarró a Jessie del brazo.

—¡Vámonos! ¡Ahora!

Jessie no se movió. No le quitaba la vista de encima a su hermano.

—Jessie, tenemos que...

Pero ya era tarde. Frente a ellos apareció una fila de obreros egipcios y Monty supo que sus opciones se habían reducido a cero.

Sacó su pistola.

Georgie

Egipto, 1932

No está muerto. Eso es lo que me digo a mí mismo. El hombre gordo no está muerto. Pero su frente está salpicada de cortes profundos, tiene la nariz ensangrentada y hecha papilla y le faltan dos dientes.

Tiene suerte de estar vivo.

Pero incluso yo sé que no se debe hacer eso a nadie, destrozarle la cara. La sangre, espesa y viscosa, es lo peor. La odio incluso más que los gritos. Pero ha soltado a Jessie y la pistola. He arreglado eso, por ella. Pero está actuando raro. No anda bien, no habla bien. Ni siquiera al hombre alto que sostiene la pistola asustando hasta la médula a los egipcios. Parece una sonámbula que había en la clínica, que solo veía lo que tenía dentro de la cabeza. Aun así, no separa los ojos de mí ni un segundo y sé que estoy temblando. No quiero que me vea temblar.

—Ven aquí —dice el alto inglés bruscamente.

Se tira del pañuelo y lo estampa contra la cara del hombre gordo.

El hombre gordo emite un bramido. No sé si es dolor o rabia. No sabría decirlo, pero el hombre alto lo arrastra hasta sus pies.

—Di a tus hombres que vuelvan al trabajo cargando los camellos. No queremos seguir aquí cuando llegue Fareed.

El hombre gordo grita algo. No lo oigo. Lo único que veo es a ti. Bajas a grandes zancadas las colinas, entras en el campamento y yo grito tu nombre. Me miras con el pelo cubierto de polvo de caliza y las botas del color del desierto y entonces ves a Jessie. Cuando la miras, sonrías como el gran dios Ra y eso me perfora la garganta hasta dejarme sin habla.

Ella corre hacia ti. No como corre la gente normal. Corre como me imagino que correría una gacela, con largos brincos, salvando a saltos la distancia entre los dos.

—¡Tim!

—¡Jessie! ¿Cómo has llegado aquí? Sabía que me encontrarías. Lo sabía. Eres increíble haciendo estas cosas.

Hermano y hermana. Os lanzáis uno en los brazos del otro, abrazándoos con

fuerza.

—Oh, Tim, gracias a Dios que estás vivo. Me daba tanto miedo que...

La mandas callar con más tacto que cuando me mandas callar a mí cuando estoy enfadado. Le limpias las lágrimas de la mejilla con el dedo. No sé por qué llora. ¿Es porque el hombre gordo está herido?

—¿Dónde lo encontraste, Tim? ¿Dónde? ¿Por qué está aquí en Egipto? —pregunta a toda prisa.

—No podía correr el riesgo de dejarlo en Inglaterra. No sabía lo que podría pasar.

—No parece estar muy bien —dice, torciendo el gesto en una mueca extraña.

—Lo sé, dale tiempo. Le han hecho daño.

Sí, deben de referirse al hombre gordo. Le he hecho daño.

—Debes ser indulgente, Jessie —dices—. No lo juzgues por esto. Ahora mismo está muy alterado.

Yo también estaría alterado si me hubieran echado abajo la cara.

—Yo lo ayudaré, Tim. Todo lo que pueda. Lo ayudaré.

—Eso significaría mucho para él.

—¿Seguro? ¿Me quiere?

—Sí.

Quiero gritarle: «¿Por qué? ¿Por qué debería cuidar al hombre gordo?».

—¿Qué está pasando aquí, Tim? —pregunta, sin prestarme atención—. ¿Por qué tanto secretismo?

Apoyas la cabeza contra la de ella y hablas tan bajo que no puedo oír las palabras, pero veo cómo vuestro pelo se une en una misma malla dorada. A pesar del calor, de pronto siento frío. Estoy temblando. Cierro los ojos para bloquearte. Cuando los abro, aún la estás abrazando, pero miras por encima de su hombro al grupo de hombres, al hombre gordo cubierto de sangre y al hombre alto de la pistola.

—¿Quién eres tú? —preguntas.

—Me llamo Monty Chamford. Soy amigo de Jessie. Supongo que tú eres Timothy Kenton.

Asientes.

—¿Qué le ha pasado a Scott?

—Georgie ha sido lo que le ha pasado.

Sueltas a Jessie y me inspeccionas. Estoy en la sombra, pero sé que verás mis manos clavadas la una en la otra con fuerza por la angustia. Intento sonreírte, pero el gesto no acaba de asentarse en mi expresión y bajas las cejas llenas de polvo frunciendo el ceño.

Echo un vistazo a mi tienda. Mi manta está allí. La necesito. Doy unos pasos hacia ella.

Entonces es cuando el hombre gordo empieza a gritarte con la cara ensangrentada.

—¡Me has traicionado, Kenton! ¡Me has traicionado! ¡Y has traicionado a tu

padre!

Una y otra vez.

Mi manta. La necesito. Para aplacar el ruido.

—No metas a mi padre en esto —gritas.

—Ya sabes que está metido —dice secándose la cara con el pañuelo del hombre alto—. Él sabe lo que hacemos para recaudar dinero para la causa fascista.

—Puede que a él lo engañes, pero a mí no.

Nunca te he visto esa cara. Me asusta.

—Estás robando esos tesoros para tu propio bolsillo, tú y toda tu organización.

—Parad —digo, pero nadie me mira siquiera.

El calor es intenso. Pero no por el sol. Es la ira la que abrasa el aire que entra en mis pulmones, y me cubro la boca con una mano para que no entre.

La sangre gotea por la barbilla del hombre gordo, pero aun así te grita.

—¡Me has traicionado! ¡No tenías que contárselo a nadie! ¡A nadie! Y míralos aquí.

Señala a Jessie y al hombre alto. Es el hombre alto el que aparta a un lado a Jessie, fuera del alcance de la furia del hombre gordo. Me gusta. Es el tipo de hombre al que escucharía.

—No seas estúpido, Scott —dice—. Él no ha traicionado a nadie. Estamos aquí gracias a las conjeturas de Jessie y tú eres el que...

—¡Cállate, Chamford! Tú ayudaste a Kenton, no lo olvides, en aquella sesión de espiritismo.

Creo que el hombre gordo se ha vuelto loco. Está temblando. Más de lo que tiemblo yo. ¿Le habré destrozado el cerebro además de la cara? Entonces arremete contra uno de los guardias que tiene cerca y le quita el rifle del hombro. El ambiente cambia. Lo puedo sentir. Se vuelve espeso y vacío, como si no tuviera oxígeno. Las expresiones cambian. Los ojos se abren de par en par. Nadie respira.

—Scott, baja el arma —ordena el hombre alto mientras lo apunta con su pistola.

—No vas a dispararme, Chamford. Necesitas mi préstamo para ese mausoleo tuyo.

—Baja ese rifle o apretaré este gatillo.

Antes de que termine de hablar, el hombre gordo grita de nuevo.

—¡Me has traicionado, Kenton!

El rifle se mueve hacia ti.

—No creas que no sé que has tenido a Chamford en el bolsillo de la Policía. Lo hemos visto hablando con ellos.

Te va a matar.

Nadie se percata de mi presencia. Saco de la cinturilla el revólver que se le cayó a Scott en la arena cuando lo golpeé y aprieto el gatillo inmediatamente. La fuerza de la explosión en mis manos me da un susto de muerte y tiro la pistola, pero veo que el hombre gordo se desploma de rodillas. Por un momento, se balancea. Tiene ya tanta

sangre encima que no sé si le he dado o no.

Mis manos bailan y mi aliento escapa con un ruido débil y agudo que parece la llamada de socorro de algún pájaro. Si se levanta, me matará. Pero no se levanta. Cae hacia adelante boca abajo enterrando su nariz ensangrentada en la arena. Y entonces sé que está muerto.

Jessie y Tim se sentaron en la arena cada uno a un lado de Georgie, a la sombra de la camioneta. Bebían agua caliente e ignoraban el hecho de que su hermano estaba envuelto de la cabeza a los pies en una manta marrón oscura.

—Se me hace difícil, Jessie.

—Lo sé.

—Está mejor cuando todo está en calma.

—Entonces, ¿por qué lo trajiste a Egipto?

Tim desvió la mirada.

—Estaba preocupado. Yo tenía que venir, pero no podía dejarlo allí en la clínica.

—¿Por qué no?

—Por papá.

«Oh, papá, ¿qué le has hecho a mis hermanos?».

—¿Qué hizo?

—¿No te has dado cuenta de lo involucrado que está ahora no solo con el fascismo, sino también con la eugenesia? Él y el capitán Pitt Rivers, el antropólogo, han hecho piña con Oswald Mosley. Se alimentan los unos a los otros —dijo, negando consternado con la cabeza y esparciendo con el movimiento polvo de caliza—. Creen que la sociedad puede mejorarse mediante un control de natalidad impuesto y la selección artificial.

El bulto marrón entre ellos empezó a temblar.

—No confío en papá —dijo bajando la voz—. Solo haría falta una jeringa extra en manos del doctor Churchward. Sin preguntas.

—Por el amor de Dios, Tim. Papá no haría una cosa tan horrible.

—¿No? ¿Cuánto lo conoces en realidad?

A Jessie se le revolvió el estómago.

—No tanto como debería.

Observó detenidamente el maletín de cuero negro a los pies de Tim. Tenía las iniciales del doctor Scott en caracteres dorados.

—Me contaste que encontraste la dirección de la clínica en la caja fuerte de papá, pero ¿por qué no le habló el doctor Churchward a papá sobre tus visitas?

Tim rio de buena gana y dio un empujoncito a un escarabajo de la arena que chocó con su bota.

—Es fácil. Las primeras veces que visité a Georgie, Churchward estaba de vacaciones en Alemania, así que no tenía ni idea de que su personal me había dejado pasar. Cuando volvió, se enteró de que Georgie se estaba comportando muchísimo mejor —siguió, dando una palmadita al bulto marrón entre ellos—. Cada vez que Georgie se descontrolaba, los enfermeros lo amenazaban con cortar mis visitas, y eso lo mantenía bajo control. Así que Churchward decidió dejar que continuaran las

visitas. Sin yo saberlo, era su arma secreta. Le hice la vida más fácil a Churchward pero él sabía que papá pondría fin a todo aquello si se enteraba, así que guardó el secreto. Probablemente pensó que me rendiría enseguida.

—Pero no lo hiciste.

—No, no lo hice.

—¿Cómo fue? No debió de ser fácil para un chico tan joven.

—No lo fue.

Un camello pasó junto a ellos, levantando arena con las patas a su paso, mientras los hombres cargaban las cajas en la camioneta.

—Entonces, ¿por qué no desististe? —preguntó Jessie dulcemente.

Tim vaciló. Dirigió la mirada a las colinas y entonces ella supo que estaba pensando en Fareed, que allí fuera, en algún lugar, los estaba buscando. A su lado estaba el revólver de Scott y Jessie quiso lanzarlo tras las rocas. Había hecho demasiado daño en un solo día.

—Me sentía responsable. Si nuestros padres no me hubieran encontrado, se habrían quedado a Georgie.

Jessie negó con la cabeza.

—Eso jamás habría pasado.

—Pero además —hizo una pausa, eligiendo bien las palabras—, sentía que Georgie y yo éramos, de alguna extraña manera, la misma persona. Yo ocupé su lugar, literalmente.

Ella miró la manta.

—Y sus pijamas, lo recuerdo.

—Sí, y todo lo que era suyo. Incluso nos parecíamos físicamente. Y tú lo querías tanto... Yo quería que me quisieras como a él.

—Oh, Tim, enseguida aprendí a quererte también.

—No podía separarme de Georgie. Habría sido como separarme de mí mismo —asintió mirando la manta—. Quiero mucho a ese maldito idiota.

—Y es obvio que él te quiere a ti —dijo Jessie, sintiendo cómo algo se desgarraba en su pecho—. Me alegro muchísimo de que te haya tenido haciéndole compañía todos estos años que yo no he estado ahí. No ha estado solo. Pero ¿por qué no me lo dijiste? Podría haber...

—Él no me dejaba. No quería que lo vieras tan... dañado.

—Oh, Georgie.

Durante un momento, nadie habló. Una repentina ráfaga de viento hizo que la arena se arremolinara y les diera en la cara. Se taparon los ojos. Eso facilitó a Jessie lo que tenía que decir.

—Tim, Anippe Kalim está aquí.

Él se giró a mirarla.

—¿Anippe? ¿En Lúxor? ¿La has visto?

—Sí, he hablado con ella.

—Aquí en Egipto. No me puedo creer que venga aquí también a buscarme. ¿Ha...?

—Tim, está con Fareed. Todo el tiempo estuvo trabajando para él y su causa, sacándote información.

Por la cara de Tim, parecía que lo acabaran de abofetear. Se recompuso con una expresión fija, como si le acabaran de sonsacar algo importante.

—Ya veo —dijo.

Nada más.

—Lo siento, Tim. A lo mejor cuando sepa que en realidad no trabajas con Scott...

Tim negó con la cabeza.

—No. Ahora todo tiene sentido. Fui un estúpido al creer que tenía una oportunidad.

Su mirada barrió las colinas, como si aún esperara divisar la figura oscura de Anippe en la distancia, pero entonces sacudió la cabeza y desvió la mirada. Bajó los párpados, casi cerrando los ojos, de una forma que a ella le era familiar; significaba que tenía algo que confesar.

—¿Qué pasa, Tim?

—Hay algo más.

Ella esperó. Sentía una molesta rabia bullendo en su interior, pero no sabía exactamente por qué o hacia quién.

—Debí decírtelo hace años —dijo Tim—. Cuando encontré en la caja fuerte los documentos sobre la clínica donde retenían a Georgie, había también otros documentos.

Ella se incorporó.

—¿Qué documentos?

—Los papeles de mi adopción.

—Oh, Tim, ¿qué...?

—Y los de Georgie.

—¿Qué?

—Georgie también es adoptado.

—¡No!

—Sí —dijo mirándola fijamente—. Y los tuyos.

Jessie se echó hacia atrás y apoyó la espalda en la chapa del vehículo. Cerró los ojos. Se le cerró la garganta y se le secó la boca.

—¿Estás seguro?

—Sí, parece que somos todos parte de un experimento. Rubios, de ojos azules, bien proporcionados y supongo que con la medida correcta de cabeza para encajar en las teorías de la mejora humana y la eugenesia. Todos de diferentes familias, por si se producía algún error.

Las palabras de Tim no sonaban amargas. A Jessie le maravilló que así fuera.

—Eso explica muchas cosas, Jessie —dijo cuidadosamente—. Y si lo piensas,

demuestra que papá ha sido generoso al cuidar de Georgie todos estos años.

—¿Generoso? —Se puso de pie de un salto—. Georgie es su hijo, adoptado o no. No se encierra a un hijo en una jaula —dijo con fiereza.

Pero tenía razón; aquello explicaba muchas cosas. La expresión de decepción que siempre le había visto a su padre en la cara cuando la miraba, pero que nunca había entendido. Por primera vez, se dio cuenta de que también se había casado con el mismo molde de ser humano, y se preguntó si su madre sentía el mismo peso de la decepción sobre ella, por no ser nunca capaz de cumplir las expectativas.

Todos adoptados.

Aquello cambió algo fundamental dentro de ella y cuando miró a Tim, agachado de una forma tan protectora junto al bulto marrón que era Georgie en la arena, sintió que la conexión entre ella y sus hermanos se hacía más profunda hasta convertirse en algo distinto, algo más vinculante. Como si sus raíces se hubieran acoplado. De pronto los comprendía mejor. Sintió que las debilidades de ellos eran las suyas propias y sus virtudes, las de ella. En el futuro, tendría más cuidado al emitir juicios cuando...

«¿En el futuro? ¿Qué futuro?».

—Tim —dijo con urgencia—, ¿qué pasa conmigo? He estado haciendo las preguntas equivocadas. Debería estar machacándote por este campamento tuyo. Tú, de entre todas las personas del mundo, saqueando la historia de Egipto... —Su voz se elevó en el aire en calma—. Jamás habría esperado de ti algo así. Por eso he venido, para sacarte de líos porque creía en ti. ¿Y qué me encuentro? Que has estado organizando todo el plan con el doctor Scott.

—Jessie, yo...

—Tim, eres un desgraciado, un criminal.

La manta voló por la arena cuando Georgie se puso en pie, sacudiendo las extremidades en todas direcciones. Su boca se contorsionaba alarmantemente.

—¡No es un criminal! —gritó.

A Tim le produjo una gran satisfacción esta salida en su defensa. Jessie se lo vio en la cara.

—¡Díselo, Georgie!

Georgie se acercó a ella balanceándose.

—Tim no es un criminal porque no está cometiendo ningún crimen.

—Mira eso —dijo ella, gesticulando enfadada hacia las cajas.

—No, no, no. Está trabajando con la Policía.

—Eso es, pequeño Georgie —dijo Tim entre dientes—. Grítalo fuerte, ¿por qué no? Que se entere todo el mundo.

Georgie

Egipto, 1932

Soy un asesino.

Observo al hombre alto —al que Jessie llama Monty— enterrar el cuerpo sin vida bajo la arena. Manos grandes que sostienen una pala grande. Es carne muerta; nada más. Ya no es el hombre gordo. Su *ba*, su alma, ha volado al inframundo de Osiris y cuando miro la carne que ha dejado atrás, no siento nada. Pero duele por dentro. Creo que su *ba* ha desgarrado la mía arrancándomela del pecho. ¿Es eso lo que ocurre cuando matas a una persona? Matas también una parte de ti y ya nunca puede volver a la vida. Ando de aquí para allá envuelto en mi manta para tratar de retener mi *ba* en mi interior, pero me temo que es demasiado tarde.

Tú me metes prisa. Te mueves deprisa. Hablas muy alto.

Hablas con los egipcios, pero yo intento no escuchar porque no quiero saber que les ofreces el doble de dinero o que han visto a uno de los hombres de Fareed. No sé dónde y no me importa. Pero a ti sí. Te importa tanto que se te olvida quién soy. Me quitas de en medio con la misma impaciencia con la que te quitas de en medio a una mosca que te molesta, y es Jessie quien me dice que ahora eres el jefe y que tienes mucho que hacer.

Oigo al conductor decirle al hombre alto que Fareed matará al señor Tim rápidamente como lo encuentre.

De pronto, yo también tengo prisa. Corro de un lado para otro echando todo lo que puedo en la parte de atrás de la camioneta hasta que me dices que pare. Tiras mis cosas otra vez a la arena. Es Jessie la que se queda. No me deja solo ni me grita. Está tranquila y calmada y recoge mi manta cuando se me cae.

—No te enfades con Tim —dice, con la voz suave que recuerdo de cuando solíamos escondernos debajo de la cama—. Tiene muchas cosas en la cabeza.

No me tiene a mí en la cabeza.

Es Jessie la que me hace un rincón seguro en la parte de atrás del vehículo cuando ya están todas las cajas atadas, y es ella la que se sienta conmigo a oscuras cuando cierran las puertas. Justo antes de que se cierren completamente, veo el desierto

reducido a una fina franja *beige* detrás de la camioneta y suspiro aliviado. Prefiero el desierto así; no más ancho que mi mano, demasiado pequeño ya para hacerme daño.

—Georgie —me dice Jessie—, yo no quería que te fueras cuando eras pequeño. Intenté encontrarte.

Pero yo no quiero hablar de eso porque el recuerdo de esa noche me revuelve los pulmones y no puedo respirar. En vez de eso, digo:

—Me gustaba Hatherley.

Ella se ríe y dice:

—A mí también.

Recuerda los peces en el estanque. No habla mucho, lo cual me gusta, y mientras esperamos a que el motor se ponga en marcha, mi mente vaga en la oscuridad por una habitación de cortinas verdes, un cuidado estante lleno de libros y un bate de críquet apoyado contra la pared. El hombre alto y tú vais a ir en la parte de delante con el conductor y el guardia y sé que llevaréis armas en el regazo, lo que me pone nervioso. Solo entonces se me ocurre que puede que Jessie vaya callada porque piensa que voy a matarla porque soy un asesino.

—Jessie —digo.

No sé qué decir a continuación. Muy tranquila, dice:

—¿Nombramos a todos los personajes de *El hombre que trepaba*?

Sonrío. Eso es fácil.

Monty estaba enfadado. Llevaba una mano sobre la pistola en su cintura mientras escudriñaba las rocosas crestas que tenían a lo lejos, frente a la camioneta. El calor y el polvo distorsionaban las formas, de modo que nada era nunca lo que creía que era y eso creaba ideas e imágenes raras en la mente.

Estaba enfadado con Jessie. No quería que viajara en la parte de atrás del vehículo y no le preocupaba solo su brazo. No le hacía gracia que estuviera encerrada allí con ese extraño hermano suyo, pero ella insistió. Monty estaba impaciente por ponerse en marcha, deseando llevársela de aquel lugar tan rápido como pudiera, pero el conductor estaba tardando una vida en llenar el agua del radiador y el sol iba quemando cada vez más. Junto a Monty iba Timothy Kenton, con sus ojos azules entrecerrados en una mirada profunda, alerta a cualquier señal de movimiento.

—Tim, ¿es seguro estar con Georgie?

—¿A qué te refieres?

—Es violento.

Tim le echó una rápida mirada considerando las palabras de Monty.

—No te preocupes. Jamás le haría daño a Jessie. La idolatra.

Monty no estaba seguro de creerlo, pero ahora no era el momento de discutir ese punto. La relación entre los tres hermanos era claramente poco convencional y compleja hasta un punto que no llegaba a entender del todo, pero su única meta era poner a Jessie a salvo.

—Nunca debiste traerlos aquí —dijo en voz baja—. No ha estado bien.

Tim saltó bruscamente, con los ojos muy abiertos.

—Son familia —dijo con fiereza—. No podía abandonar a Georgie. Claro que no estuvo bien traerlo aquí. ¿Crees que no soy consciente de eso? Ha sido duro para los dos, pero...

Hizo una larga pausa y bajó la mirada a la arena del desierto de sus botas.

—Está conmigo —continuó en voz muy baja—. Y está vivo. Fue lo mejor que pude darle, no tuve otra opción.

—¿Y Jessie? ¿Por qué arrastrarla hasta aquí? ¿Por qué todas las pistas?

Tim se alejó de él con paso rígido, como un perro preparándose para defender su territorio.

—Era un riesgo. Eso lo sé. Quiero a mi hermano y a mi hermana. Ponerlos en peligro es lo último que habría querido hacer, pero me quedé sin opciones. Tuve que dejarle las pistas de Sherlock. Necesitaba a Jessie y sabía que no me decepcionaría. Somos familia; es así de sencillo.

Pero debió de ver el ceño fruncido de Monty y notar su rabia porque siguió hablando rápidamente:

—Cuando Scott me pidió por primera vez que formara parte de su plan, lo

rechacé. Pero cuando lo denuncié a los directores de museos, ellos fueron los que llamaron a la Policía. Fue la Policía la que me pidió que siguiera adelante con ello. Querían descubrir la red que Scott estaba utilizando en Egipto para el transporte y la exportación ilegal de tesoros antiguos, no solo arrestar a Fareed.

—Y tú aceptaste.

Asintió.

—No podía soportar lo que Scott estaba haciendo.

—Ahí te entiendo —respondió Monty en tono grave.

—Así que seguí adelante con ello, pero Scott no confió de primeras en mi cambio de opinión. Me drogó la bebida en la sesión de espiritismo para asegurarse de que cumplía e insistió en que saliera del país rápidamente sin ponerme en contacto con nadie en absoluto.

—Salvo Georgie.

—Georgie fue mi única condición.

—¿Cómo te las apañaste para traerlo aquí?

—Aquel viernes por la noche, después de la sesión de espiritismo, no estaba en condiciones de viajar, así que Scott me tuvo bajo vigilancia, pero al día siguiente ordenó a sus hombres que me llevaran a sacar a Georgie de la clínica. Después, partimos hacia Egipto. El viaje fue una pesadilla para el pobre Georgie.

Negó con la cabeza recordándolo y dijo de nuevo:

—No podía abandonarlo.

A Monty le conmovió la intensidad de su afirmación: *Somos familia. Es así de sencillo*. Una parte de él comenzó a comprenderlo todo y reconoció en la pasión por Egipto de aquel joven las mismas sensaciones que Chamford despertaba en él.

—Pero ¿por qué las pistas? —volvió a preguntar, más cordialmente esta vez.

—No confiaba en Scott y no sabía hasta qué punto podía confiar en la Policía egipcia, así que Jessie era mi salvavidas. No había nadie más que fuera a venir a sacarnos a Georgie y a mí de problemas si las cosas se ponían feas con Scott. Yo sabía que ella vendría a buscarnos.

Mi salvavidas.

Tim se volvió a mirar a Monty con expresión tensa.

—Por eso le hablé a Scott de McPherson, Hatherley, Hosmer y Phelps cuando me desperté y me encontré en su casa el sábado por la mañana. Fingí que tenía que informarles de que me iba. Le di mucho bombo para que no se le olvidaran los nombres enseguida.

—Scott nos dijo que los mencionaste en la sesión de espiritismo.

—Bueno, pues Scott mentía. No podía decirte la verdad, ¿cierto? Pero sabía que cuando Jessie lo localizara, él mismo estaría deseando saber a quiénes pertenecían aquellos cuatro nombres y le preguntaría. Entonces ella los relacionaría y descubriría la pista.

—Todo ficticio y calculado.

—Sí, pero él no estaba al tanto ni lo descubriría por sí mismo, y fue eso lo que a Jessie le dio la pista hasta el Nilo.

Eran listos estos dos.

Monty oyó el portazo del capó detrás y dijo rápidamente:

—El policía egipcio, Ahmed Rashid, se puso en contacto conmigo y me preguntó si tenía alguna idea sobre dónde podrías estar. Sin embargo, afirmó que no lo sabía.

Tim se encogió de hombros.

—No me sorprende. Ahora tengo el maletín de Scott con todos sus contactos. Solo espero que el capitán Rashid haya puesto a sus hombres en posición cuando lleve este lote río abajo a...

Una bala se estrelló en el parabrisas de la camioneta.

El ataque llegó como de ninguna parte. Las balas caían como escupidas sobre la arena y rebotaban en las piedras, que emitían quejidos agudos. Los obreros corrían a ponerse a cubierto, pero no había refugio alguno. Se agacharon detrás de los camellos. Monty arrastró a Tim detrás del vehículo, con el corazón golpeando con fuerza sus costillas cuando se echaron boca abajo refugiados tras los neumáticos. Pistola en mano, buscó a los atacantes.

Un fogonazo negro. Apuntó con precisión. Apretó el gatillo y escuchó un grito. Tras él, Tim disparaba aleatoriamente con la pistola de Scott, malgastando las balas. En ese momento, Monty supo que a Tim no le habían disparado nunca antes. Moviéndose rápidamente sobre los codos y el estómago, Monty se dio la vuelta sobre la espalda, dispuesto a pegarle un tiro a cualquiera que intentara abrir las puertas traseras.

—¡No malgastes las balas! —le gritó.

El salvaje tiroteo se calmó, pero el repentino silencio fue peor. Era como el silencio de las tumbas, un silencio que minaba las fuerzas y se filtraba en los ojos y en los oídos, entorpeciendo al cerebro. Escudriñó el horizonte gris, tanto como le alcanzaba la vista desde el suelo, y esperó.

Un ruido agudo y fantasmagórico se elevó rompiendo el silencio. Le paralizó el aliento y le puso la piel de gallina. Fue como si el desierto mismo se hubiera abierto en una grieta y estuviera gritando. Pero Tim, que se había mostrado aterrorizado por las balas, no manifestó sorpresa ante esto.

—¡Georgie! —bramó—. ¡Georgie, deja de hacer ese ruido!

«Georgie».

¿Aquel ruido venía de Georgie? Ni siquiera sonaba humano. Monty alzó la mirada hacia la camioneta y pensó en Jessie allí arriba a oscuras inmersa en el ruido infernal. Golpeó con el puño la parte de abajo para que ella supiera que estaba ahí.

—¡Timothy Kenton!

La voz retumbó sombríamente por la arena. Tim miró a Monty.

—Fareed.

—¿Eres tú, Fareed? —gritó.

—Sí.

Otra bala surcó el aire y Monty avistó a uno de los guardias barbudos. Se encontraba acurrucado tras un camello que estaba de rodillas y disparaba con su rifle a una cascada de rocas que había a la derecha del vehículo, pero al sonido del repentino disparo, los gemidos sobrenaturales se intensificaron, haciéndose aún más penetrantes.

—Timothy Kenton.

La voz de Fareed tenía que luchar contra la de Georgie.

—Scott y tú y los tesoros de Egipto sois lo único que quiero. El resto puede salir indemne. No quiero hacer daño a mi propia gente.

Monty oyó a Tim tomar aire bruscamente.

—No, Tim, espera.

Pero Tim ya estaba avanzando hacia adelante.

—¡Fareed! —gritó Monty—. Scott está muerto.

—¿Cómo?

—De un disparo. De uno de vosotros.

Durante un largo lapso de tiempo, no hubo ningún sonido salvo el de los gritos de Georgie y el del viento levantando aire caliente y una capa de polvo sobre ellos.

—Timothy Kenton, deja que te vea.

—Tim, no.

Antes de que pudiera terminar de hablar, Tim estaba rodando para salir de debajo de la camioneta. Se puso de pie bajo el sol abrasador, con el pelo brillante como el oro, y Monty apuntó hacia las rocas de donde parecía venir la voz de Fareed. Espiró despacio y sujetó el dedo sobre el gatillo, tenso. Esperó.

—Dile a tu amigo de debajo de la camioneta que tire el arma, y al tonto del rifle.

Tim se volvió pero no vio a Monty debajo.

—Monty —dijo—, estarás bien, solo me quiere a mí. Por favor, tira la pistola. Es la única posibilidad que tienen los demás.

—¿Cuánto vale su palabra?

—Monty, no tenemos opción.

Monty sintió ácido quemándole la garganta. De cualquier forma, Jessie perdía, porque de cualquier forma Tim iba a morir. Arrastró el aire polvoriento hasta sus pulmones y, maldiciendo, lanzó afuera su pistola. Cayó a la arena a tres metros con un golpe suave e, inmediatamente, el guardia hizo lo mismo con su rifle. Solo entonces se levantó Fareed, seguido de diez figuras ataviadas con túnicas negras, todas portando rifles.

Tim avanzó con la espalda erguida y la cabeza ridículamente levantada, y solo Monty vio cómo le temblaban las manos a ambos lados del cuerpo. Monty cerró los ojos un buen rato, con el llanto fantasmagórico aún golpeando sus oídos. Entonces se deslizó para salir de debajo del vehículo y se colocó junto a las puertas traseras. Se cruzó de brazos y observó cómo Fareed se acercaba a Tim ataviado con su túnica

negra. El egipcio escupió en el suelo delante de los pies de Tim.

—Te dedicas a saquear los tesoros de mi país —dijo.

La pasión con que le ardían sus ojos negros arrebató a Monty toda esperanza de poder razonar con él. O de sobornarlo. O de negociar con él. Aquel era un hombre que sabía lo que quería y solo un milagro del cielo lo haría desistir de conseguirlo. Y lo que quería era la cabeza de Tim en una bandeja.

—No estoy robando a tu país, Fareed —dijo Tim en tono solemne—. Trabajo con vuestra policía para atrapar a la gente como Scott y su organización de cómplices, así que...

Fareed aulló una orden en egipcio y luego la tradujo.

—¡De rodillas!

Tim se arrodilló en la arena empedrada.

—Mientes —dijo Fareed—. Tienes la boca llena de mentiras que esperas que me crea porque piensas que eres el educado caballero inglés y yo, el egipcio ignorante.

—No, Fareed —dijo Monty acercándose, hasta que Fareed subió el rifle—. Suficientemente cerca.

—El señor Kenton te está diciendo la verdad. Trabaja con la Policía. No pongas en peligro la investigación. Hay cientos de tumbas en aquellas colinas esperando a ser descubiertas, y necesitas la colaboración de...

Fareed disparó a la arena.

—No necesito ninguna colaboración de ningún inglés.

Su tono era amargo e irritado.

El disparo elevó los gritos de Georgie. Sin mirar siquiera a Fareed, Monty fue a abrir las puertas traseras de la camioneta. El ruido y el calor salieron de allí con tal fuerza que por un momento tuvo que retroceder, pero cuando observó la expresión de Jessie, sentada rígida en el suelo del vehículo con la cabeza de Georgie envuelta en una manta dando alaridos, agarró a Georgie y lo sacó de allí. Luego rodeó a Jessie con los brazos y la llevó a su lado. Olió su sudor y sintió la tensión en sus músculos.

—Tranquila —le dijo consolándola mientras ella pestañeaba, cegada por el repentino resplandor del sol.

Inmediatamente, vio a Tim de rodillas. Miró el rifle, pero no se movió. Solo un leve gemido se le escapó entre los labios. Georgie se había agachado en la arena, gimiendo más suave ahora y meciéndose adelante y atrás. Jessie le recolocó dulcemente la manta, cubriéndole la cabeza y la cara.

—¿Qué es eso? —exigió Fareed.

—Es mi hermano —respondió Tim; las lágrimas le caían ya por la cara.

—Es un monstruo.

Fareed alzó su rifle y, en ese mismo momento, una voz de tono alegre sonó detrás de él.

—Hola, caballeros. Supongo que no estarán pensando en disparar a ese pobre chico.

Fareed se dio la vuelta. Monty se quedó con la boca abierta y Georgie se quitó la manta.

Era Maisie. Venía de las colinas dando zancadas con su sombrilla en alto y la pequeña figura de Malak detrás, caminando torpemente mientras tiraba de un camello. Llevaba su pabela con la brillante peonía roja; cualquiera diría que estaba recreándose por el paseo de Corniche el-Nil, solo que a pasos largos y enérgicos, salvando la distancia entre la pendiente pedregosa y las figuras oscuras a una velocidad inusitada para todos.

—Bueno, ¿qué diablos está pasando aquí? —preguntó con sonrisa firme.

Al percatarse de la presencia del rifle cargado en manos de Fareed, bajó la sombrilla y modificó la dirección de la mirada de Tim de rodillas a Monty, a unos diez pasos de este.

—Maisie —la llamó Jessie con tono tenso—, no te metas en esto.

Maisie asintió, pero se quedó exactamente donde estaba.

—¿Pretendes matarlo? —preguntó fríamente.

—Sí.

Georgie

Egipto, 1932

—¿Pretendes matarlo? —pregunta.

—Sí —responde él.

Vuelves la cabeza para mirarme. A mí. Tus ojos son inmensos mares azules de emoción y me ahogo en ellos porque por una vez comprendo tu expresión. Es pena. Lo sientes mucho.

Lo siento.

—¡Tim! —grito tu nombre y corro a toda velocidad hacia ti.

Muesca, estallido, chasquido.

Las balas me pasan silbando por el lado y golpean la arena, levantando diminutos tornados a mis pies, pero yo no me detengo. Mis extremidades se sacuden y saltan, tirando de mí en todas direcciones porque no las puedo controlar, igual que una mosca zumba en un parabrisas, pero consigo llegar hasta ti.

—No te mueras. No te mueras. No te mueras —grito.

Pero el rifle se eleva y su ojo, negro y fétido, te apunta a la cabeza, y sé que tengo que morir contigo.

Grito tu nombre.

El dedo se acerca al gatillo, pero entonces, el hombre de negro tose débilmente y, del centro del pecho, emerge la punta de un sable largo y fino, y yo grito de nuevo porque ¿cómo puede salirle metal a un hombre del pecho?

Vuelve a toser e impregna el aire de sangre. Se tambalea y cae al suelo dejando escapar el aliento con un silbido débil que sé bien que es la voz de la muerte. Detrás de él está la mujer alta de cara de galgo, que sostiene en la mano la empuñadura de un sable largo y fino. Está clavado en la espalda del hombre. Ella se aparta y vomita algo marrón y repugnante en la arena. Yo agarro el puño de la espada y tiro de él, pero está aferrado al cadáver, incapaz de soltarse, hasta que tiro fuerte y sale de golpe produciendo un sonido húmedo, como un borbotón. La paso por la túnica negra del hombre hasta que se limpia y se la ofrezco a la mujer. Entonces es cuando me doy cuenta de que todo el mundo está mirándome. Empiezo a temblar.

—Gracias, joven —dice la mujer introduciendo de nuevo el sable en el mango de su sombrilla.

El arma me tiene impresionado.

Solo entonces te miro.

Se van. Cogen a su difunto líder y se van. El revuelo de los hombres de las túnicas negras se va y el desierto parece vacío cuando se marchan, aunque aún está lleno de arena. No entiendo por qué se van. No nos tocan, ni tocan el tesoro de la camioneta.

Te pregunto.

Me dices que no han querido tocarnos porque creen que este lugar está maldito.

¿Por qué?

Me sonríes y dices que es por mí. Creen que yo soy la maldición.

¿Por qué yo?

Me tocas un hombro y dices que es porque soy diferente, porque soy especial. Me das las gracias. Hay cosas sobre las que quiero hablarte, sobre el dolor en mi corazón cuando te vi arrodillado en la arena, sobre cómo te parecías al dios Ra a la luz del sol, sobre el hecho de que si ibas a morir, yo quería morir contigo. Pero no me salen las palabras, solo un lamento horrible como el que emiten los bueyes en los pastos porque son demasiado estúpidos como para hacer nada mejor.

—Lo sé, Georgie —dices—. Lo sé.

Me das un beso en la mejilla. Luego te acercas y le das otro a Jessie. Auténticos hermanos.

Tengo familia.

—Espera, no puedes irte corriendo.

—Sí que puedo, Tim.

—Maisie, te debo la vida.

—Has dicho gracias; con eso basta.

Maisie se ajustó la pámela, desplegó la sombrilla y, con un pequeño movimiento de hombros, volvió hacia Malak, que esperaba pacientemente agarrando al camello. Jessie no podía dejarla marchar. Se acercó y caminó con ella acomodándose a su paso, y la agarró de la huesuda cintura.

—No es justo para él, Maisie.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa?

—En cualquier caso, eso se lo debes.

Maisie se detuvo con brusquedad y miró a Jessie fijamente bajo su sombrilla.

—¿Qué quieres decir?

—Maisie —dijo Jessie discretamente—, no soy tonta.

Maisie dejó escapar un sollozo áspero y negó con la cabeza. Se volvió a mirar la camioneta y al pequeño grupo recogido en la sombra. En algún punto entre ella y el vehículo, la figura de Tim permanecía inmóvil, sin sombrero, bajo el sol abrasador, mirándola.

—Míralo —murmuró Maisie—. Mira lo que ha conseguido. No me necesita ahí, metiendo las narices.

—Demasiado tarde.

Jessie la guio de vuelta pendiente abajo, consciente de que su amiga iba aminorando la marcha según avanzaban por la arena.

—Cuéntaselo, Maisie, dile la verdad —la urgió Jessie.

Los demás estaban a la sombra, apoyados contra un lado de la camioneta, bebiendo agua que ya estaba caliente. Solo Georgie se había sentado en el suelo.

Maisie se encendió uno de sus apestosos cigarros y miró a Tim de forma extraña.

—Tu hermana es una buena pieza. Ha adivinado mi secreto y no me deja guardarlo.

Tim sonrió, pero estaba lógicamente desconcertado y esperando algo más.

—Así que aquí lo tienes, de golpe. Soy tu madre, Tim. Tu madre biológica, claro. —Sus mejillas se tornaron carmesí—. Bueno, ya está. He dicho lo que tenía que decir y ahora me voy...

—¿Mi madre?

—Así es, Tim.

Jessie vio que su hermano tenía una lucha interna con la inesperada noticia, así que le dijo suavemente:

—Por eso está aquí.

Tim miró a la mujer alta y larguirucha que tenía delante, sin más parecido evidente con él que, quizás, la altura. Fue hacia ella de pronto y la estrechó entre sus brazos.

—Timothy —murmuró Maisie acariciando sus rizos.

»No te he seguido la pista por todo Egipto por el bien de mi salud, ya sabes. Tuve a Tim con dieciséis años. Era una ignorante ladrona, lo que se suele llamar una *buscavidas*. Vivía de mi ingenio en el East End de Londres y era la pequeña de diez niños.

Miró a Tim con lo que intentó que pareciera un poco de interés, pero ni se acercó a conseguir esa impresión.

—Supongo que querrás saber quién era tu padre. Bueno, era un viajante no muy bueno, con los ojos de un ángel y encanto de sobra como para hundir un acorazado —dijo, sonriendo al recordarlo—. En fin, la historia de siempre: antes de darme cuenta tenía un bombo y me obligaron a dejar al niño en un orfanato cuando nació. Pero te puse nombre.

Extendió la mano y la apoyó sobre el fuerte pecho de su hijo.

—Timothy. Así te llamé. Al principio te visitaba regularmente y puntual como un reloj, pero luego me lo impidieron. Decían que era malo para ti. Fui una maldita estúpida por creerlos.

Dejó escapar un suspiro y miró a los allí presentes.

—¿Nadie puede conseguirme un trago por aquí?

Para sorpresa de todos, fue Georgie quien contestó entre dientes desde el suelo, sin levantar la mirada.

—Hay una botella de *whisky* escocés en la parte de atrás de la camioneta.

Todos le dieron un buen trago al licor, pero Maisie se quedó la botella en la mano y continuó con su historia.

—Más tarde, conocí a Alf y nos casamos. Él era un manitas, albañil. Era de los buenos, y me enderezó. Me hizo volver al orfanato a por ti, pero te habían entregado a una familia de Kent.

Se encogió de hombros con tristeza.

—Fuimos a verte, pero la casa era jodidamente elegante... Ellos podían darte lo que nosotros jamás habríamos podido.

Tim la cogió de las manos.

—Debiste entrar a verme.

—Oh, no seas bobo. A tu nueva mamá no le habría gustado, eso seguro. Pero, salvo los sábados por la noche, que Alf y yo bajábamos a bailar al Palais, te seguía a todas partes. Tengo las pruebas en mi vieja cámara Brownie. Te he visto crecer desde que eras un chavalillo desaliñado hasta convertirte en un auténtico e inteligente caballero inglés. La verdad es que estoy realmente orgullosa de ti.

Jessie notó que se le saltaban las lágrimas, pero sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Cómo sabías que estaba en Egipto?

Maisie se animó, agradeciendo poder hablar de otra cosa.

—Eso fue pan comido. Cuando desapareció, me puse como loca, así que me colé en tu casa varias veces, cariño, y encontré los billetes para Egipto. Tim es arqueólogo, así que solo tuve que sumar dos más dos.

Jessie sonrió ampliamente.

—Inteligente.

—No tenía una casa muy bien puesta, pero siempre lo tuve todo aquí —dijo Maisie, dándose un toquecito en un lado de la cabeza—. Tras la muerte de mi Alf, me hice cargo del negocio y ahora soy la dueña de la segunda empresa de enladrillado más grande de Inglaterra. No está mal para una buscavidas, ¿eh?

Dio un trago de la botella de *whisky* a morro.

—Y ahora, ¿qué tal si mi hijo y yo nos sentamos delante y ponemos este cacharro en marcha?

Georgie se levantó de un salto, tropezándose, y miró a Maisie a los ojos.

—¿Eso te convierte en mi madre también?

Mientras revisaban a los obreros por si alguno se había hecho daño y Tim les pagaba con la cartera de Scott el doble de sus salarios, Jessie le dio otro trago a la botella y se la pasó a Monty. Impregnado en el viento cálido, captó el aroma de su piel, y este despertó algo en ella por lo que se acercó y le posó la mano sobre el pecho.

—Dime —le dijo suavemente.

—¿Decirte qué?

—Dime qué pasará ahora que Scott está muerto.

—¿Quieres decir qué pasará con Tim?

Le pellizcó la barbilla con el índice y el pulgar.

—Sabes que me refiero a Chamford Estate.

—Ah.

—Exacto.

Podía sentir los fuertes latidos de su corazón y notó cómo se acompasaban con los suyos. Le besó el pelo dulcemente.

—Sabes a arena —murmuró.

—No cambies de tema.

—¿Qué era...?

—Chamford Estate. ¿Qué pasará?

Monty suspiró; su aliento olía a *whisky*.

—Para ser sincero, no lo sé. Los abogados de Scott podrían exigir el pago inmediato del préstamo.

—¿Que significa...?

—Que significa que perdería Chamford. No, no pongas esa cara, porque podrían extender el préstamo, o podría encontrar un nuevo inversor o...

—¿O qué?

—Podría vender algunas propiedades e intentar pagar su mantenimiento de un modo más eficiente... por mucho que el abuelo Mountjoy Chamford se revuelva en su carísima tumba.

Jessie inclinó hacia atrás la cabeza para mirarlo.

—¿Es el señor Montague con quién hablo o un impostor?

Él se rió.

—Me has hecho pensar, eso es todo. Tal vez es hora de adentrarse en el siglo XXI.

—Bueno, estamos en 1932.

—Mmm... Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Nos?

—Sí, a ti y a mí.

—Vale, podemos intentarlo.

Pero Jessie sabía que ya no estaban hablando de Chamford Estate y apoyó su mejilla contra la de él.

—Una cosa —dijo ella en voz baja.

Notó las manos de Monty aferrarse a su espalda, como si pensara que iba a salir huyendo.

—La sesión de espiritismo —dijo.

Jessie esperó.

—No me di cuenta de lo que estaba pasando —contestó, bajando el tono—. Yo no sabía que Scott había puesto droga en el vino de Tim antes de que llegara *Madame Anastasia*. Sí, ayudé a llevarlo hasta el coche, pero solo porque pensé que estaba enfermo y que necesitaba asistencia médica. Luego Scott me dijo que lo habían tratado en un hospital y que se había recuperado.

—¿Y lo creíste?

Hizo una pausa muy larga antes de volver a hablar y ella se dio cuenta de que las sombras de las rocas se habían empezado a alargar.

—Realmente no.

—¿Y por qué me mentiste?

—Porque fui poco prudente. Porque ansiaba poseer Chamford Estate. Porque Scott me prometió que si lo hacía, me daría tres meses más para pagar la última cuota de mi préstamo.

Echó hacia atrás la cabeza para mirarla.

—Porque fui un idiota, Jessie, lo siento.

—Lo sé —susurró ella, y besó el pulso de su cuello.

Georgie

Egipto, 1932

Oigo cosas. La gente cree que, como no hablo, no oigo. Pero se equivocan.

En Egipto he aprendido el valor del dinero.

Oigo la felicidad de Malak cuando le pagan Monty y la mujer que es tu madre. Chilla como un cerdo. Yo creo que le están haciendo daño, pero tú me dices que es alegría porque ahora puede pagarse unos estudios. Me cuentas eso y yo chillo como un cerdo para demostrarte que soy feliz.

Estoy a oscuras. En la camioneta. Mi hermana está sentada junto a mí pero no me roza. Oigo su respiración.

Quiero darte las gracias.

Quiero darle las gracias a tu madre.

Hay una masa gigante y cálida en mi pecho, como cuando paso demasiado tiempo con las mazas, pero esta vez no se me pasa. Me abrazo con fuerza para mantenerlo en mi interior. ¿Es esto la felicidad? ¿Esto es lo que tiene también Malak en su pecho?

Voy a vivir con tu madre.

Se me saltan las lágrimas cuando digo estas palabras mentalmente. Tú también vivirás allí y Jessie vendrá muy a menudo. Me tapo la boca con la manta para ahogar mis chillidos.

Oigo otras cosas. Oigo a Jessie y al hombre alto hablar de dinero. Yo no quiero dinero; quiero felicidad. Deslizo la mano en mi bolsillo bajo la manta y toco con los dedos el collar y el colgante de oro del general del Antiguo Egipto y su anillo de oro con forma de cabeza de carnero. Incluso en la oscuridad, puedo intuir su belleza; por eso robé estas piezas.

Pero no soy ningún imbécil. Sé que tienen un gran valor. No se lo daré a Jessie aún, pero cuando lo haga, a lo mejor vuelve a quererme.

Agradecimientos

Debo dedicar un enorme agradecimiento a Catherine Burke y todos los de Little, Brown, por su brillantez y por el entusiasmo que han mostrado en este libro en cada fase; son un equipo deslumbrante. Mi particular agradecimiento también a Thalia Proctor por su ojo astuto en la corrección y edición.

A Teresa Chris, por desarrollar la labor de agente de un modo tan habilidoso; es una fuerza de la naturaleza y también mi amiga. Gracias.

Los viajes de investigación son siempre fascinantes, pero debo agradecer especialmente a Richard y Anne Sharam haber hecho de mi viaje de investigación por Egipto no solo una experiencia increíblemente valiosa, sino también inolvidablemente divertida.

Mi gratitud para Aml Demos por mostrarme su país y a Wendy Clark por ahondar en el año 1932.

Muchas gracias a Marian Churchward por descifrar mi escritura y por prestarme su nombre.

Un cálido agradecimiento a Anneli y Horst Menke por concederme su maravilloso jardín para escribir en él cuando lo necesité.

Finalmente, mi amor y mi agradecimiento a Norman por su ayuda y por apoyarme en cada paso movedizo del camino.

Preguntas de debate para grupo de lectura sobre Sombras sobre el Nilo

1. ¿Quién es su personaje favorito y por qué?
2. ¿Qué personaje le gusta menos y por qué?
3. ¿Le interesaba la egiptología antes de leer este libro y/o ha despertado el interés en la materia?
4. ¿Se imagina encontrarse en la situación de Jessie, teniendo que adaptarse a un nuevo hermano? ¿Cómo cree que reaccionaría?
5. ¿Cree que Tim hace bien en llevarse a Georgie a Egipto?
6. ¿Ha hecho este libro que quiera leer las historias de Sherlock Holmes o descubrir más sobre Conan Doyle, o ya era seguidor/a de este?
7. ¿Se resistía a creer en el romance que se iba desarrollando entre Jessie y Monty mientras este aún no era de fiar?
8. ¿Cuál es su postura sobre exponer las antigüedades en museos o, por el contrario, conservarlas en su lugar original?
9. ¿Qué fue lo que más le alivió cuando todo se solucionó en la historia?
10. ¿Le cogieron por sorpresa los giros de la historia o vio venir alguno de ellos?

Kate Furnivall habla sobre su proceso de investigación

Investigación. Esta es una palabra que hace que me dé un vuelco de emoción el corazón. Desde el primer momento en que me aposté en el largo y suntuoso camino de la investigación, todo y nada parece posible. No tengo ni idea de quién o qué me encontrará a lo largo de esta senda y, lo que es más importante, si descubriré el tipo de detalles que hagan que mi historia salte de la página.

Para *Sombras sobre el Nilo*, empecé con libros, fotografías y metraje de cine, para meterme de lleno en los años treinta. Cuando hube reunido un buen grueso de material, empecé a adentrarme en Internet. Vi en YouTube un discurso político del primer ministro Ramsay MacDonald sobre los horribles enfrentamientos de 1932 en Trafalgar Square entre la Policía y los manifestantes de la Unión contra el control de las ayudas. Esos momentos fueron de un valor incalculable para mí, por adentrarme en el ambiente de la Gran Bretaña de esa época.

No obstante, fue Egipto lo que principalmente necesitaba explorar, así como todas sus glorias históricas. Sabía exactamente por dónde quería empezar: por Howard Carter y su descubrimiento de la tumba del rey Tutankamón en 1922. Ese fue mi sendero de incursión en este mundo. Siempre que puedo me gusta utilizar las fuentes primarias para mis investigaciones y, afortunadamente, Howard Carter dejó un abundante legado, detallando sus tareas de excavación en Egipto entre los años veinte y treinta, en torno a los cuales gira mi historia. Admiro a los hombres como Mariette, Petrie, Pitt Rivers, Carter y, ahora, Hawass, que han hecho tanto a lo largo de los años para excavar y proteger la herencia. Cada uno de ellos tiene una historia fascinante que contar.

Después llegó la historia de Egipto. Estudié la interminable lista de faraones y aprendí quiénes eran los pacíficos y quiénes, los guerreros. Leí historias sobre las guerras que libraron contra los hicsos y los hititas, representadas de manera vistosa en sus templos y tumbas, y sobre la escisión entre el Alto y el Bajo Egipto. Me resultó especialmente fascinante la decisión sobrecogedora del rey Akenatón, en el siglo XIV a. C., de desarraigarse a su corte y venerar únicamente al dios Atón, obligando a adoptar el monoteísmo a una sociedad que siempre había venerado a una gran cantidad de dioses.

Hace años me maravilló la impresionante obra de Norman Mailer sobre Egipto, *Noches de la Antigüedad*, así que ahondé con un inmenso placer en las múltiples historias y mitos que rodean a sus dioses ancestrales. Volví a aprender cosas sobre Jepri, el escarabajo pelotero que empuja el sol a través del cielo, sobre Osiris e Isis, del nacer y el renacer, y sobre el largo y tortuoso viaje por el más allá. Son historias mágicas y me resultó difícil limitarlas en mi libro a poco más que pellizcos de ellas aquí y allá.

Para descubrir cómo era la vida a principios de siglo en Egipto, me hice con

autobiografías e historias de personas que vivieron allí en aquella época. Normalmente, es un pequeño detalle el que te da una idea que seguir o incluso aviva toda una escena en la mente. Siempre me ha encantado la historia, así que me dediqué a la situación política del momento con gran entusiasmo, continuando con el tira y afloja que existió durante cientos de años de cambio de manos del poder, mientras los egipcios seguían luchando por su autonomía.

Fue una extraña coincidencia que cuando comencé mi viaje a Egipto en noviembre de 2011, el país eligiera ese mismo momento para sublevarse en la plaza Tahrir, en El Cairo, donde yo estaba alojada. Por esto, lo viví de primera mano con rabia; hablé con las gentes del lugar y me quedé impresionada por su coraje y determinación para conseguir las elecciones libres, sobre todo después de todo lo que había descubierto sobre su historia reciente durante mi investigación.

No hay nada como ver un lugar con tus propios ojos, fijar en la memoria sus vistas y olores con tus propios sentidos. Los libros y las películas ni se acercan a esa sensación, así que seguí el mismo recorrido que mis personajes harían: el largo viaje en tren desde El Cairo hasta Lúxor, el paseo en camello y en falúa por el Nilo. Respiré el mismo aire seco y sentí la presencia constante del desierto a un paso de distancia. Nada me había preparado, por muchas fotografías que hubiera visto, para el impacto del interior de las tumbas reales del Valle de los Reyes. Espero haber conseguido transmitir el sentido de todo esto en *Sombras sobre el Nilo*.

¿Y Georgie?

¿Qué investigación llevé a cabo para mi querido Georgie? Hablé con personas que tratan con este tipo de problemas a diario y leí en profundidad sobre el autismo. Utilicé Internet para abrirme a este mundo y admito que me tomé ciertas libertades al retratar a Georgie y que nunca usé la palabra *autismo*, ya que en esa época no estaba al uso. Hay distintos niveles de severidad, pero en los años treinta parecía que no había mucha más opción que ocultar a los afectados en instituciones. Agradecemos que la sociedad está ahora mejor informada y con la mente más abierta al respeto, y permanecemos vigilantes a que se desarrolle más hacia la aceptación.

Lo que me encanta sobre investigar es que de vez en cuando me lleva a lugares a los que no pensaba que querría ir. Siempre me encuentro con sorpresas, y espero que el lector también lo haga.

¿Por qué Sherlock Holmes?

La decisión de incluir referencias a Sherlock Holmes en *Sombras sobre el Nilo* no fue difícil. Una vez tuve construido el argumento, supe que necesitaba un personaje que estableciera la línea de relación entre las pistas para que la hermana las siguiera, así que tenía que buscar una temática para dichas pistas que al lector le fuera conocida.

Se me vino a la mente rápidamente el inimitable Sherlock Holmes. Él es el maestro en descubrir las pistas e interpretar cualquier mancha en una manga o rozadura en un zapato. ¿Quién si no sería capaz de evocar tales realidades de unos rastros tan sutiles e hilos tan frágiles? Decidí que el sabueso del 221B de Baker Street era el tema perfecto sobre el que construir mis propias pistas.

Siempre me han encantado sus aventuras, así que la oportunidad de utilizar las historias de Sir Arthur Conan Doyle fue irresistible. Primero me encandiló Sherlock —siento que lo conozco lo suficientemente bien como para llamarlo por su nombre— cuando tenía unos nueve años. Estaba en el colegio y mi profesora no había asistido a clase aquel día por estar enferma, así que vino una estudiante de magisterio para mantenernos controlados y lo hizo sentándose en el borde de la mesa de la profesora, cruzando las piernas con visible nerviosismo y leyéndonos *La aventura de la banda moteada*. Me cautivó; nunca antes me había encontrado con un pensamiento tan racional o con tal intensidad de propósito en un personaje. Esas son exactamente las cualidades que ahora he querido darle a mi heroína, Jessie Kenton.

Durante años, devoré el resto de las aventuras de Sherlock Holmes y su compañero fiel, el doctor Watson, que durante la vida de Conan Doyle se fueron publicando en *The Strand Magazine*, con las maravillosas ilustraciones de Sidney Paget.

No es de sorprender que el cine, la televisión y la radio hayan querido subirse al carro de inmortalizar su nombre en cada generación. Muchas de estas muestras me han encantado, pero mis dos retratos favoritos son los del gran Basil Rathbone, que compartía un perfil exactísimo con Sherlock y la tendencia al disfraz que le sirvió de mucho cuando trabajó para el Departamento de Inteligencia en la Primera Guerra Mundial, y Benedict Cumberbatch, con su gran inteligencia y astucia y sus mejillas prominentes. Para los lectores puristas, les gustará saber que hay setenta y cuatro actores diferentes que han representado el papel de Sherlock Holmes en el cine y el teatro.

Mi decisión de utilizar indicadores de algunas de las historias me otorgaba la posibilidad de desempolvar mis libros de Sherlock Holmes —cuatro novelas y cincuenta y cinco relatos— y, de nuevo, luchar con la indomable Irene Adler *et al.* Una vez comencé, era muy tentadora la idea de ir dejando pistas como motitas de confeti por toda la novela —se convirtió en un juego muy placentero—, pero conseguí reprimirme, y la mayoría de ellas terminaron en el suelo de mi estudio. Pero

creo que es importante que el autor se entretenga mientras escribe, así como que consiga entretener al lector; de este modo, ¡ambos disfrutamos del libro!

Las historias de Conan Doyle eran tan populares a principios de siglo que es perfectamente posible que Jessie y sus dos hermanos hubieran estado familiarizados con ellas. No me cabe la menor duda de que el razonamiento lógico de Sherlock Holmes le llamaría muchísimo la atención a la mente metódica y ordenada de Georgie. Encajaba todo de un modo que sentía que Sherlock habría estado satisfecho, y espero que el lector disfrute de esta capa añadida de intriga tanto como lo hice yo.

¡Elemental!



KATE FURNIVALL (Penarth, Gales, Reino Unido). Escritora Galesa, nació en Penarth, un pueblecito costero del País de Gales.

Fue a la Universidad de Londres donde estudió Inglés.

Trabajó en el mundo editorial, recopilando material para una serie de libros sobre los canales de Gran Bretaña. Después pasó al mundo de la publicidad, donde conoció a su esposo. Viajó ampliamente, asimilando diferentes culturas. Actualmente reside en una casa de campo, en el condado de Devon, de 300 años de antigüedad (muy cerca de la casa de Agatha Christie).